



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

**LA AMAZONÍA REBELDE: PARADOJA CIVILIZATORIA Y
PUEBLOS INDÍGENAS EN RESISTENCIA**

TESIS

**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE: DOCTOR EN ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS**

PRESENTA

MIGUEL ANGEL URQUIJO PINEDA

ASESORA: DRA. GAJA JOANNA MAKARAN KUBIS

CIALC-UNAM

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX., JUNIO DE 2021



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicatoria

Este trabajo, como los subsecuentes, está y estarán dedicados a mi hermano que desde hace seis años vuela libre por otros rumbos del infinito universo: Pedro Eleazar Urquijo Pineda.

Agradecimientos

Esta investigación, como otros aspectos de mi vida, no hubieran sido posibles sin el incondicional apoyo de mi familia, quienes me han acompañado, guiado e incentivado siempre: mis padres, Nelva y Pedro, y mis hermanos, Aurora y Pedro; quienes en las buenas y en las malas han estado presentes. A mis amigos les agradezco especialmente la compañía, la diversión y el apoyo: Carlitos, Pancho, Nori, Juan Carlos y Jorge.

Agradezco también y muy especialmente a mi tutora y amiga, Dra. Gaya Makaran por el apoyo, entendimiento y empatía con la cual hemos trabajado desde la maestría. Al mismo nivel agradezco a los profesores de este Posgrado, algunos de los cuales me han acompañado desde la maestría; de manera especial a los cotutores que apoyaron esta investigación: Dra. Fabiola Escárzaga, Dr. Alejandro López, Dr. José María Calderón y Dr. Mario Magallón.

Agradezco con especial cariño a mi compañera, amiga y colaboradora, la Dra. Grace Nogales Haro, sin cuyo apoyo y compañía este trabajo y otros proyectos en mi vida no hubieran sido posibles.

Buscar nuevos mundos, por oro, por fama, por gloria.

Sir. Walter Raleigh

Índice

Introducción----- 1

Capítulo 1. Elementos básicos para entender a la Amazonía como sujeto de estudio: Marco teórico y metodológico----- 15

1.1 La Amazonía: unidad geográfica, cultural y construcción socio histórica-----15

1.2 La evangelización como elemento de configuración de las ideas de civilización en la Amazonía y la construcción del imaginario del indígena indomable (caníbal) --
-----36

1.3 El paradigma del Estado-Nación con fronteras porosas. Siglo XIX (semillero de conflictos) -----57

1.4 El avance de la técnica, los nuevos auges extractivos y la incorporación de la Amazonía en el mercado global (siglos XIX, XX y XXI) ----- 78

1.5 Una historia amazónica común: entre la rebeldía, la resistencia y el genocidio --
----- 113

Capítulo 2. La Amazonía andina: una historia de abandono, explotación, rebeldía y resistencia----- 139

2.1 Conquista y colonización amazónica en la América española -----139

– La Amazonía antes de la conquista española -----139

– Evangelización y andinocentrismo: el modelo de colonización en los Andes--
-----141

– La Amazonía y los Estados andinos: extractivismo, abandono y exotización-
-----147

– Particularidades de la conquista y colonización de la Orinoquía (Venezuela y Colombia) -----	150
– La Amazonía y la consolidación del modelo primario exportador -----	158
2.2. La Amazonia en la construcción del moderno Estado Andino céntrico -----	160
– Introducción al andinocentrismo -----	160
– El caucho y la expansión del Estado nación hacia la Amazonía -----	165
– El rol de la Amazonía en los proyectos de desarrollo nacional -----	175
2.3. El movimiento indígena en el cambio de siglo -----	188
– Antecedentes de la organización y la movilización indígena -----	188
– Los orígenes del movimiento indígena amazónico en el corazón de los Andes -----	191
– La irrupción del sujeto indígena en Colombia y Venezuela -----	196
– Pueblos indígenas de la Amazonía hispana: ¿quiénes son y cuántos quedan? -----	198
– La influencia de las misiones en los primeros procesos de organización indígena -----	202
– El desarrollismo y la recolonización del territorio amazónico -----	209
– Neoliberalismo-progresismo, depredación y resistencia -----	218
– Horizontes de la movilización amazónica en Perú -----	221
– Horizontes de la movilización amazónica en Colombia -----	224
– Horizontes de la movilización amazónica en Ecuador -----	226
– Horizontes de la movilización amazónica en Bolivia -----	232
– Horizontes de la movilización amazónica en Venezuela -----	237

Capítulo 3. La Lusoamazonía: entre la invención de un país y la destrucción del corazón indígena del territorio amazónico -----247

3.1 La conquista amazónica y los portugueses: la invención de la frontera -----	247
---	-----

3.2 El expansionismo de una nación inventada -----	263
– Justificación ideológica del expansionismo hacia la región amazónica----	263
– Brasil desde la colonia al imperio: de la periferia al centro -----	267
– La Amazonía frente al Imperio de Brasil: el Cabanagem y el despertar rebelde del territorio -----	270
– El ciclo “da borracha” -----	274
3.3 La resistencia de los que sobran (movimiento indígena en el siglo XX) -----	286
– De la herencia del caucho a la profundización del despojo: pueblos indígenas en contexto -----	286
– Los que quedan y las consecuencias de los proyectos desarrollistas del siglo XX -----	292
– El rol de la Amazonía en los proyectos nacionalistas civiles y militares ---	296
– Los impactos de la nueva penetración en la Amazonía: antropólogos, especialistas y colonos -----	304
– La emergencia del movimiento indígena amazónico -----	310
– Del neoliberalismo al progresismo: dos visiones de explotación del territorio Amazónico -----	313
3.4 El siglo XXI: entre el “progresismo”, el desarrollismo y retorno de la política etnocida -----	315
– La bonanza de los gobiernos progresistas y la hipereplotación de la Amazonia -----	315
– La irrupción de China en el escenario de la Amazonía brasileña -----	325
– El fin del ciclo progresista y la escalada del conflicto social -----	327

Capítulo 4. Las Guayanas y su Amazonía: de la economía de enclave al colonialismo perpetuo ----- 337

4.1 Génesis del colonialismo perpetuo -----	337
---	-----

4.2 Pueblos indígenas y Estados coloniales en las Guayanas -----	354
4.3 Estado y desarrollo en la región de Guyana: la marginalidad cuantitativista de los pueblos indígenas -----	370
Conclusiones -----	385
Bibliografía -----	412

Introducción

El punto de partida que, en el gran relato de la región latinoamericana, va a determinar la historia de la Amazonía y de los territorios correspondientes a la América hispana y portuguesa, es el reparto territorial originado con la intrusión de los primeros colonos europeos en la región. Aquí, y desde épocas muy tempranas se comenzaron a vislumbrar algunos elementos que, como se revisará en la presente investigación, van a estructurar a la Amazonía como una región de frontera, no solo física sino, sobre todo, simbólica.

En este sentido, este macro conjunto geográfico y ecológico quedó determinado desde la llegada de los primeros conquistadores y colonizadores con el signo de la inexpugnabilidad y el salvajismo propio de lo que para ellos representaba, en una forma casi mística, este territorio, en oposición con otras grandes regiones del continente americano (por ejemplo, Mesoamérica y mundo andino) cuyo espacio estaba habitado por grandes civilizaciones con un desarrollo técnico y social ampliamente complejo, caracterizado por la fundación de ciudades-Estado. Esto generó que los bloques civilizatorios precolombinos miraran al territorio amazónico ya desde ese periodo como frontera para su expansión, haciendo aún más complicado el asentamiento de los colonizadores europeos en dicha región.

De esta manera, podemos situar en esta historia el nacimiento de la idea de lo exótico que hasta el día de hoy acompaña a la Amazonia, despertando para el colonizador tanto temor como fascinación y constituyéndola, desde la perspectiva de esta investigación, en un territorio de frontera de lo que se entendía como civilización.

Sin embargo, como veremos, en los diferentes periodos históricos que caracterizan a la región amazónica, fueron apareciendo elementos de interés para la explotación de sus recursos y, con ello, también el aprovechamiento de los pueblos y comunidades indígenas

Entonces, a la par de la incorporación de la Amazonia a las diferentes dinámicas del mercado, la región fue escenario de grandes genocidios, así como de

la emergencia de movimientos de resistencia de diferentes dimensiones e impactos, algunos recogidos por la historia y otros silenciados por la negación que sobre estos pueblos mantuvieron los virreinos y, posteriormente, las repúblicas, existiendo incluso pueblos originarios de los cuales no se llegó a conocer en la historia oficial.

La problematización que se hace de la región amazónica en este primer periodo histórico, nos permite cierta claridad sobre algunas ideas y preconcepciones que sobre este territorio y sus habitantes persisten hasta la actualidad y, sobre las cuales, se generaron procesos de despojo y de negación, asumidos primero bajo los paradigmas de la evangelización y, retomados después, por la ciencia como la naturalización del concepto de raza, el cual volvió a negar sobre el siglo XIX y parte del XX a estos pueblos y sus saberes.

Dicho proceso estuvo históricamente situado en el surgimiento de las naciones y sus proyectos de consolidación mediante su inserción en el mercado global, el cual tuvo lugar entre los siglos XIX y XX y estuvo marcado por el auge de los distintos ciclos productivos por los cuales ha atravesado la región (caucho, madera, petróleo, minerales, etc.), convirtiendo al territorio amazónico en objeto de interés y deseo de compañías nacionales e internacionales.

Entonces, teniendo en consideración la gran dimensión histórica, política pero sobre todo, cultural y ecológica de la región, es fundamental para la realización de esta investigación, la revisión de todos los componentes que hacen parte del territorio amazónico, para de esta manera establecer un análisis situado históricamente en el resurgimiento de la región en este periodo de la historia del proyecto capitalista, que arranca con el neoliberalismo durante el último tercio del siglo pasado y que se enfoca en los movimientos y pueblos en resistencia.

Es por ello que esta investigación propone una revisión de los procesos de penetración capitalista en el territorio amazónico que derivaron en la emergencia de movimientos y pueblos en resistencia, en el marco de una comprensión integral e históricamente situada del conflicto desarrollado en este espacio ecológico.

Para el desarrollo de esta investigación se dividió el territorio en tres bloques culturales de dominio, los cuales se agrupan en función de los procesos socio-históricos y políticos que los determinan, como, por ejemplo, su historia común y lenguaje. En este sentido, podemos visualizar la región, como se dijo, en tres bloques: el norte corresponde al bloque anglo-francófono (Guayana, Guayana francesa, Surinam), en el centro situamos al bloque hispano-andino, que integra a Venezuela, Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia. Y, al sur, encontramos al bloque luso-brasileño que abarca al territorio amazónico que forma parte de Brasil.

De esta manera, aunque al territorio amazónico en su conjunto lo atraviesa una verdadera constelación de pequeños y medianos grupos y comunidades originarias que comparten una gran diversidad lingüística y de tradición milenaria, para efectos de esta investigación se les considerará dentro de un ethos amazónico común, constituyendo un núcleo fundamental para entender los procesos y luchas de resistencia, que en su expresión humana, caracterizan a la macro región amazónica.

Esta investigación hace hincapié en la importancia que implica la transgresión, en la dimensión que demanda el proyecto de la avanzada capitalista del territorio amazónico, para la continuidad y equilibrio de la especie humana. En este sentido, la transgresión de esta frontera (híper explotación del territorio amazónico) implica también un punto de inflexión (no retorno) para nuestra especie, que pareciera que los países del centro, demandantes de recursos, y sus socios comerciales, los dueños de la Amazonia, están dispuestos a cruzar.

Por tanto, los objetivos en los cuales se enfocó este trabajo fueron:

- Establecer los puntos de enlace y quiebre entre los procesos de resistencia y autodeterminación emprendidos por los pueblos indígenas de los distintos países que forman parte del territorio amazónico, los cuales entran en contraposición con los límites reales o formales de los proyectos nacionales.
- Revisar el proceso de integración de la región en los diferentes momentos históricos de la economía mundo capitalista bajo la premisa de

que la región participa en la economía global de acuerdo al surgimiento de necesidades creadas desde los centros de poder como lo fue en su momento el caucho y como lo es en la actualidad el desarrollo minero y de infraestructura vial.

- Desarrollar una propuesta teórico metodológica que permita caracterizar la macro región de la Amazonia como un sujeto diferenciado en sus procesos de configuración histórica y espacial en dos ejes fundamentales. Primero, agrupar el territorio amazónico en tres bloques, marcados por los procesos de apropiación colonizadora: hispano-andino, luso-portugués y anglo-francófono. Segundo, analizar la preconcepción que sobre el propio territorio tienen los pueblos y comunidades originarios sobrevivientes de la Amazonía en un escenario amplio en el cual esta vasta región pueda ser abordada como sujeto de estudio.

- Revisar los procesos de rebelión y rebeldía de los pueblos amazónicos como expresión humana, dentro del territorio, en respuesta a la avanzada capitalista tomando en cuenta que una de las principales herramientas de lucha recae en la conservación y reproducción de sus modos de vida (ethos amazónico), los cuales constituyen los ejes de su resistencia.

Entonces, tomando en cuenta la importancia que reviste el territorio amazónico en términos ecológicos y de biodiversidad para la continuidad del ecosistema global, así como la relevancia de la experiencia de vida de los pueblos amazónicos en tanto que la relación que mantienen con su entorno constituye una de los últimos testimonios de que existen formas de supervivencia y de intercambio social alternativos al capitalismo, la presente investigación parte de la pregunta:

¿Es el territorio amazónico en su conjunto una de las últimas fronteras de la expansión del sistema capitalista actual?

Dicha pregunta debe ser entendida al menos en tres dimensiones, una política, que involucra elementos como la cultura y la ética, así como el dilema existente entre el aprovechamiento “legítimo” de los recursos territoriales de los

países que integran el territorio amazónico y la aplicación de una amplia legislación internacional que establece la conservación tanto de los territorios como de la naturaleza, en su contradictoria relación con el proyecto económico global.

Por otro lado, encontramos una dimensión económica del problema contenida en la pregunta, la cual se enmarca en un proyecto extractivo global que prioriza las apropiaciones de grandes extensiones territoriales en un nivel de despojo ampliado que implica territorio y poblaciones al servicio de las transnacionales, en la medida en que la región latinoamericana se ha insertado, mediante el neoliberalismo, en una nueva fase del capitalismo que requiere cada vez mayores recursos.

Es importante señalar que esta faceta extractiva de la economía global incorpora en su voracidad el cruce de las fronteras naturales que hasta la fecha se habían logrado mantener (a más de la Amazonía podemos citar como ejemplos a los parques naturales de África o el Salar de Uyuni, entre otros).

En tercer lugar, y quizás la dimensión de mayor alcance por su carácter global, es la ecológica, es decir, la que aborda el impacto que la actividad extractiva actual ejerce sobre el territorio Amazónico. Además del daño ecológico que pueda causar la minería formal e informal, la extracción maderera en casi todos los casos informal, la extracción de petróleo, la biopiratería, el impacto residual o frontal del narcotráfico, el avance de la frontera agrícola, entre otros fenómenos; hay que tener en cuenta las consecuencias que estos procesos de transgresión generan en los pueblos que habitan este territorio, quienes no han dejado de mantenerse en resistencia.

En este sentido, no podemos dejar de lado que el cruce de lo que esta investigación define como frontera, implica una corresponsabilidad regional pero también global, en la medida en que la enajenación del sistema permite al consumidor desvincular el producto de su procedencia y carga social.

Por tanto, la hipótesis de la cual partió este trabajo para responder a la pregunta planteada y a los objetivos propuestos, establece que el territorio

amazónico representa un sujeto en tanto que comprende indisociadamente a los pueblos y grupos étnicos que lo habitan desde períodos precoloniales, en una relación de tensión constante entre la civilización y el “estado de naturaleza” y que es posible solo por lo que para esta investigación se denomina ethos amazónico que –en síntesis- implica las capacidades culturales y materiales que tienen estos grupos humanos para subsistir en una región como la amazónica que, dicho sea de paso, es una de las más hostiles del planeta y que, por tanto, representa desde la perspectiva occidental, la última frontera para la expansión del proyecto civilizatorio de los Estados y, por consiguiente, también para la plena expresión del proyecto económico de los países de la región (primario exportadores) y su necesidad de insertarse en el mercado mundial.

De este modo, la Amazonía representa una frontera de la expansión capitalista, pues no constituye un territorio deshabitado, ya que tiene una larga tradición de resistencia marcada, como se dijo, por el ethos de pueblos amazónicos, cuyo exterminio provocaría un punto de quiebre en la vida de la región al destruir una fuente de conocimientos y recursos así como uno de los últimos reductos en donde es posible una relación distinta entre los seres humanos y la naturaleza, en la medida en que, en cierto sentido, y por las fases por la que ha atravesado el capitalismo, se ha conservado.

Actualmente, en una fase más voraz de este sistema, estos territorios y pueblos se ven directamente amenazados al contener los recursos necesarios para el mantenimiento de la especialización primario exportadora de los países que integran esta región, lo cual no ha podido ser contenido ni siquiera por las legislaciones que contemplan los derechos de la naturaleza.

Por lo tanto, ampliando la hipótesis inicial, se puede decir que una vez cruzada la frontera establecida entre el territorio amazónico y los proyectos capitalistas, sean legales o no, se experimentará una crisis aún mayor de dimensiones ecológicas y sociales, cuyos efectos regionales tienen alcances globales, repercutiendo en un viraje de las relaciones culturales y los espacios

naturales de la región, cuyas consecuencias de alcance mundial están indisolublemente ligadas al sistema capitalista actual.

Ahora, para el desarrollo de esta investigación se recurrió a un abordaje analítico que parte de los elementos más particulares de cada Estado-nación, para el entendimiento de la problemática regional amazónica, así como de los procesos históricos que la configuran.

Dicho análisis se enmarcó dentro de una estructura más amplia, es decir, el enfoque civilizatorio (sistema mundo) en el cual se inserta la historia de la región latinoamericana, misma que se encuentra atravesada en todo momento por una matriz productiva primario-exportadora, dentro de la cual el territorio se conserva como el último bastión para la explotación y aprovechamiento de sus recursos. La Amazonia, que por siglos había permanecido inexpugnable dada la dificultad del acceso a este espacio, se presenta ahora como una auténtica mina de oro para los Estados-nación que la comprenden e incluso para las grandes potencias mundiales, presentes en ella a través de sus transnacionales.

En tal sentido, lo que representa el territorio amazónico, no solo para América Latina sino para todo el occidente es, sin lugar a dudas, la frontera de los alcances del modelo capitalista. Aquí encontramos el punto de quiebre entre el enfoque civilizatorio occidental y la cosmovisión de la reducida población amazónica que enarbolaría propiamente un ethos amazónico, el cual -como lo señalan algunos teóricos del neo-evolucionismo- se encuentra en un grado de desarrollo, si bien no superior, si más avanzado que el de la civilización occidental. Esto, dado que fundamentalmente su existencia y reproducción en el tiempo no amenaza en ningún sentido al medio ambiente que la determina.

En términos metodológicos, la problemática planteada en este trabajo requiere un punto de vista interdisciplinario, el cual, en este caso, partió de la antropología y se complementó con un enfoque consistente a la propuesta de los estudios latinoamericanos, apoyándose fuertemente en abordajes teóricos claves y ampliamente trabajados como el estructuralismo (Lévi-Strauss) y la propuesta de Wallerstein sobre el sistema mundo, entre otros expertos sobre el área y sus

habitantes. Esta investigación se respalda con elementos propios de las ciencias naturales y otras áreas de lo social, particularmente la historia y el abordaje etnohistórico de las poblaciones indígenas de la Amazonía.

Para el desarrollo de la presente investigación, me enfrenté con dificultades de orden técnico como fue la recopilación de bibliografía reciente sobre la región a estudiar, en este caso, el territorio amazónico. También, es importante señalar que estos trabajos se encontraban fragmentados por campo de estudio: arqueología, antropología, historia, geografía, sociología, estudios culturales, etc., por lo que buena parte de la labor de esta investigación se enfocó en desarrollar una amalgama coherente que nos permite entender a la región y sus problemáticas a lo largo de la historia de manera integral.

En México la escasez de material de esta índole me condujo a la búsqueda exhaustiva en archivos y bibliotecas de los países que comprenden al territorio amazónico o en buena parte de los mismos. Por tanto, esta investigación se complementó con trabajo de campo, con el que se hizo posible conocer de primera mano la realidad de la región y de sus habitantes, así como también se posibilitó la realización de entrevistas a dirigentes e investigadores de los diferentes países que comprenden este espacio.

En cuanto al desarrollo narrativo de la misma, resulta fundamental considerar que la estructura con la cual se realiza el abordaje y distribución de la información, tiene la función de contener en cada capítulo la problemática de los bloques propuestos. Por ejemplo, la Lusoamazonía, la Amazonía andina y la Amazonía anglo francófona, comparten entre sí procesos de ocupación y explotación que, aunque son similares, se desarrollarán de formas diferenciadas. Es así, que la historia de cada bloque y país puede entenderse en dos caminos, por un lado, encontramos, la historia común en la que convergen los elementos que, por ejemplo, implican la ocupación y conquista del espacio. Y por otro, la historia particular, que se presenta en el proceso histórico de consolidación y desarrollo, en donde las especificidades van cobrando fuerza, tal es el caso del ciclo del caucho, cuyo desarrollo tuvo un impacto diferenciado en todo el territorio, pues, no es lo

mismo la escasa presencia caucheras en Venezuela, a lo acontecido en Colombia o Perú (Putumayo).

En este sentido, en su lectura, el texto puede resultar reiterativo, sin embargo, es justamente este diseño el que permitiría eventualmente al interesado en esta investigación, realizar el abordaje de la parte específica de su interés, por ejemplo, cuando tratamos el tema de las resistencias indígenas, encontramos que en no pocas ocasiones, existen elementos comunes entre sí. Para ser más puntuales, sobre los casos más recientes (siglo XX-siglo XXI), es inevitable caer en tópicos comunes como neoliberalismo, ampliación del frente agroextractivo, minería, etc. En tal sentido, lo que esta investigación pretende aportar, son los elementos de información que hagan posible el entendimiento global y particular del tema, en función de los ciclos de penetración y explotación del territorio, así como la respuesta de la Amazonía como sujeto organizado, en donde las colectividades indígenas tendrán un rol fundamental.

En consecuencia, esta investigación se compone de cuatro capítulos en donde se busca presentar un panorama general sobre la Amazonía como bloque ecológico y cultural, subdividido a su vez en tres bloques de dominio y apropiación espacial caracterizados por dinámicas propias y particulares de explotación y domesticación de la selva y sus habitantes.

El primer capítulo, titulado *Elementos básicos para entender a la Amazonía como sujeto de estudio: Marco teórico y metodológico*, está compuesto a su vez por cinco apartados. El primero, denominado *La Amazonía: unidad geográfica, cultural y construcción socio histórica* propone una introducción a los elementos básicos para la aproximación a la región amazónica como una unidad ecológica y cultural, a la par de exponer los primeros elementos históricos y económicos que permiten comprenderla como unidad.

El siguiente apartado, titulado *La evangelización como elemento de configuración de las ideas de civilización en la Amazonía y la construcción del imaginario del indígena indomable (caníbal)*, nos proporciona un primer acercamiento al proceso general que implicó la penetración de las órdenes

religiosas, principalmente jesuitas y los mecanismos con los que en este temprano momento de la historia de la región se establece un punto de inflexión que al generalizarse le da nombre, es decir, los primeros contactos y enfrentamientos con los pueblos rivereños, más puntualmente con las mujeres, y la descontextualización de un proceso ritual (canibalismo) a partir del cual se estableció un prejuicio que sirvió a las potencias que ocuparon el territorio para perpetuar el descrédito histórico de los pueblos amazónicos.

El apartado correspondiente a la formación de los Estados Nación latinoamericanos y el establecimiento de sus fronteras plantea una revisión histórica de estos primeros momentos, cuando pueblos y comunidades amazónicas pasaron a formar parte de los nacientes estados de Sudamérica, haciendo énfasis en la porosidad y amplitud de los límites fronterizos que en gran parte de los estados sudamericanos convergen en la región amazónica y que a la larga serán semilleros de conflictos entre las naciones.

El cuarto apartado, que lleva por título *El avance de la técnica, los nuevos auges extractivos y la incorporación de la Amazonía en el mercado global (siglos XIX, XX y XXI)*, nos introduce en el desarrollo de la industria del caucho como un proceso generado desde el centro de la economía mundial que tuvo un gran impacto en el territorio amazónico, el cual dicho sea de paso constituye un punto de inflexión en la región.

Por último y cerrando el carácter introductorio de este capítulo se concluye con una revisión sobre los procesos de rebeldía y resistencia de los pueblos indígenas así como de los múltiples genocidios que han tenido lugar en la región amazónica. Así, en este último apartado se establecen los ejes a tener en cuenta para abordar los procesos de resistencia de los pueblos amazónicos, los cuales se desarrollarán más puntualmente en cada capítulo.

El segundo capítulo, denominado *La Amazonía andina: una historia de abandono, explotación, rebeldía y resistencia* está orientado al análisis de la historia política y económica de la región amazónica correspondiente al primer bloque de países propuesto por la investigación, es decir el bloque hispanoparlante o andino

(Ecuador, Colombia, Perú, Bolivia y Venezuela), tomando en cuenta que incluso desde antes de la conquista y colonización, estos países presentan elementos culturales y geográficos que los identifican.

Por tanto, en el primer apartado se hace una revisión de las características específicas que presentó la conquista y la colonización española en este territorio, proceso en el cual la evangelización jugó un rol central como mecanismo de dominación de los pueblos indígenas, así como en la estructuración del sistema productivo de la colonia.

El segundo apartado analiza, a su vez, los principales ejes que atraviesan la configuración de los Estados nacionales del bloque andino, una vez consolidadas sus independencias y superados los primeros periodos de delimitación de fronteras. La Amazonía tuvo un rol periférico en dicha configuración, excepto en los distintos momentos en que los auges comerciales del mercado global la insertaron en el proyecto nacional como fuente de recursos. Por tanto, este apartado examina las complejidades de la integración del territorio amazónico en un Estado centrado cultural y geográficamente en lo andino.

El tercer apartado está dedicado a identificar los distintos procesos de resistencia que históricamente han tenido lugar al interior del territorio amazónico, desde los mecanismos propios de conservación y reproducción de sus dinámicas de vida al margen de los espacios colonizados por la modernidad capitalista, los cual representa incluso una ruptura con la historia de los pueblos andinos, hasta su incorporación en procesos más contemporáneos de organización y movilización social, en cuyo camino no han estado exentos de la violenta arremetida del Estado y sus socios comerciales.

El tercer capítulo, que se ha titulado *La Lusoamazonía: entre la invención de un país y la destrucción del corazón indígena del territorio amazónico*, desarrolla un análisis paralelo al del capítulo 2, pero orientado a la comprensión del territorio amazónico del segundo bloque de estudio, es decir Brasil, país que concentra más del 60% de la selva amazónica y que por su tamaño, ubicación geográfica y rol

geopolítico, evidencia una particular complejidad en la relación entre el Estado, la región amazónica y las etnias que la habitan.

Por tanto, el primer apartado realiza una revisión del modelo de conquista y colonización portugués, como resultado de la disputa con otras potencias que llegaron a las costas latinoamericanas por el Atlántico (Francia, Inglaterra, Holanda). En este apartado también se identifican los mecanismos de evangelización propios que se tuvieron lugar como parte de este modelo y que se caracterizan por una particular violencia desde los primeros momentos de la conquista, construyendo un imaginario de particular salvajismo (frontera civilizatoria) a lo largo de la selva brasileña.

El segundo apartado se enfoca en los procesos de expansión de la nación brasileña como mecanismo de consolidación de su proyecto estatal, así como elemento estructurador de la identidad brasileña, para la cual los bandeirantes (cazadores de indios) poseen una importancia histórica como figuras que lideraron la domesticación de un territorio inexpugnable y permitieron sentar las bases de la modernidad, el orden y el progreso del país.

Como resultado del expansionismo brasileño, el cual también alcanzó el interior del territorio amazónico, la historia oficial de Brasil mantiene como correlato la férrea resistencia de los pueblos que habitan la selva, lo cual se revisa en el tercer apartado.

Este texto describe los innumerables ataques que han sufrido a lo largo de la historia los pueblos indígenas por parte de colonos, misioneros, funcionarios de gobierno, rancheros, dueños de corporaciones e incluso investigadores en el marco de los cuales se ha afectado seriamente su supervivencia física y cultural. A la vez, se identifican los espacios organizativos mediante los cuales los grupos indígenas hacen frente a estos procesos de penetración.

Finalmente, el tercer apartado de este capítulo analiza los impactos que tuvo sobre la Amazonía el giro político que experimentó Brasil con la llegada de un gobierno de corte progresista que retomó un proyecto económico orientado al

desarrollo nacional, para el cual la administración de los recursos naturales por parte del Estado fue clave. Así también, como se revisará en este apartado, con el desgaste del ciclo de los gobiernos de corte progresista y la llegada al poder del sector conservador (Michel Temer y Jair Bolsonaro) el territorio amazónico experimenta un grave retroceso incluso en términos de derechos alcanzados.

El cuarto capítulo está orientado al estudio del tercer bloque de análisis, el anglo-francófono, el cual integra a Surinam, Guayana y Guayana Francesa. El capítulo, titulado, *Las Guayanas y su Amazonía: de la economía de enclave al colonialismo perpetuo* incluye tres apartados. El primero revisa el proceso propio de conquista y colonización que caracterizó a esta región y que, a diferencia de los otros bloques de estudio, aun no constituye un episodio cerrado pues Surinam y Guayana son repúblicas relativamente jóvenes y aún en construcción, y en el caso de Guayana Francesa, este territorio aún no ha alcanzado su independencia.

El segundo apartado presenta un panorama general de los grupos indígenas que habitan la selva de estos países así como el escenario socio económico que caracteriza a la región amazónica de estos países, la cual también ha sido permeada por las dinámicas extractivas del mercado capitalista global, aunque los procesos de penetración capitalista mantienen ritmos distintos en la medida en que, como se dijo antes, estos países están caracterizados por dinámicas de colonialismo interno y externo propias.

Por otro lado, el tercer y último apartado de este capítulo identifica los procesos de resistencia de los pueblos indígenas de la región de Guayanas así como la particular condición de vulnerabilidad en la que se encuentran, debido a la ausencia de reconocimiento legal por parte de los Estados a los cuales pertenecen.

Por último, la presente investigación establece un conjunto de conclusiones que se desprenden de la revisión de los procesos socio-históricos de la región en general, y de los Estados que la contienen, en particular, identificando los ejes que le son comunes y que nos permiten establecer la presencia de un ethos de dominio característico de la región.

La investigación presenta un escenario complejo que se divide básicamente en dos hechos concretos, por un lado, la integración buscada por los Estados que comprenden el territorio amazónico y por el propio sistema capitalista en pos de la domesticación y el desarrollo a partir de esta “inagotable” región así como de sus formas particulares de apropiación territorial (bloques de dominio).

Y, por otro lado, la revisión de los procesos históricos de resistencia de los pueblos amazónicos de la región que se empatan históricamente y se derivan de los distintos periodos de penetración extractiva (caucho, maderas, hidrocarburos, minerales, etc.). De esta manera, la resistencia de los pueblos y tribus amazónicas implica sin lugar a dudas la lucha por su supervivencia, que está directamente relacionada con la persistencia de sus formas de vida (ethos amazónico).

En tal sentido, las conclusiones de este trabajo buscan establecer una relación entre los procesos históricos de apropiación revisados en los capítulos y su contraparte expresada en las luchas de resistencia en un marco común para, a su vez, plantear la relevancia que tiene para la historia de la humanidad este crisol de culturas que, en buena medida, es el encargado de la reproducción y conservación del territorio amazónico.

Capítulo 1. Elementos básicos para entender a la Amazonia como sujeto de estudio: Marco teórico y metodológico

1.1 La Amazonía: unidad geográfica, cultural y construcción socio histórica

Cuando nos enfrentamos a la reflexión de las problemáticas estructurales del continente americano, el punto de arranque de nuestros análisis tendrá que ser inexorablemente la Europa Mediterránea y sus necesidades comerciales, que colocaron a las tierras del lejano oriente y del África Continental como eje de la ambición de los incipientes reinos de lo que hoy constituye la Península Ibérica.

En este sentido, el imaginario de estos reinos solo se situaba dentro de un universo eminentemente conocido, tierras que por su exotismo representaban un botín digno de disputar aun cuando esas disputas muchas veces significasen las migajas que los gobernantes de India, China o las que los sultanes de oriente les permitían comerciar. Sin embargo, la determinación por la disputa de estos recursos, representó una carrera por la conquista de un oeste imaginario en el cual los reinos satisfacerían las necesidades comerciales que demandaba el fin de la Edad Media.

Es importante considerar esta división histórico temporal, que alcanzará su punto más alto con el descubrimiento, el 12 de octubre de 1492, de un conjunto de islas que Cristóbal Colón atribuyó durante toda su vida a alguna región recóndita de la India y que, sin embargo, iban a marcar una división geopolítica fundamental, así como la ampliación del mundo conocido por los europeos, a un nivel sin precedentes. Si bien los primeros viajeros y posteriormente los conquistadores encontraron grandes civilizaciones en su camino, no hallaron oponentes que técnicamente, en términos de desarrollo armamentístico, fueran capaces de hacerles frente.

Un hito de este proceso y elemento histórico fundamental es, sin lugar a dudas, el Tratado de Tordecillas¹, el cual implicaba la distribución de un territorio imaginario y la creación de una ruta igual de imaginaria que posibilitara una competencia justa por alcanzar el lejano oriente.

Esta serie de hechos históricos va a desembocar en una repartición de rutas de exploración que en su origen estará marcada por el azar y el desconocimiento. Será entre 1492, fecha en que Colón llega al Continente, y 1500, año en que Vicente Yáñez Pinzón arriba a las costas de lo que hoy es Brasil, que el destino de América quedará sellado.

En este periodo, al igual que se amplió territorialmente el mundo, también se expandió el alcance de la idea de lo exótico, característica con la cual fueron asociados aquellos territorios y los pobladores que estaban más allá del imaginario colectivo europeo, en donde la realidad se confundía con la fantasía y el mito. Si de por sí el continente nombrado como americano representaba para los conquistadores “otro mundo”, el territorio que comprende la denominada Amazonía representaba un mundo dentro del otro mundo, dada su vastedad e inexpugnabilidad, pues desde ya el nombre en sí mismo manifestaba su carácter indomable.

Pero, ¿por qué este territorio, y en particular el río que lo nombra, son conocidos de esta manera? Según la historia y la literatura de inicios del siglo XX, el río Amazonas adquiere su nombre de los conquistadores europeos que al navegarlo se enfrentaron a la hostilidad de los nativos y, muy en particular, de las mujeres que se encontraron en su recorrido. Sin embargo, uno de los elementos que facilitará la comprensión de este siglo (XVI) como una época de descubrimientos para el occidente mediterráneo está sin duda determinado por los acontecimientos que tres cuartos de siglo antes marcaron el fin de la Edad Media y

¹ Acuerdo suscrito el 7 de junio de 1494 entre los reinos de Castilla y Portugal para dividir entre ellos el derecho de conquista de los territorios conocidos y por conocer, así como la navegación y explotación del océano Atlántico. Ver más en: O’Gorman (1995 [1958]).

que perfilaron, con la caída de Bizancio, la división del mundo en dos grandes bloques.

Con la caída de Constantinopla en 1453 y el fin del Imperio Romano de oriente, no solo se achicaban las dimensiones de la influencia y las rutas comerciales de Europa, sino que también se cerraba la importantísima ruta comercial que vinculaba a Europa con Asia en el comercio de las especias y mercancías de lujo como la seda y la porcelana, provenientes de China. Sin embargo, la importancia que habían adquirido las especias procedentes de oriente para la conservación y preparación de los alimentos, así como para tratamientos medicinales, las había equiparado con el oro y plata en su valor e importancia para Europa.

Así, podríamos decir que justamente son estos 100 años en los que los dos grandes bloques culturales (oriente y occidente) se disputan la centralidad del mundo, siguiendo la construcción que en este sentido plantea Immanuel Wallerstein respecto al sistema mundo y que abordaremos a detalle más adelante. Y es en este afán que podemos entender procesos tales como la reconquista en España y el descubrimiento de América y de los nuevos territorios del continente por parte de España y Portugal, y que sean concebibles empresas tales como la conquista de México o la del Perú a manos de un puñado de hombres bien determinados.

Es así que cobra sentido la empresa en la que Francisco de Orellana², por disposición de Gonzalo Pizarro (gobernador de Quito), se embarca en 1541, es decir, la expedición en busca de los grandes bosques de canela y, desde luego, el Dorado. Producto de esta primera expedición, la región amazónica adquiere su nombre, pero además se inaugura su construcción mítica de territorio hostil e indomable, abriéndose así un imaginario que marcará la literatura y el pensamiento latinoamericano sobre este territorio. Esta visión se refleja en la novela del escritor

² Francisco de Orellana fue un explorador y conquistador procedente de España (Trujillo). Acompañó a Francisco Pizarro en la colonización del Perú y otros territorios andinos. Se desempeñaba como gobernador de Guayaquil cuando fue convocado por Pizarro para liderar la expedición en busca del mítico "bosque de la canela", lo cual lo llevó a descubrir, para España, el río Amazonas, siendo nombrado por la Corona como gobernador de estas tierras bautizadas como Nueva Andalucía. No obstante, en una segunda expedición al Amazonas, muere atacado por indios caribes.

ecuatoriano Leopoldo Benites, *Los Argonautas de la Selva. Los descubridores del Amazonas* (1945), uno de cuyos fragmentos dice:

La selva, tentadora desde las alturas, era el infierno. Allí había el calor sofocante, la humedad agobiadora, los mosquitos de lancetas crueles, las serpientes de colmillos de muerte. Allí había ríos que crecen de repente arrastrando hombres y bestias; animales desconocidos. Y había el indio...

El selvícola no era manso como el indio de las serranías. La selva educa al hombre para la libertad. Actúa como fuerza centrífuga. Afianza la personalidad en el peligro. Prepara al hombre para la astucia y la astucia le enseña a tener amplia confianza en sus propios medios. Es cazador o pescador, hombre errátil y sin hábitos metódicos. El selvícola no puede adaptarse a la obediencia. Y pelea hasta morir.

Por eso las huestes de Pizarro, al avanzar hacia el país de la Canela encontraron en la selva trampas alevés y lanzas diestramente manejadas. Una guerra continua, muy distinta de las amplias maniobras de la llanura y de las cargas galopantes de los centauros blancos [jinetes españoles], en que las espadas fluidas encontraron prietas muchedumbres apiñadas como la espiga bajo la hoz y las balas hacían blanco infalible.

Hasta la naturaleza se opuso al paso. Durante el viaje la tierra tembló con fiereza de bestia nerviosa. Se desplomaron masas de roca y los ríos, al sentir sus cauces obstruidos, hicieron saltar sus aguas encabritadas. Días enteros tembló la tierra. Días de pavor ante las fuerzas cósmicas desatadas. Noches sin sueño, largas y desoladas de espanto. Así vagaron por la selva sin ruta y sin mañana (pp. 64 y 65).

Fue así que entre agosto de 1541 y febrero de 1542, en medio de las peores penurias (ataques de grupos nativos, hambre, insectos, calor, naturaleza salvaje, etc.), Francisco de Orellana a la cabeza de 70 hombres, recorrerá el amplísimo río al que nombrará “de las Amazonas”, en honor a la resistencia de sus habitantes rivereños, en particular, el de sus mujeres, haciendo mención al mito griego de las guerreras a las cuales se les amputaba un seno (amazona quiere decir mujer sin seno) para el mejor manejo del arco y que eran conocidas por su fiereza, según los historiadores griegos Herodoto y Deodoro. Esto marcará, de principio, un vínculo entre el territorio y las nociones de salvajismo y barbarie.

De hecho, antes de su “descubrimiento oficial”, el río no tenía un nombre homogéneo sino más bien las distintas denominaciones que le dieron los grupos

nativos a sus afluentes y que dan cuenta del significado que tenía para ellos, principalmente el de “rompedor de embarcaciones” (Pororoca) o de “pariente del mar” (Paranaguazú). Ello denota el carácter indómito que tenía este gran río incluso para sus habitantes.

Al darle un nombre único, el de Amazonas, los conquistadores europeos permitieron la configuración de una idea de región homogénea con el objetivo de intentar gobernarla y explotarla. Sin embargo, con el transcurso de la historia, el territorio amazónico como unidad se verá fragmentado por los países que lo integran, generándose así procesos macroeconómicos, históricos y culturales diversos, pero no disímiles, que además incorporan a la región dentro del imaginario global, todo lo cual se revisará más a fondo a lo largo de esta investigación.

Al respecto de las similitudes que guardan el territorio y sus pueblos, se puede distinguir la configuración de un ethos común que parte del vínculo indisoluble entre los pueblos que habitan la región y toda la red de relaciones que existe en torno a su presencia física en el territorio, la naturaleza y sus fenómenos.

En tal sentido, lo que propone esta investigación es que esta construcción responde a la configuración de un ethos amazónico que hace posible a este conjunto de pueblos vivir y coexistir en un ambiente tan altamente hostil. No importará su posición geográfica en tanto se conserven los rasgos en común que permiten la supervivencia y su reproducción cultural en conexión directa con el medio ambiente.

Por tanto, uno de los elementos que será fundamental para esta investigación es distinguir como punto de partida la existencia de un ethos correspondiente a los pueblos originarios, sin dejar de considerar que ese ethos responde a una cosmovisión específica, pero que como categoría nos permite desentrañar fenómenos de la cultura desde un análisis alternativo al de la modernidad occidental y su propuesta de civilización.

Ahora bien, para entender cómo se establece esta red de relaciones entre pensamiento y conducta, habría que revisar brevemente cómo se ha configurado el

concepto de ethos en el marco de la construcción del pensamiento occidental. Según la Real Academia Española (RAE), el ethos constituye el conjunto de rasgos y modos de comportamiento que conforman el carácter o la identidad de una persona o comunidad.

Entendido así, se puede hablar de un ethos amazónico puesto que la convivencia de estos pueblos se construye sobre la base de conductas básicas que posibilitan la supervivencia de sus habitantes en la medida en que establecen una relación equilibrada de trabajo y aprovechamiento de la naturaleza, lo cual configuraría una ética marcada por una cosmovisión de la historia cíclica, no lineal, en la cual el ser humano y la naturaleza no se encuentran separados.

Si atendemos a su origen, podemos entender también, al ethos como una predisposición para hacer el bien, dado que se deriva de la palabra ética, constituyéndose además como una costumbre. En este sentido, para Homero, el ethos se concebía como la morada en donde habitaban los hombres. Más adelante, Aristóteles lo definió como el hábito, carácter o costumbre que se convierte en una conducta fija del hombre a lo largo de su existencia, es decir, una segunda naturaleza. Para estos filósofos, el ethos se constituye como una creación necesaria puesto que permite establecer reglas de convivencia que posibilitan la vida en sociedad. Esta discusión puede ser localizada en el antiguo tratado griego, *La Retórica*, escrito en el siglo IV A.C. por Aristóteles, el cual posee varias traducciones³.

Así, para la filosofía⁴, el ethos proviene de la palabra “etikos”, que hace referencia a la teoría de la vida o ética. Así mismo, se puede hablar de tres tipos de ética: la fronesis o prudencia, el arete o virtud-bondad y la eunoia o querencia-buena voluntad. En el ámbito de la sociología, el ethos se entiende como el conjunto de ideas que se configuran como el punto de partida desde donde se construye una unidad teórica.

³ Ver más en: Aristóteles (2015).

⁴ Ver más en: Mora Ferrer (1976).

Ahora bien, si el ethos se asume como una conducta adquirida, una construcción cultural, es importante considerar que la Amazonía como región, pese a su extensión y la cantidad de países que la contienen, configura un ethos que la caracteriza y que estará marcado por sus características naturales, socio económicas, su historia colonial, la memoria ancestral de sus pueblos, así como su lugar en el sistema mundo, pudiendo ser comprendida como una unidad cultural e histórica, no homogénea pero tampoco disímil.

Así, la validación o no de la existencia de un ethos indígena, para efectos de la presente investigación nos sitúa como punto de partida en la discusión entre Fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda en el marco de la Junta de Valladolid, desarrollada en 1550 y 1551. El debate versó sobre la humanidad de los pueblos nativos de América, la cual hacía referencia a si estos habitantes tenían o no un alma, en la medida en que nunca habían sido evangelizados y estaban viviendo en un estado de supuesto salvajismo⁵.

Sin embargo, tras resolverse la discusión a favor de Bartolomé de las Casas se concluyó que los nativos americanos eran personas con un alma que podía redimirse puesto que se encontraban en un estado de desarrollo infantil, con lo cual se justificaba la ocupación y evangelización de dichos pueblos. En este proceso se distinguía la necesidad de reeducar a estos grandes bloques civilizatorios (incas y mesoamericanos), que pasaban a ser súbditos de la corona española.

Ahora bien, como se señaló anteriormente, la Amazonía, dadas sus condiciones de mayoritaria inaccesibilidad, se constituyó desde el principio como un territorio de frontera civilizatoria. Y si a los pueblos indígenas de los grandes bloques civilizatorios se les colocó bajo categoría de inferioridad, en la Amazonía, esta relación posibilitó la creación de un imaginario casi mitológico que colocaba a los pueblos amazónicos en un nivel de salvajismo incomparable, el cual no se desligaba del propio exotismo y hostilidad de su territorio, surgiendo así para occidente la

⁵ Ver más en: De Las Casas (1875 [1951]).

figura del caníbal, el cual vendría a representar el otro de los otros, impulsando las ideas de civilización occidental.

De sobra estaría señalar, que todas estas ideas eran producto del prejuicio y de la clara intención de despojar de su territorio a sus habitantes, puesto que la extensión de la Amazonía plantea la existencia de una vasta red de pueblos que históricamente han cohabitado (no sin conflicto) entre sí. En tal sentido, el estudio del territorio amazónico representará la necesidad de pensar en un ethos intercultural que posibilite comprender la coexistencia de estos pueblos en el marco del sistema mundo, en el cual quedaron insertos sin ser conscientes de ello. En esta construcción geopolítica tampoco se puede obviar a los denominados pueblos no contactados, los cuales también se constituyen en actores centrales del debate sobre los límites de la explotación capitalista.

Bajo esta consideración, se puede decir que a partir de que a los pueblos amazónicos se les sitúa en las fronteras de los procesos civilizatorios, las ciencias sociales garantizaron la construcción de una otredad, que estuvo impulsada por la primera antropología y la sociología que, en cierto sentido, los colocó como pueblos sin historia. Aquí, la propuesta teórica que elabora Claude Lévi Strauss en *Pensamiento salvaje* (1962) y otras obras, nos aporta una perspectiva más compleja del fenómeno, revalorizando la cosmovisión de estos habitantes.

Los pueblos amazónicos se convirtieron muy pronto en uno de los temas de estudio preferidos por la antropología e incluso hoy siguen despertando el mismo interés que en los albores de la misma⁶. Es importante señalar que esta curiosidad científica, en el último cuarto del siglo XIX, se convirtió en justificación para los proyectos de explotación capitalista y “modernización” de los países

⁶ Para la antropología tradicional, existen tres niveles de desarrollo cultural: salvajismo, barbarie y civilización. El primero, corresponde a la infancia del ser humano, caracterizada por la recolección (inferior), la caza y la pesca (medio), y el uso del arco y la flecha (alto). Al segundo le corresponden el uso de la cerámica (baja), la domesticación de animales y plantas (media) y la tenencia de armas y herramientas metálicas (alta). Y, el tercero, o civilización se asoció al invento del alfabeto fónico y la escritura. Esta propuesta es eminentemente evolucionista. En: Morgan, Lewis H. 1987 [1887]. La sociedad primitiva, Editorial Edymon, Madrid.

latinoamericanos, profundizando su vocación de importadores de materias primas por excelencia.

De sobra está señalar que en este periodo, los pueblos amazónicos fueron víctimas de innumerables genocidios. Sin embargo, pese a las durísimas condiciones a las que se les sometió, algunos de ellos consiguieron sortear estos procesos. Esta fue la realidad con la que se encontró Lévi Strauss cuando estuvo en Brasil entre 1935 y 1939. Años más tarde, sus investigaciones en la Amazonia brasileña pasarán a convertirse en su tesis doctoral. A partir de este trabajo, se centrará en la importancia del parentesco para la estructura social como una red amplia de alianzas y base social. Estos estudios culminarán con su libro *Pensamiento Salvaje*, en donde se analizan los procesos de construcción de conocimiento desarrollados por los nativos como procesos mentales equiparables a los de la ciencia occidental. Sin duda, la manera en que Strauss construye su análisis es digna de una revisión más amplia, la cual tendrá lugar en esta investigación más adelante.

Siguiendo a Lévi Strauss, la Amazonia representará por su rol de frontera entre la naturaleza pura (salvaje) y lo moderno (domesticado) un punto obligado de análisis que posibilitará en un sentido importante entender las bases culturales y materiales sobre las que se erige buena parte del territorio sudamericano.

Respecto a lo que configura lo latinoamericano, en relación dialéctica a sus pueblos originarios, ha sido muy significativa la propuesta de Bolívar Echeverría (1998) con la configuración de la categoría del “ethos barroco”, la cual permitió abrir las puertas a la comprensión de una forma de ser y actuar propia de los latinoamericanos, marcada por un abigarramiento cultural resultante de los procesos de mestizaje a los que fue sometido el continente luego de la conquista europea.

Este ethos da cuenta de la construcción de una forma de modernidad alternativa a la occidental que incorpora formas de pensar y actuar que si bien ya no son iguales a las preexistentes en el continente antes de la conquista, tampoco se equiparan a una pura y unívoca creación cultural de occidente, pues subyacen a

ella elementos propios de la vida de los pueblos de América que se han ido re significando a lo largo de la historia y conservando como elementos de resistencia a la modernidad capitalista.

Es por ello que Echeverría consideró la necesidad de pensar en una modernidad latinoamericana, en donde el “ethos barroco” permite neutralizar la contradicción estructural del ethos histórico capitalista, el cual se caracteriza por la subsunción del mundo de la vida, en donde prima el valor de uso, por la acumulación de capital, regido por el valor de cambio. Como señala el autor:

La cuarta y última de las versiones del ethos histórico de la modernidad capitalista es el “ethos barroco”. Este induce a vivir de una manera muy especial la neutralización del conflicto insalvable entre los dos principios estructuradores de la vida moderna realmente existente. (...) él también implica la experiencia innegable de esta contradicción, pero (...) no tiene la experiencia de ella como inevitable. El ethos barroco promueve la reivindicación de la forma social-natural de la vida y su mundo de valores de uso, y lo hace incluso en medio del sacrificio del que ellos son objeto a manos del capital y su acumulación. Promueve la resistencia a este sacrificio; un rescate de lo concreto que lo reafirma en un segundo grado, en un plano imaginario, en medio de su misma devastación (Echeverría, 2002, p. 8)

Esta categoría nos permite analizar desde una ética alternativa los modos de producción y reproducción no mercantilizados que conviven con los procesos de acumulación capitalista en Latinoamérica, y a su vez nos abre la posibilidad de proponer la existencia de un ethos característico de la Amazonía que permite asumirla como una región, aún bajo el entendimiento de su diversidad histórica y cultural.

Al constituirse en la última frontera del avance del “desarrollo” de los proyectos nacionales, la Amazonía se configura como un bloque cultural que preserva una forma de convivencia y reproducción social en donde, siguiendo la propuesta de Bolívar Echeverría (1998), se privilegian las formas de vida no mercantilizadas, opuestas a los principios de “modernidad” y “desarrollo”. Como veremos a continuación, en la caracterización de la región, esa supuesta “modernidad” responde a la dirección de los procesos económicos globales que sitúan a Sudamérica bajo el criterio primario exportador.

Como se señaló antes, uno de los elementos que más distinguen al ethos amazónico es la relación directa e indisoluble que sus habitantes comparten con el territorio (rasgo común a los pueblos originarios latinoamericanos), el cual dicho sea de paso responde a una delimitación muy particular que no puede ser cuantificada desde una perspectiva occidental (el territorio se determina solo por su valor de uso, no de cambio, pues no es transferible). A esto se suma una racionalidad semi nómada común a muchos de estos pueblos, con lo cual se hace muy difícil ubicarlos espacialmente dentro de las delimitaciones de los estados nacionales.

Sin embargo la historia filogenética⁷ de los mismos los emparenta de forma común y milenaria con los territorios que ocupan en la actualidad. Habría que decir que justo estas particularidades han hecho necesaria la creación de legislaciones transnacionales⁸ para resguardar su paso indistinto por el territorio brasileño, peruano, colombiano, etc.

Así, al referirnos a este llamado ethos amazónico lo que se propone es la existencia de rasgos comunes entre los pueblos que habitan y cohabitan la región y que a su vez responden a sus propios ethos y cosmovisiones pero conservando rasgos en común entre sí, derivados de las geografías humanas y culturales que comparten.

Bajo esta consideración, habría que destacar -como se dijo antes- que la existencia de una gran cantidad de ethos amazónicos corresponde también a la dispersión de los grandes bloques lingüísticos por la región, estos son algunos de los más importantes en términos demográficos: lenguas tupíes, lenguas ye o gê,

⁷ La filogenética es la disciplina de la biología evolutiva encargada de clasificar a los seres vivos de acuerdo a su historia evolutiva. Por ejemplo, permite establecer las relaciones de parentesco entre la especies. En lingüística, se usa para hacer referencia al origen común de las lenguas humanas.

⁸ Uno de las normativas paradigmáticas en el reconocimiento y protección de los derechos de los pueblos indígenas es el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre pueblos indígenas y tribales, suscrito en 1989. El convenio reconoce, entre otros, el derecho a la tierra y territorio para los pueblos indígenas. Además, constituyó la base para la Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas, suscrita en 2007, en donde también se reconocen los derechos territoriales estos pueblos, incluidos los que se encuentran en aislamiento voluntario.

lenguas caribes, lenguas arahuacas, lenguas pano-tacanas, de las cuales se derivan la gran mayoría de las lenguas habladas por los pueblos amazónicos⁹.

En este sentido, es necesario revisar cómo se produjo la distribución del territorio que comprende la Amazonia hacia las naciones que la integran. Para ello, es fundamental recalcar el proceso de colonización desplegado en la región por parte de las potencias coloniales (Portugal, España, Francia y Holanda), el cual – dicho sea de paso- será la base para la propuesta que se plantea esta investigación sobre la división del territorio amazónico en tres bloques, agrupados en base a las fronteras establecidas a lo largo de la historia moderna de América Latina, en oposición a la pre existencia de los grupos amazónicos originarios.

Estos tres bloques, si bien comparten una geografía común y participan del mismo proceso civilizatorio modernizador, responden a proyectos nacionales distintos. Aunque esto se profundizará y fundamentará al final de este apartado, es importante señalar cuáles son los tres bloques que permitirán el abordaje de esta vastísima región.

En primer lugar, los territorios del norte (Surinam, Guayana y Guayana Francesa), los cuales todavía responden a una presencia ya sea colonial como semi colonial. En segundo lugar, los territorios del centro (Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia), en donde podemos ver reflejados los distintos periodos de auge de explotación de Latinoamérica, que van desde el caucho y la madera, hasta la actualidad con el petróleo y la minería y en donde, además, el proceso de evangelización va a tener un papel determinante.

Y, finalmente, el caso de Brasil, con una matriz cultural que se ve a sí misma en la necesidad de afianzar su sentido de nación en la conquista del territorio amazónico. Aquí, la presencia de los grupos afro descendientes también aportará al proceso rasgos culturales característicos.

Cabe resaltar que en su división geopolítica, los tres bloques señalados se encuentran atravesados por tres matrices culturales que caracterizan las formas de

⁹ Ver más en: Dixon & Alexandra Y. Aikhenvald (1999).

ejerger hegemonía sobre sus territorios y que se derivan además de los modos de producción y explotación presentes a lo largo de la historia en la región. Estas matrices son la andina, la caribeña amazónica y la brasileña.

Hablar de la matriz andina (Perú, Bolivia, Colombia, Venezuela y Ecuador) nos remite a un imaginario precolonial en donde las propias civilizaciones originarias establecieron como frontera para sus proyectos urbanos a buena parte de la región amazónica, dado (como en el resto de países) su inaccesibilidad para el movimiento masivo de tropas por tierra. Este territorio está marcado mayoritariamente por un bloque civilizatorio preexistente, los Incas, el cual estableció sus límites en la alta Amazonía (la zona de montaña y más alejada de los centros urbanos). Luego de la conquista y hasta bien avanzado el siglo XX, esta región se encontrará marcada por un sistema de producción basado en la hacienda, lo cual provocará que en una forma algo más tardía se emprendan los proyectos de colonización de la Amazonía liderados por los Estados nacionales, bajo el contexto del boom petrolero.

Al referirnos a la matriz caribeña-amazónica (Guayana, Guayana Francesa y Surinam) es necesario señalar que la región estará marcada históricamente por dos factores. Por un lado, la presencia y disputa territorial, desde el siglo XVI, de potencias como Holanda, Francia e Inglaterra y, por el otro, la predominancia de un sistema de producción basado en la plantación (café, tabaco, algodón y principalmente caña de azúcar), para el cual la mano de obra nativa resultaba insuficiente y demandaba constantes flujos migratorios procedentes primero de esclavos africanos y después de mano de obra barata de Asia (principalmente de India).

Como consecuencia de este proceso histórico, la región caribeña-amazónica tendrá un indisoluble carácter multicultural, marcado por la avanzada colonialista y el repliegue y desaparición de los grupos nativos, principalmente Arawak y Caribe, así como la llegada masiva de hindús a Guayana y Surinam en 1834 (principalmente a la zona norte de la Amazonía). Ello da cuenta de un proyecto no solo colonial sino colonialista del territorio dado los procesos históricos que lo caracterizan y que para efectos de esta investigación se revisaran más adelante.

Por último, la región amazónica que corresponde a Brasil (luso Amazonía) representa, como ya se mencionó antes, una matriz colonial diferenciada de las otras dos señaladas en atención al tamaño de su territorio y sus procesos históricos específicos. Por ejemplo, la amazonia brasileña se caracteriza por el expansionismo constante de los diferentes gobiernos sobre las naciones vecinas. Una vez que la corona Portuguesa expulsó a los franceses del territorio brasileño, en 1530, se configuró un proceso celoso de ocupación territorial y se inauguró una época de terror para los nativos con la creación de las denominadas bandeiras¹⁰. En este periodo, se forman las capitanías, que van a favorecer a la nobleza lucitana.

Así, el periodo colonial portugués del Brasil estará marcado primero por el aseguramiento territorial, que a su vez permitirá la expansión de las fronteras comerciales. Y, en segundo lugar, por la importación masiva de esclavos procedentes de África, ante la insuficiencia de mano de obra indígena.

Todo lo anterior configuró un proyecto de expansión y enriquecimiento de la corona portuguesa en Sudamérica, al punto de que, para 1808, los mismos reyes de Portugal emigran a la colonia, sellando así un proceso de independencia pactado que va a sembrar en el cimiento de la concepción del Estado brasileño una matriz conservadora, bajo la cual se fue expandiendo la nación, a costa de avanzar sobre los territorios “desocupados” de la Amazonía de sus vecinos.

Como vemos, el territorio amazónico forma parte del juego de intereses políticos y económicos de los sistemas hegemónicos de cada época, pero siempre determinados por la extracción de recursos y la “domesticación” del territorio.

Ahora, como ya se mencionó antes, un elemento fundamental para comprender la posición geopolítica que tiene en la actualidad la Amazonía, es considerar como punto de arranque para todo análisis a gran escala (como el de la

¹⁰ Así se denominó a las bandas armadas que se formaron en el siglo XVI en Brasil con el fin de realizar incursiones en territorios reclamados por los portugueses. Estos grupos, organizados por terratenientes y capitanes generales, se encargaron de perseguir y cazar indígenas en el territorio amazónico con el fin de esclavizarlos. Sus integrantes eran denominados bandeirantes. Ver más en: Riveiro Darcy (1922 [1999]).

presente investigación) al Tratado de Tordesillas, pues este posibilitó e impulsó la exploración portuguesa y castellana durante el periodo de la colonia.

Este tratado, suscrito en 1494 en la villa de Tordesillas, hace referencia a los acuerdos establecidos entre las coronas de Portugal y Castilla en torno a la navegación y exploración del Océano Atlántico, con el fin de solucionar viejas disputas políticas entre ambos reinos en torno al derecho de conquista de África, así como de las posibilidades de expansión hacia nuevos y desconocidos territorios. Estas disputas se profundizaron una vez que Cristóbal Colón arribó a tierras americanas.

Así, los reyes de Castilla, Isabel y Fernando, y el rey de Portugal, Juan II, firman un acuerdo en donde el Océano Atlántico queda dividido por una línea imaginaria trazada 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, asignando el hemisferio oriental para la Corona de Portugal y el hemisferio Occidental para la Corona de Castilla. Este acuerdo no solo regulaba la posesión de ambas potencias sobre los reinos conocidos, sino también sobre las nuevas tierras descubiertas¹¹.

Es importante resaltar que el Tratado de Tordesillas estará marcado por dos proyectos históricos. En primer lugar, el de colonización y conquista. Y, en segundo lugar, el de contención del islam al norte de África con el fin de garantizar el avance del cristianismo. Es por ello que las negociaciones que posibilitaron estos acuerdos contaron con la mediación del Papa Alejandro VI y tienen como antecedente las Bulas de 1493, en las cuales ya se establecía una primera repartición de los territorios de África, así como de los descubiertos por Colón.

De esta manera, el Tratado de Tordesillas dará forma a América Latina pues marcará por adelantado la división territorial colonial que tendrá al normar el derecho de conquista de cada reino. Es así que en 1500, cuando Vicente Yañez Pinzón arriba a las costas de lo que hoy es Brasil, este territorio ya estaba destinado al

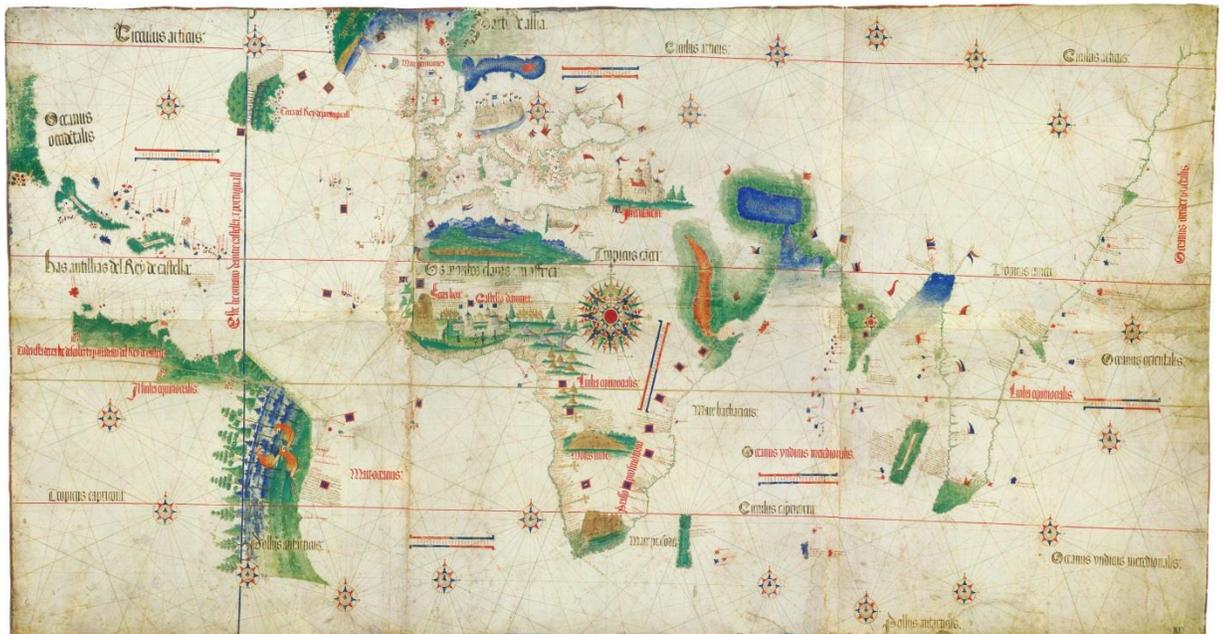
¹¹ Ver más en: Parry, J. H. (1971).

dominio colonial de la corona Portuguesa, mientras que el resto de países de Sudamérica quedaron a disposición de Castilla.

En resumen, esta partición del mundo en dos colocó a Portugal y España en una posición privilegiada frente a las demás potencias europeas, pero además constituyó el cierre del largo proceso mediante el cual se pone fin a la Edad Media; según los historiadores, este proceso habría empezado en 1453 con la caída del imperio bizantino a manos de los turco otomanos.

Así, retomando el planteamiento de Aníbal Quijano (1988) podemos decir que el “descubrimiento de América” marca una revolución en el imaginario de Europa y el mundo, al colocar a Europa como la utopía del futuro, es decir, como el escenario de construcción del mundo moderno. Y para este efecto, los territorios americanos se incorporaban en calidad de vasallos al proyecto eurocéntrico de la modernidad y el “progreso”.

Uno de los primeros mapas que ilustra la disposición de este reparto territorial e incluye la línea imaginaria de Tratado de Tordesillas es el Planisferio de Alberto Cantino, elaborado en 1502:



Fuente: Vargas Martínez, Gustavo, Brasil en la cartografía prelusitana, ENAH, México.

En este mapamundi se ponen de manifiesto dos cosas. Por un lado, se ilustra de manera práctica el descubrimiento y la delimitación formal de las posesiones de cada corona (España y Portugal), y por el otro, se anula la existencia de una delimitación propia que los pueblos atravesados por esta línea imaginaria establecida en Tordesillas concebían con seguridad desde la época precolonial.

Si bien estas primeras divisiones realizadas bordeando las costas de Sudamérica no reflejan con claridad la compleja geografía del continente americano, consiguen dar muestra de las dimensiones de la empresa que ambos, pequeños reinos mediterráneos, se dispusieron a afrontar. Más adelante, para efectos de la construcción de los proyectos nacionales, representarán la semilla de la gran mayoría de disputas territoriales que tuvieron lugar en la región una vez consolidadas las diferentes independencias.

Teniendo esto en cuenta, la Amazonía también se constituyó para las naciones latinoamericanas que forman parte de ella en un territorio de disputa (por colonizar) y que, como veremos más adelante, también será tierra fértil para la implementación de los proyectos de explotación nacionales. En los tres bloques aquí propuestos, dichos proyectos estarán marcados por los auges productivos insertando al propio objeto de estudio (Amazonía) en un proyecto económico global.

Entonces, el papel que jugó y jugará la Amazonía (al igual que el de otras zonas naturales protegidas) dentro del sistema mundo es clave para la continuidad del equilibrio ecológico global así como para la reproducción y expansión el proyecto económico capitalista, lo cual coloca en el centro de la discusión la resistencia que son capaces de establecer frente al avance del neoliberalismo los pueblos que coexisten milenariamente en el territorio amazónico. Por tanto, será fundamental colocar en un nivel amplio de la discusión la continuidad de los proyectos extractivistas en el territorio amazónico.

En este punto, es necesario realizar una breve caracterización de la Amazonía como región geográfica, así como de lo que implica en términos de riqueza natural y biodiversidad. La Amazonía es una gran extensión de selva tropical

que atraviesa nueve países de Sudamérica¹², guiada por la cuenca del río Amazonas. Su extensión alcanza los seis millones de kilómetros cuadrados por lo que constituye el bosque tropical más extenso del mundo. En la cuenca del Amazonas viven alrededor de 33 millones de personas quienes sobreviven mediante actividades como la pesca.

Actualmente, el mapa de la cuenca amazónica se aprecia de la siguiente manera:



Fuente: Agencia Iberoamericana para la difusión de la ciencia y la tecnología. En <http://www.dicyt.com/>

Nota: La franja correspondiente a la cuenca amazónica se encuentra marcada con color verde.

De acuerdo al informe Perspectivas del Medio Ambiente en la Amazonía – GEO Amazonía, este territorio se divide en selva baja o llano amazónico, selva alta y ceja de selva o yungas. “La Amazonía alberga una gran variedad de especies de flora y fauna, y es un área importante de endemismos. Por otro lado, la Amazonía

¹² Brasil, Perú, Bolivia, Colombia, Venezuela, Ecuador, Guayana, Guayana Francesa y Surinam. La mayor cantidad de territorio amazónico se concentra en Perú y Brasil.

es también sinónimo de diversidad cultural, con 420 pueblos indígenas distintos, 86 lenguas y 650 dialectos” (PNUMA-OTCA-CIUP, 2009, p. 12).

Entre las características que dan cuenta de la diversidad biológica de la Amazonía se pueden contar más de 16.000 especies de árboles y 2.500 especies de peces. Además, alberga un 20% de las especies mundiales de plantas y posee la red hídrica más grande del mundo. Está formada principalmente por un denso bosque tropical húmedo, pero también incluye sabanas, bosques de llanuras de inundación, praderas, pantanos, bambúes, bosques de palmeras y humedales.

Por todas estas características la Amazonia es considerada como pulmón del mundo. Además, gran parte de su territorio está incluido dentro de la lista de zonas consideradas como áreas naturales protegidas de los diferentes países que la atraviesan. Esta categorización ha permitido la aplicación de leyes destinadas a garantizar su conservación.

Según un informe del Programa de las Naciones Unidas (2003), las primeras figuras legales para el establecimiento de áreas protegidas fueron las Reservas Forestales y los Parques Nacionales, categorías desarrolladas a finales del siglo XIX. De acuerdo a la definición establecida en el Congreso Mundial de Parques Nacionales y Áreas Protegidas, que se llevó a cabo en 1992 en Caracas, un área natural protegida es “una superficie de tierra y/o mar especialmente consagrada a la protección y al mantenimiento de la diversidad biológica, así como de los recursos naturales y los recursos culturales asociados, y manejada a través de medios jurídicos u otros medios eficaces” (p. 20).

Ahora, si bien no existe una legislación general que norme la conservación del territorio amazónico, sino más bien una dispersión de leyes desprendidas de los marcos jurídicos de cada país, es importante identificar como el espacio institucional desde el cual se establecen programas y proyectos en el orden de tendencias de conservación de carácter occidental como la sustentabilidad, a la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica (OTCA), la cual integra a los nueve Estados que componen la región Amazonia, los cuales suscribieron el tratado en 1978 y,

más adelante, en 1998, conformaron una organización de carácter permanente con representación rotativa.

Entonces bien, como se revisará a profundidad más adelante, las complejas problemáticas que enfrenta el territorio amazónico demandan, para su abordaje, la elaboración de estrategias analíticas nuevas, pues se encuentran insertas en una realidad geopolítica diversa, en la que los engranajes del actual ordenamiento económico mundial avanzan vertiginosamente sobre las áreas naturales protegidas.

Es por ello que, para efectos de este apartado, se propuso realizar una caracterización de la multiplicidad de elementos interactuantes y no una revisión esquemática que tome en consideración únicamente una dimensión ecologista de los problemas que enfrenta la región, pues dicho sea de paso, esta posición teórica y política ha quedado rebasada ya desde hace rato y se ha integrado a la retórica oficial, como lo señala Félix Rodrigo Mora (2010):

En suma, la mayor parte del ecologismo hoy existente no sólo no logra presentar una relación aceptable de problemas medioambiental solucionados gracias a su actuar sino que se ha convertido en agente activo y decisivo del ecocidio, al haberse integrado en el aparato estatal y al coincidir con la gran empresa. La conclusión primera y principal que se ha de sacar de ello es que es necesario ir pensando en una refundación del movimiento ecologista, para sustraerlo de su actual subordinación a las instituciones y volver a dotarle del vigor, independencia, aliento radical y voluntad revolucionaria que tuvo antaño, aunque corrigiendo los errores de la etapa inicial, cuyo desarrollo ha llevado a la triste situación actual¹³.

El ecologismo es uno de los ejes de discusión que atraviesa transversalmente al estudio de las reservas naturales como, en este caso, el territorio correspondiente a la Amazonía. Así, el abordaje de las problemáticas que enfrenta la región nos remite a dos dimensiones discursivas que sirven de base para el debate en defensa del territorio. En primer lugar, y como señala Feliz Rodrigo Mora, colocaríamos la dimensión legal del problema, es decir, la vastísima

¹³ Ponencia denominada “Los límites del ecologismo”, presentada en las II JORNADAS POR UNA Jornadas por una agroecología radical realizada en Madrid en febrero 2010”. Versión digital disponible en <http://www.briega.org/node/1212> (consultada el 15 de noviembre de 2016).

legislación generada para garantizar la defensa y conservación del territorio. Ahora bien, dicha legislación se caracteriza, como se analizará a profundidad en el estudio de cada bloque, por una ética de conservación que responde directamente a la necesidad de elaborar un discurso que canalice las problemáticas y los peligros que enfrenta el territorio amazónico.

A esta legislación habría que sumarle la reciente incorporación a las constituciones de Bolivia y Ecuador, de elementos que teóricamente blindan a los territorios amazónicos, tales como el reconocimiento de la naturaleza como sujeto de derechos. Sin embargo, dichas naciones se encuentran en la realidad en una paradoja debido a la dificultad que presenta el cumplimiento de las garantías constitucionales frente a la necesidad de seguir implementando proyectos de corte extractivista, en los cuales se basan sus economías. En este marco, el debate legalista no deja de priorizar un proyecto conservacionista que desatiende la situación real de los pueblos originarios que habitan el territorio.

Esto nos lleva a la segunda dimensión del discurso, la cual gira en torno a la legitimidad. La intención de esta investigación es colocarse justamente sobre este eje, el cual atraviesa de forma transversal todo el debate. Es aquí en donde se inserta la participación, demanda y articulación de la resistencia de los propios habitantes y reproductores de la selva. Estos procesos de resistencia no solo integran a los pueblos de la alta Amazonía, sino también conllevan otros niveles de organización y movilización social mucho más amplios que el movimiento ecologista de carácter urbano, encabezado en el caso de los países andinos y el Brasil por las clases medias y altas.

Ahora bien, para concluir, al situarse en este eje, este trabajo buscará distinguir el carácter rebelde que tiene el territorio visto como sujeto, es decir, como un organismo en donde se reproduce la vida y se cohesiona la movilización social. Como se dijo antes, se parte de la idea de que existe un ethos amazónico común que nos invita a revisar la realidad de despojo, avasallamiento y destrucción, pero también de resistencia, rebeldía y dignidad presente en dicho territorio.

Como lo veremos en los subsecuentes apartados, nuestro sujeto de estudio (Amazonía), en sus distintos bloques enfrentará a través de su historia diversas problemáticas políticas, económicas y culturales, las mismas que han posibilitado la reemergencia del carácter rebelde de sus pueblos. Y, como se irá revisando desde lo general a lo particular, los procesos de resistencia estarán marcados por los auge comerciales que caracterizan a la región, lo cual implica que prácticamente, desde el descubrimiento de América, el territorio Amazónico haya ocupado un lugar central para la reproducción y consolidación del sistema mundo, el cual incorpora a la Amazonía dentro de un proyecto civilizatorio que arranca con el colonialismo y la evangelización, como lo veremos en el próximo apartado.

1.2 La evangelización como elemento de configuración de las ideas de civilización en la Amazonía y la construcción del imaginario del indígena indomable (caníbal)

“Iban con la cruz en la mano y una sed insaciable de oro en el corazón”

Fray Bartolomé de las Casas

Como se señaló de manera breve en el apartado anterior, dos fueron los pilares de la dominación colonial sobre el territorio americano, por un lado, la administración jurídico-política y militar que sobre el territorio ejercían los reinos de España y Portugal. Y, por otro, la dominación y distribución territorial que se fundamentaba en el reparto de las reducciones, pueblos de indios, encomiendas o aldeas misionales, que aglutinaban a los pueblos nativos en estas estructuras en función del proceso de evangelización y, por ende, de “salvación” de sus almas.

En este sentido, y como ya se mencionó de manera breve, las bases jurídicas para dicho proceso se definieron en uno de los debates filosófico políticos más importantes de la historia del cual se tenga registro y del que emanarán como los beneficiarios del proceso, los pueblos aborígenes del continente americano al ser

reconocida su “humanidad” con el fin de justificar la presencia y expansión de los dominios coloniales en América¹⁴.

Es en este punto en el que es necesario tomar esta serie de acontecimientos históricos como un eje crucial para la conformación y distribución de lo que van a ser las fronteras civilizatorias que establecerán los reinos de España y Portugal para la distribución y apropiación del territorio, constituyéndose la Amazonia en un fortín de la denominada herejía, ya sea por la inexpugnabilidad del terreno o bien por la falta de voluntad redentora de los pueblos amazónicos.

En este sentido, y como es sabido, la religión va a ser la principal fuente de dominio ideológico del territorio americano. Y, teniendo esto como consideración, será esta la que, en gran medida, afiance las ideas sobre el territorio Amazónico y su condición de salvajismo. Sin embargo, y pese a la reticencia de los pueblos amazónicos, existieron allí varios intentos de penetración misionera que configurarán, como ya se dijo, los bloques de dominio colonial propuestos en esta investigación (norte anglo francófono, centro hispano andino y territorio Luso brasileño).

Bajo esta premisa, y sin negar las motivaciones económicas que llevaron a los conquistadores y colonos a explorar tierras desconocidas en busca de nuevas rutas comerciales, las cuales fueron bien correspondidas con la riqueza de territorios y recursos que encontraron en América, también podemos afirmar que la gran empresa de colonización del “nuevo” continente estuvo marcada por intereses de

¹⁴ “Carlos V convocó a una junta compuesta de juristas e ideólogos, para considerar la justicia de seguir haciendo conquistas en el nuevo mundo. De acuerdo con esta solicitud, se entablaron en Valladolid los célebres debates entre Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas, en 1550-1551, ante un jurado compuesto principalmente por teólogos dominicos. La polémica entre el humanista y el fraile ya iniciada desde antes de estas sesiones, constituyó un momento decisivo no solo en la vida de ambos, sino en toda la controversia acerca de la conquista española de América. Sepúlveda no logró autorización de imprimir su célebre defensa de los conquistadores y en adelante padeció la crítica concentrada de los dominicos. Así mismo, las Casas fue llevado por hábiles argumentos de sus adversarios a modificar sus abundantes materiales sobre los indios y a condicionar su defensa de la monarquía católica en el Nuevo Mundo. Además, en 1552 las Casas publicó, sin licencia, ocho escritos, entre los cuales figuraba la brevísima relación de la destrucción de las Indias y el resumen hecho por Fray Domingo de Soto de los debates de Valladolid, que de este modo llegaron a dominio público” (Brading, 2003, pp. 98-99).

orden religioso, en el marco del avance de fe cristiana como ideología dominante que se trataba de imponer en todo el mundo.

Así, desde la llegada de Colón a tierras americanas, emerge la iglesia, encabezada en ese momento por el papa Alejandro VI, como la institución dirimente en la distribución del continente entre las coronas de España y Portugal, convirtiéndose así en un actor central del proceso de dominación del nuevo territorio. Será mediante las bulas papales del 3, 4 de mayo y 26 de septiembre de 1493, en donde se otorgue a los reyes la autoridad de enviar hombres sabios a los territorios de los cuales entraban en posesión, para que se encargaran de la propagación del cristianismo, como ya lo había hecho antes Portugal con África y España con la reconquista de Granada.

En este contexto, el avance colonial quedaba firmemente justificado como una empresa humanitaria y civilizatoria. Por tanto, es muy importante tener en cuenta el carácter globalizante que, como cabeza de occidente, van a jugar España y Portugal en la propagación de la ideología dominante de la iglesia católica, apostólica y romana, en oposición al proyecto protestante, encabezado por la reforma (1517–1648)¹⁵.

Así, las bulas alejandrinas se convirtieron, a la vez, en un respaldo del dominio político de los reyes sobre el continente, lo cual se ratificaría en 1494 con la concertación del Tratado de Tordecillas, el cual fue aprobado por el sumo pontífice. Esta carrera por la supremacía de la religión católica se produjo en un momento de la historia en la que Europa se encontraba dividida entre países protestantes y católicos.

Esto, con la finalidad de situar históricamente el proceso de evangelización americana en un escenario más amplio y dentro de un proceso histórico, filosófico y político que finalmente decantará en la composición étnica e ideológica de las naciones americanas. En este sentido, el proceso de evangelización en América va

¹⁵ Ver más en: Zavala Silvio (1972).

a representar el sustento ideológico para el despojo de los pueblos originarios del continente.

A consecuencia de esta necesidad evangelizadora, en septiembre de 1493 partieron con Colón, más de mil hombres, entre religiosos y clérigos seculares, quienes iban al “nuevo” continente en calidad de delegados del Papa Alejandro VI, no obstante, la mayoría regresó a España luego de un año, debido a las dificultades que encontraron en su misión, principalmente de lenguaje.

Las primeras misiones en establecerse en el continente datan de 1495 en la Isla Española con la presencia de franciscanos, dominicos y mercedarios. El método que se estableció para la evangelización fue el de las encomiendas, que consistía en entregar a los conquistadores una porción de territorio junto con los nativos que lo habitaban, con el fin de que se les proporcionara el conocimiento de la doctrina cristiana, para lo cual se requería un sacerdote o seglar, denominado doctrinero¹⁶.

De esta forma, y ya con la presencia de diversas órdenes religiosas en el continente, se fue configurando la estructura de la iglesia en el territorio americano. La misma se extendió desde el Caribe hacia América Central y posteriormente hacia el sur. Dicha empresa de expansión fue liderada por las órdenes de san Francisco, Santo Domingo y la Merced, principalmente en centro américa.

Esto implicó expediciones arriesgadas, pues se trataba de ir estableciendo iglesias en la medida en que las condiciones físicas del territorio lo permitieran, situación que, una vez iniciada la misión evangelizadora en América del Sur, presentaría especial dificultad en lo referente a los territorios amazónicos, en donde no solo había una ausencia de caminos sino que tampoco se encontraron estructuras semejantes a los asentamientos o aldeas.

Así, la evangelización en América del Sur se bifurcó en dos procesos, el desarrollado en los pueblos andinos y el que se intentó llevar a cabo en los amazónicos. La primera orden religiosa en establecerse formalmente en este lado

¹⁶ Ver más en: Floris Margadant, Guillermo (1990).

del continente fue la de los Mercedarios, los cuales construyeron un convento en el Cuzco (Perú), una vez que Francisco Pizarro fundara dicha ciudad (1534). El convento, erigido sobre las ruinas de un templo inca, se convierte en la primera diócesis de América del Sur. Y, en 1547, la arquidiócesis de Lima pasa a convertirse en la cabeza de la Iglesia de América del Sur, propiciando su expansión hacia el resto de países, teniendo como primer destino Quito (Ecuador) y posteriormente Popayán (Colombia).

Es este sentido, Jacques Lafaye, al referirse a los conquistadores espirituales de América señala que:

La “conquista espiritual” (expresión que se convirtió en clásica a partir de la obra de Robert Ricard), fue una obra de las órdenes mendicantes y de los jesuitas. Una generación seleccionada se lanzó con entusiasmo a cumplir esta tarea desmesurada que parecía prometer el advenimiento del reino. Los frailes menores, los agustinos y los dominicos fueron los únicos, durante los treinta primeros años de la conquista. Más tarde llegaron a su vez los jesuitas y las otras órdenes, cuyo papel fue menos importante. Por último, el clero regular, cuya presencia fue discreta en los primeros tiempos tomó poco a poco el relevo de las órdenes mendicantes en las misiones indias (1970, p. 197).

En este contexto, los sacerdotes mercedarios acompañan las expediciones de los conquistadores hacia Sudamérica, en medio de las cuales atraviesan los Andes y van fundando diócesis en países como Bolivia, Chile, Argentina y Paraguay.

De esta forma, el avance militar que sobre Sudamérica iban imponiendo los españoles y portugueses estaba acompañado por el elemento desestructurador religioso que era implementado por los misioneros en su labor evangelizadora y que posibilitó la división interna de los núcleos comunitarios y administrativos originales de los pueblos nativos, a la vez que, por otro lado, el proceso evangelizador latinoamericano va a estar plagado de elementos sincréticos que conservan algunas de las creencias en las deidades de estos pueblos, otorgándole a la región las características culturales que aún hoy conserva. Un ejemplo de este acontecimiento lo encontramos en las crónicas de Guamán Poma de Ayala, respecto de lo cual, David Brading destaca lo siguiente:

Despertada por el trauma de la conquista y por el obvio desprecio con que los conquistadores consideraban sus conocimientos y sus talentos, la elite indígena intentó desesperadamente asimilar la lengua y la religión españolas y también conservar ciertas corrientes de su propia cultura. En particular, trató de salvar del olvido los testimonios históricos, y afirmar el valor de la moral del país. Como lo demuestra el caso de Guamán Poma, por medio de una positiva confesión de cristianismo, la elite indígena encontró los conceptos que le permitieron hacer una defensa aceptable de su identidad social en tanto que los campesinos podían evadir el desafío de la aculturación mediante una mezcla de resignación estoica y de disimulo, por contraste, los nobles indígenas se encontraron en contacto constante con las autoridades coloniales y otros españoles pues estaban obligados a actuar como intermediarios y a la vez como ayudantes. Los mismos que organizaron la liturgia católica para el clero también habían de tolerar el mantenimiento de ritos paganos entre sus comunidades. A veces, la tensión resultó intolerable pero, para los más intelectuales, el resultado fue una fructífera adaptación de ciertos temas cristianos a los conceptos aborígenes (Óp. Cit. pp. 183-184).

En este sentido, una mención especial tendría que hacerse sobre la labor evangelizadora de la Compañía de Jesús, pues será esta orden la que mayor penetración e impacto va a tener en la región amazónica. Al respecto, David Brading destaca que:

Por mucho, la más célebre de las empresas jesuitas en la América española se desarrolló en un remoto pero basto rincón del imperio, en las zonas selváticas que se encuentran entre Brasil y Paraguay, habitadas principalmente por pueblos de indómitos indios guaraníes. En la conquista espiritual hecha por los religiosos de la compañía de Jesús en las provincias de Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape (1639), Antonio Ruiz de Montoya, originario de Lima, que había participado casi desde sus comienzos en 1603 describió cómo fue práctica de dos o tres jesuitas entrar en territorio determinado, por lo general muy apartado de las zonas de colonización española, acompañados tan solo por unos cuantos discípulos indios. La oposición a su llegada era frecuentemente intensa, con constante amenaza de martirio y la fuga como única vía de escape (...) Lo que distinguió la aventura del Paraguay y de la mayoría de misiones fronterizas fue la usencia de otros españoles, mientras que por doquier la regla era que unas expediciones armadas precedieran o acompañaran a los misioneros, por contraste en Paraguay, los colonos locales habían fracasado miserablemente por someter a los aborígenes de la zona selvática. El resultado fue que cuando los jesuitas, confiados en el evangelio, solos y sin ayuda “conquistaron lo inconquistable”, se les cedieron derechos exclusivos sobre el territorio pacificado; la Corona les permitió excluir a los españoles de sus avanzadas (Óp. Cit., pp. 195-196).

Ahora, se debe resaltar, que en dicho proceso de expansión colonial, los habitantes de los núcleos urbanos más amplios fueron los primeros a los que se les impuso no solo la dominación política ideológica y económica, sino también una nueva delimitación espacial (repúblicas de indios)¹⁷ que, en buena medida, se conservará hasta la actualidad.

Es importante señalar que las órdenes religiosas tuvieron diversas formas de interpretar las bulas alejandrinas y, por tanto, de establecer sus métodos de evangelización. Resaltan tres posturas respecto a la relación que debía tener este proceso con la autoridad colonial. En primer lugar, Bartolomé de las Casas y sus seguidores quienes propugnaban la libertad de religión, en segundo lugar, los misioneros que reconocieron la necesidad de una relación colonial, pero acotada, para lo cual propusieron la creación de un “Estado de indios” frente a otro de españoles. Esto sucedió, por ejemplo, con los Jesuitas del Paraguay. Y, en tercer lugar, una postura de colaboración con el régimen colonial, a la cual se adscribieron la mayoría de misioneros.

Una de las formas básicas mediante las cuales se estructuró el orden jurídico y político de la Colonia fue el de las encomiendas, las cuales funcionaron como una figura de explotación de la mano de obra indígena, principalmente en territorios andinos. Por lo tanto, la congregación de la población indígena dispersa en poblados denominados reducciones fue uno de los principales objetivos de la corona española, estructuras que cumplieron con la finalidad de romper la forma organizacional nativa que en los Andes se denomina Ayllu.

Este proceso encontró grandes dificultades en los pueblos amazónicos, los cuales, como se ha dicho, no solo que carecían de asentamientos y formas tradicionales de organización, sino que opusieron férrea resistencia a los

¹⁷ El virrey de la Nueva España, Martín Enríquez, afirma, en la relación escrita en 1580, que en este territorio existían dos repúblicas a ser gobernadas, una de indios y otra de españoles. Así, la República de Indios constituyó una figura que institucionalizaba y dotaba de un orden político a los nuevos poblados que se formaron una vez que, mediante el mecanismo de las reducciones y la encomienda, se agrupó a los indígenas con dos fines: el aprovechamiento de la mano de obra y su evangelización. El reconocimiento de este espacio como “república” se usa además para contraponerla a la República de Españoles, la cual también empezaba a configurar una estructura política y social propia. Ver más en Escobedo, Ronald (1997).

mecanismos de catequización, protagonizando varias rebeliones y actos violentos con el fin de recuperar su libertad y volver a internarse en la selva.

Con la consolidación de los virreinos de Nueva España, Perú, Nueva Granada y Río de la Plata también se ampliaron y consolidaron las haciendas, la explotación minera y los obrajes, garantizando la continua llegada de peninsulares, y europeos en general, al nuevo mundo. Sin embargo, y en relación particular con el tema de esta investigación, es pertinente señalar que esta expansión territorial pronto iba a resultar insuficiente, por lo cual se va a hacer necesario el emprendimiento y búsqueda de nuevas colonias, particularmente en el interior del territorio sudamericano. Esto, como ya se dijo, representará la fundación de ciudades y puestos de avanzada que a la postre configurarán centros urbanos sobre los cuales, en el siglo XIX, se constituirán las fronteras de las nacientes repúblicas y serán elementos clave en las disputas limítrofes entre dichos países.

En este sentido, estos núcleos urbanos van a representar por ende “fortines civilizatorios” de avanzada que muchas veces van a verse amenazados, ya sea por las incursiones de los pueblos originarios o bien por las rebeliones generalizadas en las regiones en donde estos ejercían su control. En términos ideológicos y culturales, la presencia de las misiones va a significar para los españoles un foco de civilización y, en este mismo sentido, la aceptación de la fe en Cristo, significará la constitución de una humanidad plena de los habitantes del nuevo continente.

De esta manera, para los portugueses, la expansión al interior del territorio amazónico va a representar un proceso mucho más violento e impositivo sobre estos pueblos, dado que aún en la actualidad a Brasil le corresponde alrededor del 65% del territorio amazónico, siendo este el país con mayor cantidad de Amazonia en su poder. El proceso de colonización del territorio amazónico significará por tanto la forma de construir su nación. Este proceso significó un gran despliegue de violencia, en el marco de la disputa entre órdenes religiosas y de estas con los cazadores de esclavos o bandeirantes. Como lo señala L.P. Maguidóvich:

Los historiadores de agrología del siglo XIX son unánimes en afirmar que los jesuitas obtuvieron muchos mejores resultados que los destacamentos armados en el sometimiento

de los indios que habitaban en los valles del bajo Paraná y del Paraguay y en las estepas y “bosques malos” del Gran Chaco. Pero en el Brasil tuvieron que vencer obstáculos políticos que no encontraron ni en Hispanoamérica ni en el Canadá francés (...) Los jesuitas convertían a los indios al cristianismo apoyándose, concretamente, en el decreto del Papa III de 1537, según el cual eran proclamados “hombres verdaderos, capaces de profesar la fe católica y recibir los sacramentos”. Pero en la mayor parte de las iglesias se les negaba la comunión, alegando “su estupidez innata, su ignorancia y su maldad” (M. Dobrizhoffer) Los plantadores organizaron bandeiras para capturar y reducir a la esclavitud tribus enteras, ya que los esclavos africanos eran caros (...) Los jesuitas eran odiados en tanto que peligrosísimos competidores, por sus “hermanos de armas”, monjes de otras órdenes y el clero secular. Los franciscanos, los dominicos y otros “frais” y “padres” se ponían siempre de lado de los paulistas y los cazadores septentrionales de esclavos (...) (s.a., p. 293)

En este sentido, la avanzada cultural que los bandos, ya fueran españoles o portugueses, hicieron hacia el interior del territorio Amazónico, va a estar determinada a la aniquilación o esclavización de la población nativa, constituyendo, desde la etapa más fundacional de nuestro continente, a los nativos y su entorno en elementos prescindibles, dada su condición de “inferioridad innata” para la conformación de sociedades sedentarias sobre las cuales establecer, como se hizo en las otras regiones (costa y sierra), pueblos y ciudades. Así, la región amazónica se integra al imaginario político tanto de españoles como de portugueses como una región en la cual había que suprimir el salvajismo y fundar la civilización.

Por ende, la expansión al interior del continente va a significar un intento de subordinación de los territorios y los pueblos amazónicos, y americanos en general, al proyecto civilizatorio de occidente sobre Sudamérica. No obstante, la avanzada colonizadora y evangelizante en Sudamérica hizo huir de las misiones y reducciones a un gran número de nativos, de vuelta a la selva. Así, muchos de los pueblos que se internaron en el interior del territorio amazónico van a sobrevivir y a reincorporarse a su propio ambiente debido a que, como ya se dijo en el apartado anterior, aquellos tenían la capacidad de sobrevivir en este entorno hostil, dado que existía y existe un ethos común entre estos pueblos.

Esta capacidad de reincorporación a su ambiente original (la selva) va a caracterizar a los pueblos amazónicos como indómitos. Ante la poca flexibilidad

demostrada para aceptar el evangelio serán clasificados como los salvajes de los salvajes y, a la postre, con el desarrollo y evolución de las ciencias, en particular de la antropología, esta concepción prejuiciosa colocará a los pueblos de la Amazonia y en particular a los de la alta Amazonia en una estratificación inferior en el desarrollo de la especie humana.¹⁸

Por tanto, para la labor evangelizadora y de apropiación colonial de la Amazonía, aquella va a representar en sí misma un verdadero dolor de cabeza para el avance del cristianismo sobre la región, con lo cual se irá configurando la idea de la Amazonia y de lo salvaje de esta y de sus habitantes, en oposición a los pueblos bien constituidos y pacificados tanto de la sierra como de la costa. Como lo señala Silvia Federici (2004) en su libro *Calibán y la Bruja*, ambas imágenes, tanto la del “indio bárbaro” (caníbal) cuanto la del “buen salvaje” van a coexistir en el imaginario colonizador pues van a ser funcionales al proyecto de conquista y expansión de occidente:

No resulta sorprendente que «caníbal», «infidel», «bárbaro», «razas monstruosas» y «adorador del Diablo» fueran «modelos etnográficos» con los que los europeos «presentaron la nueva era de expansión». Éstos les proporcionaron el filtro a través del cual los misioneros y conquistadores interpretaron las culturas, religiones y costumbres sexuales de la población que encontraron. Otras marcas culturales contribuyeron también a la invención de los «indios». El «nudismo» y la «sodomía» eran mucho más estigmatizadores y, probablemente, proyectaban las necesidades de mano de obra de los españoles, que calificaban a los amerindios como seres que vivían en estado animal —listos para ser transformados en bestias de carga—(...) En una primera fase, sin embargo, la imagen de los colonizados como adoradores del Diablo pudo coexistir con una imagen más positiva, incluso idílica, que describía a los «indios» como seres inocentes y generosos, que llevaban una vida «libre de trabajo pesado y tiranía» (...). Esta caracterización puede haber sido un estereotipo literario o — como ha sugerido Roberto Retamar entre otros— la contraparte retórica de la imagen del «salvaje», expresando así la incapacidad de los europeos para

¹⁸ Al respecto de la construcción sobre el imaginario científico de la “evolución” humana habría que decir que este estará determinado por las construcciones filosóficas y morales propuestas por Herbert Spencer y desarrolladas a mayor profundidad por Lewis Henry Morgan y Edward Tylor en el siglo XIX, las cuales sentarán las bases científicas para la construcción de la idea de inferioridad racial que se les aplicará a los pueblos amerindios y en particular a los amazónicos, lo cual, en gran medida, está determinado por el proceso histórico que aquí se revisa Ver más en Harris (1998).

considerar a la gente con la que se encontraron como verdaderos seres humanos (pp. 290-291).

Si bien, como se ha señalado a lo largo de este apartado, el internamiento de estos pueblos en el territorio selvático para escapar del genocidio va a representar uno de los hitos más característicos de estos grupos, no se puede negar tampoco que, pese a su éxodo, la población amazónica que aún hoy se conserva es proporcionalmente ínfima como resultado de los procesos de avanzada y la franca explotación y exterminio de estos, con base en los prejuicios originados en el proceso evangelizador.

En este sentido, la evangelización va a ser el punto de arranque de la configuración de las ideas y prejuicios sobre los que se han montado la dominación de los pueblos amazónicos que, dicho sea de paso, representaban ya desde el periodo precolombino a la otredad entre las culturas dominantes. Como se ha mencionado, una de las características más “deshumanizadoras” que se atribuyeron a los indígenas, fue la del canibalismo, recogido en un sinnúmero de relatos elaborados por cronistas. Como lo señala Federici (2004):

El nuevo horror que los españoles sintieron por las poblaciones aborígenes a partir de la década de 1550, no puede ser así fácilmente atribuido a un choque cultural, sino que debe ser considerado como una respuesta inherente a la lógica de la colonización que, inevitablemente, necesita deshumanizar y temer a aquellos a quienes quiere esclavizar. El éxito de esta estrategia puede apreciarse en la facilidad con que los españoles explicaron, de forma «racional», las altas tasas de mortalidad causadas por las epidemias que barrieron la región al comienzo de la conquista, y que ellos concibieron como un castigo divino por la horrorosa conducta de los indios. La divulgación de estas ilustraciones —banquetes canibalísticos con multitudes de cuerpos desnudos ofreciendo cabezas y miembros humanos como plato principal— que retrataban la vida en el Nuevo Mundo con reminiscencias de los aquelarres de las brujas y que comenzaron a circular por Europa después de la década de 1550, completaron el trabajo de degradación. *Le livre des Antipodes* (1630) [El libro de las Antípodas], compilado por Johann Ludwig Gottfried, constituye un ejemplo tardío de este género literario que despliega una gran cantidad de imágenes horribles: mujeres y niños atiborrándose de vísceras humanas o la comunidad canibal reunida alrededor de una parrilla, deleitándose con piernas y brazos mientras observan cómo se asan restos humanos (Ibíd., pp. 294-296).

Como muestra de ello, podemos citar también los grabados elaborados por el marinero germano Hans Staden en su libro *Verdadera Historia y Descripción de un País de Salvajes Desnudos* (Sánchez, 2009):





Ahora, para el caso de Brasil, entregado en posesión de la corona portuguesa, el proceso de evangelización tuvo características distintas a las desarrolladas en el resto de América Latina bajo el liderazgo de la corona española. La expansión de la fe en lo que va a ser el territorio brasileño tuvo que competir con los esfuerzos desplegados por Portugal en el resto de territorios ocupados, es decir, África, India y Extremo-oriente, careciendo de los medios suficientes para establecer una estructura formal para su iglesia en tierras americanas, tal como lo había hecho España.

En el caso de la corona portuguesa, las misiones tenían una composición distinta, considerando la geografía del territorio que hoy constituye al Brasil, el cual aparecía como una muralla verde de extensas dimensiones, en donde habitaban más de dos millones de nativos, procedentes de alrededor de cien distintas etnias, según cálculos propuesto por John Hemming¹⁹. Entre los principales grupos indígenas estaban los tupiguaraníes, en la costa occidental, los arawak en el norte, los que en la meseta central y los caribes en la cuenca del Amazonas. Esta última etnia cobró fama por su ferocidad.

Esta situación, sin embargo, no detuvo lo que el reino de Portugal consideró una misión evangelizadora pues desde 1490 había emprendido la empresa de expandir la fe de Cristo, enviando grupos de misioneros al Congo. Es así que, en 1513, Portugal envía franciscanos al actual territorio de Brasil. Así mismo, en 1514, el Papa León X, expide una bula en la cual le otorga al rey de Portugal una autoridad evangelizadora similar a la atribuida en 1493 al rey de Castilla para la expansión de la religión en los restantes territorios americanos. Esta misión no contemplaba solamente la evangelización de los nuevos territorios de América sino también la cristianización de oriente, para lo cual, en 1514, la iglesia nombró al rey de Portugal como Gran Maestro de la Orden de Cristo, encargada de defender la cristiandad frente al Islam.

¹⁹ Hemming, John (1990). *Historia de América Latina*. En Leslie Bethell (coord.), América Latina colonial: la América Precolombina y la conquista. Vol. 1, pp. 99-119.

A diferencia de España, el rey de Portugal no tenía una autoridad mediadora en América, constituyéndose en la cabeza eclesiástica de los nuevos territorios, lo cual también contribuyó a que el proceso de establecimiento de la iglesia en Brasil fuera más lento. Las primeras formas organizativas mediante las cuales Portugal se asentó en lo que hoy es Brasil fueron las factorías, las cuales constituían enclaves económicos establecidos por comerciantes a lo largo de la costa (en lo que hoy es Porto Seguro, Itamaracá, Iguaraçu y San Vicente) a partir de 1515. Estos puestos de comercio fracasaron y fueron reemplazados por capitanías. Más tarde, los capitanes se convirtieron en gobernadores regionales, constituyendo feudos a su favor que además pasaron a ser hereditarios.

Pese a la visita de franciscanos en territorio brasileño desde inicios del siglo XVI, será en 1549 cuando arranque propiamente este proceso, con la llegada de la de la Compañía de Jesús, cuyos misioneros arribaron a estos territorios junto al nuevo gobernador central nombrado por el rey de Portugal con el fin de solucionar el fracaso y las divisiones generadas por las capitanías. Posteriormente, se sumaron a este proceso los representantes de las órdenes de los Carmelitas, Benedictinos y Capuchinos, fundando conventos a lo largo del territorio.

Es importante señalar que la expansión colonizadora de la corona portuguesa se llevó a cabo de la mano de los misioneros pues, como ya se mencionó, estas tierras contaban con la presencia de una gran cantidad de poblaciones indígenas, las cuales resistieron férreamente el avance de los colonizadores. Así, los misioneros estaban encargados de pacificar y organizar a los nativos mediante la catequización y su agrupación en aldeas misionales o reducciones.

Esta avanzada se realizó en el marco del periodo en el que la corona española conquista a la portuguesa (1580–1640) y establece también su dominio en territorio brasileño. Esta situación desata un momento de violencia denominado la conquista de la frontera, la cual se desarrolló en cuatro direcciones, hacia el sur, el centro, el nordeste y la Amazonia. De este modo, en este proceso los colonizadores portugueses no solo arrasaron con la población indígena dispersa,

sino que destruyeron incluso las reducciones conformadas por los jesuitas, apresando y asesinando a indios ya convertidos al cristianismo.

Por ejemplo, hacia el sur se encontraba Sao Paulo, una de los primeros pueblos brasileños, en donde habitaban poblaciones indígenas, principalmente de la etnia carijó, las cuales fueron brutalmente mermadas por las bandeiras paulistas. Así mismo, en el avance de las exploraciones por el río Tieté, a principios del siglo XVII, fueron atacadas decenas de reducciones establecidas por los jesuitas, a lo cual se suma la matanza y esclavización de miles de indígenas de la zona. En 1641, luego de varios y sistemáticos ataques a las reducciones fundadas por jesuitas, los nativos que las integraban pusieron fin al avance de los bandeirantes paulistas mediante una respuesta armada autorizada por el Rey de España.

Por su parte, las poblaciones del centro se encontraban dedicadas al comercio en la costa, procurando evitar el contacto con la etnia aimoré, la cual era hostil a los colonizadores. Desde 1550, los jesuitas se dedicaron a agrupar a miles de nativos cerca de Bahía para continuar con su proceso de evangelización. Sin embargo, un suceso protagonizado por la etnia caeté en 1556 desató nuevas incursiones en contra de los indígenas dispersos, con la finalidad de esclavizarlos con gran violencia. Esto, debido a que el obispo de Bahía fue comido por los nativos tras haber naufragado en dicho puerto.

Esta situación, sumada a las epidemias que se expandieron a lo largo de la costa, mermaron la población indígena de Bahía, la cual se extinguió finalmente más adelante cuando los pocos indios que quedaban fueron desaparecidos por los paulistas por pedido de los dueños de los ranchos (fazendas), que criaban ganado en el *sertão*.

De la misma forma, se produjo el avance de colonizadores por el nordeste del territorio, de la mano de los misioneros. En este proceso fueron sometidas, en algunos casos con más violencia que en otros, tribus como los tobajaras, potiguar, tarairyu y tupinambá, ubicados en lo que hoy constituye Pernambuco y la región del Marañón. Las tierras ganadas eran destinadas a ranchos ganaderos, así como a las prósperas reducciones de los jesuitas, no obstante, este despojo no estuvo exento

de acciones de resistencia por parte de las poblaciones indígenas de la región, como el levantamiento de los carirí en 1687, en el estado que hoy se denomina Piauí.

En lo que respecta a la zona del Amazonas, durante el siglo XV las únicas expediciones realizadas hacia sus márgenes estuvieron guiadas por hispanos, pero sin mayor éxito, debido al carácter impenetrable de su territorio. La mayoría de expedicionarios moría, ya sea por las condiciones extremas del clima como por los ataques de las tribus que lo habitaban. Es así, que entre 1560 y 1616, las incursiones dejaron de realizarse, siendo retomadas ahora por expedicionarios portugueses, quienes fundaron un fuerte a orillas del Pará, zona en la cual habitaban los tupinambá.

La llegada de los portugueses a este territorio desató cruentos enfrentamientos con los nativos, lo que se sumó a las epidemias y al sometimiento de los indios a un estado de esclavitud, acontecimientos que nuevamente desembocaron en la extinción de la población nativa. Es importante señalar que en ese momento el territorio amazónico no solo era un terreno por explorar y descubrir, sino un espacio en donde hispanos (que llegaban desde Perú) y los portugueses competían por poseer. Es así que en 1626 el rey de Portugal, entonces español, concedió al portugués Bento Maciel Parente, la capitanía general de Ceará y fue autorizado a continuar con sus expediciones, lo cual le llevaría a ampliar su capitanía en 1636 hacia territorios más vastos. Sin embargo, la intención de los expedicionarios portugueses era reivindicar la Amazonia completa para la corona portuguesa.

Por su parte, los jesuitas también intentaron establecerse con sus misiones en la zona del Pará, pero enfrentando grandes dificultades y tragedias, como el naufragio de un grupo de religiosos que pretendía arribar a estas tierras en 1643. Así, fue hasta 1653 que retomaron su misión evangelizadora de la mano de Antonio Viera, un sacerdote nacido en Lisboa y criado en Brasil. Cuando Viera llegó a la zona del Marañón y Pará se escandalizó al conocer la situación de los nativos, describiendo su modo de vida como un “pecado mortal”.

Así, con la finalidad de llevar a los indios hacia las reducciones jesuíticas, Viera abogó ante el rey de Portugal para que se prohibiera la esclavitud. Con ello, fundó alrededor de 54 aldeas misionales integradas por más de 200.000 indios, tanto aquellos que habían sido esclavizados, cuanto un buen número de los que aún se encontraban dispersos. Los nativos eran extraídos de la selva para ser agrupados en pequeños poblados o aldeas. La prosperidad de los ranchos ganaderos de los jesuitas generó la animadversión del resto de colonos, decantando en la expulsión de la orden del territorio y en la distribución de la mano de obra de los indios apostados en las reducciones para beneficio de los colonos.

En 1686, una vez que los jesuitas retornaron a la zona de Pará, el padre Viera escribió el texto *Regimento das Missões*²⁰, el cual constituía un compendio de normas a las cuales debían regirse las órdenes presentes en Marañón y Pará, pero que fueron adaptadas para todo Brasil. Fruto de ello, órdenes como los carmelitas, capuchinos, jesuitas, franciscanos y mercedarios fueron creando poblaciones misionales a lo largo de la rivera del Amazonas, pero esta vez sin extraer a los nativos de la selva, sino más bien estableciendo pequeños poblados en sus lugares de origen, los cuales constituirán el antecedente de la división territorial de la actual de la Amazonía portuguesa.

Con estos acontecimientos se perfila al territorio amazónico luso brasileño como una frontera que dividía al mundo civilizado y “bueno” que encarnaban los portugueses dentro de sus fronteras civilizatorias (capitanías) en oposición a la barbarie incivilizada del estado de naturaleza y de pecado original que representaban los indios y cuyo “salvajismo” y moralidad podía ser visto por este ethos colonizador como un peligro para la bondad de la empresa civilizatoria que, bajo su idea de “progreso”, recuperaría no solo a estos hombres y su territorio para Dios, sino para la civilización en sí misma²¹.

²⁰ Ver más en: Serafim Leite (1950).

²¹ Iglesia y Estado (...) confiaron en los misioneros un papel tan importante como el asumido por los conquistadores y adelantados durante el primer medio siglo de la invasión. El fin era el mismo: someter a los indígenas al control permanente de la Corona e Iglesia Católica. Militantes del mismo bando y partes de la misma tradición, los misioneros se ocuparon de las diferencias culturales con el propósito de suprimirlas. No obstante el modo de hacer las cosas: la conquista armada,

En este sentido, el eje que representa, como ya se ha dicho, la no evangelización plena de los territorios amazónicos constituirá el punto de partida para la configuración y afirmación de la dominación sobre estos pueblos.

Hasta el momento, hemos profundizado en los territorios correspondientes a los bloques de la Amazonía hispana y luso brasileña puesto que están emparentados en este proceso ideológico, político y religioso que representa la evangelización. Por consiguiente, a continuación y de manera breve, esbozaremos al bloque amazónico anglofrancófono, el cual se enmarca principalmente en la disputa de otras ideologías dominantes relacionadas entre sí no solo por una ideología religiosa o por lo que se podría considerar un ethos protestante, sino más bien por dinámicas comerciales y económicas específicas dado que los territorios en cuestión (Guayanas) figuraban en el imaginario del descubrimiento de América desde el año 1499, pero como veremos, estarán determinados por disputas y mediaciones políticas y militares.

En este sentido, hay varios elementos que se consideran determinantes en la ocupación y caracterización colonial de los territorios de la parte más norteña de la Amazonía. En primer lugar, es necesario destacar el sentido económico y político que va a representar la ocupación del territorio guyanés, así como la presencia de la compañía de las Indias Occidentales²², la cual introducirá poblaciones de origen africano, de la India y del lejano oriente.

repartimientos, encomiendas, esclavitud y maltrato a las poblaciones, generó desde temprano profundos conflictos entre laicos y eclesiásticos aunque no llegaron a ocasionar fracturas irreconciliables entre el clero y el poder civil (...) Sobre el terreno se diseñó un proyecto de poblamiento de base urbana. Pueblos, encomiendas, repartimientos y misiones, fueron piezas clave del modelo (Perera, 2000: 27).

²² Las compañías denominadas de las Indias Occidentales representaban una amalgama de intereses de índole propiamente capitalistas para la intermediación y explotación del comercio, no solo americano sino global, en beneficio de las naciones del norte de Europa, cuyo proyecto no se encaminaba plenamente a la ocupación y explotación territorial (como España y Portugal), dado que estos ya habían ocupado buena parte del territorios americanos. Sin embargo, derivado de su proyecto de expansión mercantil, consiguieron repartirse algunos pedazos del territorio americano, en particular, islas y, en este caso, un pedazo de la Guayana, bajo la ocupación de la denominada Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales, fundada en 1621. Este carácter capitalista y mercantil determinó una forma de explotación territorial y reparto espacial opuesta a la que implementaron España y Portugal en América. Con ello se dotará de un carácter propio a la región de dominio amazónico anglofrancófona. Ver más en: Tenenti (2000).

Así, tras la llegada de los holandeses en el año 1616, la configuración política, social y cultural se estructurará en una relación vertical y, en gran medida, multicultural, en la cual los blancos, ya sean ingleses, holandeses o franceses, se colocarán en la cúspide, y en sus diversos niveles encontraremos a las poblaciones negras, hindúes y chinas, sin que ni siquiera figuren los pueblos originarios, dado que, como lo señala I.P. Maguidóvich, la población nativa, siempre escasa en ese territorio, se irá replegando gradualmente al interior de la Amazonía, a la par que irá desapareciendo por la presencia de los europeos:

Probablemente, Guayana jamás estuvo densamente poblada, pero, en todo caso, en el siglo XVI contaría con muchos centenares de miles de habitantes, si no eran varios millones; ahora en todas la Guayanas no residirán más de varios miles de indios. Los conquistadores, los bandeirantes y los piratas exterminaron a masas incontables de indígenas que residían en el litoral marítimo y en las orillas de los grandes ríos. Y en donde quedaron supervivientes, que se salvaron adentrándose en el territorio, llegaban misioneros que con la “palabra divina”, les llevaban, lo mismo que en todas partes, epidemias. Tras los misioneros seguían los cazadores de esclavos, que se encubrían con la careta de contratistas de mano de obra particularmente de los niños “para servicio doméstico”, si la esclavitud estaba prohibida por la ley.

La “cristianización” y la “civilización” dieron lugar a que las Guayanas quedaran casi despobladas (Op. Cit., 332).

En este sentido, uno de los factores más determinantes en la constitución del territorio amazónico que comprende las Guayanas será sin duda la presencia de la población de origen africano, la cual en calidad de esclava, fue introducida masivamente en el territorio. De esta manera, y dado el carácter inhóspito de la región, la población nativa se integrará en el imaginario del colonizador como parte de la “hostilidad natural del ambiente”.

Dada la inexpugnabilidad y lo incógnito del territorio se integrará en la leyenda de El Dorado, la cual condenó y a su vez posibilitó las expediciones que

dieron forma al territorio americano, dotando también de un carácter mítico a algunas regiones y pueblos de la Amazonia²³.

En este sentido, para los no portugueses y españoles, el exotismo de las regiones caribeñas y sudamericanas era tal que estas concepciones no solo resultaban creíbles sino exitosas y permitían construir, como ya se dijo, un imaginario absolutamente inhumano de las poblaciones caribeñas y selváticas.

Estas concepciones tendrán un impacto en el mundo literario, pero también científico de la época. Por ejemplo, el libro *Los viajes de Gulliver* (1726), una sátira en prosa que narra las aventuras de un explorador que, al naufragar, arriba a mundos fantásticos que de una isla a otra pueden estar habitados por gigantes, enanos o gobernados por caballos refleja las ideas que países como Inglaterra, Holanda, Alemania, Dinamarca o Suecia estaban dispuestos a creer sobre el otro.

Bajo este pensamiento, territorios como Guayana podían ser concebidos como estos mundos fantásticos y peligrosos que debían ser sometidos no solo en términos morales o espirituales (España y Portugal), sino también con un carácter práctico que nos remite no meramente a un proceso colonizador sino de extracción de recursos, auspiciado no solo por la bandera de las naciones que emprendían dicho proceso sino por el mercado.

Aquí, lo que cronistas no españoles como Thevet (1557) o Staden (1557), citados por Miguel Angel Perera (2000), describen de sus impresiones sobre el nuevo continente, se perfila en un relato entre la realidad y la fantasía, como lo señala el autor:

Para ambos las tierras y hombres americanos eran hechos ajenos; la expresión antitética de lo no europeo y por ello tierras de “singularidades”, “curiosidades”,

²³ Quizás el caso más destacado y del cual se arrojan descripciones que contribuirán a la fantasía de Europa y, en particular de Inglaterra, sobre los territorios sudamericanos, es producto de las fallidas expediciones de Sir Walter Raleigh, de las cuales elabora su famoso libro *The Discoverie of the Large, Rich, and Beautiful Empire of Guiana, with a Relation of the Great an Golden Citie of Manoa, wich the Spaniards call El Dorado* de 1596, en donde el autor describe al territorio bajo un halo de fantasía que narraba la existencia de una tierra mítica en donde se podían encontrar hombres con los ojos en los hombros y la boca en el pecho, dueños a su vez de grandes riquezas y maravillas inigualables.

“monstruosidades”, “deformaciones maravillosas” e “interesantes vicios”. Esta forma distante y ajena de ver a América permitía, en potencia, darle al relato un contenido menos subjetivo, creando la distancia para una observación más “objetiva” o menos vinculante en tanto que mundo diferente, opuesto y sobretodo inimbricable (p. 28).

Por último, solo restaría agregar que tanto al territorio como a sus habitantes este ethos colonizador anglofrancófono aplicará sobre ellos criterios de distancia moral y pragmática (territorio inhabitable) que harán de ambos (territorio e individuos) entes prescindibles. Aquí, a diferencia de los dominios portugués y españoles, la no evangelización plena no será el punto de arranque de la justificación de su carácter prescindible sino más bien su condición de pueblos nómadas, por lo cual es para los dominios holandés, francés y británico indispensable la inserción de individuos explotables (negros, hindúes y chinos).

En este sentido, históricamente ubicamos pues a la ocupación de las diversas amazonias como la génesis de las luchas y resistencias de estos pueblos en defensa de sus territorios y su supervivencia misma. Por tanto, solo restaría agregar que esta compleja realidad política, ecológica, social y cultural es producto de un largo proceso histórico de construcción de imaginarios espaciales en donde territorio y población se imbrican de manera indisoluble. Más adelante, y para efectos de la presente investigación, ya abordaremos aspectos correspondientes a la conformación de las nacionalidades y los problemas políticos derivados de establecer como puntos divisorios al territorio amazónico.

1.3 El paradigma del Estado-Nación con fronteras porosas. Siglo XIX (semillero de conflictos)

Como se había señalado con anterioridad, en el primer apartado de esta investigación, el punto de arranque de la distribución y apropiación del territorio tuvo lugar bajo una dimensión imaginaria y arbitraria. Esto lo va a reflejar, como ya se señaló, el citado Tratado de Tordecillas (1494), que en términos legales estructurará los bloques de dominio hispanos y lusos en América.

Está por demás señalar que, previo a los viajes de Colón a las islas americanas (1492-1493, 1493-1496, 1498-1500 y 1502-1504), se tenía un absoluto desconocimiento sobre la potencialidad territorial de este nuevo mundo, siendo base del proceso que va a situar al sur los dominios de Portugal, la circunnavegación del continente africano por parte del portugués Bartolomé Días en 1488²⁴, así como el hecho fáctico de que los portugueses habían alcanzado ya por mar el continente asiático.

Como ya se dijo anteriormente, este proceso se dio en medio de un auge económico, político y religioso en medio del cual los reinos cristianos, al menos de la Península Ibérica, buscaban consolidarse. En este sentido, la ocupación territorial de Sudamérica quedará distribuida originalmente en las costas, colocando muchos de los centros urbanos en función de las actividades comerciales y de extracción de recursos.

Así, el territorio amazónico, al igual que el continente americano, fue distribuido en gran medida por el azar, es decir, por una serie de acontecimientos históricos, así como por los avezados viajes de un puñado de expedicionarios (por ejemplo, las incursiones de Vasco Núñez de Balboa o Francisco de Orellana al interior del territorio Amazónico) que van a marcar el ritmo de la historia en pos de la conquista de lo desconocido y, sobre todo, de la aventura. Esta característica de incertidumbre y profunda curiosidad, convertirán al territorio, primero americano y luego amazónico, en el elemento más exótico y codiciado por cuanto viajero y aventurero tuviera noticia de ello.

Aquí encontramos las bases para la construcción del exotismo²⁵, lo que no significa que esta afirmación trate de obviar y mucho menos negar la preexistencia

²⁴ Ver más en: Bitterli Urs (1982).

²⁵ Para Angel Aguirre Baztán (1994), se distinguen dos dimensiones de exotismo que pueden subyacer al choque cultural, una de orden morboso y otro de carácter más respetuoso, pero que igualmente se mantiene en el orden de las experiencias de contemplación desde una visión etnocéntrica: "El Exotismo es, en el fondo, una mirada sucia, de turista mercader que compra "sensaciones de choque" con dinero pero que no las integra en su vida. Este exotismo comporta una fuerte carga de etnocentrismo: se viaja a los países para captar su supuesto primitivismo. Podríamos distinguir, no obstante, dos tipos de exotismos: -Un exotismo morboso (a veces bajo actitudes moralizantes y civilizadoras), una cierta "antropología de safari" que impregnó a los aventureros y viajeros y que tuvo su más refinado momento en el colonialismo inglés de principios de siglo

de este concepto por cuanto para Europa también hubo otros pueblos y lugares capaces de reunir dicha connotación (por ejemplo, los mongoles, los chinos y los pueblos africanos, etc.). Sin embargo, lo que para el imaginario europeo va a representar el “descubrimiento” y posterior ocupación del territorio americano se irá configurando conforme la colonización europea vaya ocupando el territorio y dibujando las fronteras para la pervivencia de esos mundos imaginarios con los que se va a alimentar el pensamiento y la literatura europea en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Las nociones de frontera²⁶ para la imaginación del europeo occidental van a constituir a estas regiones, en particular a la Amazonía, en universos de posibilidades infinitas. Teniendo esto en cuenta, no resulta pues tan descabellado entender cómo en su imaginario colectivo era posible encontrar aún más tesoros en el interior de esta fortaleza natural. Bajo esta premisa, no era imposible pensar en bosques de canela o ciudades de oro, ejemplos que motivaron amplias expediciones en su búsqueda. Sin embargo, buena parte de estas expediciones fracasarán y, lejos de desvanecer estos mitos, fortalecerán la idea de que en el interior de dicho territorio aún existen riquezas por descubrir para aquel que esté dispuesto a arriesgarse a encontrarlas.

Es bajo esta visión que una vez que América adquiere su “independencia”, los territorios ricos, aislados y pocamente explorados y explotados por las nacientes

(comentarios de las “noticias” coloniales) y que ha sido proseguido por una suerte de reporteros (TV, revistas ilustradas, etc.), que buscan impresionar con “algo fuerte” del tercer mundo (salvajismo, guerras, catástrofes, etc.) o de nuestro tercer mundo particular (gitanos, pobres, prostitutas, drogadictos, barracas, suburbios, miseria, desgracias, etc.) (...) – Existe otro exotismo más respetuoso, casi siempre referido a las culturas milenarias (India, china, Japón, Incas, etc.). Lo practican las capas sociales culturalmente más elevadas, aunque casi siempre como consumismo intelectual. Aun siendo este segundo exotismo más aceptable, no deja de ser una forma social-cultural que practica algún tipo de “violencia” sobre los “otros” (p. 61).

²⁶ Para la ciencia política la noción de *frontera* hace referencia a la línea que delimita, de forma permanente, las competencias territoriales de los Estados y que se establece mediante un acuerdo voluntario entre ellos, en base al marco jurídico internacional sobre tratados fronterizos. Esta división no está exenta de transformaciones producidas por cambios políticos presentes a lo largo de la historia. En el caso del territorio amazónico y algunos otros de América (selvas y desiertos) las fronteras serán establecidas en el borde de territorios considerados indómitos, en donde el clima o sus habitantes hacían prácticamente imposible el establecimiento y fundación de ciudades, distinguiendo de forma espacial el “salvajismo de la civilización”. Ver más en: Nweihed, K. G. (1992).

naciones americanas, convocan a una serie de expediciones y misiones de avanzada por todo el territorio sudamericano y en particular por la Amazonía, las cuales tendrán la finalidad de potenciar el desarrollo, siendo también una serie de elementos azarosos, como los presentes en la conquista y colonización americana, los que determinarán buena parte del destino de este vastísimo territorio.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que no existía un conocimiento preciso de dicho territorio ni antes ni después de los procesos de independencia y, en segundo lugar, que durante el periodo colonial y a lo largo de las dos primeras décadas de la independencia, se respetaron los límites territoriales establecidos por los colonizadores, para quienes, como se ha señalado, la Amazonía constituía la última frontera de la civilización, puesto que únicamente aparecía como fuente de infortunios, enfermedades y territorios inexpugnables, imaginario muy distante al de un espacio apto para el establecimiento de ciudades y centros productivos.

Hay que decir que esta caracterización sobre el territorio es resultado de la herencia colonial que se tenía sobre la distribución y el aprovechamiento de las regiones consideradas por los colonos europeos y los virreinos y capitanías como habitables y, en gran medida, domesticables. En este sentido, cuando nos referimos a la “domesticación”, es necesario establecer una doble dimensión analítica. Por un lado, en términos espaciales, es decir territoriales, dado que no es lo mismo los valles interandinos (Quito, Riobamba, Bogotá, Cuzco, Sucre), las costas en donde los portugueses van a fundar sus primeras ciudades en Brasil (São Paulo, Minas Gerais) así como la región costera de lo que hoy es Guayana y Surinam (Berbice, Essequibo, Paramaribo) que los vastísimos y complicados territorios amazónicos.

Siguiendo esta lógica, es pues entendible que las regiones andinas y costeras resulten para los europeos territorios de más fácil domesticación y apropiación, tanto para sus proyectos de explotación (como introducción de ganado, siembra de cultivos como el trigo y la cebada, y el aprovechamiento de productos nativos como la papa y el maíz), así como por la presencia de ricas regiones mineras

(cerro de Potosí) de donde extraerían gran parte de la plata que desde América sería de gran utilidad para el enriquecimiento de España y Portugal²⁷.

Por otro lado, al respecto de la dimensión humana de las poblaciones nativas que coexistían con los españoles y portugueses fundamentalmente, habría que señalar que aquellas reunían los elementos necesarios para establecer una administración colonial bajo los criterios de dominación-domesticación, misma que se hacía posible dado su carácter sedentario y de distribución del trabajo, el cual era producto de las dinámicas de producción social y económica del Incaio (pisos ecológicos).

A esto habría que añadirle que, como ya se señaló, dicho proceso se va a afianzar con la evangelización, la cual introducirá el imaginario social y cultural del conquistador al indígena, principalmente andino, con todo y el sincretismo²⁸ que este proceso desarrollará. Además, como es bien sabido, la mayoría de las ciudades y núcleos rurales en el territorio americano van a fundarse en torno a asentamientos urbanos preexistentes (Cartagena de Indias en 1533, Cuzco y Quito en 1534, Sucre en 1538, La Paz en 1548, Caracas en 1567, entre otras).

Siguiendo esta lógica, habría que decir que el establecimiento de las luchas por las independencias americanas se dará en el marco de una confrontación de intereses entre las nacientes burguesías sudamericanas con la continuación del proyecto colonial en el caso de España. Mientras que, por otro lado, en el caso de Brasil, dicha transición se dará en medio de una especie de “pacto blando” de intereses, bajo el cual se conservarán muchas de las prácticas de control, si no es que todas, del periodo previo a la independencia en la construcción de una “nueva”

²⁷ En referencia al proceso de acumulación originaria que propició el dominio colonial en América, Agustín Cueva (1977) señala lo siguiente: “(...) la misma fuga precipitada de riquezas ocurrida en el momento de la emancipación no es más que el punto culminante de un largo proceso de desacumulación: es el acto último con que el colonizador concluye su “misión civilizadora”. Y el hecho no carece de significación económica. Con respecto al Virreinato de Nueva España, por ejemplo, sabemos que, en apenas tres años, de 1821 a 1823, emigraron riquezas líquidas equivalentes a 20 millones de libras esterlinas. En cuanto al otro gran virreinato, el de Lima, se ha estimado que los solos barcos de guerra británicos exportaron metálico por un valor de 26 900 000 libras esterlinas entre 1819 y 1825” (p. 14).

²⁸ “Mezcla cultural que emerge de la aculturación. No es una mera yuxtaposición de elementos diferentes, ni su simple suma. Constituye un producto cultural nuevo” (Campo, 2008: 148).

monarquía, manteniendo las bases de la dominación colonial portuguesa para pasar a ser colonial-brasileña. Mientras tanto, para el caso de las Guayanas y Surinam su estatus de colonia prácticamente permanece hasta la actualidad.

Ahora bien, al respecto de la configuración del Estado nación americano habría que señalar que está profundamente influenciado por la Revolución Francesa (1789) y la Guerra de Independencia norteamericana (1776), como proyectos nacientemente liberales, pero carentes de verdaderos liberales para conducirlos más allá de Bolívar o San Martín, héroes de las independencias. Así, las clases dominantes constituyeron procesos emancipatorios para ellos mismos, es decir, para mantener y potencializar su poder y ejercerlo de forma indiscriminada sobre los que no participaban de esta nueva construcción de nación.

En este sentido, los grandes beneficiados de las independencias van a ser las burguesías y oligarquías (clero, ejército, comerciantes) ancladas ideológica y aspiracionalmente con España y, en su caso, Portugal, aunque –dicho sea de paso– el sentimiento de pertenencia que van a desarrollar las oligarquías brasileñas es, en términos reales, mucho más profundo que el de la oligarquía hispano americana, el cual es bastante ajeno al territorio que controla.

En este sentido, y cuando planteamos la división de los bloques civilizatorios de dominio, estamos considerando también la participación de las clases hegemónicas en la construcción del imaginario (de inexpugnabilidad y salvajismo) que se tenía sobre el territorio amazónico, en oposición a la “domesticación” que se había ejercido en el territorio andino, por ejemplo, y que dicho sea de paso respondía a una distribución espacial y simbólica que se supraponía a la distribución de los pueblos indígenas, siguiendo el modelo español; por ejemplo, el Cuzco.

De esta forma, el proyecto de Estado nación latinoamericano responde casi en su conjunto a proyectos eminentemente centralistas que implican fundamentalmente una concentración desproporcional del poder, ya sean liberales o conservadores. Los proyectos que en la primera mitad del siglo XIX van a constituir los Estados nación implicarán directamente la consolidación de los regionalismos que a la postre devendrán en la separación de proyectos de carácter más amplio

como fueron la Gran Colombia (1819-1831) o la Confederación Peruano-boliviana (1836-1839), aunado a una estructura administrativa preestablecida en tiempos coloniales la cual es conveniente a la administración local de las pequeñas burguesías nacionales. Al respecto Benedict Anderson (1983), señala lo siguiente:

La configuración original de las unidades administrativas americanas era hasta cierto punto arbitraria y fortuita marcando los límites espaciales de conquistas militares-particulares. Pero a través del tiempo desarrollaron una realidad más firme bajo la influencia de factores geográficos, políticos y económicos. La misma vastedad del imperio hispanoamericano, la diversidad enorme de suelos y sus climas, y sobre todo, la dificultad inmensa de las comunicaciones en una época preindustrial, tendían a dar a estas unidades un carácter autónomo. (En la época colonial, el viaje por mar de Buenos Aires a Acapulco tardaba cuatro meses, y el viaje de regreso, más aun; el viaje por tierra de Buenos Aires a Santiago duraba normalmente dos meses, y a Cartagena nueve.) Además, las políticas comerciales de Madrid convertían las unidades administrativas en zonas económicas separadas. Toda competencia con la madre patria estaba prohibida para los americanos, y ni siquiera las partes individuales del continente podían comerciar entre sí. Los productos americanos en ruta de un lado de América al otro, tenían que viajar primero a puertos españoles, y la marina mercante española tenía el monopolio del comercio con las colonias. Estas experiencias ayudan a explicar el hecho de que "uno de los principios básicos de la revolución americana" fuese el de "*uti possidetis*, por el que cada nación habría de conservar la situación territorial de 1810, el año en que se inició el movimiento de independencia". No hay duda de que su influencia contribuyó a la fragmentación de la efímera Gran Colombia de Bolívar, y de las Provincias Unidas del Río de la Plata en sus antiguas partes constitutivas (que ahora se conocen como Venezuela, Colombia, Ecuador, y Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia). Sin embargo, por sí mismas, las zonas de mercado, las zonas "naturales" geográficas o político-administrativas, no crean adeptos (pp.84-85).

En este sentido, el centralismo implica directamente, en términos del imaginario, la exclusión de los territorios que permanecen distantes de su margen de influencia. Así, la Amazonía se constituirá directamente en un territorio ajeno y de frontera.

En este periodo (primera mitad del siglo XIX), encontramos el caso particular de la guerra de independencia de la Comandancia General de Maynas (1821-1822) que representaba una suerte de regionalismo criollo amazónico, opuesto al proyecto colonial español, pero integrado al proceso emancipatorio que tenía lugar en toda

América Latina y que se revisará con mayor detenimiento cuando se realice el abordaje de lo que denominamos el territorio andino Amazónico, así como la guerra grancolombo-peruana (1828-1829), luego de la cual se definirán las fronteras virreinales como estatales.

En este sentido, habría que agregar que tras las luchas de independencia el territorio amazónico va a continuar como una frontera civilizatoria, ahora para las nacientes repúblicas. Al respecto de la conformación de los tres grandes bloques civilizatorios de dominio de la Amazonia, propuestos en este trabajo, es necesario distinguir que la emancipación obtenida por los países, primordialmente del bloque andino, de España, va a representar un proceso constitutivo en el abordaje que sobre dicho territorio se cernía. Es decir, nos lleva a tratar de comprender exactamente cómo es que las nacientes naciones andinas intentaron integrar al territorio amazónico en sus proyectos estatales.

Habría que decir que para estos proyectos estatales, dicho territorio todavía permanecía ajeno y, en ello, se gestarán las bases para la disputa que más adelante se dará sobre el mismo, en el cual, en términos estrictos, Brasil resultó como el gran vencedor, partiendo del hecho de que el sentido de nación va a ser producto de su lógica expansiva con base en el llamado desbrave de la selva, el cual se encuentra en la génesis de la fundación de las ciudades brasileñas, puesto que en este caso (Brasil) no se trató de refundar ciudades sobre las ya existentes, sino la supresión simbólica del salvajismo intrínseco de la selva amazónica.

Al respecto de los procesos de independencia de los países que van a comprender el bloque andino amazónico, habría que decir que se empatan con la idea general de la época de construir proyectos de nación independientes, pero relacionadas con el ethos común de dominio, el cual va a ser constituyente a la creación de los proyectos nacionales en Sudamérica. Es decir, la creación de estas naciones responderá a proyectos centralistas, criollos y fundamentalmente católicos, dotando de una identidad clara y diferenciada a América Latina y, en particular, a los países que corresponden a la región andina. Por ejemplo, para el caso de Ecuador, Oswaldo Hurtado (1977) señala lo siguiente:

El papel predominante de la iglesia en la naciente sociedad ecuatoriana es reconocido jurídicamente en la primera Constitución de 1830 cuando se declara que la “Religión Católica, Apostólica, Romana es la religión del Estado” y que es su deber “protegerla con inclusión de cualquier otra”. A pesar de la inestabilidad política y de los consiguientes cambios constitucionales, estos principios se mantienen inalterables en el siglo XIX y sobreviven en la Carta Política Liberal de 1897, para ser finalmente abolidos cuando se crea el “Estado laico” a principios de este siglo. Incluso se vuelven más rígidos en el periodo en que prevalecen las ideas “garcianas” contenidas en el Concordato (1862) y en la Constitución de 1869, al entregarse al gobierno una responsabilidad en la organización de la sociedad católica, para lo cual se otorgan privilegios especiales a la Iglesia, llegándose incluso a exigir la condición de “ser católico” como requisito para ejercer el derecho de ciudadanía. Las prerrogativas inherentes a estas disposiciones legales colocan a la Iglesia Católica en una situación privilegiada. A ella le corresponde la dirección y orientación de los establecimientos educacionales primarios, secundarios, universitarios. A su cargo tiene el registro civil de las personas cuando nacen, contraen matrimonio y mueren. Los otros cultos no son admitidos y su condición de religión oficial hace que el mensaje religioso contenido en su educación y sus prédicas, sea el único que el pueblo ecuatoriano escucha, aprende y sigue. Estas concesiones otorgadas a la Iglesia no son solo el resultado de un simple acto de voluntad de la autoridad política. Las constituciones y las leyes no hacen otra cosa que reconocer la realidad religiosa de la época. En efecto, salvo pocas excepciones que se dan en las elites, sobre todo a fines de siglo, todos los ecuatorianos son y se declaran católicos (p. 71).

Teniendo como pilar ideológico para la construcción de la identidad común a la nacionalidad de la región andina (o en buena parte de esta), la iglesia católica como institución constituye uno de los principales referentes sobre los cuales se iba a estructurar “el nuevo modelo de nación”, el cual, sin embargo, partía de viejas premisas, en donde elementos como la evangelización y la práctica de la fe católica representaban componentes de civilidad obligatorios en los dominios virreinales.

En este sentido, y articulando la relativa distancia y desinterés por evangelizar el territorio amazónico, el cual había quedado rezagado en el proceso de integración a la estructura burocrática eclesiástica debido a la expulsión de los jesuitas (1767), este también va a formar parte no solo de la construcción de la otredad, como lo veremos en los casos específicos, sino que será retomado por los

gobiernos, ahora republicanos, teniendo en cuenta los criterios que para la administración y penetración del mismo había establecido la iglesia.

Aquí es importante tener en cuenta que estos “republicanos”, ahora gobernantes de las nacientes naciones de los Andes, habían sido formados por la misma estructura eclesiástica (universidades) que reconocían en la evangelización o la no evangelización un criterio elemental de humanidad, quedando entonces los pueblos amazónicos no evangelizados al margen no solo de la civilidad sino, como veremos más adelante, de una humanidad plena.

Aquí, vuelven a aparecer las ideas de salvajismo que han caracterizado históricamente a la región amazónica, en oposición de los proyectos de vanguardia modernizadora que se aplicaron en el resto de los territorios de las naciones andinas. Como se ha señalado, las repúblicas americanas resultantes de los procesos de independencia y del fracaso de los proyectos de unificación continental, basaron sus mecanismos de dominación social y económica sobre las estructuras coloniales. Por tanto, la construcción del imaginario de nación en los Estados andinos, estuvo asentado fuertemente sobre la base del sistema de hacienda y la plantación.

No olvidemos que uno de los principales objetivos de las reducciones jesuíticas fue generar mano de obra para el sistema productivo que sostuvo la colonia, el cual se mantendrá hasta la república mediante mecanismos de dominación como las encomiendas, obrajes y mitas, a través de las cuales se garantizó la extracción, a bajo costo (trabajo esclavo), de las materias primas que permitirán la consolidación del capitalismo europeo y, por el contrario, auspiciarán la primarización de las economías americanas.

Para este caso, la Amazonía aún no aparece en el mapa como un territorio capaz de ser insertado en la dinámica de la naciente economía mundial, por tanto, se encuentra al margen de la frontera del progreso y la construcción de la nación moderna. Será, como lo veremos más adelante, hasta el perfeccionamiento de la técnica científica cuando se insertará totalmente el territorio amazónico en su

conjunto (ecosistema y habitantes), en particular con la extracción del caucho, sobre la segunda mitad del siglo XIX²⁹.

Al respecto de los procesos políticos que van a caracterizar de manera constitutiva y constituyente a las naciones que forman parte del territorio amazónico y a los ethos de dominio propuestos en lo correspondiente al caso luso brasileño, habría que señalar que, a diferencia del caso hispano, la Amazonía representó un territorio siempre a conquistar, en donde era imperante avanzar a cualquier costo y bajo cualquier circunstancia. En este caso, es fundamental retomar la noción que se señalaba antes, del llamado desbrave de la selva, bajo el cual se constituyeron los núcleos urbanos que después iban a dar paso a las ciudades, los que en su lógica expansiva fueron configurando de a poco al Brasil. Estas ciudades se irán fundando sobre el desplazamiento de la naturaleza y de sus pueblos aborígenes en el marco de un proceso que los constituía en oposición a lo natural o “salvaje” en donde la civilización tendría que triunfar inexorablemente. Al respecto, Carlos Mario Yory (2006), señala:

Perturbadoras imágenes que, en su cruda realidad, exceden con creces las más osadas visiones de los historiadores antiguos, así como los más atrevidos delirios de la imaginaria popular bajo-medieval que, aún entrado el siglo XVI, perviven en la mente de estos aventureros al punto que, como diría Novalis, no es posible discernir “si es que el mundo se convierte en sueño, o es que el sueño se convierte en mundo”. Y a la cabeza de este aguerrido ejército, la todopoderosa figura del desbravador de florestas, señor de la cruzada y representante del poder del rey en el nuevo mundo.

La caravana ha llegado a un pequeño promontorio en medio de la jungla, allí el Desbravador recibe de manos de su escudero la armadura recién enlucida que el insoportable calor había impedido que llevase durante todo el tiempo, de inmediato se coloca para subir a su cabalgadura, aquella que, por circunstancias de la espesura de la selva habían tenido que traer hasta allí de cabestro, al parecer tan solo para efectuar el ritual que, de tal suerte expresara, “el desbrave de la selva”.

²⁹ En 1839 Goodyear da con la solución definitiva para fijar las propiedades del caucho mediante el procedimiento de mezclarlo con azufre y someterlo a altas temperaturas, proceso que él denominó de vulcanización y que confería, además, mayor resistencia al producto que la que tenía en estado natural. La vulcanización puso las bases para la definitiva explotación industrial del caucho, cuyo impulso definitivo vendría de la mano de la invención de la rueda neumática en 1888 por Dunlop (Domínguez y Gómez: 1990, p.114).

Todo está listo para la conquista del nuevo mundo; el señor de la cruzada, empuñando fieramente su espada en la mano derecha y sosteniendo firmemente con la otra las riendas del caballo, previamente engalanado para la ocasión, arremete contra la selva blandiendo la espada sobre la manigua con el solo fin de abrir un espacio en medio de la indiferenciación... a los chillidos de los animales salvajes que exaspera con la brusca irrupción se sobreponen los fieros e incomprensibles gritos del desbravador cargados, no cabe duda, de imágenes de rosetones, gárgolas, crucifijos, fuentes y capiteles entremezclados, seguramente, con imágenes de insectos gigantes, cocodrilos devoradores de hombres, mujeres exuberantes y cordilleras sembradas de piedras preciosas por todas partes: oro, oro..., pero también honor, fama y, por supuesto, aventura.

No obstante, con el exorcismo de la selva la ceremonia aún no está completa, una vez “abierto el claro”, es decir “limpiado” de toda huella, dos hombres se encargan de colocar en su centro aquella prueba irrefutable de que hasta allí había llegado el nuevo orden: el patíbulo; ahora sí se podía afirmar que la civilización y, con ella, el orden, había llegado a estas tierras huérfanas de dios y de ley, pero eso sí, a partir de ahora, ¡protegidas por el rey! Será precisamente el poder del rey quien ahora de paso a la fundación de una ciudad para honrar su nombre y, con él, la gloria de Portugal.

Nuevamente el sempiterno mito de los orígenes, en el cual el caos es des-plazado por el orden, ha tenido lugar. Como siempre, con cada emplazamiento ha tenido lugar un dez-plazamiento, una movilización de los signos a otra parte, cuando no una total supresión de los mismos. El “desbrave” de la selva supondrá la fundación de una ciudad (pp. 42-43).

Esta construcción simbólica y espacial de orden estará acompañada de la imposición de los intereses de la modernidad, en la que el otro (el nativo) era absolutamente prescindible, por tanto, los pocos que sobrevivieron a la primera embestida “civilizatoria”, huyeron y se internaron en lo más profundo del territorio amazónico.

De esta forma, lo occidental, encabezado primero por los lusitanos y después por los brasileños, avanzará sobre el corazón mismo del salvajismo e impondrá modelos de orden que implicarán inexorablemente la esclavitud y el desplazamiento de pueblos enteros en África, como un fiel reflejo de la derrota, contención y aprovechamiento de ese otro, “el salvaje”, ahora procedente de África, esclavizado, desterritorializado y traído a tierras americanas para ser aprovechado trabajando hasta la muerte en aras del progreso de la nación.

En síntesis, la permanente necesidad de edificar la nación moderna brasileña auspició una avanzada constante sobre el territorio más indómito, como quedó demostrado desde la aparición de los bandeirantes, hasta la constitución e introducción de las fazendas en las que se introdujo masivamente la mano de obra esclava, no por razones éticas sino prácticas (la prohibición de la esclavitud formal del indígena americano), dado que la población indígena era, en términos de sus exigencias, muy escasa. Al respecto del proceso de esclavitud en Brasil, Stanley J. y Bárbara Stein (1975), señalan lo siguiente:

Hasta cerca de 1800, los requerimientos de fuerza de trabajo brasileños habían traído aproximadamente 2.25 millones de negros desde las costas oriental y occidental del África negra. En los siguientes 50 años, para abastecer a los fundos azucareros del nordeste y especialmente a los fundos cafetaleros en expansión cercanos a Río de Janeiro, se importaron 1.35 millones más de negros, aproximadamente el 38% de todos los esclavos importados entre 1600 y 1800 (p. 146).

En este sentido, a diferencia de los territorios controlados primero por los españoles y emancipados, luego, por sus criollos, en donde los procesos de independencia habían significado vertiginosas convulsiones sociales y desajustes políticos y económicos, Brasil por el contrario, experimentó en términos estrictos un relativo proceso blando de transición a la “independencia”, pues, tras la ocupación napoleónica de Portugal (1807), el rey Joao VI, se mudará con su corte y su familia a Brasil, ayudado por los ingleses, convirtiendo durante este periodo a Brasil en la cabeza del imperio portugués. Al respecto, María Jesús Serviá (2013), señala que:

Frente al conflictivo panorama que ofrecieron las posesiones españolas durante el periodo napoleónico, Brasil conoció una generalizada tranquilidad en todos los órdenes y un indiscutible desarrollo. El establecimiento de la corte en Río de Janeiro convirtió a esta ciudad en la cabeza del imperio portugués y los nobles, hombres de negocios y profesionales de todo tipo que habían seguido al regente animaron y enriquecieron la vida de las principales ciudades. En ellas se crearon instituciones culturales como la universidad, academias científicas, bibliotecas y centros de enseñanza. Por su parte, la actividad económica conoció importantes reformas introduciéndose técnicas hasta entonces inexistentes como la imprenta o las destinadas a la producción de hierro. Así mismo, se llevó a cabo una política de exenciones y de apertura de los puertos brasileños a los países aliados y neutrales, lo que permitió que los productos básicos, algodón, azúcar y tabaco, que

tradicionalmente eran comercializados a través de Lisboa, ahora en circunstancias delicadas por la Guerra Peninsular continuarán su salida al exterior. En dicha política ejerció fuerte influencia Gran Bretaña, su tradicional aliado, que había adquirido la condición de árbitro en los asuntos económicos a raíz de la ayuda prestada a la monarquía portuguesa (p. 38).

Este carácter de nueva metrópoli que adquirió Brasil por un periodo relativamente corto en su vínculo con Portugal va a afectar los intereses de grupos constituidos como sectores intrínsecamente dominantes. Es tal vez como producto de estas tensiones que el carácter de la nación brasileña va a afincarse en su transición hacia el proceso modernizador, que implicará la introducción de nuevas técnicas productivas, así como el desarrollo de una identidad propia con características modernas, derivada curiosamente de la re entronización del rey de Portugal en sus dominios americanos (Brasil).

Teniendo esto en cuenta, habría que señalar que esta tensión entre la introducción de nuevos valores liberales va a significar una confrontación ideológica y política respecto al destino que debía seguir la economía y la cultura en Brasil. Por un lado, entre los liberales, de los cuales evolucionará su pensamiento hacia el positivismo y, por otro, el sector esclavista, con una posición oligárquica y autoritaria, cuya base social radica en un puñado de familias blancas capaces de acumular ingentes cantidades de recursos para vivir en una desmedida opulencia que en nada envidiarían las cortes europeas como se refleja en varias obras del escritor brasileño Machado de Assis, en donde los blancos terratenientes eran dueños de la vida y la muerte de sus esclavos y este carácter de cruel patrón, normalizado en relaciones de dominación, se veía afianzado y solapado desde su niñez. Un buen ejemplo de estas relaciones lo plasma Machado de Assis en la novela "Memorias póstumas de Blas Cubas" (1881):

Desde los cinco años merecí el mote de "diablillo"; y verdaderamente no era otra cosa; fui uno de los más malignos de mi tiempo, ingenioso, indiscreto, travieso y voluntarioso. Un día, por ejemplo, le rompí la cabeza a una esclava porque me negó una cucharada del dulce de coco que estaba haciendo; y, no contento con el maleficio, eché un puñado de ceniza al cazo; no satisfecho aún con la travesura, fui a decir a mi madre que la esclava había echado a perder el dulce por pura maldad; y sólo tenía seis años. Prudencio,

un moleque de casa, era mi caballo de todos los días; lo hacía ponerse a cuatro patas, ataba a su boca una cuerda a guisa de rienda y me trepaba en su espalda, con una varita en la mano, lo fustigaba, daba mil vueltas a un lado y otro, y él obedecía; algunas veces gimiendo, pero obedecía sin decir palabra, o, cuando mucho, un “¡ay, Ñoñó!”, al que yo contestaba: “¡Cállate la boca, animal!” (p. 39).

Derivado del fuerte vínculo esclavista que existía entre la producción económica y los intereses del capital internacional, se puede considerar que Brasil desarrolla la capacidad de avanzar de manera mucho más firme al interior del territorio a diferencia por ejemplo de lo que aquí se denomina el bloque andino amazónico, ocupando así grandes franjas de territorio “despoblado”, e insertando población esclava a su antojo. Esto posibilitará, a este país en particular, construir lo que en esta investigación se denomina ethos de dominación de manera más homogénea, teniendo en cuenta que uno de los elementos fundamentales para comprender al territorio amazónico como conjunto y unidad holística va a ser la población humana, misma que será desplazada y esclavizada para la configuración de un proceso económico pero también de construcción de la nacionalidad.

A lo anterior habría que sumarle la naturaleza no fragmentaria de su proceso de independencia, lo cual permitirá establecer con claridad, no sin disputa, un determinado proyecto de apropiación espacio-territorial muy particular de la Amazonía, el cual estará marcado por un proceso de independencia desde arriba y para los de arriba, puesto que implicó la consolidación de un proyecto específico de gobierno (autoritario) y que se da en medio de una coyuntura en la que el Rey Joao VI y sus cortes, ya instalados nuevamente en Portugal, restablecen la relación de dominación colonial, deviniendo en una confrontación de intereses con las oligarquías brasileñas y portuguesas, pero primando el orden y la no interrupción de las actividades comerciales. Así, en 1822, Don Pedro (hijo de Joao), quien encabezó y avaló la transición, se convirtió formalmente en emperador de Brasil. En este sentido y siguiendo a María Jesús Serviá (Op. Cit.):

Con estos avales, don Pedro, utilizando entre otros argumentos el que su padre el rey estaba cautivo de los liberales, apoyó a los protagonistas del Grito de Ipiranga, símbolo de la independencia de Brasil, y fue nombrado emperador en diciembre de 1822. La labor

de mediación de Gran Bretaña fue un factor importante para evitar el enfrentamiento con la corte de Lisboa que, al igual que las principales potencias, reconoció al nuevo gobierno, así como los derechos sucesorios de Don Pedro al trono de Portugal en una hipotética reunificación. Por tanto, Brasil consiguió su independencia sin graves traumas internos o externos, lo que propició que a diferencia de los territorios españoles, no conociera el proceso de fragmentación que se va a producir en aquellos (p. 44).

Como hemos visto hasta el momento, la configuración espacial que sobre el territorio amazónico se cierne responde, todavía para esta parte del siglo XIX, a intereses de orden político más que económico, es decir, se fincan en el espacio que es posible controlar administrativamente por las nacientes naciones (bloque andino y bloque portugués). Más tarde, el avance sobre el territorio amazónico estará determinado por, como ya se dijo, intereses económicos internacionales, en particular con la explotación de materias primas y que en su caso, se revisarán con mayor detenimiento en el capítulo posterior.

Ahora bien, como se ha señalado en los apartados anteriores, la distribución política y administrativa de lo que va a constituir el pequeño pero trascendente territorio amazónico ocupado por el ethos de dominio anglo francófono tendrá una relación distinta, dada su posición en la geopolítica, pero sobre todo en su calidad de dominios de ultramar y puntos de intercambio y de conexión comercial. Es decir, este ethos representará en términos generales una extensión colonial que configurará un tipo de nacionalidades (Guayana y Surinam) que no forman parte del imaginario latinoamericano y que no se integran por tanto a los procesos históricos que sí empatan a la Amazonia andina y al caso brasileño.

Sin embargo, y dada la particularidad que dicha distribución territorial tiene, es indispensable tomarla en consideración para la elaboración de un capítulo que nos permita articular esta región poco investigada por los especialistas en América Latina, en un proceso integral que la incorpore en una historia común sobre la ocupación, control y distribución de lo que a ella pertenece del territorio amazónico.

Como lo veremos más adelante, este bloque revela la persistencia de un ethos originario, en oposición al ethos colonial que incorpora al territorio indígena en su lógica de dominio y, dadas sus limitadas dimensiones, presenta una discusión

diferente a la del caso brasileño y andino, específicamente en lo que se refiere al proceso de configuración de un proyecto de Estado-nación. Por ejemplo, una parte de este territorio, es decir, la Guayana francesa permanece bajo el estatus de departamento de ultramar de Francia³⁰.

En este sentido, esta parte del territorio americano es ejemplar al integrarse en el proceso de explotación esclavista con el modelo de plantaciones, que va a caracterizar a la región caribeña. Así, también se reconoce la presencia de dicho modelo en países como Brasil y Colombia, y la implicación política, económica y cultural que va a representar la introducción masiva de esclavos insertada forzosamente en la región, de la cual se puede generar la lectura que implica la aparición de lo que en términos de política económica se le conoce como auges (caña de azúcar, algodón, cacao, café, etc.), y que marcarán el ritmo de enriquecimiento de los terratenientes dueños de dichas plantaciones que amasarán grandes fortunas sobre este modelo esclavista.

En el caso de Guayana Francesa, como lo veremos en el capítulo correspondiente a esta región, la colonización responde a un fenómeno muy particular y casi aventurero que marcará el destino de este departamento de ultramar en particular, es decir, el fracaso de la primera intentona sobre el dominio del territorio y estas poblaciones. Sin embargo, de los pocos colonos sobrevivientes, se va a conformar un modelo de explotación esclavista que permanecerá más o menos hasta la mitad del siglo XIX y para el cual la población originaria representaba un problema.

Será pues en la segunda mitad del siglo XIX que el carácter de la ocupación francesa de este territorio tenga un viraje hacia fines más “prácticos” al convertirla en una colonia penal que formalizará su operación en 1885³¹.

³⁰ Los territorios de ultramar de Francia están conformados por cinco colectividades territoriales integrados a la República Francesa bajo la categoría de departamentos y poseen el mismo nivel de importancia que una región metropolitana de ese país. Estos son Guadalupe, Martinica y Guayana Francesa, ubicados en la costa Norte de América del Sur y el Mar Caribe, y La Reunión y Mayotte, ubicados en el Océano Índico

³¹ El penal conocido como la Isla del Diablo se inauguró como prisión en 1852 y permaneció en funciones hasta 1946, año en el que fue clausurado. Desde su apertura hasta 1938 se estima que

En este sentido, el carácter de la ocupación territorial de lo que hoy es la Guayana francesa está vinculado a las “necesidades” de la metrópoli a miles de kilómetros. Por otro lado, la usencia de participación de la población indígena en la política interna debido a su dispersión y poca articulación, la convertirá en una región de segunda importancia en la conformación de los movimientos indígenas que, en la segunda mitad del siglo XX, pondrán en discusión las condiciones de marginalidad que en esta región ocupada por el ethos anglo francófono han experimentado históricamente los pueblos originarios.

Este descontento se expresará más puntualmente en Guayana, en donde se articula un movimiento complejo de reivindicación que los llevará a proclamar el “Estado Libre Esequibo” en 1969. Aquí hay que señalar un aspecto fundamental en relación a lo que en el siglo XIX va a significar la conformación de los proyectos estatales, puesto que la construcción de dichos territorios nacionales estará ligada a una distribución espacial de la ocupación colonial entre las potencias que las poseían (Francia-España, Francia-Inglaterra, Inglaterra-Holanda) dando origen a, Guayana francesa, Guayana y Surinam, las cuales se intercambian y delimitan en las grandes metrópolis europeas, siguiendo el modelo colonial puesto en práctica en África y el Sureste asiático, y estableciendo por tanto una marcada diferencia con los territorios que ocupan la región amazónica en las naciones andinas y Brasil.

Desde este punto de vista, el territorio amazónico que ocupan estos países se situará históricamente en otra lógica de discusión sobre la constitución de la nacionalidad, dado que, en el caso de Guayana y Surinam, son países relativamente jóvenes (Guayana 1966 y Surinam 1975) y en el caso de Guayana francesa, se mantiene en su condición de departamento de ultramar.

Es importante señalar que la configuración de los procesos históricos que van a dar sentido a la conformación de estos ethos de dominio se revisará con

ingresaron en este penal al menos 80.000 prisioneros. Las condiciones de la penitenciaría sumadas al clima de la Guayana Francesa, al cual muchos de los reclusos eran ajenos hizo que este lugar representara prácticamente un viaje sin retorno. Derivada de esta experiencia, Henri Charrière escribe la novela autobiográfica *Papillon*, la cual le da fama global a este periodo de la historia de la Guayana.

mayor detenimiento en los apartados del capitulado que les corresponden, sin embargo, para concluir el análisis correspondiente a la conformación de este ethos de dominio anglo francófono, es necesario señalar al menos tres aspectos a tener en consideración.

El primero será el carácter de reserva territorial que en su posición de colonias van a representar estos territorios, es decir, que en sí misma su posesión implica la ampliación del territorio y el dominio nacional de Francia, Inglaterra y Holanda a territorios de ultramar. Tal es el caso de la Guayana Francesa que forma parte del Estado francés como uno más de sus departamentos. Además, en esta condición su aparente inexpugnabilidad le hará cobrar fama entre los exploradores científicos y culturales de dichos países.

En segundo lugar, la importación forzada de seres humanos para trabajar como esclavos en las plantaciones los convertirá, cualitativamente, en los países con mayor población afro descendiente en las regiones ocupadas del territorio amazónico, y distribuidas entre el ethos hispano y el ethos luso-brasileño. En este sentido, lo que nos encontramos a primera vista son territorios prácticamente afro, similares más a las islas del Caribe que al resto de Sudamérica. Por tanto, y dada su condición de colonias, van a estar ciertamente más relacionados con el Caribe y Europa que con el resto de América Latina.

En tercer lugar, la importación de esclavos, la inmigración desde China, India, Java y otros países de oriente, todos bajo dominio colonial, van a permitir la construcción de un gran crisol multicultural en el cual, sin lugar a dudas, los pueblos originarios no son de gran importancia para el proyecto estatal. Es interesante destacar que el poblamiento colonial de esta región responde en gran medida a la implantación de un capitalismo de carácter global, el cual será revisado también más adelante en su relación con el territorio amazónico y los mecanismos mediante los cuales se ha insertado en dicho proyecto (por ejemplo, auge económico del caucho).

Por último, es indispensable esbozar al menos tres elementos que articulan a la composición de los Estados y sus lógicas de dominación en su proceso de

formación (siglo XIX) en torno a dos elementos que aquí han sido señalados. El primero será la formación y consolidación de oligarquías regionales contrarias a la implantación de proyectos estatales a un nivel macro, como ya se revisó (los casos de la confederación Perú Bolivia o la Gran Colombia). Y, en el plano internacional, la participación como exportador de materias primas que, dicho sea de paso, no es puesta en la palestra de las discusiones de la época en torno a los mecanismos de acumulación estatal.

Atravesando este proyecto económico y político encontramos en el vasto territorio que compone a la amazonia el surgimiento de varios movimientos indígenas de resistencia que, para el siglo XIX, se articulan bajo el único principio de la subsistencia para evitar su extinción, lo cual, dicho sea de paso, llevará a la construcción teórica de los llamados pueblos no contactados o en aislamiento voluntario.

Si bien, en este apartado no se abordó la problemática propiamente indígena sí se tiene en cuenta dicha realidad y relación a la hora de establecer una interpretación de la construcción de los Estados-nación que ocupan el territorio amazónico. Para estos procesos de configuración estatal se toman en cuenta elementos históricos fundacionales y se articulan con la concepción dominante, ya sea sobre el territorio o sus pueblos originarios. Al respecto de los pueblos indígenas y esta temporalidad analizada (siglo XIX), se realizará un abordaje extenso más adelante.

Sin embargo, es necesario señalar algunos aspectos generales sobre las relaciones entre los pueblos originarios y el Estado. Por ejemplo, en el caso andino la frontera de configuración estatal de los Estados-nación incorpora a la población originaria de la sierra a los procesos de explotación productiva con diversos grados de conflictividad, pero siempre teniendo en consideración que los territorios integrados en estas dinámicas forman parte de su imaginario nacional y servirán para estructurar el discurso histórico del pasado glorioso que se enarbola en países como Perú, Bolivia o Ecuador. Por el contrario, los indígenas amazónicos van a representar un “obstáculo” para el aprovechamiento pleno del territorio.

Aquí es importante señalar que la concepción mencionada sobre los pueblos andinos no responde en ninguna medida a una condición privilegiada, solo hace énfasis en el grado de incorporación que estos tenían al proyecto de explotación de la tierra y se empata con la visión que en el apartado anterior señalábamos sobre la implantación de la evangelización en los territorios de la sierra andina. Esto, en oposición a la ausencia de un efectivo proceso evangelizador en el territorio amazónico, lo cual, como se dijo, contribuye a la construcción del imaginario nacional sobre el “salvajismo” del indígena amazónico, incapaz de recibir la fe cristiana y, por tanto, de establecerse de manera fija en una comunidad creada para este efecto.

Sin embargo, este carácter de “indómito” de los pueblos amazónicos nos permite entender la relación que los empata en lo que aquí se propone como ethos amazónico y que les es común a dichos pueblos incapaces de reconocer la delimitación que implican las fronteras nacionales. Por tanto, y dado su carácter de movilidad, en este periodo de consolidación de los Estados-nación, los pueblos amazónicos representan un doble problema. En primer lugar, resultaba imposible establecer en el interior de sus territorios puentes de comunicación que hicieran posible su contención dado a que buena parte de ellos, como ya se dijo, son grupos nómadas y algunos incluso se articulan como sociedades fluviales (intercomunicadas por el río Amazonas y sus afluentes).

En segundo lugar, su carácter disgregado en el territorio y sus particulares formas de concepción del trabajo y el valor les harán sujetos de difícil “aprovechamiento”, y no será sino hasta el llamado auge del caucho cuando se realicen verdaderas campañas etnocidas sobre el interior de su territorio. La dimensión de este fenómeno y sus consecuencias e implicaciones también serán abordadas más adelante y con las particularidades que en cada caso se analizan.

En este sentido y para finalizar es necesario destacar que la reducción masiva de esta población estará aparejada con la consolidación de los proyectos de explotación estatal que, a su vez, permiten incorporar en una condición de subordinación a los Estados sudamericanos que aquí se revisan, es decir, con la

incursión de los Estados-nación en el territorio amazónico encontramos ya sea por enfermedad o por un franco proceso etnocida la desaparición de la población originaria. Así, el papel que los Estados jugarán, en particular con la llegada de los auges económicos y la incorporación de Perú, Colombia, Brasil, Venezuela, Ecuador y Bolivia al sistema mundo, implicará la creación de nuevas fronteras para la explotación capitalista.

El avance de las tecnologías va a permitir el aprovechamiento de los recursos ocultos al interior del territorio amazónico, en particular, y como lo veremos más adelante, del caucho, materia indispensable, al menos hasta la llegada del petróleo, para sostener el imaginario de la modernidad en las metrópolis europeas que eran capaces de aprovechar los recursos extraídos y convertirlos en reflejos de su superioridad técnica y de su proyecto de modernidad. Es en este punto en que la Amazonía se integra a la discusión sobre los Estados-nación y se irán generando tensiones por su efectivo control que, a la postre, en el siglo XX, derivarán en conflictos armados y en zonas de enfrentamiento, en donde el control efectivo del Estado y de los intereses capitalistas (madereros, mineros, petroleros) se desdibujan.

1.4 El avance de la técnica, los nuevos auges extractivos y la incorporación de la Amazonía en el mercado global (siglos XIX, XX y XXI)

A principios del siglo XIX, cuando el caucho se empieza a comercializar en Francia³², nadie imaginó el impacto que iba a tener este producto en Sudamérica. Es decir, la historia del caucho se convertirá en un tiempo en la historia económica de la región amazónica.

Esta historia se cuenta en dos versiones. La primera, que corresponde a lo económico, representó el surgimiento y enriquecimiento de ciudades en medio de

³² Cuando el geógrafo y matemático Charles Marie de La Condamine llevó a Francia rollos de caucho crudo, fruto de la expedición realizada a Sudamérica a finales del siglo XVIII, este material sorprendió por tener propiedades como la flexibilidad o la impermeabilidad. El caucho se empieza a comercializar en Francia con el fin de utilizarlo para fabricar tela impermeable y de vestidos a prueba de agua. Ver más en: Gassiot Horrens (1943).

la selva, ciudades que en su momento se convirtieron en el portento de la modernidad americana. Por ejemplo, Manaus que entre 1890 y 1920 llegó a ser considerada una de las urbes más modernas del mundo por su avanzado sistema de drenaje, su arquitectura de estilo europeo y la distribución casi general de la energía eléctrica. La abundancia se convirtió en un sinónimo de esta región y, generalmente, estaba acompañada de un enriquecimiento prácticamente obscuro de un puñado de “afortunados”.

Por otro lado, al respecto de esa otra historia de índole social y cultural, los años del caucho representaron tal vez uno de los periodos más oscuros que había conocido esta región desde la época de la conquista, pues significó la esclavitud y el genocidio de varios miles de indígenas de la región desde el momento en que se establecen formalmente los procesos de extracción de este material.

Para entender este periodo, hay que tener en cuenta la década de los cincuenta del siglo XIX como momento clave, pues es en estos años cuando se desarrollan las técnicas de la vulcanización y la cámara neumática a partir del descubrimiento de Charles Goodyear del método de transformación del caucho mediante el azufre, el cual revolucionará la historia no solo de la región sino del mundo, incorporando abruptamente al territorio amazónico dentro de la órbita de los intereses del proyecto de la “modernidad”, dicho sea de paso, capitalista.

En otras palabras, sin el caucho procedente de la Amazonia es imposible entender la construcción del mundo moderno. Aunque este material ya fue utilizado por civilizaciones prehispánicas para fabricar pelotas, telas, materiales para revestimiento de herramientas y zapatos, el uso del caucho natural, llevado hasta Europa por los colonizadores no tuvo tanto impacto, sino hasta que, como se ha dicho, se conocieron procesos científicos avanzados como el de la vulcanización, el cual permitió que este material se volviera más resistente y de larga duración. Gracias a ello, el continente europeo pudo fabricar neumáticos, artículos impermeables y aislantes, con incidencia en el desarrollo de industrias como la

automotriz, eléctrica, de fabricación de electrodomésticos y otro tipo de maquinarias, entre sus principales usos³³.

Entonces, el auge del caucho va a representar un boom económico para la región, en medio del cual Brasil y una parte considerable de Perú y Colombia serán los escenarios de mayor explotación de este recurso. En este periodo se amasarán enormes fortunas, las cuales generarán un beneficio, no para las naciones, sino para un puñado de socios capitalistas, de la mano de la inversión de capitales extranjeros.

El boom comercial del caucho va a desatar una fiebre en la ambición de tener una pequeña porción del sueño cauchero, la cual se expande a lo largo de estos países mediante el impulso de los Estados, contagiando de este deseo a miles de hombres que encontrarán la muerte en medio de la desesperación y la “degeneración” de la selva. Como lo narra José Eustasio Rivera en su novela *La Voragine* (1946: 174):

La selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos, la crueldad invade las almas como intrincado espino; y la codicia quema como fiebre. El ansia de riquezas convalece al cuerpo ya desfallecido, y el olor del caucho produce la locura de los millones. El peón sufre y trabaja con deseo de ser empresario que pueda salir un día a las capitales a derrochar la goma que lleva, a gozar de mujeres blancas y a emborracharse meses enteros, sostenido por la evidencia de que en los montes hay mil esclavos que dan sus vidas por procurar esos placeres, como él lo hizo para su amo anteriormente. Sólo que la realidad anda más despacio que la ambición, y el beri-beri es mal amigo. En el desamparo de vegas y estradas, muchos sucumben de calentura, abrazados al árbol que mana leche, pegando a la corteza sus ávidas bocas, para calmar, a falta de agua, la sed de la fiebre con caucho líquido; y allí se pudren como las hojas, roídos por ratas y hormigas, únicos millones que les llegaron al morir.

Es importante señalar que es hasta la segunda mitad del siglo XIX que la Amazonia como región empieza a figurar a nivel mundial gracias al caucho. Esta notoriedad hace posible su incorporación a los proyectos capitalistas que en esos

³³ Ver más en: Asimov, Isaac (1987).

años tenían particular interés por los recursos que el continente americano podría brindarles, desde el petróleo en México y Venezuela, al salitre en Perú, Chile y Bolivia.

Intereses como estos, derivados del proyecto global de explotación de los recursos, desencadenarán guerras como la del Pacífico (1879 -1883), la cual aísla a Bolivia de su salida al mar, por conveniencia de los intereses económicos de empresas extranjeras apoyadas por Chile. En el caso de la disputa por el caucho, entre 1899 y 1903 se libra la Guerra del Acre, conflicto en el cual Brasil va a despojar de una buena parte de su Amazonía a Perú y a Bolivia. Cabe señalar que lo referente a los conflictos limítrofes desencadenados por la disputa de recursos naturales será desarrollado en los siguientes capítulos.

Entonces bien, a partir de ese periodo, esta región en su devenir no podrá ser desligada de la historia del proyecto capitalista. No es, por el contrario, que antes estuviera aislada, sino que permanecía en el margen de los intereses de las naciones que la conforman. Un ejemplo de ello es que los conflictos territoriales que dan forma a la región amazónica no se desatan sino hasta que determinados recursos como el caucho se vuelven de interés del mercado mundial.

Los años del caucho, que representan un episodio fundamental para la historia de la Amazonía están marcados, como se dijo, por el derroche, la corrupción y la degeneración de las personas y su territorio. La segunda mitad del siglo XIX alimentará nuevamente en América el imaginario de lo salvaje, de lo indomable y del proyecto colonizador que, en ese mismo periodo, sangraba a África y al sureste asiático. Este no es un punto menor, pues el declive del auge del caucho en América estará relacionado con la exportación de la planta a territorios africanos y asiáticos, sin embargo, ese tema lo revisaremos un poco más adelante. Lo que sí es importante dejar en claro es que este proceso de acumulación va a potenciar un fenómeno profundo de colonialismo interno que desencadenará la esclavitud de los pueblos nativos del territorio amazónico. Esta historia es compartida por países como Perú, Bolivia, Colombia, Brasil y será revisada más puntualmente cuando, en

capítulos posteriores, se analicen los bloques culturales de dominio y los movimientos de resistencia a los proyectos capitalistas y esclavistas.

Por otro lado, entre 1850 y 1940 se produce el fenómeno de una masiva inmigración de colonos europeos a América, auspiciada por los propios países receptores. Se estima que en este periodo ingresaron en el continente más de 30 millones de inmigrantes, principalmente hacia Estados Unidos, Argentina, Canadá, Brasil y Cuba; siendo uno de los motores más importantes para este proyecto de apertura de fronteras, el mejoramiento de la raza de los países latinoamericanos.

Siguiendo esta lógica, los pueblos indígenas amazónicos se incorporaron, en este periodo, a los sectores explotados (Sierra y Costa) que constituyeron el soporte que cargaría sobre sus hombros el proyecto de modernidad occidental en la región, pues el desarrollo aparente de las naciones sudamericanas va a responder a un proyecto extractivo. Es en este sentido que la vía férrea que une al territorio contenido entre los ríos Madeira (Brasil) y Mamoré (Bolivia-Brasil) en 1870 está destinada a extraer la riqueza de la Amazonia y, a su paso, ir sembrando en su camino pequeños pueblos que van a ser dependientes de esta lógica comercial y que van a fortalecer poco a poco la presencia particularmente brasileña en una región prácticamente desatendida, no así deshabitada, por países como Perú y Bolivia.

Hay que decir que el caucho va a detonar la inserción de la región en una estructura económica global que se enmarca en una dinámica mundial determinada por el aprovechamiento de la extracción de recursos que, dicho se sea paso, había convertido a regiones enteras en mono productoras. Por ejemplo, la caña en el Caribe, el café y el cacao en determinadas zonas selváticas, entre otros productos que representan en buena medida la primera parte de los auges extractivos de América Latina y que, además, irán moviéndose por el territorio según sus intereses y las demandas del mercado, las que se fueron orientando de acuerdo con el avance de los desarrollos técnicos y científicos hacia la extracción de otros productos como el caucho y el petróleo.

Al respecto de esta relación comercial entre el centro y la periferia, en la cual se ubica América Latina como proveedora de materias primas, es importante retomar algunos elementos esenciales de la perspectiva analítica propuesta por Immanuel Wallerstein, en relación con los sistemas mundo y la forma en que se conectan el centro y la periferia.

Para comprender a la perspectiva de los sistemas mundo es necesario situar históricamente el surgimiento de este enfoque analítico. Wallerstein lo hace partiendo de la premisa de que las ciencias sociales, divididas en especialidades a lo largo del siglo XIX, se veían en la incapacidad de explicar las nuevas configuraciones geopolíticas y económicas que emergieron al final de la Segunda Guerra Mundial, bajo la hegemonía de Estados Unidos. En dicho periodo podemos ubicar el surgimiento del concepto de “desarrollo” como estrategia para justificar las diferentes configuraciones socioeconómicas de los Estados-nacionales sin atentar contra la universalidad de las leyes mediante las cuales se dotó de un carácter científico al estudio de la realidad social.

En pocas palabras, los distintos grados de “desarrollo” en los que se encontraban los países hacían suponer la existencia de un menor o mayor grado de acercamiento a un modelo ideal forjado a la imagen de los países considerados desarrollados, particularmente Estados Unidos. Incluso el pensamiento marxista adoptó la noción de las fases o estadios de desarrollo como camino cierto al socialismo, marcado por la otra potencia en disputa de la hegemonía, la Unión Soviética.

Esta fundamentación histórica es importante ya que es como respuesta a ella que surgen posiciones críticas frente a la explicación de la configuración del sistema económico mundial en función del éxito o fracaso de los países ante un determinado modelo de desarrollo, así como nuevas propuestas analíticas para la comprensión del ordenamiento mundial. Como lo sintetiza Wallerstein (2005):

En el periodo que va de 1945 a 1970, cuatro debates preparan la escena para la emergencia del análisis de sistemas mundo: el concepto de centro-periferia desarrollado por la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (CEPAL) y la

elaboración subsiguiente de la “teoría de la dependencia”; la utilidad del concepto marxista del “modo asiático de producción”, debate que tuvo lugar entre los académicos comunistas; la discusión entre los historiadores de Europa acerca de la “transición del feudalismo al capitalismo”; el debate acerca de la “historia total” y el triunfo de la escuela historiográfica de los *Annales* en Francia y en distintas partes del mundo después. Ninguno de esos debates era totalmente nuevo, pero en ese periodo ocuparon el centro de la cuestión, arrojando como resultado un desafío enorme para las ciencias sociales tal como habían evolucionado hasta 1945 (pp. 25-26).

Siguiendo la perspectiva del autor, entonces, frente a la idea de iguales condiciones, pero diferentes grados de desarrollo, se interpuso la crítica de la desigualdad en los términos de intercambio comercial entre naciones, así como de los mecanismos históricos mediante los cuales las naciones del centro mantuvieron dicha desigualdad mediante la extracción de la plusvalía de las denominadas periferias, en el marco de una dinámica necesaria para el desarrollo del capitalismo.

Ahora bien, del debate respecto a la unidad de análisis desarrollado al interior de las Ciencias Sociales durante la segunda mitad del siglo XX, de donde se desprende la caracterización que hizo Fernand Braudel del Mediterráneo del siglo XVI como “economía-mundo” para superar los enfoques empiristas y las explicaciones aisladas de los procesos estructurales, así como los cuestionamientos al conocimiento como herramienta de poder desprendidos de las movilizaciones de mayo del 68, se desprenden tres innovaciones en los mecanismos para conocer, las cuales dan forma a la propuesta de los sistemas-mundo: el sistema-mundo antes que los Estados como unidad de análisis, la existencia de un tiempo de larga duración (el tiempo estructural que integra la multiplicidad de tiempos sociales) y el enfoque unidisciplinario por sobre la noción de la multidisciplinaria.

En este sentido, para Wallerstein (ibíd.), al hablar de “sistema-mundo estamos frente a una zona espacio-temporal que atraviesa múltiples unidades políticas y culturales, una que representa una zona integrada de actividad e instituciones que obedecen a ciertas reglas sistémicas” (p. 32). Desde este enfoque, señala el autor, el sistema mundo moderno en que vivimos empieza en el siglo XVI

y corresponde a una economía-mundo capitalista, lo cual nos permite situar a la historia de la configuración de América Latina como región en un punto central para el surgimiento y desarrollo de la “modernidad” que permitirá a occidente erigirse como el centro, relegando a los nuevos territorios conquistados a la categoría de periferia.

En este sentido, el estudio de la Amazonía debe ubicarse dentro de una perspectiva de análisis más amplia que nos permita comprender su historia vinculada irresolublemente a las necesidades de la economía global, así como de las múltiples configuraciones culturales que se asocian a este gran periodo identificado en la historia occidental como modernidad.

Siguiendo esta lógica, la relación que se establece entre el centro y la periferia va a estructurar distintos procesos de explotación y a perfeccionar otros. Y es aquí que la ciencia desarrollada por occidente tendrá un papel fundamental al momento de dictar los mecanismos de explotación que conducirán a los “auges productivos” que en gran medida van a dar forma a dos procesos: el desarrollo económico de la región y la construcción cultural y política que determinará los proyectos de nación relacionados irreversiblemente con el centro (Europa), por lo cual no es de sorprenderse el acomodo geopolítico de algunas compañías extranjeras en favor de los proyectos estatales de determinadas naciones³⁴.

En este sentido, “la modernidad” aparente que significaron los procesos de acumulación derivados del auge extractivo, que en este particular caso nos remite al caucho, tendrán como contracara, como se señaló al principio, el genocidio y la apropiación de los territorios de los pueblos originarios que milenariamente habían coexistido en la región y que se convertirán en las semillas de las rebeliones que responden a esta avanzada colonizadora altamente destructiva que, dicho sea de paso, tiene su sede en puntos que se encuentran muy lejos del territorio

³⁴ Por ejemplo, el caso de Chile y su relación con Gran Bretaña para la apropiación de la extracción del Guano y el Salitre, lo cual va a favorecer el desarrollo del proyecto de nación chileno. Otro caso es el de Bolivia durante la Guerra del Acre, país que permitió la entrada en este territorio de la empresa estadounidense de The Bolivian Syndicate con el fin de afianzar la presencia de Bolivia en esta zona.

latinoamericano, es decir, en las grandes urbes europeas y sus necesidades de “progreso” a costa de la extracción de los recursos de colonias que existen en su imaginario solo como proveedoras de materia prima, desprovistas de cualquier otra comprensión en torno a su humanidad y su historia.

Bajo esta lógica, se montó sobre el territorio amazónico un proceso de ocupación y explotación comercial sin precedentes, que implicó su incorporación, como se señalaba anteriormente, a una economía global, que daría forma, a principios del siglo XX a un proyecto de modernidad capitalista que favorecería a una sociedad económica global en donde la inversión va a fomentar la creación y desarrollo de núcleos urbanos o profundizar, como lo hizo, la relación dependiente y periférica de países como Brasil, Perú, Colombia, Bolivia y otros que participaron en el auge del caucho.

En este sentido, la propuesta de Wallerstein responde en varios niveles a las necesidades que esta investigación se plantea para entender la raíz histórica de las rebeliones amazónicas, las cuales tienen que vincularse directamente con procesos a cientos o miles de kilómetros, que se encuentran distantes, pero íntimamente ligados por la política económica global, así como por un discurso de progreso y desarrollo que va a enarbolar en este periodo la retórica de la modernidad.

Respecto a las condiciones estructurales mediante las cuales se desarrolló el capitalismo en la región latinoamericana, proceso en el que los países estudiados se integran mediante concreciones históricas específicas, pero como parte de un desplazamiento, como se ha dicho, sistémico, es preciso citar a Agustín Cueva (1977: 99-100), quien lo sintetiza de la siguiente manera:

El desarrollo del capitalismo no es otra cosa que el desarrollo de sus contradicciones específicas, es decir, de un conjunto de desigualdades presentes en todos los niveles de la estructura social. En este sentido, su modalidad de desarrollo en América Latina no constituye propiamente una infracción de la regla, sino más bien una realización “extremista” de la misma. El desarrollo desigual adquiere por eso aquí el carácter de una verdadera “deformación”, a la vez que la explotación y la consiguiente pauperización de las masas toman el cariz de una “superexplotación”, sobre determinados por un contexto del que podría decirse parafraseando a Marx, que no solo padece los males que entraña el desarrollo del

modo de producción capitalista, más también los que supone su falta de desarrollo, y donde “además de las miserias más modernas nos agobia toda una serie de miserias heredadas”.

Siguiendo la posición de Cueva, en la cual se distingue con claridad la magnitud del proyecto económico global, América Latina establece una relación de subordinación que en términos generales hace posible comprender la realidad histórica que va a representar la empresa del caucho en el territorio amazónico.

En este sentido, la emergencia de un producto como este, relacionada con el control monopólico de su extracción y comercialización, va a demandar un enorme volumen de mano de obra que representará en términos concretos, la esclavitud de una gran cantidad de poblaciones amazónicas. Esto es posible dado que en estas vastísimas extensiones territoriales la presencia estatal era nula o bien se expresaba en la más absoluta complicidad de Estados como el peruano, el boliviano, el brasileño, etc., para los cuales estas poblaciones representaban un verdadero dolor de cabeza en su proyecto modernizador. Los indios y, particularmente los amazónicos, eran un símbolo de atraso y de una condición de nación periférica.

En este punto también, siguiendo con la lógica de lo periférico, se puede “entender” la magnitud del boom cauchero, puesto que la demanda desproporcional de este producto va a requerir unos bajísimos costos de producción que solo fueron posibles mediante la esclavitud y, posterior genocidio, de muchos de estos pueblos, fenómeno que se distinguirá más puntualmente en apartados posteriores. A esto habría que sumarle que las características de la actividad extractiva planteada, en una zona inhóspita, cargada de peligros, enfermedades y condiciones extremas, hizo necesario que se buscara emplear mano de obra de poblaciones que se consideraban prescindibles pues era prácticamente un hecho que iban a dejar la vida en esta labor.

Sin embargo, este fenómeno de super explotación de la mano de obra va a ser característico de los denominados “booms comerciales”, estableciendo un contexto global en el que regiones distantes como el Congo, el sureste asiático (particularmente la India) o China presentarán niveles de explotación y esclavitud

comparables entre sí. En un relato más amplio podríamos incorporar estos procesos de explotación productiva, en la necesidad de industrialización que estaba experimentando el occidente europeo e insertar al colonialismo como uno de los grandes pilares de la industrialización de los países del Centro.

En este sentido, Wallerstein (2011) señala, al respecto de la incorporación de territorios a la economía mundo europea, lo siguiente:

La economía mundo europea rompió los límites que había creado durante el siglo XVI y comenzó a incorporar vastas zonas nuevas a la división efectiva del trabajo que abarcaba. Empezó incorporando zonas que ya se encontraban en su área externa desde el siglo XVII, en concreto sobre todo el subcontinente indio, el imperio otomano, el imperio ruso y África occidental. Estas incorporaciones tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. El ritmo, como sabemos, se aceleró y, a finales del siglo XIX y principios del XX, el mundo entero, incluso aquellas regiones que nunca habían formado parte del área externa de la economía-mundo capitalista fueron arrastradas a su interior (p. 179).

Ahora bien, el fenómeno de la extracción del caucho se da en complicidad entre los estados nacionales y las compañías caucheras a las cuales beneficiaron. Es importante resaltar que en el periodo del primer boom cauchero había una ausencia casi total de los Estados en las zonas fronterizas, así como el territorio amazónico, lo cual permitió la entrada libre de empresarios a zonas ricas en recursos naturales, en este caso, la goma. Esos mismos empresarios se convertían, más adelante, en figuras de autoridad en las zonas ocupadas, pudiendo disponer a su antojo de la mano de obra indígena, así como abanderar directamente los conflictos relacionados con la disputa del territorio.

En tal sentido, la figura de los empresarios caucheros no dejaba de estar asociada a la de aventureros y emprendedores que conquistaban tierras indómitas y, hasta entonces, desconocidas para el “mundo moderno”, en una suerte de nueva colonización. Como lo señala Ovidio Lagos (2005):

A fines del siglo XIX las materias primas alcanzaron su apogeo en los mercados mundiales, creando imprevistas fortunas y hombres legendarios, riquezas que, en su gran mayoría, se evaporaron con el tiempo. Sólo el inmenso Amazonas se libraba de la maldición

de la codicia y de la sangre que siempre traía aparejada la explotación de materias primas. Para quienes habían nacido allí, era un paraíso terrenal donde no habían llegado las pestes europeas.

Un día el hombre blanco descubrió una insospechada fuente de riqueza en el corazón de la selva y la vida apacible de los indígenas terminó transformándose en un infierno. Esa riqueza era el caucho, una sustancia que segregaban ciertos árboles selváticos y que fue esencial para las industrias europea y norteamericana. Neumáticos, cables y una infinidad de productos se creaban a partir de esta materia prima que la naturaleza tan pródigamente había volcado en el Amazonas. Surgieron, entonces, los reyes del caucho (p.11).

Es así como en la Amazonía se atrincheraron un sinnúmero de empresarios caucheros sin necesidad de contar con una concesión de los Estados para la extracción de la goma, sin embargo, las casas exportadoras más destacadas de la época eran las de los peruanos Julio César Arana, Luis Felipe Morey y Cecilio Hernández, quienes operaban entre Iquitos (Perú) y Manaus (Brasil), los centros de la economía del caucho, o la Casa Elías Reyes y Hermanos, instalada entre los ríos Caquetá y Putumayo de Colombia.

La más poderosa fue sin duda la Casa Arana, la cual poseía fundos de goma a lo largo del río Putumayo que se extiende desde Brasil a Colombia, tocando también zonas fronterizas de Perú y Ecuador. La expansión de esta compañía empieza en 1903 cuando Julio César Arana adquiere de empresarios colombianos la estación La Chorrera (zona del Putumayo) y funda la Casa Arana y Hermanos. Cabe señalar que en ese momento aquel era un territorio todavía en disputa entre Perú y Colombia, por lo cual tuvo que valerse del ejército peruano para desplazar a otros caucheros de origen colombiano de la zona.

Por otro lado, en 1907, la Casa Arana se convierte en la Peruvian Amazon Company, luego de asociarse con una empresa inglesa, lo cual le otorgó un poder sin precedentes en la zona, el que se hará sentir no solo en la monopolización del comercio del caucho, eliminando incluso por la fuerza a sus competidores, sino en la capacidad de concentrar la mano de obra esclava a través de los medios más atroces y despiadados.

Los nativos eran secuestrados y obligados a trabajar, enfrentando castigos como la tortura, amputaciones o la muerte, para lo cual utilizaron capataces traídos de las Antillas. Durante los cuarenta años que operó esta compañía, alrededor de 100.000 indígenas uitotos, ocainas, boras, bora-mirañes, muinanes, nonuyas y andokes, entre otras etnias, fueron asesinados, erigiendo la prosperidad de los caucheros sobre un verdadero genocidio. Y, aunque esta era una realidad bastante bien conocida tanto por los estados latinoamericanos implicados, como por las potencias extranjeras que se beneficiaban del caucho, no se hizo ningún esfuerzo por detenerla. Como relata Lagos (op. Cit.):

Los horrores del Putumayo que comenzaban a estremecer a los ingleses y a la prensa mundial eran bien conocidos desde hacía años por los gobiernos de Colombia, Ecuador y Perú. Pero ¿qué importancia podía tener que gobiernos de insignificantes repúblicas sudamericanas supieran la verdad? ¿Qué trascendencia deparaba ese conocimiento sin el imprescindible apoyo del periodismo europeo y norteamericano? Walter Hardenburg, sin duda, fue el detonante. Pero hubo otros que recorrieron el Putumayo antes que él y elevaron sus voces de protesta sin que nadie los escuchara; entre ellos, el entonces cónsul norteamericano en Iquitos, Charles C. Eberhardt, que recorrió dos veces ese río. (...). El primer informe que envió a Washington, a fines de 1907, fue algo tibio, y se basaba fundamentalmente en el libro del francés Robuchon. Pero sugirió de manera inequívoca la condición de esclavitud que imperaba en la zona, producto del sistema de *enganche* y *endeudamiento*. En su segundo viaje, su informe fue más cáustico: un artículo publicado en *the New York Times*, el 18 septiembre de 1907, firmado por el cónsul peruano en Nueva York, Eduardo Higginson, ataca la validez de la concesión otorgada por el gobierno de Colombia a la *Amazon Colombian Rubber and Trading Company* entre los ríos Putumayo y Caquetá (...) por tratarse de un territorio que reclamaba el Perú.

Esto motivó que el cónsul norteamericano en Iquitos, Charles Eberhardt —por tratarse de una compañía de capitales colombianos y norteamericanos, y en las cuales había accionistas estadounidenses— viajara a esas regiones. Comprobó que la influencia de la Casa Arana era abrumadora y que manejaba el comercio de la zona, lo cual apenas configuraba un monopolio; pero escuchó, azorado, a un negro de Barbados que le relató, con detalle, lo que sucedía allí: mujeres indias torturadas, niños de pocos meses de edad a quienes se les estrellaba la cabeza contra un árbol para que la madre tuviera más tiempo para recolectar el caucho. El informe enviado a Washington señalaba que “los peruanos intentan beneficiarse con la mano de obra indígena antes de que desaparezca por completo y, para lograr ese fin, no dudan en llevar a cabo los más ultrajantes actos de crueldad”. Esta

denuncia que llegó a manos del gobierno norteamericano, pero durmió el sueño de los justos en un cajón hasta que, a raíz de los escándalos del Putumayo, fue debidamente desempolvada y puesta en circulación (p. 226-227).

A partir de 1915 la economía cauchera en la Amazonia empieza a declinar debido a la disminución de los precios de este producto, el cual comenzaba a ser cultivado en África y Malasia, también bajo el dominio inglés. Por otro lado, en esa misma década, las casas caucheras sudamericanas disminuyeron su producción debido a la forma acelerada en que se diezmó la mano de obra, así como a los levantamientos de los “trabajadores” que quedaban bajo la explotación de dichas casas. La Depresión de 1929 y la guerra colombo-peruana (1932-1933) terminarían por poner fin a la primera fase de la fiebre del caucho.

Esta experiencia representa para el territorio y para sus actores un periodo que puede distinguirse en dos niveles. Por un lado, para los inversionistas, latinoamericanos o no, estos casi cincuenta años del boom cauchero están marcados por la “aventura” y la ambición, la misma que permitirá la construcción de ingentes fortunas y el desarrollo de núcleos urbanos que van a convertirse en ciudades importantes (principalmente en Brasil). Estos años darán a conocer al mundo en buena medida al territorio sudamericano y reavivarán en el imaginario eurocéntrico el “salvajismo” de una región por conquistar, por habitar y por domesticar.

Por otro lado, estos también son los años de la complicidad, el crimen, la tortura y el terror que, en aras de la construcción del “progreso”, llevarán al genocidio de una gran cantidad de pequeños poblados ubicados en los márgenes del Amazonas, como lo describía Ovidio Lagos al referirse al trato que recibían sus habitantes originarios.

Es importante señalar que la extracción del caucho en la región amazónica no estuvo determinada tanto por fronteras estatales como por sus mecanismos de explotación, los cuales dependían de cómo estaba distribuido este recurso en la cuenca del Amazonas, lo cual llevó a que los denominados “barones del caucho” se

desplazaran al interior de este territorio, buscando zonas con mayor concentración de los árboles de los cuales se extraía la goma, una vez que el recurso se agotaba en otros espacios ya depredados.

Esto, en vista de que existen dos variedades de árboles explotables. Una, denominada Hevea que puede ser sangrada cada tres días sin provocar la destrucción del árbol y cuyo producto es más puro y manejable. Y, otra, llamada de Castilla, que puede ser sangrada solo un par de veces al año. En el caso de la segunda especie, los caucheros preferían, por rentabilidad, aprovechar toda la goma posible de una sola vez hasta provocar la muerte del árbol y moverse a otro terreno.

La variedad Hevea crecía en zonas que podían estar inundadas la mayor parte del año, las cuales eran ocupadas en sus tres cuartas partes por el territorio brasileño, por lo cual la exportación del caucho llegó a representar en este periodo la segunda actividad comercial más importante para Brasil, luego del café. Por su parte, países andinos como Perú, Ecuador y Colombia tuvieron bajo su dominio territorios en donde primó la especie de Castilla y, por tanto, un tipo de producción destructiva y nómada. Esto es importante ya que explica el interés de monopolios como el de la Casa Arara por dominar la zona del Putumayo, en donde había alta concentración de Hevea, así como las disputas entre Estados por ciertos territorios de la Amazonia, principalmente brasileña.

Ahora bien, en síntesis, las variedades de caucho Hevea y Castilla van a determinar los ritmos de explotación productiva y laboral de buena parte de la cuenca amazónica. Estas variedades determinarán los tipos de trabajo y, este a su vez, dará forma al particular fenómeno de la explotación del caucho amazónico, así como al establecimiento de las relaciones entre los núcleos de producción y la creación de pequeñas poblaciones que en algunos puntos en particular se convertirán en pequeños núcleos urbanos.

En este sentido, uno de los elementos fundamentales para comprender este proceso de acumulación estará determinado por el establecimiento de rutas comerciales de intercambio que hicieran favorable el comercio y, es en este punto

que, los monopolios comerciales como el de la Casa Arana, por ejemplo, se encargan de la administración plena del territorio, abrogándose para sí prácticamente toda actividad productiva en la región excepto la última fase del proceso de comercialización: “la exportación de la goma al mercado internacional y la importación de manufacturas del extranjero. Dicha actividad siempre estuvo en manos de grandes compañías extranjeras, principalmente inglesas y norteamericanas como la *Norton & Cía*, con sede en Belem do Pará, unas especializadas en exportar la goma y otras en importar las manufacturas” (Ullán, 2004, p. 10).

Este aspecto particular estructurará la condición de subordinación al proceso productivo determinado por el centro, de un producto que por casi 50 años fue útil para el enriquecimiento de un puñado de inversionistas, denominados “barones del caucho”, sector terrateniente amazónico que, en complicidad con las autoridades peruanas, brasileñas y bolivianas amasarán inmensa fortunas, dejando como herencia de su actividad productiva la devastación del territorio en la que se incluye directamente el exterminio de pueblos cuyo modo de vida no entraba en contradicción con el equilibrio del ecosistema de la selva.

Hay que decir también que de esa “grandiosa” bonanza del caucho quedó poco para los países que la experimentaron en su interior, pensando en términos de desarrollo comercial, infraestructura, desarrollo estatal, etc. Lo que quedó de esa bonanza, una vez que las compañías caucheras se fueron, fue un puñado de factorías abandonadas que no se modernizaron y que fueron cediendo paulatinamente al comercio cauchero en otras regiones del mundo, en donde las condiciones productivas para ese momento (a partir de 1920) iban a ser más favorables porque además se desarrollaban en territorios propiamente coloniales, propiedad de Inglaterra o de Holanda, hacia donde se habían trasladado las plantaciones.

En este sentido, hay que decir que el fenómeno de la hiper explotación del caucho es un elemento común al colonialismo, pero también al acelerado desarrollo

tecnológico que va a marcar los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Este proceso de explotación y apropiación, en buena medida, va a dejar en claro que este modo de producción que se estaba expandiendo por el mundo, es decir, el capitalismo imperial, no solo era desenfrenado en sus necesidades de acumulación, sino que carecía de moral³⁵. Es importante señalar este elemento ya que constituye la base sobre la cual se construyó el sistema económico global que marcó el siglo XX. Como lo señala Francisco Ullán de la Rosa (2004):

En definitiva, la bonanza del caucho se desarrolló conforme al modelo neocolonial de dependencia imperante en la época: el precio del producto se fija en Londres o Nueva York, la mayor parte del capital generado por la actividad extractivista se drena hacia el exterior, los escasos capitales que permanecen en la región se acumulan mayoritariamente en manos de unas pequeñas élites sin apenas interés por el desarrollo económico local, que lo despilfarran en bienes suntuarios o lo invierten en propiedades en Europa, donde todos sueñan con poder vivir un día. La extraversion, la dependencia económica y la fuga de capital son características comunes a las economías iberoamericanas del XIX y principios del XX que adquirieron en el Amazonas, durante la Era del Caucho, particularidades especialmente extremas y sangrantes. La explotación de la goma elástica generó muy poca circulación monetaria, de acuerdo con un mecanismo en cadena de crédito e intercambio en especie que comenzaba y terminaba en las compañías extranjeras de Belém (p. 10).

En este sentido, para el siglo XX, una buena parte del territorio amazónico ya se había integrado plenamente a la lógica productiva global en una condición de

³⁵ Cabe señalar que la fiebre del caucho trascendió las fronteras de América Latina, llevando el terror y la destrucción a otros pueblos en situación colonial. Es el caso del Congo, en África, territorio que a partir de 1885 y bajo el reinado de Leopoldo II de Bélgica, se convirtió en una zona productora de caucho que rescató la fortuna del monarca belga. Las empresas encargadas de la extracción del caucho, que tenían concesiones por hasta treinta años, forzaban a los pobladores a entregarles una cuota diaria de este producto, castigando el incumplimiento con torturas, amputaciones y la muerte. Incluso, se valieron del secuestro para llevarse a los hombres de las aldeas a trabajar en esta labor, condenando a sus familias a morir de hambre. Esta situación no fue muy distinta a la que experimentó el territorio amazónico en ese periodo puesto que cuando el boom del caucho termina, esta actividad es reemplazada por la extracción de piedras preciosas y la minería en el Congo. Ver más en: Hochschild, Adam (1998).

subordinación. Entonces, con el declive de la industria cauchera, debido a la expansión del producto a otras regiones bajo el control imperial, la Amazonia, si bien continua inserta en la lógica productiva, será ya desde una posición de menor importancia para la extracción de este recurso en particular que, sin embargo y pese a su declive, permitió el establecimiento de caminos e infraestructura que posibilitaron el desarrollo de poblados y pequeños núcleos urbanos, así como el florecimiento de otras grandes urbes, principalmente en el territorio brasileño.

Bajo esta consideración, la herencia que el boom cauchero dejó en el territorio se podría medir al menos en tres niveles. El primero, enfocado a la creación de caminos al interior del territorio que establecieran ciertos vínculos entre esta zona y el Estado, lo que derivará después, directamente en la aparición de focos de conflictos internacionales (Brasil y Bolivia entre 1899 y 1903 o Colombia y Perú en 1932, por ejemplo). En segundo lugar y, como ya se dijo, estos caminos van a posibilitar el posterior desarrollo de cierta infraestructura que, a su vez, dará lugar a poblados o núcleos urbanos periféricos que en un determinado momento serán habitados por colonos en busca de fortuna.

Y, un tercer nivel de análisis corresponde al hecho de que la actividad cauchera también favoreció directamente al despoblamiento de pueblos nativos en favor de la consolidación de la entrada del Estado en la Amazonía, el cual no solo apoyó, sino que impulsó la penetración de las compañías caucheras en los países citados, mediante el uso de sus fuerzas armadas. A esto se suman los dos elementos antes mencionados, es decir, la explotación y ocupación del territorio, todo lo cual sembró el resentimiento entre los pueblos originarios para con los estados que no solo permitieron sino que, como se señaló, posibilitaron e impulsaron la esclavitud y el genocidio de buena parte de los pueblos amazónicos, tema que se revisará con mucho mayor detalle en los apartados posteriores, en particular, lo correspondiente a las rebeliones y principales zonas de resistencia.

El siglo XX también marcará otro proceso medular de ocupación del territorio amazónico a la par del desarrollo técnico científico de occidente, el cual está directamente relacionado con el aprovechamiento de un recurso que, por encima

del caucho, se convirtió en el combustible fundamental de la modernidad. Aquí, el petróleo va a cobrar un rol particular en el desarrollo económico de países como Perú, Venezuela y Ecuador y establecerá un nuevo punto de análisis y otro foco de conflicto.

Por otro lado, derivado también de la actividad extractiva de la Amazonía, el siglo XX está caracterizado por la emergencia de la industria minera y maderera, y para el caso boliviano y brasileño, la explotación directa de la tierra ya sea por la expansión de los plantíos de coca (Bolivia) o por la agricultura extensiva desarrollada por Brasil en favor de su industria ganadera.

En el caso particular de las Guayanas y Surinam, tanto su posición geográfica cuanto su clima tropical, los convirtieron en territorio de plantaciones, a partir del periodo colonial (siglo XVI), constituyéndose en una actividad paralela, pero vinculada, el comercio de esclavos traídos de África. Si bien estos territorios devienen de una particular formación socio histórica debido, entre otros factores, a su tardía independencia (excepto en el caso de Guayana Francesa que continúa siendo departamento de ultramar de Francia), comparten el destino de Latinoamérica en su carácter de economías con una especialización primario-exportadora que, además, inicia su consolidación como una estructura productiva nacional apenas a mediados del siglo XX, cuando Guayana y Surinam se constituyen en estados independientes (1966 y 1975, respectivamente), lo cual profundiza su carácter de economías dependientes.

Aunque estos procesos se analizarán a mayor detalle en apartados posteriores, podemos señalar de manera general que, en el caso de Guayana, el establecimiento de la República consolidó a la producción de azúcar y la extracción de madera como dos de las principales industrias económicas del país, mediante su nacionalización en 1970. En este sentido, la economía guayanesa se basa, por un lado, en la agricultura, exportando principalmente productos como arroz, azúcar, cacao, café, tubérculos y frutas tropicales. Y, por el otro, en la extracción de madera,

en un primer momento, y posteriormente de otros minerales descubiertos en su territorio como el oro y la bauxita, una roca utilizada en la industria del aluminio.

Por su parte, Surinam, antigua colonia holandesa, posee una economía altamente dependiente de los Países Bajos, Estados Unidos y otros países del Caribe como Venezuela. Su principal producto exportable es también la bauxita, por lo cual a lo largo del siglo XX la industria del aluminio se convirtió en la más importante del país y en la más apetecida por las compañías extranjeras. Para el siglo XXI, se han proyectado sobre este territorio empresas (principalmente estadounidenses y españolas) interesadas en la minería y la extracción petrolera, pues Surinam es también poseedor de importantes reservas de oro y petróleo. Finalmente, la Guayana Francesa, también con una especialización extractiva y productora de materias primas, se ha constituido históricamente en un territorio proveedor de madera y minerales para la Unión Europea, zona comercial de la cual forma parte.

La relación expresada por estos tres territorios (Guayanas y Surinam) refleja una historia coetánea en el relato histórico del resto de América Latina, que es sin duda de gran relevancia para comprender la integralidad de la dinámica extractiva del territorio amazónico, así como la respuesta estructurada o no de los pueblos y comunidades indígenas que, como veremos más adelante, reflejan también una historia de resistencia que, si bien se da en otros términos, también es en sí misma, una expresión digna de incorporar en la revisión que esta investigación propone.

Ahora bien, en el esbozo que se trata de presentar en este apartado sobre las condiciones bajo las cuales se inserta el territorio amazónico en el mercado mundial, en función de los procesos productivos de sus países en general y de la amazonia en particular, se debe señalar que tras el fin de la Segunda Guerra Mundial cobra mayor fuerza una política de corte “nacionalista” con un enfoque fuertemente desarrollista. En este periodo, la necesidad de industrializar las economías nacionales va a tener en el territorio amazónico nuevamente una fuente de recursos por delante, pero también un sentido ideológico particular, es decir, la ocupación y el “desarrollo” del territorio de manera plena.

En este contexto podríamos decir que es con la llegada de acontecimientos internacionales como la Primera y Segunda Guerra Mundial, que la explotación del petróleo se convertirá en una actividad prioritaria para los países del centro y en una condicionante para el desarrollo de la industria productiva de este recurso en países como Ecuador, Bolivia, Perú y Venezuela. Es decir, las necesidades de modernización e industrialización de la extracción del petróleo, nuevamente y de forma similar al caucho, estarán determinadas desde los países industrializados (centro), hacia los países periféricos (América Latina, por ejemplo).

El impacto del petróleo va a establecer una relación de dependencia productiva de la que, hasta la actualidad, adolecen países como Venezuela y Ecuador. Además, se convertirá nuevamente en un foco de conflicto entre el Estado y los pueblos originarios, acontecimientos que se revisarán con mayor detalle en apartados posteriores. Por ejemplo, el conflicto en Bagua (Perú) en 2009, la defensa del TIPNIS en Bolivia a partir del 2010 o la propuesta surgida en Ecuador en 2007 para dejar bajo tierra el crudo del Parque Nacional Yasuní.

Si bien no en todos los casos los conflictos están relacionados con la industria petrolera, su presencia sí terminará incidiendo en la confrontación, particularmente en el caso del Yasuní, el cual implica una controversia directa con la explotación de los recursos petroleros en la Amazonia ecuatoriana y un dilema de carácter internacional en donde predomina una visión mercantilista y de explotación que se impuso al proyecto de conservación de este parque.

Ahora bien, al igual que con el caucho, el petróleo florecerá en la segunda mitad del siglo XIX a raíz de los adelantos científicos relacionados con la comercialización de sus derivados. Es a partir de 1859 que se realiza la primera perforación para extraer este recurso en Pensilvania, Estados Unidos, la cual estuvo a cargo del coronel Edwin L. Drake, alcanzando una perforación de 21 metros de profundidad³⁶.

³⁶ Ver más en: García, Reyes, Miguel (2005).

A partir de este momento el petróleo se convirtió en una industria al alza. Y, en 1895, con la invención del automóvil, uno de los principales derivados del petróleo, la gasolina (descubierta en 1857), adquirió una gran demanda, la cual se irá incrementando conforme se desarrolla la industria automovilística, principalmente a partir de 1922 cuando Henry Ford lanzó su primer modelo.

Entonces, en una relación casi simbiótica, caucho y petróleo van a ser los componentes fundamentales del desarrollo tecnológico e industrial de la economía global de ese periodo, pues la industria automotriz, que requería fundamentalmente de estos dos recursos, introdujo al mercado, para 1922, 18 millones de automóviles. Y, para 1956, los cálculos estiman una existencia de aproximadamente 100 millones de vehículos, en donde las cadenas productivas estaban intrínsecamente relacionadas con la extracción de recursos de los países periféricos³⁷. También, la industria del caucho y el petróleo fue elemento clave en el desarrollo de los dos conflictos bélicos mundiales más importantes del siglo XX; de hecho, el aprovechamiento de estos recursos permitió el rearme y posterior consolidación militar de los Estados Unidos en la geopolítica de la guerra fría.

Aquí es importante resaltar que el florecimiento tanto de la industria cauchera cuanto del petróleo tiene lugar en la masificación de la producción de ambos recursos en América Latina y, en buena medida, en regiones del territorio amazónico de Sudamérica, particularmente Brasil, Perú, Ecuador, Bolivia y Venezuela. En este sentido, es pues indispensable incorporar al análisis del desarrollo global de la industria del petróleo, la revisión del rol que jugó América Latina en este proceso, el cual a su vez impulsó dos áreas de conocimiento que han dado forma no solo al proyecto económico capitalista sino a la modernidad: la petroquímica y la metalmecánica, a las cuales se incorporarán también otras áreas del desarrollo científico como la aeronáutica y la industria aeroespacial, entre otras.

Este fenómeno guarda una relación directa con los procesos de afianzamiento del proyecto extractivo, como en su momento lo fue el amplio

³⁷ Ver más en: Philip, George (1989).

desarrollo de la ingeniería de minas en la época colonial. Con ello se pone de manifiesto lo señalado por Wallerstein (Op. Cit.: 15) respecto a la estrecha relación entre el proyecto de modernidad capitalista y el desarrollo de determinadas áreas del conocimiento para el cual este tipo de especialización científica se convierte en indispensable.

Para 1910 el aprovechamiento de otros componentes del petróleo crudo como los gasóleos³⁸ va a cobrar relevancia al ir sustituyendo paulatinamente a combustibles como el carbón en la propulsión de los barcos. Así, para finales del siglo XX, el petróleo y el gas se convierten en la fuente principal de abastecimiento de combustible, sobre el carbón, recurso que había jugado un rol central en la primera etapa de la Revolución Industrial.

Otro aspecto fundamental para comprender el boom de la industria petrolera en América Latina está relacionado directamente con la creación de los grandes monopolios de este sector, compañías norteamericanas como la Standard Oil, fundada en 1870, mantuvo durante buena parte del siglo XX, la posición hegemónica en Estado Unidos, país que a su vez constituía el productor más grande del mundo a finales del siglo XIX, destinando más de la mitad de su producción a la exportación. En 1879 esta compañía empezó su proceso de expansión, realizando su primera inversión en España. Y, a principios del siglo XX, la transnacionalización del crudo estadounidense miró hacia Latinoamérica como un floreciente e inexplorado mercado para el crudo, principalmente debido al incremento de la competencia con la emergencia de compañías como la Royal Dutch/Shell (Piliph, Op. Cit.: 30).

Por otro lado, en 1911, debido a las legislaciones antimonopolios emitidas por Estados Unidos, la Standard Oil se fragmenta, motivo por el cual la penetración de esta industria en Latinoamérica tuvo como protagonista a una de sus filiales, la Jersey Standard, cuya finalidad fue la expansión hacia América Latina, con miras

³⁸ El gasóleo es un hidrocarburo líquido que procede de la destilación del petróleo. También conocido como diésel, se utiliza como combustible para diferentes tipos de actividades: calefacción, automotriz, motores para la agricultura, entre otros.

tanto a la comercialización de derivados del petróleo refinados en Estados Unidos, como a la identificación de nuevas zonas para la extracción de petróleo. Cabe resaltar que, a su vez, en la región, existieron otras compañías dedicadas a la industria petrolera, siendo la más importante Lobitos, en Perú, empresa que hasta los años treinta se mantuvo como la segunda más importante del continente. Como lo señala George Philip (1989):

Los beneficios obtenidos por la Jersey Standard en la refinación dentro de América Latina eran bajos, pero aún importantes. Fueron en particular buenos entre 1923 y 1926, probablemente como resultado de la apertura de la refinería de Barranca Bermeja en Colombia en 1923; en 1927 se registró una pérdida debido a que quizás la competencia planteada por la nueva refinería estatal de La Plata en Argentina. Aun así, el mejor año de la Jersey en todo el decenio -beneficio de 2 670 000 dólares registrados en 1925- rindió menos que los beneficios de la comercialización solo en Brasil durante ese año. La mayor variación se produjo en el sector de la producción. Perú generó algunos de los rendimientos más altos en sus campos accesibles de la Costa Norte. La Jersey Standard parece haber programado con habilidad consumada su entrada al país, comprando la London and Pacific en 1913. Por otra parte, Lobitos inició la explotación en 1901 y perforó su primer pozo afortunado en 1905, pero apenas pagó su primer dividendo en 1912. Tras de considerar el caso de Lobitos, Miller concluyó que “la participación afortunada en el petróleo peruano estuvo en efecto llena de problemas. La historia inicial de Lobitos demostró cuánto capital, tenacidad, paciencia y suerte se necesitaba” (p. 33).

Retomando lo antes señalado, podemos decir que la primera mitad del siglo XX estuvo marcada por la emergencia de la industria petrolera, bajo la hegemonía estadounidense, cuyas empresas poseían un gran poder de negociación y, dicho sea de paso, de presión sobre los países latinoamericanos hacia donde habían orientado sin problemas un proceso de expansión vertical y monopólico, actuando incluso a manera de cárteles. Estas empresas habían encontrado en América Latina una mina de oro negro, como se le llamó al petróleo, pues la cantidad de reservas descubiertas en varios países latinoamericanos cambió el panorama de la industria petrolera, pasando de la preocupación por la suficiencia de este recurso, a la existencia de excedentes que hicieron posible el abastecimiento pleno tanto de Estados Unidos como del continente, así como su comercialización hacia otros mercados como el de Europa Occidental.

En este punto, los estados latinoamericanos vuelven a volcar sus expectativas sobre el territorio amazónico, pues en la mayoría de casos³⁹, las reservas petroleras se ubicaban en la selva. Para los Estados latinoamericanos, esto significó nuevamente una oportunidad de “progreso” y “modernización” en la medida en que garantizó un flujo importante de recursos económicos.

Así, para principios del siglo XX, países como México, Argentina y Perú emprendieron procesos de industrialización impulsados por la expansión de la producción petrolera. Y, para mediados del siglo, la industria hidrocarburífera ya se había extendido a lo largo de América del Sur, sumando a su producción la extracción y comercialización de gas natural⁴⁰, cuya emergencia no se encuentra desligada de la industria petrolera. Como lo señala un Informe de las Naciones Unidas (1973):

En 1969 las reservas comprobadas de petróleo crudo en la región se estimaban en 23 000 millones de barriles, aproximadamente 12 veces la producción regional de crudo en ese año. Estas reservas (de las cuales 15 000 millones de barriles se hallaban en Venezuela), constituían aproximadamente 4.5% de las reservas comprobadas de crudo en el mundo, valor inferior al correspondiente en 1960, que se aproximaba al 9%. Los demás países de la región que disponen también de importantes yacimientos, con reservas probadas, son México (3 200 millones de barriles), la Argentina (1600 millones), Colombia, el Brasil y también el Ecuador considerando los nuevos descubrimientos en la región nororiental en este último país (cerca de 1 000 millones de barriles cada uno).

Las reservas de gas natural en América Latina se caracterizan por encontrarse principalmente asociadas al petróleo. En 1969 las reservas comprobadas de gas natural en la región se estimaban en 2 000 billones de metros cúbicos, es decir, cerca de 33 veces el nivel de la producción neta de gas natural (producción total menos reinyección). La mayor

³⁹ Excepto casos como el de México cuyos yacimientos petrolíferos se encuentran en el Golfo de México y otras zonas marítimas, Argentina que extrae este recurso principalmente de la Patagonia o Bolivia, en donde además de los departamentos amazónicos de Santa Cruz y Cochabamba, tiene campos en Tarija y Chuquisaca, pero principalmente en el Chaco.

⁴⁰ El gas es un hidrocarburo gaseoso que se obtiene por la combustión de energía fósil. Puede extraerse tanto de yacimientos independientes cuanto de yacimientos asociados a la producción petrolífera. Al constituirse en un combustible, el gas fue destinado para proveer de energía (iluminación y calefacción) a grandes ciudades, principalmente de Estados Unidos.

parte de estas reservas se hallaban en Venezuela (38%), México (16%), Argentina (11%) y Bolivia (7%) (p.3).

Entonces, durante más de cinco décadas del siglo XX América Latina experimentó un proceso sostenido de crecimiento económico, caracterizado por un modo de acumulación primario exportador, cuyo principal recurso para varios países, (Ecuador, Perú, Brasil, Bolivia, Argentina, México, Venezuela), fue el petróleo, al que habría que sumarle la exportación de granos y productos derivados de la agropecuaria. Dicho periodo se caracterizó también por la presencia de todo un ciclo de proyectos político-ideológicos de corte nacionalista, que se mantuvieron en América Latina hasta al menos la década de los setenta, cuando el patrón de acumulación desarrollista y el pacto nacional-popular se agotaron, dando paso a la entrada plena del neoliberalismo.

A la par de este proceso, en el territorio amazónico se fueron desarrollando caminos y pequeños núcleos urbanos que restaban varios miles de hectáreas a la región amazónica y que significaron la lenta pero constante asimilación de los pueblos o bien la desaparición violenta de las prácticas y las formas tradicionales que estas colectividades construyeron en la región. A esto hay que sumarle el avance del Estado y las transnacionales sobre la Amazonia, lo que significó la pérdida y el desplazamiento de etnias enteras que fueron obligadas a incorporarse a los modelos productivos ajenos a su ethos originario. Esto también resultó en la aparición de movimientos de distintos tamaños y con distintas características en resistencia a este fenómeno común.

Entonces, retomando la revisión de la primera mitad del siglo XX podemos decir que el ciclo nacionalista se caracterizó, como se ha mencionado antes, por su orientación desarrollista y modernizadora, basada en la disponibilidad de un excedente de recursos en momentos en que la industria hidrocarburífera experimentaba un boom a nivel mundial. Como se ha referido antes, derivados del petróleo como la gasolina o el diésel se habían convertido, para mediados del siglo XX en recursos de primera necesidad para el desarrollo del sector automotriz y de

otro tipo de industrias, así como para la construcción de las ciudades modernas, mediante el uso de sus derivados en iluminación, asfaltos, impermeabilización, etc.

Por su parte, los estados latinoamericanos que se vieron “beneficiados” por el incremento de inversiones por parte de las compañías petroleras, emprendieron a la par procesos de modernización e incipiente industrialización, pero en su mayoría, sin superar el modelo primario-exportador, lo cual transformó a los años de bonanza en un espejismo que profundizó la lógica de dependencia de los países latinoamericanos. Como lo señala Emir Sader (2009):

Es posible identificar tres grupos de países según el modo en que hayan reaccionado a la Gran Depresión de 1929: los que lograron implantar proyectos de industrialización para sustituir las importaciones y de ese modo transformaron su estructura productiva (Argentina, México y Brasil); los que dieron pasos en esa dirección (Perú, Chile, Uruguay y Colombia); y los que no consiguieron salir de la estructura primario-exportadora. Incluso así, por más que operara el “privilegio del atraso” propiciado por la ley del desarrollo desigual y combinado, la industrialización atrasada encontró un mercado mundial constituido, con el cual tuvo que ajustar cuentas para poder integrarse.

Las modalidades dependientes de industrialización periférica fueron debidamente analizadas por Ruy Mauro Marini, quien destacó la acumulación dirigida a la exportación y a las altas esferas del consumo, sustentada en procesos de superexplotación del trabajo, y las consecuencias sociales que se inscribieron profundamente en las estructuras de nuestros países –el continente más desigual y, por lo tanto, el más injusto del mundo– (p. 67).

Dicha lógica dependentista es crucial en el relato del rol que jugó la Amazonía en el sistema mundo con este nuevo boom económico puesto que, por un lado, promovió en los estados latinoamericanos la aceptación de un modelo de desarrollo basado en lógicas de crecimiento y acumulación que, desde la periferia, pretendía emular a los países del centro, un modelo que -dicho sea de paso- después de la Segunda Guerra Mundial y con el triunfo de Estados Unidos como polo hegemónico, estaba diseñado a la medida de la nación norteamericana.

En este sentido, el ciclo nacionalista en Latinoamérica se caracteriza por una orientación anti-imperialista, lo cual en muchos casos se tradujo en procesos de nacionalización de recursos y en la creación de empresas petroleras de carácter

estatal. Por ejemplo, la nacionalización de la Standard Oil y su conversión en la empresa de Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Bolivia (YPFB) en 1937, la creación de Petróleos Mexicanos (Pemex) en 1938, la empresa de Petróleo Brasileiro (Petrobras) en 1953, la empresa estatal Petroperú en 1969, la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE) en el 1972, la empresa Petróleos de Venezuela (PDVESA) en 1976, entre otras.

Sin embargo, estos intentos de nacionalización de recursos, que tuvieron intensidades y alcances diferentes de acuerdo con cada país de la región, no alteraron la configuración del rol de América Latina en el sistema económico capitalista mundial, ni modificaron sustancialmente la dinámica extractiva y comercial de las compañías petroleras. Como lo señala Alan Knight (2015):

Cierto es que Bolivia nacionalizó la Standard Oil en 1937, pero en comparación fue una iniciativa y suceso menor. En México, la fuerza que impulsó la nacionalización fue la militancia sindicalista, sin igual en Latinoamérica en el momento, sumado a una administración “revolucionaria” que -no es de sorprender a la luz de la historia mexicana- fue sumamente sensible al menosprecio de los Estados Unidos por su soberanía. El petróleo fue un caso especial (la minería mexicana, un sector mucho más amplio, no resultó afectado); en otras partes de Latinoamérica, el petróleo fue el blanco de la política económica nacionalista, con una creciente regulación e imposición tributaria y la creación de nuevas compañías petroleras estatales. Sin embargo, “el nacionalismo del petróleo” afectó a los países importadores de crudo (como Argentina, Chile y Uruguay) más que a los exportadores (como México, Perú y Venezuela). Fuera de México el movimiento obrero tuvo menos presencia: las huelgas en la próspera industria venezolana del petróleo fueron contenidas con éxito (...) En Perú, las compañías petroleras extranjeras permanecieron prácticamente intactas, en Colombia, el gobierno, con el ánimo de promover las exportaciones, de hecho, redujo los impuestos; en Ecuador, el “nacionalismo del petróleo” se extinguió y las compañías “fueron de nuevo dejadas en paz”. Mientras que, en Venezuela, las alzas impositivas y la reforma laboral no llegaron sino hasta el triunfo de Acción Democrática en la Posguerra (p. 160).

Por tanto, los mecanismos mediante los cuales la industria petrolera tomó posesión de los territorios en donde se encontraron yacimientos petrolíferos no se transformaron, principalmente aquellos ubicados en la Amazonia, en donde se hacía necesario emprender un nuevo proceso de colonización para eliminar a los

pobladores originarios que resultaban un obstáculo en este nuevo afán de generación de riqueza, así como para garantizar la existencia de mano de obra para la actividad extractiva.

Así, bajo el discurso de la modernización y la integración nacional, en países como Perú, Brasil o Ecuador, los estados nacionales auspiciaron el envío de colonos a la región amazónica y, posteriormente, invirtieron en el desarrollo de vialidad e infraestructura con el fin de crear ciudades funcionales para empresas como las petroleras y mineras. En ese proceso, como se revisará a detalle más adelante, muchos pueblos originarios fueron asesinados, mientras que otros fueron integrados a la nueva dinámica productiva, en el mejor de los casos como mano de obra barata.

Así, para mediados del siglo XX, el Estado, de la mano de las compañías petroleras nacionales y transnacionales, se encontraba en un franco proceso de “civilización” de la Amazonía, llevando hasta ella la modernidad occidental mediante caminos, escuelas, centros de salud, iglesias, pero también la devastación a través de la extracción indiscriminada de recursos, la contaminación de suelos y agua, el tráfico de drogas, la trata de personas, la prostitución forzada, entre otros problemas sociales que continúan vigentes en esta región. Paralelamente, otros sectores de la población, como el obrero y el campesino experimentaban un relativo Estado de bienestar y de ampliación de derechos, producto de la bonanza petrolera y del pacto alcanzado entre los sectores sindicales y los proyectos de gobierno de tipo nacionalista.

Este pacto, así como el Estado social, llegarán a su fin a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta, en el marco de un contexto en el que los países de América Latina adquirieron un rol cada vez más periférico para la industria petrolera debido a la expansión del mercado hacia Medio oriente (Irán, Kuwait y Arabia Saudita), luego de la Segunda Guerra Mundial. Así mismo, a partir de la década de los ochenta el escenario geopolítico mundial se caracteriza por lo que Agustín Cueva (1990: 248) denomina como el triunfo del neo conservadurismo estadounidense y su reconcentración del poder, en un contexto en que la alternativa

socialista cae con el Muro de Berlín (1989) y los Estados Unidos consolidan su liderazgo en el mercado petrolero, mediante su intervención militar en la Guerra de Irak e Irán (1980-1988) y la Guerra del Golfo (1990-1991).

En lo que respecta a América Latina, el agotamiento de boom petrolero está acompañado también por la extinción de los proyectos de gobierno de matriz nacional-popular, mediante la imposición de dictaduras a lo largo de la región, primero, y del triunfo de la democracia liberal, después; procesos sociales que dan paso a la implementación en la región de una nueva fase de acumulación capitalista: el neoliberalismo. Con ello, la figura del Estado regulador es reemplazada por una liberalización de las fronteras nacionales, dando paso a la reprivatización de recursos como el petróleo, así como al desarrollo de nuevos proyectos extractivos como la minería, encabezados por compañías transnacionales.

Sin embargo, antes de entrar al análisis del periodo neoliberal, es importante realizar un breve balance de lo que generó en la región, particularmente en la Amazonía, este nuevo auge extractivo. De forma similar a lo ocurrido con el caucho, la disputa por zonas consideradas como yacimientos petroleros y el desarrollo, particularmente en Brasil de la llamada “revolución verde”, que implicó la conversión de la sierra en tierras de cultivo, fue causa de conflictos limítrofes en la región como la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) o la Guerra peruano-ecuatoriana (1941, 1981 y 1995). En este último caso, el escenario de conflicto fue principalmente la Amazonía, impactando fundamentalmente a los pobladores asentados en esa zona.

Por otro lado, la extracción petrolera viene acompañada de una serie de impactos ambientales, en primer lugar, la deforestación que, a su vez, redundo en la disminución de caudales de ríos y en la erosión de suelos. Sin embargo, es conocido que los mayores impactos en las zonas de extracción petrolera han sido provocados por derrames de crudo, así como eliminación inadecuada de sus desechos sobre ríos y suelos que no solo albergan especies características de la biodiversidad de la Amazonía y de los bosques tropicales, sino que son fuente de

abastecimiento de las comunidades locales. Como lo señala Elizabeth Bravo (2005):

Cuando se extrae el crudo, este sale mezclado con un tipo de agua sedimentaria conocida como aguas de formación, y en algunos casos gas. El agua de formación es un producto de 150 millones de años. Tiene niveles muy altos de salinidad y metales pesados. La práctica tradicional en los países tropicales es verter estas aguas al medio ambiente y las mismas llegan eventualmente a los ríos. Muchos organismos de agua dulce no son tolerantes a altos niveles de salinidad. Algunos contaminantes asociados con el crudo provocan alteraciones en las comunidades piscícolas, aumentan las poblaciones de las especies más resistentes, y desaparecen o disminuyen las poblaciones de las especies menos resistentes (p. 5).

Entre otras muchas alteraciones al ecosistema causadas en las zonas de yacimientos petrolíferos, debido a la construcción de la infraestructura necesaria para la extracción y comercialización del crudo (aeropuertos, oleoductos y gasoductos), así como a la quema de gases que esta actividad expulsa al medio ambiente, podemos citar casos emblemáticos de desastres naturales o mal manejo de desechos causados por empresas petroleras, muchos de los cuales no han podido ser remediados décadas después. Por ejemplo, el caso Chevron-Texaco en Ecuador, que denuncia la contaminación de suelos cultivables con desechos tóxicos y petróleo en la Amazonía ecuatoriana durante los 30 años de operación de esta empresa (1964-1992), afectando a etnias como las Cofán, Siekopai, Waorani, Siona, Tetetes y Sansahuari, entre otras.

Otro caso digno de resaltar es el de Loreto, un departamento de la amazonia peruana en donde se encuentran los ríos Marañón, Tigre, Corrientes y Pastaza, en cuyas cuencas habitan más de 10.000 personas de los pueblos Ashuar, Quechua, Kukama y Awajún. En este territorio se ha denunciado la afectación de más de 2000 zonas contaminadas por derrames petroleros, así como por el impacto de desechos tóxicos abandonados al aire libre. Este es el resultado de actividad de transnacionales petroleras como la Occidental Petroleum Company la Pluspetrol y la Pacific Energy que operan en la zona desde 1970 (López: 2016).

Estas experiencias, al igual que en el periodo del caucho, están presentes en buena parte de los países que integran la Amazonia y, en la mayoría de los casos, son los puntos que articulan los discursos de los movimientos de resistencia en defensa del territorio amazónico, como lo veremos más adelante. De forma particular, serán una característica de las movilizaciones del bloque andino, las cuales se corresponden, como veremos también, con una política extractiva global que ha estado presente en el territorio desde la segunda mitad del siglo XX.

En este sentido, es también con el aumento de volumen productivo requerido por la industria de la posguerra y la necesidad de incorporar el territorio amazónico en los esfuerzos nacionales que, sobre las décadas de los sesentas y setentas, se experimenta una nueva avanzada sobre la Amazonía, ahora encabezada por los estados nacionales y sus políticas de “integración”. Así, el emblemático caso del pueblo Waimiri Atroari⁴¹ evidenció que, para los gobiernos de las dictaduras, y particularmente en el caso brasileño, la prioridad era la consolidación de un Estado unificado, aunque esto significara el genocidio de pueblos enteros que se encuentran ajenos a esta lógica.

Bajo esta consideración podemos decir que existe una relación vinculante entre el escenario de la política internacional que se enmarca en ese periodo en el contexto de la guerra fría y el ataque directo a los pueblos indígenas que “obstaculizan” el proyecto de consolidación nacional, el cual implica directamente el

⁴¹ El pueblo Waimiri Atroari, una etnia ubicada en el Sur del Estado de Roraima y al norte del Amazonas, sufrió desde sus primeros contactos con la sociedad en 1870 un proceso sostenido de despoblación, ya sea por enfrentamientos armados con colonizadores como por enfermedades llevadas por estos grupos. Sin embargo, en 1968 los habitantes que habían sobrevivido a los primeros procesos expansionistas sufrieron el ataque directo del ejército brasileño, enviado por el gobierno con la finalidad de viabilizar la construcción de la carretera BR 174 (Manaus – Boa Vista). Posteriormente, su territorio fue tomado también a punta de armas e inundado con la finalidad de construir una hidroeléctrica. Estos acontecimientos, auspiciados por el Estado brasileño de la mano de empresas transnacionales, desembocó en el genocidio de este pueblo.

fortalecimiento de los capitales nacionales, pero también extranjeros. Así, la presencia de las petroleras extranjeras en América Latina se da en un contexto de impunidad que, desde una mirada histórica más amplia, constituye un argumento central en la negativa de los pueblos indígenas al respecto de la avanzada de compañías transnacionales y estatales.

En este punto también hay que señalar que en este periodo encontramos una avanzada de otras industrias como la farmacéutica o el cultivo de productos transgénicos como por ejemplo la soja en Brasil, cuya huella ecológica es enorme. Así mismo, al igual que sucede con el avance de la industria de la computación encontramos el despunte de un fenómeno de características globales que demanda cada vez una mayor cantidad de insumos, es decir, la minería que, en su versión informal, ha mantenido una penetración infame en el territorio amazónico. Por ejemplo, según el Sistema de Detección Temprana y Vigilancia Ambiental del Ministerio del Ambiente (Minam), en el Perú la minería informal e ilegal está presente en la quinta parte del territorio nacional, es decir alrededor de 25 millones de hectáreas, principalmente en las regiones de Loreto, Madre de Dios, Ucayali y Amazonas⁴². Esta explotación indiscriminada, dicho sea de paso, está acompañada de múltiples actividades ilegales como el tráfico de drogas y la prostitución.

Por lo antes expuesto, las décadas de los ochentas y noventas van a representar una apertura que ha significado la reducción de enormes cantidades de territorio amazónico. Por ejemplo, entre 2004 y 2012, se perdieron alrededor de 2.3 millones de hectáreas de bosque, en ocho países amazónicos (sin contar con Brasil)⁴³. En el caso de Brasil, país con mayor porcentaje de Amazonía (60%), se han perdido al menos 5.843 kilómetros cuadrados de superficie solo entre 2012 y

⁴² “Las regiones más dañadas por minería ilegal e informal”, El Comercio de Perú, 2 de mayo de 2017. En <http://elcomercio.pe/peru/regiones-danadas-mineria-ilegal-e-informal-fotos-417965>.

⁴³ Fuente: Proyecto Terra, <http://proyecto-terra.com/blog/>

2013, según informes de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO)⁴⁴.

En este sentido, la presión internacional sobre estos procesos ha cobrado una gran relevancia también desde este periodo, aunque se ha revestido de un discurso que, desde la perspectiva planteada por esta investigación, resulta insuficiente ante la problemática que enfrenta esta región y que marca, como se mencionó antes, un debate al interior de los movimientos de resistencia, pues por un lado, se reivindica un discurso de conservación enarbolado principalmente desde las urbes nacionales e internacionales y, por el otro, encontramos un discurso que defiende más bien la reproducción del territorio, estrechamente ligado a los pueblos y comunidades originarias.

Es decir, no solo bastaría que las transnacionales y las mineras, así como los gobiernos y los grupos de interés económico y político, dejen de ejercer presión sobre el territorio, sino que se necesita pasar del resarcimiento del daño ecológico a la reproducción y expansión de las fronteras del territorio, no solo en base a la sostenibilidad sino al mantenimiento de los ciclos que naturalmente han acompañado a la Amazonia, desde siempre.

Partiendo de lo anterior, es importante destacar que si bien en el siglo XXI nos encontramos con la emergencia de gobiernos denominados progresistas cuya legislación ha avanzado hasta tal punto en casos como Bolivia y Ecuador, que se reconoce a la naturaleza como un sujeto de derecho, con todo lo que esto implica, al menos en el discurso oficial; no existe ni se han generado las condiciones que hagan posible la aplicación efectiva de esta legislación, sobre todo teniendo en cuenta que la modernización institucional y ampliación de derechos emprendida por estos gobiernos tiene una base fundamental en actividades extractivas debido a su histórica vocación primario-exportadora.

⁴⁴ <http://www.fao.org/home/es/>

Es por ello que, incluso estos gobiernos, han enfrentado una particular resistencia por parte de las propias organizaciones indígenas, amparadas en la existencia del reconocimiento legal de estas contradicciones en el territorio. Cabe señalar que dicho reconocimiento es el resultado de la presión que desde la década de los noventa vienen generando los movimientos indígenas en toda la región, manteniendo una movilización constante en defensa del territorio y sus recursos. Un ejemplo de ello es la aprobación de la Ley de Consulta Previa en Perú en 2011.

Teniendo esto en consideración podemos entender la articulación que la movilización indígena en el territorio amazónico, específicamente en los bloques denominados andino y brasileño, ha tomado, cambiando sus demandas de la exigencia de prerrogativas que garanticen el respeto al territorio, sus recursos y los pueblos que lo habitan, a la pugna por el cumplimiento de las leyes y normativas alcanzadas.

Por último, solo restaría agregar que ante este panorama en el que se pretende establecer un vínculo directo entre el desarrollo de la técnica y su relación con la economía global, nos encontramos en esta historia la presencia de los pueblos originarios. Así, a partir de los últimos veinticinco años, aproximadamente, la región atraviesa la reemergencia de la movilización indígena que, en muchos casos, ha trascendido la retórica discursiva y ha emprendido acciones que incorporan elementos nuevos e interesantes a la discusión sobre la continuidad de la política extractiva, pues no solo manifiestan una posición como sector o grupo, sino que plantean recursos legales que ponen en entredicho estas prácticas.

En este sentido, la consideración del territorio amazónico como última frontera para el desarrollo económico de los países que lo integran representa un reto sin precedentes para dichos pueblos que, como veremos más adelante, participan de forma diferenciada y, en buena medida, disgregada de esta lucha por la continuidad de sus colectividades.

Bajo esta lógica, tenemos que entender al territorio amazónico, a la par de otros en el mundo, como una frontera que no debe ser cruzada ni por las políticas desarrollistas ni por el capitalismo, ya no solo debido a la implicación ética que está vinculada a la existencia de pueblos originarios y la biodiversidad del territorio, sino a la continuidad misma del sistema ecológico global. Por tanto, mientras exista la presencia y reproducción de lo que aquí se denomina como ethos indígena amazónico encontraremos movimientos en defensa del territorio, en rebeldía y resistencia.

Sin embargo, las características de la sociedad global actual ponen a estos grupos en una posición particularmente difícil pues pareciera, como veremos luego, que enfrentan la última de sus luchas en un contexto de globalización e interacción mundial, auspiciado por la era de la informática que, paradójicamente, se ha nutrido de minerales esenciales extraídos legal e ilegalmente, en buena medida, de territorios como el amazónico o bien, en el otro polo, de las mineras a cielo abierto en Chile (las minas de Chuquimata y Calama, por ejemplo) o en África. Estas empresas, en su paso por el territorio, lo destruyen y degradan de forma irreversible con el único fin de seguir alimentando a la modernidad.

1.5 Una historia amazónica común: entre la rebeldía, la resistencia y el genocidio

Desde su surgimiento, en el siglo V antes de Cristo, cuando Herodoto comenzó a darle cuerpo a una serie de relatos orales sobre los acontecimientos del pasado, la historia se empoderó de una esencia de verdad que le haría alcanzar el grado de ciencia, distanciándose del mito y de las tradiciones fantásticas que para occidente daban sentido a sus civilizaciones y les permitían generar una incipiente idea de nación.

Es el mismo Herodoto que en sus múltiples viajes por las fronteras del mundo clásico, ofrecerá, a la par que la historia de estos pueblos, un primer acercamiento

al otro. En este sentido, si pensamos la esencia de la historia como una serie de relatos recogidos del pasado para explicar las relaciones del presente y dejamos por fuera al mito, para dotarlo de lo racional, tendríamos de entrada una imposibilidad de facto para acceder al conocimiento de las complejísimas historias y narrativas de los pueblos amazónicos, en cuya dimensión histórica, en muchas ocasiones, resulta imposible distinguir entre la realidad y el mito.

En este sentido, la temporalidad histórica de los pueblos amazónicos se circunscribe a otro orden de relaciones, a diferencia de las sociedades occidentales, orientadas a establecer ciclos, edades, eras, etc., de acuerdo a periodos precisos y tangibles de una historia progresiva (teniendo como punto de partida el nacimiento de Cristo, la edad media, el surgimiento del periodo industrial, etc.), que nos acercan o alejan de procesos técnicos, históricos, culturales y políticos específicos y que pueden incluso establecer una dimensión entre lo presente y lo arcaico. Así lo identificó Lévi-Strauss (1964) en su trabajo con pueblos de la Amazonía brasileña. Al respecto señaló:

Lo propio del pensamiento salvaje es ser intemporal; quiere captar al mundo, a la vez, como totalidad sincrónica y diacrónica, y el conocimiento que toma se parece al que ofrecen de una habitación de espejos fijados a muros opuestos y que se reflejan el uno al otro (así como los espejos colocados en el espacio que los separa), pero sin ser rigurosamente paralelos. Una multitud de imágenes se forman simultáneamente, ninguna de las cuales es exactamente igual a las otras; y ninguna de las cuales, por consiguiente, nos aporta más que un conocimiento parcial de la decoración y de mobiliario, pero cuyo conjunto se caracteriza por propiedades invariables que expresan una verdad. El pensamiento salvaje ahonda su conocimiento con la ayuda de *images mundi*. Construye edificios mentales que le facilitan la inteligencia del mundo, por cuanto se le parecen. En este sentido se le ha podido definir como pensamiento analógico, pero en este sentido también se distingue del pensamiento domesticado del que el conocimiento histórico constituye un aspecto. La preocupación por la continuidad que inspira a este último se nos aparece, en efecto, como una manifestación en el orden temporal de un conocimiento, ya no discontinuo y analógico, sino intersticial y unificador (p. 381).

Por su parte, la relación histórica que los pueblos amazónicos y, en particular, los de la alta Amazonia mantienen en común no hace posible establecer una división cronológica que date del pasado arcaico para estos pueblos en una lógica de diez,

cinco o tres mil años, por ejemplo, dado que las características de reproducción social de las sociedades amazónicas tienden a ser cíclicas. Los ancestros, por ejemplo, son figuras presentes y constantes en su relación con el espacio y el mundo que habitan o, al menos, esto fue así aparentemente por varios milenios hasta la irrupción en sus territorios de las diferentes fuerzas coloniales, ya sea portuguesas, españolas, británicas, francesas, etc.

Por tanto y como punto de partida para este apartado hay que tener en consideración lo siguiente. En primer lugar, existe y se reconoce una historia milenaria del poblamiento del territorio amazónico que está demostrada por la arqueología y la historia tradicionales.

En segundo lugar, esta historia, al igual que la del resto de los pueblos ágrafos, presenta la dificultad de que solo es transmitida oralmente. Y, en este punto, me gustaría hacer énfasis en que la dimensión oral del relato, así como la relación dinámica (nunca estática) de los pueblos amazónicos con el espacio hacen prácticamente imposible el entendimiento de buena parte de los hallazgos arqueológicos que nos permiten vislumbrar la presencia de un ethos común y ancestral en la región amazónica. Como lo señala Rostain (2017):

El concepto de territorio para los Amerindios es como el de los seres, humanos y no humanos que viven allí, muy alejado de aquel de los Occidentales. No existen principios estrictos de apropiación de las tierras, sino el derecho de costumbre que reconoce la exclusividad de uso (agricultura, caza, pesca, etc.) de un espacio al primer grupo que lo haya ocupado. Igual, si los Amerindios no integran las nociones de propiedad, se muestran estrictos en lo que tiene que ver con aquellas del territorio tribal.

La cartografía indígena que cada miembro del grupo visualiza perfectamente en su mente, no es fija y no se graba, como en el mundo occidental, en el mármol. El espacio socializado amerindio es en efecto cambiante, pues se concibe en el movimiento, en la marcha (p. 16).

Bajo esta perspectiva y siguiendo con el relato establecido por el título de este apartado, el énfasis que esta revisión establece, estriba en tratar de plantear una historia común de la región, entendida esta como un sujeto colectivo, heterogéneo y diverso, pero en función básicamente de los momentos de

penetración que han orillado a los pueblos amazónicos y originarios a un punto prácticamente de la extinción cultural y también material, pues el genocidio no ha sido la única herramienta para su aniquilamiento, lo han sido también las innumerables campañas de evangelización y homogenización cultural emprendidas por los propios Estados-nación.

Por ejemplo, el caso del pueblo Yanomami, el cual habita en la frontera entre Brasil y Venezuela. Esta etnia de cazadores y agricultores se mantuvo sin contacto con el mundo occidental hasta finales del siglo XIX, cuando la frontera extractiva se extendió hasta su territorio. La llegada de colonizadores, extractores de caucho y buscadores de oro, así como de misiones católicas y evangélicas, auspiciadas por el Estado, dio paso a un proceso de depredación sistemática de los Yanomami.

La introducción de enfermedades que derivaron en graves epidemias, la desestructuración social de la comunidad causada por la construcción de caminos, haciendas y canteras; el avance de procesos migratorios hacia territorios ocupados por indígenas, entre otros fenómenos, son solo algunos de los problemas que amenazan la supervivencia del pueblo Yanomami en nombre de los proyectos de “desarrollo” emprendidos por los Estados brasileño y venezolano.

Por tanto, estas primeras líneas tienen la intención de delimitar lo que, para efectos de esta investigación, implica una historización de los pueblos amazónicos, no como grupos o colectividades distantes y homogéneas sino más bien como comunidades interconectadas y heterogéneas.

En este sentido, la historia implica una barrera, pero también una posibilidad para el abordaje de los pueblos de la Amazonía como una unidad diversa, pero común, es decir, en la que los rasgos culturales y los acontecimientos históricos a partir de la irrupción de las poblaciones europeas en la realidad latinoamericana, colocan a los pueblos amazónicos en una relación histórica de oposición con todo lo que para occidente era considerado moderno.

En este capítulo hemos señalado cómo se construye en el imaginario colectivo la visión del indígena amazónico como salvaje y cómo después esta será

retomada por la “ciencia” para describir la dinámica evolutiva de las sociedades humanas en su conjunto. Sin embargo, la historia que se ha construido de los pueblos amazónicos les deja siempre de lado del relato de la historia oficial de los Estados nacionales.

Quienes han escrito la historia de estos pueblos han sido los estudiosos de los Estados que de manera individual habitan los diversos grupos étnicos o bien especialistas de los grandes centros del conocimiento de occidente procedentes de universidades extranjeras (EE.UU, Francia, Alemania, etc.), que a lo largo del siglo XIX pero sobre todo del XX, desarrollaron amplios e importantísimos estudios sobre los pueblos de la cuenca amazónica⁴⁵.

A la par de estos trabajos que sobresalen como referentes de las ciencias, también se han desarrollado investigaciones y reconstrucciones históricas por parte de especialistas brasileños, colombianos, venezolanos, ecuatorianos, peruanos, etc., que no obstante siguen los parámetros de los autores clásicos y tienden a circunscribir su compleja realidad social y cultural a los territorios en los que estas sociedades pasan la mayor cantidad de tiempo. Por ejemplo, en el caso del Perú, a la Amazonia peruana, descontando que buena parte de estos grupos suelen tener dinámicas semi nómadas y que resultaría prácticamente imposible circunscribirlos únicamente al espacio geográfico que actualmente ocupan.

⁴⁵ Por ejemplo, los primeros trabajos sobre pueblos amazónicos fueron realizados por expedicionarios y etnólogos como el alemán Theodor Koch-Grünberg, autor de “Dos años entre los indios” (1909) y el inglés Thomas Whiffen, autor de “The Northwest Amazon. Notes of some Months Spent among Cannibal Tribes” (1915). Resalta también el estudio del antropólogo y arqueólogo estadounidense Julian Haynes Steward, quien escribió el libro “Handbook of South American Indians” (1949) según el cual la influencia del entorno impedía el desarrollo de sociedades complejas en la selva, evidenciando procesos de involución en sus habitantes. Sus ideas fueron la base de estudios arqueológicos y antropológicos posteriores. Por otro lado, el trabajo realizado por Claude Lévi-Strauss en la Amazonía brasileña despertó el interés de investigadores tanto locales como extranjeros, entre los cuales destacan las investigaciones realizadas por doctorantes de las universidades de Cambridge, la Sorbona y Stanford. La influencia de teorías marxistas a partir de los años setenta, así como la renovación del pensamiento antropológico propuesta por investigadores latinoamericanos que vieron la importancia de incluir una perspectiva histórica en sus investigaciones y de retomar otros mecanismos de reconstrucción de la memoria como el mito y la oralidad, dieron como resultado la publicación de nuevos trabajos paradigmáticos en este campo como “Historia del indio brasileiro” (1993) de la brasileña Manuela Carneiro da Cunha.

Como resultado, tenemos que la historia de los pueblos amazónicos tiende a segregarse y a incorporarse a los respectivos relatos nacionales, según sea considerada pertinente o relevante para el momento histórico, ya sea por el valor cultural que esta implica o bien por el potencial político que se desprende de reconocer a determinada colectividad aborígen como perteneciente a una nacionalidad determinada.

Un ejemplo de ello es la disputa territorial que mantienen Venezuela y Guayana desde finales del siglo XIX por el control del territorio Esequibo, una región en donde la presencia indígena es muy importante. En 1969 se produjo en esa área la insurrección de los Rupunini, un movimiento separatista que intentó crear un Comité provisional del gobierno, pero que fue sofocado por las fuerzas de defensa de Guayana, causando la muerte de un centenar de indígenas y la destrucción de sus poblados. Ante esta situación, los indígenas recurrieron a Venezuela reivindicando su “nacionalidad venezolana” y huyeron hacia el estado de Bolívar. Cabe señalar que este conflicto se mantiene vigente dado que en las muchas mesas de negociación no se ha establecido un acuerdo concreto ya sea en la Corte Internacional de Justicia o en una negociación directa.

A partir de ese conflicto se establece en el discurso nacional guyanés una política de invisibilización del nativo bajo la premisa cuantitativa, como veremos en el Capítulo 4, correspondiente a Guayana. Es decir, en función de la estadística que ubica a los pueblos amazónicos en muy bajos porcentajes que, dicho sea de paso, no son fidedignos en cuanto al levantamiento de datos y al uso político de los mismos, se establecen en el territorio políticas de colonización y ocupación de espacios que corresponden históricamente a los pueblos indígenas de la región. Este elemento se desarrolla en el Capítulo 4 bajo la denominación de paradoja cuantitavista, aunque no es exclusivo de la región guyanesa pues también se presenta en el caso brasileño en el cual ha cobrado mayor fuerza a partir del gobierno de Jair Bolsonaro.

La Amazonía como sujeto histórico colectivo y diverso no ha tenido la capacidad de ser escuchada en términos de una unidad regional con una historia

particular, que va más allá de la historia oficial de los países que se circunscriben a ella, siendo relegada al margen, es decir, no solo a la frontera de lo indómito, sino también de la historia progresiva de la humanidad, la cual los clasifica dentro de una etapa prehistórica y rudimentaria, negando con ello su rol en la contemporaneidad del mundo.

En este escenario la región y sus pueblos son incorporados al relato en una posición secundaria, pues la complejidad analítica que implica superar la construcción lineal y progresiva de la sociedad impide a los especialistas alcanzar una comprensión integral de los pueblos amazónicos. Para Pierre Clastres, esta limitación eurocéntrica y antropocentrada de concebir a la sociedad civilizada en función de la dinámica política y económica del Estado occidental implica indudablemente que todo grupo humano que no reúna las características propias de esta forma de organización tiende a ser colocado al margen del destino progresivo de nuestra especie.

En este sentido, este autor destaca la caracterización que el pensamiento positivista realiza de estos pueblos a partir de la “carencia” de elementos que la civilización occidental atribuye como modernos o desarrollados, relegando a los grupos indígenas que no participan de los procesos de acumulación capitalista a la frontera del arcaísmo. Sin embargo, para el autor estas sociedades “arcaicas” se sitúan por encima del discurso convencional de la economía y la política y reproducen formas distintas y simétricas de desarrollo social y ecológico, los que no necesariamente se encuentran separados entre sí. Como señala el autor (1978):

Detrás de las modernas formulaciones el viejo evolucionismo permanece de hecho intacto. Siendo más sutil para disimularse en el lenguaje de la antropología y ya no en el de la filosofía, aflora sin embargo a nivel de las categorías que se pretenden científicas. Nos hemos dado cuenta de que casi siempre las sociedades arcaicas se determinan negativamente, en función de las carencias: sociedades sin Estado, sociedades sin escritura, sociedades sin historia. Aparece en el mismo orden la determinación de estas sociedades en el plano económico: sociedades con economía de subsistencia. Si se quiere expresar con ello que las sociedades primitivas ignoran la economía de mercado en donde se da salida a los excedentes producidos, nada se dice estrictamente, nos contentamos con destacar una carencia más, y siempre con referencia a nuestro mundo: esas sociedades que son sin

Estado, sin escritura, sin historia, son del mismo modo sin mercado. Pero el buen sentido podría objetar: ¿para qué mercado si no hay excedente? Ahora bien, la idea de economía de subsistencia contiene la afirmación implícita de que, si las sociedades primitivas no producen excedentes es porque son incapaces, por estar ocupadas en producir el mínimo necesario a la supervivencia, a la subsistencia. Antigua imagen, siempre eficaz, de la miseria de los salvajes (p. 166).

Desde las miradas críticas, no progresivas, otro autor fundamental para esta investigación es, sin duda, Lévi-Strauss, pues el trabajo realizado en la Amazonía brasileña va a arrojar, como ya hemos visto, una serie de elementos cruciales a tener en consideración sobre cómo es concebida de manera “científica” la región.

En el libro *El Pensamiento Salvaje* (1964), Lévi-Strauss propone varias consideraciones que permiten desmitificar el evolucionismo cultural, desprendido de una mirada etnocéntrica de los pueblos indígenas americanos. Uno de los argumentos de la antropología tradicional para asociar a estos habitantes con un estadio primitivo de la evolución, fue la consideración de que el lenguaje primitivo es menos rico y menos abundante, y por tanto sus preocupaciones son menos profundas. Sin embargo, como observó el autor, el lenguaje de estos pueblos, abundante en denominaciones para su entorno natural, también tiene la función de clasificar y de ordenar su universo, como ocurre con todas las sociedades.

Así mismo, la ciencia occidental no ha podido sino establecer una dicotomía entre pensamiento racional y pensamiento mágico. Entonces, Lévi-Strauss analiza los elementos estructurales de lo que denomina pensamiento salvaje, partiendo de la diferenciación de mecanismos que emplean estas sociedades para aprehender el mundo, los cuales no están mediados por la técnica, pero que sin embargo, no dejan de ser un proceso de construcción de conocimiento. Es decir, para el autor la idea de lo salvaje ya no está ligada a lo puramente instintivo e irracional.

El pensamiento de los pueblos amazónicos no es inferior al occidental, pues como lo explicó Lévi-Strauss, posee iguales mecanismos de clasificación y categorización del mundo (conceptos, especies, elementos) orientados a dar sentido y orden al universo. Lo que sucede es que todo el mundo simbólico que han construido estos pueblos, el cual se encuentra en relación directa con su entorno

(plantas, animales, fenómenos naturales), no puede ser comprendido desde la lógica occidental dado que se relaciona con otra edad de la historia, en donde se explicaba el mundo por analogía (mito), una edad en donde, como se ha dicho, el pensamiento aún no estaba domesticado.

Por tanto, en lugar de hacer una distinción entre culturas primitivas y modernas, Lévi-Strauss se refiere a sociedades frías y calientes. Las frías son aquellas que se encuentran más cercanas a un punto cero de la historia de la humanidad y que, por tanto, son de interés de los antropólogos en la medida en que conservan una estructura más ancestral y han logrado resistirse a la transformación de una particular dinámica de vida en la cual el tiempo, como se ha dicho, no es lineal sino cíclico. Para estas sociedades, a las que occidente denomina primitivas, el tiempo y por tanto la historia constituyen algo vivo y presente.

A diferencia de estas, las sociedades calientes, son aquellas que, desde la construcción histórica que se ha hecho de la humanidad, se encuentran en un punto más ascendente del devenir histórico, lejano a sus orígenes, considerados como su pasado, es decir, como algo irreversible. Ello nos remite a todo un debate en torno la concepción de temporalidad bajo la cual se ha contado la historia de los pueblos indígenas, las nociones de pasado y presente, así como de lo moderno y lo primitivo, dicotomías desprendidas de una lógica específica de historización del mundo.

Así, para occidente la región representa una suerte de agujero negro de la historia y la cultura global, de manera que incluso sus manifestaciones históricas y prehistóricas terminan siendo relegadas por los principales centros de difusión y preservación cultural del mundo moderno. Un ejemplo de ello es la marginación que hace la Unesco del territorio amazónico al momento de calificar los espacios que considera como Patrimonio Cultural de la Humanidad, categorización que inició en 1972 con la creación de la Convención para la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural.

Esta calificación responde a la “necesidad” de establecer los centros más importantes de desarrollo y manifestaciones culturales realizadas por los seres humanos, sobre todo en su aporte a la construcción de una historia lineal que

prioriza criterios de progreso, plasmados en la realización de estructuras mayormente de piedra y que se relacionan principalmente con los tipos de sociedades sedentarias y fundamentalmente agrícolas.

En este sentido, se margina a un sector importante en el desarrollo de nuestra especie, parte integral de los pueblos aborígenes y que en sus características semi nómadas o de alto “aislamiento” no presentan un desarrollo arquitectónico tan sofisticado como el de otros grandes bloques culturales mesoamericanos o andinos, por ejemplo.

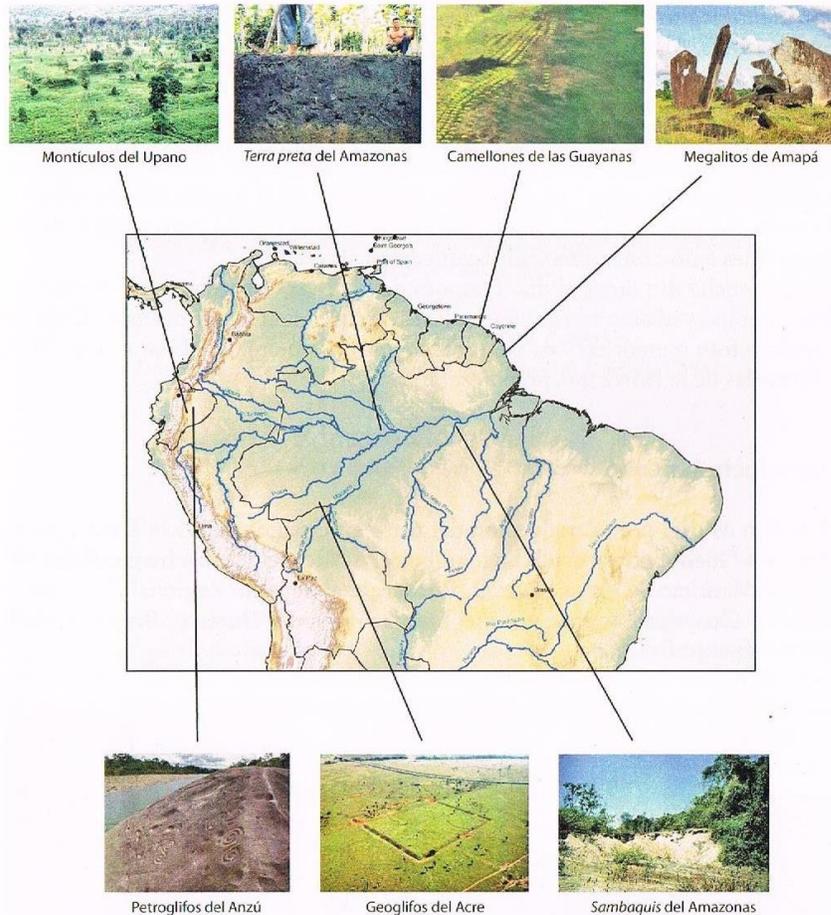
Entonces, si se revisa el mapa de la Unesco sobre los sitios culturales inscritos en el Patrimonio de la Humanidad en América Latina, la Amazonía aparece como un gran vacío:



Fuente: dibujo de Rastain en el libro Las Siete Maravillas de la Amazonía Precolombina

Como respuesta a este posicionamiento, los autores del libro “Las siete maravillas” destacaron algunos lugares del territorio amazónico que son fundamentales para la elaboración de una historia común de la humanidad, en la que la participación de estos pueblos, y su asentamiento en esta región del planeta,

son dignos de ser reconocidas como la hazaña que representan; como se evidencia en el mapa incluido en el mismo libro:



Fuente: mapa de algunos sitios monumentales precolombinos de la Amazonía (diseño S. Rostain con fotografías M. de Paiva, A. Roosevelt, S. Rostain y D. Schaan) p. 25.

Ahora bien, hay que distinguir algunos elementos que nos permiten entender la historia y el ethos amazónico en una relación estrecha que haría posible ver a la selva y a sus poblaciones en una dimensión conjunta y común, es decir, como un sujeto colectivo cuya dimensión natural (ecológica), representada por el territorio, hace posible la dimensión cultural, la cual no se encuentra dissociada (ni mediada) de su experiencia directa con el entorno que le rodea y que no implica solo convivencia sino transformación del mismo. Por tanto, la presencia de los grupos humanos en el territorio va a dotar de una característica antrópica a buena parte de la región amazónica. Como lo señala Philippe Descola (1998):

Es cierto que, actualmente, la idea de que esta región sería la última y la más vasta selva tropical virgen existente sobre la faz de la Tierra ha sido, en gran medida, batida en brecha por los trabajos de ecología histórica. La abundancia de los suelos antropogénicos y su asociación con bosques de palmeras y de frutales silvestres sugieren que, en esta región, la distribución de los tipos de selva y de vegetación es, en parte, la resultante de varios milenios de ocupación por poblaciones cuya presencia recurrente en los mismos lugares ha modificado el paisaje vegetal. Estas concentraciones artificiales de ciertos recursos vegetales habrían influido en la distribución y la demografía de las especies animales que se alimentan de ellos, a pesar de que la naturaleza amazónica es realmente muy poco natural, ya que puede considerarse como el producto cultural de una manipulación muy antigua de la fauna y de la flora. Aunque invisibles para un observador no advertido, las consecuencias de esta antropización están lejos de ser despreciables, especialmente en lo que se refiere al índice de biodiversidad, más alto en los sectores de selva antropogénicos que en los de selva no modificada por el hombre (p. 220).

Bajo esta perspectiva, dicha relación plantea la necesidad de establecer que buena parte de los paisajes concebidos como territorios vírgenes o naturales son también parte de un paisaje cultural, configurado por los pueblos que lo habitan; sin embargo, la comprensión del mismo implicaría una concepción del espacio ajena al razonamiento occidental, el cual establece fronteras bien delimitadas en lo que considera espacios dotados de civilización y, por tanto, de cultura.

Así también, la concepción del tiempo que sobre sí mismas han llegado a desarrollar las colectividades amazónicas responde a una relación distinta de la que nos plantea el mundo moderno. Como lo señala Rastain (Óp. Cit.):

Es necesario saber que la concepción de la historia para los amerindios difiere fundamentalmente de la nuestra. Para ellos, los archivos escritos carecen de interés y sonrían al ver a los arqueólogos recoger con avidez tiestos de cerámica que, a pesar de todos los análisis que se puedan realizar, nunca contarán, según ellos, una historia creíble de su pueblo. El acceso al conocimiento toma un giro totalmente diferente en el mundo amerindio. En efecto, el saber histórico es a menudo transmitido durante los sueños (...) el camino hacia el aprendizaje de la historia del pueblo pasa por el sueño y los mitos y de ninguna manera por las huellas físicas y los vestigios materiales de los ancestros (p. 15)

En este sentido, la concepción de historia, espacio vital y naturaleza se encuentran, en términos de esto que se denomina *ethos* amazónico,

intrínsecamente relacionadas, pues es importante tener en consideración algunos aspectos que desde mi perspectiva resultan fundamentales para entender lo que aquí se propone como ethos común.

Por un lado, la presencia de una concepción histórica que como bien señala Rastain (Ibíd.), está sujeta a otra racionalidad que prioriza lo vivencial y se puede decir que incorpora lo histórico directamente en lo vivencial. Por ejemplo, la relación con los ancestros está marcada por los espacios vitales en los cuales los individuos transitan, cazan, recolectan o cultivan. De tal manera, historia arcaica o prehistoria no son nociones fundamentales en la reconstrucción social y cultural del ethos amazónico.

Para abonar a la comprensión de la concepción histórica que sobre sí mismos pueden llegar a tener los pueblos amazónicos hay que considerar dos elementos que son de suma importancia. El primero está relacionado con el relativamente corto periodo de vida de los individuos que aún en la actualidad se mantiene por debajo de la media de los habitantes no amazónicos y que alcanza un promedio máximo de 71 años en los lugares en los que es posible establecer censos⁴⁶.

Sin embargo, en los periodos de mayor presión extractiva sobre los territorios amazónicos, el promedio de vida de los habitantes hiperexplotados o perseguidos se puede reducir a la mitad o menos⁴⁷, por lo cual la experiencia sensible que los habitantes de la Amazonia tienen sobre el espacio y la lógica de supervivencia va a imponerse a la concepción progresiva del tiempo.

⁴⁶ Para el caso de Brasil, por ejemplo, según datos del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE) de 2014, mientras el promedio de vida de la población en general se ubicaba en 75,5 años, el de los habitantes de la región amazónica se ubicó en 71,2 años. <http://amazonia.org.br/2016/12/populacao-da-amazonia-legal-esta-abaixo-da-media-nacional-de-expectativa-de-vida/>

⁴⁷ Como ejemplo, se debe mencionar el genocidio que ocasionó el auge del caucho en Latinoamérica y en particular la funesta presencia de la Casa Arana en el Putumayo, la cual será revisada con mayor detalle en los siguientes apartados. Durante la presencia de la Casa Arana en la región se estima el exterminio de aproximadamente 100.000 indígenas, víctimas de la esclavitud, el maltrato y la crueldad de los caucheros, como lo recoge el cónsul británico Roger Casement en el Libro Azul del Putumayo en 1912.

Aquí el otro elemento, la oralidad, va a ser determinante pues, por un lado, permitirá la delimitación de los espacios que habitan (en relación a la distribución de los lenguajes y variantes lingüísticas presentes en el territorio) y, por otro, posibilitará la reproducción de la relación histórica y cultural que sobre sí mismo y sobre su lugar en el mundo va a tener cada grupo.

En este sentido, hay que tener en consideración que si la transmisión del conocimiento se realiza de manera oral y generacional, y si las generaciones pasan relativamente rápido, es decir, si se tiene en cuenta un promedio de vida de alrededor de 70 años, en un periodo óptimo, estamos hablando que una y media generaciones equivale a un periodo de aproximadamente 100 años.

No obstante, si tomamos los últimos 300 años de historia de los pueblos amazónicos, esta relación se verá particularmente afectada, pues durante la penetración extractiva derivada de los auges económicos de los siglos XIX y XX se evidencia la reducción del periodo de vida de los pueblos amazónicos, en particular, de los de la denominada alta Amazonía.

A ello se suma otro fenómeno que ocurre durante los periodos de aumento de la penetración extractiva: la huida de los grupos indígenas hacia el interior de la selva. Aquello ha contribuido a la creación del mito sobre los pueblos no contactados que, en realidad, representan a grupos nómadas que, a raíz de los distintos momentos de aparición de los colonos occidentales, se internaron cada vez más en terrenos selváticos más inaccesibles. Es decir que buena parte de los denominados pueblos no contactados responde al éxodo hacia el interior de la Amazonia de los grupos indígenas en fuga⁴⁸.

Es fundamental tener en consideración que esta concepción que aquí se estructura se basa en los pueblos amazónicos que han perdurado a todos los otros

⁴⁸ Según Beatriz Huertas Castillo (2002), no es correcto denominar “no contactados” a los pueblos en aislamiento voluntario puesto que sí ha existido un contacto previo con población no indígena ya sea contemporánea o con sus antepasados, no obstante, el encuentro ha sido tan violento y traumático que deciden regresar a su estado de aislamiento. Además, la memoria de los acontecimientos violentos se transmite a través de varias generaciones, lo cual refuerza su deseo de no volver a tomar contacto.

procesos de penetración antes señalados y, por tanto, no es capaz de dar cuenta de la historia que se pierde para siempre con los pueblos exterminados en dichos procesos. Así, si somos realistas, a lo que podemos acceder es, cuando mucho, a un tercio o menos de la historia de los pueblos amazónicos. Y esa historia, como se ha señalado, es fugaz, vibrante y relativamente corta, debido a esta relación entre el intercambio oral generacional.

Otro elemento que juega un papel fundamental en la comprensión de estos pueblos es el lenguaje, el cual da cuenta de la representación que tiene del mundo un grupo étnico. La pérdida del mismo, en este sentido, representará un vacío imposible de llenar en la reconstrucción de la historia de un grupo humano. Como lo señala la UNESCO (2003):

La extinción de una lengua significa la pérdida irrecuperable de saberes únicos, culturales, históricos y ecológicos. Cada lengua es una expresión irremplazable de la experiencia humana del mundo. Por lo tanto, el conocimiento de una lengua cualquiera puede ser la clave para dar respuesta a cuestiones fundamentales en el futuro. Cada vez que muere una lengua tenemos menos datos para entender los patrones de estructura y función del lenguaje humano, la prehistoria humana y el mantenimiento de los diversos ecosistemas del mundo (p. 5).

La diversidad de lenguas habladas en la Amazonia forma parte de la riqueza cultural que posee esta región⁴⁹, no obstante históricamente ha sido también uno de los mayores obstáculos para su asimilación a los proyectos nacionales⁵⁰, causando la extinción de un gran porcentaje de las mismas, ya sea por procesos de

⁴⁹ Aunque algunas organizaciones hablan de más de 300 lenguas, podemos tomar como referencia el Informe Perspectivas del Medio Ambiente en la Amazonía Geo-Amazonía (2009), del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente – PNUMA y la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica (OTCA), el cual señala la presencia de 86 lenguas y 650 dialectos en la región.

⁵⁰ Cabe señalar que Benedict Anderson (1983[2016]) sitúa al lenguaje en el origen de la construcción de la idea de nación, la cual posibilitó más tarde el desarrollo de los Estados nacionales. Para el autor, la posibilidad de constituir esa “comunidad imaginada” que encarna la nación partió del establecimiento, dentro de fronteras delimitadas, de una lengua oficial. Este proceso, se produjo a la par de la masificación de la comunicación escrita mediante la invención de la imprenta, en el siglo XV, la cual permitió a los miembros de una colectividad imaginar acontecimientos que jamás vería, dentro de fronteras que asumió como reales. En tal sentido, el uso de un lenguaje homogéneo y la necesidad de la existencia de un tipo de comunicación escrita, colocan a un tipo de pueblos como los pueblos amazónicos más allá de las fronteras reales e imaginarias de los Estados nacionales.

aculturación como por la desaparición física de los grupos humanos en los cuales se hablaban.

Cabe señalar que la categorización que los investigadores han hecho de estas lenguas señala como familias lingüísticas principales a las tupí, ye o gé, caribe, arawak, pano-tacanas y tucanas, las cuales poseen unidad filogenética. No obstante, hay un sinnúmero de lenguas habladas por grupos específicos que habitan la región amazónica y que no forman parte de estas familias, por lo cual mucha información se encuentra aún indeterminada, como lo resume el siguiente cuadro:

Población en pueblos indígenas

PAÍS	NÚMERO DE HABITANTES	NÚMERO DE GRUPOS ÉTNICOS	NÚMERO DE FAMILIAS LINGÜÍSTICAS
BOLIVIA	48.123 (2001)	25	18
BRASIL	300.000 (2007)	175	34
COLOMBIA	107.231 (2005)	62	s.i.
ECUADOR	369.810 (2006)	10	s.i.
GUYANA	s.i.	s.i.	s.i.
PERÚ	300.000 (2005)	59	15
SURINAME	12.000	s.i.	s.i.
VENEZUELA	37.362 (2001)	17	s.i.

s.i.: sin Información.

Notas: (1) Los datos de Brasil no incluyen indígenas en situación de aislamiento voluntario y sus familias lingüísticas.

(2) Cabe precisar que en Ecuador se considera como población indígena tanto a la nativa como a aquella no nativa procedente de la sierra, de otros pueblos indígenas. Otra fuente, como el Servicio de Iniciativas Locales para la Amazonía Ecuatoriana (Silae) (tomado de <<http://www.silae.org>>), registra 160.000 habitantes de población indígena amazónica en sentido estricto, es decir, que tienen modos de vida ancestrales propios de la región y un reducido contacto con el mundo exterior a ellas.

Fuentes: Aragón (2005). Brasil: Instituto Socioambiental (ISA) (2007). Bolivia: INE (2003), Ecuador: Ecorae (2006). Guyana: Agencia de Protección del Medio Ambiente (2007). Perú: INEI-IIAP (2006). Suriname: Oficina General de Estadística (2007).

Fuente y elaboración: PNUMA y OTCA (2009), p. 72.

En este sentido, estas familias lingüísticas, de donde se deprenden muchas otras, implican en su forma de nombrar al mundo una construcción cultural única que responde fehacientemente a un espacio ecológico al que estos grupos también le dieron forma. Aquí, el lenguaje constituye otro elemento indispensable para estructurar la relación espacial y temporal que los pueblos amazónicos en su concepción del mundo van a desarrollar. La movilidad (fluvial) que caracteriza a estos grupos en el territorio permitió esparcir mediante los ríos la diversidad cultural que en determinados puntos de su historia hará posible el desarrollo de nuevos grupos.

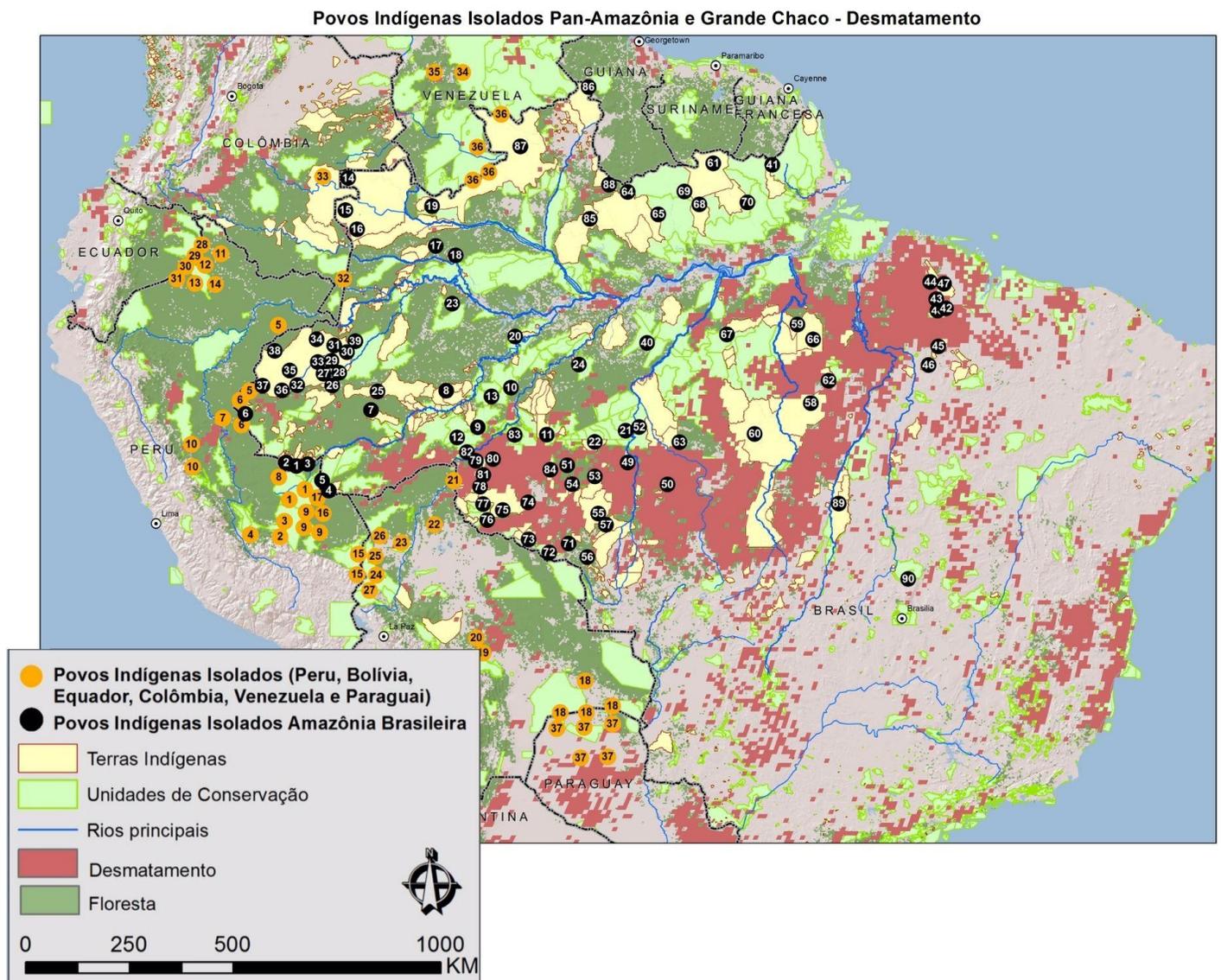
En este sentido, dada la importancia que para estos pueblos, en su mayoría ágrafos, posee la oralidad, el lenguaje también será un elemento estructural de su relación con el entorno y de su recreación del mismo, como algo vital, es decir, que está hecho de presente y no de pasado, y por tanto no almacenable en caso de su desaparición. Todo ello configura, como se ha dicho, un ethos común para estos pueblos.

Ahora bien, es preciso establecer, después de las consideraciones antes señaladas, como punto de quiebre para esta investigación a la colonización del territorio durante los auges extractivos que van a derivar en procesos de apropiación territorial por parte de los Estados nación, apoyados en buena medida por la iniciativa privada, desde el siglo XIX, como se señalaba antes, hasta la actualidad con la irrupción de mega proyectos petroleros y pequeños emprendimientos, igual o más nocivos incluso que los petroleros, como son la minería informal y la tala del bosque amazónico.

Ambas realidades se enmarcan en un contexto de participación económica global que, si bien no es ajeno a la región (auge del caucho, siglo XIX), tiene un proceso ahora de mayor irreversibilidad en la condición de penetración territorial que implica, pues la construcción de caminos y la consecuente apertura hacia la asimilación cultural, representan una amenaza de grandes dimensiones para el territorio amazónico.

Sin embargo, este proceso también está acompañado de momentos de rebeldía y resistencia, a la par del drama humano que implica el genocidio de estos pueblos y la pérdida irreparable de las culturas amazónicas. Como se señala en el mapa, aún existe una cantidad no determinada de pueblos indígenas en aislamiento, los cuales enfrentan una amenaza constante debido a la expansión de la frontera extractiva así como a la deforestación de su territorio:

Pueblos indígenas aislados Pan-Amazônia y Chaco Grande –



Deforestación

Fuente: Greenpeace Brasil, 2011

Ahora bien, los habitantes del territorio amazónico no pueden ni deben considerarse como sujetos pasivos, puesto que, desde la llegada de los colonizadores europeos ensayaron estrategias de resistencia a la colonización y evangelización, en función de sus condiciones particulares. Como se señaló antes, su carácter nómada, por ejemplo, hizo muy difícil su permanencia en las reducciones mediante las cuales se agrupó a las comunidades indígenas de tierras altas. Por tal razón, los intentos de conquista de los territorios amazónicos estuvieron mediados por una particular violencia.

Más adelante, cuando la región amazónica se volvió nuevamente una frontera para la expansión y consolidación de los estados nacionales en su expresión neoliberal (siglo XX), emergieron nuevas formas de resistencia y organización, pero articuladas a ejes muy distintos de los que impulsaron la organización y movilización de las comunidades de tierras altas. La defensa de su entorno natural, como una condición misma para su supervivencia, le dio un carácter particular a sus primeras organizaciones.

De esta forma, las manifestaciones organizadas que caracterizarán la resistencia de los pueblos amazónicos, fundamentalmente en defensa del territorio y por el reconocimiento legal de su diversidad, alcanzarán su punto de mayor cohesión regional con la fundación de la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA) en 1984.

Sin embargo, pensar en la relación histórica que los pueblos amazónicos han mantenido con sus respectivos Estados-nación nos permite reflexionar en torno a su pasado bajo una lógica en la cual la historia de estos pueblos se maneja en dos vertientes. Por un lado, como una historia de rebeldía que cobra sentido con la mayoría de los pueblos que aún perviven en la actualidad. Y, por otro, el de la historia oficial de los Estados nación, como un compendio de genocidios y apropiación de sus territorios.

La región se ha caracterizado históricamente, como se señalaba en apartados anteriores, por ser un territorio de conquista, despoblado en el imaginario occidental, salvaje y que muy particularmente en el siglo XIX y buena parte del XX

representaba un espacio “ideal” para la búsqueda de fortuna. Se puede decir que si bien solo un puñado consiguió hacerse de la tan deseada riqueza, buena parte de los aventureros y sus inversiones fueron tragados por este espacio “indómito”, víctimas unos de la hostilidad del entorno y, otros, de la infactibilidad de los proyectos en los cuales colocaron su capital⁵¹.

Sin embargo el mayor perdedor de esta aventura, embestida de la idea de “progreso” y “riqueza”, fue sin lugar a dudas el territorio, víctima de la desmedida ambición que se abrió paso en su interior, generando un terrible ecocidio que, a la par de la domesticación y subordinación del entorno, va a estar acompañado de varios genocidios, etnocidios y epistemicidios. Este último ha cobrado en épocas recientes mayor relevancia.

Así, cuando pensamos en el genocidio de la población aborígen amazónica partimos de la noción bajo la cual fue configurado el término genocidio por el jurista judeo-polaco Raphael Lemkin (1944), quien lo definió como el conjunto de actos que tienen la intención de aniquilar a un grupo étnico, racial o nacional. Esto incluye la destrucción de las bases de la supervivencia de un grupo, lo cual va a provocar su desaparición total o parcial.

Como delito, el genocidio fue tipificado bajo los términos antes señalados, tanto en la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de 1948 como en el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional (CPI) de 1998.

⁵¹ Un ejemplo emblemático de ello fue la idea del empresario estadounidense Henry Ford de colonizar la selva brasileña inspirado en la conquista del Oeste norteamericano. En los años 30, Ford decidió emanciparse de la dependencia de la producción de caucho controlada por los británicos, quienes extrajeron de Brasil la semilla del árbol de caucho, para producirlo en sus colonias (sur de Asia). Con la idea de instalar su propia plantación de caucho, el empresario mandó a construir una ciudad a orillas del río Tapajós, en la Amazonía brasileña. El poblado denominado Fordlandia, era mucho más que una plantación, pues intentó reproducir la disposición urbanística y el estilo de vida estadounidense lo cual implicaba trasplantar el ethos civilizatorio norteamericano al corazón de la Amazonia brasileña. Sin embargo, este proyecto faraónico enfrentó una serie de dificultades técnicas y prácticas que iban desde la presencia de plagas propias de la Amazonia en la plantación, la enfermedad y muerte de los colonos estadounidenses y la inadaptabilidad de los obreros locales a las dinámicas impuestas por el empresario estadounidense tales como la prohibición del consumo de alcohol, como lo señala Greg Grandin (2009) en su libro Fordlandia: Auge y caída de la ciudad olvidada de Henry Ford en la selva. Una vez abandonado el proyecto, de aquella ciudad se conservan las ruinas como testigos de un intento fallido por domesticar al territorio y a sus habitantes, así como los relatos anecdóticos de esta demencial empresa, plasmados en novelas como la de Eduardo Sguiglia que lleva el mismo nombre.

En ambos casos, se hace referencia a las acciones destinadas a la desaparición de un grupo étnico o racial, lo cual coloca a este acto como algo mucho más específico que la matanza en masa, puesto que evidencia la intencionalidad de exterminar a un sector de la población, en base a razones ya sea raciales como religiosas.

Más allá de que este proceso en términos políticos haya sido delimitado hasta la segunda mitad del siglo XX, derivado de los acontecimientos del holocausto nazi, es importante destacar que en el caso de nuestro continente la estrategia de desaparición de pueblos completos se populariza a partir de la campaña realizada por Estados Unidos en lo que se conoce como la conquista del oeste (entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX), que fue en términos estrictos el genocidio de la población indio americana con la finalidad de ocupar sus territorios.

Por su parte, el etnocidio tiene que ver con la destrucción de la cultura de un pueblo, sus costumbres y formas de vida bajo la premisa de la existencia de una cultura superior, en este caso la occidental, cuya finalidad es la “civilización” de las culturas inferiores. Así, en la Declaración de San José sobre etnodesarrollo y etnocidio en América Latina (1982), se define al etnocidio como un genocidio cultural y se señala que:

El etnocidio significa que a un grupo étnico, colectiva o individualmente, se le niega su derecho de disfrutar, desarrollar y transmitir su propia cultura y su propia lengua. Esto implica una forma extrema de violación masiva de los derechos humanos, particularmente del derecho de los grupos étnicos al respeto de su identidad cultural, tal como lo establecen numerosas declaraciones, pactos y convenios de las Naciones Unidas y sus organismos especializados, así como diversos organismos regionales intergubernamentales y numerosas organizaciones no gubernamentales (p.23).

Así, si bien es cierto las empresas colonizadoras presentes a lo largo de la historia del mundo no pudieron desaparecer físicamente a todos los pueblos que consideraron inferiores, sí lograron instituir un sistema de pensamiento etnocéntrico reproducido sistemáticamente por los Estados-nación mediante la exclusión y la homogenización cultural.

En esta misma lógica, el epistemicidio, consiste en el aniquilamiento de las formas propias de los pueblos originarios de aprehender el mundo, así como de crear y transmitir conocimientos y saberes, lo cual implica la destrucción de toda una lógica de pensamiento ancestral coetánea a lo que entendemos desde occidente como civilización.

En este sentido, cuando los pueblos amazónicos responden a las embestidas del Estado o de las empresas extractivas, la violencia derivada de estos conflictos suele ser desmedida, como lo demuestran, por ejemplo, la dureza de las represiones policiales durante las manifestaciones indígenas que tuvieron lugar en Brasilia en 2017, o la Masacre de Bagua en el departamento peruano de Amazonas en 2009, en donde murieron 33 personas y resultaron heridas más de un centenar.

De tal forma, las últimas dos décadas del siglo XXI se mantienen en una continuidad en la que el Estado como socio y artífice, en buena parte, de los proyectos extractivos distingue en los pueblos amazónicos a un enemigo del progreso y, por decirlo menos, un lastre para la aplicación de una política extractiva que, como lo hemos revisado, va a cobrar particular importancia a partir de la década de los ochenta y lo que va del siglo XXI.

A esta problemática hay que sumarle la aparición de nuevos actores, pero con viejos proyectos extractivos, quizá aún más voraces y más destructivos que sus predecesores, como lo son China o bien las mineras canadienses que, dicho sea de paso, enfrentan duras restricciones en su país de origen por el impacto ecológico derivado de esta actividad.

Sin embargo, como veremos en el desarrollo de los apartados subsecuentes referentes a los bloques de dominio colonial propuestos en esta investigación, la aparición del neoliberalismo marcará un punto de inflexión en la embestida extractiva. Así mismo, en este periodo se registrará la reemergencia de la movilización indígena a nivel continental en la que también participan los pueblos amazónicos y que en algunos casos, como en Ecuador (Confeniaae), cobrará mayor relevancia en su articulación con proyectos de reivindicación de derechos a nivel nacional.

Así, la lógica histórica que acompaña a estos pueblos, desde la irrupción de los auges extractivos hasta la penetración minera y petrolera de la actualidad oscila entre la rebeldía, el genocidio y la asimilación. Es por eso que en esta investigación consideramos fundamental incorporar, al menos de manera general, las experiencias que en particular han marcado el devenir histórico de estos pueblos en un relato común en el que puedan encontrarse las diversas problemáticas que afectan a la región como partes integrales de un sujeto colectivo (la Amazonia).

En este sentido, se puede decir que la rebeldía responde de forma inevitable a la confrontación de dos concepciones de la historia, puesto que por un lado tenemos la necesidad de los pueblos amazónicos de garantizar su continuidad, afianzada en la reproducción vivencial de sus ciclos de vida e históricos y, por otro lado, lo que para occidente representa el avance de una idea civilizatoria, anclada a la noción lineal de progreso, la cual no se articula necesariamente con elementos como la sustentabilidad y la sostenibilidad.

Así, bajo la necesidad de “aprovechar” los recursos nacionales y emprender procesos de expansión, colonización y desarrollo de las fronteras civilizatorias surge el mito de la rebeldía amazónica, amparado en una serie de acontecimientos históricos verdaderamente macabros y comparables solo con los procesos de colonización y penetración del África subsahariana, procesos que se empatan temporal e históricamente con la necesidad de materias primas de occidente.

Sin embargo, aunque el imaginario de Amazonía como territorio salvaje nace primero en la mente del colonizador, a lo largo de la historia de la región han sido los propios pueblos amazónicos los que han ido desarrollando mecanismos de defensa contra los abusos cometidos por el Estado en el marco de los auges extractivos, pasando de la resistencia a la rebeldía. Sin embargo, dado su carácter ágrafo es difícil conservar un registro de primera mano de estas rebeliones.

Por ejemplo, en 1917 se tiene registro de una rebelión protagonizada por varias tribus amazónicas en el campamento de Atenas de la corporación cauchera Casa Arana, ubicado en la ribera del río Igará-paraná, en Colombia. Esta zona concentraba gran cantidad de población indígena sometida brutalmente por la

cauchera. Según testimonio oral, recogida por Roberto Pineda Camacho (1988), la rebelión fue dirigida por Yarocamena, comandante de los bopaita, una de las malocas (casa comunal ancestral), ubicadas en la zona.

Según los relatos, la rebelión empezó por la muerte de uno de los hijos de Yarocamena durante un altercado con un capataz del campamento, uno de tantos episodios de violencia ocurridos bajo el imperio de terror impuesto por la cauchera. Después de un encarnizado combate a fuego entre indígenas y soldados enviados desde Iquitos (Perú) la rebelión fracasó, causando la muerte de una gran cantidad de indígenas y la destrucción de las malocas, las cuales fueron incendiadas por los soldados.

A pesar de ello, esta es considerada como una de las rebeliones más emblemáticas del siglo XX contra la cauchera, no solo porque contribuyó a reducir los abusos por parte de la compañía, la cual continuó explotando caucho en la región, sino por los mecanismos de articulación de la rebelión que, basados en códigos ancestrales, lograron la participación de indios de la zona tanto sometidos como indómitos. Como lo señala Pineda Camacho (1988):

Yarocamena utiliza un procedimiento tradicional para invocar la cooperación de otros grupos para su acción bélica: prepara el ambil y lo reparte a otros capitanes.

"...preparó una totumada de ambil y coca, nuestra ley de nacimiento, y llamó a los jefes vecinos. Quiero que acabemos con este régimen. Chupemos este ambil, mambeemos esta coca; tomemos esta caguana y busquemos nuestra libertad".

Yarocamena repartió una canecada de ambil y la repartió por todas partes. Les dijo: los blancos mataron a mi hijo, vamos a matarlos. (Versión andoque transcrita). Ciertos capitanes, como por ejemplo *Doñekoi*-el líder andoque del proceso de reconstrucción étnica del período anterior a la guerra colombo- peruana-, se abstuvieron, dicen los andoques, de recibir el ambil ya que de lo contrario se obligaban a participar en la sublevación. Esta posición tenía, no obstante, sus riesgos. En aquella época -se cuenta por parte de Ode Andoque- aquel que se negaba a aceptar ambil debía esconderse, o de lo contrario muy probablemente era muerto por los que convocaban la acción. Por esto debía ser visto, muy seguramente, como un "colaborador" de los peruanos.

Yarocamena y su gente trató de organizar un movimiento de resistencia amplio contra los caucheros, que rebasara el nivel tradicional de la acción política y militar (p. 172).

Así, estos breves e inconexos episodios en el territorio amazónico y la negativa constante de muchos de estos pueblos y tribus al sometimiento van a dotarles de un carácter que como se señalaba antes se afianzará en la idea de salvajismo intrínseco, la cual estará acompañada también de una lucha en respuesta a los procesos brutales de penetración de sus territorios, una lucha que parecería perdida de entrada.

La rebeldía resulta, en este contexto, un suicidio pues si bien fue una lucha perdida, resultó la última resistencia para evitar vivir en la esclavitud, ante el “avance” de la civilización y sus principios de modernidad que, tomando como ejemplo el caso brasileño, eran impulsados por una idea de superación humana basada en el orden y progreso, colocando así en la inhumanidad a los sobrevivientes de estos procesos.

Por otro lado, otro elemento indispensable para entender este carácter rebelde del cual occidente ha revestido a los pueblos amazónicos es la opción que han tomado de huir. En la medida en que logran alejarse de las estructuras de la denominada civilización van a continuar con su resistencia. Así, los pueblos que no participan de ese suicidio directo y que no llegan a ser aculturados por las múltiples campañas de evangelización que en su funesto paso por el territorio van a contribuir a la extinción de un gran número de idiomas y, con ellos, de sus creencias particulares, representan con su sola existencia la pervivencia de un mundo amazónico que en su conjunción (sujeto y naturaleza) se niega a extinguirse.

Sin embargo, más allá de los pueblos de la alta Amazonia y en particular de los pueblos en aislamiento voluntario, está bien documentada la respuesta política y organizada por parte de algunos de los pueblos amazónicos que conservan como parte indisoluble de su identidad sus principios de articulación comunitaria y de respeto al territorio.

Esto cobrará sentido con la conformación de la organización de confederaciones que les darán un peso político específico y que, sobre los primeros años del siglo XXI, al menos en los casos de Ecuador y Bolivia, van a contribuir e impulsar la construcción de Estados Plurinacionales, reconocimiento que se

encuentra en una situación complicada dado el rol en el que han devenido estos nuevos Estados, es decir, priorizando los procesos extractivos y trivializando la ley de respeto al territorio que los pueblos amazónicos y andinos ayudaron a construir.

Sin embargo, como lo veremos en el desarrollo de esta investigación, es difícil pensar en la continuidad de estos pueblos, en particular los de la alta Amazonia y los no contactados, sin la presencia del Estado, lo que resulta paradójico dado que ha sido justamente la complicidad de este la que ha permitido su desaparición.

En contraparte, de no estar presente la mediación del Estado en la actualidad, tanto los grandes emprendimientos petroleros como los pequeños e ilegales negocios mineros, ambos ampliamente destructivos, su impacto sobre estos grupos sería aún peor ya que ponen en riesgo la continuidad de estos pueblos y con ellos su particular relación y conocimiento de este vastísimo territorio.

En este sentido, como lo veremos en los apartados correspondientes a cada país, las rebeldías y las resistencias de los pueblos amazónicos van a estar marcadas por distintos acontecimientos que, de alguna manera, confluirán en la necesidad de articular una respuesta común a la avanzada de occidente en el territorio amazónico. Por ejemplo, el nivel de participación política y movilización social alcanzada por los pueblos amazónicos en Ecuador y Bolivia corresponde también a un nivel de incidencia social que, en su intención de alcanzar el reconocimiento de sus nacionalidades, impactan directamente en el desarrollo de los proyectos estatales.

Capítulo 2. La Amazonía andina: una historia de abandono, explotación, rebeldía y resistencia

2.1 Conquista y colonización amazónica en la América española

La Amazonía antes de la conquista española

La historia del territorio amazónico correspondiente en la actualidad a la región hispanoparlante, presenta una articulación histórica de carácter precolombino que se remonta al periodo en que los Incas ejercieron su dominio e influencia sobre prácticamente toda la región andina y que, dicho sea de paso, está intrínseca y geográficamente relacionado con algunas partes del territorio amazónico⁵².

En este contexto, se pueden situar en la región amazónica dos tipos de bloques civilizatorios. Uno de carácter eminentemente nómada y enfocado a la pesca, la caza y la recolección, y otro que en términos cuantitativos resulta relativamente escaso pero de una importancia histórica a destacar para la región que tiende al desarrollo de la agricultura y a la construcción de edificaciones y núcleos urbanos⁵³.

Según autores como Federico Kauffmann Doig, la importancia que la región conocida como andes amazónicos⁵⁴ mantuvo en la expansión y ocupación del

⁵² El incanato, también denominado Tahuantinsuyo, se extendió entre lo que hoy es Colombia y Chile, aproximadamente entre el siglo XIII y el XV, ocupando tanto territorio andino como parte del amazónico.

⁵³ El territorio de la Amazonia correspondiente al bloque andino se caracteriza por la presencia de una amplia gama de culturas predominantemente nómadas. Sin embargo, en buena parte de la Amazonia peruana se destaca la presencia histórica de la cultura Chachapoyas (900-1470), de carácter eminentemente sedentario, la cual se desarrolló en una amplia extensión espacial que iba desde el costado derecho del río Marañón afluente del río Amazonas, pasando por el río Utcubamba, en donde establecieron su núcleo más importante. Este grupo civilizatorio tuvo una gran importancia histórica y política en la región dominada por los Incas, quienes a la postre terminarían incorporándolos a sus dominios (1470). La cultura Chachapoyas se destaca tanto por su extensión territorial, como por su legado arqueológico (sarcófagos, las ruinas Kuélap y el Gran Pajaté), lo cual evidencia una presencia y expansión que no se compara con la gran mayoría de pueblos amazónicos de matriz nómada o semi nómada, inclusive dentro del propio territorio de la amazonia peruana. Ver más en Kauffmann Doig (2003).

⁵⁴ "La Región Andina está en lo fundamental integrada por tres espacios de características propias: los Andes Cordilleranos, los Andes Costeños y los Andes Amazónicos. No obstante la diversidad de la naturaleza que acusan las citadas tres grandes regiones de la Región Andina, éstas conformaron un área de co-tradición, la que fue asiento de la civilización andina o peruana ancestral que se

incario demuestra una articulación del territorio pre hispánico ampliada a la región amazónica. Por ejemplo, la persistencia de la idea de que en la región amazónica no se desarrollaron sociedades complejas y estructuradas como la Inca es refutada ante la presencia de culturas como la Chachapoya (900-1470 d.c.).

Bajo esta idea, la importancia que cobra para la región amazónica en su conjunto el espacio que ocupan los territorios andinos en vecindad con el contexto amazónico hará posible el establecimiento de una interacción más estrecha entre los diversos pueblos que estuvieron en contacto de manera no siempre amistosa en esta región, en comparación por ejemplo con la Amazonia que será ocupada por los portugueses. Es decir, la relación que los habitantes del territorio serrano de los países andinos mantenían con los de la región amazónica, contribuirá a la construcción de imaginarios negativos sobre los pueblos amazónicos, los cuales tradicionalmente tendían a antagonizar con el dominio de los grupos de la sierra y la costa.

En este contexto, encontramos pues dos particulares formas de construcción de la idea del mundo y el territorio que convergen en el espacio geográfico de los Andes amazónicos, en el que se encuentran grupos que pudieron ser incorporados a la estructura estatal inca y otros grupos que permanecían al margen de esta. Así, lo que podemos destacar es que los grupos amazónicos que mantenían vínculos con la zona serrana y, por tanto, prácticas culturales y productivas comunes con esta (agricultura y cosmovisión) fueron sometidos en el proceso de conquista, a la par que los Incas y el contexto serrano.

En este sentido, podemos distinguir la esencia rebelde de un ethos de carácter amazónico, el cual resistirá a la conquista por su plasticidad y su capacidad

remonta a algo más de 3.000 años. Los Andes Amazónicos en particular corresponden a una región intermedia: amazónica por paisaje, y andina por lo accidentado, y es parte del flanco oriental de los Andes. Culturalmente hablando, el sector ubicado entre los 2 y 3 mil metros es propiamente el que corresponde a los Andes Amazónicos, a juzgar por los testimonios arqueológicos que se presentan en esa franja altitudinal que descubren tener raíces andinas. Ciertamente que presentan algunas particularidades, explicables por factores ambientales y al relativo aislamiento al que estuvieron expuestos los pobladores andinos frente a aquéllos que dejaron en su territorio de origen” (Kauffmann Doig, 1996, p. 50).

adaptativa a la hostilidad del entorno, permaneciendo, en la mayoría de los casos en un movimiento constante.

Sin embargo, será a partir de la conquista y la expansión del dominio colonial que las expediciones afianzarán, como lo vimos en el capítulo anterior, dos ideas centrales sobre el territorio y su población. La primera, el carácter indómito (“salvaje”) de sus habitantes, como un proceso de exacerbación del otro y, la segunda, el establecimiento de una homogenización a raja tabla del crisol cultural de los grupos étnicos dispersos en el territorio, identificados como amazónicos por su condición de naturaleza. Es decir, ante los ojos de exploradores, misioneros y colonos, la humanidad de estos grupos se encontraba ausente dada su estrecha relación con el entorno.

Evangelización y andinocentrismo: el modelo de colonización en los Andes

Lo que caracterizará a buena parte de la Amazonía andina será la presencia de las misiones jesuitas dispersas por el territorio amazónico que se incorporaba al dominio español⁵⁵. Bajo este contexto, la evangelización jesuítica va a tener un gran impacto en la reducción de los nativos y la construcción, a su vez, de nuevos estilos de vida que, es importante resaltar, encontrarán resistencia en diversos momentos de este proceso que se caracterizará por no ser homogéneo, además de ejecutarse bajo distintos conceptos.

En este sentido, la evangelización como motivo de penetración en el territorio amazónico va a estar marcada por un modelo de ocupación y de estructuración

⁵⁵ Una de las órdenes más importantes durante el proceso de evangelización que acompañó la conquista y colonización de América, fue la Compañía de Jesús, fundada en 1540. Sus misioneros llegaron al continente durante la segunda mitad del siglo XVI, primero a Brasil y, posteriormente, a Perú y México. Esta orden religiosa propuso la creación de poblados especiales para indios (reducciones) con el fin de profundizar el proceso de cristianización, el cual consideraban fallido hasta el momento, así como frenar las atrocidades cometidas por los conquistadores contra la población indígena. Su presencia fue particularmente relevante en la zona del Gran Chaco (frontera de Paraguay y Argentina) en donde se fundaron prósperas reducciones con indígenas guaraníes, hasta la expulsión de las misiones jesuíticas a mediados del siglo XVIII. Cabe destacar que buena parte del conocimiento que se tuvo sobre el territorio y los grupos indígenas amazónicos durante esta etapa, fueron recabadas por este grupo religioso. Ver más en: Hernández (2015).

político administrativa cuya sede siempre estará vinculada con los proyectos de urbanización y estructuración social predominantes en la región andina y en la costa.

Es por ello que el modelo de organización social, política y cultural que van a transmitir las misiones evangelizadoras estará enfocado a reproducir el modelo de “pueblo medieval” que se había implementado en la región andina, la cual tenía como base el trabajo agrícola, que en la Amazonia representaba obvias dificultades.

Otro elemento que va a caracterizar este “andino-centrismo” será la centralización del poder político y administrativo colonial, para el cual la organización y el ordenamiento de los territorios amazónicos representará una tarea que estaba conducida, más que por intereses económicos, por fines religiosos, ya que las expediciones realizadas en estos territorios afianzaron la idea de la Amazonía como territorio inexpugnable y poco amigable con los planes de dominación colonial.

En tal sentido, desde los recién inaugurados centros de poder coloniales como Quito y Lima se organizaron varias expediciones orientadas a garantizar la penetración misionera en la Amazonia con la finalidad de ampliar la dominación religiosa hacia los pueblos identificados allí por expediciones previas, las cuales configuraron la visión de salvajismo y nula civilización de los pueblos que habitaban esos territorios, a diferencia de los núcleos serranos que presentaban otros mecanismos de organización sobre los cuales se había logrado asentar el poder colonial. Como lo narra Jesús Víctor San Román (2015):

Las noticias sobre la selva, particularmente las divulgadas por la primera expedición organizada y dirigida, en un principio, por Gonzalo Pizarro y continuada, posteriormente, por Francisco de Orellana, despertó las inquietudes misioneras y abrió la selva a las diversas Órdenes Religiosas, principalmente jesuitas y franciscanos. Los jesuitas, teniendo como centro de operaciones la ciudad de Quito se lanzaron a la arriesgada misión de cristianizar las tribus de las cuencas de los ríos Napo, Marañón y Amazonas; mientras que los franciscanos, partiendo de Lima, penetran en los ríos Huallaga y Ucayali (p. 49).

Sin embargo, la estructura organizacional que los jesuitas establecieron para la fundación de sus pueblos, implicó inherentemente una desestructuración de las formas de vida y socialización que caracterizaban a buena parte de estos grupos. Como lo señala San Román (Ibíd.):

Los pueblos misionales de la zona de la selva baja, dentro de una diversidad, eran contruidos según un plano ideal único que seguía las líneas de los pueblos europeos, aunque, con las modificaciones que exigía el medio ecológico de la selva (...) El centro de convergencia de todo pueblo misional era una plaza bordeada por la iglesia, casa del misionero, y otros locales al servicio público, en caso de existir. El plano, visto desde el aire, semejaba una cruz, con los brazos abiertos en línea horizontal al río y su base asentada en el pedestal del río. A veces la línea vertical se invertía y su pedestal se apoyaba en la selva. Esta estructura respondía al deseo de integración y unión pero, al mismo tiempo, a las necesidades de una vida funcional (...) El pueblo misional origina un cambio en las costumbres habitacionales del primitivo. La casa va tomando formas nuevas y de familia restringida, aunque esto se realiza solo progresivamente, el individualismo y aislamiento cede terreno al pluralismo de gentes y a las formas urbanas (p. 64-65).

En este contexto, la evangelización configura un elemento clave en la invención de pueblos que originalmente reconocían como propia una dimensión espacial que no respondía a un trazado fijo. Además de que esto les representaba una funcionalidad particular de acuerdo a sus dinámicas culturales, económicas y alimenticias.

Por tanto, el territorio amazónico correspondiente a la ocupación española presentó dos tipos de sociedades indígenas, a partir de la fundación de estos poblados que eminentemente conservaban el carácter ribereño de los pueblos indígenas que, voluntaria e involuntariamente, fueron desplazados a vivir en estos espacios.

A este aspecto hay que sumarle que estos poblados se convirtieron en la base sobre la cual, durante el periodo colonial, y después con la República, se establecieron los modelos de ocupación territorial y afianzamiento de la actividad productiva en la región amazónica, la que más tarde, en el siglo XIX, vio sus años de máximo esplendor con la explotación cauchera.

Incluso hasta la actualidad podemos identificar la persistencia de estos dos tipos de sociedades amazónicas nativas, una de carácter sedentario y vinculada con los centros de poder colonial (Quito, Lima, Chuquisaca, etc.), y otra que se caracteriza por su resistencia a sedentarizarse (elemento indispensable para su evangelización) y a asumir los valores inculcados por los misioneros jesuitas y franciscanos, fundadores de estos primeros poblados.

Estos pueblos nómadas, que más adelante van a configurar la visión de los pueblos de la “Alta Amazonía”, serán los depositarios de un pasado de larga datación que se entrelaza en espacios geográficos de dimensiones tan amplias que solo hasta fechas recientes se han podido contextualizar.

En este sentido, estas sociedades eminentemente fluviales se convirtieron en el elemento por excelencia de la exotización del territorio amazónico. Como veremos en este capítulo, la complejidad y la interconexión que el territorio y sus habitantes presentan estuvo marcada por la irrupción de los distintos momentos de auge extractivo y de sus funestas consecuencias sobre la población y su entorno, la cual, desde la llegada de los primeros conquistadores, experimentó una merma que en términos de la literatura especializada ha sido trabajada ampliamente.

Bajo este supuesto se puede afirmar que la presencia de los colonos y, posteriormente, del Estado en el territorio amazónico llevó a esta región a una reestructuración de sus formas y mecanismos de vida que, como ya se dijo, estuvo determinada por factores externos, de carácter ideológico (evangelización) y productivo (explotación y esclavismo). Entonces, la presencia, particularmente de los misioneros jesuitas, dejó una huella en las formas de vida y reproducción social de este abanico de pueblos y comunidades.

Sin embargo, con la expulsión de los jesuitas en 1769 de sus misiones en el territorio de Maynas (Perú y Ecuador), y el fracaso y abandono de las misiones capuchinas en la Amazonia colombiana en 1795, los pueblos que se habían insertado en una dinámica productiva de orden capitalista rompieron su relación con occidente para, en la mayoría de los casos, reinternarse en la selva, conservando en la psique colectiva la memoria de su experiencia con los misioneros, quienes

resultaron ser, para la Amazonía hispanoparlante su principal vínculo con la “civilización”⁵⁶.

No obstante, con las exploraciones y ampliaciones de los estados, las comunidades mantuvieron diversos niveles de contacto con occidente, principalmente debido a la navegación de colonos a lo largo de afluentes del Amazonas, como el Putumayo. Por ejemplo, barcos brasileños realizaron intercambios de diversa índole con estas etnias, permitiendo el mantenimiento de un contacto permanente entre pueblos amazónicos y colonos, pero sin incorporarlos a la dinámica de vida de los nuevos estados.

Con la aparición de los primeros barcos de vapor que navegaban el río Amazonas en 1851 esta relación se transformó de contactos esporádicos y de poco interés a un complejo modelo de explotación capitalista para la comercialización de productos como el algodón y la zarzaparrilla. En este periodo se inician también en los afluentes de la Amazonia peruana, colombiana y ecuatoriana formas de vinculación laboral y de control del trabajo, de la explotación de los indios a través de perversos mecanismos como el enganche al alcohol y la creación de vínculos sociales como el compadrazgo entre indígenas y comerciantes, el cual implicaba una forma de dominación paternalista e ilegal. Como lo señala San Román (Ibíd.):

El “compadrazgo” tuvo y tiene para el hombre de la selva una importancia capital “y representa uno de los pocos accesos a la convivencia más estrecha con los blancos”. Patrón y regatón fueron los dos agentes principales de la civilización que plantaron los pilares del nuevo orden socioeconómico, de rasgos capitalistas. Su figura se ha prestado a opiniones contradictorias, pues, mientras unos han visto en ellos al ángel benéfico que ha sacado al pobre indio de su situación de “salvajismo”, liberándolo de la ignorancia y la miseria en que

⁵⁶ Como lo señalan Valentina Nieto y Germán Palacio Castañeda (2007), “(...) en la época colonial hubo una conexión más o menos fuerte al mercado mundial, sobre todo en el Gran Pará, por productos del bosque y especias. En contraste, la Amazonia hispanoamericana se mantuvo distante del proceso de encadenamiento a las metrópolis por varios factores. Primero, los españoles descuidaron su frontera ocupados en la defensa del Caribe, el norte de México y la frontera entre Brasil y los territorios del norte del río de La Plata; segundo, no encontraron productos especialmente rentables para hacer el esfuerzo de treparlos hacia sus centros más poblados y luego exportarlos; y tercero, los obstáculos geográficos fueron formidables y no contaron con la autopista fluvial que es el río Amazonas, controlado por los portugueses. Por ello la Amazonia hispanoamericana, a lo más, fue enlazada a Europa por misioneros (...) (p.13).

vivía; otros los consideran como la encarnación del espíritu del mal que ha contaminado el ambiente puro del primitivo con los vicios y defectos del sistema. En todo caso, hay un acuerdo unánime en colocar al patrón y al regatón como agentes del nuevo orden socioeconómico. Este nuevo orden, implantado a la salida de las misiones jesuitas fue tomando formas extremas con el correr de los años, llegando a su apogeo máximo en la época del caucho (p. 101).

En este contexto, la expulsión de los jesuitas heredó a los pueblos que volvieron al interior de la selva, prácticas como la agricultura, la cual se incorporó a sus formas de vida tradicionales aun cuando muchos de estos pueblos fundados por ellos fueron abandonados. Por otro lado, estos mecanismos de apertura de la Amazonía fomentaron una ruptura en sus formas de articulación social y colectiva.

Con la presencia y apropiación del territorio por parte de los colonos, surge la figura del patrón, la cual reprodujo mecanismos de dominación aún más cruentos que en la sierra andina. A su vez, las comunidades que permanecieron en los pueblos misionales fueron utilizadas como punta de lanza para la exploración y ocupación de otros territorios.

El patrón amazónico tiene un origen bastante funesto pues en algunos casos pasó de ser un regatón (comerciante que cambiaba el trabajo y materiales de valor para occidente por alcohol, chaquiras y otros productos sin valor) a convertirse en el impulsor de la actividad extractiva y agente de los intereses de occidente, convirtiéndose así en una suerte de nuevo señor feudal. De tal modo, los pueblos de la Amazonía hispanoparlante experimentaron un flujo inconstante, pero persistente de exploradores, comerciantes y colonos que de a poco fueron aposentándose en sus territorios.

Sin embargo y derivado de estos contactos, los pueblos que consiguieron sortear esta primera incursión misional y extractiva no fueron capaces de vislumbrar lo que en Europa, con el desarrollo de la vulcanización, se les avecinaba, es decir, la posterior explotación del caucho y la apertura de caminos.

La Amazonía y los estados andinos: extractivismo, abandono y exotización

Si bien la primera mitad del siglo XIX estuvo marcada por los procesos de independencia, lo cierto es que en el territorio amazónico de los países andinos las relaciones entre blancos y la población nativa no solo que no mejoró, sino que se profundizó el auge colonizador del territorio lo que se tradujo en constantes abusos y malos tratos para la población nativa, como se evidencia en diversos testimonios de la época emitidos incluso por las propias autoridades locales, en donde se denuncia la situación en la que se encontraban los nativos:

Personas de mucha veracidad y crédito han informado a esta Prefectura que los funcionarios encargados del mejor régimen de los pueblos del interior de Maynas cometen una multitud de abusos sin que los desgraciados que lo sufren puedan alcanzar justicia. El uso de pongos, semaneros o asistentes para el servicio gratuito de dichos funcionarios es uno de los mayores atentados. La sustracción forzosa de indígenas de sus hogares con el fastuoso nombre de indios de expedición para emplearlos en la servidumbre es otro atentado contra la libertad natural y civil ⁵⁷.

Así, la concepción que desde occidente se tiene del nativo, en particular en la primera mitad del siglo XIX, es que el indio y el territorio constituyen un mismo recurso. En este sentido, los afanes colonizadores de los nacientes Estados nación se enfocaron en dominar a ambos. Sin embargo, también en este periodo, que va de finales del siglo XVIII a mediados del XIX, hubo una gran cantidad de incursiones violentas a los poblados por parte de los indígenas como respuesta a la avanzada colonizadora al interior del territorio amazónico.

Por ejemplo, en el caso de la Amazonia de la frontera entre lo que hoy es Ecuador y Perú (Maynas), la salida de los misioneros y el establecimiento de poblados por parte de colonos en las riveras del Amazonas generó constantes enfrentamientos entre nativos y occidentales, con un despliegue de violencia de ambos lados, en donde los nativos se llevaron la peor parte. Como lo describe Alfredo Germany (2016):

⁵⁷ Disposición dirigida al Subprefecto de Maynas dado en Chachapoyas en 1850 (tomado de San Román, 2015: 108).

El 26 de diciembre de 1801, recién acabada la festividad navideña, un nutrido contingente shuar se asomó a la orilla del río Upano. Casas y chozas, sembríos y ganados sufrieron el impacto de la furia indígena. A duras penas los colonos locales pudieron librarse de la agresión. Repuestos del enorme susto y reorganizadas sus fuerzas, los de Macas [Ecuador] llevaron expediciones hacia el inmediato sur: el cap. Gabino Rivadeneira, líder marquense de la época, se dirigió hacia Suký y Wampi, y con su gente no escatimó en atrocidades. Cabezas shuar, cortadas e izadas sobre picas, fueron traídas a Macas como signo de la victoria y escarmiento para los que quisieran intentar el desquite (p. 29).

Por tanto, se puede afirmar que los habitantes de las riveras, que son los pueblos con los que los colonos y los religiosos tuvieron contacto, representarán un cuadro que ejemplifica la desigualdad de las relaciones sociales y administrativas en la región amazónica andina pues existieron amplios vacíos legales sobre la correspondencia administrativa de las regiones. Esto se verá con mayor énfasis en la Amazonía compartida entre Ecuador, Perú y Colombia, a diferencia de países como Bolivia.

Para el caso boliviano, el territorio amazónico permaneció prácticamente en el olvido hasta la aparición de las casas comerciales gomeras y la posterior colonización sobre la segunda mitad del siglo XIX. La noción de la Amazonía boliviana como espacio “vacío” empezó a transformarse con la explotación de la quina o cascarilla⁵⁸ entre 1840 y 1880, periodo en el cual el carácter exportador de la economía boliviana no representaba una penetración extractiva de mayores dimensiones hasta la aparición, como se dijo, de la goma (1880-1980).

El territorio correspondiente a la Amazonia boliviana representó un frente extractivo reducido hasta que las elites económicas del oriente buscaron conectar a esta riquísima región con el mercado mundial, a través de un producto indispensable (como la goma y el caucho, como se revisó en el capítulo anterior) para la construcción del nuevo orden económico global y su modernidad.

Estos grupos económicos se apoyaron en leyes de expropiación y exploración del territorio que les permitieron ocupar las “tierras baldías”, pasando

⁵⁸ Se denomina quina a la corteza del quino o "cascarilla", la cual tiene propiedades principalmente medicinales. Se utiliza como antiséptico para el lavado de heridas o úlceras.

de considerarse un espacio “vacío” a uno con un alto valor económico para los intereses del mercado global. Sin embargo, en esta inserción de la Amazonia boliviana en la dinámica del sistema mundo el territorio se consideró como deshabitado y de propiedad estatal, sin tener en cuenta a los grupos nativos que desde tiempos ancestrales habían logrado permanecer en el mismo sin alterar sus dinámicas medio ambientales. Al respecto, María del Pilar Gamarra Téllez (2012) señala:

En lo que respecta a la región amazónica boliviana, a partir del último cuarto del siglo XIX, el surgimiento de un *frente extractivo* de explotación transformará radicalmente la región; de un espacio “vacío” y marginal para el Estado se convierte en un área con un extraordinario dinamismo económico y social, sobre todo, en lo que concierne a la posesión de tierras de gomales y/o siringales (...) La década de 1870 marcó en la Amazonía el fin del ciclo de pequeños frentes extractivos (quina, zarzaparrilla, cacao silvestre, tagua, entre otros) y la apertura de otra etapa socioeconómica. El nuevo ordenamiento interno de sus fuerzas sociales, así como la nueva naturaleza de su economía extractiva, que reviste su inserción al mercado internacional; hacen de los años posteriores el punto de partida del modelo de ocupación del territorio, la ampliación de un mercado local y el flujo creciente de nuevas modalidades operativas del capital (p. 38).

Por tanto, la aparición del caucho en el escenario global transformó, como lo veremos, a Perú, Ecuador, Bolivia y Colombia, en particular a la forma en la que estos países habían constituido sus modelos productivos y de administración territorial. Así, por ejemplo, en el caso de Colombia, la producción cauchera detonó la ocupación de los territorios amazónicos por parte de colonos nacionales y extranjeros. Sin embargo y pese a las distancias económicas que las regiones amazónicas establecieron con los estados que las administraban, el territorio se constituyó en el escenario de un capitalismo salvaje debido a la extracción y explotación del caucho.

En este contexto, los estados andinos asumieron el papel de facilitadores de la ocupación y explotación de la región, lo cual se potenció con la libre navegación internacional del Amazonas, aprobada por Brasil en 1865. Este acontecimiento facilitó el desarrollo y expansión del boom cauchero.

Debido a la debilidad política y pésima administración de los gobiernos de la Amazonía andina, el gran beneficiario del abandono de estos territorios fue Brasil, quien incluso en 1899 despojó a Bolivia de una importante región, el Acre (1899 - 1903).

Por otro lado, y como lo veremos más adelante, la ruptura que para la región representó el boom cauchero de finales del siglo XIX y principios del XX caló hondo en la psique de las colectividades amazónicas, en particular debido a la forma en que se caracterizó esta etapa de apropiación y despojo que en la región andino Amazónica se encarna en la figura de la Casa Arana (Perú).

Particularidades de la conquista y colonización de la Orinoquía (Venezuela y Colombia)

Por su parte, el caso de la Amazonía venezolana condensa buena parte del imaginario que despertó el descubrimiento de América en la Europa occidental. Por ejemplo, uno de los elementos que va a determinar la ocupación de lo que hoy es el territorio venezolano recae en la búsqueda por parte de españoles e incluso alemanes (por ejemplo, el gobierno de los Welser⁵⁹ de 1529 a 1546), de las codiciadas pero míticas tierras de El Dorado. La necesidad de exploración de este nuevo e indefinido territorio sumado a sus infinitas posibilidades en la explotación y la conquista de imperios desencadenó una auténtica carrera por determinar quién llegaría a ser el próximo Hernán Cortés o Pizarro.

En este contexto y por su posición geográfica, el territorio de lo que hoy es Venezuela albergó buena parte de esas ilusiones y sueños de conquista. Así también, en términos históricos, la conquista y ocupación de lo que corresponde al territorio venezolano y en particular el amazónico, estuvo marcada por varias

⁵⁹ La casa Welser estaba formada por banqueros alemanes que mantenían relación con España. Los Welser financiaron parte del desembolso económico que supuso la ascensión al trono de Carlos V. Como retribución, mediante capitulación de 1528, el Rey les concedió la conquista y poblamiento de la recién creada provincia de Venezuela (territorios situados entre el cabo de la Vela, en la Guajira, y Macarapana, en la región del río Unare), teniendo en cuenta la fascinación que tenía esta familia por la búsqueda de El Dorado. Ver más en: Arráiz (2013).

disputas entre los conquistadores y exploradores que se encargaron de esclavizar a los nativos que indistintamente se encontraban dispersos por el territorio.

Por otro lado, las primeras exploraciones como las de Diego de Ordaz en 1531 en el río Orinoco son un reflejo de una necesidad colectiva de dar sentido a la ocupación del espacio, así como al tiempo que en promedio pasaban en el continente americano los conquistadores y primeros colonos. Será entonces Diego de Ordaz uno de los pioneros en navegar por el río Orinoco en busca de El Dorado y de la conquista amazónica⁶⁰.

En el caso de Venezuela la primera presencia evangelizadora recayó en la orden capuchina y, posteriormente, en 1646, estos pasaron su estandarte a los jesuitas que inauguran las primeras misiones en la región de Guayana en 1628 y cuya presencia quedó marcada como en el resto de los países andino amazónicos, hasta la expulsión de los mismos en el siglo XVIII. Como señala Arráiz Lucca (2013):

Las obras de los jesuitas en Venezuela comienzan antes de 1646 con la fundación del colegio San Francisco Javier de Mérida, en 1628. Ciertamente es que hubo varios intentos posteriores que no cuajaron hasta la decisión de 1646, cuando desde Bogotá se opta por enviar a un grupo de sacerdotes a estar en el fuerte de Santo Tomé en Guayana (...). A diferencia de otras provincias, donde la participación jesuítica fue notable, en las primeras centurias venezolanas no lo fue tanto y, ya en 1767, fueron expulsados de América. Regresarán en 1916 (...) En verdad, la mayor obra jesuítica tendrá lugar en el Orinoco en el siglo XVIII, a partir de 1731 y hasta 1767 con José Gumilla, quien junto con las obras de Joseph Cassani y Felipe Salvador Gilij dieron a conocer la región orinoquense en el mundo (p. 124).

Por otro lado, la reducción como modelo de ocupación territorial en Venezuela, en particular del territorio amazónico, correspondió al mismo modelo homogéneo que se aplicaba en todas las colonias hispanas en América, pues esto permitía un poblamiento controlado y claramente estructurado en función del dominio hegemónico criollo. Como lo relata Marc Civrieux (1980):

⁶⁰ “El 23 de junio de 1531 entra al Orinoco y comienza a remontarlo. La aventura es dulce y amarga a la vez. Llega hasta el río Meta. En enero de 1532 lo tenemos de vuelta. Fue el primer conquistador que penetró en el Orinoco. Estaba convencido de que la región de Guayana, a la que así bautizó en seguimiento de la voz indígena, era rica en oro” (Arráiz, 2013, p. 44).

El objetivo estratégico de los religiosos observantes [Orden de Hermanos Menores de la Regular Observancia] cuando desplazaron a los Capuchinos de Cumanagoto era obligar a los nativos a poblarse bajo su control, y controlar de esta manera los brotes de rebelión. Al hallarse reducido a pueblo, el indígena estaba jurídicamente incorporado a la Corona española, convertido en vasallo libre pero obligado a cumplir, en consecuencia, una serie de obligaciones. La primera de ellas era el pago de tributo real, a partir del quinto año de reducción. El fraile que administraba el pueblo lo recaudaba anualmente en nombre del Rey, mediante el sistema de empadronamiento. Cada vasallo, entre 18 y 50 años, estaba sujeto a esta imposición feudal y podía pagar según los frutos de la tierra (...) Los indios reducidos estaban teóricamente gobernados por jefes de su propia sangre nombrados por los religiosos. En realidad, se trataba de simples intermediarios entre estos y los pobladores. Esta organización permitía infundir cierta ilusión de autonomía (p. 105).

No obstante, como señala el autor, la vida de las colectividades del territorio amazónico anterior a la conquista carecía de jerarquización, lo cual mantiene una relación con el resto de experiencias que, sobre el mismo periodo, dan cronistas y viajeros respecto a las formas de vida y articulación social de las poblaciones nativas, en particular de las amazónicas.

Es en este sentido que podemos entender el fracaso casi generalizado del modelo de reducciones en el territorio amazónico dado que la estructuración social del nativo no contemplaba un estilo de vida que estuviera directamente determinado por el trabajo (la agricultura, obrajes, etc.). Por el contrario, dado su conocimiento del territorio y su capacidad adaptativa al mismo, estos grupos tendían, al menos en los primeros años de la colonización, a desplazarse a voluntad, según sus necesidades, y a proveerse de alimentos y materias primas de acuerdo a los ciclos de la naturaleza. Como lo señala Civrieux (Óp. Cit.):

La resistencia pasiva del indio al trabajo de estilo importado fue el motivo determinante de enfrentamiento entre indios y conquistadores y uno de los factores principales de los atropellos, rebeliones y genocidios. La cuestión del trabajo explica por qué el indio se resistía a poblar los repartimientos, encomiendas y reducciones, y por qué dedicaba todas sus energías, una vez reducido, a recobrar la libertad para poder atacar los pueblos de españoles y las misiones, desde sus propios refugios en la selva. Otros motivos bien conocidos eran el fanatismo de los invasores, su intolerancia religiosa y cultural, su sed de oro y de riquezas fácilmente adquiridas. Los españoles pretendían descargar enteramente sobre las espaldas de los indios la obligación de trabajar (p. 107)

Lo anterior se contrapuso, entonces, con el sentido que históricamente tuvo el trabajo para los pueblos indígenas, particularmente los amazónicos, el cual responde a la inmediatez y a una estructuración de prioridades incompatibles con la lógica de trabajo servil que para los españoles representaba el modelo planificado (reducciones) para la explotación del indígena cuya finalidad era generar excedentes que, en buena medida, ni siquiera eran considerados valiosos para los propios nativos como la explotación del oro y otros minerales. Respecto a la posición que ha tenido históricamente el indígena amazónico frente al trabajo, Civrieux (Ibíd.) señala que:

(...) En su medio ecológico, el indio no escatimaba esfuerzos, ni teme las tareas agotadoras, siempre que las considere urgentes y satisfagan las necesidades inmediatas de la comunidad. Cuando no existe prisa en realizar una tarea, la aplaza sencillamente porque su filosofía de subsistencia rechaza las previsiones excesivas. De este modo goza de los agradables periodos de ocio que le concede la naturaleza (...) Eso bastaría para explicar el fracaso de las tentativas españolas de someter a los Cumanagoto a los horarios rígidos de un trabajo obligatorio, y de sacrificar los recreos, a veces considerables, que la tradición tribal dedicaba a charlas, juegos y esparcimiento colectivo (p. 108).

Es quizá por el carácter hostil y la resistencia a la sedentarización que en casos como el de Venezuela, Colombia y Ecuador el trabajo de las plantaciones tuvo que recurrir masivamente a la importación de mano de obra esclava procedente del territorio africano.

Este es el contexto que, al igual que en el resto de países de habla hispana, va a caracterizar a la región amazónica venezolana la cual caminaba en una dirección distinta a la de la urbanización, el progreso y el “desarrollo” al que los Estados-nación buscaban someterla. Así, su inserción plena al proyecto estatal nuevamente quedó relegada hasta la aparición de los auges productivos en el siglo XX, que para el caso Venezolano recayeron sobre recursos como el oro y el petróleo.

Por su parte, la historia de la apropiación colombiana de la Amazonia está estrechamente vinculada al periodo colonial y más puntualmente al de las expediciones que dieron forma a la Amazonia española y también a los constantes

intentos de conformar pueblos misionales que estuvieron a cargo de la orden jesuita, los cuales, dicho sea de paso, también se enfocaron a la penetración del Orinoco y enfrentaron constantes fracasos e incuantificables penurias.

Estos intentos de fundaciones de pueblos tuvieron, para el caso colombiano, su punto de arranque en las provincias del Nuevo Reino y en Quito, particularmente. Así, a principios del siglo XVII tuvo lugar la primera avanzada jesuita en el Alto Orinoco y, al igual que las subsecuentes, estuvo condenada al fracaso por la resistencia de los habitantes amazónicos, particularmente de los caribes, grupo que constituye una fuerte oposición a esta primera oleada de penetración misional en la región.

Sin embargo, los intentos de fundación de pueblos misionales fueron constantes, llevando a cabo la fundación de pueblos que más tarde quedaron abandonados. Por ejemplo, la misión de San Joaquín de Atanari que se fundó en 1665 por Alfonso de Neira, integrada por alrededor de 400 indígenas achagua y que fracasó pocos años más tarde por la presión de los indígenas que se negaron a reducirse.

Casos similares los encontramos en la misión de Nuestra Señora de Sálivas o Yanaquí que representa una continuación de los mismos acontecimientos y que culminó más o menos de la misma forma. Esta fue la tónica de las misiones jesuíticas durante todo el siglo XVII hasta más o menos el levantamiento general de los Caribes del Orinoco que culminó con la destrucción de las misiones alrededor de 1684.

Hay que tener en cuenta que el pueblo de los caribes del Orinoco permanecía insurrecto a la dominación europea y mantenía una “relación” de intereses con los franceses que se encontraban aposentados en las Antillas con el fin de evitar la penetración de las misiones, lo cual era favorable para los caribes. Mientras que por otro lado, mantenía para los franceses y holandeses la región abierta a la posibilidad de ocupación. En este sentido, los Caribes representaban también un grupo

dominante pero altamente violento para las otras tribus de la Orinoquia, convirtiéndose en el azote del ímpetu misional jesuítico en la región⁶¹.

Por tanto, durante el primer cuarto del siglo XVIII se experimentó un repunte en el intento de penetración española a la Amazonía que respondió directamente a una intención de ocupación geo política, de orden estratégico para frenar el avance de los portugueses en la región que, bajo otra óptica, y en un afán abiertamente esclavista había avanzado bastante en el Rio Negro. Esta ocupación espacial se hizo terriblemente difícil por las condiciones climatológicas y de vida en las que se instalaron las aldeas. Al respecto, Mariano Useche Losada (1987) señala que:

A parte de las enfermedades, otros factores derivados de la localización “riberaña” de las misiones -que además implicó un desarraigo de los indígenas de sus territorios ancestrales y sus respectivas consecuencias sociales y ecológicas-, contribuían a la inestabilidad de las mismas. Entre esos factores pueden citarse las altas temperaturas del suelo granítico, sobre el cual generalmente se asentaron las viviendas, acompañadas de una intensa humedad, lo que redundaba en la malignidad del clima. A ello se agrega el asedio de las variedades de mosquitos que obligaban a los indígenas a buscar lugares más resguardados, en cercanías de las misiones, donde pasar las noches en las épocas de mayor proliferación. Si tenemos en cuenta que en la selva interior estos factores son atenuados o inexistentes, como observó Humboldt, no es raro que hayan sido considerados como una causa de las frecuentes fugas de pobladores ‘reducidos’ (p. 117).

Sin embargo y pese a los esforzados intentos de ocupación de la Orinoquia las misiones jugaron un papel contradictorio pues si bien existió un afán “humanista” de proteger las almas de los indios conversos, con toda la destrucción cultural y cosmogónica que esto implica, para los pueblos conversos, en un sentido más práctico, las misiones jesuíticas representaron un refugio ante la avanzada de los

⁶¹ Como lo señala el sacerdote Manuel Pérez en una carta enviada al Padre Juan Martínez Rubio, Provincial del Nuevo Reino, luego de más de un mes de viaje hacia el Orinoco: “Vuestra reverencia tiene ya noticia de que los sálivas y catarubenes son los mejores indios que juzgo tendrá la América para misiones, por la facilidad de convertirlos (...) Y es cierto, como la experiencia dará muestra de ello, que no habrá tales misiones, ni se sacará fruto de ellas, mientras no se aleje el paso a los caribes, que insolentes por tantas hostilidades que han cometido y no se han castigado, se hallan dueños de todo el Orinoco, obedeciéndoles todos los indios y haciendo cuanto les mandan” (Ribero, 1956:290).

caribes así como de los portugueses, quienes los esclavizaban con la ayuda de las etnias que les eran afines.

De la presencia misionera en la región se puede señalar que es el resultado de una avanzada ideológica con un fin catequizante y un sentido más o menos humanista que respondió a un fin político de ocupación del territorio y que para el caso colombiano, y de la amazonia hispana en general, logró una pobre presencia por lo que, después en la época republicana e incluso hasta la actualidad, se ha buscado consolidarla por diferentes medios.

Lo cierto es que la evangelización va a dejar tras de sí, al igual que los posteriores intentos de penetración en la región, hondas y profundas pérdidas culturales, sembrando, como lo veremos, la semilla de la desconfianza y el recelo en los pueblos indígenas amazónicos, aportando así particularidades específicas para el caso de la región amazónica hispana que guarda muchas diferencias con el caso portugués, como lo veremos más adelante.

Ahora bien, la amazonia colombiana, al igual que el resto del territorio amazónico del bloque andino, por su porosidad y su escasa delimitación, desencadenó conflictos fronterizos con sus vecinos, los cuales cobraron relativa importancia durante la siguiente penetración, que en este caso no tiene un halo de humanismo bajo ningún aspecto y, por el contrario, constituyó una apropiación espacial cruel, genocida e inhumana. Esta nueva fase de colonización respondió a una etapa de expansión capitalista a nivel global en donde los recursos amazónicos jugaron un rol fundamental en la construcción del mundo moderno, ahora con la extracción del caucho.

Hacia finales del siglo XIX (1885) se instalaron en Colombia, al igual que en el resto del territorio amazónico andino, las primeras casas caucheras, las que estaban distribuidas en función de la existencia de los árboles de caucho en la selva. Es importante destacar que buena parte de esta primera inversión de las casas

caucheras procedía directamente de la explotación de la quina que, al igual que la canela, son “industrias” de un moderado impacto⁶².

Con la aparición de las casas caucheras se abre un periodo siringalista que estará acompañado, como es sabido, de una explotación voraz y violenta⁶³ que tendrá su máxima expresión tanto en Colombia como en Perú con la aparición de la funesta Casa Arana. Sin embargo, el desarrollo de la guerra civil, que marcó a Colombia a principios del siglo XX, favoreció la extracción cauchera por el lado peruano, mudando buena parte del aparato administrativo burocrático de la explotación cauchera a tierras peruanas (Iquitos).

El caso del caucho en Colombia despuntó por la consolidación de grandes grupos terratenientes, quienes se favorecieron por políticas estatales como el Decreto No. 645 (1900) que les permitió la explotación privada de tierras consideradas como baldías. Este decreto favoreció a su vez el avance de la colonización hacia el territorio en donde se empezaron a establecer pequeños poblados y colonias en la zona del Gran Putumayo, que formaron parte de toda la red de comercialización que se generó alrededor del negocio del caucho y que se benefició también del desarrollo de una infraestructura vial y fluvial que conectó a la selva con el resto del país.

Una de las más importantes caucheras del lado colombiano fue la Casa Elías Reyes y Hermanos, la cual operó con privilegios exclusivos, lo que significó la posibilidad directa de explotar la mano de obra indígena, principalmente de Witotos,

⁶² La quina o quinaquina es una corteza de árbol proveniente de la Amazonía, que tuvo un gran auge comercial durante el siglo XIX, una vez que los jesuitas difundieron sus propiedades medicinales (principalmente como antiséptico y para el control de la fiebre). Al constituir un árbol originario, la extracción de quina implicó un proceso productivo bastante simple pues bastaba con separar la corteza del árbol. Algo similar a lo que ocurrió con la canela, una planta que se cultiva en Asia y América del Sur, la cual fue muy demandada por sus usos culinarios y medicinales.

⁶³ Al respecto de las atrocidades cometidas durante el periodo cauchero existen un sin número de documentos que lo atestiguan. Por ejemplo, la carta de José Eustacio Rivera dirigida a Henry Ford I. en la que señala: “Por desgracia Mr. Ford va a colonizar las selvas cuando ya casi están desiertas. Más de 30.000 indios fueron exterminados en la Hoya del Putumayo, en trabajos de caucharías bajo la acción de látigo, del garrote y la castración. He tenido en mis manos fotografías de capataces que regresaban a sus barracas con cestas o mapires llenos de orejas, senos y testículos, arrancados a la indiada inerme en pena de no haber extraído todo el caucho de la tarea que le imponían los patronos” (Molano Campuzano, 1972:116)

Andoques y Boras. Este mecanismo de explotación, no obstante, se irradió hacia otras compañías y colonizadores individuales que también entraron al negocio de la extracción del caucho, bajo las mismas dinámicas de sometimiento de los nativos.

Este periodo estuvo caracterizado por la aparición de varias figuras que personificarán la ambición, los nacionalismos, la modernidad y la barbarie que se desató en ese momento histórico de la región, siendo uno de los tópicos que debería ser profundizado en posteriores investigaciones sobre el tema. Ejemplo de ello es el del capataz conocido como el negro Brown⁶⁴, nacido en Chicago (EE.UU.) pero cuya leyenda, sin bando y sin patria, está en el Amazonas, o el caso de Julio César Arana⁶⁵ o Roger Casement, quienes constituyen un retrato descarnado de esta época.

La Amazonía y la consolidación del modelo primario exportador

Por todo lo expuesto, la Amazonía andina constituye una reserva para este periodo de la historia en el que estas naciones (Venezuela, Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia) comienzan a hacerse patentes para los pueblos originarios (tikunas, caribe, jíbaros, shuar, achuar, etc.). En este contexto, se puede distinguir

⁶⁴ En 1972 Joaquín Molano publica el libro *La Amazonía, Mentira y Esperanza* en donde narra la entrevista que realizó en territorio amazónico (entre el Putumayo y el Caquetá) a uno de los últimos capataces sobrevivientes de la era del caucho, John Brown, quien inspiró el personaje de El Cayeno en la famosa novela *La Vorágine*. Este personaje, fue conocido en toda la región como el negro Brown y fue el “capataz de los verdugos de la Casa Arana”. “Nos encontramos frente a un negro de 1.85 metros de estatura, blanco de canas, sin dientes y con algunas arrugas. De mirada amable, pero con algo de desconfianza. En su buena época tuvo que ser un gigante, pues a pesar de sus 85 años, bien vividos, denota que fue un dominador de hombres y manigua” (Molano, 1972: 213). Respecto a las razones que lo trajeron a estas tierras señala que “la leyenda del oro líquido (el caucho atrajo a muchos blancos y a muchas gentes de todo el mundo. Yo trabajaba como maquinista en barcos ingleses y me vine a uno que navegaba al Amazonas. Me embarqué en 1903 (...) Me contrataron en Iquitos y trabajé con ellos [los hermanos Arana] por todo el Amazonas, principalmente en los ríos colombianos, hasta 1911 (...) [En la Casa Arana trabajaban] alrededor de sesenta mil indígenas (...) La casa Arana organizaba con unos 200 capataces partidas de caza para capturar indios con destino a las caucherías (...) Los mismos indios servían de capataces” (Ibíd., pp. 123-124).

⁶⁵ Julio César Arana nació en 1864 en Lima y fue uno de los hombres más ricos e influyentes de la época gracias a la fortuna que alcanzó mediante la explotación del caucho, primero con la Casa Arana y, posteriormente, frente a la Peruvian Amazon Rubber Company. Ras la investigación de los denominados crímenes del Putumayo, la cual denunciaba las atrocidades cometidas por la casa cauchera en la Amazonía peruana y colombiana, Julio César Arana fue señalado como el principal responsable, aunque nunca fue juzgado.

claramente el crisol cultural que caracteriza a la región, cuya riqueza natural y en recursos ha suscitado en contrapartida un incontable número de abusos y apropiaciones.

En este sentido, el territorio amazónico constituye para el llamado bloque andino una especie de caja de ahorros que, como ya se ha señalado, en los momentos históricos de auge, es la encargada de pagar la factura del progreso. Hay que recordar que, a la par del caucho, los países andinos, particularmente en Perú y Bolivia basaron buena parte de su esfuerzo extractivo en la minería y el guano, mientras que por otro lado, la agricultura monoprodutora fue un factor fundamental para la explotación extractiva de países como Colombia, con el café, o Ecuador con el cacao y después el banano. Lo mismo ocurrió en el caso venezolano con el café y otros productos agropecuarios.

Así, el modelo primario exportador que ha caracterizado a los países andinos, provocó que la colonización de la Amazonía profundice una dinámica extractiva, la cual, a la vez que jugó un rol importante en la inauguración del “mundo moderno”, impulsó la devastación y el genocidio en su interior. Además, por otro lado, este periodo que va de finales del siglo XIX a principios del XX, se caracterizó por la poca o nula presencia efectiva del Estado como garante del derecho a la vida de los pueblos indígenas, mientras que, por el contrario, fue impulsor de la devastación y el genocidio.

Es interesante destacar que en todos los países que constituyen el bloque andino amazónico la presencia de la burocracia estatal permaneció prácticamente en su mínima expresión hasta bien entrado el siglo XX. Sin embargo, en estos espacios en donde el Estado se encuentra ausente este se ha convertido en un socio por omisión o por voluntad de la destrucción ecológica y social de la región, teniendo en cuenta que los desplazamientos de los pueblos indígenas y la colonización del territorio presentan una gran corresponsabilidad de los estados.

Por otro lado, en el espectro cultural, el territorio amazónico en prácticamente todas las regiones del denominado bloque andino no ha formado parte de las reivindicaciones nacionales ni se han incorporado elementos del mismo a la

construcción del sentido de nación, con lo que prevalece esta perspectiva de región baldía. En contrapartida, se ha favorecido una reivindicación histórica cultural que apunta a la indianidad andina como elemento de afirmación de un pasado glorioso.

2.2 La Amazonia en la construcción del moderno Estado andinocéntrico

Introducción al andinocentrismo

Como se ha venido manejando a lo largo de esta investigación, para el caso particular del bloque hispanoparlante, la predominancia de la región andina o de la Costa, va a marcar el relato histórico y el desarrollo de los proyectos de Estado. En este sentido, cuando nos proponemos entender lo que aquí se denomina como andinocentrismo estamos hablando de la construcción de un imaginario social que involucra un relato histórico determinado desde el proceso de conquista y ocupación del territorio que va a conformar el bloque andino, en el cual prevalece como narrativa central, en términos de la construcción de la idea de nación el imaginario histórico que reivindica el pasado inca, fundamentalmente en los casos de Perú, Ecuador y Bolivia.

Mientras que por otro lado, para los casos de Colombia y Venezuela, vamos a encontrar una discusión originada en el pensamiento “científico” que se afianzará en la consolidación del Estado republicano y su modelo de nación en el que, para los cinco países que constituyen el bloque hispano parlante, la Amazonía no constituye todavía (siglo XIX) un elemento central de explotación de recursos⁶⁶.

⁶⁶ Por ejemplo, en el caso de Colombia, el término de “andino-céntrico” ha sido usado para el debate en torno a la marginación de la población afrocolombiana en la construcción del Estado homogéneo, desde una noción similar a la del habitante amazónico en la cual este sector y el territorio que ocupa es considerado como salvaje. Como señala Múnera, citado por Arocha Rodríguez & Moreno Tovar (2006: 594-595): “desde la región andina se construyó una visión de la nación que se volvió dominante, hasta el punto de ser compartida por otras élites regionales en las postrimerías del siglo XIX. La jerarquía de los territorios, que dotaba a los Andes de una superioridad natural, y la jerarquía y distribución espacial de las razas, que ponía en la cúspide a las gentes de color blanco, fueron dos elementos centrales de la nación que se narraba, sin que a su lado surgiera de las otras regiones una contra imagen de igual poder de persuasión (ibíd.: 22). De [Francisco José de] Caldas a José María Samper hay continuidad y ruptura. Ambos [...] concibieron la geografía humana de la nación como escindida en dos grandes territorios: los Andes, habitados por las razas más civilizadas y superiores, y las costas, las tierras ardientes, las selvas, los grandes llanos, habitados por las razas

Ahora bien, cuando nos referimos a andinocentrismo, estamos pensando en una idea que se determina geográficamente y que tiene relación con la apropiación del pasado indígena al relato de construcción del Estado-nación “homogéneo”. Por ejemplo, en el caso ecuatoriano, persiste en el imaginario colectivo el relato sobre los hermanos Huáscar y Atahualpa, herederos del Tahuantinsuyo, a quienes se les adjudica, ya desde una narrativa contemporánea, nacionalidades distintas. Huáscar sería el hijo peruano e ilegítimo, mientras que a Atahualpa se le reconoce como ecuatoriano y, por tanto, desde la narrativa histórica de este país, como el heredero legítimo. En esta división se configura una pugna entre cuál de las dos naciones constituyó el centro del imperio Inca.

Esta idea de predominancia civilizatoria será reproducida hasta la actualidad. Hay que decir que en el caso boliviano ha sido incluso reinventada y reeditada, es decir, el nuevo nacionalismo del Estado Plurinacional boliviano pondera el carácter andino (aimara) de la nación boliviana como uno de sus principales ejes discursivos y de legitimación en la construcción de este nuevo orden plurinacional⁶⁷.

En términos de los resultados de la imposición de este particular modelo de nación, cuyo eje se centra en la región andina, ya sea como capitales (Quito, Bogotá, La Paz) o como ejes productores directos de significados y materias primas como Cuzco en Perú o Mérida y Táchira en Venezuela (esta última, pionera en la explotación petrolera, eje central de la economía venezolana hasta la actualidad);

incivilizadas e inferiores. Sin embargo, para Caldas, la geografía tenía un papel mucho más determinante en el comportamiento de las razas [...] el escenario natural de la civilización en Colombia eran los Andes, poblados y dominados principalmente por la raza blanca [...] En los escritos de Samper [...] aun en los territorios más ardientes se podía lograr la civilización, con la condición de que las razas evolucionaran y se adaptaran al medio ambiente (ibíd., pp. 24-25).

⁶⁷ Como señala Denise Y. Arnold (2016:1), “el mismo sesgo nacionalista ha fijado la división nacional arbitraria entre las civilizaciones de Wari (asociada al territorio peruano) y Tiwanaku (asociada al territorio boliviano) que en los hechos nunca han sido limitadas a sendas fronteras republicanas. Desde esta misma agenda nacionalista, se tiende a pasar por alto los nexos históricos entre el Altiplano boliviano y la costa de Chile, de parte de la arqueología boliviana y chilena. Sobre todo, se suele presentar a Tiwanaku como un fenómeno casi exclusivamente altiplánico. Esta situación ha continuado a pesar de los cambios políticos del último siglo (sean de la derecha, centro o izquierda), y a pesar de los cambios más dramáticos de la última década. Aun con la consolidación de un nuevo Estado, nominalmente "plurinacional", bajo la presidencia de Evo Morales, continúa este sesgo cuasi monopólico de la región andina y dentro de ella la región aimara, en lo que se iba llamado el "andinocentrismo" de ese nuevo Estado, a nivel político e ideológico”.

la región andina ha ocupado un papel central en los Estados del bloque hispanoparlante⁶⁸.

En este contexto el andinocentrismo implica una forma de concebir la civilización determinada por el clima y la producción y, a su vez, representa una forma de concebir la nación que coloca en el centro a esta particular región geográfica, ya sea en la construcción de la identidad nacional o directamente como el principal núcleo productivo a desarrollar (industrialización, urbanización), relegando a la región amazónica de este proyecto nacional.

Las dimensiones y complejidades que implica la efectiva ocupación del territorio para los incipientes Estados nación pusieron de por medio dificultades de orden técnico para acceder de manera efectiva a dicho espacio. No está demás decir que en prácticamente todos los países de la Amazonia hispana constantemente se siguen descubriendo afluentes de ríos, especies animales e incluso, como ya se señaló, tribus perdidas y una gran cantidad de recursos a explotar. Las dimensiones y difícil accesibilidad al espacio posibilitaron por mucho tiempo su conservación ecológica hasta -como veremos- la llegada del ciclo cauchero.

Al respecto de las dimensiones y construcción espacial del territorio amazónico, particularmente el andino, Ana Pizarro (2009) destaca lo siguiente:

⁶⁸ “Como señala Rómulo Betancourt en el clásico *Venezuela, Política y Petróleo* (1956[2013]: 12): “en el caso Venezolano factores adicionales concurrirían para hacer más complejo y difícil el proceso de rescate de la soberanía popular y de reformas serias en lo social y en lo económico. Desde por lo menos 50 años atrás, ningún gobernante civil había ejercido la Presidencia de la República, como vino a ocurrir en octubre de 1945; Y, a partir de 1988, ninguna persona nacida fuera de los Andes. Andinos y tachirenses fueron Castro, Gómez, López Contreras y Medina Angarita. A las fuerzas que tradicionalmente se oponen en la América Latina a los gobiernos democráticos y de avanzada – hacendados de criterio feudal, núcleos influyentes del Ejército y del Clero, capitalistas nacionales y extranjeros, hostiles a la sindicalización obrera, a la moderna tributación y a la vigilancia del Estado sobre los modos de explotación de las riquezas naturales- se añadió el elemento aleatorio del regionalismo resentido. El ex presidente López Contreras fue vocero confeso de ese encono lugareño y portavoz de una cruzada andinista, antinacional (...)”. En este sentido, se entiende el andino-centrismo como una concepción clasista que reivindica un ultraregionalismo en oposición a la construcción de una integración estatal, más allá de la concepción eminentemente agraria y regional que se amalgamaban en un pensamiento mayormente aldeano. Esta reivindicación ultraregional se volverá a hacer presente en Latinoamérica con las manifestaciones de la oposición al presidente de Bolivia Evo Morales, en santa Cruz de la Sierra, pero ahora en reivindicación de los valores y la cultura del oriente boliviano.

La Amazonía es una región que va más allá del río Amazonas. Se considera también en ella el Valle y transcurso del Orinoco con sus afluentes, la Orinoquia, que desemboca en el delta del Amacuro en Venezuela, incorporando la conexión entre ambos, el Casiquiare, de tardío descubrimiento por los europeos pero de permanente utilización por parte de los indígenas. Se perfila por el oeste a lo largo de los contrafuerte cordilleranos con lo que ha sido denominado la Amazonia andina. Se llega por el sur al Acre boliviano, con la ciudad de Trinidad como emblema de una parte importante de la historia del área: el barroco arquitectónico y musical, la cultura de las misiones jesuíticas.

Hay criterios diversos para establecer su territorio, pues una cosa es tratar de la «cuenca» amazónica y otra muy diferente es hablar del «dominio» amazónico, que se extiende fuera de la cuenca, en especial en la Orinoquia y en las Guayanas, indican los documentos. EL más ortodoxo incluye las cumbres nevadas de los Andes y numerosos valles interandinos cuya geografía nada tiene que ver con la visión universal sobre la Amazonía. Incluye, así mismo, áreas del cerrado brasileño hasta las proximidades de la capital del país, Brasilia. Hay variaciones también en su consideración que tiene que ver con la altitud o bien con delimitaciones políticas que dependen de cada país. Como se puede apreciar, y contrariamente a la imagen que tenemos de ella, la Amazonía está lejos de ser una unidad homogénea (p. 21).

Por otro lado, habría que decir que buena parte del siglo XIX el Estado se enfocó al blanqueamiento de la población como un mecanismo de “superación nacional”, que tenía como prioridad la supresión de la condición de indígena, sector que representaba la mayoría de la población. Posteriormente, durante el periodo conocido como el nacionalismo, esta posición dio un viraje hacia el mestizaje como mecanismo de integración nacional. Este no es un tema menor dado que en estos países predominaban las “razas” no blancas y aún en la actualidad Perú, Ecuador y Bolivia, junto con México y Guatemala, forman parte de los países latinoamericanos que más población indígena poseen.

Ahora bien es importante entender el andinocentrismo como parte de un proceso histórico y político que impone una visión centralista del territorio en negación o en oposición particularmente de sus regiones amazónicas hasta casi la mitad del siglo XX. Sin embargo, y pese a su escasa población, el gran porcentaje del territorio de los países del bloque andino está constituido por la región

amazónica (Ecuador, 43%; Perú, 62%; Bolivia, 43%; Colombia, 41%, y Venezuela, 50%) que, en fechas recientes, ha cobrado mayor importancia por su potencial extractivo.

Es importante resaltar que, al menos en los últimos quince años, el andinocentrismo como discurso identitario nacional ha sido el resultado de un proceso de apropiación estatal en el marco de un proyecto nacional que, en Ecuador y Bolivia, cobró fuerza con los gobiernos del denominado bloque progresista y, en contrapartida, ha propiciado -particularmente en el caso boliviano- la confrontación de la reivindicación étnica entre los indígenas del occidente contra los del oriente.

Resultado de esta confrontación, se ha debilitado y cooptado a buena parte de las organizaciones indígenas de tierras altas cuyas movilizaciones dieron forma al proceso social del siglo XXI. Esto ha favorecido a la consolidación de un proyecto de Estado homogenizante y, en contrapartida, ha fortalecido el regionalismo en el oriente boliviano, un regionalismo de carácter burgués.

Por su parte, en el caso de Perú este discurso andinocéntrico ha condensado en las regiones selváticas, al menos discursivamente, a los sectores “radicales” que luchan en defensa de su territorio. Desde el discurso mediático se ha situado en esta región (la Amazonía) a los remanentes de los grupos guerrilleros de décadas anteriores, generando un rechazo por parte de la población hacia cualquier proceso de organización y movilización social desarrollado en el territorio.

En este sentido, las reivindicaciones andinocéntricas han sido útiles para debilitar la amalgama de movimientos indígenas de carácter nacional, procesos organizativos que han tenido un impacto decisivo en la configuración de los proyectos de reconfiguración estatal, como se ha visto en los casos de Ecuador y Bolivia. Por tanto, la afirmación de las diferencias ha resultado útil para las elites que toman de la identidad indígena los elementos que son más afines para cooptar e institucionalizar sus procesos organizativos. Este secuestro de la identidad forma parte de una disputa epistémica que se ha venido incrementando desde la segunda mitad del siglo XX.

Los procesos que tuvieron éxito en capturar el discurso identitario construido por la movilización popular indígena están interesados en preservar y acrecentar esta diferenciación discursiva (andinocentrismo). Las expresiones más acabadas de dicha captura las encontramos en los gobiernos de Bolivia y Ecuador durante el ciclo progresista abierto por Evo Morales y Rafael Correa. Como señala Fabiola Escárcega:

Lejos de fortalecer la capacidad organizativa alcanzada en la etapa de lucha previa, se busca separar y contraponer a los diversos sectores, revirtiendo lo avanzado en la lucha. La unión entre esos sectores diversos tendría que ser una de las tareas centrales del Estado plurinacional, si es algo más que la continuación o una nueva forma de presentación del mismo Estado-nación, que no era la reivindicación de los sectores indígenas y que no se reconocen en él porque representa los intereses de los sectores criollos y mestizos dominantes (p. 476).

De este modo, la institucionalización discursiva de la lucha indígena representa un nuevo escenario de disputa en donde la identidad amazónica es relegada del plano del discurso nacional estatal, situación que la margina nuevamente de los proyectos nacionales de desarrollo.

El caucho y la expansión del Estado nación hacia la Amazonía

Teniendo en cuenta la progresión en la conformación de los Estados andinos, de la sierra a la costa y, de esta, a la selva, como un mecanismo de expansión estatal geográfica e ideológica, la predominancia de un pensamiento de corte andino céntrico o para el caso puntual de Venezuela, enfocado en su región costera e interior (por su importancia comercial), va a estar determinada a su vez por una dinámica etnocéntrica en la que el hombre blanco y luego el mestizaje como su mecanismo de incorporación nacional han encontrado en el colonialismo interno un mecanismo de afianzamiento y reproducción de la dominación que mantendrán incluso hasta la actualidad.

Esta experiencia tuvo su punto más álgido en la expoliación salvaje de la época del caucho que definió la ocupación de este territorio. En el bloque andino o

hispanoparlante se marca la configuración de una visión romantizada de la figura del cauchero (pionero, recolector, aventurero, embajador de su Patria, etc.) en función de los procesos políticos e históricos que a finales del siglo XIX y principios del siglo XX impulsaron este tipo de personajes y, en buena medida, dieron forma al territorio amazónico del país al que pertenecían (Perú, Ecuador, Colombia, Bolivia, Venezuela). Los caucheros tendían a desplazarse hacia nuevos lugares de explotación, generando con ello poblados, ciudades pequeñas, etc. y también abanderaron la idea de la expansión de la frontera de civilización.

Sobre la construcción mítica y romantizada del cauchero, principalmente el vinculado con la explotación del territorio peruano, Ana Pizarro (2009: 126) cita el texto *A margen da historia* en donde se describe a los caucheros del país andino (a diferencia de los seringalistas del lado brasileño quienes permanecen en el mismo sitio haciendo sangrar el árbol del caucho), como “hombres fuertes” de “brutalidad elegante”:

Trabajadores por cuenta propia que extraen cortando los árboles, a diferencia de los seringueiros, que los exprimen sin arrancar. De este modo el nomadismo se les impone. Les es condición inviolable del éxito. Se hunden temerariamente en el desierto; se aíslan en sucesivos sitios y nunca más vuelven a ver los caminos recorridos. Condenados a lo desconocido, se aficionaron a los parajes recónditos y eternamente nuevos. Los alcanzan: los abandonan. Prosiguen y no se asientan en las posiciones a veces arduamente conquistadas (Da Cunha, 2003:101).

En este sentido, el cauchero de la Amazonía hispana es un emisario del Estado a su vez que de occidente y la modernidad. Avanza incansablemente haciendo una nación que es además expresión del colonialismo impuesto por el occidente europeo que demanda para la construcción de su modernidad y de sus nuevos y elevados estilos de vida, las materias primas que el sur geográfico tiene desde su óptica de la abundancia y que, dicho sea de paso, no sabe aprovechar.

Esta modernidad inaugura para los países latinoamericanos, particularmente andinos, un periodo de colonialismo interno para alimentar el colonialismo externo europeo o norteamericano que encontrará en sus particulares y muy primitivas formas de explotación un mecanismo efectivo para la expoliación del territorio. Se

trata de un nuevo modelo de esclavitud que se va a caracterizar por el denominado enganche, el cual estuvo muy de moda en la región latinoamericana, prácticamente desde México hasta la Patagonia y que alcanzó su expresión más sanguinaria en la Amazonia pues el enganche constituyó la forma de esclavitud más cínica que se haya visto en Latinoamérica.

El enganche consistió en un proceso de cooptación de mano de obra en donde un socio capitalista principal establecía una relación desigual de intercambio entre un campesino o indígena, que era enganchado al poner a disposición de dicho capitalista su fuerza de trabajo, la cual quedaba asegurada a cambio de un adelanto monetario que comprometía directamente a dicho trabajador a devengar el sueldo adelantado, así como otras deudas que era obligado a adquirir dentro del escenario en el que tenía lugar este intercambio.

Bajo esta dinámica, la deuda iría incrementándose paulatinamente, encadenando al trabajador de manera indefinida al empleador y sin la mediación de una relación contractual que la regulara. Esta dinámica desigual fue muy característica de procesos de explotación de materias primas basados en relaciones de producción precapitalistas, los cuales se desarrollaron de manera coetánea con la expansión de la economía capitalista en los países centrales. Respecto al uso del mecanismo de enganche en las barracas caucheras, María del Pilar Gamarra (2018) señala que:

Enganche y habilito se transformaron en el sistema y mecanismo más importante para asegurar, al interior de las barracas, la mano de obra permanente requerida por el industrial para ampliar la base extractiva de los gomales. Por ello, no es casual que el Estado haya dictaminado normas y regulaciones legales que permitieron al industrial gomero maniobrar entre lo contemplado por la legislación y sus propias regulaciones y normativas tanto laborales como sociales. Con el avance colonizador y la consolidación del frente extractivo de la goma elástica se implementaron, al interior del régimen gomero, el tipo de relaciones sociolaborales que permitieron la sujeción de la mano de obra siringuera mediante diversos mecanismos. Entre ellos, el que podría ser más eficiente fue el enganche, conocido en otros contextos de la hacienda latinoamericana como “concertaje” (p. 180).

El enganche se convirtió rápidamente en la forma por excelencia de explotación junto con la semiesclavitud de los indígenas cuya expresión más terrible la encontramos en el Putumayo, encarnada en la figura de Julio César Arana. Su casa cauchera se caracterizó por la implantación de un funesto modelo de esclavitud basado en las llamadas correrías que consistía en la persecución y captura de los habitantes de la selva para obligarlos a participar en la explotación cauchera sin ninguna retribución y bajo pena de trabajar hasta la muerte⁶⁹.

Ahora bien, esta expresión de la explotación que abarca Colombia, Perú, Ecuador Bolivia y Venezuela constituyó también su punto de inflexión, pues con los viajes al interior del territorio amazónico de agentes de occidente como Roger Casement o Walter E. Hardenburg⁷⁰ se pusieron de manifiesto, al igual que va a pasar en el Congo dominado por los belgas, los altísimos costos humanos y morales de la dominación europea.

En el mismo sentido, la explotación cauchera perturbó la existencia de todas las regiones en las que se pudiera explotar la planta, incluida Venezuela, en la que la crueldad ejercida sobre el indígena se correspondía con los casos colombiano, ecuatoriano, peruano y boliviano. Por ejemplo, como lo narra Iribertegui (1987) respecto a las tribus indígenas que opusieron mayor resistencia al trabajo en caucheras como los Maquiritare y los Piarao:

Si los Maquiritares se picureaban (se arrancaban del área de explotación), tendrían que ir a donde no los encontrarán más nunca, porque los iban a buscar donde estuvieran. A

⁶⁹ Como señala Uribe (2013): “Los caucheros de toda raigambre en la región del Putumayo, de los cuales los primeros habían sido colombianos pero, también allí y en otras latitudes brasileños, bolivianos, ecuatorianos, peruanos y venezolanos, habían esclavizado al indio amazónico para la extracción y el transporte del látex. La Casa Arana, sin embargo, va más lejos. Contrata en Barbados, en 1904, unos doscientos capataces antillanos de nacionalidad británica para ‘encuadrar’ a los indígenas. Se les denomina “rationales”, quienes se señalan como autores materiales de múltiples atrocidades que la historia registrará. Cuentan con indígenas huérfanos, enseñados a brutalizar a sus congéneres y denominados “boys” o “muchachos”, como colaboradores efectivos en su labor represiva. En palabras de Lagos, Arana “introduce la violencia y el terror pero sin desvirtuar la transacción entre patrón y peón” (p. 38).

⁷⁰ Ingeniero norteamericano quien recorrió los territorios caucheros y constató las atrocidades cometidas en la zona, principalmente del Putumayo, llevando la denuncia hasta revista británica Truth, en 1909, destapando un escándalo internacional que hizo que el gobierno inglés tomara cartas en el asunto, enviando a su cónsul en Río de Janeiro, Roger Casement, a indagar sobre las denuncias de tortura y genocidio. Los resultados de esta investigación se plasmaron en el conocido Informe del Putumayo presentado en 1911 y publicado por la Cámara de los Comunes en 1913.

los maquiritares los traían presos y hasta los guindaban (los colgaban). Aquí conocí a dos hombres guindaos de cabeza abajo, porque se habían picureado, los agarraron y de una mata de aguacate que estaba ahí los guindaron por los pies (p. 309).

En Venezuela, al igual que en el resto de países del bloque andino, el sistema de sujeción mediante el cual se buscó legitimar el trabajo esclavo de los indígenas fue el enganche, es decir, el pago anticipado de deudas atribuidas a los indígenas. Es importante señalar que este sistema ha sido ampliamente estudiado para la región andina, pero asociado al sistema de hacienda o de plantación, el cual constituyó las bases de las estructuras de dominación señorial que marcaron la construcción del Estado-nación de los Andes. No obstante, no existe un seguimiento de cómo operó y continúa operando este mecanismo en la Amazonia, lo cual también es expresión de la construcción de un pensamiento andinocéntrico incluso en la teorización de lo que desde la academia se entiende como colonialismo interno.

En este sentido la educación contemporánea refleja una relación secuencial que coloca también a los territorios amazónicos casi como una adquisición reciente en la elaboración de los diferentes relatos históricos sobre lo que es el Estado en su dimensión espacial actual. Un ejemplo de ello se va a derivar del conflicto limítrofe entre Ecuador y Perú, el cual desencadenó varios enfrentamientos militares (1941, 1981, 1995), en los que no se puede distinguir un claro vencedor y que tienen como antecedente la disputa por el control territorial de las respectivas Amazonías. Dichos conflictos recrudecen en una época (década de los 40) en la cual empieza a despuntar la extracción del petróleo.

A la par de estos conflictos y de otros como los de Brasil y Bolivia o Venezuela con Guayana, es importante señalar que aquellos se dan debido a una disputa territorial en la cual coexisten una enorme diversidad de pueblos y los conflictos en sí mismos establecen la negación de estos. Es decir, los Estados se disputan territorios que se asumen como baldíos o abandonados, sin embargo, están habitados y determinados en gran medida por los pueblos indígenas que los han ocupado de manera milenaria.

A finales del siglo XIX el caucho, como le hemos visto a lo largo de esta investigación, fue cobrando cada vez más importancia, llegando a convertirse en la excusa y motivo para la expansión de las fronteras estatales hacia los territorios amazónicos. Su importancia llegó a ser tan grande que en buena parte de los casos de los países productores del mismo se convirtió en uno de los tres productos de mayor exportación de la región. Al respecto María del Pilar Gamarra (Op. Cit., p. 146) señala lo siguiente:

La demanda de caucho, siringa y otras especies de látex creció vertiginosamente, y la búsqueda de cauchales y siringales transformaría la cuenca amazónica en su conjunto. En 1890, el árbol de la *Hevea brasiliensis* proporcionó a Brasil una décima parte de sus ingresos por exportaciones; veinte años después, en 1910, aquella proporción subió al 40% (Galeano, 1970: 135). En Perú, entre 1891 y 1910 las exportaciones de esta materia prima ascendieron vertiginosamente del 1 a 30 de valor total de sus exportaciones (Bonilla, 1977: 98). En Bolivia las exportaciones de goma elástica representaron el 19,1% del total de sus exportaciones nacionales en 1906 y subieron al 22% en 1911 (Rivera, 1978b: 99).

Iniciando el siglo XX, y cuando la explotación de goma elástica en las plantaciones de oriente no representaba una producción significativa, las fuentes más importantes de abastecimiento de látex de la *Hevea* (*brasiliensis* y *guianensis*), el *Cauchú*, la *Castilloa ulei*, la *Manicoba* y otros recursos gumíferos se encontraban en la Amazonía sudamericana.

Este fenómeno desató en la región andina, lo mismo que en Brasil, literalmente una fiebre por el caucho que, si se hace una revisión simultánea de los momentos históricos que marcan ese periodo de auge, es posible comprender la expansión de las fronteras estatales hacia el interior de los territorios convirtiéndolos en verdaderos núcleos de exacerbada riqueza que, en algunos casos, van a proyectarse en la construcción de palacetes y, como se verá en el caso de Brasil, de un icono cultural del periodo, el Teatro de Manaos.

Los principales centros extractivos caucheros se ubicaron fundamentalmente en el departamento de Loreto, en el caso peruano, mientras que, en la región oriental ecuatoriana se concentraron en Napo y Pastaza, principalmente en los ríos Curacay, Villano y Tuputuni. Por otro lado, para el caso colombiano las regiones que se destacan son Putumayo y Caquetá. Y, en Bolivia, la concentración de los

centros extractivos será en el territorio del Acre y el departamento del Beni, así como en el territorio nacional de Colonias.

Cabe destacar que el caucho es el elemento que permitió la consolidación de los proyectos estatales y su expansión, para lo cual se reprodujeron en el territorio amazónico mecanismos de explotación y dominación tradicionales, heredados de la época colonial y profundizados durante la fundación de las repúblicas, por ejemplo, los ya mencionados mecanismos de enganche y concertaje.

Sin embargo, para que esta fórmula tramposa en la cual el peón nunca terminaba de pagar la deuda funcionara, los dueños de las caucheras, en complicidad con el Estado pusieron en práctica un mecanismo que también resultó exitoso en el caso del sistema de hacienda, el despojo del territorio indígena cuya ocupación era una condición indispensable para la subsistencia de esta población. De esta manera, además de que estos territorios entraban en el ciclo de producción capitalista como abastecedores de materia prima del primer mundo, a la vez permitían al Estado ocuparlos e integrarlos a su proyecto civilizatorio.

Es decir, este proceso significó la ocupación legal pero ilegítima de un espacio que si bien no era explotado no se encontraba vacío dado que buena parte de la mano de obra obligada hasta la muerte a la extracción del caucho estaba integrada por los propios indios que habitaban los territorios cercanos a las caucheras. Bajo esta lógica se puede entender la expansión del Estado a la par del genocidio de los pueblos nativos.

Entonces, no es un tema menor vincular la expansión de la idea de Estado y frontera con la presencia de las casas caucheras en el territorio amazónico, el mismo que representó hasta el primer cuarto del siglo XX una frontera al interior de los propios Estados nación, pues solo hasta la era del caucho aquellos empiezan a tomar beneficio de este espacio. Cuando el caucho amazónico empieza su periodo de declive, la presencia del Estado que aparentemente se había desarrollado en el interior del territorio se vio cada vez más debilitada, debido al paulatino deterioro de esta industria.

En 1905, en pleno boom cauchero, se embarcó a Europa el primer cargamento de caucho asiático⁷¹. Y para 1911 ya era inminente la caída masiva de la exportación de caucho, lo cual ocasionó que la región amazónica correspondiente a los países andinos experimentara un escenario semejante a un cataclismo social, como lo señala San Román (2015):

La invasión humana que había avanzado inconteniblemente por ríos y quebradas durante el auge del caucho seguía avanzando, se detiene a los primeros síntomas de alarma y retrocede con máxima rapidez al declararse la crisis. Al igual que las grandes inundaciones que periódicamente cubren la región, la explotación del caucho invadió en forma de avalancha, gran parte de la selva, y dejó, al retirarse, árboles rotos o heridos, hombres sin comida, muerte y desolación. Era la triste consecuencia de una fiebre de riqueza fácil. En esos momentos la selva amazónica presentaba los síntomas de una región que ha sufrido un cataclismo, la desolación y la ruina. Muchos ríos y quebradas quedaron despoblados o casi despoblados como fue el caso del río Yavarí. Sus caucheros se retiraron, unos hacia otros ríos más habitables o a centros poblados, como Iquitos, y otros, hacia sus lugares de origen o a otras naciones. Algunos grupos indígenas quedaron en relativa tranquilidad (pp. 156-157).

Con la paulatina retirada de las caucheras, dejando tras de sí como herencia el despojo y el genocidio, la población, particularmente indígena, que continuó o se mezcló con los colonos, va a experimentar dos fenómenos de impacto cultural de gran interés. Por un lado, el del indio que intenta regresar a sus modos de vida y procura establecer cada vez más distancia con el occidental y, por otro, el de las poblaciones indígenas aculturadas que van a incorporar ahora a sus modos de vida formas de producción agrícolas elementales, así como nuevas necesidades que en este contexto, los convertirán en los grupos más pobres en comparación con el resto de la población indígena de la sierra y la costa. Buena parte de ellos migrarán a los grandes núcleos urbanos en busca de trabajo.

⁷¹ Las riquísimas casas comerciales amazónicas no fueron capaces de prever lo que se venía con la introducción en el mercado del caucho asiático, el cual fue cobrando cada vez más importancia en un contexto en el que los estados europeos comenzaban una carrera armamentística que culminaría con la Primera Guerra Mundial y en cuya base del conflicto existía una fuerte matriz imperialista. Sin embargo, la demanda de caucho americano suministrada para este conflicto bélico va a incrementar las desmesuradas riquezas de las casas caucheras como la Casa Arana en la cuenca del putumayo o la Casa Suárez en el oriente boliviano, por mencionar dos de las más importantes cauchera aposentadas en la Amazonía hispanoparlante. Ver más en Pennano (1988).

Por otro lado, una parte de la población indígena que constituyó la mano de obra de las casas caucheras mantuvo su relación de sumisión con los patrones ex caucheros, los cuales permanecieron en el territorio amazónico experimentando nuevos mecanismos de explotación con actividades como la extracción de madera, café, algodón y otros tipos de látex. Esto fue posible gracias a la presencia de una estructura de dominación basada en el paternalismo, la cual también constituyó una herencia clara de la era del caucho y su modelo “civilizatorio”.

En relación a las consecuencias culturales que para occidente representó la brutal penetración del caucho en el territorio amazónico se puede decir que, derivado de la misma, la región como todo territorio colonizado fue obligada a abrirse al mundo de una manera brusca, introduciéndose en ella nuevas enfermedades, modos de vida y dinámicas sociales; generalizando, en muchas de estas poblaciones, grandes males que hasta la actualidad afectan a esta recóndita región (alcoholismo, prostitución, etc.).

La apertura del territorio amazónico estuvo acompañada de naturalistas, antropólogos, lingüistas y todo tipo de especialistas que, desde los países centrales (Europa, Estados Unidos) se adentraron en el territorio para corroborar o desmentir muchas de las teorías que habían dado forma a la construcción progresiva del desarrollo de la especie humana. Sin embargo, este tipo de exploraciones científicas en la región contribuyeron a la exotización que incluso hoy prevalece sobre la Amazonía⁷².

Las descripciones y los relatos elaborados por estos investigadores y aventureros pusieron de manifiesto, sobre todo al interior de los propios estados que conforman el territorio amazónico, las grandísimas riquezas naturales y

⁷² Por ejemplo, las exploraciones realizadas a territorio amazónico (frontera entre Brasil y Bolivia) por el arqueólogo inglés Percival Harrison Fawcett, quien tenía la misión de cartografiar la zona por encargo de Royal Geographical Society. Sin embargo, Fawcett tenía la certeza de que en la Amazonía brasileña se encontraban civilizaciones perdidas (retomando el mito de El Dorado), por lo cual realizó varias exploraciones entre 1906 y 1924, hasta su desaparición en la selva en 1925. Así mismo, se puede referir la presencia en el noroeste amazónico de varios grupos de naturalistas, viajeros y exploradores interesados en el estudio de las sociedades indígenas de la región entre los que destacan el etnólogo Theodor Koch-Grünberg, el botánico Richard Evans Schultes o el capitán inglés Thomas Whiffen.

medioambientales que poseía la Amazonía sin que esto necesariamente implicara una reconceptualización por parte del Estado, sobre el territorio.

En tal sentido, la explotación del caucho así como la extracción de otras materias primas de abundante presencia en la región marcaron el desarrollo dependiente de las economías latinoamericanas, que construyen su proyecto de acumulación partiendo de bases productivas precapitalistas y con fuerte ascendente feudal. En este escenario, esta dinámica constituye una herencia colonial que tuvo continuidad durante las repúblicas principalmente en el marco de la formación del Estado oligárquico, el cual es el proyecto político y económico con el que estos países participan en el proyecto de expansión capitalista de la modernidad. Como lo señala Agustín Cueva (1977):

La vía "oligárquica" seguida por nuestro capitalismo no conduce desde luego a un estancamiento total de las fuerzas productivas, pero si es una de las causas principales de su desarrollo lento y lleno de tortuosidades, mayor en extensión que en profundidad. Resulta claro, por demás, que en América Latina el ritmo de este desarrollo varía en razón inversa del grado de "hibridez" de las relaciones sociales de producción. Allí donde los elementos semiesclavistas o semif feudales siguen "envolviendo" por largo tiempo el movimiento del capitalismo, las fuerzas productivas se desarrollan de manera en extrema morosa y desigual; en las áreas en que el trabajo libre se impone como regla, ese desarrollo es incomparablemente más acelerado y homogéneo (p. 83).

Esta formación histórica, que se profundizó durante el siglo XX con los gobiernos de corte nacionalista, determinó, particularmente para los países que forman parte de la cuenca amazónica, los parámetros de las economías nacionales bajo una dinámica primario exportadora de la que no han podido salir. Así, café, soya, banano y actualmente minería y explotación petrolera constituyen la expresión de una realidad que los países latinoamericanos, en especial los poseedores de esta "riquísima" fuente de recursos que es la Amazonía, están condenados a transitar.

En retrospectiva y como se abordará más adelante en las conclusiones, el caucho y sus años dorados no dejó nada a la región pues los beneficios de su explotación fue concentrada por un grupo de familias. Estos incipientes capitalistas,

si se les puede llamar así, se concentraron en el desarrollo de la renta en lugar de fortalecer y garantizar la producción, modernizar y desarrollar un mercado interno que pudiera diversificar su capital.

Así, siguiendo el destino común de las “burguesías” latinoamericanas, el empresariado gomero aprovechó las ventajas coyunturales que le otorgó la abundancia de un producto dado de forma natural y extraído con mano de obra gratuita, derrochó en lujos y fiestas las ingentes riquezas obtenidas durante el periodo de auge y abandonó esta actividad económica una vez que concluyó el ciclo de explotación⁷³. Quienes sí se enriquecieron y aprovecharon este boom económico fueron los capitales financieros y los grandes industriales de los centros productivos mundiales (Europa, Estados Unidos) quienes a base del neumático pusieron a girar aún más rápido el proyecto capitalista.

El rol de la Amazonía en los proyectos de desarrollo nacional

La abundancia en las regiones amazónicas fue un elemento que se incorporó, sobre la segunda mitad del siglo XX, a la retórica de los gobiernos de corte nacionalista que se diseminaron en la región, dando sustento ideológico a la nueva penetración extractiva, ahora en busca del petróleo.

La expansión del Estado hacia la Amazonía estuvo acompañada por un profundo desentendimiento del espacio y sus habitantes que, como afirmó José Carlos Mariátegui (1928) para el caso de Perú, constituía un espacio ajeno para las poblaciones de la sierra y la costa; solo durante el auge del caucho representó una efímera referencia para la vida nacional para luego volver a quedar en el olvido⁷⁴.

⁷³ Como señala Agustín Cueva (Ibíd.): “La burguesía nace aquí confundida y entrelazada en su origen y su estructura con la aristocracia terrateniente, y este hecho no deja de repercutir a su turno sobre el desarrollo económico, aunque solo fuese porque en este caso “el capitalista, o mejor el propietario, criollo, tiene el concepto de la renta antes que el de la producción”. Samir Amin señala, a este propósito, un significativo contraste entre el comportamiento económico de la burguesía de los países “centrales” y el comportamiento de la clase dominante de las naciones “periféricas” (pp. 85-86).

⁷⁴ Al respecto Mariátegui (1928[2002]) señala que: “La fortuna del caucho fue la fortuna ocasional de un recurso de la floresta, cuya explotación dependía, por otra parte, de la proximidad de zona –no

El deterioro de la producción del caucho derivó en nuevas incursiones extractivas que estaban lejos de alcanzar el éxito conseguido en el periodo cauchero pero se mantuvieron como actividades rentables incluso hasta la actualidad, por ejemplo, la industria maderera en Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela así como la extracción de la Tagua, conocida como marfil vegetal, o el cedro y la caoba (oro rojo), los cuales en fechas recientes han cobrado particular relevancia. A estas actividades se suman la agricultura y la ganadería, generadoras de otro tipo de impactos sobre el territorio o, como en el caso boliviano, la expansión del monocultivo de la hoja de coca.

Sin embargo, entre los auges comerciales que marcaron los años posteriores al periodo cauchero, el de mayor trascendencia por su impacto, de largo plazo, así como por su incidencia en la incorporación de la región amazónica al proyecto estatal desarrollista, es el boom petrolero, producto cuya comercialización abrió un nuevo y decisivo proceso de colonización hacia territorios del litoral y la Amazonía que, como se dijo, habían quedado relegados frente al esquema andinocentrista del Estado nacional sudamericano.

En el caso de los territorios del litoral nos referimos a zonas del interior que experimentaron un crecimiento poblacional y económico a lo largo del siglo XX, fruto de los mismos procesos de expansión del mercado capitalista, por ejemplo, la costa norte en Perú, el Estado de Zulia, Puerto La Cruz y Pedernales en Venezuela.

Con la explotación de los primeros pozos petroleros en Pensilvania, Estados Unidos, a finales del siglo XIX, varios Estados latinoamericanos empiezan a realizar

trabajada sino devastada- a las vías de transporte. El pasado económico de Loreto no nos demuestra, por consiguiente, nada que invalide mi aserción en lo que tiene de sustancial. Escribo que económicamente la montaña carece aún de significación. Y, claro, esta significación tengo que buscarla, ante todo, en el presente. Además tengo que quererla paragonable o proporcional a la significación de la sierra y la costa (...) Al mismo concepto de comparación puedo acogirme en cuanto a la significación sociológica de la montaña. En la sociedad peruana distingo dos elementos fundamentales, dos fuerzas sustantivas, esto no quiere decir que no distinga nada más. Quiere decir solamente que todo lo demás, cuya realidad no niego, es secundario (...) De la sociología de la montaña se sabe muy poco. El peruano de la costa, como el de la sierra, ignora al de la montaña. En la montaña (...) existen pueblos de costumbres y tradiciones propias, casi sin parentesco con las costumbres y tradiciones de los pueblos de la costa y la sierra. Loreto tiene indiscutible individualidad en nuestra sociología y nuestra historia. Sus capas biológicas no son las mismas. Su evolución social se ha cumplido diversamente” (p. 175).

exploraciones en sus propios territorios, impulsados por el interés de empresarios y corporaciones extranjeras. Es así que para principios del siglo XX se empiezan a abrir varios pozos petroleros en Sudamérica. Y, para la década de los cincuenta, bajo el contexto de una economía devastada por la Segunda Guerra Mundial, la región latinoamericana, con Venezuela⁷⁵ a la cabeza, ya poseía un incuestionable protagonismo en la exportación de petróleo y gas a nivel mundial.

El auge económico de los hidrocarburos, combinado con el establecimiento de un proyecto estatal desarrollista de corte nacionalista, fue decisivo para la consolidación del moderno Estado nación latinoamericano, en el cual sus territorios periféricos (Amazonía y parte del Litoral con excepción de sus puertos comerciales), quedaron incorporados al proyecto nacional en la medida en que constituían una fuente importante de recursos económicos que había sido entregada al usufructo de empresas extranjeras.

El periodo del Estado nacional-popular estará marcado por la llegada al poder de Getulio Vargas, en Brasil, Lázaro Cárdenas en México y Juan Domingo Perón en Argentina, entre las décadas de los 30 y los 50. Estos gobiernos se caracterizaron por mantener un pacto político con los trabajadores sindicalizados, así como por un discurso nacionalista y anti imperialista cuya consecuencia fue la nacionalización de los recursos del Estado, principalmente de minas y petróleos, administrados por empresas extranjeras, principalmente norteamericanas.

A esta ola de nacionalismo se unieron, con distintos niveles de profundización de la política anti imperialista, Bolivia en 1952, Perú en 1968 y Ecuador en 1972. Dichos gobiernos, establecieron la estatización de sus industrias petroleras con la finalidad de reorientar su riqueza hacia un proyecto desarrollista que pretendió alcanzar la industrialización mediante la sustitución selectiva de importaciones. Ello

⁷⁵ En el caso de Venezuela, sus yacimientos petroleros se ubicaron en las zonas costeras, principalmente en Táchira y Zulia. Como señala Betancourt (1956[2013]), “en 1950 la producción [de petróleo] no solo fue mayor que la de 1949 sino aún a la de 1948, hasta ese momento año-record en la historia de la industria del país. En 1950, la producción alcanzó a los 546 millones de barriles, cantidad 13% mayor a la de 1949 y 12% mayor a la de 1948. Ese incremento en la extracción de crudo se logró con la simple intensificación del ritmo de producción de los pozos en actividad, junto con la de otros que fueron perforados” (p. 254). Gracias a ello, en la década de los cincuenta Venezuela se convirtió en uno de los países más prósperos de la región.

implicó, principalmente para los casos de Perú y Ecuador, cuyo petróleo se encuentra en la Amazonía, un acelerado proceso de colonización y urbanización de estos territorios.

En Perú, por ejemplo, el denominado Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (1968-1980), liderado por Velasco Alvarado, colocó a la Amazonía como una de las prioridades de su gobierno, para lo cual estableció dos ejes de política pública, por una lado, la construcción de infraestructura para la explotación petrolera en el oriente y, por otro, el reconocimiento de la propiedad de la tierra para las comunidades indígenas. Como señala Jorge Morel Salman (2014):

Primero, de la política de vialidad colonizadora una tarea que si bien era apoyada por el Estado era fundamentalmente privada- se pasa a dar énfasis a la explotación estatal del petróleo en la selva del departamento de Loreto, la región más grande del país (...) en asociación con la empresa Occidental Petroleum Corporation (...) Un segundo hito importante para la Amazonía se dio en 1973. Ese año el gobierno anunciaba la próxima aprobación de la Ley de Comunidades Nativas para la Selva, en el marco de la reforma agraria (...) que reconoció como propietarias a las comunidades indígenas de las tierras en que se asentaban, otorgándoles el carácter de inalienables, imprescriptibles e inembargables (p. 28).

Sin embargo, el mismo gobierno militar modificó en 1978 esta última Ley, nombrándola ahora Ley de Comunidades Nativas y Desarrollo Agrario de las Regiones de Selva y Ceja de Selva, con la finalidad, como afirma Morel Salman (ídem) de establecer criterios de “rentabilidad social, económica y ecológica de uso de la tierra”(p. 28).

En el caso de Ecuador, la política nacionalista de la dictadura militar de Guillermo Rodríguez Lara permitió la creación de la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE), así como la estatización de los grandes yacimientos petroleros que estaban siendo explotados por la compañía norteamericana Texaco Gulf en la zona amazónica de Lago Agrio. Sin embargo, en la década de los ochenta, nuevas empresas fueron autorizadas para explotar la región, en donde se localizaron varios yacimientos petroleros.

No obstante, la industria petrolera se había afincado en el país desde los años veinte con la presencia de la Compañía Royal Dutch Shell Oil, bajo cuya administración se construyeron algunas carreteras que unieron la sierra con la Amazonia como la vía Baños-Puyo. Sin embargo, pese a la presencia de esta compañía en el territorio, la cual se encontraba permanentemente captando trabajadores para sus pozos, esta región no aparecía aún en el mapa de la política pública.

Como lo señala Lucy Ruiz Mantilla (1992), es solo hasta el conflicto limítrofe con Perú, en 1941, y su impacto sobre la exportación de las materias primas que provenían de este sector, que la región adquiere importancia y el Estado identifica la necesidad de su colonización y militarización. “Una forma especial, diríamos criolla, de despertar nuestra conciencia (...) después de haber perdido casi la mitad de la región (...) una derrota que estuvo implícita en la victoria de otros, la de las petroleras” (pp. 266-267)”. Es en ese momento que el Estado asume su rol de colonizador y civilizador de tierras que considera como “de nadie”.

En el caso de Bolivia, la Revolución de 1952 tuvo como principal consecuencia la nacionalización de los recursos del país, principalmente las minas. Respecto al petróleo, este recurso que empezó a ser explotado desde la década de los treinta empieza a despuntar en la década de los cincuenta con la construcción de infraestructura para su comercialización y con la promoción de la inversión extranjera en este sector durante el gobierno de la revolución.

Habría que entender aquí que las petroleras, si bien tienen un papel crucial en este periodo histórico de Bolivia, no se mantienen dentro de la órbita de la disputa establecida por el gobierno de Paz Estenssoro por la estatización de los recursos y estos, por otro lado, se enfocaron en la nacionalización del sector minero que para ese periodo se había constituido en el principal eje articulador de los intereses políticos y económicos en Bolivia. Sin embargo, si bien para este momento las petroleras tienen un rol menor, sí tuvieron presencia durante un momento

transcendental de la formación del Estado Boliviano con su funesto rol en la Guerra del Chaco⁷⁶.

No obstante, al ser el sector minero el eje central de la economía boliviana durante el periodo nacionalista, la intervención estatal se orientó hacia los territorios en donde se desarrollaba esta actividad extractiva (los Andes, principalmente), dejando nuevamente fuera de la ecuación al territorio amazónico, en donde, por otro lado, se fortalecieron en total libertad de acción nuevos frentes extractivos como la castaña, la goma, la caza y la pesca, entre las décadas de los cincuenta y los ochenta. En este sentido, el gobierno del MNR es un promotor de la colonización y expansión estatal hacia el oriente y la Amazonía boliviana.

Esto no solo permitió un acelerado deterioro de los recursos naturales y modos de vida de los habitantes del territorio amazónico, sino la consolidación de una clase social atrincherada en el oriente boliviano y que actuará, más adelante, como principal opositora de gobiernos como el de Evo Morales en función de una afirmación de valores regionalistas y racistas, al autoafirmarse como Nación Camba.

Un caso similar es el de Colombia, en donde actualmente el petróleo es un recurso de trascendental importancia como principal generador de renta económica, no obstante, para la década de los cincuenta el principal producto de exportación de este país fue el café, hecho que le coloca a Colombia en una particular historia de disputa por la tierra. Paralelamente, a lo largo del siglo XX, se hace presente el desarrollo del sector petrolero, principalmente en regiones del litoral. Este país no experimentó un proceso de nacionalización del recurso, como en el caso de sus vecinos. En la década de los cincuenta el Estado entró a regular el negocio, que se encontraba en manos de compañías extranjeras, pero bajo la figura de concesión de contratos petroleros.

⁷⁶ La Guerra del Chaco fue un conflicto bélico entre Bolivia y Paraguay que tuvo lugar entre 1932 y 1935, en la disputa por el control del Chaco Boreal. En este conflicto jugaron un rol transcendental las multinacionales petroleras apostadas en la región como Royal Dutch-Shell, de capitales anglo-holandeses, instalada en Paraguay, y la Standard Oil of New Jersey, de capital norteamericano, radicada en Bolivia.

En el caso de Venezuela, la estatización de la industria petrolera se produjo en 1976, con la llegada al poder de Carlos Andrés Pérez (1974-1979 y 1989-1993), dando paso a la creación de Petróleos de Venezuela (PDVESA). Hay que tener en cuenta que la extracción masiva de petróleo en este país se concentró fundamentalmente en la Costa lo cual derivó en un nuevo desentendimiento del territorio amazónico el cual históricamente, incluso hasta la actualidad, se encuentra desarticulado del Estado nacional. Han sido pocos los esfuerzos que se han hecho por interconectarlo incluso con el desarrollo de la infraestructura vial, puesto que el indiscutible protagonismo del petróleo en la economía continúa dejando como un área periférica a la región amazónica, aun cuando en la actualidad cobra cada vez mayor fuerza como fuente de extracción de minerales (diamantes y oro). También posee un rol geopolítico crucial debido a su situación de territorio fronterizo con Brasil. Como lo afirma Delfina Trinca Figuera (2006):

El territorio al sur del río Orinoco es una inmensa extensión que se mantiene relativamente aislada del resto del país hasta 1967 cuando el puente “Angostura” sobre el Orinoco fue inaugurado y abierto al tránsito automotor. Con este puente el sur de Venezuela se incorpora al resto país. La construcción de éste se relaciona con el hecho de que al norte del estado Bolívar se instala la industria básica venezolana (en los 1960s) y los productos que salen de sus fábricas deben ser transportados hacia el norte (...) El tradicional abandono de esta parte del territorio nacional por parte del estado venezolano se profundiza cuando Venezuela se transforma en país petrolero, ya que este hecho refuerza su mirada hacia el norte. Sin embargo, por razones de seguridad el gobierno del general Juan Vicente Gómez (décadas iniciales del siglo XX) decide la creación de fuertes militares, con miras a “preservar” la extensa frontera sur. En realidad, la creciente presencia de misioneros ingleses en estos territorios y la importancia estratégica de la producción de oro y diamantes fueron las causas principales del interés del gobierno por esta región (p. 40-41).

En este contexto de penetración estatal es preciso señalar que, derivado de las transformaciones iniciales originadas en la era del caucho, con los procesos de colonización y expansión del Estado hacia el interior del territorio amazónico los pueblos y comunidades indígenas del bloque andino amazónico experimentaron una profunda transformación de sus estilos de vida, que involucró la incorporación de valores externos, modos de producción y reproducción social que les eran ajenos

y que para ese periodo irrumpieron directamente en las dinámicas de reproducción de la vida colectiva de los pueblos amazónicos.

En este sentido, la principal herencia de la expansión en el territorio amazónico va a ser por un lado, la formación de nuevas y pequeñas ciudades y, por otro, la consolidación de ciudades y núcleos semi urbanos que con el paso del tiempo fueron tornándose cada vez más urbanos (por ejemplo, Iquitos, en Perú).

Así, en función de la penetración del Estado, se desarrollaron a la par nuevas formas de articulación social tanto en los colonos como en los nativos, incorporando, unos y otros, elementos para la reproducción de la vida cotidiana. Esta situación, en particular, invita a repensar la presencia de los valores de occidente en la selva pues el colono, en casi la totalidad de las veces, se aprovechaba de la ingenuidad - derivada del desconocimiento- de los nativos en intercambios que les permitieron apoderarse tanto de sus territorios como de su fuerza de trabajo.

Esta situación se hizo particularmente notoria durante el periodo petrolero, cuando se fundan campamentos en donde la convivencia entre colonos e indígenas es inevitable, a diferencia de la época del caucho. Como lo señala Lucy Ruíz Mantilla (Óp. Cit.) para el caso ecuatoriano:

El proceso de colonización en el mar de las transformaciones modernizantes de los años cincuenta tenía claros objetivos. En ellos era imprescindible la transformación de los pueblos indígenas en productores y trabajadores a través del despojo de su territorio (espacio vital en donde su sistema social y cultural se desarrollaba), para consolidar el mercado interno que las empresas, agroindustrias y plantaciones futuras requerían. Solo así se explica que la compañía Shell (1937-1959), que logró introducirse en el mundo precapitalista que había dominado durante casi 400 años, contara con fuerza de trabajo. En realidad el proceso se había encargado de conformar un ejército latente de trabajadores en los que ella convirtió en activos con la liberación del Concertaje. Los indígenas fueron libres, pero libres para ser explotados directamente por el capital petrolero e ingresar al mundo del progreso en condición de dominados. De ese progreso a cuyo nombre se modifica todo lo tradicional y que finalmente convierte a la selva en el lugar hacia donde convergen libremente los intereses del capital.

Campamentos petroleros o nueva versión de las reducciones que en otro tiempo desarrollaron los españoles, donde todo sorprendía, hasta las enfermedades y epidemias

que volvieron dependientes a los indígenas de la medicina occidental, que curiosamente era practicada por los misioneros de las sectas evangélicas, lo cual garantizaba la destrucción o por lo menos el debilitamiento de las prácticas curativas rituales y míticas del mundo indígena (p. 272-273).

Esta nueva fase de la realidad amazónica estuvo vinculada directamente con la expansión irrefrenable de los estados nación, pero particularmente con la apertura de caminos y la expansión de las fronteras productivas. Dicha expansión, como lo acabamos de revisar en la experiencia ecuatoriana, tuvo distintos matices. Algunas veces estuvo relacionada con la ampliación de la frontera agrícola, otras con la apertura de campamentos madereros o mineros (estos cobrarán más fuerza en épocas recientes), pero comúnmente significaron el desplazamiento y aculturación de los pueblos indígenas. En relación al caso colombiano, Darío Fajardo Montaña (2009) señala lo siguiente:

A partir de 1936, las instituciones políticas tomaron su rumbo a favor de la intangibilidad de la gran propiedad como pilar del desarrollo agrario. El afianzamiento de esta definición, con profundas implicaciones en el desarrollo histórico de la sociedad colombiana, como veremos luego, se produjo finalmente a partir de 1946, con el aplastamiento de las posiciones renovadoras a través de esa guerra civil conocida como la Violencia. El campesinado, debilitado por el agresivo reforzamiento del régimen agrario latifundista, debió buscar tierras en los bordes de la frontera agraria. A partir de entonces las colonizaciones incipientes de los bordes de la Amazonia colombiana, en particular del piedemonte del Putumayo y el Caquetá, recibieron nuevos y mayores contingentes de población como resultado del conflicto que comenzaba a desatarse en el país. En esta misma etapa empezó a desarrollarse el frente de penetración procedente del oriente y el sur del departamento del Meta (alto y medio Ariari), el cual habría de encontrarse décadas más tarde con el frente caqueteño de la colonización, en la vía que comunica las poblaciones de La Macarena, en el Meta, y San Vicente del Caguán, en el noroccidente del Caquetá, ya a finales del siglo XX (p. 375).

Como hemos podido revisar, la apertura de la región amazónica hacia sus Estados nación estuvo intrínsecamente relacionada con un proceso de ocupación (colonización) cuya única finalidad era la apropiación de recursos, la explotación del espacio y el desplazamiento de pueblos no afines a los intereses del capital.

En este contexto, el colono se revela como una figura de características particulares por su propia condición de pionero, la cual puede estar directamente relacionada con el ímpetu aventurero, siempre en búsqueda de nuevas materias para comerciar (caucho, castaña, maderas, oro, etc.) o con una inherente condición de desplazado hacia actividades agrícolas, como lo demuestra el caso ecuatoriano con la producción de caña o naranjilla, ambos productos de consumo interno, o Bolivia con la castaña, la goma o la coca.

En este sentido, la Amazonía andina se convirtió en un espacio en donde la ausencia del Estado posibilitó que los desplazados por el declive del sistema de hacienda, como en el caso de Ecuador, por la violencia como en el caso colombiano, o por el cierre de las caucheras o mineras, como Perú o Bolivia, se conviertan, a su vez, en una amenaza para los pueblos indígenas hacia cuyo territorio orientaron su marcha.

El colono es un desplazado del capitalismo que a la vez es reutilizado por este para convertirse en un agente de ocupación y despojo en estos territorios ausentes de la ley o en los que la ley se convirtió en la voluntad de las compañías. Por tanto, la década de los sesenta del siglo XX reveló en la región un espacio propicio para la llegada de grupos religiosos y de ONGs encargados de acompañar esta nueva ola colonizadora con el fin de facilitar la adaptación de los indígenas amazónicos a las nuevas condiciones laborales de las empresas extractivas o agro productoras.

Una de las experiencias más representativas por el impacto que tuvo, principalmente en comunidades andinas, pero que también se extendió hacia la Amazonia, fue el Instituto Lingüístico de Verano, encargado de evangelizar a los pueblos indígenas mediante procesos de aculturación como la enseñanza del idioma castellano, lo cual permitiría la incorporación de estos sectores a la vida productiva del Estado, volviéndolos trabajadores más funcionales. Hay que tener en cuenta que una de las labores fundamentales del ILV fue la enseñanza del evangelio por medio del uso de los diferentes idiomas nativos, sin embargo, este proceso tenía como finalidad última la imposición de nuevos valores en las sociedades indígenas.

La décadas de los sesenta y setentas fueron la época dorada de la presencia de esta organización religiosa, pues aquella tuvo una gran acogida por parte de los Estados de corte nacional-popular como parte de su proyecto desarrollista. En términos de la realidad amazónica se puede decir que los grupos misioneros y las ONG se convirtieron en la piedra en el zapato de los pueblos indígenas pues el acoso constante de estos grupos formará parte de su vida cotidiana hasta la actualidad. Al respecto de las implicaciones y dimensiones de este fenómeno, la presencia del ILV es ejemplar para entender esta realidad, como lo señala David Stoll (1985):

Ninguna otra misión cristiana en la Amazonía se iguala a la red del Instituto Lingüístico de Verano. Se compone de especialistas lingüísticos, de puestos misionales vinculados a la base por aviación y radio y, con frecuencia, de sistemas de escuelas bilingües. De los cinco avances amazónicos del ILV –el primero en el Perú, luego Ecuador, Bolivia, Brasil y Colombia– el del Perú ha marcado la vida de la mayor cantidad de gente. Aquí la maquinaria evangelizadora de base-aviación-escuela bilingüe se convirtió en modelo para otras filiales tan lejanas como la de las Filipinas; aquí el ILV ha combinado el respaldo estatal con la longevidad y autoridad entre los pueblos nativos como en ninguna otra parte, salvo tal vez en México; y tras casi ser expulsado en 1976, logró llevar la política indigenista del gobierno de regreso hacia su propio punto de vista. Por las mismas razones que hicieron de la filial peruana un laboratorio y un ejemplo privilegiado para avances posteriores –un gobierno obsequioso, con grandes ambiciones y numerosos grupos amazónicos sobre los que el ILV podría tener un rápido y obvio impacto– esta merece nuestra detenida atención (p. 150).

La presencia del ILV ha sido polémica por su rol contradictorio en la historia de los países andinos, partiendo originalmente de la figura tradicional de la ONG hasta convertirse en un mecanismo ejecutor de políticas estatales, con el auspicio y beneplácito de los gobiernos en turno, desempeñando un rol que hasta la fecha no ha encontrado semejante.

Si bien, como se ha dicho, existe una clara intención de colaborar con el proyecto colonizador de los Estados, en su fase de expansión capitalista, mediante la socialización de ideas y valores que justificaron la opresión y facilitaron el control por parte del Estado y las compañías extractivas; por otra parte, actuaron como

mediadores entre estas instituciones y los grupos indígenas para “reducir” los niveles de violencia con los que históricamente se colonizó y explotó su territorio. Así también, la cercanía que tuvieron con los pueblos indígenas, a veces incluso siendo los primeros en penetrar grupos de la Amazonía, les permitió recolectar información de trascendental importancia para el estudio de estas poblaciones⁷⁷.

Bajo este contexto, los grupos misioneros, encabezados por el ILV son en sí mismos, como lo señala David Stoll (Ibíd.), la vanguardia y la retaguardia de la penetración, no solo de los Estados a los cuales ayudarían a implantar la idea de nacionalidad (ecuatoriana, peruana, colombiana, boliviana, venezolana), sino también de occidente con sus creencias y particularmente sus sistemas de valor, que implicaban una reconfiguración del orden que estas sociedades tenían en relación con su espacio vital (naturaleza).

En este sentido, esta penetración tuvo como fin la reorientación o la implantación de nuevos sistemas de pensamiento, los cuales entran en contradicción frontal con lo que para esta investigación se entiende como ethos amazónico, que abarca una forma de ver, construir y reproducir al mundo completamente ajena a los principios y sistemas de creencia occidentales.

La evangelización ataca directamente a esta estructura de pensamiento y se justifica bajo fines morales o “académicos”. Por tal motivo, la presencia de los grupos evangélicos o misioneros católicos tiene un rol fundamental en lo que veremos más adelante para la formación de movimientos indígenas que abiertamente repudian su presencia, pues derivada de su inserción se originan nuevos conflictos al interior de las propias comunidades.

⁷⁷ El caso peruano es similar al del resto de países de América Latina, en donde la década de los sesenta abrió las puertas a un sin número de organizaciones no gubernamentales, que encontraron un terreno fértil, principalmente en territorios en los que el Estado se encontraba ausente, como la Amazonia. Como señala Monika Ludescher (2000-2001) “como asociación civil el ILV comparte el status jurídico de muchas otras organizaciones no gubernamentales en el Perú que se dedican a actividades de investigación social o de promoción del desarrollo. Sin embargo, gracias a su carácter transnacional, su capacidad económica y su respaldo político, el poder del ILV no tiene punto de comparación con las demás ONGs” (p. 335).

En este sentido, la década de los sesentas y setentas será un punto de inflexión en la formación de un nuevo movimiento indígena con características muchas veces transnacionales.

En este escenario, la presencia constante de agentes externos en las sociedades indígenas, que se generalizó a partir de este periodo ya sea por la participación de instituciones gubernamentales como privadas constituye en un momento dado un punto de inflexión al establecerse de manera oficial (científica) los nombres por los cuales el Estado y la comunidad académica internacional debían identificar a estos grupos.

De entrada se pone de manifiesto que existe toda una pléyade de denominaciones y categorías para nombrar a los pueblos originarios de la Amazonia y que en fechas recientes ha cobrado cada vez más fuerza la asignación del nombre de nacionalidades indígenas. En el territorio amazónico, la autodeterminación es desde el principio un punto de partida para la reivindicación del respeto al territorio y sus formas propias de organización en el que coexisten comunidades⁷⁸ fundadas en la época de los jesuitas, hablantes de las lenguas originarias, pueblos y tribus⁷⁹.

⁷⁸ El modelo de comunidad, si bien se desarrolló mayoritariamente en los territorios andinos, dando forma a la identidad de los pueblos del altiplano o las llanuras en Venezuela, en el caso de la región amazónica tanto del bloque andino como luso-brasileño, la presencia de comunidades indígenas amazónicas coexiste con el modelo tradicional de los pueblos y tribus que se organizan y trabajan en función de sus modos de vida precolombinos. Por tanto, cuando en esta investigación usamos el término comunidad buscamos incluir a las etnias que en el interior de la Amazonía también forman parte de los grupos originarios más allá de la forma en la que se organizan, sobre todo en el trabajo colectivo e individual y en la vivienda y sus prácticas rituales, pero que conservan buena parte de su bagaje cultural.

⁷⁹ Según Rodolfo Stavenhagen (2010): "Aunque en décadas anteriores [al siglo XX] aún se utilizaban a veces criterios raciales o biológicos, en épocas recientes las estadísticas generalmente están basadas en criterios etnolingüísticos; así, suelen ser incluidos en los censos y encuestas como indígenas las personas que hablan una lengua indígena, o todos los miembros de la familia cuyo jefe es hablante de una de estas lenguas. Los analistas han tenido numerosos problemas con estas clasificaciones porque en algunos países (como en México, por ejemplo) ha variado el número de lenguas consideradas, y cada vez más se acepta que el criterio lingüístico no es suficiente por sí mismo para identificar a las poblaciones indígenas. En consecuencia, se pueden agregar otros marcadores a los formularios utilizados en estos levantamientos, lo que produce resultados diversos. A los indicadores objetivos (habla o no una lengua indígena, utiliza traje indígena etc.) se suman cada vez más los indicadores subjetivos, en especial la pregunta reveladora de si la persona encuestada considera ser o no indígena. Como la respuesta depende de la autopercepción del entrevistado, la cual a su vez es producto de complejos procesos sociopsicológicos, los resultados a la postre resultan poco confiables para las tareas de los censos de población (...). La autoidentificación de los indígenas es actualmente considerada como un derecho humano,

Esta esquematización también tuvo un efecto secundario negativo pues perpetuó los viejos prejuicios relacionados con la idea de salvajismo de estos pueblos, los cuales ya se explicaron ampliamente. La procedencia de una etnia estaba acompañada de su respectiva carga peyorativa⁸⁰.

2.3. El movimiento indígena en el cambio de siglo

Antecedentes de la organización y la movilización indígena

La década de los setenta del siglo XX representa un punto de ruptura en la movilización social a nivel global. El grado de politización así como de ideologización constituyó un componente estructural de prácticamente todos los movimientos sociales de América Latina.

En los países andinos, los proyectos de gobierno, principalmente de tinte nacionalista, retomaron a personajes centrales para la historia indígena del altiplano como Tupak Amaru (Perú), Rumiñahui (Ecuador) y Tupak Katari (Bolivia), para incorporarlos a la simbología nacional reivindicando el indiscutible papel que tuvieron sus rebeliones en la construcción de la identidad nacional, pero remitiéndolos a un pasado ya superado⁸¹. La imagen de los tres líderes indígenas fue incorporada a las monedas nacionales de estos países en distintos periodos e

consagrado en instrumentos internacionales. El Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo establece: “La conciencia de su identidad indígena o tribal deberá considerarse un criterio fundamental para determinar los grupos a los que se aplican las disposiciones del presente Convenio” (p. 173).

⁸⁰ “La construcción histórica de la “ferocidad indígena” en el Amazonas contribuyó a la consolidación de procesos de transfiguración étnica. Para los casos yanomami y huaorani la categoría “indígena” recobraría su antiguo carácter de asimetría y subordinación: los amazónicos pasaron a formar parte de las sociedades nacionales como indios civilizados pero a su vez como ciudadanos de segunda categoría, excluidos por su identidad cultural. El colofón al largo proceso de civilización significó atar a los pueblos indígenas amazónicos al sistema mundial, ya sea como reserva de mano de obra en regiones apartadas, o como remanentes históricos de exotismo o primitivismo natural-cultural” (Rivas, 2003:5).

⁸¹ En ese momento en el que el factor étnico se politiza, los movimientos indígenas amazónicos retomarán de su memoria histórica a sus propios héroes como factor histórico que reivindique sus luchas. Por ejemplo, el indígena ecuatoriano Jumandy, líder de la resistencia amazónica durante la colonia, o el quechua Juan Santos Atahualpa quien lideró a tribus amazónicas en varias acciones de resistencia contra el Virreinato de Perú, durante el siglo XVIII.

incluso, en el caso peruano, Tupak Amaru fue el centro de la política indigenista del gobierno militar de Velasco Alvarado (1968-1975).

Por el contrario, en el caso de Bolivia, la politización de la imagen de Tupak Katari tiene lugar en la década de los sesenta cuando nace el pensamiento katarista como una corriente intelectual y política que reivindicó la identidad india frente a los procesos de campesinización de los grupos indígenas⁸². A diferencia de los otros casos, en el boliviano es temprana la reivindicación de figuras contestatarias de la historia de los pueblos indígenas como símbolos de resistencia incorporados en la lucha social. En el caso colombiano y venezolano el discurso de corte indigenista no tuvo el mismo impacto.

Por otro lado, en este periodo se hará un amplio despliegue de una serie de medidas encaminadas a robustecer el aparato estatal en las comunidades campesinas, fundamentalmente de la sierra, las cuales contaban con mucho mayor capital humano que el que podría encontrarse en la Amazonia.

Sin embargo, en este periodo, que se inaugura con el boom petrolero y que desencadenó un boom demográfico en la región litoral y amazónica, también se empiezan a desplegar políticas que tendrán como finalidad la “modernización” y recomposición de la estructura burocrática y administrativa en la Amazonía, aunque a distintos ritmos y de acuerdo a los intereses comerciales que primaron en cada uno de estos países.

Como se mencionó antes, el interés en la Amazonia no fue el mismo en el caso de Bolivia, Colombia y Venezuela, en donde la industria petrolera se desarrolló

⁸² “El movimiento katarista e indianista fue de los primeros en reintroducir de manera muy explícita la problemática del reconocimiento de los pueblos indígenas del país. Hay que recordar que las primeras manifestaciones de una nueva conciencia indígena aparecen a fines de la década de los años 60. La primera generación post 52 de aimaras, quechuas que estudiaban en La Paz, empiezan a organizarse, fundando el Centro Cultural 15 de Noviembre. Bajo la influencia de pensadores indianistas como Fausto Reinaga, reafirman la herencia histórica anticolonial de Tupaj Katari y Bartolina Sisa -ejecutados en 1781- y empiezan a percibir sus problemas desde otra óptica. Son los primeros que declaran sentirse “extranjeros en su propia tierra” (Reinaga 1970 y Hurtado 1986). A pesar de que la revolución de 1952 los había incorporado formalmente como ciudadanos (“campesinos”), en la práctica continuaban siendo ciudadanos de segunda o tercera y objeto de discriminación cultural y manipulación política. En este sentido, el movimiento Katarista e indianista viene a ser un fruto no previsto de la revolución del 52” (Ticona, 2004 : 9)

en otros territorios, en comparación con Perú y Ecuador⁸³, en los cuales las petroleras aceleraron el proceso de colonización y apertura comercial de la Amazonía. En este tipo de países, fue una tarea fundamental de los estados conocer e identificar a la mayor cantidad de grupos que ocupaban el territorio amazónico.

Hay que tener en cuenta, como antecedente, que son los años en los que se comienza a experimentar con la aplicación de políticas indigenistas con diversos grados de “éxito”⁸⁴. Es también en este periodo en que la organización indígena amazónica cobra particular fuerza impulsada por grupos religiosos afines a los pueblos amazónicos, pues estos tuvieron un papel activo y determinante en el impulso de este primer movimiento indígena amazónico.

La década de los setenta también introdujo nuevas problemáticas en la región como la irrupción de grupos subversivos (Colombia y Perú) y los relacionados con el cultivo de estupefacientes. Es una década particularmente violenta para la región, pero también de emergencia y construcción de organizaciones, algunas de las cuales continúan hasta la actualidad o fueron la semilla para la organización de otros grupos a futuro.

Es un periodo de ardua politización que, en algunos casos, generó movimientos sólidos capaces de plantear una discusión seria sobre las condiciones estructurales que caracterizan a la realidad amazónica. Este periodo tiene como característica particular, la penetración de colonos y de compañías de índole extractiva, así como también la presencia de una respuesta, algunas veces

⁸³ La primera petrolera que llega a la Amazonía ecuatoriana es la compañía norteamericana Royal Dutch Shell Oil, la cual opera entre 1920 y 1928, llevando al territorio, principalmente de la provincia de Pastaza una primera infraestructura moderna, integrada por vías, hospitales, puertos y aeropuertos. Sin embargo, a diferencia de los años 50, estas operaciones no logran superar el nivel regional.

⁸⁴ Como señala Ramón Máiz (2004:135), respecto al desarrollo de políticas indigenistas que se implementaron en Latinoamérica a lo largo del siglo XX: “(...)tal es el objetivo de las políticas «indigenistas» a partir de los años cuarenta: la integración del indio, su nacionalización, mediante la educación (programas de bilingüismo con el objetivo de la enseñanza del castellano), desarrollo de arte y artesanía indígena, mejoras agrícolas, desarrollo comunitario recurriendo a instituciones tradicionales reorientadas y refuncionalizadas (cabildo abierto o asamblea pública, mita o trabajo colectivo), todo ello mediante el recurso a la ingeniería social y la activa incorporación de las ciencias sociales (antropología, economía, historia...).

organizada, de las propias comunidades amazónicas que, en coordinación, muchas veces con agentes externos, utilizaron mecanismos legales para la defensa de sus territorios y su cultura.

Los orígenes del movimiento indígena amazónico en el corazón de los Andes

Uno de los casos más emblemáticos en la región andino amazónica es la conformación de la Federación Shuar, en 1964, que, dicho sea de paso, constituye el segundo grupo originario más extenso del Ecuador.

En este periodo, la defensa del territorio amazónico, en prácticamente toda la Amazonia andina estuvo, como se dijo antes, marcada por un corte más o menos eclesial y evolucionó luego a reivindicaciones de clase y étnicas. Al igual que Perú y Bolivia, Ecuador posee como particularidad la presencia de una gran población indígena que en términos generales se empieza a organizar pronto.

En este contexto, tanto los kichwas como los shuar, las etnias más grandes del territorio ecuatoriano, marcaron la pauta de la organización indígena en torno a los criterios étnicos y sus particularidades, pues uno de los elementos más importantes a tener en consideración ha sido la distribución del territorio en la región amazónica. Esto debido a que la ocupación del mismo corresponde a dimensiones muchísimo más amplias que la de los pueblos indígenas de la sierra.

En este sentido, los kichwas, que constituyen el grupo étnico con mayor presencia en la región (desde la sierra hasta la amazonia, abarcando desde el río Napo en Ecuador hasta el Putumayo en Colombia), representan una de las nacionalidades más difundidas y más organizadas en los Andes amazónicos pues estos también se expandieron ampliamente por la región con el paso de las petroleras, convirtiéndose así en un frente de colonización de indígenas de la sierra hacia la Amazonía.

Así mismo, son sus federaciones y organizaciones, que se organizan tempranamente en la región como respuesta al despojo, principalmente de la

industria petrolera, las que junto con el impulso eclesiástico sientan las bases de las organizaciones indígenas ecuatorianas que se conocen actualmente⁸⁵.

En contraposición, la mayoría de las nacionalidades de la Amazonia ecuatoriana se encuentran en riesgo de extinción. Por ejemplo, los Waorani, apodados por los colonos como aucas (salvajes), ocupaban para 1958 un territorio estimado de 20.000 Km² (limitando al norte con el río Napo y al sur con el Río Curaray), teniendo en consideración que los criterios que caracterizan a estas comunidades establecen terrenos de caza, recolección, rutas fluviales, etc. Gracias al despojo paulatino de su territorio, esta extensión se ha reducido en la actualidad a 6.000 Km² (Lu, Bilsborrow & Oña, 2012: 109).

Cabe destacar que los Waorani corresponden a los últimos grupos en ser incorporados al proyecto nacional, mediante la colonización y enseñanza del castellano (el contacto se realizó en 1958 por intermedio de grupos misioneros). Este proceso no se ha dado en completitud ya que los grupos Tagaeri y Taromenane, que forman parte de esta nacionalidad, aún permanecen en aislamiento voluntario.

Estas características de deterioro y extinción son comunes a varios grupos representativos de la Amazonía andina, al igual que su nomadismo que les confiere una condición transnacional en muchos casos. Así, amenazas como el caucho, las petroleras o los males llevados al territorio por la colonización (enfermedades, aculturación, etc.) han provocado una paulatina reducción de esta población, al

⁸⁵ Como explica Fabiola Escárzaga (2016): “A partir de los años 60 comenzó la extracción de petróleo en Ecuador, la disposición de la renta petrolera amplió la base productiva de exportación de cacao y banano del periodo anterior. El proceso fue estimulado por la política de nacionalización desarrollada por el gobierno militar antioligárquico del general Guillermo Rodríguez Lara, iniciado en 1972, el cual revirtió las condiciones desventajosas para el país en que se habían otorgado las concesiones a las empresas petroleras transnacionales en la década anterior (...) La experiencia duró seis años, hasta la deposición de Rodríguez Lara en enero de 1976, debido a la presión terrateniente. A partir de entonces se desató la lucha entre los grupos económicos dominantes por la utilización de la renta petrolera como fuente de acumulación privada (...) Esta ingobernabilidad fue un contexto favorable a la aparición del movimiento indígena. Los efectos directos de la explotación petrolera, localizada en la Amazonía, explican que en Ecuador el movimiento indígena amazónico haya sido el más temprano, radical y políticamente autónomo respecto a los otros dos países andino-amazónicos (Lalander y Ospina, 2012: 25), debido a su experiencia más temprana de despojo y desplazamiento de sus territorios y de los efectos contaminantes de la extracción de petróleo” (pp. 68-69).

menos en el lado ecuatoriano, en donde actualmente se estima que quedan alrededor de 500 personas.

Una situación similar ocurre con los Secoya, cuya población era de aproximadamente 12.000 personas a principios del siglo XX. Esta disminuyó considerablemente debido a la presencia de enfermedades y la esclavitud a la que fueron sometidos durante el apogeo del caucho. En 2001 se calculó que su población era de 700 personas distribuidas entre el territorio peruano y ecuatoriano (338 aproximadamente).

Ahora bien, tras estas consideraciones, y con el despojo y deterioro del entorno amazónico, consecuencia de la irrefrenable penetración petrolera, las organizaciones indígenas en Ecuador constituyen sin lugar a dudas una vanguardia regional, desde la conformación de la Ecuarunari en 1971 (que agrupó a las federaciones shuar), hasta la constitución de la CONFENIAE (Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana) en 1980, con una clara agenda étnica y de defensa territorial, siendo cofundadora de la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA) en 1984 y de la CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) en 1986.

LA CONFENIAE promueve una agenda de defensa de la etnicidad y el territorio que, como veremos más adelante, a diferencia de otras agrupaciones, ha logrado, a base de movilización, incorporar sus demandas a la agenda nacional, incluso siendo uno de los pilares en la caída de gobiernos de la década de los noventa.

Esta tradición organizativa articuló desde muy temprano, en el caso ecuatoriano, la defensa del Estado plurinacional, demanda que fue alcanzada en el Constitución de 2008 después de un largo proceso de lucha que inició en la década de los noventa como eje articulador de la movilización indígena nacional pero que tiene como antecedente las demandas entorno a la autodeterminación de los pueblos Shuar desde las primeras décadas del siglo XX y la autodenominación de estos grupos como nacionalidades, marcando distancia de los mecanismos de

campesinización de los indígenas andinos, inmersos en procesos de reforma agraria⁸⁶.

Ahora, en el caso de la organización indígena peruana, en tanto orientación étnica, encontramos un importante antecedente de convergencia en el Congreso Amuesha, integrado en 1969 por las comunidades del pueblo Yanesha, el cual permitió la creación de la Federación de Comunidades Nativas Yanesha (FECONAYA) en 1981.

En la década de los setenta, bajo el Estado de orientación nacional popular de Velasco Alvarado (1968-1975) y sus políticas de corte indigenista mediante las cuales se reconoció la existencia legal de las comunidades indígenas y la propiedad de la tierra, se genera un ambiente propicio para la creación de otro tipo de organizaciones, principalmente en la región amazónica⁸⁷. Sin embargo, es solo hasta 1980 que se funda una organización de alcance nacional como la Asociación Interétnica para el Desarrollo de la Selva Peruana (Aidesepe), la cual logró articular a 60 organizaciones regionales del oriente peruano.

Ahora bien, al igual que en Ecuador, no podemos desligar la articulación y defensa organizada de las nacionalidades indígenas de la presencia en este primer momento de grupos externos como los miembros de la iglesia progresista (teología de la liberación), organizaciones de cooperación internacional y, paradójicamente,

⁸⁶ Al respecto, Fabiola Escárzaga (Ibíd.) señala lo siguiente: “Las reformas agrarias de 1964 y 1973 impusieron en Ecuador, como ocurrió en los otros países andinos, la denominación de campesinos a los indígenas de tierras altas, lo que llevó a la reducción de sus luchas a la demanda agraria, tal denominación prevaleció hasta los años 80. No obstante, en fecha tan temprana como 1964, la Federación de Centros Shuar de la Amazonía planteó como objetivo de la organización “la autodeterminación del grupo Shuar en un nuevo concepto de Estado Ecuatoriano Pluralista” y “la autosuficiencia económica, como la base de un desarrollo libre de presiones e influencias” (Almeida, 2008: 112). Retomando así lo planteado en los años 40 y aprovechando el marco jurídico internacional que comenzaba a elaborarse. Durante los años 80, la autodenominación de nacionalidades indígenas tomó carta de naturalización en Ecuador. El concepto de nacionalidad fue utilizado desde el I Congreso de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía de 1980 (López, 1993: 112)” (pp. 72-73).

⁸⁷ Por ejemplo, la organización Kichwaruna Wangurina (ORKIWAN), en el río Napo; el Consejo Aguarana Huambisa (CAH), con presencia en las cuencas de los ríos Marañón, Santiago, Nieva, Cenepa y Chiriyacu; la Central de Comunidades Nativas de Producción y Comercialización Agropecuaria del Perené (CCNAPCAPE), ubicada en la selva central; la Federación de Comunidades Nativas del Ucayali (FECONAU), que agrupaba a las comunidades shipibas, cacataibo y cocamas; y la organización Ijumbau Chapi Shiwag, con presencia de los pueblos Awajun, Shapra y Chayahuita en el Marañón.

algunos de los que más impacto tienen en los procesos de aculturación, los grupos religiosos protestantes.

Por su parte, los antecedentes de la movilización indígena en Bolivia son quizá los más importantes de la región andina, dado su nivel de impacto en la esfera nacional, su capacidad de movilización y el nivel de influencia que los movimientos surgidos en tierras altas, ampliamente organizados, lograrán sobre el movimiento indígena amazónico. Por ejemplo, luego de las rebeliones dirigidas contra la corona española por Tupak Katari, uno de los iconos de la lucha indígena más importantes del país fue el indígena Zarate Willka, quien lideró importantes rebeliones a finales del siglo XIX⁸⁸.

En este sentido, al igual que en el resto de países andino amazónicos, la predominancia de una filosofía originada en la sierra (aimara) para reivindicar las demandas de equidad y de participación política tendrán sin duda su ascendente más importante en la defensa del territorio, con la salvedad de que esta relación tiene que ver con un rol más de clase (sindicalismo) que étnico.

Sin embargo, la forma de organizarse (confederación) va a ser replicada también en las tierras bajas en lo que a la postre se convertirá en la Confederación Indígena del oriente, Chaco y Amazonia de Bolivia (CIDOB-1982), la Asamblea del Pueblo Guaraní (APG-1987) y la Coordinadora de Pueblos Indígenas del Beni (CPIB-1991), todas con una importante articulación a la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB-1979).

Las organizaciones indígenas en Bolivia tuvieron un rol fundamental en la conformación del nuevo estado Plurinacional de Bolivia, es decir, fueron las artífices

⁸⁸ El indígena aimara Pablo Zarate Willka se unió al bando liberal con propuestas de reivindicación de la tierra e igualdad de derechos, durante la Guerra Federal de 1898, como líder de un ejército aimara, el cual protagoniza sangrientos enfrentamientos con las fuerzas conservadoras, declarando la instalación de un autogobierno quechua-aymara, reivindicando el planteamiento de Túpac Katari, quien en 1781 había buscado el establecimiento de un gobierno indio, pero también demostrando un profundo nacionalismo que postulaba la regeneración de Bolivia y la convivencia equitativa de blancos e indígenas. Cuando Zarate Willka entra a Oruro reclamando la devolución de tierras indígenas, es detenido junto a 90 líderes comunales que lo acompañaban. El mismo ejército federal para el cual habían combatido y cuyo triunfo significó al menos 20 años de gobierno liberal los torturó y apresó.

de una movilización anti sistémica cuya base ideológica era propia y que consiguió arrebatarse a los sectores medios, blancos y mestizos la posición de interpelación al proyecto estatal retomando, como señala Escárzaga (2016)⁸⁹, corrientes de pensamiento que fueron producto de su propia experiencia histórica (katarismo e indianismo) y en el marco de una lucha antisistémica contra el paradigma multiculturalista.

La irrupción del sujeto indígena en Colombia y Venezuela

En el caso colombiano la movilización indígena empieza a cobrar fuerza e independencia de la movilización campesina bajo la bandera de las reivindicaciones étnicas y la defensa del territorio, con la creación de organizaciones como el Consejo Regional Indígena del Cauca, en 1971. Esta organización es una de las dos de América Latina que cobra importancia en ese periodo por su orientación étnica, la otra es la Ecuarrunari (Confederación de Pueblos de la Nacionalidad Kichwa de Ecuador), creada en 1972⁹⁰.

En este sentido, la movilización indígena colombiana, como en el resto de la región, tiene predominancia en la sierra y, como en el caso boliviano, ecuatoriano y peruano, los primeros antecedentes de su articulación tienen una raíz

⁸⁹ “Las reivindicaciones indígenas y populares de los sectores aymaras del altiplano y quechuas de los valles se formularon a fines de los años 90 de una manera intuitiva y espontánea sobre la base del discurso indianista radical de Reinaga, en la praxis de la impugnación al sistema capitalista globalizado y sus efectos perniciosos concretos, en un momento en que el neoliberalismo había logrado la hegemonía ideológica sobre los sectores medios e intelectuales, únicos capaces de acceder a la expresión pública de su pensamiento, y cuando el paradigma socialista había sido derrotado y sepultado como proyecto alternativo. El programa de transformación radical no tuvo el andamiaje teórico y jurídico ni la claridad sobre los nuevos rumbos posibles, como no lo tuvieron otros sectores subalternos en el mundo en esos momentos. Se formuló en buena medida a partir de la impugnación que hicieron los sectores indígenas del discurso y del paquete de reformas multiculturales, porque ellas atentaban contra la estructura comunitaria, base de su reproducción material y cultural. Había claridad sobre lo que se impugnaba pero no sobre la forma alternativa de la sociedad ni sobre la manera en que se podía transitar a ella. Lo que más tarde facilitaría su reemplazo por el programa de Morales” (Escárzaga, *Ibid.*, pp. 77-78).

⁹⁰ Si bien en el Ecuador la primera organización indígena se crea en 1944 bajo la denominación de Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) y la dirección de una mujer indígena, Dolores Cacuango, esta organización tiene una orientación marcadamente clasista, puesto que forma parte del Partido Comunista Ecuatoriano. De hecho, más adelante, organizaciones como la Ecuarrunari se crean con la intención de marcar distancia con los procesos de campesinización promovidos hacia el sector indígena desde agrupaciones como el Partido Comunista y la FEI.

marcadamente andina y están enfocados a promover reformas agrarias que permitan sentar las bases para la justicia social en regímenes eminentemente conservadores en los que el indígena de la sierra tiene un particular sentido de clase, vinculado a la tenencia y producción de la tierra.

Estas reivindicaciones de justicia social, para el caso colombiano tienen un importante antecedente en las luchas del indígena Manuel Quintín Lame, originario de Popayán (Cauca), quien lideró movilizaciones en defensa de la tierra y de la identidad del pueblo Páez o Nasa (indígenas de la zona andina) entre 1920 y 1930. Quintín Lame inspiró la formación de la primera guerrilla indígena de América Latina, la cual operó en el Cauca entre 1980 y 1991.

De la misma manera en el caso de Venezuela, la década de los setenta fue escenario de la articulación de la movilización indígena con orientación étnica, en este caso, ligada a la reivindicación de los derechos de las comunidades apostadas en estados amazónicos como Bolívar y Amazonas, en donde se concentra el mayor porcentaje de población indígena (casi un 50%).

Es así que en 1973 se crea la Federación Indígena del Estado Bolívar (FIB), la cual impulsa la fundación del Consejo Nacional Indígena de Venezuela (Conive) en 1989⁹¹. Aunque en la década de los noventa estas organizaciones tuvieron un rol importante en la lucha por el reconocimiento constitucional de derechos como la tierra y la identidad étnica, su grado de impacto a nivel de la esfera política nacional ha sido mucho menor, a diferencia de países como Ecuador, Perú y Bolivia, como se analizará más adelante.

⁹¹ Como lo señala Donna Lee Van Cott (2002: 44) “La federación indígena más antigua e institucionalizada es la Federación Indígena del Estado Bolívar (FIB) fundada en 1973. Ésta fue la principal responsable de la formación, en 1989, del Consejo Nacional Indígena de Venezuela (Conive) que pasó a integrarse a la Confederación Campesina dominada por el partido Acción Democrática (AD).

Pueblos indígenas de la Amazonía hispana: ¿quiénes son y cuántos quedan?

Ahora bien, es indispensable conocer cuáles son las etnias que están distribuidas en el territorio amazónico para poder estructurar un relato que más adelante nos va a permitir entender las particularidades de cada movilización así como de las organizaciones que se opondrán a las avanzadas extractivas.

En este contexto, hay que partir del entendido de que la población indígena amazónica constituye la minoría de las poblaciones indígenas del total nacional, prácticamente en todos los casos. Sin embargo, por sus características y distribución geográfica, sus movilizaciones y organización política serán de particular relevancia en el último cuarto del siglo XX.

En el caso de Ecuador, según el último Censo Nacional, realizado en 2010, el 7%⁹² de la población se auto reconoce como indígena. Además, en el país se identifican al menos catorce nacionalidades indígenas, de las cuales trece (excepto los Chachis) se ubican en provincias amazónicas. Estas nacionalidades son Kichwa, Shuar, Achuar, Andoa, Awa, Tsáchila, Waorani, Cofan, Shiwiar, Secoya, Siona, Zápara y Epera (INEC, 2010: 17).

El mayor porcentaje de población indígena pertenece a la nacionalidad Kichwa (85,9%), distribuida entre la Sierra y la Amazonia, y en segundo lugar se encuentra la Shuar con el 9,4% de la población indígena, nacionalidad que se ubica a lo largo de toda la región amazónica⁹³.

⁹² Esta cifra siempre resulta polémica en relación al posicionamiento de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), la cual sostiene que la población indígena del país llega al menos a un 30%, como se señala en la publicación “Nacionalidades y pueblos indígenas, y políticas interculturales en Ecuador: Una mirada desde la educación”, de la Unicef, en colaboración con el Ministerio Coordinador de Patrimonio del Ecuador.

⁹³ Cabe destacar, que los grupos indígenas del Ecuador también se autoreconocen bajo la categoría de pueblos, en tanto “colectividades, conformadas por comunidades o centros con identidades culturales que comparten una historia común, un sentido de pertenencia local y una propia forma de vivir su cultura, hablan una lengua común, comparten una cultura, una historia y aspiraciones comunes que les distinguen de otros sectores de la sociedad ecuatoriana” (INEC, 2010:33), sin embargo, esta autoidentificación de “pueblo” alcanza a comunidades que se ubican únicamente en la sierra y la costa ecuatorianas. En el caso de los grupos amazónicos, asumieron desde 1980 la

Por otro lado, la reciente campaña nacional e internacional para la no extracción de petróleo en el Parque Nacional Yasuní, posicionó en la opinión pública la existencia, en este territorio, de dos grupos indígenas no contactados, los Tagaeri y los Taromenane (sub grupos de la nacionalidad Waorani), los últimos de los que se tiene conocimiento que viven en la Amazonía ecuatoriana bajo condiciones de aislamiento voluntario.

En Perú, el Censo de 2017 realizado por el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) determinó que el 24,9% de la población se auto identifica como indígena u originaria de los Andes, y se encuentra distribuida en todos los departamentos del país, principalmente en Lima, Puno y Cusco; mientras que el 0,9% se asumió como indígena u originaria de la Amazonía, con presencia principalmente en Loreto, Ucayali, Junín, Amazonas, entre otros departamentos (INEI, 2018: 11)⁹⁴.

Ahora bien, según el Mapa Etnolingüístico de Perú (INDEPA, 2010), en ese país existen 77 etnias, de las cuales al menos cinco se encuentran en la sierra y el resto en la Amazonia⁹⁵, aunque en muchos de los casos no se cuenta con información de la cantidad de integrantes de estas etnias.

En términos cuantitativos, la etnia más grande es la de los quechuas (3,3 millones de personas) y aymaras (alrededor de 450.000 personas), ubicados principalmente en la Sierra. Adicionalmente, en Perú se han identificado siete pueblos en aislamiento voluntario: Matsiguenga, Yine, Amaraeri, Iscobaquebu, Morunahua, Yaminahua y Yora.

autodenominación de nacionalidad, en el marco de la demanda por el reconocimiento a la autodeterminación de sus pueblos.

⁹⁴ La metodología del Censo establece esta distinción en su tabulación de la información, entre población indígena de los Andes y población indígena de la Amazonia.

⁹⁵ Por ejemplo, Achuar, Amahuaca, Arabela, Ashaninka, Asheninka, Awajún, Bora, Capanahua, Cashinahua, Chamicuro, Chapra, Chitonahua, Ese eja, Harakbut, Ikitu, Iñapari, Isconahua, Jíbaro, Kakataibo, Kakinte, Kandozi, Kichwa, Kukama kukamiria, Madija, Maijuna, Marinahua, Mashco Piro, Mastanahua, Matsés, Matsigenka, Muniche, Murui-muinani, Nahua, Nanti, Nomatsigenga, Ocaina, Omagua, Resígaro, Secoya, Sharanahua, Shawi, Shipibo-konibo, Shiwilu, Tikuna, Urarina, Vacacocho, Wampis, Yagua, Yaminahua, Yanasha, Yine.

En lo que respecta a Colombia, el Censo Nacional de Población y Vivienda de 2018 estableció que un 4,4% de la población se auto reconoce como indígena. Además se identificaron 115 pueblos indígenas nativos⁹⁶, siendo los más numerosos los Wayuu, Zenú, Nasa y Pastos, los cuales concentran el 58,1% de la población indígena del país. Los dos primeros se ubican en la región Guajira y Caribe y, los restantes, en la zona andina y pacífica. Por otra parte, el Censo establece la existencia de tres pueblos amazónicos en aislamiento voluntario: Jurumi, Passe y Yuri (DANE, 2019).

Aunque el Censo no identifica la distribución de etnias por región, el Sistema Nacional de Información Cultural del gobierno colombiano establece la existencia de 26 etnias indígenas en el Estado de Amazonas, con una población aproximada de 47.000 personas. En esta región se destacan 14 familias lingüísticas, siendo las más numerosas las Tukano, Arawak, Tikuna, Huitoto y Tupí.

En el caso de Bolivia, el Censo Nacional de Población y Vivienda de 2012 dio como resultado que un 41% de la población se auto identificó con alguno de los 36 pueblos indígenas reconocidos por la Constitución Política del Estado⁹⁷. Un hecho interesante es que el Censo estableció como opciones únicamente la identificación o no de la población con dichos pueblos⁹⁸, lo cual resultó en una disminución del porcentaje de la población que se asume como indígena, a diferencia del Censo del 2001, cuando la población indígena se ubicó en un 62%.

⁹⁶ Entre ellos, Achagua, Amorúa, Andoke, Arhuaco, Arzario, Awá, Bara, Barasana, Barí, Betoye, Bora, Cañamomo, Carapana, Chimila, Chiricoa, Cocama, Coreguaje, Coconuco, Coyaima, Desano, Dujo, Emberá, Emberá Chamí, Emberá Katío, Eperara Siadipara, Guambiano, Guanaca, Guane, Guayabero, Hitnü, Inga, Kawiyarí, Kamëntsa, Kankuamo, Karijona, Kichwa, Kofán, Kogui, Kubeo, Kuiba, Kurripako, Letuama, Makaguaje, Makuna, Masiguare, Matapí, Miraña, Mokaná, Muisca, Nasa, Nonuya, Nunak, Ocaina, Pasto, Piaroa, Piratapuyo, Pisamira, Puinave, Sáliba, Senú, Sikuaní, Siona, Siriano, Taiwano, Tanimuka, Tariano, Tatuyo, Tikuna, Totoró, Tsiripu, Tucano, Tule, Tuyuka, Tzase, Uitoto, U'wa, Wanano, Waunan, Wayuu, Yagua, Yanacona, Yaruro, Yauna, Yuko, Yukuna, Yuri y Yurutí.

⁹⁷ Estos pueblos son: Araona, Aymara, Ayoreo, Baure, Canichana, Cavineño, Cayubaba, Chacobo, Chipaya, Chiquitano Esse Eija, Guaraní, Guarasugwe, Guarayo, Itonama, Joaquiniano, Kallawaya, Leco, Machinerí, Maropa, Mojeño, Moré, Mosestén, Movima, Murato, Pacahuara, Quechua, Sirionó, Tacana, Tapiete, Tsimane (Chimán), Weenayek, Yaminahua, Yuki, Yuracaré, Yuracaré - Mojeño.

⁹⁸ El Censo no incluyó la opción de auto identificación como mestizo, puesto que en palabras del Vicepresidente del Estado boliviano, Álvaro García Linera, el reconocimiento de una nación mestiza implica el encubrimiento del etnocidio. Por tanto, las opciones de respuesta fueron señalar con qué pueblo indígena se identifica, o, a su vez, indicar que no pertenece a ninguno de ellos.

Es importante destacar que los pueblos indígenas más importantes, por el tamaño de su población, son los quechuas y aimaras, ubicados en tierras altas, los cuales abarcan alrededor de un 80% de la población indígena, superando, cada uno, el millón de personas. En lo que respecta a tierras bajas, los tres pueblos indígenas más representativos son los Chiquitanos, Guaranís y Moñejos (INE, 2013).

Por otra parte, en Bolivia se han identificado cinco pueblos en aislamiento voluntario: Toromonas (familia Takana), Ayoreo (familia Zamuco), Yuqui (familia Tupí-guaraní), Pacahuara (familia Pano) y Ese Ejja (familia Takana). También se han identificado cinco pueblos más en semi aislamiento voluntario: Chácobo (familia Pano), Araona (familia Takana), Yuracaré (Lengua no clasificada), Mosekene (familia Mosekén) y Tsimane (familia Mosekén).

Finalmente, al hablar de la población indígena en Venezuela se debe considerar el Censo de Población y Vivienda de 2011 que indica que la población indígena total del país constituye el 2,9%, agrupada en 34 grupos étnicos, repartidos en Zulia (61,2%), Amazonas (10,5%), Bolívar (7,5%), Delta Amacuro (5,7%), Anzoátegui (4,7%), Sucre (3,1%), Monagas (2,5%), Apure (1,6%), Nueva Esparta (0,3%), Lara (0,3%) y otras entidades (2,6%) (INE, 2011).

Lo anterior indica que, en términos cuantitativos, la mayoría de población indígena se ubica en un estado no amazónico (Zulia), aunque en términos de diversidad, es la región amazónica (estados de Amazonas y Bolívar) en donde encontramos una mayor cantidad de familias lingüísticas. De esta forma, el pueblo indígena más numeroso de Venezuela corresponde a los Wayuu, emparentados lingüísticamente con los Añú, los cuales junto con los Barí de la etnia Chibcha, viven en Zulia.

Por otro lado, los Wanikua, los Baniva o Kurripako y los Piapoco viven en territorios amazónicos. Estos grupos indígenas constituyen el sector más grande de la Amazonia, aunque no propiamente el más diverso, característica que les corresponde a otros pueblos que han ocupado históricamente la región amazónica:

los pueblos caribes y amazonas como el Pemon, el Kariña, el Panare, el Yukpa, el Chaima, el Japrería, el aquiritare o Yekuana, el Akawayo, el Yabarana y el Mapoyo.

En la Amazonía venezolana también encontramos la presencia de los pueblos Yanomami (emparentados con los Sanema), los Tupíes, los Saliva, los Wottuja-Piaroa, los Cuiba o Wamonae. En la zona amazónica ubicada en la frontera entre Guayana y Brasil habitan las etnias Makú con los grupos Puinave y Hoti.

En la región también encontramos pueblos sin una conexión y emparentamiento lingüístico claro como los Waraos, quienes constituyen el segundo grupo étnico más numeroso después de los Wayu, y los Pumé. Cabe destacar que bajo esta condición de no emparentamiento étnico ni lingüístico se ubican un gran número de grupos en el borde la extinción o ya prácticamente extintos por la edad muy avanzada de sus hablantes. Esta condición de extinción de la etnicidad amazónica de los grupos aislados es común a prácticamente todo el territorio, pero se acentúa en países como Venezuela, Perú y Brasil, debido a la presencia de agentes externos.

Es importante tener en consideración que pese al reducido número que, de manera global representan este crisol de nacionalidades indígenas amazónicas, al menos en comparación con los pueblos de la sierra (Andes), su diversidad e importancia histórica y cultural no tendría que estar emparejada directamente con su proporción numérica pues más allá de la innegable presión que ha representado históricamente los siglos de colonización sobre sus territorios, los pueblos que quedan, han conseguido, ya sea por adaptación o por aislamiento, resistir, no sin grandísimas pérdidas ante la presencia de agentes externos.

La influencia de las misiones en los primeros procesos de organización indígena

Frente a los diversos procesos de colonización, interna y externa, los pueblos amazónicos han desarrollado mecanismos y herramientas que les permiten “contrarrestar” de manera legal o por vía de la movilización, los innumerables

agravios que incluso en la actualidad se comenten contra ellos. En este contexto, la segunda mitad del siglo XX, fue escenario de la formación de los primeros movimientos indígenas amazónicos que, como veremos, están aparejados directamente a agentes externos (grupos misioneros, especialistas y estudiosos, y organizaciones no gubernamentales).

En el caso de la Amazonía ecuatoriana, el proceso de colonización ha sido constante, tanto por la presencia de caucheros como de misioneros, comerciantes y colonos que desde los primeros años del siglo XX se aventuraron a ocupar estos territorios, no obstante, no fue sino hasta la década de los cincuenta que esta penetración se aceleró, incrementando su presión sobre el territorio, debido en un primer momento a los conflictos limítrofes y, posteriormente al auge del petróleo⁹⁹.

Sobre finales de la década de los cuarenta, durante la presidencia del Galo Plaza, las constantes tensiones políticas y limítrofes con el Perú, dieron origen a un desplazamiento de consideración hacia la región amazónica que, en un contexto regional, se enmarcaba en la lucha por el control de las zonas petroleras de la cuenca amazónica.

La penetración de la Amazonía estuvo encabezada por el ejército y se mantuvo constante más o menos de 1940 a 1960, periodo que coincide con la masiva llegada de las petroleras. A la par de este proceso, se empiezan a articular acciones de respuesta por parte de los pueblos indígenas en cooperación con las organizaciones religiosas, lo cual posteriormente les permitió constituir sus núcleos de organización política y movilización social.

En tal sentido, si bien la presencia de los grupos evangelizadores está directamente relacionada con la aculturación y la ruptura del paradigma amazónico

⁹⁹ La actividad de explotación petrolera empezó temprano en la Amazonia ecuatoriana con la llegada de la Compañía Royal Dutch Shell Oil en 1920, la cual atrajo trabajadores de todo el país para el desmonte y perforación de pozos y promovió la construcción de la carretera Baños-Shell- Puyo. Aunque la compañía abandonó el país en 1959, la actividad extractiva no cesó pues en el 1964 se instaló en la región la transnacional Texaco, la cual operó hasta 1990. Este proceso implicó un nuevo mecanismo de colonización basado principalmente en la asimilación de la población nativa.

original, también constituye la base de las primeras semillas de la organización y defensa de estos pueblos.

Así, la década de los cincuenta y sesenta fueron cruciales para la Amazonía ecuatoriana pues como en su momento sucedió con el caucho, el petróleo representó la incorporación de la región amazónica ecuatoriana al proyecto de Estado nación (modernizador y capitalista) desde un rol extractivo y desestructurante de las dinámicas propias de reproducción del territorio amazónico. Esta relación se ha mantenido hasta la actualidad cobrando cada vez mayor fuerza pese a las evidentes consecuencias de la explotación de hidrocarburos en la región. Como lo señala Lucy Ruiz Mantilla (1992), la llegada del boom petrolero cambió la cara de la región amazónica ecuatoriana de manera definitiva:

Tenemos entonces que un nuevo panorama en torno a nuevos actores y a una nueva actividad capitalista comenzaba a configurarse en la región debido a la presencia de compañías petroleras, colonos misioneros y aventureros. Por la selva impenetrable comenzaban a abrirse paso “el progreso”, con la construcción de la primera carretera Baños-Shell-Puyo (1920-1962) y en ella cada campamento se convertía en un pueblo. Entre la selva también se levantaron las primeras torres de perforación (...) los primeros aeropuertos y hospitales (Shell Mera). Todo resultaba coherente porque esta vez la colonización instauraba una nueva etapa. No asumía como en otras ocasiones el desplazamiento o liquidación violenta de los pueblos indígenas, tal como lo hiciera sobre todo el capital cauchero. De lo que se trataba era de integrar por la vía “pacífica” – lo que no por ser más sutil resultaba menos radical- y para conseguirlo era primordial el despojo de la tierra y la descomposición de su cosmovisión a través de la evangelización, que provocará la pauperización, la homogenización del idioma, el vestido, los ritos, mitos y demás prácticas tradicionales. El objetivo de construir la nación ecuatoriana descomponiendo las nacionalidades indígenas “parecía” estar cerca de cumplirse (pp. 267-268).

Como ya se mencionó antes, este periodo estuvo marcado por la expansión de grupos misioneros en toda la región (Ecuador, Colombia, Perú, Venezuela y Bolivia), algunas veces católicos, pero en la mayoría de los casos evangélicos-protestantes. Este fenómeno y la paulatina expansión de los colonos en la región van a generar al interior de los pueblos indígenas una lenta pero constante transformación de sus modos de vida, derivada del contacto con los agentes

externos, así como la introducción de nuevas enfermedades y una reconceptualización del trabajo y el valor.

Cabe señalar que este fenómeno de penetración se potencializó con la reconstitución de la narrativa mítica sobre el territorio amazónico, que iba de la hostilidad de su entorno a su caracterización como una tierra de oportunidades. Por ejemplo en el caso colombiano, la colonización del Caquetá estuvo acompañada por la construcción simbólica que hizo del territorio el periódico El Caquetá, en donde se publicaron varios artículos para cambiar la idea de territorio hostil y baldío al de un paraíso terrenal, para lo cual se utilizó un lenguaje religioso:

La tradición indígena que ha llegado hasta nosotros nos pinta en esculturas a los viejos indios como fieles retratos de los que hoy continúan su raza y cuya vista me sugiere las siguientes reflexiones: hijos del Caquetá que a poco vivais cual los dueños del paraíso terrenal; sabed que aún no se ha descubierto el punto donde con precisión se diga: aquí vivieron Adán y Eva.

Para mi modo de imaginar la patria de nuestros primeros padres el paraíso terrenal tuvo su semejanza con vuestro territorio, o mejor: el Caquetá robó al paraíso perdido sus misteriosos bosques con sus flores, sus perfumes y su fauna (El Caquetá, 1916)

Esto se corresponde con la presencia de las misiones, principalmente capuchinas, en los territorios del Caquetá y Putumayo, la cuales, desde finales del siglo XIX habían marcado el rumbo de la colonización, en función de la imposición de lo que estos y los estados que los auspiciaban consideraban como el ideal cristiano de progreso y construcción de la nacionalidad, como lo señaló en su conferencia el sacerdote Rafael María Carrasquilla (1912), respetado intelectual conservador de la época:

[La presencia de las misiones ha sido] el trabajo a favor de la civilización universal, del progreso del humano linaje, y es obligación sagrada que nos impone el patriotismo; porque hay que hacer ciudadanos a los salvajes de hoy; preciso es que flote el tricolor glorioso en todas las regiones de la nación, que estén poblados los límites de Colombia para lograr defender nuestras fronteras (p.25).

Bajo este entendido, el gobierno colombiano institucionalizó el poder político de la iglesia en los territorios amazónicos del Caquetá y el Putumayo con normativas

como el Reglamento para el Gobierno de Indígenas (1908), en donde se establecía la autoridad del prefecto apostólico sobre autoridades locales como gobernadores y alcaldes, así como la facultad de sancionar las faltas morales, religiosas (no acudir al culto, por ejemplo) o económicas de los indígenas (no prestar su mano de obra gratuita para los trabajos de agricultura de la misión).

Así mismo, la Ley 1484 de 1914 otorgó a la autoridad apostólica la atribución de repartir los terrenos de la región, para lo cual los pueblos indígenas fueron tomados en cuenta bajo la figura de colonos, teniendo derecho a una cantidad limitada de tierra. Estos mecanismos normativos, aunados a la educación y la evangelización (centros de catequesis) fueron las principales estrategias de colonización del territorio. Las autoridades misionales tuvieron la facultad, además, de emprender y dirigir nuevas expediciones hacia el interior del territorio.

En este contexto la misión de los Estados nación del bloque andino amazónico consistía en establecer un proceso de ocupación del espacio dentro de un marco institucional y de valores (religión) afín a los proyectos estatales. En este sentido no podemos olvidar el carácter conservador, por ende religioso, que tenían las elites políticas más o menos hasta mediados del siglo XX.

Bajo este contexto se puede establecer una lectura de la selva como espacio de libertad en el que, desde la perspectiva estatal, se tenían que definir reglas claras y métodos de acción, opuestos al ser intrínseco del nativo que, desde las concepciones del Estado, no contenía la potencialidad de ciudadanía. Tenía primero entonces que ser evangelizado, educado y sedentarizado.

Por tanto, colonización y religión irán de la mano, estableciendo con ello nuevos vínculos de ocupación espacial y nuevas relaciones sociales. No hay que olvidar que tras el auge cauchero que dejó a la región amazónica desestructurada y maltrecha, el sentido de las misiones era “restablecer” el orden.

Así, la presencia de agentes externos en esa primera oleada (finales del siglo XIX y mediados del XX) inauguró un lento pero constante proceso de colonización en el que los habitantes amazónicos desarrollaron modos de ser particulares que,

en su aislamiento, y derivados del contacto con los pueblos nativos, estructuraron una identidad criollo amazónica, la cual es importante considerar, para este punto, como un elemento clave, pues estos agentes externos paulatinamente se fueron convirtiendo en partes integrales de la historia de la región, algunas veces en oposición a los pueblos indígenas y, otras, en conjunción con estos, incluso para la defensa de los territorios de ocupación común. En relación a este tipo de colono, Kuczynski-Godard (1944), señala que:

La vida amazónica, tal cual se presenta hasta ahora, se ha formado a raíz del derrumbe catastrófico de la explotación del jebe. Se ha formado a raíz de la pobreza de los colonos y de este estilo indio-mestizo, de la vida que corresponde estrechamente a la naturaleza amazónica. Sus elementos o moléculas son los grupos familiares que forman grandes familias de singular importancia, por su origen, su composición y sus consecuencias. Es la agrupación de un hombre con una mujer, con los hijos que tienen y cada uno tuvo en uniones anteriores, con hijos adoptivos y simples “cholos” criados. Y es una cooperativa primitiva con prerrogativas para algunos miembros y mucho trabajo para otros. Todas estas moléculas de la sociedad amazónica fueron esencialmente “idénticas” (p. 13).

En el caso de la Amazonía boliviana es innegable el papel de influencia del Instituto Lingüístico de Verano, el cual llega a este territorio en 1954 para completar el trabajo de colonización iniciado por otros grupos evangélicos durante la época del caucho, los cuales no lograron la inserción plena en la dinámica económica de etnias como los chabocos o los panos meridionales.

En este sentido, la lógica de la evangelización amazónica se emparejaba con el afán colonizador del Estado boliviano, el cual tuvo la particularidad de haber experimentado un despoblamiento de buena parte de sus colonos para nutrir las filas del ejército en la Guerra del Chaco (1932-1935). Así, la evangelización que se desarrolló en este periodo buscó la consolidación de nuevos asentamientos y el reordenamiento territorial.

Por su parte, la presencia de grupos evangélicos o protestantes en la Amazonía venezolana la encabezó la organización religiosa estadounidense Nuevas Tribus, financiada por el Instituto Lingüístico de Verano, la cual llegó a

territorio venezolano en 1946, aunque tuvo presencia también en países como Colombia, Bolivia y Paraguay. En el caso de Venezuela se ubicó en la región del Casiquiare y Río Negro, zona sur del país, específicamente en la Amazonía, y de ahí se extendió hacia Guayana.

En 2005, cuando la misión fue expulsada de Venezuela, bajo la acusación de espionaje industrial, salieron a la luz las acciones de este grupo en torno a la aculturación de las etnias venezolanas e incluso se denunció su participación en acciones de caza y esclavitud de habitantes indígenas, incluidos pueblos no contactados, lo cual evidenció la terrible vulnerabilidad en la que se encuentran estos grupos aislados en un vastísimo territorio.

En el oriente peruano, al igual que en el resto de países, la actividad misional ha sido permanente desde la época colonial, con una particular revitalización durante el periodo del boom cauchero, cuando llegó al territorio una nueva penetración misionera encabezada, en primer lugar, por los agustinos y luego los dominicos, cuya intención primordial fue la “protección” del indígena, víctima de los caucheros a principios del siglo XX, aunque hubo una franca colaboración con el Estado para la pacificación de la población indígena en el marco de un periodo caracterizado por la consolidación del Estado nacional y la ampliación de la frontera extractiva.

Por otra parte, en 1946 llega a Perú el Instituto Lingüístico de Verano, para trabajar en un primer momento en la zona andina de Puno y, posteriormente, trasladarse a la selva para concluir con la labor civilizatoria de las misiones religiosas anteriores, puesto que tanto su ingreso al territorio, como la del Instituto tuvieron un impulso directo del Gobierno como parte de un proceso colonizador, esto al menos hasta la década de los 70, cuando el Estado de matriz nacional-popular los sustituyó por otro tipo de mecanismos de “integración” nacional¹⁰⁰.

¹⁰⁰ “En Yarinacocha (Pucallpa) se sentó las bases para el establecimiento del campamento del ILV. Efraín Morote Best, como representante del gobierno de turno, participó en las coordinaciones de los estudios en la Amazonía. El primero de enero de 1958, desde Yarinacocha, mediante una misiva firmada por el fundador del ILV se informaba a Luis E. Valcárcel, que una maestra del grupo Ocaina había desaparecido en el río Ampiyacu tragada por una boa mientras pescaba de noche. En esa

En el caso de Ecuador la penetración misionera y la apertura de escuelas bilingües permitieron desarrollar elementos de aculturación constante para los pueblos amazónicos. Como se había señalado, en 1964 se crea la Federación Shuar con la finalidad de construir los mecanismos legales para la defensa del territorio y contra el acoso de los colonos que era constante desde los primeros años del siglo XX¹⁰¹.

La influencia misional en los procesos organizativos de este país duró aproximadamente veinte años, más o menos desde la llegada del Instituto Lingüístico de Verano a Ecuador en 1947 hasta la década de los setenta cuando la organización indígena empieza a cobrar una mayor independencia en sus reivindicaciones y demandas.

El desarrollismo y la recolonización del territorio amazónico

La colonización se consagró como el método más efectivo para aglutinar los valores nacionales en estas regiones de frontera, es decir, era el medio junto con la religión mediante el cual Perú, Ecuador, Bolivia, Venezuela y Colombia e incluso

misma misiva, decía además, que había seguido por aire, en avioneta, la ruta de Orellana, por el río Amazonas. Manifestó su admiración por la naturaleza. También da otro dato importante diciendo que Tariri jefe de los Shapras manifestaba su aceptación a la presencia de los miembros del ILV: «...aunque yo antes pensaba sólo en matar y cortaba cabezas, dejé esa costumbre y ahora vivo bien». De la cita podemos apreciar que la cultura amazónica vista desde los ojos occidentales era señalada como negativa. Asimismo, no dejaba escapar alguna oportunidad para resaltar que los amazónicos aceptaban al ILV y que «ahora viven bien» (Adanaqué, Zapata & Huapaya, 2011: 220).

¹⁰¹ Como lo narra Alfredo Germany (2016): “Pero otro motivo, y mucho más urgente, empujó también a los misioneros a sugerir a los Shuar la oportunidad de reunir a las familias en comunidades más consistentes, a pesar de nuestra innata tendencia al aislamiento por obvios motivos de subsistencia (tener áreas suficientes para huertas y cacería) y de vida social (preservación de la interferencia de wékratin enemigos y de potenciales adulterios y riñas familiares): se trataba de la presión, cada vez más consistente, de los colonos foráneos, que desde 1930 se hizo mucho más sensible y obligó al procurador de los salesianos, P. Juan Vigna, a estipular en 1935 el primer contrato con el Gobierno para conseguir a los nativos “reservas” donde pudieran ir pacíficamente desarrollándose, amparados por la ley (que todavía ni conocían) a buen seguro de la invasión colona. En efecto, donde el forastero llegaba, se hacía amigo del nativo, poseedor de la tierra, y después de poco cambiando hectáreas de terreno por camisas y escopetas quedaba único dueño del territorio, empujando al jíbaro “un poco más allá” (p.182).

Brasil, del cual se hablará en el siguiente capítulo, hacían patria, convirtiendo cada pequeño espacio habitado por colonos, en villas, pueblos, caseríos, etc.¹⁰².

En este sentido, la década de los sesenta inaugura un periodo de integración social, política y normativa del territorio amazónico, el cual cambió su rostro y dinámicas para siempre. Como lo señala Carlos Walter Porto-Gonçalves (2018):

Hasta los años sesenta todas las incursiones capitalistas moderno-coloniales sobre la Amazonía fueron discontinuas en el espacio y el tiempo, configurando frentes localizados de expansión/invasión. Hasta ese momento permanecían múltiples prácticas culturales conformadas durante milenios con base en un metabolismo de altísima productividad biológica, sobre todo después del Holoceno (...) configurando una ocupación alrededor del “río-várzea-floresta”. Desde que los invasores europeos llegaron a la región hasta los años sesenta predominó lo que los historiadores llamaron el ciclo de las “drogas do sertão” [especies nativas], en el que cientos de productos formaban un modelo de exportaciones donde ningún producto sobrepasaba más del 3% del total exportado, con excepción del corto periodo de 1870-1910/1920 del ciclo gomero (goma/caucho). Desde los años sesenta, sin embargo, una nueva configuración socio geográfica comienza a imponerse a contramano de ese parámetro de ocupación histórico-ancestral (p. 43).

La década de los sesenta, en la cual la región andino amazónica constituye un relato marginado de la tensa geopolítica global entre el occidente capitalista y el Oeste socialista, se verá alineada a los intereses de desarrollo, integrando en el discurso, la retórica hueca de la “sustentabilidad”. Sin embargo, en este periodo tienen lugar grandísimos atropellos ecológicos y culturales en la región que servirán de catalizador para la emergencia de los movimientos indígenas amazónicos de carácter nacional.

El proyecto de desarrollo desplegado por los gobiernos nacionales o de corte nacionalista (que en la mayoría de casos eran dictaduras civiles y militares) empezó a mostrar las enormes consecuencias de la integración de la región amazónica mediante vías, hidrocarburos, minería, hidroeléctricas, ganadería, aserraderos que fueron abriendo y dando forma a las modernas ciudades amazónicas ya con sus

¹⁰² “La logística necesaria para la integración física de la Amazonia a los centros geográficos y políticos más dinámicos de los respectivos países necesitaba la disponibilidad de capitales; pero no solo eso, necesitaba también un proyecto político que fuera de integración nacional en el sentido total de la palabra, es decir, de integrar no solo el espacio geográfico” (Porto-Gonçalves, 2018: 45).

respectivas periferias. Los grupos indígenas en ese contexto, como ya se ha señalado, comenzaron a aglutinarse en confederaciones y organizaciones para la defensa de sus territorios y lo hicieron utilizando los mecanismos legales y políticos a su alcance. Y, dicho sea de paso, lo hicieron en buena medida apoyados en los propios agentes externos que se insertaron en el territorio con la intención de “dar forma” a los estados nacionales.

Sin duda su presencia significó, como lo vimos antes, la pérdida y aculturación de muchas comunidades indígenas y también, paradójicamente, proporcionó los mecanismos de su defensa, al menos en términos legales, pues en la región y hasta la actualidad han tenido lugar violentísimos enfrentamientos entre las fuerzas defensoras de la modernidad y el “desarrollo”, y los pueblos originarios en defensa de su territorio.

Es importante mencionar que en este periodo de la movilización indígena amazónica el eje principal que aglutinó sus demandas fue la defensa del territorio y no el componente de clase, a diferencia del resto de espacios organizativos del bloque andino amazónico en donde mestizos e indígenas reivindicaban, en la construcción de sus movimientos políticos e incluso en la lucha armada, la justicia de clase, sin incorporar los elementos puntuales del factor étnico.

Por tanto, la década de los sesentas y setentas representa para la región un momento de mucha violencia pero también de organización e incorporación del factor étnico en la movilización. En este sentido, se puede leer a este periodo que comprende las décadas de los sesenta y setenta como un momento de ruptura y de incorporación a los proyectos nacionales y al modelo de desarrollo que estos persiguen como principal directriz para el crecimiento económico.

Este proceso buscó la modernización y urbanización de los espacios otrora marginados. Bajo esta lógica se puso en marcha, prácticamente en toda la región, una serie de reformas agrarias en las cuales predominó una concepción andinista sobre la tierra, como espacio de reproducción de mercancías por el cual se reproducía la vida social. Así, se dejaba de lado que buena parte de los países de la región andino amazónica, está formada de territorio amazónico que corresponde

a otras dinámicas de producción y reproducción de la vida social. Al respecto, Porto Gonçalves (ibíd.) señala que:

Las diferentes reformas agrarias, con excepción de la peruana, se dieron bajo el signo de la colonización, que descalifica a los habitantes amazónicos para quienes deforestar implica matar, porque las tierras de los bosques y de los campos no están deshabitadas. Brasil y Ecuador fueron los países donde el Estado desarrolló las más amplias acciones contra el histórico-ancestral patrón de ocupación socio-geográfico de la Amazonía a lo largo de los ríos-llanuras-bosques, bajo el mando de dictaduras civil militares. En Brasil, el nuevo patrón de invasión/ocupación construyó carreteras abriendo vía a la reproducción ampliada del capital y la consecuente deforestación con la expansión de la explotación maderera, con la ganadería extensiva y con monocultivos en varios latifundios, con la explotación energética (hidroeléctricas, petróleo y gas) y la explotación minera a gran escala, y también estimulando la colonización con migrantes provenientes de todas las regiones brasileñas. En Ecuador predominó la creación de toda la logística para la explotación petrolera, dejando a la región amazónica prácticamente a merced de las grandes corporaciones transnacionales del sector, en un rentismo de clase colonial/racial conformado contra la Amazonia y sus pueblos (p. 46-47).

En este contexto, si bien la década de los sesentas es un periodo de descolonización a nivel mundial (África y Asia), también es un momento de afirmación del occidente capitalista en sus intenciones de colocarse por delante del bloque socialista. Por tanto, es necesario leer la relación existente entre el proyecto extractivo del capitalismo en la región y la articulación del movimiento indígena amazónico como reacción a la avanzada sobre su territorio, la cual, dicho sea de paso, cobra mayor fuerza con las reformas políticas que encaminaron a los países de la región andino amazónica al neoliberalismo.

Ante este panorama, el nivel y profundidad de las problemáticas que enfrentaron los indígenas amazónicos variaron en función de la propia geopolítica local y del ritmo de penetración extractiva en búsqueda de recursos específicos. Por ejemplo, Ecuador y el petróleo, Perú y la madera, Colombia y la coca, Venezuela y la minería, Bolivia y la ganadería, etc. Lo cierto es que la década de los setenta representó para toda la región la profundización de la penetración iniciada en los sesenta y la consolidación de los proyectos extractivos.

Por ejemplo, en el caso ecuatoriano el auge de la extracción de petróleo, derivada del periodo de bonanza que generó la crisis de la OPEP¹⁰³, provocó una catástrofe ecológica y étnica con la llegada de la petrolera Texaco en 1964, la cual monopolizó las exportaciones locales hasta la década de los noventa. Con su salida del país se develó el impacto ambiental y cultural generado por décadas de derrames y mal manejo de desechos sin procesos de remediación¹⁰⁴.

A la par de las problemáticas gestadas por la iniciativa privada y empresas transnacionales en la región amazónica, así como por el desconsiderado ingreso y desarrollo de infraestructura en la región, en el territorio amazónico se generaron nuevas problemáticas que fueron consecuencia de la disgregación en la que se encontraban estos territorios a diferencia del resto del Estado-nación.

Por ejemplo, en la Amazonía venezolana, como ya se señaló, la entrada de sectas evangélicas (Nuevas Tribus) fue un elemento desestructurante de las culturas nativas que favoreció la aculturación y el etnocidio. En Colombia la apertura de caminos y la expansión de la frontera agrícola favorecieron un desarrollo de tinte colonizador que tuvo la característica de depredar y deforestar. Mientras que en Perú, en paralelo con el relato ecuatoriano del periodo, el boom petrolero posibilitó el crecimiento y expansión de ciudades como Iquitos o Pucallpa.

En ambos casos, aquello no necesariamente debe observarse como un elemento con impactos positivos, pues a la par de la expansión desordenada de estas ciudades, se crearon los denominados pueblos nuevos que no eran otra cosa que los depositarios de miseria y marginalidad pues eran caseríos a los que les faltaban todos los servicios básicos. En los dos países (Ecuador y Perú), el boom

¹⁰³ En 1973, en el marco de la guerra que enfrentó a Israel con Siria y Egipto (guerra Yom Kipur), la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo), decidieron detener la producción y embargar los envíos de crudo hacia Estados Unidos y Los Países Bajos, como respuesta al apoyo brindado por estas naciones a Israel durante el conflicto bélico.

¹⁰⁴ "Texaco perforó y operó 356 pozos de petróleo y abrió 1.000 fosas sin ningún tipo de recubrimiento. Ahí arrojó residuos de todo tipo, principalmente petróleo, lodos de perforación y aguas tóxicas, que causaron daños ambientales incommensurables y deterioraron la calidad de la vida de las comunidades. En total, es responsable del derrame de no menos de 71 millones de litros de residuos de petróleo y 64 millones de litros de petróleo bruto en más de 2 millones de hectáreas de la Amazonía ecuatoriana" (Ministerio de relaciones Exteriores y Movilidad Humana del Ecuador).

petrolero repercutió en “un desarrollo industrial” con características urbanas que, en buena medida, garantizaron la incorporación de ese territorio a las dinámicas administrativas del Estado.

Por otro lado, en el caso de la Amazonía peruana y colombiana, el periodo entre los setentas y los ochenta, estuvo marcado por la violencia que ocasionó la lucha del Estado contra los grupos subversivos. En palabras de Jesús Víctor San Román (Óp. Cit.):

Uno de los elementos que perfilan la historia de la Amazonía es la presencia de la violencia como elemento desestructurador del espacio selvático. Durante la vorágine cauchera importantes segmentos de la población indígena fueron exterminados físicamente, produciendo verdaderos genocidios, otros fueron desarticulados, tratándose de eliminar su cultura bajo la égida de la “civilización” imposibilitando la producción de formas propias de expresión. En tiempos más recientes, la política de impulso a la colonización desembocó también en enfrentamientos con poblaciones de origen milenario asentadas en estos territorios. Será la década de los ochenta cuando dos elementos inéditos hagan su aparición: el narcotráfico y la violencia armada por parte del SL y el MRTA como por el tratamiento del Estado a la lucha antsubversiva (...) A finales de la década, al expandirse el circuito del narcotráfico, por efecto de la represión desatada en Colombia y la lucha antinarcóticos del Perú, centrada en la zona del Alto Huallaga, los sembríos de coca se desplazaron a la selva baja, especialmente en Ucayali, el Bajo Huallaga y el Putumayo. A comienzos de los noventa la coca se había convertido en el cultivo de mayor superficie sembrada en la selva y el segundo más sembrado en el país después del arroz (p. 228).

La producción de la coca y la violencia política se convirtieron en elementos de presión constante para la región amazónica de Colombia y Perú. En el caso colombiano el movimiento guerrillero alcanzó las dimensiones de “frente colonizador” al ocupar espacios específicos del oriente y disponerlos para su producción y aprovechamiento, como señala Juan Antonio León (1995):

Pero como quiera que la guerrilla (primero liberal más tarde comunista) recorre buena parte del oriente colombiano y se asienta de manera permanente en algunas zonas, esta “acción colonizadora” dirigida por ella ha sido caracterizada como “colonización Armada” para diferenciarla no solo de la colonización campesina, en la que la espontaneidad y la “ausencia de armas” serían sus elementos definitorios.

En estas condiciones, el rasgo distintivo de la “colonización armada” sería el acompañamiento del hacha por el fusil: “el hacha y el fusil, simbiosis instrumental de una empresa que, no sobra enfatizarlo, no cesa en el empeño de la reconquista de la propiedad perdida y la defensa militar de las nuevas áreas incorporadas a la producción. Es la colonización de campesinos que se hacen acompañar de sus armas, no porque orienten estas contra el Estado burgués, sino porque ven en ellas la garantía de una inscripción gananciosa dentro del sistema, a cubierto de las violencias, trampas y manipulaciones de que han sido víctimas desde que tienen memoria” (p. 143-144).

Así, en Colombia, particularmente la producción de la hoja de coca para la fabricación de cocaína marcó la tónica de un nuevo horizonte de explotación, colocando en medio del conflicto a la población campesina y a los pueblos indígenas que, como en Perú, quedaron atrapados entre dos fuegos, el del Estado en su combate contra los grupos subversivos y narcotraficantes, y el de los propios grupos guerrilleros y delincuenciales.

El caso más emblemático de este fenómeno fue el de los Nukak, población indígena que vive en la selva húmeda entre los ríos Guaviare e Inírida, quienes permanecieron en aislamiento hasta 1989 cuando tuvieron que salir huyendo por el ataque de colonos cocaleros que invadieron su territorio. La situación de este pueblo, a raíz de ese primer contacto, reveló la vulnerabilidad y la violencia de la que eran víctimas por parte de los colonos productores de coca, los grupos armados y las enfermedades que estos introducían en su territorio. En la actualidad, los Nukak crearon el Consejo de Autoridades Tradicionales conformado por trece grupos Nukak del departamento de Guaviare¹⁰⁵.

¹⁰⁵ “El pueblo indígena Nukak posee unas características importantes que lo diferencian de otros pueblos aborígenes (...) se ha dado a conocer a nivel nacional e internacional como pueblo nómada. Su historia empieza a registrarse y a visibilizarse recientemente, en 1989, cuando se identifican y reconocen públicamente como un pueblo “nuevo” (...). En 1989 el contacto de los Nukak con poblaciones no indígenas produjo fuertes virusis que atacaron a las familias indígenas. Esta situación motivó la búsqueda de ayuda humanitaria externa. Para algunos investigadores ‘fue peor la cura que la enfermedad’. En los últimos seis años las acciones violentas por parte de los actores armados, han afectado a este pueblo. Una de las razones vinculadas a la acción de los grupos al margen de la ley, es la existencia de cultivos ilícitos en las tierras que les fueron asignadas a los Nukak por parte el gobierno nacional. La violencia ha provocado el desplazamiento de numerosas familias Nukak hacia los centros urbanos cercanos, fenómeno que a su vez ha ocasionado cambios culturales y en la estructura tradicional de este pueblo indígena” (ONIC).

La presencia y cultivo de la hoja de coca ha sido también un elemento de importancia en parte de la Amazonía boliviana. En tal sentido, se puede decir que salvo en el caso peruano y venezolano, la violencia “política” aún forma parte de las problemáticas que enfrentan los pueblos indígenas y los colonos.

Por otro lado, desde la década del sesenta hasta el ochenta, Bolivia experimentó una ampliación del frente extractivo denominado gomero que básicamente utilizaba el modelo de la época del caucho para la producción de castaña, así como la exportación de pieles de animales salvajes.

Por tanto, los procesos de colonización del territorio amazónico representan, como lo vimos con el caucho, los momentos de expansión y reorganización de los proyectos capitalistas y los mecanismos mediante los cuales el Estado busca expandirse hacia territorios que formalmente no estaban incorporados dentro de su órbita.

Ahora bien, la colonización del territorio amazónico forma parte, como lo vimos, de un proceso histórico de incorporación de los países latinoamericanos al mercado global, lo cual genera un desborde demográfico de las grandes urbes cercanas a la región amazónica que expulsaron de manera diferenciada población hacia este espacio a “desarrollar”. Así, podemos identificar que el proceso de ampliación territorial hacia la amazonia se enmarca dentro del capitalismo como un paso inevitable.

Este proceso, a su vez, se da en dos vías. Una, que no necesariamente puede juzgarse como negativa o al menos de alto impacto y es el desarrollo en pequeño de granjas o espacios productores (artesanales) que en muchos casos están compuestas por migrantes ajenos incluso al continente (Europa y Asia). Por su impacto y su coexistencia con los pueblos originarios, esta experiencia no presenta un problema mayor para la continuidad de este espacio y sus habitantes originarios.

La otra expansión colonizadora tiende a realizarse de manera masiva con la apertura de espacios destinados a la ganadería y al monocultivo. Su principal

impacto, en el ámbito medioambiental, es la deforestación y la contaminación de suelos y ríos, y, en el ámbito social, la aculturación de los pueblos indígenas así como su asimilación al Estado nacional bajo una noción homogenizante.

De la misma forma, con la importación a la Amazonía de problemáticas desarrolladas en el exterior como el narcotráfico y la presencia de guerrillas y paramilitarismo, tanto en Colombia como Perú y Bolivia, se ha convertido a la producción y tráfico de droga en uno de los principales problemas de la región amazónica dada la ausencia de control por parte del Estado.

La droga es un eslabón de la cadena de la ilegalidad que oscurece aún más el panorama de la región. La producción de cocaína, junto con los campamentos madereros abre brechas en el interior del territorio, dejando a su paso marcas indelebles derivadas de los químicos que utilizan para la elaboración de la droga en espacios colonizados para fundar campamentos en donde todo tipo de ilegalidades tienen lugar. Llevan a la par de la producción de narcóticos el consumo de los mismos, incorporan en esta actividad a las mismas poblaciones nativas y, en algunos casos como en el VRAE en Perú, se establecen alianzas entre grupos guerrilleros (remanentes del MRTA) y organizaciones criminales (narcoguerrilla). Sin embargo, esta es quizás una de las peores marcas de la colonización en fechas recientes en la región¹⁰⁶.

¹⁰⁶ Al respecto de la cultura de la droga y de sus implicaciones Ana Pizarro (2009) señala lo siguiente: “La cultura de la droga para el narcotráfico es también una formación de los imaginarios de la Amazonía en donde se cultiva la materia prima, la coca, que conducirá, a través de una elaboración ligada a los productos químicos, a la refinación de la cocaína y subproductos, como la pasta base, que es la vía de intoxicación de los pobres. La droga se esparce y circula a través de innumerables caminos de agua, de tierra, de aire, en donde se cultiva, se transporta, se trafica y se procesa para ser consumida en los sectores pudientes de las grandes capitales y en el norte. Pero va dejando sus marcas en el camino. Sobre todo las de peor calidad, que quedan en las ciudades de la Amazonía y de los países por donde los cargamentos buscan la obscuridad de los trayectos, en donde la pobreza la lleva en el estómago, en los zapatos, en el recto, en los miles de escondrijos inimaginables que solo la creatividad de la transgresión ligada a la necesidad es capaz de producir. Pero la droga también señala otra relación: la de la riqueza, la de la cultura del desprecio, la de los espacios de poder, la de los altos salarios propios de la concentración de la renta, la del desorden institucional y la corrupción con los psicotrópicos” (pp. 215-216).

Neoliberalismo-progresismo, depredación y resistencia

El contexto social, económico y geopolítico antes descrito fue el escenario con el cual la región andino amazónica recibió, la década de los ochenta, el neoliberalismo, un funesto proyecto económico en el que la riqueza de los territorios ya no podía ser administrada por el Estado desarrollista sino por el libre mercado. Como lo define David Harvey (2007):

(...) una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional adecuado para el desarrollo de estas prácticas. Por ejemplo, tiene que garantizar la calidad y la integridad del dinero. Igualmente debe disponer las funciones y estructuras militares, defensivas, policiales y legales que son necesarias para asegurar los derechos de propiedad privada y garantizar, en caso necesario mediante el uso de la fuerza, el correcto funcionamiento de los mercados. Por otro lado, en aquellas áreas en las que no existe mercado (como la tierra, el agua, la educación, la atención sanitaria, la seguridad social o la contaminación medio ambiental) este debe ser creado cuando sea necesario mediante la acción estatal. Pero el Estado no debe aventurarse más allá de lo que prescriban estas tareas. La intervención estatal en los mercados (una vez creados) debe ser mínima (...) (p. 18-19).

Ahora bien, es indispensable entender que esta profundización del proyecto capitalista tiene varias implicaciones y consecuencias. En primer lugar, se lee, dentro del contexto latinoamericano, bajo la necesidad de construir nuevos estados “democráticos” con la intención de favorecer un proyecto económico y político de carácter global que ya para este momento específico de la historia, reorientará sus intereses nuevamente a espacios olvidados o “protegidos” por los anteriores sistemas políticos y económicos, haciendo énfasis en la necesidad de reducir la ya de por sí limitada presencia del estado en determinadas áreas para favorecer la creación de nuevos espacios de mercado.

En este sentido, se establece como proyecto global, la incorporación de espacios otrora intocados para que formen parte de las cadenas de reproducción económica global y de circulación de mercancías. Así, las regiones naturales

(reservas y parques nacionales) tendrán ahora que formar parte primero de la ampliación de los mercados nacionales y, después, de la incorporación de sus productos y recursos a la economía global.

Bajo esta lógica, cuando se piensa en los productos y recursos específicos de los pueblos indígenas, también se está incluyendo sus conocimientos sobre el manejo de la herbolaria (medicina tradicional), así como de los espacios (guías, intérpretes). Es decir, este proyecto económico que representa una profundización del modelo capitalista tiene como finalidad la desestructuración y la homogenización de estos espacios. Para este efecto, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial establecieron lineamientos que, en materia de política social, económica, cultural, educativa, etc., debían seguir los países que participaban de los acuerdos, es decir, prácticamente todo el territorio americano, con excepción de Cuba.

En consecuencia, regiones como la Amazonía, que ya revestían de por sí una importancia estratégica para los países que la conforman, cobraron particular importancia en la expansión de este proyecto. Por tanto, no podemos dejar de lado que lejos de la concepción de pasividad y resignación a su destino, las comunidades indígenas de prácticamente toda la cuenca amazónica estructuraron una reacción directa y muchas veces violenta a esta nueva apropiación de sus espacios, tierras y modos de vida.

En este sentido, no podemos olvidar que hasta hace poco (boom cauchero) la región ya había experimentado una violentísima incursión de occidente sobre sus espacios vitales. Es así que la movilización indígena, como lo veremos a continuación, fue aglutinándose en tres aspectos esenciales, la defensa del territorio, la conservación de su cultura y el reconocimiento legal de su existencia como elemento indisoluble de las respectivas nacionalidades (ecuatoriana, peruana, boliviana, colombiana, venezolana).

Es en este contexto que organizaciones de índole regional que atendían a problemáticas y realidades específicas propias de su territorio (Amazonía) se incorporaron a movilizaciones de reivindicación étnica (movimientos indígenas nacionales), experiencias que les aportaron los conocimientos técnicos y prácticos

necesarios para convertir su movimiento en reflejo de su realidad. Es decir, la movilización indígena en la Amazonia en su conjunto tiene un carácter eminentemente transnacional, siendo a partir de la década de los noventa cuando cobran mayor relevancia como organizaciones específicas.

Uno de los elementos a tener en consideración en esta primera fase de la movilización indígena es el reforzamiento de sus luchas en el orden legal, particularmente ante esta embestida que buscaba una apropiación directa de su territorio, su conocimiento y su cultura, consiguiendo hacerlo en buena medida.

En este sentido, para entender el accionar del movimiento indígena regional hay que partir de la base legal que reconoce su existencia, sus particularidades y la propiedad de sus territorios. Es decir, desde principios del siglo XX, existe un reconocimiento más o menos formal en occidente del trabajo y la participación de los nativos en la producción, principalmente, en las colonias de Europa. Pero no será hasta la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), luego de la Segunda Guerra Mundial, cuando se ponga mayor énfasis en el reconocimiento de los pueblos indígenas, nativos y aborígenes, así como de sus territorios.

Es hasta la aparición del Convenio 169 de la OIT que ya se realiza un reconocimiento, en términos formales, de las especificidades de la cuestión indígena a nivel internacional¹⁰⁷, lo cual proporcionó un marco normativo a las organizaciones indígenas que se fueron creando durante este periodo.

En el caso de América Latina, el Organismo Internacional que otorgó el carácter transnacional a los movimientos indígenas amazónicos fue la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA), creada en 1984 con la participación de la AIDSESP (Perú), CONFENIAE (Ecuador), CIDOB

¹⁰⁷ El Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo sobre pueblos indígenas y tribales fue suscrito en Ginebra en 1989 y actualmente ha sido ratificado por los siguientes países latinoamericanos: Bolivia, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Paraguay y Perú. Dicho convenio se deriva de la revisión del Convenio de los Pueblos Indígenas y Tribales (núm. 107), adoptado en 1957 por 27 países de América, África y Asia, como el primer tratado sobre los derechos de los pueblos indígenas. La crítica a este Convenio, por su concepción integracionista de la población indígena, derivó en que sea reemplazado por el nuevo convenio (169), el cual reconoce la diversidad de culturas y estilos de vida de los pueblos indígenas y tribales, así como su derecho a definir sus prioridades de desarrollo.

(Bolivia), ONIC (Colombia) y UNI (Brasil); con la finalidad establecer una alianza entre los diferentes movimientos indígenas para construir un frente regional de movilización.

En 1992, como parte de un proceso de consolidación de este espacio, se sumaron nuevas organizaciones como la ORPIA de Venezuela, la OIS de Surinam, la APA de Guayana y la FOAG de Guayana Francesa. En Brasil la COIAB sustituyó a la UNI y, en Colombia, la OPIAC reemplazó a la ONIC. Las organizaciones indígenas aglutinadas alrededor de la COICA han sido el resultado de la articulación entre movimientos de carácter nacional que expresan las diversas acciones de resistencia de estos pueblos ante las problemáticas que enfrentan en cada país. En este sentido, la experiencia que en algunos países como Ecuador, Bolivia y Venezuela, representó la aparición del denominado horizonte progresista, significó, como lo veremos, un proceso de consolidación y ampliación de los espacios de resistencia, en lugar de un espacio de incorporación y participación por el cual, estos pueblos y colectividades habían luchado.

Horizontes de la movilización amazónica en Perú

Por ejemplo, en el caso de Perú, como ya se había mencionado, la expedición de la Ley de Comunidades Nativas y de Promoción Agropecuaria de las Regiones de Selva y Ceja de Selva durante el gobierno de Velasco Alvarado (1974) favoreció la creación de nuevas organizaciones de carácter étnico cuya articulación dio lugar, en 1980, a la creación de la Asociación Interétnica para el Desarrollo de la Selva Peruana (AIDSESEP).

Como plataforma de carácter nacional y regional (integrante de la COICA) la AIDSESEP enarboló reivindicaciones como el acceso a la tierra y el territorio desde el reconocimiento de la identidad étnica de los pueblos, hasta entonces, campesinizados, influyendo incluso en la lucha de las comunidades de las tierras altas en contra de proyectos extractivos (minería e hidroeléctricas). A finales de los ochenta y principios de los noventa, las principales acciones de resistencia de la

AIDSESEP fueron en contra del avance y explotación de empresas ganaderas y madereras.

Por otra parte, en 1987 nace en la Amazonía peruana una segunda agrupación indígena de carácter nacional, la Confederación de las Nacionalidades Amazónicas del Perú (CONAP), la cual integró a organizaciones de las comunidades de Iquitos, Madre de Dios, Junín, Cerro de Pasco y San Martín. La CONAP se crea en contraposición con el carácter étnico de la AIDSESEP, pues incorpora más bien un discurso de orden clasista, ya que sus zonas de influencia tenían una importante presencia de colonos.

De cualquier forma, con la incorporación plena del Perú al proyecto neoliberal, en la década de los noventa, las acciones de resistencia de las organizaciones indígenas se intensifican para hacer frente a normativas de carácter privatizador de las tierras del oriente peruano como la Ley de Base para el Desarrollo Rural de la Amazonia Peruana, promulgada por el entonces mandatario Alan García (1985-1990). Y, con la llegada al poder de Alberto Fujimori se inicia un proceso radical de apertura al mercado internacional, para el cual la región amazónica fue clave puesto que el Gobierno retomó las concesiones a las empresas mineras, particularmente en el territorio de Madre de Dios con el objetivo de reactivar la inversión privada a partir de proyectos extractivistas.

Durante la década de los noventa la profundización del extractivismo en la Amazonía estuvo acompañada, como se mencionó antes, de un recrudecimiento de la violencia en contra de las comunidades indígenas, debido a los enfrentamientos entre grupos guerrilleros y a la erradicación definitiva de los mismos por parte del gobierno fujimorista, en cuyo proceso se vieron arrasadas varias comunidades indígenas, incluidas las amazónicas, las cuales adicionalmente debieron enfrentar otros procesos de violencia y desplazamiento como la migración de indígenas andinos afectados por el conflicto¹⁰⁸ y el enfrentamiento bélico entre Perú y Ecuador en 1995.

¹⁰⁸ “Las estimaciones de la CVR [Comisión de la Verdad y Reconciliación], sin ser prolijas, resultan alarmantes. Más de 400 comunidades fueron literalmente arrasadas por la violencia depredadora del

En 1993 Perú aprueba el Convenio 169 de la OIT, sin embargo, más que favorecer el reconocimiento de la etnicidad y la participación del sector indígena en el proyecto de Estado, este constituyó una herramienta gubernamental para encubrir el exterminio de la población indígena, como parte de la política fujimorista de combate a la guerrilla. Como lo señala Fabiola Escárzaga (2008):

Fujimori no tuvo empacho en incorporar las reformas multiculturales a la Constitución promulgada en 1993, para legitimar una carta derivada del autogolpe de abril de 1992, y de una constituyente cuestionada; el reconocimiento étnico fue la contraparte de la legalización de la guerra sucia como estrategia contrainsurgente, complementada por las medidas de ajuste neoliberal, cuyo punto central era la privatización de la propiedad comunal. El genocidio ha sido en el caso peruano el medio fundamental para eliminar las identidades étnicas (p. 294).

Debido a la conflictividad de la época y a las acciones de desestructuración de las comunidades indígenas y campesinas auspiciadas por el Gobierno y las transnacionales extractivas, el debate sobre la ampliación de los derechos de estos pueblos y la propiedad de la tierra no se abrirá sino décadas después, cuando el desborde del conflicto de la masacre de Bagua en 2009, ponga en evidencia las condiciones de marginación de los grupos amazónicos. Bagua, que se encuentra en la selva norte de Perú¹⁰⁹, sufrió una serie de enfrentamientos que marcaron el debate político de años posteriores en torno a la cuestión indígena, y que dio como resultado la promulgación de una Ley de consulta previa¹¹⁰, pionera en la región.

ciclo 1980-1993. La Defensoría del Pueblo, en el parcial recuento de las víctimas de la violencia política en el periodo aludido, da un total de 11.126 bajas entre los alzados en armas, y 11.103 muertes entre la población civil. Obsérvese que la diferencia es de 23 decesos. Mas, para los años siguientes, 1994-2000, las víctimas suman 657 presuntos subversivos y 739 civiles. Recientemente los aguarunas, en su segmento de su territorio étnico denominado Flor de la Frontera, departamento de Cajamarca, resintieron el embate de la invasión de colonizadores andinos pobres. El trágico saldo fue de 15 muertos y un número mayor de heridos” (Melgar Bao & Rubianes, 2015).

¹⁰⁹ En junio de 2009 los pueblos indígenas awajún-wampis lideraron una protesta en contra de la explotación minera y petrolera de su región, las cuales duraron alrededor de una semana, dejando como saldo 33 personas fallecidas (23 policías y 10 nativos) y 1 desaparecido. El proceso judicial abierto en torno a este enfrentamiento aún no se ha cerrado ni se han esclarecido la verdad de los hechos.

¹¹⁰ La ley de consulta previa 29785, representa una conquista política fundamental para los pueblos indígenas del Perú, y particularmente, para los amazónicos, quienes buscan, en teoría, a partir de ella, su derecho a la consulta previa e informada, para de esta manera, tener capacidad de injerencia directa sobre sus territorios y espacios comunes, sin embargo, la ley, que si bien representa un adelanto sin precedentes, no tiene la característica de vinculante, por tanto, se puede decir, que este

Así, en el caso de Perú, y a diferencia de los demás países andinos, la resistencia étnica actualmente se encuentra articulada por los movimientos amazónicos.

Bajo este contexto, aunque en América Latina la década de los noventa ha sido considerada como el resurgir de la movilización indígena, en el caso de Perú, el nuevo siglo inicia con la desestructuración del movimiento de carácter nacional, generando más bien una localización de las acciones de resistencia a nivel comunitario. Fue hasta 2009, un año bastante tardío en relación al resto de países del bloque andino amazónico, que el movimiento indígena peruano volvió a emerger, anclado a acciones de protesta localizadas en la Amazonia.

Horizontes de la movilización amazónica en Colombia

En el caso colombiano, como hemos visto hasta aquí, el movimiento indígena nacional fue mayoritariamente serrano, sin embargo, como en todos los casos revisados hasta el momento, dicho movimiento tanto en su carácter andino como amazónico se encuentra emparentado en la construcción y lucha por sus demandas, las cuales se podrían sintetizar en dos ejes primordiales: el primero enfocado a la consecución de la igualdad en términos de ciudadanía (educación, justicia, salud, etc.) y el segundo en la búsqueda, construcción y aprobación de derechos específicos tales como el respeto a su territorio y el ejercicio de ciertos niveles de autonomía administrativa y política¹¹¹.

La Organización de los Pueblos Indígenas de la Amazonía Colombiana (OPIAC), actual representante de Colombia ante la COICA, constituye un esfuerzo por construir un frente de resistencia política y étnica en representación de los

proceso de resistencia, el cual se debate en el congreso desde hace ya varios años, es un proceso aún abierto, en el que, la movilización indígena amazónica, ha llevado la batuta.

¹¹¹ “La Constitución Política de Colombia de 1991 reconoció los territorios indígenas como entidades territoriales (art. 286) que, gobernados por autoridades propias, gozan de autonomía para ejercer las competencias y funciones político-administrativas que les correspondan (arts. 286 y 330), participando de autonomía presupuestal en el manejo de las rentas nacionales transferidas a sus miembros (arts. 287 y 357), y facultando a sus autoridades para aplicar justicia dentro de sus territorios (art. 246)” (Correa Rubio, 2014: 69). Esta es la normativa bajo la cual se crea en el Estado de Colombia la figura de los resguardos.

pueblos amazónicos. La OPIAC fue creada en 1995 con la participación de todos los pueblos de la cuenca amazónica colombiana, los cuales había desarrollado procesos de resistencia a la colonización desde la década de los setenta.

En este sentido, se puede asegurar que, aunque la historia de la movilización indígena colombiana alcanza su forma definitiva de manera relativamente tardía, tiene varios antecedentes organizativos. Además, pese a que en términos cuantitativos las organizaciones amazónicas no constituyen una mayoría frente al total de la población, si alcanzan un rol trascendental en la conservación del territorio, pues como casi en todos los casos de los países del bloque andino amazónico, la mayor parte del territorio colombiano (41%) corresponde a la Amazonía y es considerado territorio de resguardos (esto equivale a 14 millones de áreas protegidas). En el 35% de estas áreas se ubican siete resguardos indígenas que, en materia formal, se encuentran protegidos por la Ley Nro. 9 que los establece como tal desde 1959.

El despliegue de frentes colonizadores, particularmente en Caquetá, impulsados muchas veces por el Estado, ha transformado la geografía de la región, determinándola como espacio para actividades como la ganadería. Sin embargo, el mayor impacto que ha orillado al movimiento indígena amazónico a alzar la voz ha sido el conflicto armado entre el Estado colombiano y los diversos grupos guerrilleros del país¹¹².

En la actualidad, el territorio amazónico colombiano se encuentra amenazado, al igual que el resto de la región en su conjunto por los peligrosos procesos de reprimarización de la economía que han transformado a la región en una fuente de recursos a corto y largo plazo, principalmente debido al peligro de la

¹¹² “Aunque los pueblos indígenas demandaron no ser involucrados en la guerra, los insurgentes y las Fuerzas Militares se convirtieron en el poder de facto que cristalizó en el control del territorio y sus pobladores, generando un proceso de reorganización política. Los conflictos territoriales se orientaron al control de la economía de la cocaína. El Plan Colombia y el Plan Patriota, implementados por el Estado con financiación de los Estados Unidos, no solo se dirigieron a los cultivos ilícitos, sino que se afianzaron como instrumentos de “lucha contra el terrorismo” incluyendo a los pobladores amazónicos que, forzosamente, terminaron involucrados. El impacto de las fumigaciones con glifosato y las medidas de control militar sobre los pobladores ocasionaron diversas protestas y manifestaciones del movimiento indígena” (Ibíd., p. 72)

explotación minera, pues esta pone en riesgo al 90% de los resguardos indígenas (Guainía, Putumayo, Caquetá)¹¹³.

En este sentido, el movimiento indígena de la Amazonía colombiana se ha visto ante la imperante necesidad, a la par que sus pares en el resto de la región, de interconectar sus luchas para estructurar una defensa efectiva de sus espacios vitales.

Horizontes de la movilización amazónica en Ecuador

La experiencia del movimiento indígena amazónico ecuatoriano se presenta como una de las más tempranas y desarrolladas de la región. Dicho sea de paso, esta es de las que ha conseguido más resultados en su consolidación como proceso histórico. En este sentido, como lo vimos antes, las organizaciones de la Amazonía ecuatoriana lograron un nuevo impulso gracias a la conformación de un espacio aglutinante (CONAIE) que integró varios elementos en las disputas del movimiento indígena nacional.

No hay que olvidar que la movilización indígena de la Amazonia ecuatoriana forma parte del movimiento indígena que cuantitativamente tiene mayor fuerza en la sierra. Por tanto, el vínculo establecido entre la CONAIE y los movimientos amazónicos parte de criterios de comunalización que tienen una base en la politización de su movimiento bajo un discurso que en sus orígenes abrazaba el socialismo, particularmente en la sierra.

Sin embargo, como es común a la movilización indígena amazónica, el espectro étnico va a ser un eje estructurante del movimiento. Así, podemos entender por qué los shuars y los kichwas, grupos mayoritarios en la Amazonia ecuatoriana,

¹¹³ “Con respecto a los títulos mineros, en el 2008 se otorgaron 104 a cuarenta entidades territoriales, equivalentes a 95.011,87 hectáreas, es decir el 0,20 % del territorio amazónico. La proporción de la superficie titulada con respecto a la superficie de cada entidad territorial departamental fue más alta en Guainía (0,74 %), seguida por Putumayo (0,44 %), Vaupés (0,21 %), Vichada (0,13 %), Caquetá (0,08 %), Guaviare (0,05 %) y Amazonas. Del total reportado en ese año, en Guainía fue donde más se tituló (55,46 % de la superficie otorgada a 10 títulos), seguido de Putumayo y Vaupés con el 11,98 % y 11,85 % del área total titulada, entregada a 38 y 6 títulos, respectivamente” (Ibíd., p. 85).

se estructuraron mediante los grupos misioneros que se establecieron en la región y que se presentaban como defensores de su cultura y sus valores.

Pese a sus orígenes, el movimiento se fue transformando hasta superar los ejes discursivos establecidos por las organizaciones religiosas (evangélicos y católicos) y establecer el vínculo entre defensa étnica y territorio que en la actualidad también incorpora la defensa medioambiental.

En este sentido, el movimiento indígena amazónico en el Ecuador se diferencia del resto de la región también por su capacidad de integración a la movilización nacional, constituyéndose como parte de un gran bloque indígena que históricamente ha interpelado al Estado. Se puede decir que este movimiento ha evolucionado en sus demandas y reivindicaciones desde la formación de sus primeras organizaciones de carácter local, hasta lograr una participación protagónica en procesos históricos como la marcha nacional y toma de la Iglesia de Santo Domingo en 1998, la cual constituyó un gran levantamiento indígena en contra del Estado, el cual incorporó demandas de corte ecológico (por ejemplo, los daños causados por las petroleras en la Amazonía), cultural (reconocimiento de la plurinacionalidad) y económicas (la denuncia puntual del proyecto neoliberal).

Así, la década de los noventa, caracterizada por altísimos niveles de desempleo y pobreza, principalmente a nivel de la población indígena, inauguró un periodo de movilizaciones y de participación permanente, en la que este sector, aliado con sus pares de la sierra, tuvo una incidencia directa en la caída de varios gobiernos mediante la movilización y la protesta.

En 1992, en el marco de las acciones de resistencia regional frente a la celebración de los 500 años del descubrimiento de América, el movimiento amazónico ecuatoriano se articuló a la ola internacional de protesta, configurándose, junto a sus pares de la sierra, como un actor determinante de la política nacional. La COFENIAE, como parte de la CONAIE, fue uno de los sectores con mayor protagonismo en las movilizaciones que llevaron al derrocamiento de Abdalá Bucaram en 1997 y de Jamil Mahuad en 2000.

Derivado de la creciente importancia que había cobrado el movimiento indígena, los sectores políticos emergentes que surgieron bajo el contexto de la crisis del neoliberalismo, abrieron paso a la articulación de los líderes del movimiento indígena a la administración pública. El ex militar, Lucio Gutiérrez, quien lideró el proceso de derrocamiento de Mahuad y su recién creado partido político, Sociedad Patriótica, alcanzaron el Gobierno en 2003 gracias a una alianza con el movimiento indígena, cuyos representantes pasaron a ocupar carteras de Estado y otros cargos públicos.

Sin embargo, un acelerado viraje del nuevo Gobierno hacia una política neoliberal, que acató directamente los lineamientos de los organismos de crédito internacional (Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional), provocó una ruptura al interior del movimiento indígena, debido a que algunos sectores decidieron salir del Gobierno, mientras que otros permanecieron hasta el final de su mandato en 2005, cuando la movilización popular nuevamente presionó por la caída del régimen. Es importante señalar que por primera vez en décadas, el movimiento indígena estuvo ausente como eje articulador de la protesta social, puesto que su breve participación en la esfera estatal produjo un descentramiento del cual no se ha recuperado hasta la actualidad.

En este sentido, el movimiento indígena, uno de cuyos pilares es el movimiento amazónico, fue un elemento de mucha incidencia también en los mandatos de Rafael Correa (2007-2017), principalmente en el inicio de este proceso que derivó en la elaboración de una nueva Constitución (2008) en donde la participación del movimiento fue fundamental para el reconocimiento del carácter plurinacional del Estado y el reemplazo, al menos en términos discursivos, de la noción de desarrollo por la de Buen Vivir (Sumak Kawsay) como eje articulador del nuevo pacto social. Además, se establece el reconocimiento de la naturaleza como sujeto de derechos¹¹⁴.

¹¹⁴ Esto implica el “derecho a que se respete integralmente su existencia, y el mantenimiento y regeneración de sus ciclos vitales, estructura, funciones y procesos evolutivos” (Art. 71).

Sin embargo, este nuevo proceso de reconfiguración estatal (Revolución Ciudadana) pronto retomó el desgastado canon de integración de la región amazónica al proyecto nacional, mediante procesos de modernización y aprovechamiento de los recursos del territorio, lo cual derivó en un paulatino distanciamiento del movimiento indígena y el gobierno. Precisamente, las mayores confrontaciones tuvieron lugar en el ámbito del territorio amazónico, en donde sus organizaciones han protagonizado acciones de resistencia en contra de la minería y la explotación petrolera.

Un hecho emblemático fue el ocurrido en Dayuma (Orellana), en 2007, cuando sus habitantes tomaron el control de las instalaciones petroleras del sector. La respuesta del gobierno fue contundente con la militarización de la zona, acontecimiento que dejó más de una decena de heridos y 25 personas encarceladas bajo el cargo de terrorismo. Con ello se inaugura una faceta en la que, como lo veremos también en los casos de Bolivia y Venezuela, los gobiernos de corte progresista evidenciarán una nueva lógica de acumulación basada en lo que Maristella Svampa denominó como el “consenso de los commodities”¹¹⁵ y que implica una nueva fase del proyecto extractivo.

Los distintos periodos de gobierno de Rafael Correa estuvieron marcados en gran parte por el boom petrolero, lo cual generó una acumulación bastante considerable y potenció a la vez el debate en torno al extractivismo en todas sus facetas. En este marco, en un primer momento el gobierno encabezó la propuesta de dejar bajo tierra el crudo en tres campos del Parque Nacional Yasuní¹¹⁶, lo cual

¹¹⁵ “El «Consenso de los Commodities» subraya el ingreso de América Latina en un nuevo orden económico y político-ideológico, sostenido por el boom de los precios internacionales de las materias primas y los bienes de consumo demandados cada vez más por los países centrales y las potencias emergentes. Este orden va consolidando un estilo de desarrollo neoextractivista que genera ventajas comparativas, visibles en el crecimiento económico, al tiempo que produce nuevas asimetrías y conflictos sociales, económicos, ambientales y político-culturales. Tal conflictividad marca la apertura de un nuevo ciclo de luchas, centrado en la defensa del territorio y del ambiente, así como en la discusión sobre los modelos de desarrollo y las fronteras mismas de la democracia” (Svampa, 2013, p. 1).

¹¹⁶ En 2007 el gobierno ecuatoriano propuso a la comunidad nacional e internacional dejar intocados los campos Ishpingo, Tambococha y Tiputini (ITT), localizados en el Parque Nacional Yasuní, uno de los más biodiversos del planeta. Para lograrlo se estableció un plazo durante el cual se debía recolectar, vía donación, un monto económico que cubriera al menos el 50% de lo que la no extracción de petróleo en dichos campos le costaría al país (3.600 millones de dólares), cuyo

constituía una iniciativa de vanguardia en torno al cambio de paradigma económico, puesto que desafiaba la lógica capitalista de la compensación pos explotación. En 2013 el proyecto fracasó y se anunció el inicio de la explotación petrolera en la zona.

En este sentido, el auge progresista en la región representó una revitalización de un proyecto de acumulación por desposesión enfocado fundamentalmente, para el caso ecuatoriano, a las reservas petroleras y mineras. Por otro lado, esto posibilitó una reorganización del movimiento indígena que como tal, que para el caso ecuatoriano tiene características de movimiento nacional, tema que no resulta menor si se compara con el resto de movimientos indígenas amazónicos de la región, cuyo impacto e incidencia no alcanza las dimensiones del caso ecuatoriano.

Tras el restablecimiento de relaciones con los organismos internacionales de financiamiento, el gobierno del presidente Rafael Correa se asumió como frontalmente opuesto al movimiento indígena en su conjunto y en particular al amazónico. Por otro lado, y previendo su capacidad y organización, siguiendo el modelo ya ensayado en Bolivia, el gobierno se dio a la tarea de debilitar a los movimientos indígenas, creando organizaciones alternas o paralelas a estos que tenían como finalidad, por un lado, fortalecer los proyectos gubernamentales en regiones específicas y, por otro, debilitar material y discursivamente a la organización indígena (clientelismo con organizaciones de base).

En este contexto, podemos entender la adhesión del bloque indígena representado por la CONAIE, a las propuestas del presidente Lenin Moreno (2017-2021), participando principalmente en la activación del voto positivo en torno a la consulta popular de 2018, la cual cerró “definitivamente” la posibilidad de reelección del ex presidente Rafael Correa y, a la vez, aprobó varias modificaciones institucionales para la descorreización del proyecto político.

La profundización del modelo neo extractivista derivó, en contrapartida, en el fortalecimiento del movimiento indígena, lo cual se manifiesta en el alto grado de

principal ingreso bajo un contexto de dolarización es la exportación de petróleo. En 2013, se había receiptado alrededor de 13 millones, por lo cual el Gobierno de Correa determinó el inicio de la extracción de petróleo en estos campos, generando una confrontación directa con organizaciones ecologistas y una ruptura definitiva con las organizaciones tradicionales del movimiento indígena.

conflictividad política de la región amazónica ecuatoriana, muy puntualmente en relación a los proyectos de integración regional (Corredor Manta Manaos) y a la participación de China como el nuevo gran socio de los gobiernos progresistas¹¹⁷, el cual se ha mostrado como un verdadero depredador de los recursos y un actor a considerar a futuro en prácticamente todas las regiones ecológicas del mundo. La inversión china en la región reviste un peligro de gran consideración a futuro, principalmente para el territorio amazónico.

En este contexto, en octubre 2019, la pretensión del gobierno de Lenin Moreno de eliminar el subsidio al gas, provocó una movilización de carácter nacional en la cual el movimiento indígena reapareció como el gran articulador de la protesta social, como no había ocurrido en décadas. La paralización de actividades duró 13 días y estuvo revestida de un despliegue de violencia y represión.

Una de las imágenes más simbólicas de esta movilización fue el arribo a Quito, centro del poder político, de camiones cargados de indígenas amazónicos para sumarse a sus pares de la sierra, quienes se encontraban acampando en un parque tradicional de la ciudad y en universidades que les brindaron alojamiento durante las protestas.

Tras más de diez días de enfrentamientos a la fuerzas del orden y de una paralización total de las actividades productivas del país, el movimiento indígena, representado por la CONAIE, actuó como el principal interlocutor en las negociaciones con el gobierno las cuales permitieron levantar la medida, una vez que el presidente aceptó revisar el Decreto de eliminación del subsidio al gas. Este reciente episodio ha dejado abiertos nuevos rumbos de acción y participación para el movimiento indígena en general y amazónico en particular¹¹⁸.

¹¹⁷ Según Marisela Connelly (2017), entre 2005 y 2013, China ha prestado más de USD 100 mil millones a los países latinoamericanos, de los cuales al menos el 50% han sido dirigidos a Venezuela. A este país le siguen como acreedores Argentina (USD 14 mil millones), Brasil (USD 13 mil millones) y Ecuador (USD 9.900 millones).

¹¹⁸ Una cronología de los acontecimientos de Octubre se puede revisar en la agencia de noticias alemana DW: <https://www.dw.com/es/cronolog%C3%ADa-del-paro-en-ecuador-y-lo-que-vino-despu%C3%A9s/a-51456988>

Horizontes de la movilización amazónica en Bolivia

Por su parte, Bolivia constituye una experiencia particularmente interesante en la región andino-amazónica en la que casi la mitad de la población es reconocida como indígena, sin embargo, históricamente la conducción del gobierno y la política de Estado ha sido dirigida por mestizos o una elite conservadora y racista.

Con la apertura del Estado al proyecto neoliberal y la desestructuración del proyecto nacional popular durante la década de los ochenta el país entra en un ciclo constante de crisis y disputas por el poder, en las que el movimiento indígena se fue conformando de a poco en un actor determinante en dichos procesos. En este contexto, la CIDOB, organización que aglutina a pueblos indígenas del oriente boliviano desde 1982, se articuló como una organización de carácter nacional para la defensa del territorio y la diversidad de los pueblos amazónicos.

La CIDOB participó de las movilizaciones de la década de los noventa (1990, Marcha por el Territorio y la Dignidad) para exigir el reconocimiento y el respeto de sus territorios amenazados por la expansión del frente cocalero y la minería, así como por una mayor participación política en el Estado. En este sentido, esta década propone una suerte de multiculturalismo desarrollista¹¹⁹, como lo señala Gaya Makaran (2012), para paliar al menos momentáneamente la delicada situación política y económica en la que se encontraba el aparato estatal boliviano.

Sin embargo, la profundización del modelo neoliberal destapó la caja de pandora en el conflicto al intentar una medida privatizadora del agua en Cochabamba (2000), acción que derivó en una movilización popular masiva y un ciclo de protestas que alcanzó su punto más álgido durante la guerra del gas (2003).

Estos acontecimientos pusieron en evidencia la necesidad de transformación de toda la estructura estatal y de refundación del Estado boliviano, cuyo primer paso

¹¹⁹ “Así las políticas del multiculturalismo y las reformas que intentaban abrir el Estado a las necesidades indígenas, en realidad pretendían minimizar la influencia “nociva” de “la Bolivia de piedras y palos”, incorporándola a la principal corriente modernizadora. El reconocimiento multicultural de la diferencia, acompañado por las políticas de despojo neoliberal, no difería en realidad mucho de las viejas políticas de integración etnocida, solo que esta vez era más peligroso porque estaba encubierto un falso discurso pro indígena” (Makaran, 2012: 73).

involucró la confluencia de todos los movimientos sociales y partidos progresistas en torno al proyecto político denominado como Unidad Popular (a partir del cual se formó el partido de gobierno Movimiento al Socialismo, MAS), mediante el cual se postuló a la presidencia al cocalero de origen aimara, auto reconocido como indígena, Evo Morales Ayma, cuyo triunfo significó un parte aguas para la historia de Bolivia y la región andina al ser el primer presidente “indígena” de América del Sur.

Sin embargo, más allá de lo que este triunfo significó en términos simbólicos, en un sentido pragmático también implicó un remozamiento total del aparato burocrático, ahora ocupado por sectores populares e indígenas, así como la consolidación de un nuevo pacto social, mediante la promulgación de una nueva Constitución (2009) que, al igual que en Ecuador, retomó la noción ancestral del Vida Plena (Sumaq Qamaña en aymara) para reemplazar a la lógica de desarrollo y además categorizó a Bolivia como Estado Plurinacional¹²⁰.

Esta transformación legal deriva en el cuestionamiento contemporáneo de cuan plurinacional es realmente el Estado boliviano, dado que frente al proyecto de gobierno del MAS el territorio amazónico de Bolivia pareciera encontrarse en una situación mucho más complicada en la actualidad que con los gobiernos neoliberales. En este sentido, siguiendo a lo señalado por Maristella Svampa (2012, p.30), una vez zanjadas las disputas que el gobierno del MAS tenía con las oligarquías de oriente (2006-2009), a partir de 2010, se dio paso a una política revestida de un discurso estatalista y extractivo¹²¹.

¹²⁰ Como destacan Cardoso, R., Gives, L., Leucona, M. y Nicolás, R. (2016) en *Elementos para el debate e interpretación del Buen vivir/Sumak kawsaya*, “la Carta Magna, en sus artículos 289 al 296 reconoce los derechos colectivos de autodeterminación dentro del Estado y territorialidad en autonomías indígenas originarias campesinas; incluye formas democráticas de los pueblos originarios al reconocer la elección de representantes mediante usos y costumbres. Los artículos 190 al 192 están dedicados a establecer la justicia originaria y comunitaria en un plano de igualdad con la justicia ordinaria.” La inclusión de estos derechos transforma de raíz la estructura del Estado, y modifica la geografía estatal tornándola plurinacional, al tratar de unir los diversos sistemas jurídicos que han existido en Bolivia” (p. 9).

¹²¹ “Cerca de 26 millones de hectáreas están en manos de Territorios Comunitarios de Origen (TCO’s), mostrando una exitosa gestión y consolidación, al menos formal-legal del movimiento indígena de tierras bajas, que desde 1994 han logrado consolidar aproximadamente el 28% de tierras en el país. Este es un tema central, porque casi el único factor que permitiría sobrevivir a los grupos

Así, en 2011 se produjo la ruptura definitiva del movimiento indígena amazónico con el gobierno de Evo Morales así como con las organizaciones sociales de tierras altas que lo apoyaron, debido al proyecto de construcción de una carretera a través del parque nacional y Territorio Indígena Isiboro Sécure (TIPNIS) lo cual atenta, por un lado, contra el reconocimiento de autonomía alcanzado en los noventas por los pueblos indígenas que habitan esta zona protegida, y por otro, constituye una estrategia para facilitar el ingreso del frente cocalero, el cual ya no está formado por los campesinos empobrecidos de la década de los ochenta, sino que en la actualidad integra a grandes empresas que cultivan la hoja de coca, profundizando la histórica confrontación entre colonos y nativos presente al interior de la reserva.

Este proyecto, que en 2010 desató varias protestas y enfrentamientos entre indígenas de tierras bajas y el Gobierno, marcó un proceso de desindigenización del gobierno, como lo señala Silvia Rivera Cusicanqui:

Se ha perdido el perfil indígena que marcaba el cambio de paradigma frente al desarrollismo. El gobierno ha marcado una postura dogmáticamente desarrollista, con la extracción de recursos, la construcción de infraestructura para estos proyectos, el fomento de la agricultura de exportación (todo eso ha sido refrendado por leyes). La CSUTCB no tiene ya un perfil de movimiento social es un aparato burocrático. Cuando el gobierno asume una posición directamente neoliberal con el proyecto de construir una carretera en el TIPNIS se da una ruptura entre el movimiento indígena y campesino, mucho más con los cocaleros que son invasores del parque. La zona del parque que está en manos de los cocaleros es una zona totalmente devastada, transformada en tierra agrícola, pero como es una tierra agrícola frágil por el humus de la Amazonia, prácticamente está destinada a seguir entrando

de indígenas de tierras bajas es la consolidación y manejo extenso del territorio, cosa que no es del todo comprendida ni en la sociedad ni en varios niveles del gobierno. La supervivencia de, al menos, 32 pueblos indígenas dependen del manejo extenso del territorio. Y, en tercer lugar, que campesinos e indígenas de tierras altas están en una enorme desigualdad en la distribución de la tierra, que presiona sobre los parques nacionales e intereses, tanto de terratenientes como de TCO's. (...) En total, están en manos de campesinos y comunidades del altiplano y valles 17 millones de hectáreas que representan 19% de las tierras en el país. Estos datos son significativos, ya que nos da una idea clara de que la expansión de colonizadores y campesinos del occidente del país, incluidos especialmente los cocaleros, se basa en la presión objetiva de una asimetría estructural de la distribución de la tierra en el país." (Viaña, 2012: 384)

en el parque. Este es un síntoma de algo mucho más amplio, de saqueo de recursos y de bienes de uso común¹²²

Bajo esta lógica, el Estado Plurinacional de Bolivia ha ido construyendo su modelo de desarrollo por encima de los principios que estipula la Constitución y desatendiendo a los pueblos originarios que dieron fuerza y validez discursiva y política al MAS. Por otro lado, a partir del proyecto en el TIPNIS el movimiento amazónico marcó una clara distancia con el gobierno, lo cual derivó en la persecución política de sus dirigentes y en la creación de dirigencias alternas tanto al interior de la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia, CIDOB (Amazonia), como en el Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu, CONAMAQ (Sierra).

En este sentido, el gobierno de Evo Morales ha apostado, de forma más profunda incluso de lo señalado en el caso ecuatoriano con Rafael Correa, a fortalecer el proyecto extractivo con inversión principalmente china¹²³, así como a profundizar un corporativismo afín a su gobierno, lo cual ha significado la expansión del frente cocalero en el oriente.

De esta manera, se puede señalar que en un horizonte de mediano plazo, con la profundización del modelo extractivista que se ampara ideológicamente en el discurso “progresista”, se hace inminente un nuevo ciclo de movilizaciones sociales, cuyo rol protagónico parece recaer en la clase media descontenta por la continuidad en la administración del Estado, así como en los grupos indígenas que aún no han sido cooptados por este proyecto o que, como el caso de la Amazonía, se ven claramente afectados por esta nueva embestida extractivista en sus territorios.

En este contexto se puede decir que Evo Morales se convirtió en el aliado de los grandes capitales nacionales e internacionales en su búsqueda por concretar el proyecto de articulación de infraestructura regional denominado IIRSA. A esta situación se suma la reciente crisis ambiental provocada en la Amazonía debido a los incendios que iniciaron en agosto de 2019 y ante los cuales el gobierno no

¹²² En entrevista realizada el 9 de enero de 2014 en La Paz.

¹²³ Hasta el 2015 China tenía inversiones que superaban los 3000 millones de dólares en Bolivia, además de un préstamo de 7.000 millones de dólares realizado al Estado boliviano.

articuló una respuesta que se corresponda con las demandas de los pueblos indígenas y otros grupos ambientalistas¹²⁴, ya que esta situación evidencia una vez más la contradicción entre su modelo de desarrollo y las condiciones mínimas que requiere este territorio para su conservación.

Es importante señalar que, tras las elecciones presidenciales de octubre de 2019, en las que Evo Morales resultó nuevamente “electo presidente”, se desencadenaron una serie de movilizaciones sociales que fueron capitalizadas por las fuerzas opositoras al gobierno del MAS, así como un importante sector del ejército desencadenándose un golpe de Estado que reorientó momentáneamente la política del país hacia el sector más conservador, es decir, el bloque político de la denominada Media Luna, que mantuvieron un gobierno de facto durante un año, representadas por Jeanine Añez.

No obstante, en las nuevas elecciones desarrolladas en octubre de 2020, el MAS recuperó la presidencia, esta vez bajo el liderazgo Luis Arce. Si bien, esta situación garantiza la continuidad del proyecto encabezado por el MAS, que como hemos visto está lejos de incluir a los pueblos indígenas de la Amazonia, es probable que el cambio de la figura presidencial represente una oportunidad de reconducción del proyecto estatal, abriendo nuevas oportunidades y desafíos para el movimiento indígena particularmente de tierras bajas.

¹²⁴ Durante el mes de agosto de 2019 se desataron una serie de incendios en el territorio amazónico de Brasil, Bolivia y Paraguay (países que comparten frontera), los cuales no habían podido ser controlados casi hasta finales de ese año, en buena medida por la ausencia de políticas que establezcan una defensa clara del territorio mediante una pausa en las actividades de explotación del mismo. Esto, debido a que se ha determinado que una de las causas de los incendios es la quema provocada de este espacio como parte del avance de la frontera agrícola. En el caso de Bolivia, según informes de la ONG Fundación Amigos de la Naturaleza (FAN), hasta el 18 de septiembre de 2019 ya se han consumido 4,1 millones de hectáreas de bosque y pastizales (lo equivalente al tamaño de Suiza), de las cuales, tres millones corresponden a la región de Santa Cruz (Radio Francia Internacional). Debido a la negativa del Gobierno boliviano de declarar la zona en estado de emergencia, el 24 de septiembre de 2019 se llevó a cabo la Primera Cumbre Nacional por la Defensa de los Bosques, en la cual se acordó exigir al gobierno la declaratoria de desastre nacional, así como la anulación de varios reglamentos y decretos encaminados a concesionar las tierras para uso agrícola. Adicionalmente, en los próximos días se prevén marchas indígenas desde Santa Cruz hasta la sede de Gobierno en La Paz.

Horizontes de la movilización amazónica en Venezuela

El movimiento indígena amazónico de Venezuela posee características muy particulares debido a su alto grado de aislamiento y a que responde a una organización multifactorial. Es decir, en la década de los noventa, las organizaciones indígenas en Venezuela, particularmente las amazónicas, que permanecían para esa época completamente al margen de la vida política de ese país, siendo víctimas constantes de las incursiones de mineros ilegales, confluyeron en dos tipos de organizaciones, una de carácter local que respondía a las inmediatas necesidades de la población y, otra, de índole regional que pronto se integraría a la dinámica de la política formal, constituyéndose incluso en partidos políticos que más tarde se sumarán al proyecto de la República Bolivariana de Venezuela, al cual van a revestir de un discurso de “inclusión” y “participación” de este sector.

En 1989 se crea el Consejo Nacional Indio de Venezuela (CONIVE), el cual es el resultado de la articulación de organizaciones que se fueron gestando dos décadas antes como la Unión Maquiritare del Alto Ventuari (UMAV) y la Organización Indígena Pueblo Uwottüja del Sipapo (OIPUS). Así mismo, en 1993 se crea la Organización Regional de los Pueblos Indígenas de Amazonas (ORPIA), la cual más adelante se queda inactiva, en función de la cooptación estatal de sus representantes.

Por otro lado, partidos políticos indígenas como el Movimiento Único de Pueblos Indígenas MUPI (1997) y el denominado Pueblos Unidos Multiétnicos del Amazonas PUMA (1998), van a representar la corriente dominante desde finales de la década de los noventa hasta fechas recientes en que la amenaza extractiva pone en riesgo su territorio de manera franca y formal.

En este contexto, el de la política formal, los partidos políticos indígenas constantemente han carecido de representatividad, remitiendo su participación a un ámbito relativamente pequeño y regional (principalmente Estados de Amazonas y Bolívar). Sin embargo, su actividad permitió la inclusión de los pueblos indígenas, al menos en un sentido simbólico, a lo que a la postre se convirtió en el proyecto

bolivariano y, en diferentes momentos, se irán vinculando directamente con el Gobierno, llegando a ocupar cargos dentro del mismo.

Gracias a esta participación, la constitución de 1999 estableció el reconocimiento formal de los pueblos indígenas en general, y de la Amazonía, en particular, en el Artículo 119: *“El Estado reconocerá la existencia de los pueblos y comunidades indígenas, su organización social, política y económica, sus culturas, usos y costumbres, idiomas y religiones, así como su hábitat y derechos originarios sobre las tierras que ancestral y tradicionalmente ocupan y que son necesarias para desarrollar y garantizar sus formas de vida. Corresponderá al Ejecutivo Nacional, con la participación de los pueblos indígenas, demarcar y garantizar el derecho a la propiedad colectiva de sus tierras, las cuales serán inalienables, imprescriptibles, inembargables e intransferibles de acuerdo con lo establecido en esta Constitución y en la ley”* (CRBV).

A su vez, en el Artículo 121, estableció la necesidad de construir una educación bilingüe: *“los pueblos indígenas tienen derecho a mantener y desarrollar su identidad étnica y cultural, cosmovisión, valores, espiritualidad y sus lugares sagrados y de culto. El Estado fomentará la valoración y difusión de las manifestaciones culturales de los pueblos indígenas, los cuales tienen derecho a una educación propia y a un régimen educativo de carácter intercultural y bilingüe, atendiendo a sus particularidades socioculturales, valores y tradiciones”* (CRBV).

Así, a veinte años de este reconocimiento y de esta participación en la política regional y nacional, el “socialismo del siglo XXI” se dedicó continuamente a generar de manera regional clientelas políticas que permitieran profundizar dinámicas de carácter extractivo. Esta lógica traerá como consecuencia la conformación de un sector que es considerado como la “indioocracia” del proyecto bolivariano. Como lo afirman Moncada y Tillett (2018):

Para el año 2010 (...) el avance e implementación de los derechos territoriales indígenas era bastante limitado. El movimiento indígena se encontraba sin una agenda propia de lucha y con escasa independencia frente a la política gubernamental. El nacimiento de la indioocracia venezolana, caracterizada por la cooptación de líderes y lideresas del

movimiento indígena, y -en el peor de los casos- la creación estatal de liderazgos artificiosos que carecen de legitimidad comunitaria, incidió en el aletargamiento de las organizaciones indígenas de base. Este era el caso de ORPIA [Organización Regional de los Pueblos Indígenas del Estado Amazonas], que se encontraba inactiva, con la Junta Directiva vencida y absolutamente cooptada por la indiocracia.

Por tanto, desde 1999 hasta la fecha, más que el reconocimiento y el respeto a la territorialidad indígena se desarrolló un modelo paternalista que centró su mirada en el megaproyecto del Arco Minero del Orinoco en convenio con la empresa China Citic Group, el cual contempla la explotación de reservas minerales en la región amazónica.

En tal sentido, entre las principales reivindicaciones de las organizaciones indígenas están la necesidad de demarcación de sus territorios, un paso fundamental para impedir el avance de empresas mineras, y una demanda que se ampara en los derechos reconocidos en la Constitución del 1999, los cuales aún no logran hacerse efectivos, una vez que el Estado venezolano evidenció una política abiertamente extractivista, en lo económico, e “indigenista” en el ámbito político y social, cuyo principal enfoque es la cooptación de las dirigencias y la contención de la movilización indígena.

Es así que, en el marco de un distanciamiento entre las organizaciones de base y el gobierno, se crean nuevos espacios de confluencia y articulación nacional y regional como la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Amazonía Venezolana (COIAM), adscrita a la COICA.

La profundización de la crisis y el distanciamiento del Estado derivado de la misma, ha aumentado significativamente la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran los pueblos indígenas amazónicos de Venezuela. Por otro lado, en materia de desarrollo regional, el proyecto bolivariano ha mostrado un “socialismo” estatista y vertical con una retórica multicultural pero que en los hechos tiende a ser homogenizante pues no solo estructura proyectos de un alto impacto ecológico y social, sino que mantiene y profundiza el mismo modelo civilizatorio y extractivista en el que los pueblos indígenas nunca han tenido cabida.

Por otro lado, dada la vastedad del territorio y la movilidad que han tenido los pueblos indígenas a causa de la penetración extractiva, sobre todo de la alta Amazonia venezolana, la compleja situación que viven se ha agravado. Estos pueblos enfrentan el ataque de garimpeiros (mineros del lado brasileño) que incursionan ilegalmente en el territorio y de los actores incluso de la minería formal.

Lo anterior ha potenciado las difíciles condiciones que experimentan los indígenas más aislados de la Amazonia venezolana. En algunos casos se tiene conocimiento de que miembros de las etnias Yanomami, Hoti y Piaroa han sido reclutados por campamentos mineros incluso a la fuerza, obligándolos a internarse cada vez más en la selva.

Mientras tanto, el gobierno, a través de las clientelas, y bajo estas dinámicas de incorporación al desarrollo nacional, ha ido paulatinamente convirtiendo a los pueblos indígenas que se han prestado para ello en cómplices de la depredación de la selva.

La actual desprotección y vulnerabilidad de los pueblos de la Amazonia venezolana se empareja con la terrible crisis del Estado, el cual ha establecido con ellos una relación de franca dependencia de programas clientelares, debilitando la estructura productiva y social de estos grupos con la introducción de nuevas “necesidades”. Por otro lado, no dejan de ser los agentes externos los que ponen en mayor riesgo a estas etnias que se encuentran en alto peligro de desaparecer o ser aculturados.

A los agentes externos que los amenazan hay que sumarle la intromisión en sus territorios de grupos guerrilleros colombianos (disidentes de las FARC y el ELN) quienes ponen en riesgo a estas poblaciones, no solo por la violencia que estos pueden ejercer, sino también por las enfermedades que aquellos, al igual que los mineros ilegales y otros agentes externos, pueden transmitirles, como son los recientes brotes epidémicos de sarampión que han afectado principalmente a los Yanomami, ante los cuales el Estado ha mostrado su inoperancia.

Como balance general se puede señalar que si bien existe un reconocimiento formal de derechos y de elementos que revisten de pluriculturalidad al Estado venezolano, las condiciones del indígena y del actual proyecto para paliar la crisis, enfocado a la extracción de oro¹²⁵ coloca en un grado de muy alta vulnerabilidad tanto a la región amazónica como a los grupos que la habitan.

A eso habría que sumarle la creciente presencia de inversionistas extranjeros depredadores como China y el terrible deterioro de la moneda nacional, así como del tejido social derivado de casi dos décadas de programas clientelares que debilitaron a todo el país y que afectan en mayor medida a regiones periféricas como la Amazonia.

Bajo esta lógica se puede decir que con la complicada situación que experimenta Venezuela, el futuro de estos pueblos no está enteramente en sus manos. Entonces, al igual que en el caso boliviano en donde los pueblos amazónicos no poseen una representatividad de alcance nacional, si estos grupos altamente vulnerables no consiguen establecer procesos de resistencia capaces de hacer frente a esta penetración, su futuro y el futuro ecológico de la región (que no puede entenderse de manera separada) estarán marcados por la aculturación-extinción, el asesinato y el fin del equilibrio natural y biótico del entorno.

Esta situación invita a reflexionar sobre el papel que los gobiernos, particularmente de corte “progresista” (Ecuador, Bolivia y Venezuela), han jugado puntualmente en relación a la continuidad en el espacio y el tiempo de los pueblos indígenas que conforman a todos los Estados de lo que para esta investigación se denomina bloque Andino-amazónico. Por otro lado, países como Colombia y Perú que permanecieron alineados de manera formal al proyecto económico y político neoliberal también mantienen al territorio amazónico igual o más amenazado, como ya se revisó anteriormente.

¹²⁵ Se trata del proyecto Lingotico mediante el cual el régimen de Nicolás Maduro, actualmente en el poder, pretende vender a la ciudadanía pequeños lingotes de oro de hasta 2.5 gramos con la finalidad de fortalecer la moneda nacional e incentivar el ahorro.

Así, la presión multidimensional que se ejerce sobre la región amazónica pareciera sentar las bases de una profunda crisis civilizatoria por venir en la cual se coloca de forma irresponsable todo el peso histórico de la defensa de estos espacios vitales en los pueblos originarios, que más allá de los efímeros instrumentos legales a su disposición para defender sus espacios solo cuentan con la continuidad de sus formas de vida y el impacto positivo que estas representan para la propia reproducción y conservación de este nicho ecológico.

A toda la problemática revisada, habría que sumarle la aparición y propagación mundial de la COVID-19, pandemia que ha trastocado el orden político y económico mundial y que en los primeros meses del 2020 estalló en el continente americano, convirtiendo a la región amazónica en el espacio perfecto para su propagación debido a la porosidad de sus fronteras a lo cual hay que sumarle que, como se ha señalado reiteradamente, buena parte de la vida económica social y cultural de la región tiene un carácter fluvial que hace imposible establecer un control de tránsito “efectivo”.

Adicionalmente, existen enormes distancias entre los espacios con infraestructura estatal (ciudades) y los espacios ocupados por las nacionalidades indígenas quienes desde hace un año están enfrentando prácticamente solas el embate de esta nueva enfermedad, originada a cientos de miles de kilómetros de sus pueblos.

En este sentido, se puede decir que la Amazonía se ha integrado al horizonte global capitalista de manera casi indisoluble, pero sin participar de los avances técnicos y tecnológicos de este sistema, lo cual les permitiría tener una expectativa mayor a la hora de afrontar una crisis de salud como la actual. Por ejemplo, una atención médica adecuada, detección oportuna mediante aplicación de pruebas, acceso a medicina preventiva, etc.

A esto habría que sumarle que la pobre infraestructura hospitalaria que existe en la región amazónica está concentrada por las ciudades y núcleos urbanos a los cuales los pueblos y comunidades indígenas tienen acceso en muy pocas ocasiones

dadas las enormes distancias que deben recorrer para recibir atención médica, así como por la ausencia de un enfoque de atención intercultural y multidisciplinario.

En este escenario, la pandemia constituye una de las más grandes amenazas para los pueblos originarios y comunidades nativas de la Amazonía quizá en el último siglo. La enfermedad encontró un caldo de cultivo perfecto en un espacio en el que el abandono estatal, la ausencia de servicios, la falta de control de actividades económicas formales e informales, así como la nula participación de los pueblos originarios en la toma de decisiones sobre la administración del territorio son apenas un panorama general de las condiciones con las que tienen que sobrellevar este problema los pueblos indígenas amazónicos.

Una de las características más funestas que ha mostrado la enfermedad en la región ha sido el nivel de letalidad que tiene para la población de la tercera edad, que para el caso de los pueblos indígenas es el pilar fundamental en la transmisión de saberes y apropiación espacial de estos pueblos (ethos). Por ejemplo, en Ecuador la etnia siekoapi, la cual apenas cuenta con 700 personas, entre abril y mayo de 2020 perdió a dos ancianos considerados como los primeros maestros del grupo, a la vez que varios integrantes de la etnia presentaron sintomatología característica de la Covid-19. Así mismo, en la provincia amazónica de Orellana, el pueblo Waorani perdió a uno de sus abuelos por causa de un diagnóstico tardío. Hasta enero de 2021, en este país, el número de contagios registrados en provincias Amazónicas era de 13.292, correspondiente al 6% del total de contagiados en el Ecuador (Covid-19 EC).

Otro ejemplo de este impacto es la muerte de los chamanes, que son quienes se encargan de atender a los enfermos de los pueblos y cuya pérdida constituye una fractura en la transmisión de saberes ancestrales que hacen posible la reproducción y conservación del grupo. Esta situación se ha destacado particularmente en el caso de Colombia, país que superó las 50.000 muertes para finales de 2020 y, por la cantidad de enfermos críticos, se estima el aumento de esta cifra. En la región amazónica la Covid-19 ha impactado principalmente el departamento de Leticia, próximo a Iquitos y Manos que son los núcleos urbanos

más afectados por la propagación de la pandemia y el lugar en donde se originó una nueva sepa de la enfermedad con una propagación más amplia.

En Colombia, los tikuna y murui-uitoto (orillas de los ríos Putumayo, Cara-Paraná e Igara Paraná) junto con los Puinave han sido las etnias más afectadas. Según cifras oficiales, se estima que 118 indígenas han perdido la vida por complicaciones derivadas de la COVID-19 hasta diciembre de 2020, pero desde luego la cifra puede ser mayor debido al subregistro existente y al carácter transnacional de los propios grupos, el cual de manera directa ha tenido una fuerte incidencia en la propagación de la pandemia. Los actores determinantes los contagios han sido sin duda de carácter foráneo enfocados a la explotación de recursos como madera o minerales, cuya actividad económica no paró en los distintos periodos de cuarentena.

Un escenario similar se puede encontrar en el territorio venezolano en el que los pueblos indígenas tienden a ser más vulnerables que en el resto de países de la región amazónica dadas las precarias condiciones de atención de salud fuera de los núcleos urbanos de la región. A la COVID-19 se suman otras epidemias y problemas médicos como la malaria que tienen décadas azotando a la Amazonia venezolana. De este modo, se estima que los estados de Amazonas y Bolívar son los que han tenido mayor incidencia de esta crisis sanitaria¹²⁶.

¹²⁶ Como lo señala un informe del Observatorio Wataniba-Orpia (2020): “En Venezuela, desde la confirmación de los primeros casos de COVID-19 hasta el 26 de septiembre, se reconocen personas contagiadas pertenecientes a diferentes pueblos, fuera y dentro de la Amazonia venezolana. El boletín más reciente de la Organización Panamericana de la Salud/ Organización Mundial de la Salud, señala 184 casos confirmados acumulados en población indígena y tres defunciones. El pueblo que presentaba el mayor número de casos y defunciones era el Pemón, seguido por el Wayú. Ese número debe haber aumentado y se reconocen contagios fuera de la amazonia venezolana en Zulia (pueblos Wayuu y Yukpa) y en Anzoátegui (Kariña), donde incluso se señala un fallecido por sintomatología. Sin embargo, no hay boletines más recientes y, por otro lado, ya en esa publicación de la OPS se indicaba que los datos de Venezuela no se habían actualizado desde el 26 de agosto pasado. A nivel de la Amazonia Venezolana no hay cifras oficiales que indiquen un cambio a la información previa para los estados Bolívar y Delta Amacuro, donde el número conocido es de 153 personas, pertenecientes al pueblo pemón y 5 personas pertenecientes al pueblo Warao. Para el estado Amazonas, en cambio, se sabe que el número de indígenas contagiados asciende a 535 casos, donde lo complejo es definir cuáles son los pueblos indígenas afectados y en qué magnitud.

Como se ha mencionado, la Amazonía peruana no solo ha tenido que enfrentar las complicaciones propias de la crisis de salud y económica desatadas por la pandemia, sino que además es el escenario de la presencia de una nueva sepa, la cual se originó en departamento brasileño de Manaos, con el cual mantiene frontera.

De este modo, se estaría repitiendo el escenario de los primeros meses de 2020 cuando la Amazonía peruana, específicamente el departamento de Loreto, se constituyó en uno de los epicentros mundiales de la enfermedad. Según el Ministerio de Salud de Perú, hasta enero de 2021, Loreto registraba 4.881 casos de COVID-19 y más de 2400 fallecidos. A su vez, el departamento de San Martín reportó 3.823 casos confirmados, el de Amazonas 1918 casos, el de Ucayalli 1191 caso y Madre de Dios, 914.

En Bolivia la situación es similar, de hecho, en el Departamento del Beni fue declarado por el gobierno municipal, en mayo de 2020, en situación de desastre sanitario, en vista de la propagación de la enfermedad por todo el territorio y con mayor concentración en su capital, Trinidad. Adicionalmente, el Beni informó que en este departamento el nivel de letalidad de la enfermedad ascendió al 5,6%, superando al promedio nacional (3,6%).

Esta situación mantiene bajo amenaza a pueblos indígenas amazónicos como los Mojeño Ignaciano, Mojeño Trinitario, Cayubaba, Sirionó, Tacana-Kavineño, Movima y Baures. Según el Ministerio de Salud de Bolivia, solo en enero 2021, el número de nuevos casos positivos en el Beni ascendió a 158, mientras que en otros departamentos parcialmente amazónicos como Santa Cruz, se detectaron 1197 nuevos contagiados, en Pando 30 y el Cochabamba 231 (<https://boliviasegura.gob.bo/>)

Sin embargo, se sabe que hay personas contagiadas que pertenecen a los grupos Arawak, Uwottüja, Yanomami, Ye'kwana, Sanëma, Jivi, Ñengatú (o Yeral), entre otros”.

En definitiva, aunque esta es una crisis que se encuentra en desarrollo y de la cual no se ve una solución a corto o mediano plazo, se puede afirmar que la Amazonía es una de las regiones que resultará más afectada por la pandemia, por lo cual se han tenido que articular acciones autogestivas que permitan enfrentar esta grave situación, como las que llevan adelante los movimientos indígenas locales y la COICA, solicitando apoyo a ONG para la donación de recursos que se traduzcan en insumos médicos y en alimentos para los pueblos y comunidades, los cuales ya no pueden, como sucedió en otros momentos de la historia, replegarse en sus territorios hasta que el exterior retome su “normalidad”.

Capítulo 3. La Lusoamazonía: entre la invención de un país y la destrucción del corazón indígena del territorio amazónico

3.1 La conquista amazónica y los portugueses: la invención de la frontera

El 22 de abril de 1500 Pedro Álvarez Cabral, con la firme intención de descubrir nuevos territorios y siguiendo los lineamientos establecidos en el famoso Tratado de Tordecillas (1494), se encontró con las costas de lo que a la postre sería el territorio brasileño. Una extensísima región geográfica que de la noche a la mañana pasó a orbitar los dominios del pequeño pero avezado Reino de Portugal, en su búsqueda por encontrar nuevos mercados, especias y mercancías.

La colonización portuguesa, como lo veremos, obedeció en buena medida a contextos que, de principio, están directamente relacionados con la ética comercial. En este escenario, su posición política respondía a su capacidad adaptativa y de conexión con elpreciado oriente, pues no podemos dejar de lado que, al igual que en el caso de España, la llegada a las Indias era una prioridad. En el caso portugués la llegada a las costas sudafricanas (principios del siglo XV) y a territorio indio (1498) eran una realidad y respondían a un modelo de expansión económico que, como veremos, constituirá el modelo de expansión territorial también para el caso de Brasil¹²⁷.

En este sentido, la historia particular de Brasil presenta aristas interesantes que, como en el caso hispanoamericano, responden a tratados que parten de un imaginario subjetivo construido desde Europa pero que se impuso como el eje de la apropiación territorial y demarcación espacial del continente americano.

¹²⁷ Los portugueses centralizaron el comercio mediante la instalación de fábricas, o factorías, en las zonas costeras de los territorios por los cuales se expandieron. Más que tratarse de colonias, eran puntos de enlace comercial, de almacenamiento y de suministro para los navegantes, estrategia que les permitió mantener el dominio de los océanos Atlántico e Indico por varios siglos. Las primeras factorías se instalaron en África y, más adelante, este modelo se replicó en las costas de Brasil. Su poderío económico incluyó el intercambio comercial de todo tipo de mercancías que iban desde azúcar, especias, caballos, madera, seda, piedras preciosas hasta esclavos.

En el caso de Brasil existe un amplio desarrollo histórico prelusitano de grupos indígenas que, a diferencia de la conquista española de América, no supuso en un primer momento el encuentro con civilizaciones complejamente estructuradas y difundidas como la Inca o la Mesoamericana. No obstante, sin lugar a dudas, el territorio brasileño también albergaba complejas sociedades, bien estratificadas e igualmente diversas cuyas formas de apropiación espacial y de recursos las hacían únicas. Brasil se presenta, de este modo, como un continente aparte.

En este sentido, los pueblos que habitaban el territorio llegan a remontarse, según evidencias arqueológicas, en algunos casos hasta a 15.000 años antes de cristo¹²⁸. De esta manera, la ocupación de este espacio en el periodo precolonial plantea la existencia de una amplia gama de sociedades en las que no se puede hablar de grandes bloques culturales organizados en núcleos urbanos (ciudades-Estado) como en el caso de las colonias españolas (Incas), sino más bien de la existencia de un universo amplio de pueblos con una complejidad propia derivada de las condiciones del ambiente.

Dicha complejidad integra características de organización del territorio y jerarquización social en función de la densidad poblacional, dentro de los parámetros de lo que especialistas como Márcio Souza (2015) denominan como Cultura de la Selva Tropical, lo cual implica la presencia de ciertos elementos de carácter urbano, como afirma el autor:

Quando los europeos llegaron, en el siglo XVI, la Amazonia era habitada por un conjunto de sociedades jerarquizadas, de alta densidad demográfica, que ocupaban el suelo con poblaciones en escala urbana, poseían un sistema intensivo de producción de herramientas y cerámicas, agricultura diversificada, una cultura de rituales e ideología vinculadas a un sistema político centralizado en una sociedad fuertemente estratificada (...)

¹²⁸ Manuel Diegués Júnior explica que el indígena brasileño está directamente conectado con uno de los cuatro grupos prehistóricos que pobló el continente americano, el de los *braquioides de cultura média* que se extendieron por las regiones tropicales del Norte y del Sur. “El principal centro de este grupo... no está lejos del actual Panamá, en cuyas regiones próximas al istmo se han encontrado grupos más compactos de indígenas con caracteres físicos semejante y mayor número de elementos culturales de remoto origen neolítico. Las familias lingüísticas Aruaque, Caribe e Tupi-Guarani, además de otros grupos, como los Pano, Tucano, Jivaro y otros menores, igualmente proceden de esta tercera corriente de poblamiento prehispánico. Tanto de aquellas tres familias como de otros grupos encontraron los descubridores tribus esparcidas por Brasil” (Diégués Junior, 1980: 53).

Fue durante los milenios que antecedieron a la llegada de los europeos que los pueblos de la Amazonia desarrollaron el padrón cultural denominado Cultura de la Selva Tropical. La Amazonía, como bien indican los artefactos arqueológicos encontrados en la región, nunca fue habitada por otra cultura. La Cultura de la Selva Tropical es un ejemplo del éxito adaptativo de las poblaciones amazónicas, así como los son los Padrones Andino y Caribeño de Cultura en sus respectivos nichos ambientales (pp. 37-38).

La Amazonía brasileña constituye en sí misma un cosmos dentro de un universo más amplio de etnicidades y expresiones culturales particulares, las cuales permanecen empatadas por sus habilidades adaptativas y sus formas específicas de ocupar el espacio amazónico (ethos), así como por un grado de desarrollo material propio, en el que, por ejemplo, no conocían el uso del hierro; correspondiendo así a una fase neolítica en la que les caracteriza el aprovechamiento de los recursos naturales a su alcance así como formas de transformación de la naturaleza y reproducción material (trabajo) que responden a sus formas particulares de organización y distribución de funciones. Como lo señala Martins Catharino (1995):

Principalmente el trabajo indio era comunitario, familiar o tribal pleno. Fundamental en la constitución, estratificación y movilización de los grupos indígenas. Todos con homogeneidad sustancial, aunque algunos con heterogeneidad recíproca. En menos palabras con características comunes y algunas particularidades. Al respecto de los elementos materiales de la cultura india: aunque conociesen el fuego, supiesen hacerlo y conviviesen con él; usasen productos vegetales, inclusive madera, y minerales, piedra pulida y barro, los indios desconocían la rueda y el hierro. La economía indígena era natural, en nada semejante a la moderna, artificial. No sabían los indios qué era la escritura, ni los números ni el dinero (p. 14).

Sin embargo, para la cultura brasileña existe una gran cantidad de mitos sobre su desarrollo y el contacto que los grupos indígenas pudieron mantener entre ellos. Por tanto, en la actualidad la Amazonia es una región sometida a nuevas reconceptualizaciones sobre su carácter prístino, intocado y virgen, que refuerzan viejos mitos (el paraíso en la tierra o el infierno verde) con estas nuevas percepciones *new age* que enmascaran la actual apropiación cultural de sus conocimientos sobre el territorio y el aprovechamiento del mismo, los cuales van desde el uso de plantas medicinales al consumo de sustancias psicotrópicas con

finés lúdicos disfrazados bajo la búsqueda de “terapias alternativas”¹²⁹ de superación personal.

Entonces, las culturas amazónicas se presentan como sociedades complejas ampliamente diversificadas tanto social como materialmente. Constituyen, como grupo humano, el éxito adaptativo de la especie y responden a una realidad específica, estrechamente relacionada con su territorio. A la par, hay que tener en cuenta, como ya se ha mencionado antes, los procesos de antropización del espacio amazónico y el desarrollo, particularmente en el caso brasileño, de una matriz cultural vinculada al cultivo de tubérculos, puntualmente la “mandioca” (yuca).

En este sentido, la reproducción económica relacionada con el cultivo de alimentos responde a la conceptualización particular del trabajo y del tiempo que tiene cada grupo indígena, así como a las relaciones de producción que esta implica. Es decir, el trabajo productivo no responde necesariamente a patrones determinados por los procesos de acumulación característicos de “sociedades complejas”¹³⁰ y, dadas las condiciones geográficas y climatológicas del entorno en el que habitan los grupos amazónicos, dichos procesos se dan bajo sus propios términos¹³¹. Esto, por otro lado, no exime a las civilizaciones amazónicas de

¹²⁹ Por ejemplo, el uso de la Ayaguashca, una bebida preparada en base a varias plantas amazónicas que tiene efectos alucinógenos. Aunque para los indígenas de la Amazonía la bebida tiene un uso ritual, su consumo se ha popularizado como parte de terapias alternativas en tratamiento de problemas psicológicos y emocionales. Sin embargo, cabe señalar que su consumo también se ha incorporado a la oferta turística de quienes visitan el territorio amazónico.

¹³⁰ Desde la antropología se hace una diferenciación entre sociedades simples y complejas en función de su grado de organización en torno a elementos “modernos” como la presencia de una estructura de clases, la división del trabajo, el establecimiento de instituciones políticas (Estado), la preeminencia de normativas jurídicas (leyes) sobre los usos y costumbres, etc. Esta diferenciación empezó a ser debatida en la década de los cincuenta y los sesenta en Europa con un enfoque dicotómico en el que las sociedades simples eran las primitivas y tradicionales y las complejas las modernas y desarrolladas. Entonces, desde un punto de vista occidental y eurocentrado, los grupos indígenas y nativos fueron abordados en la discusión como sociedades simples (Mendoza, 2001, p.78).

¹³¹ Al respecto de la relación ser humano naturaleza y de la transformación del espacio natural en espacio social a través del trabajo, las fronteras que establece la relación sensible entre el grupo indígena amazónico y su medio en función de la obtención de recursos responden a otras mediaciones que no necesariamente se empatan con las de sociedades “desarrolladas”. En este sentido, al respecto del trabajo en las sociedades indígenas y del sentido de propiedad que este produce, José Martins Catharino (1995) señala que: “La predominancia del trabajo colectivo tribal interno –lo individual constituye una excepción, es consecuencia necesaria natural y social- El trinomio indio-trabajo-tribu más que tres elementos interligados sugiere una cuestión fundamental sobre la interligación entre el ser y el existir en una realidad social: si la complejidad de esta, cada

conflicto, pero los conflictos que se producen entre ellas tienen que ver más bien con la transgresión de espacios reconocidos a ciertos grupos en función de su uso (terrenos de caza y cultivo, etc.).

Por tanto, cuando los portugueses entraron en contacto con las civilizaciones amazónicas aprovecharon sus conocimientos prácticos sobre la vegetación, lo cual permitió el particular desarrollo agrícola de la región, así como la apropiación de plantas medicinales para uso comercial, incorporando a los mercados mundiales productos como la yuca o la quinina (corteza de árbol en base a la cual se elaboran medicamentos contra la malaria).

De esta manera, las actuales discusiones de apropiación cultural y biopiratería tienen una larga datación y están acompañadas de los mismos tópicos, tanto en la actualidad como en el pasado. Así los ejes más comunes de este despojo cultural para la construcción de Brasil y el mundo moderno son la apropiación y descontextualización de los saberes de la selva. Es decir, las ciencias naturales y la ciencia médica toman, sin reconocimiento alguno, los conocimientos milenarios desarrollados por los grupos indígenas en torno a los elementos que son parte constitutiva de su existencia cultural y material (plantas, insectos, otros animales, etc.)¹³².

En este sentido, la apropiación del espacio, como lo veremos más adelante, implica también una conquista cultural y epistémica en la cual se impone el pensamiento dominante a las formas de ser de los grupos amazónicos. A esto

vez mayor e intrincada, causó la del tejido cerebral o si es lo contrario. Ciertamente es que hay un nexo de causalidad entre ambas complejidades. Por eso la simplicidad del indio, de su vivir y convivir –no simplismo ni primarismo– es recíprocamente correlación a la del medio físico y social que lo envuelve e involucra. Factores importantes de esa evidente correlación, en función del trabajo, son, sin duda, la *posesión* o la *propiedad* de los medios de producción, de las cosas –no mercaderías– *necesarias* y *útiles*. Factores estos, de todos los tiempos y espacios sociales, de los que dependía la real libertad del trabajo, como su realización individual y colectiva” (p. 71).

¹³² Como señala Souza (2019): “la comercialización de sustancias extraídas de plantas tropicales es superior a 6 billones de dólares por año, apenas en los Estados Unidos, pero ningún centavo es reinvertido en beneficio de los pueblos indígenas que originalmente detentaban el conocimiento. Eso sin calcular los lucros obtenidos con el uso de artrópodos, insectos y peces. Siguiendo la indicación de los chamanes, los insectos recolectados en diversas partes de la Amazonía son hoy utilizados por la industria farmacéutica, por ejemplo, para el tratamiento de la artritis (...) Con el proceso de envejecimiento de la población del planeta se espera un crecimiento del 50% en los casos de artritis” (p. 64).

habría que sumarle la descontextualización que se ha hecho históricamente por el pensamiento científico hegemónico para tomar como propias las bases axiológicas de los conocimientos de los pueblos originarios¹³³.

Así, la resistencia de los grupos indígenas, particularmente de la Amazonia brasileña, cobra gran relevancia pues representa casi desde el principio un escenario de confrontación en el que el occidente europeo y capitalista busca apropiarse no solo de los espacios concretos sino también de los horizontes de conocimiento que forman parte del modo de ser amazónico.

Entonces, desde que los portugueses entran en contacto con las poblaciones nativas estas empiezan a ser concebidas como un recurso más del territorio. Los españoles, franceses, alemanes, holandeses y británicos que arribaron a la región no solo se disputaron los espacios geográficos concretos sino también a la población como recurso material. En este sentido, las expediciones de Francisco de Orellana (1542) y Caldeira Branco (1616), entre muchas otras, fueron la expresión de la disputa por la penetración y domesticación del territorio amazónico, la cual se mantuvo por mucho tiempo hasta la demarcación de límites y la creación de los Estados¹³⁴.

En este escenario, españoles y portugueses buscaron constantemente hacer efectiva su primacía en la región que hoy corresponde a la Amazonía brasileña, por sobre los intentos de colonización de ingleses, holandeses, franceses e incluso alemanes (Souza, 2019, pp.120-128). Así, este territorio se presentaba, en los

¹³³ “La civilización Moderna está direccionada exclusivamente hacia la tecnología y con el descubrimiento de la química sintética a partir de 1930 parece sin propósito buscar remedios en medio del bosque tropical o con chamanes que todavía viven en la edad de piedra. Sin embargo, las nuevas tecnologías dependen mucho de las fuentes naturales de cura, de las plantas que crecen en la selva y de los animales, aunque pequeños y extraños. Por eso mismo la poderosa industria farmacéutica mundial lanzó programas ambiciosos y millonarios para encontrar, aislar, analizar y crear nuevos remedios” (Ibíd., p. 63).

¹³⁴ Como lo relata Nelson de Figueiredo Ribeiro (2006): “A partir del viaje de Orellana, ingleses, alemanes, irlandeses y franceses pasaron a interesarse por la región descubierta y por muchos años irían a disputar con los españoles y los portugueses la posesión de sus riquezas y del territorio. Antes del informe de Frei Carvajal, la intención de España de asumir efectivamente la posesión de las tierras amazónicas se manifestó objetivamente cuando los reyes Fernando e Isabel atendieron al pedido de Francisco de Orellana para recibir el título adelantado de gobernador de las tierras descubiertas, las cuales llamaba Nueva Andalucía” (p. 26).

primeros años de la colonización europea, como un espacio abandonado de la presencia de los dos grandes reinos que decían poseerlo (España y Portugal) y en este contexto tuvieron lugar las aventuras de varios explotadores en busca de la tierra mítica de El Dorado como el marino inglés Sir Walter Raleigh y el alemán Ambrosio Alfinger.

Sin embargo, en el siglo XVII tanto Portugal como España consolidaron su presencia y para 1615 los portugueses consiguieron expulsar definitivamente a los franceses del Marañón. Prácticamente todo el siglo XVII estuvo marcado por la confrontación entre los portugueses y otros colonos europeos, principalmente franceses e ingleses.

En este contexto, aparecieron personalidades destacadas para el Reino de Portugal y la región, como Alexander Moura, Castelo Branco y Pedro Teixeira, exploradores que tenían la misión, por un lado, de consolidar la presencia portuguesa en la región amazónica y, por otro, de expulsar a colonos no portugueses del territorio. En este siglo se consolidó, entonces, la presencia portuguesa sobre los pueblos amazónicos quienes conocieron de primera mano la violencia y las enfermedades de la conquista lusitana.

En 1617 un enfrentamiento entre la tribu tupinambá y los colonos portugueses terminó en la conquista del Pará y, para 1621, esta etnia se vio prácticamente extinta. A la par de la conquista del espacio amazónico y de los pueblos indígenas, los portugueses también avanzaron en la expulsión de puestos ingleses e irlandeses en la región del Marañón y el Gran Pará, estableciendo en la región amazónica un modo específico de ocupación y apropiación del territorio, el cual fue particularmente cruel con los pueblos indígenas, colocándolos en una situación de esclavitud o desplazamiento.

Un personaje emblemático de este proceso fue Bento Maciel Parente, conquistador de los tupinambá, quien con toda crueldad apresó y mandó a desmembrar a los líderes de esta etnia. Sin embargo, cuando se vio cercado por los holandeses, años más tarde, este se entregó con sus armas y ejército sin ofrecer

resistencia, lo cual llevó a que fuera considerado un traidor a los intereses de Portugal, causando su prisión y muerte.

Figuras como Maciel Parente y otros *sertanistas*¹³⁵ configuraron el modo de apropiación del territorio, imponiendo una particular forma de ocupación y ordenamiento del espacio que se mantuvo incluso después con la formación del Brasil independiente. La explotación y el desplazamiento del indio se convirtieron en un terreno de disputa moral y material por parte de los bandeirantes (cazadores de indios) y sertanistas, frente a las órdenes religiosas, particularmente la Jesuita.

En este contexto, la delimitación de los espacios de influencia tanto entre las órdenes religiosas como entre las administraciones coloniales era difusa. Sin embargo, en el siglo XVII la presencia de expediciones como la de Orellana o de Pedro Teixeira permitieron construir nociones mínimas de “fronteras” o áreas de influencia. Teixeira, nombrado como capitán en jefe, partió de Pará, en 1637 por encargo del gobernador del estado de Marañón y Gran Pará para realizar el reconocimiento y demarcación de los afluentes del Rio Amazonas desde la Amazonía brasileña hasta Quito. Dos años después, en 1639, el militar regresó a Belén con su misión cumplida, lo cual fue celebrado por los portugueses como la conquista de la Amazonía (ibíd., pp. 100-103).

Teixeira, en contrapartida con Maciel Parente era un nombre culto, prudente y aventurero, siendo retratado así por la propia historiografía. Tras su hazaña en el recorrido del Amazonas y su visita a Quito, en 1641 se le entregó el cargo de Capitán del Gran Pará, pues su expedición hizo posible la integración de los espacios coloniales y permitió poner de manifiesto una primera aproximación a las dimensiones del territorio amazónico.

En este escenario y con la recuperación de la independencia portuguesa del Reino de España, los pueblos indios bajo el dominio portugués experimentaron una de las más cruentas conquistas de la región. Por otro lado, este siglo estuvo

¹³⁵ Nombre usado para identificar a los personajes y exploradores que se aventuran a explorar y conquistar territorios aislados y recónditos de Brasil, el cual se deriva de aquellos que participaron en la ocupación del sertão brasileño (desierto).

marcado por la mitificación de la región amazónica y la construcción de un imaginario fantástico en torno al territorio y sus habitantes. Un ejemplo de esto es el trabajo de Cristóbal de Acuña con su libro *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas* (1641), quien narra la expedición de Texeira haciendo referencia a una zoología fantástica que presenta a la región casi como un universo extraído de la imaginación.

La conquista del territorio significó también la apropiación de espacios geográficos y de dinámicas sociales que fueron trastocadas por la presencia de los portugueses, quienes esclavizaron a los indios y posteriormente los reemplazaron por mano de obra esclava traída de África ante las dificultades que supuso el sometimiento del indígena amazónico a mecanismos de trabajo propios de la servidumbre agrícola, a diferencia de las reducciones y encomiendas de los pueblos indígenas andinos de la América española.

Por tanto, los conquistadores portugueses convirtieron a la selva en su rival y, al indio, como parte de esta naturaleza, en algo aberrante por lo cual, parte de la conquista portuguesa estuvo basada en la negación de la humanidad del indio y la reafirmación de su salvajismo, noción que simbólicamente se encontraba ligada a una idea de maldad en el ámbito religioso y de caos en lo cultural, condición inaceptable para las estructuras de pensamiento dominantes de la Europa de finales de la Edad Media, la cual concebía el bien y el mal desde una lógica binaria. Al respecto, Ana Pizarro (2009) señala lo siguiente:

La idea de la eficacia demoniaca, entonces, que logró cambiar el nombre de Santa Cruz por el infernal Brasil, por el color rojo asociado a lo infernal que desprende la madera que lleva ese nombre, tiene su asiento y su expresión en la multiplicación de la incertidumbre, el desorden, la incomunicabilidad, el desborde que definía al universo naciente como un mundo caótico. Así fueron construyéndose las primeras imágenes de la Amazonia: espacio paradisiaco e infernal, caótico, poblado por criaturas extrañas, objeto privilegiado de lo demoniaco y por tanto aptas para su transformación en siervos de la iglesia católica. Criaturas que habitan un espacio poblado de riquezas que deben ser consideradas para su explotación, así como criaturas que pertenecen a una zoología fantástica. Un mundo endemoniado proclive a la insensatez, ya que sus formas de pensamiento no responden a la lógica binaria conocida, sino más bien la transgreden. Es así como se construyó el primer

discurso ampliamente difundido en Europa a través de las crónicas, relaciones y escritos de viaje. Este iba formando parte de una literatura geográfica de carácter fantástico, estímulo para la imaginación europea, fuese ella social, comercial, erótica o de otra índole (pp. 80-81).

Es por ello que, en el caso brasileño, la evangelización también presenta características propias que la diferencian del proceso hispano. En Brasil, la iglesia funcionó como una institución de carácter más mercantil que política y administrativa, a diferencia de su contraparte hispanoamericana cuya función se centró en la afirmación de los poblados misionales (encomiendas, reducciones, etc.) para que por intermedio de estos se garantizara el ejercicio de la fe católica y la ampliación tanto espacial como simbólica del reino a través de la expansión de sus nuevos vasallos-siervos convertidos en Repúblicas de Indios.

Para Brasil y, particularmente, la región amazónica, los *aldeamientos* representaron un punto de confluencia de los frentes mercantiles convertidos en núcleos de comercio, pero, a diferencia del caso hispano, estuvieron ocupados por grupos que se veían obligados por la constante presión de la expansión colonial a integrarse a dichos espacios con la finalidad de preservar de algún modo la libertad y la vida.

Es decir, en buena medida, los jesuitas se presentaban como amos menos crueles en comparación con el funesto avance de las bandeiras (expediciones para la caza de indios)¹³⁶ y de los colonos. De este modo, la iglesia se convirtió en un actor más en la disputa por las riquezas derivadas de la explotación del indio, para lo cual había que fortalecer la premisa de barbarismo e irracionalidad de los pueblos indígenas.

En este contexto, la conquista portuguesa del territorio brasileño se diferenció de la española por su carácter fuertemente mercantil y claramente expansionista,

¹³⁶ “Fue durante la expedición de Martim Affonso de Souza cuando nacen las bandeiras en Brasil, esa modalidad de expedición al interior con la finalidad de capturar indios para hacerlos esclavos. Martim Affonso envió una tropa tierra adentro desde la isla de Cananéia integrada por 40 ballesteros y otros tantos espingarderos al mando de Pero Lobo para regresar al cabo de diez meses con cuatrocientos indios esclavos cargados de oro y plata de acuerdo a las riquezas que imaginaban se podían encontrar. No regresarían nunca. La primera "bandeira" de la que tenemos noticia fue completamente destrozada por los indios carijós” (Sixirei Paredes, 1999: 43).

colocando la premisa de la evangelización del indio como un elemento secundario en el discurso, contrario al caso español en el que la evangelización era puesta como uno de los principales estandartes de la ocupación y conquista, sin que con ello se pueda obviar el carácter mercantil que desde luego tuvo la presencia española en la Amazonia.

Sin embargo, dadas las condiciones del terreno y la geografía de la Sudamérica española aquellos se enfocaron más bien en la producción y explotación de las tierras altas, relegando a un segundo plano la región amazónica. Por otro lado, en el caso de Brasil la cercanía con el espacio geográfico selvático convirtió a su proceso de colonización y conquista en un escenario de expansión hacia la selva y complementariamente contra los indígenas que la habitaban.

La colonización de Brasil y particularmente de la región amazónica estuvo determinada por cuatro momentos que fueron el resultado de la implementación de un modelo de apropiación territorial característico de los portugueses, como lo señala Márcio Souza (Op. Cit.): de 1600 a 1700, la expulsión de otros europeos del territorio; de 1700 a 1755, el establecimiento del sistema de misiones religiosas y de la organización política colonial; de 1757 a 1798, el establecimiento del sistema de dirección de indios e inserción de la región en el capitalismo internacional y, de 1800 a 1823, la crisis del sistema colonial (p. 128).

Por tanto, la conquista del territorio brasileño se desarrolló de forma escalonada y a partir de 1548 la ocupación del mismo fue paulatina siendo las *bandeiras* el principal mecanismo de ocupación y ampliación del dominio portugués en Brasil. El principal núcleo geográfico de donde partían las *bandeiras* hacia el interior del territorio brasileño fue São Paulo y se extendieron más o menos en sus incursiones de caza del indio desde 1550 hasta alrededor de 1720. Las principales víctimas de estos grupos de avanzada fueron los guaraníes.

En tales circunstancias el indio era visto como un medio para hacer riqueza fácil, por tanto, las *bandeiras* cumplían una doble función, la de esclavizar al indio y la de despoblar o replegar a los que no lograran ser sometidos. En este contexto, el sentido pragmático de las *bandeiras* era la esclavización del indio en el servicio

agrícola y la constante expansión de la frontera, encontrando como principal obstáculo para su objetivo a las misiones jesuitas, las cuales constituían no solo una competencia moral sino económica, dado que las misiones también utilizaron mecanismos de reducciones de indios para sacar provecho de esta mano de obra, a lo cual denominaron *aldeamientos*¹³⁷.

Siguiendo esta narrativa, las *bandeiras* pasaron a constituir un elemento crucial de la cultura colonial brasileña que a la postre se incorporó en el discurso oficial como los constructores de la Patria y, en síntesis, los domadores de la frontera. Aquí, figuras como la de Antonio Raposo Tavarés constituyen personajes cruciales de la construcción del imaginario colectivo brasileño.

En este escenario la frontera se representa como un espacio inconmensurable de recursos inagotables al cual se tiene que domar, pero que presenta vacíos jurídicos que la convierten en territorio de disputa entre el ethos colonial español, británico, francés, holandés y, en este caso, el portugués, cuyo fin desde el principio fue la expansión de una lógica comercial de arrendamiento (factorías) y esclavitud. Es por ello que la obra de las misiones representaba para las *bandeiras* una competencia fundamentalmente económica dado que la base de explotación comercial de las colonias portuguesas se sintetizaba en una lógica mercantil. Como lo explica Souza (Op. Cit.):

...La expansión portuguesa en su empresa colonial en Brasil no fue un mero trasplante; en gran parte fue una obra de fusión, unión de la vivencia colonial lusitana con las cosas tropicales. Como afirmó Capistrano de Abreu, Portugal no entregó la empresa colonial a hombres de negocios. Escogió hombres pertenecientes a los cuadros de la

¹³⁷ Los aldeamientos constituyen la institución mediante la cual se produjo el proceso de evangelización en territorio brasileño y que tuvo como principales protagonistas a las misiones jesuíticas. Como lo explica Torres-Londoño: “Como parte de la Compañía de Jesús en el Pará y después de varias tentativas, los jesuitas establecen misiones en São Luiz do Maranhão en 1639, 18 años después de la creación del estado de Maranhão e Grão Pará. Contaron desde el principio con la oposición de los colonos en lo que se refiere a reunir los grupos indígenas en aldeamientos (régimen más o menos parecido al de las reducciones en las colonias españolas) bajo su administración. Los jesuitas también fundaron, en Belem, el colegio de Santo Alexandre, y de ese modo acompañaron la política portuguesa de establecer fortalezas y ciudades en la desembocadura del río Amazonas para garantizar la seguridad de sus posesiones en la región norte de América del Sur. Teniendo como base los colegios, los jesuitas pasan a fundar misiones a orillas de diversos ríos, donde también establecen ingenios y haciendas para sustentar sus actividades educativas y misionarias” (p. 196).

jerarquía administrativa como militares, funcionarios graduados, letrados, nobles menores, burócratas y exiliados. Desde el inicio, por ejemplo, los portugueses aplicaron en la Amazonia un sistema que intentaba reducir la colonia a un mero prolongamiento productivo del reino, utilizando de manera práctica los conocimientos operacionales conquistados por los colonizadores en el corto espacio de penetración. Así, construyeron fortificaciones, poblaron villas y ciudades y procuraron forzar la adhesión de los elementos nativos para el orden social de la colonia.

La colonización portuguesa, aunque actuase con aparente inmediatez, cuidaba de que esa experiencia fuese profunda, certera e irreversible. Es por eso que el gran trabajo de transculturación de la Amazonía por la colonización portuguesa es todavía hoy el fenómeno más expresivo y duradero (p. 128).

Los siglos XVII y XVIII estuvieron marcados por la esclavitud y la expansión lusitana, sin embargo, el avance de los bandeirantes hacia el interior del país redujo su intensidad con la ampliación del modelo esclavista y la importación de esclavos negros procedentes de África para trabajar en las plantaciones. En este sentido, asistimos a un modelo colonial que buscaba la integración comercial de la región implementando el mecanismo de las factorías, el cual ya se había experimentado en África y consistía en el establecimiento de un puesto fortificado en las costas que servía para intercambio comercial pero no era considerado formalmente una colonia.

Este modelo también se aplicó en la ampliación hacia el interior de Brasil, recayendo sobre la figura de los sertanistas y bandeirantes, por lo cual, más allá del lugar que ocupan estos personajes en la memoria nacional del Brasil¹³⁸, este avance

¹³⁸ Silvia Lopes Raimundo (2004) reflexiona sobre el papel central que tiene la conquista del territorio en la construcción de la identidad nacional, pues tiende a relacionar los procesos de ocupación (expansión territorial) con el modo de ser específico del brasileño; enarbolando la proeza de las primeras marchas hacia el interior del país (p. 2). Dicho reconocimiento cobra particular importancia para los oriundos de São Paulo, ciudad en donde, dicho sea de paso, se puede apreciar un monumento de 50 metros de alto por 16 de ancho erigido en 1921 como homenaje a las bandeiras y en el cual se aprecian portugueses, negros, indios y mamelucos, quienes participaron de estas expediciones. A decir de la autora, “en São Paulo el discurso nacionalista, centrado en la figura de la *bandeirante*, fue utilizado como puente entre lo local y nacional. En la historiografía paulista producida en ese periodo [principios del siglo XX] las ideas de conquista y civilización aparecen relacionadas con cualidades que las elites deseaban ver en el Brasil de la época, tales como progreso, modernidad, riqueza e integración territorial. En ese momento el estudio del movimiento de las *bandeiras* también fue utilizado para destacar la singularidad del habitante de São Paulo en su papel en la conquista y, posteriormente, la ocupación del territorio” (p. 3).

correspondió a un fenómeno de carácter económico orientado a la búsqueda de riquezas. Expansión, apropiación y esclavitud se convirtieron en las bases del modelo colonizador lusitano, lo cual marcó el proceso colonial de 1600 a 1823 y heredó una estructura social hiperestratificada que se reprodujo en el poblamiento de las ciudades amazónicas con São Jose da Barra en el Rio Negro, hoy Manaus, y otras como Belém do Pará (1616).

Con la llegada a Europa del enciclopedismo, en el siglo XVIII, el pensamiento racionalista reconceptualiza al ser humano de la selva como sinónimo de naturaleza. Lo cierto es que esta noción no se ha superado pues en la actualidad se mantiene esta romantización cuyo punto de partida tiene un sustrato teológico. En este sentido habría que decir que el indígena se incorpora en el discurso nacional brasileño a partir de esta construcción ideológica que lo coloca como el otro a superar. Eni Puccinelli Orlandi (2008) explica esta relación entre ciencia, teología e identidad nacional:

...La ciencia (antropología, lingüística, el análisis de discurso, la historia, etc.), la política social (el indigenismo) y la religión (la catequesis) están articuladas. La ciencia, la política social y la religión se presentan como tres modos de domesticar la diferencia: la primera por el conocimiento, la segunda por la mediación y la tercera por la salvación. Las tres contribuyen para que, de algún modo, se borre la identidad del indio en tanto cultura diferente y constitutiva de la identidad nacional. La ciencia torna al indio observable, comprensible, y su cultura, legible; el indigenismo lo torna administrable; la catequesis lo torna asimilable. Diríamos, pues, que la comprensión amansa el concepto indio, la pacificación amansa el indio como cuerpo y la conversión amansa el indio como espíritu, como alma. Esa domesticación representa el proceso por el cual él deja de funcionar, con su identidad, en la constitución de la conciencia nacional (p. 67).

En este escenario, el proceso de evangelización que tuvo lugar en Brasil trató de resguardar al indígena bajo un halo de inocencia y nobleza innatas, lo cual se convierte en la otra cara de la noción de salvajismo impuesta por los colonizadores pues, en ambos casos, se impone un proyecto civilizatorio de domesticación favorable a los intereses económicos del reino portugués.

Sin embargo, los aldeamientos jesuitas en la Amazonía constituyeron una contención puesto que estos espacios resultaban contrarios a la lógica mercantil

imperial, al reinvertir el ingreso generado por la aldea en el propio poblado sin que necesariamente se reflejara en las arcas del reino que, como hemos visto, representaba uno de los rostros más absolutistas de entre las monarquías europeas.

En este escenario la presencia de las órdenes jesuíticas en la región amazónica representaba un escollo para la geopolítica comercial de la región en el que el eje principal de la disputa era la administración del indio como recurso. Así, los jesuitas contribuyeron indirectamente a la ampliación e interconexión de los poblados con el reino y con ello, como efecto incuestionable, al deterioro y posterior desaparición de las pueblos nativos.

La presencia de los jesuitas en el Marañón respondía a la aplicación correcta de la legislación sobre las leyes de justa esclavización del indio (1655) que los llevó a enfrentarse frontalmente con los conquistadores del territorio, llevándolos incluso a la expulsión de algunas regiones como es el caso de San Luis (1684-1685).

Durante el siglo XVIII, con la consolidación de los jesuitas como uno de los más importantes grupos económicos en la región y principal obstáculo para el pleno control de la mano de obra indígena, se procuró retirar a sus misiones de la administración de estas amplias regiones por no convenir a los intereses extractivistas de las monarquías, principalmente, luego de la disputa abierta entre las jesuitas y el imperio portugués tras la firma del Tratado de Madrid de 1750, el cual consolidó “la soberanía de Portugal sobre la Amazonía” (Figuereido, 2006: p. 81).

El Tratado de Madrid fue firmado entre los reyes de España, Felipe VI, y de Portugal Juan V, con el fin de establecer límites definitivos entre ambos reinos en sus colonias sudamericanas. Este tratado se basó en el principio jurídico “*uti possidetis*” que significa “cada parte ha de conservar lo que actualmente posee”. De esta manera, fue reconocido para el dominio portugués todo el territorio amazónico que demarcara Pedro de Texeira en 1639. Esto implicó que varias misiones jesuíticas orientales quedaran bajo la administración portuguesa, lo cual generó amplia resistencia en los aldeamientos pues, a diferencia de la corona española,

para el caso del Portugal la mano de obra indígena estaba considerada como esclava. Como señala Figueredo Ribeiro (ibíd.):

El problema más grave, en torno al cual los desacuerdos entre el Estado Portugués y la Iglesia se tornaron incontrolables, vino sobre los aldeamientos indígenas, en los cuales las órdenes religiosas no admitían la intervención de los gobernantes portugueses porque estos siempre hablaban en nombre de los colonos portugueses que querían al indígena aldeano y pacífico para tornarlo esclavo. La mano de obra indígena era considerada indispensable para la práctica del extractivismo de los productos regionales, cuya tecnología de explotación solo el indio conocía, después de milenios de actuación en el medio amazónico. Era, sin embargo, una exigencia del mercantilismo (p. 84).

Con la consolidación del territorio y la gestión del Marqués de Pombal como ministro del Reino de Portugal la política lusitana en la Amazonia entra en una nueva fase, en la cual “los portugueses procuraron dar una finalidad económica más clara para la región” (Souza, 2019: 146).

Las reformas pombalinas (1750), que se enfocaron en la reorganización política y económica de la colonia, incluyeron nuevas definiciones jurídicas en torno a la administración de la población indígena, la cual fue restando capacidad de acción a la iglesia. Así, el Decreto sobre la Libertad de los Indios (1755), el Régimen de Huérfanos (1755) y la creación de Directorios (1758) constituyeron políticas orientadas a secularizar los *aldeamientos* y liberar la mano de obra indígena todo lo cual desembocó, en 1759, en la expulsión de los jesuitas del territorio.

Como lo vimos, la presencia jesuítica al frente de las misiones constituyó un elemento crucial para mantener el ritmo de expansión del dominio lusitano, pero también se configuró como un lugar de refugio para los pocos supervivientes de las avanzadas colonizadoras en la región. Por tanto, es difícil juzgar como un acontecimiento netamente negativo su presencia en la región, aunque tampoco estuvieron fuera de la órbita del proceso de colonización y acumulación que marcó la época.

En este sentido, si bien la Colonia representa una etapa oscura para los pueblos amazónicos del territorio brasileño, al mantener su carácter marginal y de frontera y no entrar directamente dentro de los horizontes de explotación agrícola,

se mantuvieron más o menos distantes del dramático proceso que permitió consolidar a la colonia americana como la joya de la corona en base a la esclavitud (tanto nativa como africana) y a la profunda división de clase-casta.

Sin embargo, este prolongado proceso de acumulación y despojo guardó lo peor para la llegada del racionalismo científico y la modernidad (finales del siglo XIX y principios del XX) con la incorporación directa de la Amazonía en el sistema capitalista mundial una vez descubierta la industria del caucho.

3.2 El expansionismo de una nación inventada

Justificación ideológica del expansionismo hacia la región amazónica

Brasil obtuvo su independencia en medio de las disputas internas por el control del gobierno entre el sector liberal y la monarquía. En este escenario, el hijo del Rey Joao VI, el príncipe Pedro, fungió como el catalizador del proceso social, pues con su nombramiento como emperador del Brasil cortó la presencia de la oleada revolucionaria en el territorio sin que esta dejara de expresarse en regiones tan distantes como la Amazonía.

Así se consumó una independencia incruenta en la que las contradicciones, más que evidentes en esta sociedad, pasaron a un segundo término. En este escenario, la monarquía brasileña constituyó en sí una experiencia histórica particular, lo que en el contexto internacional nos hace posible entender la consolidación de este país como unidad cultural y política pese a las diferencias regionales que derivaron en más de una ocasión en confrontaciones incluso de carácter violento.

De este modo, el naciente Estado brasileño, más que conquistar su independencia hizo un esfuerzo por dominar el espacio geográfico que le correspondía luego de su proceso independentista. Es decir, la sociedad brasileña que, dicho sea de paso, estaba determinada por un puñado de hombres blancos,

terratenientes y de ascendencia portuguesa¹³⁹, hizo de la conquista y consolidación del territorio la disputa central en la construcción de la nación.

Así, portugueses y brasileños se enfrascaron en la ampliación y conquista de su frontera. De esta forma, el territorio amazónico representó un espacio de expansión infinita y, desde las *bandeiras* hasta la fundación de las primeras ciudades, la penetración a la Amazonía constituyó un proceso constante de conquista en el cual se afianzó la identidad lusa, que mantenía en la cúspide de su pirámide social a los blancos portugueses, apalancados en una base formada por los negros esclavos y los pueblos indígenas. Estos últimos, no obstante, se encontraban al margen de su proyecto de ampliación y dominio territorial pues constituían una parte intrínseca del territorio al que se quería dominar.

El carácter marginal de la identidad indígena ha prevalecido hasta la actualidad. Por otro lado, el hecho de que los grupos afrodescendientes formen parte de la construcción del proyecto estatal, no quiere decir que estos hayan quedado integrados al imaginario de nación en una condición de equidad, sino que, a diferencia de los pueblos indígenas, fueron más funcionales al proceso de construcción estatal por la capacidad que tuvo el gobierno (imperial y republicano) de mantener, reproducir y ampliar la condición de esclavitud de los negros durante el siglo XIX. Como lo señala Manuel Diégues Júnior (1979):

Para Brasil el hombre de África fue traído principalmente como mano de obra: la mano de obra capaz de sustituir al indígena, pues este no estaba acostumbrado al trabajo sedentario y de rutina de la agricultura. El negro fue el elemento humano que completó la actividad del portugués como creador de un sistema de agricultura tropical, que sirvió de base en el proceso de colonización con que fue ocupado el territorio brasileño.

¹³⁹ Como lo señala Dos Santos (1993): “la estructura colonial creó el latifundio, en el cual se basaba la riqueza de la clase dominante. Se trataba al principio de una forma precapitalista de propiedad de la tierra, la cual era totalmente propiedad de la Corona y se cedía a los usuarios como atributo de su nobleza. Con la Independencia, solo hubo una evolución de esa forma precapitalista de propiedad, que generó una nueva relación jurídica, la que aseguraba no únicamente la posesión sino también la propiedad de la tierra al señor rural, dándole las condiciones jurídicas para convertirse en un propietario capitalista (que dispone con libertad de sus bienes, susceptibles de transformarse en dinero o en capital o en nuevas inversiones)” (p. 20).

Fue particularmente el esclavo el que influyó en la organización económica del Brasil, constituyendo la esclavitud alguna de aquellas tres fuerzas –las otras dos la monocultura y el latifundio- que caracterizan el proceso de explotación de la nueva tierra portuguesa; y que fijaron igualmente el paisaje social de la vida de familia o colectiva en el Brasil. Esta distinción ya la hacía Joaquín Nabuco, en 1881, anticipándose así a los modernos estudios de interpretación antropológica y sociológica sobre el negro: “el mal elemento de la población no fue la raza negra, sino esa raza reducida al cautiverio” escribió en *O Abolicionismo* (p. 99).

Así mismo, la ampliación de la frontera constituye un eje fundamental de la identidad brasileña que se sustenta bajo la premisa civilizatoria y de aprovechamiento de los recursos de un territorio que ante los ojos de los portugueses y luego los brasileños no tenía dueño; es decir, estaba listo para ser aprovechado bajo procesos de producción esclavista, seringalista (caucho) o la agroindustria contemporánea.

De este modo, si para Estados como Perú, Bolivia o Ecuador la construcción de la identidad nacional se cimienta en la versión andina (andinocentrismo), en el caso del Brasil dicha identidad está sustentada en una dinámica de constante expansión.

Así, el ethos de dominio luso-brasileño se impone sobre sectores marginados como los negros y los mestizos y deja afuera al indio, al margen de una frontera en la cual el eje central de la discusión ha sido el “aprovechamiento” del espacio con proyectos que responden directamente a las necesidades del mercado global.

En este contexto, la ampliación espacial del estado brasileño, ya sea en su versión colonial, imperial o republicana está intrínsecamente vinculada con un modelo de acumulación extractivista cuyo punto de partida fue el esclavismo. En este escenario, la expansión hacia su periferia amazónica corresponde a un desarrollo “lógico” de apropiación colonialista del territorio al que posteriormente buscó incorporarse al desarrollo de la economía nacional, vinculada directamente a una economía de plantación alimentada fundamentalmente de mano de obra esclava y cuyo proceso de acumulación económica permitió la estructuración de un

modelo oligárquico y aristocrático que estableció como límite y propósito final la ocupación e integración del territorio que le “correspondía”.

En este sentido, la expansión del Estado brasileño hacia el territorio amazónico durante el siglo XIX establece paralelismos claros con los Estados Unidos en su ampliación y conquista del Oeste, lo cual llevó al exterminio de la gran mayoría de poblaciones nativas y fauna local. Esta comparación es posible ya que la expansión de los Estados Unidos al Oeste se empata temporalmente con el descubrimiento del caucho en la Amazonía y, en ambos casos, significó la transformación del espacio y la pérdida etnocida de importantes poblaciones nativas¹⁴⁰.

El expansionismo brasileño hacia la región amazónica es la expresión de un colonialismo interno inacabado y está intrínsecamente relacionado con el desarrollo de una identidad nacional basada en una retórica conservadora y de estricta apropiación mercantil.

¹⁴⁰ La conquista del Oeste representa la concreción de un plan establecido que empezó con la venta de Luisiana en 1803 a los franceses y de Florida en 1819 a los españoles, el cual cierra su ciclo en el continente americano con la compra de Alaska a los rusos en 1867. Por otro lado, a través de la guerra, mecanismo por excelencia de la expansión estadounidense, este país se apropió de buena parte del territorio mexicano. Con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, México entrega Texas, California y Nuevo México a Estados Unidos, consolidándose las bases para un modelo de expansión hacia un territorio ocupado por población nativa, igual que en el caso de la Amazonía. En términos ideológicos dicha población le era prescindible, por lo cual enfrentó con caballería, conquistó sus territorios y concretó el genocidio de la población nativa; los pocos nativos que sobrevivieron al proceso de conquista fueron asimilados a la cultura nacional o remitidos a reservas. A partir de esa expansión los Estados Unidos se consolidaron como una potencia industrial que, bajo otros principios, aprovechó los recursos que le ofrecían las nuevas tierras. Una vez zanjada la guerra civil en la que el norte industrial se impuso al sur agrario y esclavista, se avanzó en la consolidación de un proyecto industrial nacional y capitalista que se nutrió de la oleada de migrantes procedentes de los países de la comunidad británica, principalmente.

En este sentido, se puede establecer un paralelismo de orden temporal entre este proceso y los años en los que se empieza a explotar el caucho pues las primeras industrias estadounidenses que pasaron del carbón a los hidrocarburos aprovecharon, hasta el límite de sus capacidades técnicas, el petróleo, abundante en los estados arrebatados a México y que a la par del caucho y otras materias primas forjaron la modernidad, solo que en el caso estadounidense estos impusieron un proyecto capitalista e industrial, mientras que en el caso brasileño aun cuando se presentó la expansión, incluso armada, sobre los territorios bolivianos del Acre y campañas de pacificación y aculturación de los indígenas, los mecanismos que determinaron la expansión, si bien no tenían un fundamento moderno y aplicaban mecanismos de explotación precapitalistas basados en la renta, si se encuentran ligados al proceso de acumulación capitalista en la medida en la que estos aportan las materias primas, como el resto de continente, para el desarrollo de nuevas tecnologías. En su momento, el mercado del caucho jugó un rol fundamental en la consolidación de la modernidad capitalista.

Brasil desde la colonia al imperio: de la periferia al centro

Brasil permaneció más o menos resguardada de la fiebre independentista que a principios del siglo XIX sacudió a la región, colocándose, en el ámbito ideológico, al margen de un proceso de gran calado regional como fue el fin del colonialismo hispánico en Sudamérica, aun cuando ellos también enfrentaban la ocupación francesa del territorio portugués.

En tal sentido, Brasil constituye una colonia cuyo núcleo era esencialmente conservador y que parecía inmune a los principios de libertad, igualdad y fraternidad, pese al impacto en la región de las ideas de la Revolución Francesa. Para este periodo, la capitanía del Gran Pará y Rio Negro se encontraba fuertemente vinculada a Lisboa con la cual mantenía una relación comercial directa, a diferencia del resto del territorio brasileño pues la geografía hacía muy complicada la comunicación¹⁴¹.

Por otro lado, en Belén se desarrollaba fuertemente una burguesía de corte mercantil en comparación con el carácter terrateniente de Rio de Janeiro y Sao Paulo, lo cual respondía directamente al Modelo Pombalino (impulso de la economía agraria) y permitió el desarrollo de ciudades como Belén y Barra (Manaos)¹⁴².

Por otro parte, la convulsa primera década del siglo XIX europeo repercutió también en el territorio brasileño, trasladando la guerra a la región americana. En 1808 soldados de Belén y paranaenses ocuparon Guayana. En este escenario y con el dinamismo social de la época permeando a la sociedad poco a poco las ideas

¹⁴¹ Al respecto Márcio de Souza (Óp. Cit.) señala que “la Capitanía de Gran Pará y Rio Negro era un estado colonial bastante ligado a Portugal, tanto por lazos familiares como por intereses comerciales y facilidades de navegación. Un viaje de Belén a Lisboa, por ejemplo, en aquellos tiempos de vela, duraba veinte días, contra los dos meses, hasta San Luis y una jornada de tres meses hasta Rio de Janeiro. Eso hacía que los ricos y los políticos frecuentasen más Portugal que Brasil. Y esa íntima ligazón también formó en la Capitanía del Gran Pará y Rio Negro una administración local de buen nivel y un sistema educacional razonable, permitiendo al menos a los hijos de la elite una buena perspectiva de futuro” (p. 186).

¹⁴² La ciudad de Belén, con su apreciable estructura urbana, era una demostración de que ya estaban lejos los años de conquista y penetración, con economía de subsistencia o exclusivamente extractiva. En medio siglo de programas económicos orientados hacia la agroindustria y la manufactura, surgirá una poderosa clase de propietarios y comerciantes, que constituían una burguesía mercantil bastante madura en cuanto a sus propios intereses (Ibíd., p. 86).

revolucionarias permitieron que algunos sectores se cuestionen sobre la forma de ser de la sociedad portuguesa.

Uno de los acontecimientos que marca el modo de ser de la sociedad brasileña es la llegada del rey Joao VI quien huye a este país en el marco de las transformaciones europeas y la invasión francesa de Portugal. Ante esta situación, Brasil se reposiciona en la retórica monárquica como el territorio central del Imperio Portugués. Sin embargo, las ideas de transformación ya circulaban en el ambiente brasileño y en el propio Portugal pues frente al establecimiento de un gobierno liberal en Portugal, Brasil optó por la salida conservadora y por la continuidad de la monarquía.

Así, los eventos políticos que definieron el destino de Brasil entre 1821 y 1824 constituyen los ejes sobre los cuales se construyó la nación brasileña bajo la premisa de una transformación social de corte moderado en la que Brasil pasa a convertirse en la principal metrópoli y, en alguna medida, Portugal pasa a ocupar un rol de periferia durante la primera década de 1800.

Lo que tenemos en Brasil por oleada independentista constituye una disputa entre facciones, ambas con horizontes monárquicos, lo cual determina en 1821 la subordinación hacia Portugal. De hecho, ambas facciones pugnaron en un primer momento por conservar la unión con Portugal. Sin embargo, en la coyuntura que mantenía a Pedro I en Brasil se gestaron las transformaciones necesarias para constituir el imperio brasileño, el cual no solo garantizó y potenció las prerrogativas y el statu quo de la sociedad aristocrática sino que dio carta abierta para la creación de una elite conservadora.

En este escenario, Pedro I, confrontado con las cortes liberales de Portugal, se proclama emperador de Brasil, gestándose así un proceso independentista incruento, sin que este nuevo Estado (reconocido como Imperio) reflejara la diversidad y compleja situación del conjunto social (negros, mulatos, mestizos). Se puede señalar que esta transformación tuvo la finalidad de mantener las

prerrogativas políticas y administrativas que hacían posible la sociedad hiperestratificada, es decir, cambiar para seguir igual¹⁴³.

En este contexto, ante el temor por un proceso de recolonización, las aristocracias rurales del sur, en alianza con los liberales, constituyeron un bloque en el que el único horizonte posible era el monárquico y en donde la esclavitud y el estatus quo se mantuvieron inalterados.

En este escenario geopolítico, el papel que Gran Bretaña jugó en apoyo de la independencia de Brasil fue crucial para dar sentido a la ausencia de conflicto en dicho Estado. De este modo, la realidad de los primeros años de Brasil gira en torno al afianzamiento de este nuevo pacto. Eventualmente, el territorio amazónico fue incorporado al control del imperio, no sin contradicciones y conflictos, pues es hasta apenas 1850 que la capitanía de Río Negro llegó a tener la categoría de provincia del imperio brasileño, independiente del Gran Pará, región con la que mantuvo una sujeción de carácter colonial que fue resistida con violencia durante treinta años.

Es decir, la diversidad de intereses y la compleja situación política y administrativa de la región la colocó en el centro de un huracán. Los emperadores, dicho sea de paso, nunca visitaron la región y su condición marginal pronto se

¹⁴³ Serviá (2013) explica este acontecimiento histórico ampliamente: “La victoria de los liberales en Portugal tuvo su correlato en esta parte del Imperio y Joao VI no solo tuvo que aceptar una constitución sino que se vio inmerso en los debates que enfrentaban a los portugueses, peninsulares o residentes en Brasil que defendían el regreso del Rey a Lisboa al considerar que, desaparecido el peligro napoleónico, no existían razones que impidieran su vuelta a Portugal, contra el Partido Brasileño que veía con temor la marcha del Rey y la corte ante la amenaza de que Brasil retrocediera a una posición subordinada. El Rey creyó salvar la situación retornando a Portugal y dejando en Brasil a su hijo Don Pedro como regente. Pero el temor de los brasileños se vio confirmado por las medidas tomadas por el gobierno lisboeta que trataba a Brasil como en la etapa anterior a la presencia napoleónica y exigía en Brasil el regreso del príncipe. Este contó con fuertes apoyos para desobedecer lo mandado. Además de considerar que con su marcha se reforzaría a los partidos de una fórmula republicana, pesó en su decisión de permanecer en Brasil la presión de las oligarquías brasileñas y de Gran Bretaña. Ambas veían en la monarquía la garantía de estabilidad y el mantenimiento de sus privilegios sociales y económicos. Con estos avales, Don Pedro, utilizando entre otros argumentos el que su padre el rey estaba cautivo de los liberales, apoyó a los protagonistas del Grito de Ipiranga, símbolo de la independencia de Brasil, y fue nombrado emperador en 1822. La labor de mediación de Gran Bretaña fue un factor importante para evitar el enfrentamiento con la Corte de Lisboa que, al igual que las principales potencias, reconoció al nuevo gobierno, así como los derechos sucesorios de Don Pedro al trono de Portugal así como una hipotética reunificación. Por tanto, Brasil consiguió su independencia sin graves traumas internos y externos, lo que propició que, a diferencia de los territorios españoles, no conociera el proceso de fragmentación que se va a producir en aquellos” (p. 44).

convirtió en retraso llegando incluso a sufrir un retroceso en su acelerada dinámica mercantil, al introducirse una economía mayormente esclavista, convirtiendo al territorio amazónico en una región de exilio y abandono.

La Amazonía frente al Imperio de Brasil: el Cabanagem y el despertar rebelde del territorio

Mientras Brasil se consolidaba como imperio, el territorio amazónico vivía y se desarrollaba a otro ritmo. La región amazónica asumió su condición de marginal, de periférica y de espacio de exilio incluso antes de la era del caucho, de modo que fue escenario de una particular respuesta a la realidad impuesta para el territorio.

Entre 1835 y 1840, la Amazonia se vio sacudida por los sectores más subyugados de la estructura social. En esos años tuvo lugar la rebelión conocida como *Cabanagem*¹⁴⁴, protagonizada por indígenas, negros y mestizos (caboclos) apoyados por algunos sectores de la clase media y terratenientes contra la elite del Gran Pará. Constituye el fin de un periodo vinculado con la época colonial y el inicio de otro, ahora determinado por la creación del Imperio de Brasil.

En este proceso, que duró cinco años y tomó un giro autonomista, la región se estremeció hasta el punto, como lo señalan Márcio Souza (Op. Cit.) y otros autores, de perder entre el 10 y el 40% de su población entre muertos y desplazados. Se trata de un acontecimiento histórico que tuvo altísimos costos, tanto en vidas como en términos económicos para todos los bandos.

El principal antecedente de este movimiento fue el severo empobrecimiento que sufrió la región luego de la Independencia, la cual desestructuró sus dinámicas comerciales propias y a la vez la dejó aislada y al margen de la atención del gobierno central. Los nuevos amazónicos (los caboclos¹⁴⁵) junto con los indígenas y negros vivieron en carne propia los estragos de la marginalidad. En este escenario y en

¹⁴⁴ El nombre de Cabanagem hace referencia a las cabañas (cabanas) o chozas en las cuales vivía la población más pobre de la región, los indios, negros, mulatos y mestizos.

¹⁴⁵ Denominación dada a los mestizos nacidos de blancos e indígenas.

medio de una disputa por el gobierno de la región, indios y negros fungieron como el fiel de la balanza que desencadenó este violento episodio de la historia brasileña.

En 1835 los campesinos, negros, indios y mestizos tomaron las armas en el Gran Pará, constituyendo una rebelión de la gente pobre. Hay que tener en cuenta que en este periodo aún tenía lugar la esclavitud de los indios destrribalizados y que el territorio se encontraba en el abandono, dado su distanciamiento geográfico de la nueva sede de gobierno (Rio de Janeiro) y que, en términos políticos, constituyó un refugio para los últimos pro-lusitanos.

Derivado de la introducción de la esclavitud, en la región amazónica se formaron muchos quilombos, es decir, comunidades de esclavos emancipados. Estos fueron un elemento medular en la rebelión de los cabanos así como en el grado de confrontación que alcanzó el movimiento pues este grupo, otrora esclavo, respondió de forma particularmente violenta durante el levantamiento contra los terratenientes.

En un lapso de cinco años, el territorio amazónico se convulsionó violentamente y, como consecuencia de ello, tuvo lugar una reestructuración social a gran escala. La región, que paulatinamente había experimentado un deterioro derivado del proceso independentista que canalizaba la mayoría de los recursos a la Costa, desarrolló entre los sectores medios y empobrecidos un sentimiento autonomista. Adicionalmente, la presencia de una administración represora como la de Bernardo Lobo de Sousa, presidente de la provincia del Gran Pará, configuró la combinación perfecta de factores para el estallido de un movimiento rebelde que en un primer momento estuvo encabezado por el sacerdote y periodista João Batista Gonçalves.

Sin embargo, el dinamismo, vertiginosidad y violencia de los acontecimientos llevó a una rápida acción por parte del Gobierno para aniquilar al movimiento y a sus protagonistas, quienes en 1835 consiguieron tomar el palacio de gobierno de Belén y colocar al frente del Gobierno de Gran Pará al terrateniente Félix Antônio Clemente Malcher.

Sin embargo, una vez en el poder, Malcher se alió con la elite local, con quienes compartía intereses. Ante esto, los rebeldes se sintieron traicionados, protagonizando un nuevo levantamiento, esta vez bajo el liderazgo de los hermanos Antonio y Francisco Vinagre. En febrero de 1835 Félix Malcher fue asesinado y reemplazado en la presidencia de la provincia por Francisco Vinagre.

Tras el permanente asedio de las fuerzas regulares, la ciudad de Belem cayó nuevamente en poder del Gobierno de Brasil, por lo cual Eduardo Francisco Nogueira "Angelim" asumió el liderazgo del movimiento rebelde y se convirtió en el último rebelde en ocupar la presidencia del Gran Pará. Sin embargo, en 1836 el brigadier Francisco José de Sousa Soares de Andréa, enviado por el imperio para asumir el gobierno de la región, apresó a Angelim y este fue enviado a Rio de Janeiro junto con su familia para luego ser exiliado a la Isla Fernando de Noronha. Con ello el movimiento entró en una fase lenta de deterioro que duró hasta la década de 1840.

Gracias al despliegue de fuerza por parte del Imperio brasileño, el cual contó con apoyo de una flota inglesa, el gobierno recuperó la región y paulatinamente destruyó todos los focos guerrilleros que intentaron resistir desde el interior de la selva. Por otro lado, con la muerte de los cabanos, también se diezmó (hasta prácticamente su extinción) a la población indígena del territorio, principalmente a los grupos murá y mauê, los cuales apoyaron el movimiento.

Luego de este episodio violento de la historia del Gran Pará, la región pudo ser incorporada plenamente al imperio bajo el imaginario de territorio vacío, lo cual no distaba mucho de la realidad pues los años posteriores la provincia experimentó un deterioro todavía mayor de su economía por la escasez de mano de obra.

Sin embargo, a pesar del impacto que tuvo este periodo en el empobrecimiento y desestructuración de los pueblos amazónicos, dicha rebelión marcó la historia nacional, pues evidenció la presencia de una protoidentidad regional que no era favorable ni a la Colonia ni al Imperio, pero que se rebelaba

contra una sociedad dominada por los blancos¹⁴⁶. Adicionalmente pasó a formar parte de la memoria y el discurso de los sectores subyugados por el proyecto estatal elitista que ha primado a lo largo de la historia del Brasil.

Con el fin del movimiento de los cabanos y el impacto que este representó en cuanto a pérdida de vidas humanas y despoblamiento, la región entró en un proceso paulatino de deterioro agravado por el rígido control mercantil que el gobierno de Brasil ejercía sobre la misma, particularmente en relación a la navegación en los afluentes del Rio Amazonas.

El sofocamiento del *Cabanagem* y el alto grado de violencia que alcanzó este movimiento impactó fuertemente en la psique colectiva de la región, poniendo fin a las luchas autonomistas a gran escala y dando comienzo a un nuevo proceso de penetración económica europea que facilitó el posterior desarrollo de la economía del caucho (*borracha*), determinando su condición de expulsor de materias primas hacia los Estados Unidos y Europa.

La experiencia que representó el *Cabanagem* constituye una confrontación entre la continuidad de un proyecto centralista y la creación de un gobierno cuya identidad regional y propia era expresión de los grupos desplazados y marginados, sin que esto signifique que esta identidad fuera homogénea; más bien era el reacomodo de una sociedad que se desarrollaba muy aparte del recién creado Estado de Brasil y que había acumulado las contradicciones suficientes para el estallido del movimiento cabano.

En este sentido, el *Cabanagem* constituye una confrontación de intereses entre autonomistas e independentistas, y su derrota representa el afianzamiento de

¹⁴⁶ Para Souza (Óp. Cit.): “el *Cabanagem*, en su última fase, desbordó como una gran inundación de los márgenes conocidos de lucha política e hizo renacer el orgullo de una Amazonia indígena, que salió de su letargo para pagar dos siglos y medio de atrocidades. Fue el último suspiro, el último estertor de un tiempo sin posibilidad de retorno. Al retomar por la negatividad la identidad perdida por el asalto colonial, las masas cabanas indicaron definitivamente que no existía integración posible entre las sociedades tribales y las sociedades nacionales que nacieron de la colonización europea” (p. 206).

su condición de marginalidad en la narrativa de la construcción de la nación brasileña.

El ciclo “da borracha”

La región experimentó unos años de letargo y estancamiento hasta la irrupción, a mediados de la década de los 50 del siglo XIX, de la explotación cauchera. Sin embargo, el territorio amazónico no constituía como se cree generalmente un espacio carente de actividades productivas, pues desde finales del siglo XVIII y más o menos hasta poco antes del inicio del boom cauchero en la región amazónica se desarrollaba la agricultura de productos como el algodón, tabaco, añil y guaraná.

En este contexto, cuando la explotación cauchera irrumpió, esta se convirtió en una fuerza monopolizadora de toda la actividad productiva, acaparando para sí y para las dinámicas económicas derivadas de ella, como la ampliación de núcleos urbanos, la gran mayoría de la mano de obra empleada en los otros aparatos productivos, los que, si bien tenían un carácter marginal, también generaban cierto nivel de rentabilidad; por ejemplo, la manufactura de cuerdas y alfarería.

El inicio del ciclo “da borracha” (caucho) estuvo acompañado de la intervención de personalidades propicias para el desarrollo de este proceso extractivo y depredador, como el primer gobernador de la provincia de Amazonas, João Batista de Figueiredo Tenreiro Aranha (1 de enero de 1852 a 27 de junio de 1852), quien se encargó de impulsar una administración prudente que buscaba expandir la presencia del Estado al interior, creando núcleos de colonización que más adelante sirvieron de punta de lanza para el crecimiento de la fiebre del caucho.

No obstante, los especialistas coinciden en que se tenía una percepción sobre la Amazonia brasileña como una región vacía e improductiva que costaba más de lo que representaba para el Estado, pero que, no podía permanecer abandonada pues, frente a los intereses geopolíticos, se debía demostrar su integración al proyecto nacional.

Como conocemos a través de los relatos de Humboldt, quien en ese periodo visitó las amazonias hispanas, los países andinos (Ecuador, Perú, Bolivia, Venezuela y Colombia) mantenían núcleos “civilizatorios” en la Amazonía a cargo, fundamentalmente, de las misiones religiosas, las cuales ejercieron la presencia cultural de los respectivos países al interior del territorio amazónico. Esto no implicaba la existencia de un mayor desarrollo económico o político, pero sí constituía una ampliación mayor, a nivel comercial, en términos del intercambio regional de mercancías.

En tal sentido, las amazonias andinas pudieron despuntar más rápidamente por la difundida presencia de los religiosos y por la red de relaciones de intercambio que ya existía entre los pueblos indígenas de las riveras amazónicas y los colonos luego de varias décadas de relacionamiento comercial. Así, el desarrollo del ciclo extractivo tuvo mayor facilidad de incorporar en su actividad productiva a los nativos quienes habían tenido bastante interacción con los núcleos periféricos semi urbanos de la Amazonía andina.

Por otro lado, en el caso brasileño, la expansión a la región amazónica fue el resultado de su necesidad intrínseca de ampliar los horizontes productivos al interior del territorio que le correspondía o que estaba dentro del alcance de sus ambiciones políticas y militares, con el fin de aprovechar los espacios abundantes en recursos.

En este sentido, las particularidades que representaron los años de explotación cauchera posibilitaron el desarrollo de grandes casas comerciales (importadoras y exportadoras) como la Casa Arana (Perú), Norton & Cia (Belém do Pará) o la Casa Suárez (Bolivia), en las que destacan fundamentalmente, como se vio en el capítulo anterior, personalidades como Julio César Arana y Nicolás Suarez, quienes consiguieron internacionalizar sus intereses de manera directa en los mercados de Londres, Lima y Manaos.

Este periodo de la historia de la Amazonía forma parte de un ciclo mundial de colonialismo que tendió sus redes sobre el sur global para estructurar la modernidad y se ubicó dentro de la fase de la segunda etapa de la revolución

industrial¹⁴⁷. Así, territorios confinados por su aislamiento se convirtieron en espacios de primer orden en las agendas de los estados que los poseyeron o los ambicionaron. Este fue el caso de la región amazónica en su conjunto que, a partir de este periodo y durante prácticamente todo el siglo XX, entró en un ciclo de disputa que desencadenó varios conflictos armados, como lo hemos visto¹⁴⁸.

En Brasil, la expansión cauchera fue de tal magnitud que, para finales del siglo XIX, ciudades como Manaus y Belén constituían un faro del occidente victoriano en el trópico, poseyendo como primicia las mieles de la modernidad como la luz eléctrica y la amplia presencia de vehículos automotores, y haciendo gala de un lujo y derroche desmesurados, caracterizados por Márcio Souza (Op. Cit.) como la *Belle Époque Tropical*:

Los *coronéis da borracha* [coroneles del caucho], enriquecidos en la aventura, resolvieron romper la órbita cerrada de las costumbres coloniales, atmósfera de aislamiento, e intentaron trasplantar los ingredientes políticos y culturales de la vieja Europa (...) El clima occidental sería visible en las capitales amazónicas, súbitamente emergidas de los senderos del caucho. Manaus fue la única ciudad brasileña en sumergirse en cuerpo y alma en la franca camaradería dispendiosa de la *belle époque*. Los coroneles de sus palacetes, con un pie en la ciudad y otro en el distante cobertizo central, parecían dispuestos a recrear todas las delicias, aún a precio de oro. La buena vida estaba escudada por una conveniente hipocresía victoriana, que era de buen tono, moderna y muy propicia a quien fuera educado en la rígida sociedad patriarcal portuguesa. Desde cierto ángulo parecían perder la definición nacional y aspiraban al estatuto de ciudadanos del mundo. El internacionalismo del lucro burgués y de la ganancia imperialista sedujo a los broncos extractivistas (p. 250).

El boom de la explotación cauchera transformó a la región completamente bajo la promesa de la consecución rápida de riquezas, particularmente en el Brasil amazónico. Así, en la expansión de Brasil sobre otros territorios, principalmente el Acre, el empresariado *siringalista* (productor de goma) jugó un rol fundamental en

¹⁴⁷ Esta etapa se ubica entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX e incluye las innovaciones técnicas y tecnológicas que estaba experimentando el mundo con la globalización de la economía, por ejemplo, la revolución de los transportes y las comunicaciones, en la cual tuvo un rol central la invención de la vulcanización, que permitió la industrialización del caucho.

¹⁴⁸ Para el caso de Brasil, esto significó un proceso de ampliación hacia territorio peruano y boliviano, desencadenando un breve, pero interesante conflicto con Bolivia conocido como la Guerra del Acre o, para Brasil, la Revolución Acreana (1899-1903).

su apropiación al impulsar un movimiento armado contra la débil y prácticamente inútil regencia de Bolivia sobre este espacio. Esta anexión se consumó con la firma del Tratado de Petrópolis tras cuatro años de disputas, en 1903.

Más allá del injustificado reclamo de los brasileños sobre el territorio del Acre, fue la inestabilidad del gobierno boliviano y su propia incapacidad derivada de sus guerras internas la que le llevó a perder esta región, antes que un gran despliegue de recursos o fuerza por parte de Brasil.

Brasil, aprovechándose de su posición y de sus recursos respaldó la anexión del Acre teniendo en consideración la evidente escalada del conflicto que involucraba cada vez más los intereses del empresariado *siringalista* de este país. La penetración y expansión de la extracción cauchera en las regiones colindantes con Bolivia respondía a un periodo de sequías que obligó a una migración masiva de población, fundamentalmente de Ceará hacia el territorio amazónico y que es la base para el posterior reclamo de la denominada revolución acreana, que se oponía a la administración boliviana en la aduana improvisada que se estableció en Puerto Alonso.

Así, de a poco se consumó una apropiación silenciosa por parte de los brasileños que consiguieron aprovecharse de la inestabilidad y la debilidad de Perú y Bolivia. En el Acre, como en la mayoría de los territorios en donde la explotación del caucho era prioritaria, se vivía en una tierra sin ley en donde los caucheros impartían justicia y disponían tanto del territorio como de la mano de obra indígena a sus anchas.

En este escenario, en pleno estallido de la “revolución acreana”, Brasil acogió y respaldó las demandas de los empresarios caucheros, declarándose el litigio del territorio. En el lado boliviano, en contrapartida, el gobierno se apoyó en compañías extranjeras, particularmente estadounidenses para ocupar la región (The Bolivian Syndicate) y con ello, de alguna forma, contener el avance brasileño sobre el territorio.

Por tanto, lo que tenemos en el Acre es una disputa territorial determinada por un sentido eminentemente comercial. Es decir, el Acre no figuraba en el imaginario colectivo de Brasil como un territorio en disputa o como una zona de particular interés antes del boom cauchero. De esta forma, la migración de Ceará y el boom del caucho serán la combinación perfecta para que Brasil tome partida en favor de los rebeldes acreanos para apoderarse de esta rica zona en caucho y así tener satisfechos a sus aliados, es decir, a los empresarios que explotaban caucho en la región.

La expoliación del territorio boliviano por parte de Brasil se consumó no sin resistencia. Sin embargo, las difíciles condiciones de la región y la baja capacidad logística y militar de Bolivia, hizo imposible mantener la defensa de un territorio alejado y desconectado del débil Estado boliviano. Es interesante destacar la “defensa” de la soberanía boliviana por parte del cauchero Nicolás Suárez, quien armó una expedición financiada por él mismo, en la que contrató a mercenarios expertos para la defensa de la frontera boliviana.

A este grupo expedicionario se le conoció como la Columna Porvenir y, aunque realizó efectivas intervenciones bélicas, poco pudieron hacer cuando tras ocho meses de cerco y nueve días de combate, los 700 hombres que encabezaba el entonces presidente boliviano Manuel Pando se rindieron ante las fuerzas brasileñas. Para consumar la derrota, la *Bolivian Syndicate* cedió sus derechos de explotación del territorio a Brasil, asestando un golpe bajo a sus otrora aliados y cediendo la región de manera definitiva, en 1903, tras la firma del Tratado de Petrópolis.

En este sentido, la ocupación territorial del Acre respondió más a un discurso económico que nacionalista, orientado a consolidar los intereses mercantiles de una región en desarrollo que, ante el auge de la demanda de caucho, buscaba su expansión casi de manera incontenible. Por tanto, este episodio representó una confrontación violenta entre los propietarios del caucho, la cual terminó involucrando a las naciones en la medida en que esta empresa extractiva se encontraba respaldada y mediada por los estados.

En este contexto, la región experimentó un apogeo económico sin precedentes. Se convirtió, como ya se dijo antes, en una metrópoli impostada en la que el lujo y el derroche parecían prioritarios. En el medio de la jungla, se levantaron proezas arquitectónicas y consagradas al consumo fastuoso. Grandes fortunas fueron amasadas y perdidas por efímeros magnates que buscaron replicar las proezas de Julio César Arana.

Esta nueva realidad buscó trasplantar al trópico la modernidad, proclamando una falsa nostalgia por la Europa cosmopolita frente al letargo y la desconexión de sus nuevas ciudades, cuyo esplendor constituía una burbuja en medio de la barbarie que representó el auge extractivo. Sin embargo, en el interior de la floresta se consumó a escondidas, igual que en la África Subsahariana, el genocidio de los indígenas, quienes ofrendaron su vida de manera silenciosa a la construcción de la modernidad, con la complicidad del occidente capitalista.

Mientras los empresarios caucheros (coronéis da borracha) buscaban desviar a toda costa la atención del viajero, cronista y funcionario hacia el lado urbano de la explotación cauchera, de a poco se fueron dando a conocer testimonios que constataron la ferocidad con la que las caucheras se apropiaron de las vidas y recursos del indio, así como la crueldad con la que se coaccionó a poblaciones enteras secuestrando a mujeres y niños para servir como mano de obra esclava en el siringal (plantación de siringueira, una de las especies de caucho sudamericanas).

Uno de los primeros en denunciar esta situación fue Euclides da Cunha, periodista, militar e ingeniero brasileño quien evidenció directamente las condiciones de trabajo, abusos y la atrocidad que se experimentaban en los siringales cuando participó en misiones de demarcación de las fronteras amazónicas.

Otra importante fuente de denuncia fue el testimonio del joven estadounidense Walt Hardenburg, quien con 21 años se aventuró a viajar a la Amazonía, a la cual llamó el “paraíso del demonio”, pues en su recorrido por el Putumayo pudo evidenciar la condición en que se hallaban los recolectores de

siringa, procedentes principalmente de la tribu huitoto. Entre las situaciones que denunció, más adelante, en un periódico de Londres, estaban la tortura, el fusilamiento, la violación, la prostitución infantil entre otras atrocidades.

Esta publicación motivó la decisión del gobierno británico de enviar al Putumayo al diplomático Roger Casement para una investigación de la zona en la cual operaba la Compañía Peruana del Amazonas, propiedad de Julio César Arana y de varios inversionistas ingleses. Como ya se ha señalado antes, el resultado de esta investigación fue escandaloso pues reveló un grado de crueldad y explotación inimaginables hacia los indígenas de la Amazonía. Aunque, a la larga, dichas denuncias no alteraron la situación de los nativos de la zona, sí constituyen un desgarrador testimonio del genocidio sobre el cual se construyó la fortuna de los barones del caucho.

Adicionalmente, informes como el de Casement dan cuenta de la diversidad que existió entre los buscadores del oro blanco, quienes procuraron fortunas rápidas y vidas de aventura, pero en contrapartida, la mayoría de las veces encontraron la desgracia y la muerte a causa de penosas y lentas enfermedades, causadas por el clima y la falta de alimento. Los más afortunados encontraron muerte rápida a manos de los indios (el menor porcentaje según cronistas).

En este sentido, siringalistas, aventureros, pero sobretodo los indígenas amazónicos dieron sus vidas para que se construyeran amplias fortunas que en muchos casos quedaron en proyectos inconclusos o en mansiones devoradas por la selva. Un ejemplo aparte, por su majestuosidad y su prevalencia en el tiempo, es el Teatro Amazonas, inaugurado en 1896 en Manaos¹⁴⁹.

La ciudad de Manaos fue el espejo de su aristocracia, es decir, un conglomerado humano de oropel y oportunidad que se desmoronó tan fugazmente como llegó, siendo tragada por la selva; entonces, artistas, arquitectos, médicos y

¹⁴⁹ Sobre la opulencia del teatro, el viajero francés Auguste Planes exclamó: “la construcción es majestuosa en cuanto al exterior; la sala es elegante y ricamente decorada. El techo, obra magistral del pintor De Angelis, es admirable. Bien ventilado, bien iluminado, representa una de las curiosidades de Manaos. La más refinada de las civilizaciones llegó hasta el Rio Negro” (Citado en Souza, Óp. Cit., p. 257).

aventureros se fueron a buscar otros espacios de oportunidad. Pocos fueron los casos de quienes persistieron y se quedaron en ella reactivando industrias pequeñas como el café o la madera.

Sin embargo, la historiografía oficial, por mucho tiempo, reconoció el papel “civilizador” de los barones del caucho, entronizando como ícono de este grupo de aventureros al peruano Julio César Arana, el cauchero más poderoso de la Amazonia, quien esclavizó y diezmó a varios grupos indígenas como huitotos, boras, ocainas y andoques, utilizando mecanismos que tercerizaban de manera efectiva su dominación en la región como capataces traídos del extranjero, ajenos totalmente a la realidad amazónica, por ejemplo, los grupos que llegaron de Barbados y otras latitudes del Caribe.

Estos hombres tenían el objetivo de imponer el “orden” en la nada salvaje a base de extrema crueldad. Así, el caucho permitió el afianzamiento de algunas fronteras nacionales que, de no ser por este, hubieran permanecido en la inopia y el letargo para el auge civilizador y el “desarrollo” económico.

Fue por el caucho que se recorrió hasta el último palmo del territorio amazónico y, para algunos especialistas como Fiona Watson, directora de investigaciones de Survival International, también por este ciclo de explotación se da comienzo a la huida reducida pero constante de grupos que a la postre constituyeron lo que en la actualidad se conoce como no contactados o en aislamiento voluntario; para huir de la esclavitud estos pueblos se internaron en la Alta Amazonia, es decir, la parte más densa e inaccesible del bosque.

El auge del caucho coincide con la llegada del pensamiento positivista a América Latina, bajo cuya racionalidad e impulso económico se generaron procesos de urbanización y explotación de la selva. Así, el binomio positivismo-extractivismo marcan un periodo de la historia en el que Brasil transformó su modelo productivo, pues de la noche a la mañana el caucho pasó a representar el 40% de sus exportaciones, reemplazando a otros productos agrícolas como el café. Sin embargo, por su tardía incorporación al proyecto nacional, fue el indígena amazónico quien asumió el costo de la modernidad.

Cabe señalar que esta economía de exportación tuvo desde sus inicios elementos que impactaron en su rápida desaparición. Por ejemplo, las formas en las que se construyó el vínculo laboral entre el obrero y el patrón, así como la furtiva caza de indígenas, la pobre tecnificación y la constitución de monopolios comerciales, todo lo cual repercutió en la falta de competitividad de las caucheras sudamericanas con los nuevos productores de Asia y África, mejor conectados y más tecnificados.

El aviamiento, que era una forma de esclavitud por deudas y que constituía el mecanismo más común de enganche de mano de obra para la industria cauchera no era privativo de la región amazónica pues estuvo presente en los procesos de explotación de índole colonial que reinaban en América Latina y en otras regiones del sur global sobre principios del siglo XX y que sirvieron para la consecución de ingentes fortunas.

El enganche constituía una forma de aprovechamiento de la mano de obra cuya base precapitalista impedía al trabajador mejorar sus condiciones de vida y lo hacía prácticamente dependiente de su patrón. Este sistema está presente en otros ciclos de acumulación en América Latina, como el caso del henequén en México y del cacao en Ecuador (finales del siglo XIX y principios del XX)¹⁵⁰.

En este contexto, el caucho nace y muere como industria vinculado a formas de explotación laboral precapitalistas y es el detonante, por contradictorio que parezca, de los procesos de industrialización del capitalismo mundial, teniendo como eje fundamental la explotación de materias primas.

En este sentido, los sectores que de alguna manera se modernizaron con el auge cauchero fueron los medios de comunicación y los núcleos urbanos que infraestructuralmente eran necesarios para la conexión entre los distantes

¹⁵⁰ El mercado del henequén, oro verde, se desarrolló en Yucatán aproximadamente de 1878 hasta 1916, año en que se vio afectado por la Revolución Mexicana, entrando en declive para mediados de los años 20 al ser sustituida por las fibras sintéticas. Por otro lado, para el caso de Ecuador la producción del cacao coincide en sus puntos más altos de explotación del producto de 1880 a 1920, aproximadamente.

campamentos *siriganlistas* y los nodos expulsores de las materias primas como Belén, Iquitos o Manaos.

Así, rápidamente, estos núcleos urbanos condensaron las mieles de la explotación de la goma, viviendo entre el lujo y el exceso. Por ejemplo, en 1890 Manaos fue la primera ciudad en tener luz eléctrica. La región se amplió y se establecieron conexiones ferroviarias como por ejemplo el ferrocarril Madeira Mamoré que terminó de unir a la región en el caso de Brasil.

Con la expansión al Acre concluye el ciclo que posicionó a este país como el punto de partida de la industria cauchera. Y, en el medio de la vorágine extractivista, Sin embargo, los días del caucho estaban contados. Como se dijo antes, con su exportación y siembra en las plantaciones de Ceilán en Asia y la África subsahariana se consumó uno de los más lucrativos actos de biopiratería de la historia, pasando a segundo lugar la primacía del caucho sudamericano.

La producción cauchífera de Brasil, al igual que la del resto de la región Amazónica, entró en un lento proceso de deterioro que fue respondido con medidas como la creación de la Superintendencia de Defensa del Caucho¹⁵¹ (1912) lo cual, no obstante, no fue efectivo para recuperar la posición de privilegio de la región; por el contrario, el deterioro de la producción se concretó con la paulatina reducción de la mano de obra y la transformación nuevamente del aparato productivo hacia aspectos más lucrativos como la agricultura y otras actividades extractivistas como la minería y el comercio de maderas finas.

La región experimentó, como lo veremos más adelante, un breve pero fugaz periodo de resurgimiento con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la reactivación de la industria cauchífera mediante la denominada Batalla del

¹⁵¹ Como señala Souza (2019): "...el organismo paternalista creado para controlar la crisis, la Superintendencia de Defensa del Caucho, moriría abandonado. Para las elites políticas brasileñas que luchaban por el poder la Amazonia debería permanecer nuevamente cerrada, conservada con pequeñas migajas para evitar el deterioro completo. Cualquier medida objetiva quedaba para el futuro ya que otras áreas brasileñas más viables al desarrollo inmediato clamaban por soluciones. Además, las exigencias de la Amazonía extrapolaban, como todavía extrapolan, los recursos y limitaciones estructurales de Brasil" (289).

Caucho¹⁵², la cual tuvo lugar en 1943 con la febril explotación de la goma en la selva. Este proceso fue consecuencia directa de la ocupación japonesa de las plantaciones del sureste asiático de propiedad británica y el incremento de la demanda del caucho sudamericano.

No obstante, la herencia del caucho se esfumó rápidamente en las despilfarradoras manos de los “coronéis da borracha” quienes no atesoraron el inmenso esfuerzo realizado por el indígena esclavizado, los campesinos sin tierra de Ceará y los aventureros que, en la mayoría de casos, perdieron la vida por una quimera.

Si de alguna región de la Amazonia brasileña se puede decir que tuvo un proceso de explotación menos traumático, fueron los territorios de la Alta Amazonia en donde la calidad del caucho no alcanzó los estándares de las cuencas del sur, como Rio Negro, Putumayo o la Orinoquia.

En estas regiones de explotación marginal se establecieron relaciones paternalistas entre los terratenientes y los indígenas, que si bien se encontraban subordinados no experimentaron el mismo grado de brutalidad y avasallamiento que los que recolectaron caucho en las *estradas*. En este territorio existía además una tradición de producción agrícola que se combinó con la economía del caucho, por lo cual la recolección de la goma no tuvo el mismo peso que en el resto de la región, permitiendo una supervivencia más o menos sostenida de los indígenas amazónicos como mano de obra servil de los hacendados.

En el periodo posterior a la bonanza cauchera el elemento más característico del ethos colonizador brasileño fue sin duda el carácter eurocentrado del Estado en

¹⁵² Se conoce como Batalla del Caucho a la estrategia desplegada por el gobierno de Getulio Vargas, en Brasil, con apoyo de Estados Unidos para potenciar un segundo momento de extracción y exportación del caucho, con el fin de cubrir la demanda generada por la guerra. Como explica Souza (2019): “con la caída del 97% de las áreas productoras asiáticas en las manos de los japoneses, los Estados Unidos, a través de acuerdos con el gobierno brasileño, desencadenaron una operación a gran escala en la Amazonia: la Batalla del Caucho. La operación provocó indicios y posibilidades de un retorno a los viejos tiempos. Fueron años de euforia económica. El dinero volvía a circular en Manaus y Belén, haciendo surgir hasta una tímida especulación inmobiliaria, muy provechosa ya que era buen negocio rentar casas para funcionarios de diversos organismos que se ocupaban de la producción de la hÉvea” (297).

el cual el indígena formaba parte de un remanente desechable del territorio a conquistar, modernizar y civilizar. Esta lógica se integraba en la peor etapa del capitalismo colonial que Bélgica, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos desplegaron alrededor del globo, pero que para el caso de Brasil se internalizaba cumpliendo dos funciones esenciales, la primera, la creación y ampliación del aparato productivo brasileño a través de la explotación del caucho y, la segunda, la aniquilación por desgaste del lastre social que para la modernidad de ese periodo representaba el habitante amazónico.

En este sentido, cabría preguntarse ¿por qué habría de importarle a un carioca o un paulista, por ejemplo, un indígena amazónico que le era tan lejano para su realidad y contexto “cosmopolita” como un habitante de África o un apache de Norteamérica? Europa y los Estados Unidos estaban más cerca de su imaginario colectivo, así como de su ética aspiracional de progreso y esfuerzo individual.

De tal forma, el fin del caucho solo dejó tras de sí el genocidio y las desperdigadas proezas de los aventureros en una selva que las devoró (por ejemplo, Fordlandia). Ciudades como Belén y Manaos aún son el espejo de esos años de bonanza en donde se puede apreciar construcciones claramente inspiradas en el estilo francés o británico de principios del siglo XX cubiertas por la vegetación del trópico. El legado del caucho por tanto recae más en la literatura de ese periodo¹⁵³ o en construcciones suntuosas que perduran como el Teatro Amazonas de Manaos así el Teatro de la Paz en Belén (1878)¹⁵⁴.

¹⁵³ Uno de los textos literarios más famosos sobre este periodo es la novela del colombiano José Eustacio Rivera, *La Voragine*, la cual narra la vida de los trabajadores del caucho. También se puede citar ensayos como los elaborados por el peruano Carlos Valcárcel (*El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*) o por el brasileño Euclides Da Cunha (*À margem da história*). Así mismo, existe una importante producción de poesía popular transmitidos vía oral y rescatados por publicaciones como la Revista *Guajarina*, de Belén (Brasil) (Pizarro, 2009: 122-148).

¹⁵⁴ “En realidad no es sorprendente que el ciclo del auge y la caída de la industria del caucho natural de Brasil haya sido considerado como un ejemplo de lo malo del comercio en materias primas en América Latina. La acusación, expresada por una amplia gama de investigadores, culpa tanto a los actores nacionales como a los extranjeros por el fracaso, de la industria en generar un desarrollo económico sostenido. Se afirma que en Brasil los *siringeiros* resistían la disciplina de su trabajo y el aumento de las plantaciones mientras las elites locales bailaban sobre la cubierta de un barco que se hundía, gastando sus ganancias en borracheras ostentosas y en grandes proyectos de obra pública, al tiempo que, en el exterior, los especuladores inversionistas extranjeros drenaban las ganancias. Finalmente, otros empresarios foráneos establecieron plantaciones en sus colonias (por

Por otro lado, tras el boom del caucho, la región fortaleció su identidad como un espacio agreste e indomable. Así mismo, sus habitantes y los migrantes que se quedaron más allá de la fiebre de la goma, constituyen un testimonio humano y cultural de los años en los que la región se mantuvo conectada al sistema mundial por sí misma, sin la necesidad de considerarse parte de la nación brasileña.

3.3 La resistencia de los que sobran (movimiento indígena en el siglo XX)

De la herencia del caucho a la profundización del despojo: pueblos indígenas en contexto

Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial y la compleja situación geopolítica en la que se encontraban los países aliados, Brasil se alineó con estos para liberar a Europa de la amenaza fascista. Para ese efecto participó militarmente en la segunda guerra mundial con el escuadrón denominado Fuerza Expedicionaria Brasileña.

Sin embargo, la mayor prueba que tuvo que afrontar Brasil en la Segunda Guerra Mundial fue la Batalla del Caucho en la que miles de hombres fueron internados nuevamente en la selva con la finalidad de reactivar la muy disminuida producción cauchera. Contratados por el gobierno, estas personas, mayormente población mestiza y aventurera, se internó en la Amazonía nuevamente con la esperanza de construir un futuro mejor. Igual que antes, pagaron altísimos costos y esas esperanzas no llegaron a concretarse.

Con el fin de esa efímera experiencia, la región volvió a sumirse en el letargo y las cicatrices del periodo cauchero empezaron a hacerse evidentes. El país encontró que en el amplísimo territorio que ocupa la cuenca amazónica brasileña, la gran mayoría de la población indígena había desaparecido. Es decir, literalmente

ejemplo en Indonesia) que socavaron el precio del caucho en beneficio de los industriales y consumidores de los países ricos” (Frank & Mausacchio, 2017: 385).

se concretó un genocidio que duró varias décadas y ante el cual las denuncias de abusos, maltratos y asesinato de indígenas eran abundantes.

Con la caída de la demanda del caucho sudamericano, la diezmada población indígena pareció tener un respiro en medio de la tragedia. Sin embargo, los planes para la región de los distintos gobiernos estaban lejos de darles tregua y, año con año, han ido desapareciendo las tribus, pueblos y comunidades del territorio amazónico.

En contrapartida, los que quedan han mantenido su lucha constante por la subsistencia, la cual implica directamente la conservación y protección de sus territorios, los cuales experimentaron nuevas embestidas a partir del caucho, como la expansión de la frontera agrícola, la minería y el desarrollo infraestructural impulsado por el Estado con hidroeléctricas y carreteras.

Es por ello que, en el caso de Brasil, para establecer una relación sobre los pueblos indígenas que habitan la región amazónica es fundamental que todo análisis arranque de la coyuntura del caucho puesto que este auge determinó la mayoría de las condiciones de los pueblos indígenas que lograron sobrevivir manteniendo procesos de resistencia que en no pocas ocasiones fueron violentos e implicaron la extinción de tribus y grupos étnicos, es decir, comunidades lingüísticas en su totalidad.

En tal sentido, partir de la descripción de cuáles son los pueblos y comunidades amazónicas que hoy sobreviven permite visibilizar sus procesos de resistencia en distintos niveles. De entrada, estos grupos constituyen una muestra pequeña, casi ínfima, de la pléyade de diversidad étnica que habitó en la cuenca amazónica brasileña.

En este sentido se asume que su continuidad histórica espacial es resultado, casi inexorablemente, de un proceso de resistencia que bajo altísimos costos ha permitido a algunos grupos sobrevivir al más salvaje de los colonialismos del continente americano. Se estima que a la llegada de los portugueses a Brasil existían alrededor de cinco millones de personas dispersas en el territorio y que,

para el año 2000, esta población ya se había reducido en un 93%, según investigaciones de Survival International (2000: 1).

Con la llegada y desarrollo del siglo XX, la totalidad de grupos y comunidades indígenas de Brasil ya habían sido afectados por la presencia de agentes externos (iglesia, caucheras, ganaderos, plantaciones, etc.), en este periodo, muchos grupos se adentraban cada vez más profundamente en la selva, trataban así, de sobrevivir al genocidio y a la destrucción de sus formas de vida y cultura. Por otro lado, los que permanecieron en sus lugares de origen y consiguieron por razones demográficas o por el desinterés de dichos agentes externos sobrevivir, prosiguieron su resistencia por otras vías. Sin embargo, la población indígena brasileña no es en su totalidad amazónica, por tanto, me parece importante resaltar la presencia y situación del pueblo guaraní quienes comparten en buena medida un destino y realidad en común con los pueblos amazónicos, con los cuales se equiparán en la desgracia y el despojo que les ha heredado el Estado brasileño.

Actualmente, el grupo indígena no aislado con más población es el de los guaraníes, el cual no es amazónico y cuenta con 51.000 integrantes¹⁵⁵. La mayoría de ellos vive en la más abyecta pobreza, sin tierra y en reservas que se han convertido en sinónimos de guetos. Constituye uno de los grupos que en tiempos recientes ha sido víctima del mayor despojo y acoso por parte de la avanzada del frente extractivo en su faceta agroindustrial.

Son un grupo acosado y reducido por los poderosos ganaderos, quienes se han apropiado de sus tierras empleando la violencia. Por ejemplo, la resistencia a la ocupación de sus tierras los ha llevado a enfrentarse violentamente con grupos

¹⁵⁵ Según el Instituto Socioambiental, una organización civil de Brasil: “La población guaraní en el Brasil fue estimada en 2008 en alrededor de 51.000 personas entre los Kaiowá (31.000), Nandeva (13.000) y Mbya (7.000). En el Paraguay el Censo Nacional Indígena de 2002 calculaba a la población indígena guaraní en aproximadamente 43.080 personas contando a los Pai Tavyterã / Kaiowa (12.964), Nandeva (15.229) y Mbya (14.887). En la Argentina, la población guaraní es casi exclusivamente Mbya y se concentra en la provincia de Misiones alcanzando la cifra de 6.500 personas (5.500 Mbya, 1.000 Nandeva). La población Mbya actual estaría, según estas proyecciones, en alrededor de 27.380 personas” (ISA, 2016). En el caso de Bolivia, el Censo de 2019 establece la existencia de 58.900 personas equivalente al 2,1% de la población. Esta etnia se ubica en los departamentos de Santa Cruz, Chuquisaca y Tarija (ecorregión chaqueña).

de pistoleros armados contratados por ganaderos, principalmente en Mato Grosso do Sul (Brasil).

Ante tal despojo se encuentran hacinados en espacios reducidos, sometidos a una producción marginal y de subsistencia ya que sus parcelas son cada vez más pequeñas debido al avance del cultivo de soja y de caña de azúcar, materia prima que abastece al mercado de biocombustibles.

Por lo tanto, es común que familias enteras monten campamentos pauperizados y carentes de todo servicio en los bordes de las carreteras y caminos. En este escenario, en donde el ethos colonizador pareciera imponerse salvajemente, la deforestación se ha convertido en una efectiva herramienta de expulsión utilizada por los ganaderos, transformando el territorio en un espacio al servicio del mercado nacional e internacional.

Uno de los ejemplos de la realidad del pueblo guaraní en Brasil es la reserva de *Dourados* en donde se estima que una población de aproximadamente 12.000 habitantes está circunscrita a un territorio de apenas 3.000 hectáreas. Así, la población guaraní es uno de los grupos en el que mayor impacto tiene la diferenciación étnica y económica y en donde más se experimenta el hambre y la marginalidad.

Por otro lado, y derivado de su aislamiento y lejanía, así como de la difícil conexión de su territorio con el resto de Brasil, los yanomamis alcanzan una población de 19.000 habitantes distribuidos en 9,4 millones de hectáreas en las selvas y montañas del norte de la Amazonia brasileña, según estimaciones de Survival. Esta comunidad llega a los 35.000 habitantes si le sumamos los yanomamis que habitan el sur de Venezuela, constituyendo el pueblo indígena amazónico en aislamiento más numeroso de América del Sur (CIDH-OEA, 2019: 159).

Aunque los yanomamis constituyen uno de los grupos más inaccesibles para Brasil, actualmente también están en peligro de desaparecer puesto que enfrentan

diversos peligros derivados del avance del extractivismo, como lo señala un informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (Ibíd.):

Dicho pueblo se encuentra bajo constante amenaza por parte de miles de mineros ilegales de oro y otros foráneos que invaden sus tierras. A su vez, terratenientes ganaderos estarían invadiendo y deforestando la frontera este de su territorio. A pesar de algunos esfuerzos de las autoridades brasileñas de dismantelar ciertas operaciones ilegales, ninguno de los dos Estados habría implementado salvaguardas adecuadas para erradicar el problema. Los Yanomami tendrían el derecho de usufructo de sus tierras, pero aún no habrían recibido un título de propiedad colectiva (p. 159).

A diferencia de los Yanomami, la gran mayoría de grupos étnicos originarios de Brasil no consiguen llegar siquiera a los mil habitantes. Además, los pueblos en aislamiento voluntario viven en constante acoso del mundo exterior. Pese a todo, los pocos grupos que persisten como sociedades de cazadores, recolectores nómadas o sedentarios comparten entre sí el acoso y la discriminación de los que son víctimas constantemente por parte de una de las sociedades más estratificadas de América Latina. Esto, a pesar del reconocimiento internacional de que estos colectivos constituyen un reservorio humano que condensa los conocimientos propios de un espacio de características únicas como el amazónico.

Así, desde el punto de vista de esta investigación, a partir de la segunda mitad del siglo XX inicia un periodo que puede ser considerado de la última resistencia de los grupos que quedan en Brasil, a los cuales se les suman las organizaciones de desplazados y movimientos sociales que también sufren la presión del Estado y de la agroindustria.

Durante la segunda mitad del siglo XX se perpetúa el proceso genocida de apropiación de los espacios vitales de los indígenas, pues, como veremos, en los 22 años de dictadura civil y militar se concretan varias estrategias de desaparición y asimilación de los pueblos indígenas, orientadas a incorporar plenamente a la Amazonia en su proyecto desarrollista, sumando nuevas amenazas a las ya existentes tales como las hidroeléctricas, la expansión del frente ganadero y agroindustrial y la minería.

Por tanto, cabe preguntarnos cuál es el sentido de la lucha que enfrentan en este periodo de franca extinción los pueblos y comunidades amazónicas brasileños, el cual pareciera sintetizarse en morir peleando. En este punto, la cuestión fundamental es ¿cuántos quedan y cuál es la situación de los grupos y comunidades que aún resisten? De entrada, existen algunos elementos interesantes a destacar que diferencian la presencia de los movimientos indígenas y de su lucha en relación con los otros movimientos sociales que a lo largo del siglo XX les han sido contemporáneos¹⁵⁶.

Al igual que en los casos de los países de habla hispana, el movimiento campesino articula demandas diferentes a las del movimiento indígena amazónico debido a la existencia de un relacionamiento distinto con el espacio-territorio, el cual está determinado para el campesino como un medio de subsistencia que cobra sentido en función de la actividad productiva que lo arraiga a la tierra, mientras que para el indígena amazónico constituye un todo orgánico en el cual desarrolla todos los ámbitos de su vida material, en términos de las actividades diarias, e inmaterial, en lo que tiene que ver con sus particulares sistemas de creencia.

Por lo tanto, en muchas ocasiones las dimensiones espaciales que estos grupos reclaman como propias llegan a ser muy amplias y superan incluso las delimitaciones estatales, es decir, tienen un carácter transnacional.

El indígena amazónico, cuya existencia se contrapone con los intereses de los terratenientes o bien resulta un estorbo para el impulso y desarrollo de proyectos “productivos” como la minería, ha llegado a considerarse un elemento prescindible y a superar como parte de un proceso más amplio de “domesticación” (subordinación) del territorio.

Como lo hemos venido revisando, el indígena amazónico mantiene una relación diferente en términos productivos y reproductivos con el espacio. Productivo en cuanto a la forma como toma los elementos necesarios del territorio para su subsistencia y reproductivo en tanto este trasplanta la flora y fauna,

¹⁵⁶ Por ejemplo, la Confederación Nacional de Trabajadores en la Agricultura (CONTAG-1963), el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra (MST- 1984) o el Movimiento Negro Unificado (MNU-1978).

modificando el ambiente de forma natural y controlada, con lo cual se mantiene el equilibrio ecológico llegando incluso a tener un impacto positivo para el territorio¹⁵⁷.

En términos de la teoría neoevolucionista el éxito de los habitantes amazónicos como grupo está determinado también por su bajo impacto y equilibrio ecológico, sin embargo, sus características tan opuestas a lo moderno con sus lógicas de acumulación de trabajo y reproducción social los convierte ante el Estado capitalista en elementos a superar.

En este sentido, incluso en el discurso de lo nacional brasileño, a diferencia del caso de los países hispanos, ha llegado a tener mayor presencia el carácter afro como elemento identitario de segunda categoría. Esto quizá se deriva del bajo impacto cuantitativo que el indígena amazónico presenta en el Brasil contemporáneo a consecuencia de los múltiples procesos de extinción que ha enfrentado y sigue enfrentando. Ante ello, se han constituido organismos de Gobierno (SPI y FUNAI) que han pasado de la inoperatividad y la ineficiencia a ser francas amenazas contra la continuidad y reproducción de estos grupos, como se verá más adelante.

Los que quedan y las consecuencias de los proyectos desarrollistas del siglo

XX

Pero, quiénes son y cuántos indígenas quedan en el Brasil contemporáneo, son elementos fundamentales para revisar los procesos históricos que

¹⁵⁷ Por ejemplo, la “terra preta” de la Amazonia Brasileña. Como explica Klein: “Las tierras antrópicas oscuras de la Amazonía -conocidas también como terras pretas de índio o Amazonian Dark Earths- tienen una posición estelar dentro de las siete maravillas dentro de la Amazonía precolombina. Se trata de grandes áreas de suelo francos, oscuros y profundos que varían en tamaño entre una y varias hectáreas. Estas verdaderas “islas edáficas” se encuentran en diferentes regiones de la cuenca amazónica, en general en terrenos no inundables cerca de grandes ríos y lagos, o -con frecuencia- en zonas interfluviales vecinas a pequeños cursos de agua (...) Estas tierras son extraordinariamente fértiles y, por tanto, con frecuencia sirven como sustrato para la horticultura doméstica, la agricultura de tala y quema o, inclusive, la monocultura intensiva. En el contexto mayor de los suelos tropicales amazónicos que -en general disipan fácilmente sus nutrientes y que, sin resguardo vegetal, son muy susceptibles a la erosión- la inusual fertilidad de estas tierras parece sugerirnos que estamos frente a un fenómeno natural excepcional. Sin embargo (...) estas tierras son resultado de la acción centenaria de procesos pedogenéticos sobre superficies de terreno enriquecidas por las prácticas de habitación de las sociedades precolombinas amazónicas” (p. 99).

caracterizaron el violento siglo XX de las nacionalidades indígenas amazónicas, periodo en el que se dio el golpe de gracia a varias etnias, pero también en el que surgieron importantes organizaciones que en la actualidad constituyen el núcleo de las colectividades amazónicas indígenas del Brasil y que se articulan a un movimiento más amplio de defensa del territorio y los recursos de la cuenca amazónica.

En tal sentido, primero hay que destacar, como ya se mencionó, el radical decrecimiento de la población indígena brasileña, a partir de la llegada de los colonizadores, reducción que, hasta la actualidad, se mantiene como una constante. Esto incluye la merma de varias nacionalidades y, en muchos casos, su extinción.

Según el último censo poblacional, realizado en 2010, se contabilizó un total de 817.963 indígenas en territorio brasileño, representando a 215 etnias. Además se registró la existencia de 274 lenguas indígenas¹⁵⁸. De esta población, 305.873 (37, 4%) viven en el norte, formado por los estados amazónicos de Amazonas, Roraima, Pará, Acre, Tocantins, Rondonia y Amapá. De ellos, el que concentra mayor población indígena (55% del total regional) es el de Amazonas. Como ya se mencionó antes, esto implicaría que, hasta ese momento, más de un 90% de la población indígena amazónica ha desaparecido desde la colonización.

Según la Fundación Nacional del Indio (FUNAI), el pueblo Tikuna, residente en el Amazonas, fue el que registró un mayor número hablantes de lenguas indígenas, por lo tanto se coloca como el de mayor población. En segundo lugar, se encuentra el pueblo Guarani Kaiowá de Mato Grosso do Sul el cual no es amazónico y, en tercero, el de los Kaingang de la región Sur del Brasil. Los que tienen una menor densidad poblacional, y por lo tanto se enfrentan a la extinción son los Awá con alrededor de 450 personas y los akuntsus con cuatro integrantes. También se

¹⁵⁸ Sus principales troncos lingüísticos son Tupi (familias Tupi-Guarani, Juruna, Arikém, Tupari, ramarama, Mondé, Puruborá), Macro-Jê (familias Jê, Maxacali, Fulniô, Borôro, de lengua Karajá) y Aruak (familias Arauá, Aruak). Adicionalmente existen familias aún no clasificadas en troncos como los Karib, Tukano, Pano, Xirianá, Txpakura, Mura, Makú, Nambikwara y Guaikuru las cuales hablan diversas lenguas; y, así también, se registran lenguas no clasificadas en familias (Arikapú, Katukina, Guató, Trumai, Erigpactsá e Irantxe) así como grupos de cuyas lenguas aún no hay información (Morerebi, Orelha-de-Pau, Guajá, Agavotukeng e Ipewi) (Diégues Júnior, Óp. Cit., pp. 56-57).

tiene conocimiento del caso de un hombre de aproximadamente 50 años que lleva más de dos décadas viviendo solo en la selva, presumiblemente como único sobreviviente de su tribu. En su caso, se clasifica como “no contactado”.

Por otra parte, según un informe de la CIDH-OEA, más reciente que el censo poblacional, en 2013 el Estado de Brasil informó a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) sobre la existencia de 77 pueblos indígenas en aislamiento voluntario, de los cuales solo 27 están localizados e identificados; de ellos, el de mayor densidad poblacional corresponde a los Yanomamis, considerados como un grupo en aislamiento relativo.

Adicionalmente, 14 pueblos se categorizan como de contacto inicial: “Como ejemplos, se encuentran los Akuntsu, Awá-Guajá, Gavião, Hi Merimã, Janinawá, Japá, Jururei, Kaiapó, Kanoe, Katawixi, Korubo, Kulina, Masco, Mashco Piro, Makú, Nambikuara, Pano, Pirititi, Tupi Kawahiv, Waiãmpi, Zo'é y Zuruaha” (CIDH-OEA, *Ibíd.*, p. 160).

Sin embargo, según la CIDH, para 2019 se presumía la presencia de al menos 114 pueblos indígenas en aislamiento en Brasil. No obstante, para esa fecha la FUNAI solo registraba a 28 pueblos aislados protegidos oficialmente por el Estado, 15 de los cuales se ubican en la frontera con Perú (Valle de Javará). Por tanto, la CIDH advierte que esta falta de conocimiento por parte del Estado significaría una ausencia de medidas de protección para más de 80 pueblos en aislamiento voluntario puesto que la responsabilidad de autorizar la actividad económica en territorio indígena recae sobre la FUNAI (*Ibíd.*, p. 160).

Ahora, de las 215 etnias existentes en Brasil, al menos 170 corresponden al área amazónica, según el informe de la CIDH; mismas que ocupan el 98,2% del total de tierras indígenas existentes en el país, esto es alrededor del 20% del área total de la Amazonía y cerca de un 11% de la extensión total del país (*Ibíd.*, p. 203). Sin embargo, como señala Survival, aunque este porcentaje de territorio se encuentre catalogado como área indígena, lo cierto es que estos pueblos no son propietarios legales de una sola hectárea (Survival, *Op. Cit.*, p. 6).

Si bien la Constitución Federal de 1988 establece el derecho de los pueblos indígenas a la posesión y usufructo exclusivo de la riqueza de los territorios ocupados tradicionalmente, este derecho solo se hizo efectivo para los grupos que en ese año estaban en posesión de la tierra, lo cual resulta contradictorio tomando en cuenta la larga historia de despojo que han vivido estos pueblos.

De acuerdo al informe de la CIDH, la FUNAI tiene conocimiento de 685 tierras indígenas en proceso de reconocimiento. Sin embargo, desde hace algunos años, el gobierno interrumpió los procesos de demarcación mediante la intervención en la FUNAI con distintos cambios de autoridades y la reducción del presupuesto (CIDH, Op. Cit., p. 47).

Esta situación en la que los pueblos indígenas carecen de un reconocimiento real como sujetos de derecho del Estado brasileño no solo los coloca en un riesgo constante de ataque, sino, en muchos casos, de completa desaparición. Por ejemplo, el caso de los Awá que, pese a ser un pueblo sedentario, tuvo que recurrir al nomadismo debido a la persecución constante por parte de los colonos. Así, solo se ha podido tener contacto con 250 personas de esta tribu, aunque se conoce que hay más de un ciento viviendo de forma fragmentada y nómada.

También podemos referirnos a la situación de los Nambiquara, cuya población se redujo en un 90% entre 1919 y 1975, quedando para ese año no más de 530 integrantes; esto, fruto de los trabajos de construcción de una carretera en su territorio lo cual, en unos casos los mató por exposición a enfermedades y, en otros, los desplazó hacia minúsculas reservas (Survival, Op. Cit., p. 45). A estos se suman casos como los de los guaraníes o yanomami, que ya hemos referido y muchos más de los que ni siquiera se tiene registro, ocasionando, como afirmó Survival que en el siglo XX se extinguiera una tribu cada dos años (Ibíd., p 49).

Por tanto, el total de la población indígena del Brasil que ha conseguido superar el difícil siglo XX es el resultado histórico de múltiples procesos orientados a reactivar a la región amazónica como un escenario fundamental en la producción nacional y como una de las principales receptoras de la migración interna.

En este sentido, hay que recordar que este proceso tiene varios antecedentes como, por ejemplo, el desarrollo de macroproyectos que después del auge del caucho mantuvieron su carácter megalómano. Uno de estos ejemplos fue Fordlandia en la década de los 30, el cual fue el resultado de una coyuntura externa determinada por la búsqueda de Estados Unidos de hacer efectiva, por un lado, la política del destino manifiesto en la región latinoamericana y, por el otro, de garantizar el suministro de un caucho “propio” (americano) para su industria.

Para este efecto, una oligarquía amazónica desesperada sirvió nuevamente de trampolín para el desarrollo de un proyecto que a todas luces iba a fracasar y que no podía ampliarse en términos prácticos porque no contaba con suficiente mano de obra, la cual se había desplazado a otros sectores como el agrícola, migrado al ramo de servicios o simplemente había vuelto a sus lugares de origen (Ceará, Nordeste, etc.). Con el fracaso de estos últimos proyectos vinculados al caucho, las ciudades amazónicas fueron abandonadas con el mismo ritmo con el que se poblaron, vertiginosamente¹⁵⁹.

El rol de la Amazonía en los proyectos nacionalistas civiles y militares

Para la década de los 30 la relación entre el Estado central y la Amazonía brasileña se enmarca dentro de una situación política conocida como la vieja república, en la cual el poder era administrado por la elite de Minas Gerais y Sao

¹⁵⁹ Respecto al fracaso del proyecto de Ford, Nelson de Figueiredo Ribeiro (Óp. Cit.) señala que “la providencia de mayor significado geopolítico fue la implantación del proyecto de heveicultura de Henry Ford, el gran emprendedor de la industria automovilística americana, que pretendía verticalizar su sistema productivo, produciendo también neumáticos que iban a utilizar los carros que fabricara. En el afán de maximizar la verticalización de su industria, imaginó también verticalizar la producción de la materia prima necesaria para la producción de neumáticos, esto es, el caucho. Con este objetivo obtuvo del gobierno del Estado de Pará la concesión de un área de cerca de 1 millón de hectáreas en la margen directa del Río Tapajós (...) Henry Ford creó la Compañía Ford de Brasil para llevar adelante el emprendimiento. Comenzó trabajando en “Fordlandia”, donde las seringueiras plantadas fueron atacadas por la enfermedad de la hoja...Después pasó a plantar en la región de Belterra, en un área de 281.500 hectáreas, donde llegó a plantar 6.000 pies de seringueiras que después también fueron atacadas por la enfermedad de la hoja. Así estaba caracterizado el fracaso de la heveicultura en la Amazonía. Ford habría invertido...cerca de 20 millones de dólares y frente a la inviabilidad del emprendimiento, lo transfirió para el gobierno brasileño por 225 mil dólares” (pp. 150-151).

Paulo, cuyos representantes se alternaron en el gobierno desde la formación de la República. Esta política, denominada del café con leche, dio como resultado la construcción de un Estado autoritario y centralista para el cual la Amazonia no era prioritaria, dejando en manos de las elites locales la administración del auge y la caída del caucho.

Con el deterioro de las relaciones políticas entre la elite y el incremento del conflicto de intereses entre los partidos tradicionales, tuvo lugar una rebelión de corte nacionalista que llevó a un nuevo grupo al poder, representado por Getulio Vargas¹⁶⁰ quien reivindicó un discurso patriótico y nacionalista que, en términos concretos en relación a la Amazonía, tuvo dos momentos cruciales. El primero es el periodo conocido como la batalla del caucho (1942) y el otro es la creación del Estado de Rondonia¹⁶¹ (1943).

El naufragio urbano de ciudades como Manaus pudo ser contenido con el breve periodo de reactivación económica de la ciudad, derivado de la Segunda Guerra Mundial, estrategia conocida como la “batalha da borracha” (batalla del caucho), en la década de los 40, la que, como se mencionó antes, impulsó una nueva avanzada sobre la selva brasileña para la reactivación de la industria cauchera, en un contexto en que los principales productores de la materia prima,

¹⁶⁰ Getulio Vargas es el resultado de un proceso de reconfiguración política interna que bajo un enfoque nacionalista buscaba condensar en torno a su figura (populista), las fuerzas políticas que conformaban su gobierno, en el cual la burguesía industrial y terrateniente tuvo un rol central, pero también los sectores medios y la clase obrera quienes se vieron beneficiados en buena medida por la coyuntura política internacional que -en términos generales-, favoreció al desarrollo de una dinámica de consolidación interna en materia social y política, y de fortalecimiento económico en lo externo. En términos generales se potenciaba a Brasil en su calidad de país primario exportador, colocando a la Amazonía como un espacio de explotación prometedor para el proyecto de desarrollo. Como señala De Figueiredo Ribeiro (Óp. Cit.): “Getulio Vargas decidió visitar la Amazonía. En Manaus, en el emblemático palco del Bello Teatro Amazonas, pronunció su famoso discurso de Rio Amazonas, el 10 de octubre de 1940. Preconizaba...que el gobierno central pasaría a adoptar una nueva actitud para con la Región. El poblamiento del área, la celebración de convenios con los demás países amazónicos para la cooperación pacífica eran germen de una nueva óptica para la defensa de la Región, delante de las ambiciones de los países ricos: la Pan-Amazonía. Se trataba de un abordaje estratégico de contenido geopolítico que pasó a ser implementado y fortaleció la soberanía de países amazónicos sobre la Región...Getúlio habló de un “movimiento de reconstrucción nacional”, resaltó que la Amazonía era la “tierra del futuro, el valle de la promesa del Brasil del mañana” (p. 161).

¹⁶¹ En 1943 se crea el territorio Federal de Guaporé y en 1956 obtiene el nombre de Rondonia en homenaje a Cândido Rondón, explorador y personaje ilustre de la región amazónica, quien fue el primer director de la Fundación Nacional del Indio (FUNAI).

ahora asiáticos, se encontraban comprometidos en el conflicto bélico. Tras cumplir su objetivo de suministrar caucho a los países aliados, la región volvió a sumirse en el letargo que la determinó históricamente como un espacio monoprodutor y aislado.

De esta forma, la retórica de los grandes proyectos nacionalistas implicaba un discurso hueco en el que la modernización tenía un carácter fuertemente centralista y urbano. Es importante señalar que buena parte de los macroproyectos que en las décadas subsecuentes transformaron a la región tienen su origen en esta temporalidad, la cual inaugura un nuevo modelo de desarrollo basado en un nacionalismo que buscaba la modernidad y el progreso económico.

En este sentido, carreteras, hidroeléctricas y la expansión del frente agrícola, destinada a la agroindustria, fueron los ejes sobre los cuales se buscó incorporar a la región al proyecto nacional y al mundo. Dicho sea de paso, cada ampliación de estos proyectos implicó directamente la devastación de los territorios ocupados por los indígenas.

Para la década de los cincuenta fueron nuevamente agentes externos (migrantes japoneses) quienes reactivaron la economía regional y volvieron a hacer productiva una parte de la región amazónica. Derivada de la migración japonesa, la región logró una breve, pero constante reactivación económica, con la producción de insumos agrícolas de importación como la pimienta del reino y el yute.

Sin embargo, estos mecanismos de producción que empezaban a emerger en la región después del extractivismo cauchero se vieron eclipsados por la política desarrollista del gobierno militar, el cual estaba determinado a integrar a la Amazonía al Estado nacional, cual, si fuera un territorio vacío, mediante la generación de grandes proyectos de infraestructura destinados a consolidar la industria nacional.

Como parte de esta política se impulsó la construcción de la carretera Transamazónica, la cual buscaba conectar la marginal zona de la Amazonía con el empobrecido nordeste. Además, se realizó la promoción de grandes oleadas de

migración a la zona mediante la generación de fuentes de trabajo. Ambos proyectos se insertaron en una estrategia de seguridad que buscaba la ocupación de un territorio rico en recursos, pero “abandonado”. Dicha estrategia tenía dos objetivos, el primero, evitar la ocupación de este espacio por parte de enemigos externos y, el segundo, impedir que sea aprovechado por movimientos subversivos, como en el caso colombiano. No hay que olvidar que en los años de dictadura se ejerció gran represión en todo el Cono Sur contra los movimientos sociales.

Así mismo, en 1967 el gobierno decretó la transformación de Manaus en zona franca, con lo cual sentó las bases para la reactivación económica y el desarrollo industrial, lo cual llevó a un crecimiento desordenado y al desborde en el sector de servicios de una ciudad atrasada. Así, de a poco, se reconfiguró nuevamente el perfil de la región con la presencia de núcleos urbanos. Los afectados por el desarrollo de estos proyectos y las oleadas migratorias que los acompañaron fueron nuevamente los grupos y comunidades indígenas quienes vieron cada vez más reducido su territorio.

Por su parte, el Servicio de Protección al Indígena (SPI), entidad creada en 1910¹⁶² por el militar y explorador brasileño Cândido Mariano da Silva Rondon, fue en buena medida, cómplice y copartícipe de los abusos y el exterminio de las poblaciones nativas amazónicas. Esta institución tomó gran importancia en este periodo por el respaldo que dio el SPI a buena parte de los proyectos de explotación de empresarios, seringalistas y terratenientes, así como por la implementación de una política integracionista y paternalista que tenía como finalidad establecer contacto con grupos aislados y, en ciertos casos, trasladar a pueblos enteros a zonas de refugio.

Aunque, en términos generales su impacto fue negativo, también se registran intentos de proteger a nacionalidades indígenas amenazadas por la extinción con

¹⁶² El Servicio de Protección a los Indios (SPI) se creó a través del Decreto Nro. 8072 del 20 de julio de 1910, siendo el primer órgano de protección indígena de Latinoamérica. Su misión era garantizar la posesión y restitución de sus tierras, así como velar por el respeto a su organización. Sin embargo, los escándalos en torno a sus actos de corrupción e incumplimiento de sus funciones hicieron que se disolviera en 1966, año en el cual la dictadura militar lo reemplazó por la Fundación Nacional del Indio (FUNAI).

iniciativas como la creación del parque Xingu en 1961, una reserva indígena de 27.000 kilómetros cuadrados ubicada en Mato Grosso, en donde actualmente se alberga a más de cinco mil indígenas de 14 etnias, quienes fueron extraídos de sus territorios ante la inminente amenaza de colonos, madereros, siringalistas, entre otros actores. La reserva se creó bajo la iniciativa de los hermanos Villas Bôas, quienes trabajaron con el SPI en proyectos de defensa de los indígenas, y fue diseñado por el antropólogo y entonces funcionario del SPI, Darcy Ribeiro.

Aunque en el momento de su creación el parque fue considerado como una iniciativa radical que marcaba un precedente en la defensa de los pueblos amazónicos, posteriormente fue criticado por su grado de paternalismo e intromisión en las dinámicas propias de los indígenas amazónicos, pues no solo eran extraídos de su territorio, sino que debían adaptarse a las condiciones de vida de la reserva, lo cual implicó un importante proceso de aculturación.

Esta experiencia no siempre resultó positiva, por ejemplo, a mediados de los años 70, la tribu de los Paraná (conocidos como los “gigantes” de la Amazonía) fue trasladada al parque Xingu, luego de que 186 de sus aproximadamente 400 integrantes murieran por efecto de la penetración de equipos de construcción de carreteras.

Las enfermedades introducidas por los colonos, así como los abusos cometidos por los trabajadores estaban diezmando rápidamente la tribu, por lo cual los hermanos Villas Bôas decidieron transferirlos a la reserva. Esto ocasionó la muerte de la mayoría de los indígenas quienes no pudieron adaptarse a una tierra que no era apta para su reproducción material (agricultura y caza) y cultural (celebración de ritos y ceremonias). En 1992 los sobrevivientes regresaron a sus tierras, aunque aquellas ya se encontraban devastadas por la minería y la agroindustria. Actualmente intentan mantenerse a salvo en una pequeña área que aún no ha sido tocada y han denunciado ante el gobierno los daños que padecieron históricamente.

Esta situación llamó la atención de varios científicos sociales. Uno de los primeros en denunciar el papel de los militares¹⁶³ en el deterioro y degradación de los grupos indígenas en la nueva penetración amazónica fue el antropólogo Shelton Davis quien en 1970 escribe un ensayo que coloca en la palestra internacional la discusión sobre la región, los abusos y destrucción ecológica que los proyectos de los militares ocasionaron señalando que las grandes víctimas de este “milagro económico” eran los pueblos indígenas, reducidos hasta casi la extinción.

Esta denuncia vino de una corriente crítica, como lo vimos en el caso de la Amazonia hispana, que cuestiona desde la antropología, la sociología, la pedagogía y en general las ciencias sociales el papel de los Estados en relación a los pueblos indígenas. En este sentido, las posiciones críticas que a lo largo de la década del sesenta pusieron de manifiesto la difícil situación del indígena llegaron a un punto culminante con la publicación del tristemente célebre Informe Figueredo, que constituye una auténtica monografía sobre el genocidio y la brutalidad que se ejerció durante décadas sobre los pueblos indígenas amazónicos en complicidad con el Estado brasileño.

Este informe representa un antes y un después en términos de la dinámica administrativa que para efectos concretos ejercía el Estado a través del SPI para con los pueblos originarios. En este ejercicio de transformación y crítica se creó la Funai en 1967, en reemplazo del SPI, con el objetivo de establecer una nueva forma de aproximación a la problemática indígena. Es en este periodo en el que buena parte de los movimientos ecologistas y “críticos” del mundo occidental se suman a la causa indígena no solo en Brasil sino en toda la cuenca amazónica.

La repercusión que tuvo en Brasil y el mundo la publicación del Informe Figueredo llevó a que se funden organizaciones internacionales en defensa de la Amazonía como Survival (1969) e incluso a la creación de una posición global sobre el terrible impacto que la presencia colonizadora había generado en el terreno. En

¹⁶³ Los gobernantes de periodo de dictadura militar fueron Humberto de Alencar Castelo Branco (1964-1967), Artur da Costa e Silva (1967-1969), Emílio Garrastazu Médici (1969-1974), Ernesto Geisel (1974-1979) y João Figueiredo (1979-1983).

el informe se describen innumerables abusos y actos de franco barbarismo como la masacre de la etnia Tupi, conocida como Cintas Largas, ubicada en Rondonia y Mato Grosso, cuyos integrantes fueron bombardeados desde avionetas y rematados a machetazos.

En estos particulares eventos de crueldad protagonizados principalmente por los sertanistas se ejercía la violencia por igual, es decir, contra hombres, mujeres y niños, incluso de brazo. Lo impactante del Informe Figuereido es que relata atrocidades cometidas en plena “modernidad”, auspiciadas en pos del “desarrollo” y cuyo impacto no puede ser calculado. Es decir, dado el número de algunos de estos grupos se estaría hablando de genocidios sostenidos conscientemente y tolerados por décadas por el Estado. Por tanto, no es de extrañar la reacción de condena generalizada sobre estos hechos.

Estas masacres tuvieron lugar en prácticamente toda la cuenca amazónica, pero el impacto que alcanzaron en Brasil fue más alarmante dadas sus particulares condiciones de aislamiento y dispersión en el territorio, así como de la reducida cantidad de habitantes indígenas que quedaron luego de los voraces procesos de conquista y colonización.

Ante el escenario descrito es justo decir que, si bien los grupos indígenas han sido víctimas de una innumerable cantidad de vejaciones, tampoco pueden considerarse como un conglomerado incapaz de responder a las agresiones. Generalmente, sus respuestas son igualmente violentas y se plantean en la penosa coyuntura de morir peleando. Este es el caso de todos los grupos que han desaparecido desde el violento amanecer de la era del caucho hasta la depredadora penetración de la carretera transamazónica (BR-147) en la década de los setenta en la cual se rescata la lucha del pueblo waimiri atroari que lo llevó prácticamente al exterminio.

Debido a su férrea resistencia desde los primeros intentos de contacto, los waimiri constituían un obstáculo para la ampliación de la carretera y fueron acosados por el ejército, pasando de una población estimada de entre 2000 a 3000 personas a poco más de 300 para la década de los ochenta. El Estado los dejó

literalmente morir de enfermedades y en otros casos cometió asesinatos frontales. Como refiere Souza (Op. Cit.):

Para los militares los waimiris-atroaris eran quistes a ser removidos del camino del progreso. De acuerdo con la ideología de la seguridad nacional, todos aquellos que intentasen impedir la consecución de objetivos nacionales permanentes eran enemigos y deberían ser eliminados (...) Después de una serie de ataques de los waimiris-atroaris, sus aldeas fueron atacadas por aviones y helicópteros de las fuerzas armadas brasileñas, las poblaciones sacrificadas con ametralladoras de grueso calibre y granadas. Los liderazgos fueron cazados y eliminados (...) Y, como no bastaron los ataques aéreos y las acciones aisladas que sorprendían las aldeas, se cuidó de completar el servicio negando a los waimiris-atroaris el tratamiento adecuado en los casos de epidemias (...) Los trabajadores de la carretera trajeron una serie de molestias desconocidas para los waimiris-atroaris, como la gripe, la tuberculosis, el sarampión y las enfermedades venéreas. A partir de 1974, las epidemias comenzaron a diezmar en masa a los indios, tornando innecesarios los ataques con arma de fuego (p. 321).

Sin embargo, la lección que dejan los waimiri es el carácter obstinado en la defensa de su espacio, el cual, en la actualidad, ha sido reconocido legalmente y la población ha ido recuperándose de a poco. A pesar del acoso sufrido durante poco más de un siglo, este grupo ha resistido, consiguiendo la demarcación de su reserva, la prohibición de las misiones en ella y la educación en su propio idioma.

El caso de los waimiri atroari y de otros grupos indígenas amazónicos, particularmente en Brasil, plantea, como lo vimos antes, que uno de los principales problemas que enfrentan es el contacto con el exterior, lo que es causa de la introducción de agentes patógenos externos, así como de pérdidas y fracturas culturales.

Este tema es particularmente importante porque Brasil fue el único país de la región que como política de atención a estos grupos desarrolló expediciones de contacto encabezadas por expertos rastreadores y antropólogos, quienes en buena medida introdujeron dinámicas externas y generaron nuevas presiones sobre estos grupos.

Este proceso se enmarca en una política estatal de contacto con los pueblos indígenas, la cual tiene lugar desde principios del siglo XX con la colocación de los puestos de contacto por parte del SPI. Dicha política buscaba, por un lado, conocer las etnias y delimitar sus territorios bajo la premisa de establecer lineamientos mínimos para el trato e integración, en la medida de lo posible, de los pueblos amazónicos al Estado brasileño. Y por otro, contener la violencia entre los pueblos indígenas y los sertanistas que cada vez se adentraban más en sus territorios, así como las inminentes amenazas que el contacto con el mundo exterior podían implicar (enfermedades, pérdida cultural, entre otras).

Este fue el criterio que primó en los mecanismos diseñados por la FUNAI para el relacionamiento con los pueblos amazónicos aun cuando esta institución fue creada para remediar el deficiente trabajo del SPI. Sin embargo, su política de contacto con los indígenas también tuvo un impacto en estos grupos, debido a la pérdida de varios grupos por las enfermedades traídas desde el exterior, por los propios funcionarios y sus grupos de exploración.

Por tanto, ante la presencia y el acoso tanto de las instituciones públicas como de los sertanistas, muchos grupos indígenas optaron por fragmentarse para internarse en la selva, perdiendo todo intercambio con agentes externos. Es decir, se estima que buena parte de los grupos hoy conocidos como no contactados tenía en su origen un carácter sedentario, pero ante las amenazas externas, asumen -en función de su conocimiento del territorio y de sus técnicas de supervivencia y de reproducción ecológica, social y cultural (ethos amazónico)- una dinámica semi nómada con el fin de evitar a toda costa el contacto con agentes del mundo exterior. Como ya se refirió, un ejemplo de este proceso son los Awá.

Los impactos de la nueva penetración en la Amazonía: antropólogos, especialistas y colonos

Este periodo también constituyó una época de pandemias y ataques que azotaron a todos los grupos étnicos, incluso los que tenían un contacto previo pero

que no estaban integrados al mundo moderno. En este contexto, no hay que perder de vista también la presencia de otros agentes externos como los investigadores de los grandes centros académicos (Europa y Estados Unidos) quienes en sus investigaciones muchas veces se convirtieron en agentes de deterioro cultural e introductores de enfermedades, causando gran daño a los pueblos en donde desarrollaron sus investigaciones.

Uno de los casos más emblemáticos de este proceso fue el del antropólogo estadounidense Napoleón Chagnon con los yanomamis de Venezuela y Brasil, el cual sirvió para perpetuar ideas como la del hombre primitivo y salvaje de la Amazonía. En su libro y best-seller *Yanomamo: The Fierce People* (Yanomami: el pueblo feroz), publicado en 1968, describe a este pueblo como cruel y brutal, pese a que los Yanomami eran una sociedad de cazadores recolectores que reproducían una serie de prácticas sociales únicas como la guerra ritual.

En términos culturales la presencia de los antropólogos en territorio yanomami tuvo un impacto negativo pues, además de reproducir en occidente una serie de prejuicios euro centrados sobre estos pueblos y sus formas de vida, trajo consigo una oleada de especialistas que al penetrar en la región transformaron las condiciones por las cuales estos grupos se habían mantenido fuera de la órbita mundial. Por otro lado, el enfoque claramente genetista de sus investigaciones sirvió para favorecer posiciones de extrema derecha, como en su momento se les criticó.

Al igual que este antropólogo, los estudios del especialista en genética James Neal en torno a la existencia de un gen de liderazgo en la etnia Yanomami, llevaron a la desgracia a este pueblo. Para probar sus teorías Neal y Chagnon inocularon a los Yanomami con vacunas que enfermaron y provocaron la muerte del 20% de la población de esta etnia, principalmente en Venezuela. Involuntariamente estas investigaciones dejaron vulnerables y expuestos ante el mundo exterior a los grupos indígenas, por lo que se puede decir que los únicos beneficiados de su desarrollo fueron los propios científicos¹⁶⁴.

¹⁶⁴ Souza (Óp. Cit.) explica ampliamente este escandaloso hecho: “el impulso que generó la llegada de Chagnon a las aldeas Yanomami partió de una convicción errónea del gran genetista James Neel

En tal sentido, existe una articulación entre la penetración y destrucción del ecosistema y la incapacidad de reproducción de los grupos indígenas más apartados, derivado de los cambios bruscos de su entorno y modos de vida alterados súbitamente por la presencia de especialistas o personas ajenas a sus dinámicas y costumbres quienes, como vimos, han trastocado las formas de relacionamiento elementales de estos grupos que ya de por sí se veían amenazados por la expansión del Estado en sus territorios.

La ampliación del proyecto desarrollista generó un proceso de migración hacia la Amazonia en las décadas de los 60 y 70 del XX, común a todos los países del cono sur en su afán por consolidar su presencia en la región amazónica. En el caso de Brasil, esta migración se concentró fundamentalmente en el Marañón y Rondonia.

Se estima que llegaron a migrar hacia la Amazonía brasileña cerca de 10 millones de personas en busca de trabajo y motivadas por los proyectos que impulsó el gobierno militar. Esto con la finalidad de ampliar la frontera agrícola y ganadera, lo cual tuvo un gran impacto ecológico, así como una transformación económica que de a poco reorientó el perfil de la región, encadenándola a la agroindustria, y permitiendo el surgimiento, para la década de los 80, de grandes latifundistas acaparadores que mantuvieron las mismas visiones negativas sobre el indio y su presencia en el territorio. Como lo señala De Figueiredo Ribeiro (Op. Cit.):

Ese modelo de actuación tuvo como punto de partida el Programa de Integración Nacional que en suma preconizó que la Amazonía fuese interconectada a las demás

(...) Neel consideraba a los pueblos indígenas los verdaderos representantes de la raza pura. En 1957 él visitó a los Xavantes, en Brasil central, y concluyó que allí estaban aquellos que caracterizaban los antepasados de la humanidad, que habían optimizado a través de muchas generaciones la selección de los más fuertes y de los más aptos. A partir de entonces, pasó a buscar en la genética la respuesta a sus inquietudes, persiguiendo la idea de aislar el gen del liderazgo (...) Cabían es su teoría pueblos indígenas como los Yanomamis, porque creía que sus líderes luchaban por el control del mayor número de mujeres y que esas luchas seccionaban el gen de los más aptos a sobrevivir (...) Para probar que la salvación de la humanidad estaba en los cromosomas de los Yanomamis, inocularon vacunas de sarampión del tipo Edmonston A y B. Estas vacunas no eran indicadas para uso entre personas con sistema inmunológico comprometido o poblaciones indígenas. Chagnon podía haber utilizado la vacuna Schwarz, disponible en la época, que estaba siendo indicada para uso de poblaciones indígenas. El problema es que solo la vieja Edmonston traía un virus activo, que se aproximaba al virus salvaje del sarampión en todos los síntomas. Centenas de Yanomamis murieron en 1968, la epidemia siguió los pasos de los científicos” (pp. 326-327).

regiones del país, cortada por carreteras de Este a Oeste y de Sur a Norte. De esas carreteras tuvieron mayor importancia la Transamazónica y la Perimetral Norte, ambas de Este a Oeste, y la BR-163 (Cuiabá-Santarén). A esas carreteras deben ser añadidas las que fueron abiertas en la década del setenta, pero solamente fueron consolidadas en la década de los ochenta: la Belén-Brasilia (BR-010) y la Cuiabá-Porto Velho (BR-364). Esta última fue extendida hasta Rio Blanco, en el Acre, y Manaus, en el Amazonas. Así, la Amazonía tuvo su selva entrecortada por carreteras que permitieron el acceso del frente pionero de penetración al corazón de la hiterlandia amazónica. Las décadas del setenta y ochenta desencadenaron, así, un nuevo tiempo en la Amazonía (...) La connivencia del poder público con la devastación, sea por los incentivos que concedió a la industria privada, sea por la limitada capacidad para ejercer su poder de fiscalización, posibilitó que la acción antrópica devastadora alcanzase números que asustaron al país y al mundo (pp. 227-228).

Bajo este contexto, la década de los setentas constituye un escenario de emergencia de grupos y organizaciones indígenas en pos de la defensa de sus pueblos y nichos ecológicos. Existen experiencias que, si bien fueron breves, tuvieron una significación relevante en la posterior organización de los movimientos indígenas y sociales de la región, como es el caso de la guerrilla del Araguaia¹⁶⁵ organizada por el partido comunista, siguiendo el modelo foquista que, pese a su reducido impacto, constituye una experiencia a ser considerada. Así mismo, el surgimiento organizado de los movimientos sindicales como el encabezado por Chico Mendes¹⁶⁶.

¹⁶⁵ El Partido Comunista de Brasil creó en 1966 un movimiento armado en Araguaí (localidad ubicada entre los Estados de Pará, Goiás y Maranhão), con el objetivo de combatir la dictadura civil-militar iniciada en 1964. El grupo guerrillero estaba formado principalmente por sectores de clase media (estudiantes, profesores, abogados, médicos, etc.) quienes además reclutaron a campesinos de localidades remotas. La persecución, tortura, desaparición y asesinato por parte del gobierno militar a los guerrilleros los diezmó, terminando con este movimiento para 1974. Sin embargo, su lucha impulsó la organización de movimientos sindicales y rurales, articulados principalmente en torno a la propiedad de la tierra.

¹⁶⁶ “Francisco Alves Mendes Filho, conocido como Chico Mendes, era un modesto *seringueiro* que, con la caída de la explotación extractivista del caucho (...) se reunió con sus compañeros formando un sindicato con el objetivo de defender su profesión, exigiendo apoyo, sobre todo al gobierno, para que la explotación del caucho fuese reactivada. La política gubernamental se inclinaba más a la heveicultura y la liberación de las importaciones del producto del sudeste asiático, dejando al margen cualquier apoyo o incentivo a la extracción forestal del caucho, bajo la justificación de que el costo de la explotación era mucho más alto y sin condiciones competitivas” (De Figueiredo, Óp. Cit., p. 246). Después de llevar su lucha de manera exitosa hasta las Naciones Unidas, Mendes fue asesinado por el hijo de un hacendado en 1988.

De este modo, se puede decir que los años de la dictadura constituyen un periodo de incorporación del territorio a la realidad nacional, ampliando su horizonte hacia el mercado internacional, en función del proyecto de desarrollo capitalista. Este proceso avanza de la mano de actividades ilegales como la minería, la tala y el narcotráfico, las cartas más fuertes de un espacio en donde era prácticamente imposible aplicar la ley.

Esta triada, a la par de los gobiernos autoritarios e hipercapitalistas, se convirtió en el poderoso enemigo al que se enfrentó el movimiento indígena¹⁶⁷, enemigo que se constituía de la amalgama entre el empresariado, los militares y los ingenieros, los cuales buscaban en esos “espacios vacíos” construir trampolines para el desarrollo.

Es un periodo de amplia efervescencia en el que la destrucción del territorio iba de la mano del asesinato de los indígenas como un fenómeno conjunto, se estaba construyendo en Brasil, al amparo del peor de los positivimos, el país del futuro, convirtiendo en un rezago histórico al indígena, el cual, o se asimilaba o se eliminaba. Por ejemplo, fue una práctica común de los terratenientes y los colonos llevar a cabo las famosas correrías, que consistían en disparar para ahuyentar al indio de su propio territorio como si formara parte de la fauna del lugar. Como lo señala Porto Gonçalves (2018):

La violencia se hizo más fuerte en la Amazonía en nombre de los nuevos colonizadores “héroes de la patria”, a partir del slogan “a Brasil ámalo o déjalo”, en nombre del “orden y progreso”; después de todo, fue el avance de la civilización contra el salvaje, como un día se hizo contra el infiel, el no cristiano. En la Amazonía, región de la selva y de los salvajes, la violencia se mostró aún más cruel. Matar y deforestar se convirtieron en una misma práctica. “Correrías” por todas partes (...) “Correría” es como se hizo conocida en la Amazonía brasileña la práctica de ahuyentar - “botar a correr”- a los indios para tomar su territorio. Chico Mendes me confesó que, aún en la década de 1950 en su infancia, era diversión de los siringales disparar a indios para verlos correr (p. 48).

¹⁶⁷ Hay que decir que estos fenómenos constituyen un elemento común en buena parte del territorio amazónico y son hasta la actualidad, junto con la ampliación del frente agroindustrial y el desarrollo de macroproyectos como el IIRSA, problemáticas que ponen en cuestión a la región.

Entre las décadas de los 60 y 70 la Amazonía de Brasil acaparó la atención debido a la difusión cada vez más amplia de la depredación que estaba ocurriendo en la región, así como a los procesos de resistencia que tomaban cada vez más fuerza en defensa del medio ambiente, dada la destrucción ecológica que tenía lugar en ese periodo, y en repuesta al genocidio de los pueblos indígenas cuya situación había sido expuesta con la publicación del Informe Figueredo (1967), haciéndose cada vez más evidente la funesta política integracionista de la dictadura militar que buscaba superar la marginalidad histórica del indio a través de su incorporación a la nación brasileña.

En este periodo, superada la fase de explotación cauchera, el principal problema que enfrentaron las poblaciones indígenas fue la expansión desenfrenada del latifundio que legalizó procesos de apropiación voraz y criminal del territorio, de acuerdo a los intereses de los sectores agroindustriales (por ejemplo, EMBRAPA, empresa creada en los años 70 para impulsar el agronegocio, principalmente de soja), los cuales mantuvieron un importante lobby político y jurídico con el gobierno militar. En contraposición, los pueblos indígenas continuaron siendo considerados en la normativa estatal como menores de edad, lo cual justificaba que se les reconociera la ocupación más no la propiedad plena de la tierra¹⁶⁸.

¹⁶⁸ El Estatuto del Indio, Ley Número 6001, del 19 de diciembre de 1973 “especifica el derecho indígena, establecido en la Constitución de 1969 (arts. 4; 8 y 198). Los puntos más sobresalientes de este documento son: definición y clasificación de los indígenas (artículos 3 y 4), tutelaje a través de un organismo de asistencia (artículo 7), integración como fines de la política indigenista (artículo 1), posesión y usufructo (artículo 2) y demarcación por el órgano de asistencia en un plazo de cinco años (artículos 19 y 65). Algunos artículos de este Estatuto fueron integrados en la nueva Constitución de 1988, como por ejemplo el derecho a participar en las ganancias de la explotación de los recursos sociales (artículo 24 del Estatuto; artículo 231 constitucional), el reconocimiento de sujetos colectivos en litigios (artículo 37 del Estatuto; artículo 232 constitucional), el respeto de usos, costumbres y tradiciones (artículo 6 del Estatuto, artículo 231 constitucional) y la educación bilingüe (artículo 49 del Estatuto y artículo 215 constitucional). El Estatuto hasta ahora no ha sido sustituido, aunque existen varias propuestas, como el Estatuto de las Sociedades Indígenas de 1994 y Estatuto de los Indios y de las comunidades Indígenas de 2000” (Gregor Barié, 2003: 167). Sin embargo, en 1978 se intentó un “proyecto de emancipación del indio” que ponía en suma vulnerabilidad a estos y sus territorios ante la investida extractivista. En este contexto la situación jurídica del indígena amazónico en relación a la tenencia y usufructo de sus territorios ha sido un proceso histórico particularmente complejo. “El gobierno militar de Ernesto Geisel (1974-1979) propone la abolición del tutelaje y la liberación del indio. Puesto que el derecho a la posesión inalienable de las tierras indígenas se vincula, según el Estatuto del Indio de 1973 (artículos 9 y 10) con la tutela (ejercida por un órgano estatal de asistencia), la suspensión de esta institución implicaría la posibilidad de

La emergencia del movimiento indígena amazónico

La segunda mitad del siglo XX constituye un punto de quiebre en los procesos de resistencia de los pueblos indígenas, lo cuales se volcaron a la formación de un movimiento plural cuya lucha fundamental giró en torno a la protección, defensa y ampliación del territorio al que fueron confinados ante la avanzada de los proyectos de modernización. En este sentido, si bien los procesos de resistencia integraron las diferentes problemáticas regionales, el eje articulador de la organización fue sin duda la defensa del territorio.

En un primer momento, se llevaron a cabo asambleas indígenas en varios estados como Mato Grosso, Pará, Sergipe, impulsadas por el *Conselho Indigenista Missionario* (CIMI) creado en 1972 como parte de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil con el objetivo de favorecer la articulación de los pueblos indígenas en un contexto de auge de la política asimilacionista de la dictadura militar y su proyecto de desarrollo.

Estas asambleas permitieron, para la década de los ochenta, la fundación de la Unión de Nacionalidades Indígenas (UNI). Esta organización, de carácter nacional, surgió en un contexto en el que se abrían nuevas oportunidades de democratización del espacio político con el retorno a la democracia y la elaboración de una nueva constitución (Constitución Federal de 1988), en la que el indígena, en términos discursivos alcanzaba la mayoría de edad y por tanto el reconocimiento de su ciudadanía.

En este sentido, el movimiento indígena amazónico brasileño comparte con el resto de países amazónicos el impulso brindado por las organizaciones religiosas, las cuales, en un primer momento, fungen como interlocutoras de los mismos y, más adelante, tienen que tomar distancia para dejar la vocería a los propios líderes indígenas, construyendo mecanismos de lucha y respuesta que van a buscar el

enajenar estas propiedades. Frente a una ola de protestas nacionales e internacionales, el gobierno desecha esta iniciativa" (Ibid., p. 167).

reconocimiento y protección de su territorio contra las amenazas de la ampliación de los frentes extractivos.

El movimiento indígena amazónico brasileño nace al calor de las asambleas impulsadas por los misioneros de la iglesia católica, pero después de este impulso inicial cobra fuerza propia aprovechando también que la región amazónica en su conjunto se encontraba en el centro del debate de los movimientos de carácter ecologista dada la destrucción que se cernía sobre este espacio y que era vista desde el exterior eurocentrado y occidental como una pérdida irreparable. Debate en el cual el factor humano (indígena) figuraba en un segundo plano.

Ante el avance del frente extractivo y de las obras de infraestructura de los gobiernos, primero militar y luego democrático liberal, las diferentes corrientes y movimientos indígenas convergieron en la UNI, la cual, si bien respondió al impulso del CIMI, también se venía gestando desde dentro de estos pueblos gracias a la participación de estudiantes indígenas formados en la Universidad de Brasilia que regresaron a sus territorios con un pensamiento crítico y vieron indispensable la unificación de la lucha indígena para la defensa tanto del territorio como de sus derechos como colectividad.

A través de foros nacionales e internacionales se gestó un frente de defensa común de la etnicidad amazónica con reivindicaciones como el reconocimiento legal de sus territorios, a partir de lo cual se buscó mantener la articulación con el sinnúmero de organizaciones que proliferaron en las distintas localidades amazónicas. Estas posiciones políticas avanzaron incluso hasta la demanda de reconocimiento jurídico de su autonomía y contaron con el apoyo de académicos y especialistas del mundo afines a la causa indígena.

En este sentido, el carácter transnacional de la resistencia amazónica confluyó en torno a la legalización de la propiedad del territorio de los pueblos indígenas, al reconocimiento de la diversidad cultural de la nación brasileña y a la ciudadanía plena de todos los sectores que formaban parte de ese crisol, lo cual llevó a la creación, en 1984, de organizaciones de carácter internacional como la

Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA)¹⁶⁹.

Sin embargo, las dimensiones de la Amazonia brasileña y la complejidad de las problemáticas que enfrenta cada Estado han hecho difícil sostener una articulación pan étnica, si bien la coordinación al interior de cada región amazónica se ha mantenido.

El movimiento indígena en Brasil experimenta un proceso de maduración y consolidación que históricamente, según se distingue en el proceso, ha ido consiguiendo reinventarse, pero también han emergido algunos elementos contradictorios que responden en buena medida a las dimensiones del terreno y a la divergencia de problemáticas que representan. El movimiento indígena amazónico en su proceso de consolidación como bloque común enfrenta, incluso hasta la actualidad, dificultades que van desde el orden técnico hasta la prevalencia de divisiones de orden político y gremial.

Para 1989 la necesidad de construir un frente común orientado a contener el avance del extractivismo que, para la década de los noventa, entra en su fase neoliberal, llevó a la conformación, en la ciudad de Manaus, de la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Amazonía Brasileña (COIAB), como un espacio de articulación de la lucha a nivel regional, una vez que la UNI desaparece en medio de la complejidad de mantener una organización de carácter nacional.

En este contexto, la COIAB constituye el esfuerzo por construir un espacio de interlocución directa desde el cual las diferentes agrupaciones indígenas se articulen frente al gobierno y las dependencias del Estado¹⁷⁰. Entre las décadas de

¹⁶⁹ La UNI, de Brasil, participó en la fundación de la COICA, junto con otras organizaciones como la AIDSESP de Perú, la CONFENIAE de Ecuador, la CIDOB de Bolivia y la ONIC de Colombia. El IV Congreso de la COICA tuvo lugar en Manaus en 1992. En ese año se suma la COIAB, de Brasil, en sustitución de la desaparecida UNI. Adicionalmente se integran organizaciones de otros países como la ORPIA de Venezuela, la OIS de Surinam, la APA de Guayana y la FOAG de Guayana Francesa.

¹⁷⁰ Según el portal web de la COICA, “La Coordinación de las Organizaciones Indígenas de la Amazonía Brasileña – COIAB fue establecida en una reunión de líderes indígenas en abril de 1989. Es la mayor organización indígena en Brasil, cuenta con 75 organizaciones miembros de los nueve estados de la Amazonia brasileña (Amazonas, Acre, Amapá, Maranhão, Mato Grosso, Pará, Rondônia, Roraima y Tocantins); son asociaciones locales, las asociaciones regionales, organizaciones de mujeres, profesores y estudiantes indígenas. En conjunto, estos pueblos

los 90 al 2000 se produce un proceso de institucionalización paulatina de los diferentes frentes de resistencia indígena, lo que conlleva también una mayor capacidad de interlocución y definición de agendas de trabajo al interior de la FUNAI.

Entonces, si bien en este periodo avanza el proceso de organización indígena, en el marco del neoliberalismo se posicionan dos niveles de discurso en las dinámicas de resistencia. Uno impulsado desde occidente que se enfoca al conservacionismo ecológico y otro que se vincula más estrechamente con los pueblos indígenas en la lucha permanente por resistir ante las embestidas del frente extractivo.

Del neoliberalismo al progresismo: dos visiones de explotación del territorio Amazónico

La transición de Brasil al modelo neoliberal¹⁷¹ constituyó un paso natural hacia los procesos de estabilización macroeconómica que se habían derivado de las constantes crisis sociales y del manejo ineficiente de la economía nacional. Sin

representan aproximadamente 430.000 personas, lo que representa alrededor del 60% de la población indígena de Brasil. COIAB fue fundada para ser el instrumento de la lucha y la representación de los pueblos indígenas de la Amazonia brasileña por sus derechos básicos (tierra, salud, educación, la economía y la interculturalidad)".

¹⁷¹ Respecto a la entrada de Brasil en el modelo neoliberal, Guillén (2014) señala que "Brasil siguió el mismo camino de México, ya con gobiernos civiles en el poder. Las medidas adoptadas se ajustaron plenamente a los parámetros del Consenso de Washington. En 1984 el gobierno de J. Sarney (1985-1990) acordó algunas medidas liberalizadoras en materia comercial, así como el ingreso de capital externo en cartera. Sin embargo, la reforma neoliberal cobró impulso durante la administración de Fernando Collor de Mello (1990-1992), quien acabó renunciando por corrupción. En su gestión se aceleró la desgravación arancelaria, se eliminaron prácticamente los permisos a la importación y se inició la privatización de empresas públicas. En 1994, Fernando Henrique Cardoso siendo ministro de Finanzas del gobierno interino de Itamar Franco (1992-1995), consolidó la reforma. Renegoció la deuda externa en el marco del Plan Brady y siguiendo el camino mexicano, implementó el Plan Real, basado como el plan antinflacionario mexicano, en el control del tipo de cambio y en una política de ingresos. La inflación se redujo de 42% en 1994 a 1.8% en 1998. La tarea estabilizadora fue factible por el abundante ingreso de capitales del exterior. Ya como presidente (1995-2003) aceleró el programa de privatizaciones, que abarcaron petróleo, bancos y telecomunicaciones (p. 13).

embargo, este proceso agudizó el despojo de los espacios ecológicos, buscando concretamente la apertura de las reservas indígenas a las dinámicas productivas.

La complejidad del modelo neoliberal brasileño y la forma en la que se ha venido implementando en términos de política económica y cultural para la región amazónica constituye una marcha homogeneizante hacia desarrollo y la modernidad.

Bajo los mismos parámetros, pero con una perspectiva redistributiva a nivel social, nos encontraremos en la década del 2000 con la emergencia del proyecto progresista brasileño, encabezado por el Partido de los Trabajadores (PT) y sus representantes, primero, Lula da Silva y, posteriormente, Dilma Rousseff, bajo cuyos mandatos se mantuvieron e incluso ampliaron megaproyectos con impacto directo en la Amazonía.

En este contexto político y social de aparente transformación, la región amazónica mantuvo su imagen de caja fuerte de los intereses del Estado brasileño pues esta garantizaba, en teoría, una fuente constante de capital material y político. Sin embargo, el rol de la Amazonia en el mercado global y la compleja interconexión de los intereses del sistema mundo global en la actualidad, coloca a la región amazónica (Perú, Colombia, Ecuador, Bolivia, Venezuela, Guayana, Brasil, etc.) por encima del proyecto político en turno (neoliberal o progresista) pues esta ya ocupa un espacio por sí misma dentro del sistema económico global. En este sentido, Porto Gonçalves (Op. Cit.) señala que:

La suerte de la Amazonía está en gran parte condicionada por la posición de la región en el nuevo contexto geoeconómico y político que proviene del desplazamiento del centro geográfico mundial y de la concentración del capital industrial a Asia, sobre todo a China. Esa actitud, por su parte, está particularmente condicionada por el significado geopolítico de Brasil, tanto a escala global como en las escalas subcontinental, sudamericana y amazónica. Finalmente, Brasil posee aproximadamente el 60 % del área de toda la región amazónica, es el país de máximo movimiento económico capitalista del subcontinente y, no siendo un país con unión geográfica directa con el Pacífico, se encuentra ante la necesidad de hacer una gran maniobra geopolítica con toda la logística incluida, en busca de esa fusión; es la razón por la cual protagoniza la Iniciativa de Integración Regional

Sudamericana (IIRSA), continuando desde la posesión del presidente Luis Ignacio Lula da Silva en 2003, el histórico proyecto nacional establecido por los estrategas militares de seguridad de Brasil como potencia regional. Observamos que, de los diez ejes de integración y desarrollo de la IIRSA, cinco tienen consecuencias directas sobre la Amazonía (p. 98).

En consecuencia, se puede decir que el movimiento indígena amazónico enfrenta en el siglo XXI dos embates, uno de carácter ideológico que dentro del contexto del discurso, primero neoliberal, y posteriormente “progresista” busca generar nodos de “desarrollo”; para esta política, ciudades como Manaus y Belén vuelven a cobrar relevancia por su posición estratégica para la interconexión con los principales centros consumidores del mundo (China, Europa y EEUU). Y otro que da continuidad a la destrucción histórica de la región, liderada por los frentes extractivos locales (agroindustria, minería, maderas), al interior de los cuales existen formas más sutiles de apropiación cultural, fundamentalmente sobre los saberes que, para esta investigación, constituyen parte neurálgica del ethos amazónico como la herbolaria y el conocimiento a profundidad de otros elementos de la flora y la fauna amazónica.

3.4 El siglo XXI: entre el “progresismo”, el desarrollismo y retorno de la política etnocida

La bonanza de los gobiernos progresistas y la hiperexplotación de la Amazonia

Brasil, al igual que la gran mayoría de los países del Cono Sur, recibió el siglo XXI bajo un cambio de paradigma político y económico, en el cual China despuntaba como el nuevo gigante emergente una vez que el poder hegemónico de Estados Unidos se puso en cuestión tras los atentados de 2001 y bajo la necesidad de recuperar y estabilizar una economía nacional que encontraba en la división de clases una brecha cada vez más irresoluble.

En este contexto, Luiz Inácio “Lula” da Silva, en su cuarto intento como candidato presidencial, consiguió ganar las elecciones de 2002 para comenzar a gobernar en enero de 2003 y, con esto, incorporar a Brasil en la que por entonces

prometía ser una oleada de transformaciones en la región, la cual inició en 1998 con el triunfo en las urnas de Hugo Chávez en Venezuela y fue seguida por la llegada al poder de presidentes progresistas en Bolivia, Ecuador y Uruguay.

En este sentido, el siglo XXI prometía una transformación de fondo y para esto los países que se agruparon en la corriente “progresista” contaban con un haz bajo la manga, sus grandes reservas naturales y sobre todo el potencial económico de regiones como la amazónica, que nuevamente se convirtió en un territorio de promesas.

En este nuevo contexto, en donde Brasil comenzó a despuntar rápidamente como una potencia emergente, se despliega una política económica enfocada en la explotación de materias primas y el establecimiento de nuevas asociaciones comerciales, lo cual coloca a la región amazónica y sus pueblos y comunidades nuevamente en el centro del expansionismo extractivista.

Así, al igual que el resto de experiencias progresistas (Ecuador, Bolivia y Venezuela), que poseían una importante reserva de materia prima con alta demanda en el mercado mundial, mucha de la cual se localizaba en la Amazonía, Brasil aprovechó esta ventaja para orientar una importante cantidad de recursos a programas sociales destinados a la redistribución de la riqueza y la modernización estatal.

Sin embargo, en la medida en que los mecanismos de financiamiento de los grandes proyectos enfocados al crecimiento económico se enmarcaron dentro de una política desarrollista y reprimarizadora, las regiones poseedoras de esta riqueza sufrieron directamente el impacto de este nuevo ciclo de acumulación capitalista.

Para el caso específico de Brasil, la configuración de nuevos pactos económicos y la “redistribución” de parte de la riqueza acumulada supusieron un nivel de crecimiento económico sin precedentes¹⁷², situación similar a la que se

¹⁷² Según Constanza Moreira (2017): “Los logros de los gobiernos del PT fueron ampliamente difundidos, y son innegables. Durante las dos administraciones de Lula (2003-2010), sumando el tercer período de Dilma Rousseff (2011-2014; 2015-2016), sin que Brasil tuviera un desempeño tan sobresaliente como otros países en materia económica, se logró reducir la pobreza y el desempleo, y aumentar los salarios mínimos en 66% en términos reales (Von Bülow y Lassance, 2012), llevando

experimentó en buena parte de los países del bloque progresista. Los índices de crecimiento económico de Brasil, así como la generación de una innumerable cantidad de proyectos de desarrollo infraestructural lo situaron dentro del bloque de países emergentes, cuyas economías se perfilaban para despuntar en la economía global del siglo XXI (BRICS¹⁷³).

Por tanto, los paradigmas bajo los cuales se articulaba este nuevo crecimiento económico y estos procesos de desarrollo tuvieron lugar a la par de las viejas fórmulas de hiperexplotación ecológica que, si bien, permiten el desarrollo de nuevos proyectos, perpetúan la desigualdad estructural. Esto, debido a lo que Maristella Svampa (2012) y otros críticos latinoamericanos han caracterizado como el “consenso de los commodities” (en comparación con el Consenso de Washington), el cual permitió el ciclo de crecimiento económico de los gobiernos progresistas y, en consecuencia, su estabilidad política. Como señala la autora:

Lo que denominamos como *Consenso de los Commodities* apunta a subrayar el ingreso a un nuevo orden económico y político, sostenido por el boom de los precios internacionales de las materias primas y los bienes de consumo, demandados cada vez más por los países centrales y las potencias emergentes. Tal como lo muestran los datos de la

a decenas de millones de brasileños a superar la pobreza e integrarse a las “clases medias”. Y lo que parecía más difícil aún: Brasil logró reducir la desigualdad notablemente, pasando su índice de Gini de 0.64 (2001) a 0.553 (2013). A su vez, en 2011, el país superó al Reino Unido y se volvió la sexta economía más grande del mundo” (p. 5). Adicionalmente, según refiere la autora, entre 2005 y 2009 el PIB de Brasil creció en un promedio del 4.8%, mientras que entre 2010 y 2014, el crecimiento fue de 3,2%. Esto se distancia mucho del 0,3% de crecimiento promedio que caracterizó al periodo 2015-2019 (p. 22).

¹⁷³ La Asociación entre Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica (BRICS) en tanto economías emergentes se produce en el marco de la reconfiguración de la hegemonía mundial, como lo explica Santiago Juncal (2018): “Consideramos que el surgimiento del bloque BRICS en el año 2009 sólo puede entenderse en este contexto. La relocalización productiva hacia el continente asiático cimentó el vigoroso crecimiento económico de China y de India, que encararon reformas económicas acordes a estos movimientos desde los 1970 y los 1990, respectivamente. A su vez, la mayor demanda de materias primas agrícolas, minerales y energéticas de estos países coadyuvó al crecimiento económico de Brasil, Rusia y Sudáfrica desde principios del actual siglo. En ese marco, cada uno de estos países fue encarando estrategias de fortalecimiento de sus capacidades políticas, diplomáticas y militares para proyectar poder a escala regional y global. En la convergencia de estas iniciativas, aparecen entre otras la creación de la Organización de la Cooperación de Shanghái (OCS) en 2001 y el Foro Trilateral de Diálogo India Brasil Sudáfrica (IBSA) en 2003. El BRICS es la más reciente de estas asociaciones, surgida en plena crisis mundial con epicentro en la economía estadounidense y contenedora desde su inicio de un firme reclamo en pos de reformar las instituciones que brindan sustento al orden internacional vigente” (p. 108).

CEPAL, la mayoría de los productos básicos de exportación de la región mostraron un crecimiento vertiginoso en los últimos años: los precios de los alimentos alcanzaron su máximo histórico en abril de 2011 (maíz, soja, trigo); los metales y minerales superaron el máximo registrado antes de la crisis de 2008, y algo similar puede decirse sobre los hidrocarburos (...) El nuevo *Consenso de los Commodities* conlleva la profundización de una dinámica de desposesión (Harvey, 2004) o despojo de tierras, recursos y territorios, al tiempo que genera nuevas formas de dependencia y dominación (...) debe ser comprendido como aquel patrón de acumulación basado en la sobre-explotación de recursos naturales, en gran parte, no renovables, así como en la expansión de las fronteras hacia territorios antes considerados como “improductivos” (p. 2).

En este sentido, el progresismo que por más de una década permaneció como un proyecto político viable en la región encontró su punto de quiebre en la continuidad de viejas prácticas de corrupción, chantaje político, favoritismos y, sobretudo, una direccionalidad de la política en favor de sus aliados que constituyeron viejos grupos de poder. Es por eso que uno de los principales socios de los gobiernos del PT, es decir Lula da Silva primero y Dilma Rousseff después, fue el bloque ruralista del Congreso, el cual ha formado parte históricamente del sector hegemónico de la oligarquía y las clases dominantes.

Por ejemplo, en 2009 el intento del Frente Parlamentario de Agricultura de modificar el Código Forestal para flexibilizar las medidas de protección establecidas en esta normativa desde 1965, evidenció un acercamiento entre la bancada ruralista y el gobierno de Lula da Silva (segundo mandato), pues ambos sectores estaban interesados en beneficiar los intereses de los agro negocios. Según Berno de Almeida (2011), las negociaciones políticas en el Parlamento evidenciaron la presencia de un pacto conservador entre los ruralistas, los sectores gubernamentales y otros actores identificados históricamente con la izquierda. Como señala el autor:

Las agroestrategias hacen compenetrarse a los campos políticos y de poder, renovando el pacto conservador, que garantiza los elevados índices de concentración de la tierra, bajo una imagen engañosa de consenso apoyado en “progreso tecnológico” y “crecimiento económico” combinados con “grandeza nacional”. De ese modo es que un parlamentario del Partido Comunista de Brasil aparece perfilado con los intereses de los agronegocios y de la CNA [Confederación de Agricultura y Pecuaria de Brasil], hablando en

nombre de “lo nacional” y de los “productores”, sean “grandes” o “pequeños”, como consenso, y eludiendo deliberadamente los conflictos socioambientales y los diferentes intereses en juego. Eso justificaba los puntos de convergencia con la perspectiva de la CNA y de la Sociedad Rural Brasileira, contenidos en el referido informe parlamentario que dicen respecto a 1) Amnistía a quien deforestó ilegalmente hasta 2008; 2) Reducción de la franja de protección del lecho de los ríos a 5 metros (...) 3) Liberación de la obligación de mantener la reserva legal para inmuebles rurales con hasta cuatro módulos fiscales (...) 4) No obligatoriedad de recuperación de áreas reguladas (pp. 30-31).

Así, ante esta nueva avanzada de deforestación de la selva y del deterioro de otros recursos ambientales, ahora bajo los proyectos del gobierno progresista, se reactivaron en buena medida los mecanismos de resistencia de las organizaciones indígenas que fueron reconocidas y redimensionadas por el Gobierno, al menos en términos discursivos, pero que en la realidad no tuvieron mayor capacidad de acción, pues buena parte de sus espacios de vida (territorios) se convirtieron en campo fértil para la construcción de proyectos de desarrollo y de integración regional como la IIRSA (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana)¹⁷⁴.

En este periodo la integración y el desarrollo regional se convirtieron en el nuevo paradigma de deforestación y ampliación del frente agroindustrial. A consecuencia de ello, entre 2003 y 2004 se deforestaron 25.000 Km de selva, estableciendo en el horizonte el paradigma de crecimiento económico bajo cualquier precio, profundizando la reprimarización económica y productiva, e impulsando el agronegocio y la explotación de materias primas.

Por tanto, la discusión sobre la protección del medio ambiente se tornó un tema político. Algo similar a lo ocurrido en Ecuador, con Rafael Correa, cuyo gobierno entró en conflicto con los movimientos indígenas y sociales ante la

¹⁷⁴ Sobre este proyecto, que involucra a 12 países sudamericanos, Porto Gonçalves señala: “...de los 31 proyectos principales del COSIPLAN-IIRSA, 14 están en la Amazonía o vinculados a ella. En todos los casos son proyectos de energía, transportes y comunicaciones (...) su función principal es servir para reducir el tiempo general de producción, disminuyendo el costo y demora de circulación permitiendo, así, aumentar la productividad social y, por lo tanto, una mayor rotación del capital y de la producción de plusvalía social total, garantizando el aumento de acumulación de capital” (p. 65).

incapacidad de conciliar intereses en torno a temas como la minería a gran escala o la extracción de Petróleo en el Parque Nacional Yasuní, entre otros temas.

En el gobierno de Lula, igual que en todo el eje progresista, se aprovecharon ampliamente los activos de la naturaleza y se concesionó millones de hectáreas a la explotación maderera, minera y agroindustrial, principalmente. A la par, se reivindicaba un discurso de protección medio ambiental que poco pudo hacer en contra de la poderosa bancada ruralista, la cual incluso frenó una Ley de Protección medioambiental (2009) poniéndola en la congeladora hasta la actualidad.

En este escenario, se consolida un proceso de reconfiguración de uso del territorio, el cual venía dándose desde la incorporación de la Amazonia al capitalismo mundial, promovido por los proyectos desarrollistas de los gobiernos militares. Con este nuevo impulso del ciclo extractivo, el modelo productivo se adaptó a las nuevas necesidades del mercado mundial y del principal socio comercial de Brasil, ahora China, cambiando la vocación de la región de la agricultura de subsistencia al rubro pecuario, con lo cual grandes cantidades de territorio se convirtieron en pastizales así como en tierra de cultivo de granos para el ganado.

Esta situación derivó en la ampliación de grandes latifundios, principalmente en estados como Mato Grosso, Pará, Marañón, Rondonia y Tocantins¹⁷⁵, lo cual ha afectado directamente a las tierras de los pequeños propietarios y de las reservas indígenas, teniendo en cuenta que en la Amazonia existe un grave problema de demarcación territorial, una de las grandes deudas de los gobiernos del PT.

En este sentido, la orientación política y económica de los gobiernos de Lula da Silva y Dilma Rousseff se basó en criterios desarrollistas y priorizó la inversión extranjera como motor de crecimiento, lo que en términos concretos fue

¹⁷⁵ Como señala Alvino (2011): “En 18 años, el área con granos pasó de 4,5 toneladas a 19,5 millones/toneladas y la de pastos plantada de 10,5 hectáreas a 53 millones de hectáreas. O sea, en total hubo un crecimiento de 42 millones de hectáreas, i.e., 9,4% al año. En un periodo semejante, la deforestación tuvo un crecimiento muy inferior al agronegocio, pero la apertura de nuevas áreas con infraestructura de acceso, sin duda accionará un vector nuevo en el uso a esos nuevos territorios que se traducirán en nuevas deforestaciones a mediano plano” (p. 61).

aprovechado por el sector ruralista en la reconversión de las reservas ecológicas mediante la deforestación de la selva.

Así en el siglo XXI se alcanzó un record de deforestación que incluso colocó a Brasil entre el 2000 y 2005 en el país con mayor índice de deforestación a nivel mundial¹⁷⁶. Esta depredación forma parte de un círculo vicioso en el cual las cadenas productivas se articulan en favor de monopolios, por ejemplo, la siembra de soja destinada a la producción cárnica; con lo cual es imposible el desarrollo de otros sectores productivos, garantizando la continuidad, reproducción y ampliación del modelo extractivo tradicional.

El siglo XXI se presentó con un oscuro panorama en el que, a la par de la apropiación y conversión de la selva en territorios de cultivo, tenían lugar otros niveles de explotación y despojo que iban desde el uso de los indígenas como mano de obra barata hasta la apropiación de sus saberes tradicionales. Es un funesto periodo en el que la propiedad intelectual de los conocimientos de las distintas etnias indígenas también se incorporó en la expoliación que se estaba llevando a cabo con la ampliación de patentes sobre los principios químicos activos de plantas e insectos del territorio que estaban bajo resguardo de los pajés (chamanes) y ancianos¹⁷⁷.

En síntesis, la Amazonía brasileña, al igual que la ecuatoriana y la boliviana, fue utilizada como moneda de cambio para el “desarrollo” de fuerzas productivas

¹⁷⁶ Helena Souza (2010) señala lo siguiente: “Desde 1988, el Instituto Nacional de Pesquisas Espaciais (INPE) hizo una compilación de datos sobre la deforestación en la región amazónica. La más alta cuota de deforestación de la historia se dio en 1995 y la segunda más alta aconteció en el año 2004. El índice de tala de árboles en la Amazonía está relacionado principalmente con el comercio exterior de carne bovina y de soja; así, una baja en la exportación se refleja en la disminución de la deforestación del próximo año. Asimismo, entre el año 2000 y el año 2005, la Amazonía brasileña presentó, en términos de área, la mayor media anual de deforestación del mundo” (p. 143).

¹⁷⁷ A decir de Figueredo este fenómeno se define como biopiratería, “neologismo que expresa la acusación de que científicos extranjeros retiran de la región, alegremente, ejemplares de la biota amazónica para reproducirlos en otras regiones, donde implementan bancos de germoplasmas para multiplicación de especies; además, recolectan, junto a las poblaciones indígenas y sus descendientes, los *caboclos*, plantas y sus sustancias para aplicación medicinal lo que, por su alta incidencia, ha causado serios problemas geopolíticos al país porque los grandes laboratorios de los países ricos registran esas sustancias medicinales como su propiedad industrial, debidamente patentadas internacionalmente (p. 240).

porosas y capitales extranjeros difusos. Muchos pueblos ancestrales que habían sido reconocidos en la década de los 90 por los gobiernos de la nueva democracia, ahora estaban siendo incorporadas en proyectos desarrollistas carentes de una visión intercultural y que priorizaban una óptica estatista¹⁷⁸.

La implementación de este tipo de políticas clientelares en territorios indígenas autosustentables tiende a generar una desestructuración de los ritmos de trabajo y articulación social dado que están pensadas para poblaciones urbanas o rurales cuyos grados de marginalidad y lógicas de valor y trabajo corresponden a dinámicas de desarrollo distintas a las de los pueblos indígenas. Es decir, el criterio de pobreza se relaciona con la realidad de la economía nacional, mientras que en los casos de grupos con un alto grado de aislamiento el trabajo, la carencia o la marginalidad están vinculados a otros criterios que no necesariamente se identifican con el Estado nación del que forman parte. En tal sentido, cuando se incorporan estos subsidios a sus dinámicas de vida suelen tener un efecto negativo.

En este sentido, desde la Cumbre de Rio en 1992 se hizo evidente que una de las cuestiones más importantes sobre el problema medioambiental pasaba por la desconsideración del factor humano que en este caso involucra la prevalencia de los pueblos indígenas en torno al cuidado producción y reproducción del espacio ecológico.

Por tanto, la experiencia progresista en términos cuantitativos, en relación a su impacto ecológico constituye la continuidad de los modelos de explotación y apropiación de la naturaleza de corte hiper productivista. De este modo el problema de la destrucción ecológica tiene un eminente trasfondo social.

En términos retóricos, el tema medioambiental figuró como un elemento medular en los primeros años del siglo XXI y, en el caso de Ecuador y Bolivia, tuvo un impacto incluso en términos constitucionales con el reconocimiento legal de la naturaleza y el territorio. En la práctica esta política estuvo muy lejos de aplicarse

¹⁷⁸ Por ejemplo, el Programa Nacional de Fortalecimiento de la Agricultura Familiar, el Programa de Promoción de Protección de los Derechos de los Pueblos Indígenas, el Plan Más Brasil, el Programa Billetera Indígena, el Proyecto GATI de Gestión Ambiental y Territorial en Tierras Indígenas, entre otros (www.funai.gob.br).

pues en ambos gobiernos se evidenció un conflicto permanente con organizaciones ambientales e indígenas debido al desacuerdo en torno a proyectos de corte extractivo (por ejemplo, la explotación petrolera en el Parque Nacional Yasuní en Ecuador, o la construcción de una carretera al interior de la reserva boliviana del TIPNIS).

En el caso de Brasil, el tema medioambiental se inserta en la retórica del gobierno de manera contradictoria con el nombramiento de la reconocida política y activista ecológica Marina Silva en el Ministerio del Ambiente, cartera en la que se mantuvo de 2003 a 2008, año en el cual renunció evidenciando la falta de coherencia de su partido (PT) con las reivindicaciones medioambientales.

Este distanciamiento y la de buena parte del grupo en pro de la defensa ecológica se profundizó con la llegada al poder de Dilma Rousseff quien, en términos prácticos, reivindicó una política de corte más extractivista, por lo cual la defensa a ultranza de los espacios ecológicos y, por ende, de sus pueblos y comunidades pasó a segundo plano. Era un momento de transformaciones modernizadoras en donde la ampliación de represas, caminos y el avance del frente agroindustrial se volvieron prioritarios.

En este sentido, el caso de Brasil evidencia la paradójica gestión de los gobiernos progresistas y las contradicciones presentes entre sus discursos de reconocimiento jurídico sobre la naturaleza (Bolivia y Ecuador) y el desarrollo de proyectos orientados a la profundización de una economía de corte extractivo.

En síntesis, para el Estado brasileño el sector agroindustrial ha sido mejor socio que los indígenas y quilombolas. Entonces, modificar el territorio para beneficiar al agronegocio fue más rentable que la ampliación de políticas de conservación agroecológica. Así, como ya se señaló, en 2010 se modificó el Código Forestal evidenciando el poder de la bancada ruralista en el Congreso. Michel Temer, que por entonces era uno de los representantes de dicho sector, respaldó la discusión sobre estos proyectos.

En este contexto, en 2009 y 2010 se experimentó la avanzada de los frentes extractivos a las zonas protegidas y de resguardo con el cambio de estatuto de los territorios y los procesos de mercantilización de la tierra. Este panorama reactivó la conflictividad socioambiental, desplegando luchas en defensa del territorio y de los recursos hídricos, pues para los pueblos indígenas amazónicos el territorio constituye un elemento de interacción que trasciende las nociones básicas de la propiedad en sí misma. Mientras, para el frente extractivo la biodiversidad amazónica es una fuente de recursos para usos biotecnológicos (medicinas cosméticas, etc.) así como un depósito de madera y minerales, los cuales abundan en los ríos y forman parte de los componentes indispensables de la tecnología, la que además incorpora niveles de obsolescencia acelerados.

En este escenario, el crecimiento del impacto ambiental es consecuencia de la mancuerna formada entre las empresas privadas, mayormente agroindustria, y el Estado, el cual apoya y desarrolla proyectos encaminados a la transformación del espacio ecológico en un espacio productivo funcional a la economía que ha determinado a la Amazonia brasileña como un territorio de explotación agrícola y que, en los tiempos del PT, hizo de la producción de granos su principal apuesta.

A diferencia de la década de los noventa, cuando la deforestación tenía una relación directa con la pecuaria, en tiempos actuales la producción de granos asume ese papel, principalmente en estados como Maranhão y Tocantins, en donde la tasa de crecimiento de la producción de soya es exponencial (Alvino, 2011: 61). En general, son 17 estados brasileños los que mantienen la producción de soya, entre los amazónicos podemos citar a Pará, Amazonas, Maranhão, Roraima y Tocantins. Así, en todo el país, el desarrollo de la producción sojera resultó en un aumento del área cultivada de 13,1 millones de hectáreas en 1997-1998 a 23,3 millones en 2009-2010 (Gayoso da Costa, 2011: 69).

Entonces, para cumplir el objetivo de transformar al país en un frente monoprodutor de soya, ha sido necesario ocupar territorios indispensables para las dinámicas productivas tradicionales desarrolladas por campesinos no indígenas,

cuya producción resulta insuficiente para la demanda internacional o bien no se corresponde con los requerimientos del mercado mundial.

Por tanto, la economía amazónica contemporánea aplica las tradicionales fórmulas de explotación y despojo sobre comunidades campesinas y quilombolas, las cuales se han sumado en este periodo a la resistencia y a la defensa de sus espacios ecológicos (territorio) y de las reivindicaciones, en algunos casos, de los grupos indígenas quienes se ven más amenazados.

En este escenario la FUNAI se enfrenta a la disyuntiva de cumplir con su rol en la defensa de los derechos de los pueblos indígenas, pero tratando de conciliarlos con las necesidades del Estado, lo cual indirectamente está entrelazado con los intereses de transnacionales y agroindustriales. En este sentido, la FUNAI se encuentra entre el dilema legal y el dilema moral de la función para la que fue creada.

La irrupción de China en el escenario de la Amazonía brasileña

Al panorama antes expuesto se suma el giro de la política latinoamericana hacia un nuevo socio comercial, China, cuya inversión apunta a los sectores estratégicos de los países de la ola progresista. Con la llegada del capital chino buena parte de las regiones ecológicas experimentaron una gran tensión ante la avanzada extractivista que ha buscado reconvertir a regiones enteras en espacios “productivos”, para lo cual el desarrollo infraestructural es una condicionante.

China se convirtió rápidamente en el principal socio comercial de Brasil¹⁷⁹, así como en el más importante destino de exportación, integrando junto con Rusia,

¹⁷⁹ Esta relación se ha mantenido a lo largo de la última década: “China se ha convertido en el primer cliente de Brasil. Las relaciones entre los dos países se han estrechado a partir de los años 2000; las exportaciones brasileñas a China alcanzaron cerca de mil millones de dólares en el año 2000, y en el año 2013 fueron de 40 mil millones de dólares. En el año 2000, China era el 12° socio de Brasil para las exportaciones, y el 11° para las importaciones; en 2009 era su primer socio para las exportaciones, y el primero para las importaciones en 2012. Ya en 2014, las exportaciones de Brasil a China representan el 18% de sus exportaciones globales, y sus importaciones de China el 16%. La balanza comercial entre ambos países tuvo un saldo negativo en el año 2000 (137 millones de dólares), posteriormente fue positivo, excepto en 2008, a medida que han progresado las ventas de

India y Sudáfrica el grupo de los denominados BRICS, es decir, países con economías emergentes que para esos años pintaban como un bloque con amplias posibilidades de consolidación bastante capaz de ejercer presión a nivel global.

En el caso de Brasil, China apoyó la profundización de una política económica enfocada a la importación fundamentalmente de tres materias primas: soja, petróleo y minerales de hierro. Es importante señalar que Brasil, Ecuador, Bolivia, Venezuela y Argentina experimentaron en esos años una burbuja de crecimiento. En el caso de Brasil esto se tradujo en la ampliación de su mercado, dadas las dimensiones de su economía y su capacidad de consumo, lo cual se reflejó en todo el territorio; es decir, ciudades amazónicas como Manaus, Belén o Pará incluso hoy, luego de sucesivas crisis, cuentan con amplios espacios de consumo de productos de exportación.

Sin embargo, la desaceleración económica no ha dejado de impactar a estas regiones pues los años de relativa bonanza económica sirvieron para la reemergencia de lo que se podría considerar como los vicios del caucho, es decir, el uso del excedente en el consumo suntuario en lugar del ahorro y la re inversión. A la larga, la corrupción y la visceralidad de la disputa política sacaron de escena al proyecto del PT pero mantuvieron, pese al nuevo acercamiento con Estados Unidos, la influencia de China en el mercado nacional.

En este escenario, Brasil con sus amplias regiones ecológicas aun por convertir en núcleos comerciales nuevamente es visto como un espacio de posibilidades sin límites para la ampliación de la agroindustria, principalmente para China que parece ver en estos territorios núcleos para valorizar sus activos, es decir, para desarrollar obras de infraestructura en beneficio de su capital.

materias primas de Brasil a China. En 2011 el saldo positivo fue de 2 mil millones de dólares y enseguida declinó fuertemente. El valor de las exportaciones brasileñas a China cayó, y a su vez las importaciones retrocedieron, aunque menos que sus exportaciones, para fijarse en 3.27 mil millones de dólares en 2014 y a 4.88 mil millones de dólares en 2015” (Salama, 2017: 15).

El fin del ciclo progresista y la escalada del conflicto social

La destitución de Dilma Rousseff y la llegada de Michel Temer a la presidencia de Brasil significó un punto de quiebre en términos de la política nacional con la reemergencia de las fuerzas conservadoras y más profundamente anti indígenas. Temer, un abogado constitucionalista y conservador, impulsó la suspensión de las demarcaciones de los territorios indígenas y realizó una serie de reformas económicas que desencadenaron una huelga nacional en 2017. El Movimiento Indígena se sumó a las movilizaciones contra Temer con la marcha hacia Brasilia y la instalación del campamento Tierra Libre.

Aunque el problema de la demarcación de los territorios indígenas se venía arrastrando desde los gobiernos de Lula, fue en 2017 cuando los indígenas en rebeldía se aliaron con los camioneros y otros sectores en resistencia contra el poder hegemónico, puesto que a partir de ese año se desplegó una política directa de obstaculización del reconocimiento del derecho al territorio. Dicho poder, en el caso amazónico, estaba representado por el bloque ruralista, el cual había impulsado desde las cámaras la destitución de Toninho da Costa de la presidencia de la FUNAI, afectando directamente los avances en la gestión de la demarcación de los territorios indígenas.

La destitución del presidente de la FUNAI y la interrupción del proceso de demarcación de los territorios indígenas provocó una agudización de la violencia en la Amazonía en niveles que no se registraban desde los gobiernos militares, pues hacendados y rancheros se aprestaron a ocupar las tierras no demarcadas. Esta situación causó enfrentamientos que derivaron en la muerte de los indígenas. Es por ello que el campamento Tierra Libre tuvo como principal consigna la exigencia de la demarcación inmediata y el cumplimiento de los compromisos adquiridos con los pueblos indígenas.

Esta escalada de conflictos de orden civilizatorio que se inició en 2017 se acrecentó con la elección en 2019 del ultraconservador derechista Jair Messias Bolsonaro, por un amplísimo margen, quien en uno de sus primeros actos de gobierno nombró al ex misionero evangélico Ricardo Lopes como Jefe de la Oficina

para Pueblos Indígenas No Contactados de la FUNAI. Lopes mantiene un fuerte vínculo con la “Misión de las Nuevas Tribus de Brasil”, organización a la que se le adjudican el contagio de enfermedades y la muerte de varios grupos amazónicos en la década de los noventa.

De sobra está decir que este nombramiento representaba un gravísimo peligro para la estabilidad y continuidad de los pueblos no contactados, así como a su derecho de autodeterminación y aislamiento del mundo exterior. En tal virtud, su designación fue invalidada tres meses después por un tribunal regional de justicia de Brasil.

Sin embargo, es evidente que a través de este tipo de decisiones se hizo oficial la declaratoria de guerra del nuevo gobierno para con los pueblos y comunidades indígenas, particularmente las que son un obstáculo para los proyectos madereros, mineros y agroganaderos. Por tanto, esta lucha en lo judicial y otras en lo político y lo social están aún por comenzar y, muy probablemente, lo peor de esta historia está apenas por venir.

En lo que va de su mandato, Bolsonaro ha llamado en repetidas ocasiones a abrir las reservas indígenas a la minería y a la ganadería, y directa e indirectamente ha incitado al genocidio de los pueblos indígenas. El Presidente, quien retóricamente y en los hechos constituye un personaje de otra época, apoyado en los grupos religiosos, fundamentalmente evangélicos, reivindica constantemente el despojo de los indígenas y el franco genocidio sobre estos, así como la desarticulación de toda forma de organización que atente a sus criterios autoritarios de “desarrollo”. En este sentido, el panorama para los pueblos indígenas de la Amazonia brasileña es de franca lucha ya no solo por la defensa del territorio sino literalmente de sus vidas.

La administración de Bolsonaro y sus políticas de gobierno han demostrado ser un peligro sin precedentes para los pueblos y comunidades indígenas y otros grupos como los quilombolas, quienes representan formas alternativas de

organización. Ante los ojos del actual presidente de Brasil estos pueblos apenas están en proceso de alcanzar su humanidad¹⁸⁰.

La actual política de desarrollo para la región amazónica se fundamenta en la recuperación de proyectos que se creían superados pero que en la “nueva” retórica del ultraconservador mandatario adquieren dimensiones que, anteriormente, ya habían sido reconocidas como inviables. El proyecto de Bolsonaro respecto al territorio amazónico se resume en la reactivación del programa Calha Norte, administrado por el Ministerio de Defensa de Brasil y que fue diseñado en la década de los 80 con la finalidad de garantizar el pleno control de la frontera norte por parte de los militares.

Aunque el proyecto también contemplaba la construcción de obras de infraestructura para el desarrollo como hospitales, su avance fue detenido por la presión de los grupos locales y la iglesia católica que denunciaron el peligro que la presencia militar en los estados del Norte suponía para las poblaciones indígenas. El proyecto fue dejado de lado por algunos años, hasta la década de los noventa cuando la configuración de un nuevo orden mundial (neoliberalismo), volvió a colocar a la Amazonía como territorio estratégico para el control del narcotráfico y el terrorismo, en el marco de la consolidación de la hegemonía estadounidense.

Con la llegada del “progresismo” a Brasil y durante la administración del ex presidente Lula da Silva, el proyecto fue reorientado hacia la generación de programas de desarrollo económico y social en la zona norte. Sin embargo, una vez que Bolsonaro asumió el poder la antigua orientación geoestratégica del proyecto fue retomada, así como los componentes destinados a profundizar la explotación del territorio.

¹⁸⁰ A principios del 2020, en la escala de un vuelo a India, el presidente Bolsonaro declaró que “el indio está evolucionando, convirtiéndose cada vez más en un ser humano como nosotros [los blancos]”. Además, señaló que las reservas indígenas son demasiado grandes y que deben dar paso a la minería comercial y la agricultura. Estas declaraciones despertaron el repudio de organizaciones indígenas como la Asociación de Pueblos Indígenas de Brasil (APIB), la cual anunció que pondrá una denuncia en su contra por delito de racismo (Diario el Tiempo, 2020).

Actualmente, el programa Calha Norte contempla obras de infraestructura como la ampliación de la carretera BR-163, que conecta Cuiabá y Santarém, hasta la frontera con Surinam; la construcción de un puente frente al puerto de Óbidos ubicado en el bajo Río Amazonas, y la construcción de la central hidroeléctrica de Oriximiná, en el río Trombetas.

En este contexto, los incendios que azotaron a la Amazonia en su conjunto los últimos años y que tuvieron particular crudeza en Brasil coinciden con los intereses del nuevo gobierno, el cual rechazó la cooperación internacional para combatirlos. Entre enero y agosto de 2019 se registraron al menos 74.000 incendios en la selva amazónica de Brasil, según el Instituto Nacional de Investigaciones Espaciales de ese país (INPE). En 2020, esta situación no solo se mantuvo, sino que presentó mayores porcentajes, afectando incluso reservas protegidas y territorios indígenas como el de los Kayapó, Munduruku y Yanomami.

Aunque el presidente Bolsonaro culpó de provocar los incendios a las ONG presentes en la Amazonía, varios estudios e investigaciones han demostrado que la causa principal de los incendios en 2019 y 2020 ha sido la quema de tierras deforestadas realizada por ganaderos y sojeros, la cual está orientada a la reconversión de la selva en tierra de cultivo y pastoreo; esta práctica, que no es nueva en la Amazonía, se incrementó luego de la llegada de Bolsonaro a la Presidencia de Brasil.

Según un informe científico publicado por el Proyecto de Monitoreo de la Amazonía Andina (MAAP), y citado en Mongabay (<https://es.mongabay.com/>), existe una superposición entre los puntos críticos de deforestación y los puntos críticos de los incendios de 2019. De acuerdo al informe, alrededor de 52.500 hectáreas de Amazonía brasileña, el equivalente a 72.000 campos de fútbol, fueron deforestadas durante 2019 y luego quemadas en agosto de ese año.

Como lo explica el MAAP, el proceso de reconversión de la tierra consiste en talar el bosque, dejar secar la madera, quemar la tierra para convertir las cenizas en abono y posteriormente sembrar pasto u otro producto. Aunque este procedimiento es ilegal, ha obtenido un respaldo simbólico gracias al discurso y

orientación política del actual mandatario, Jair Bolsonaro, quien ha otorgado su apoyo en repetidas ocasiones al sector agroextractivo.

En este sentido, Bolsonaro y su política regresionista han convertido a los pueblos indígenas de la Amazonia en obstáculos de su proyecto, homogenizándolos con el territorio, elemento que dicho sea de paso, constituye la principal bandera del movimiento indígena brasileño ya que en este se amalgaman no solo su espacio vital sino sus formas de vida (ethos amazónico) y todo lo que ello implica para la reproducción y conservación ecológica de la Amazonia brasileña.

Por tanto, los pueblos indígenas amazónicos de Brasil enfrentan una escalada sin precedentes de ocupación ilegal de sus tierras por parte del frente agrícola y ganadero, responsables directos de la tragedia ecológica que implicaron los recientes incendios en las reservas amazónicas.

Por su parte, Bolsonaro constituye la encarnación perfecta del frente agroextractivo al apresurarse al reconocimiento y legalización de la ocupación del territorio amazónico mediante la expedición de normativas como la Medida Provisional (MP) 910/2019, la cual establece nuevas reglas para legalizar las tierras ocupadas. Esta medida, expedida el 10 de diciembre de 2019, así como la eliminación de las leyes de protección medioambiental, abre camino para la legalización de al menos 300.000 propiedades rurales ocupadas por ganaderos, terratenientes, acaparadores de tierras y dueños de agronegocios.

La ocupación y destrucción de la selva tiene como finalidad la desestructuración de los pueblos originarios con el medio que ocupan y busca transformar de forma radical e irreversible el espacio en el que se desarrollan las dinámicas de vida de los pueblos indígenas. En este escenario las luchas locales por la defensa del territorio han cobrado un nuevo impulso¹⁸¹, formando parte de un conjunto más amplio, en escala nacional, de movilizaciones cuyo reto principal es

¹⁸¹ Localmente, los pueblos indígenas buscan liderar proyectos autónomos de conservación del territorio como por ejemplo el proyecto Kaapora de la tribu Pataxó Hã-Hã-Hãe (Bahía) orientado a reforestar sus tierras, convertidas actualmente es pastizales; o la etnia Ashaninka (Acre) que ha implementado la creación de cooperativas para cultivar alimentos de manera sustentable.

constituir una amalgama capaz de hacer frente al poderoso enemigo que constituye la alianza entre el Estado y el frente agroextractivo.

Sin embargo, como se ha señalado antes, la mayoría de los pueblos está en una fase de no retorno, es decir, la lucha se convierte en una resistencia feroz y hasta las últimas consecuencias. Un ejemplo de ello lo constituye el pueblo Munduruku, el cual habita la región de Tapajós (Pará). En 2019, este grupo interpuso una acción de protección contra madereros ilegales que han ocupado su territorio por varios años. Este tipo de acciones apelan al plano internacional, escenario en el que el movimiento indígena de la región amazónica en general ha buscado insertar sus denuncias ya que en buena medida sus principales agresores son el Estado y sus socios comerciales.

En este sentido, uno de los objetivos que atraviesa prácticamente toda la movilización indígena amazónica es la contención de los proyectos que atentan contra sus formas de vida y apropiación espacial. La reemergencia en el plano internacional del movimiento indígena amazónico responde a la cada vez más constante y violenta avanzada de proyectos en sus territorios, como se mencionó antes con el programa Calha Norte.

Desde este punto de vista, las formas de vida indígenas (ethos amazónico) representan un obstáculo para el desarrollo nacional pues, por un lado, plantean formas de vivir y estar en el mundo diferentes a las del occidente capitalista y, por otro, la continuidad de estas dinámicas repercute en el espacio ecológico que habitan, el cual permanece saludable y en estado de expansión dada la relación biótica entre los pueblos amazónicos y su espacio vital.

A la par de los incendios que se expandieron en la Amazonía con complicidad del gobierno de Bolsonaro se puede señalar también la ausencia de medidas de atención frente a la crisis sanitaria derivada de la expansión a la región amazónica de la COVID-19, que al momento de redactar este documento ha convertido a la Amazonía, particularmente Manaus, en la capital de la pandemia en Brasil.

De hecho, en enero de 2021, la estatal Fundación Oswaldo Cruz (Fiocruz) confirmó la identificación y circulación de una nueva variante de coronavirus originaria del Estado de Amazonas (El Universal, enero 2021). Este mismo mes, su capital, Manaus, sufrió una segunda ola de contagios que, al igual que en abril y mayo del 2020, colapsó su sistema hospitalario y derivó en entierros colectivos.

Por tanto, si bien la pandemia está devastando a todo Brasil, ha cobrado particular fuerza en el territorio amazónico, lo cual plantea una complejidad enorme para la prevención y la atención de esta enfermedad en una zona en donde el confinamiento voluntario es imposible en términos concretos.

Los pueblos amazónicos brasileños como los Munduruku han asumido una posición de respuesta ante la embestida y desatención del gobierno que los tiene dispuestos a morir en la defensa de su territorio¹⁸². La Amazonia brasileña presenta hoy un descomunal desafío en sus núcleos urbanos y de enclave comercial como Manaus ante la avanzada de la pandemia y la paralización temprana de sus sistemas de salud, lo cual se suma a la amenaza constante de mineros, garimpeiros, ganaderos, madereros, entre otros actores.

En tal sentido la región tiene ante sí el reto de una modernidad a la que poco le ha interesado este espacio en términos del factor humano y para la cual pareciera convenir la expansión de la enfermedad y el deterioro y extinción de las comunidades y pueblos que son incapaces de hacer frente a la pandemia. Cerrar

¹⁸² En un comunicado emitido en octubre de 2019 por diversas organizaciones del pueblo Munduruku, en respuesta a la arremetida estatal que experimentan bajo el gobierno de Jair Bolsonaro, quien los llamó “cavernícolas” en un discurso frente a la ONU, estos pueblos afirmaron: “Somos más de 14 mil personas y tenemos nuestro movimiento de resistencia y nuestras asociaciones. Tenemos un protocolo de consulta que tienen que respetar como ley, y tenemos derecho de veto (...) Estamos listos para su guerra y queremos avisarles de que aquí, en nuestro territorio, en la Mundurukânia, ocupada hace siglos por nuestros ancestros, donde por todas las partes del Tapajós encontramos las huellas y las señales de Karosakaybu y Muraycoko, nadie va a entrar para explotar, destruir y transformar todo en mercancía y dinero. El gobierno ya tardó a cumplir las leyes que ustedes mismos escribieron y a expulsar los invasores de nuestras tierras. Denunciamos hace más de 20 años la actuación de los pariwat (no indígenas), madereros y garimpeiros y siempre actuamos solos.

Pero no vamos a parar, ni a rendirnos. Nunca perdimos la guerra y ya hemos cortado algunas cabezas de los enemigos. ¿Es posible que tengamos que volver a cortar cabezas de los enemigos? Sabemos cómo accionar, a partir de nuestra política y de nuestra organización tradicional” (Avispa Mídia, 2019).

el río Amazonas y sus afluentes es imposible y en la actualidad la única respuesta efectiva a esta crisis viene desde la autogestión de los territorios que han decidido, siguiendo una línea lógica que los empata con otros pueblos amazónicos en Ecuador y Perú, encerrarse en sus comunidades y pueblos¹⁸³.

Por otro lado, la actual pandemia pone de manifiesto otro gran peligro en términos no solo de vidas humanas sino de pérdida de conocimientos dado que la población más longeva es la más vulnerable y al morir se lleva consigo la transmisión de conocimientos, indispensable para el ejercicio comunitario de los grupos indígenas dado que los ancianos poseen y transmiten los saberes que pasan a través de la oralidad de generación en generación.

En síntesis, pareciera que el gobierno de Bolsonaro es la máxima representación de un Estado nacional al que le conviene la muerte de los indígenas y los más pobres de estas riquísimas regiones. Hay que tener en cuenta que con su llegada a la presidencia se despachó de regreso a Cuba a más de 10.000 médicos que atendían en estas remotas áreas y que dejaron sus espacios de trabajo desiertos pues dado lo aislado de estas regiones, estas plazas no son ocupadas por médicos nacionales.

En tal sentido, la “solución” al progresismo fue peor que el extractivismo del anterior régimen. El ejemplo de Bolsonaro en Brasil o de Jeanine Áñez en Bolivia (hasta 2020) nos dan una muestra de ello, particularmente en su relación con los pueblos y comunidades indígenas a las cuales consideran un lastre para sus retóricas vacías de desarrollo y sus proyectos de apropiación de los espacios correspondientes a los indígenas.

¹⁸³ Según una investigación de la Jornada del 17 de mayo de 2020: “La cuenca del Alto Solimoes tiene 44 reservas tribales y se ha convertido en el foco de infección indígena de la Amazonía brasileña. Las pruebas médicas son extremadamente limitadas, pero muestran que al menos 162 de los aproximadamente 76 mil indígenas del área han sido infectados y 11 han muerto. Hay más de 2 mil infecciones confirmadas en partes del área no supervisadas por el proveedor de atención médica indígena del gobierno (...) Los indígenas que habitaban los ríos Solimoes y Negro que se fusionan en Manaos para formar el río Amazonas intentaron durante semanas sellar sus reservas debido al virus, pidiendo donaciones mientras esperaban las entregas de alimentos del gobierno para poder permanecer aislados. Pero para muchos la ayuda no llegó, dijeron los defensores indígenas”.

De este modo, parece que el peor escenario aún no ha pasado. La política indolente de Jair Bolsonaro sin duda tendrá importantes e irremediables consecuencias sobre la Amazonia brasileña. Sin embargo, en el panorama también se pueden vislumbrar los múltiples escenarios de lucha. No hay que olvidar que esta pandemia, los incendios y que el rostro más voraz del capitalismo se expresa en el sur geográfico, pero también es en esta zona en donde en la actualidad y desde la emergencia de los movimientos indígenas en la década de los noventa se han conformado verdaderos bloques de resistencia transfronteriza.

En este contexto, el indio que otrora, en el mejor de los momentos de las administraciones pasadas, fuera considerado patrimonio vivo, hoy es un obstáculo y un enemigo; es la punta de lanza de un proceso de resistencia al recrudescimiento del proyecto capitalista y que para entenderse tiene que leerse en conjunto con el espacio ecológico que ocupa; es decir, la cultura del indio amazónico es ecología y por tanto la ecología de este espacio tiene mucho de cultura.

Al final, lo que se tendrá que juzgar de este momento histórico no serán las enseñanzas o los acontecimientos sino los procesos en los que se constituyen estas luchas. Si bien la profunda crisis que enfrenta la Amazonia brasileña en su vertiente ecológica y humana es complicada también plantea un horizonte que visibiliza al indígena amazónico y que le hace cobrar resonancia nacional e internacional.

Los pueblos indígenas de la Amazonía brasileña, por tanto, son en sí mismos expresiones de resistencia y dispositivos contenciosos de la expansión voraz de una modernidad acéfala en disputa por quién conducirá el siguiente proceso destructivo del capitalismo, disputa que tiene lugar entre Rusia, EEUU y China. La supervivencia indígena, por tanto, implica en sus formas de ser y estar en la tierra un proyecto de vida que se desarrolla de manera coetánea con la modernidad.

En este sentido, el mayor peligro para la comunidad global quizás es la pérdida de los llamados pueblos no contactados, quienes en la actualidad son localizados vía satélite y están siendo acechados constantemente por el avance de mineros, madereros y otras fuerzas del mundo exterior que reducen cada vez más sus espacios vitales.

Por tanto, la discusión sobre el futuro de la Amazonia y de sus pueblos se torna global. Es una discusión entre dos proyectos incompatibles y quizá ese sea el punto en el que se tendría que enfatizar ante el escenario complicado que hoy enfrentan los indígenas amazónicos brasileños frente el acoso de la administración de Bolsonaro, quien encarna el momento más álgido de la avanzada capitalista, la cual niega toda forma de vida alternativa a ese modelo.

Así, el horizonte de la movilización indígena brasileña coincide con los horizontes de resistencia del resto de las amazonias, particularmente la andina, cuyos mecanismos de supervivencia han tenido que incorporar un sentido de lucha que los identifica más allá de las fronteras establecidas por los Estados nación. El debate sobre la movilización indígena gira en torno a las herramientas que les permitan construir puentes para su subsistencia en el tiempo y garantizar el reconocimiento de sus formas de vida como parte indisoluble del desarrollo de la humanidad.

En este escenario, para hacer efectivo su carácter de contención de la nueva escalada capitalista, el movimiento indígena amazónico brasileño tendrá que generar la empatía del resto de movimientos subalternos en Brasil y a nivel global con el fin de alcanzar el objetivo de contener el capitalismo voraz sobre sus espacios ecológicos.

Capítulo 4. Las Guayanas y su Amazonía: de la economía de enclave al colonialismo perpetuo

4.1 Génesis del colonialismo perpetuo

El tercer bloque cultural planteado por esta investigación es la región de Guayana, la cual está formada por dos Estados (Guayana y Surinam) y un departamento de ultramar de Francia (Guayana Francesa). En este territorio se distribuye el 6% del total de la selva amazónica con una extensión de 164.997 Km², en el caso de Guayana, lo cual equivale a alrededor del 77% de su superficie total; 150.000 Km² en el caso de Surinam, que corresponden a casi el 90% del país, y 63.700 Km² en lo referente a Guayana Francesa, equivalente también a casi el 90% de la superficie de este departamento (Gutiérrez, Acosta & Salazar, 2004).

En la región de Guayana vive un poco más de un millón y medio de personas, sin embargo, es un territorio que presenta una amplísima diversidad étnica y cultural debido a sus específicos procesos de conquista y colonización, los cuales estuvieron marcados por la presencia de distintas corrientes migratorias tanto de Europa como de Asia y África.

Este bloque de dominio, cuyos Estados-nación son bastante jóvenes y aún se encuentran en construcción (Guayana y Surinam) o en proceso de definición de su situación colonial (Guayana Francesa), constituye un crisol multiétnico formado por migrantes de India y África, y mestizos principalmente y, en un menor porcentaje, la población nativa que vive aislada en territorio amazónico.

En el caso de Guayana, según el Censo del 2002, la población indígena corresponde al 9,1% del total de los habitantes, constituyendo “el mayor número de Pueblos indígenas en un solo país, de todo el Caribe” (CADPI 2012:1). En Surinam, el censo de 2012 establece que el 3,8% de la población es indígena, mientras que en Guayana Francesa, en donde no se ha dado paso a la aplicación de un censo, se estima que entre el 3 y 4% de sus habitantes son indígenas (Mamo, 2020). Aunque los porcentajes de cada país son equiparables o superiores a los de varios países sudamericanos, en términos absolutos y en relación al total de habitantes de

la región, el número de pobladores indígenas no supera las 100.000 personas entre los tres países.

Sin embargo, debido a su particular formación sociohistórica y a su configuración cultural, la Amazonía guyanesa ha permanecido al margen del relato latinoamericano, destinando a su población nativa a la invisibilización. Por tanto, es importante identificar, desde una visión más cercana a la formación sociohistórica del continente americano, los procesos constitutivos de la región de las Guayanas, los cuales avanzan paralelos a los procesos de formación estructural de América Latina, pero con una mayor proximidad cultural y dependencia económica con las naciones que les dieron forma: Holanda, Francia y Reino Unido.

Así pues, la historia de la región amazónica es una narrativa que se cuenta a dos voces (Portugal y España) desde la posición hegemónica, de modo que la Amazonía guyanesa, una región relativamente pequeña si se compara con el resto, se encuentra marginada de la narrativa sobre los viajes de Orellana y Texeira, la evangelización, los naturalistas y el genocidio del caucho. Este territorio, conocido como las Guayanas, ha permanecido por fuera de la historia continental y se le ha vinculado más con el Caribe, lo cual afianza su condición colonial.

Entonces, más allá de la repartición del territorio entre los reinos español y portugués, encontramos la historia de otras potencias colonizadoras que se abrieron paso en Sudamérica, con modelos de dominación diferentes. Con la emergencia tímida pero decidida de colonias británicas al norte de la Florida y la paulatina ocupación de la región insular por parte de franceses y británicos en el “nuevo mundo”, aparecieron en escena los holandeses cuyo afán comercial se hizo posible gracias a la firma de los tratados que llevaron a la paz de Westfalia¹⁸⁴.

¹⁸⁴ Entre enero y octubre de 1648 se suscribieron una serie de tratados multilaterales en Europa, particularmente en Alemania, para poner fin a las guerras de los Treinta Años (1618-1648), entre la Monarquía Hispánica y las Provincias Unidas, y de los Ochenta Años (1568-1648), entre el Sacro Imperio Romano y las potencias europeas (Imperio Español, Francia, Suecia). Este acuerdo, conocido como la Paz de Westfalia, permitió un largo periodo de paz en Europa, que fue roto solo con las revoluciones nacionalistas del siglo XIX, y además supuso la creación de un nuevo orden mundial pues bajo la premisa de establecer la igualdad entre los estados, se desintegró el orden político-administrativo basado en la religión (cristianismo), dando lugar a la creación de Estados

Los acuerdos de Westfalia llevaron la paz a Europa y posibilitaron la expansión hacia América de esta nueva fuerza colonizadora que, dicho sea de paso, reivindicaba un principio de ocupación espacial novedoso, concentrado en el intercambio terciario de bienes del nuevo mundo, en comparación con la ocupación española y portuguesa cuya justificación ideológica se afianzaba en el proceso de evangelización. Como lo señala Márcio Souza (2019):

El tratado aseguraba dos importantes hechos que tendrían consecuencias duraderas en la historia de occidente: la independencia de la República Holandesa y el reconocimiento del pluralismo confesional (...) La República Holandesa pronto despunta como una sociedad moderna, pluralista y tolerante en donde se asiste al surgimiento de una esfera pública, gracias a la expansión del capitalismo internamente y en el mundo (...) Mientras en Holanda se desarrollaba una significativa estructura industrial y un pujante comercio internacional, con infraestructura de transportes, carreteras y ciudades con buenos equipamientos urbanos, en la península Ibérica se podía viajar semanas sin encontrar alguna cosa que se pareciese a una ciudad y las condiciones materiales habían cambiado para peor, con un elevado índice de analfabetismo, pobreza y baja expectativa de vida. Y, sin embargo, y tal vez por eso mismo, el modelo colonial holandés fue eficiente, lucrativo y brutal con los nativos (p. 120).

Por otro lado, casi por una cuestión de azar, que pareciera espacialmente desvinculada con la historia de la región amazónica, la fundación de Nueva Ámsterdam, hoy Nueva York, contribuyó a la presencia holandesa en la región, dado que, fue el intercambio de este territorio por su pedazo de Guayana¹⁸⁵, el que garantizó la permanencia de Holanda en la América continental como veremos más adelante.

soberanos, autónomos y laicos, por lo cual este periodo constituye el inicio del Estado-Nación moderno.

¹⁸⁵ En 1626, como parte del proceso de expansión comercial de Holanda, un grupo de emigrantes holandeses se estableció en un extremo sur de Manhattan, fundando un asentamiento denominado Nueva Ámsterdam, el cual se constituyó en el centro de operaciones de los territorios ocupados por la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales. En 1664, en el marco de las disputas territoriales de ese país con Reino Unido, Nueva Ámsterdam fue cedida al duque de York a cambio de un pedazo de sus Guayanas (hoy Surinam). Este intercambio dio origen a la ciudad de Nueva York, núcleo financiero de Estados Unidos, el cual estuvo marcado desde su fundación por una transacción capitalista. A su vez, permitió la expansión de Holanda en la costa norte de América, en los territorios de lo que actualmente constituyen los estados de Guayana y Surinam.

Francia e Inglaterra, cuyo afán expansionista se había consolidado en el norte del continente y en la región insular de América, también tuvieron una importante presencia en la región; en el caso de los franceses, incluso avanzaron al sur de su respectivo pedazo de Guayana hacia lo que hoy es Brasil¹⁸⁶ y que en ese momento correspondía a Portugal, como se vio en el capítulo anterior.

La historia de la región amazónica de las Guayanas estuvo marcada desde el principio por la economía de enclave basada en mano de obra esclava, principalmente, lo cual tuvo como fin fortalecer una posición geopolítica determinada de los países colonizadores en competencia frente a la expansión del proyecto capitalista¹⁸⁷.

Es decir, desde los primeros periodos de colonización este territorio fue uno de los principales destinos del trabajo esclavo orientado a la producción agropecuaria, la misma que estaba destinada a la exportación. Con el paso del tiempo, esta especialización del territorio de las Guayanas, altamente biodiverso y de una riqueza natural indescriptible, como exportador de materias primas, le otorgó un rol en el mercado mundial como economía de enclave, el cual se mantuvo como

¹⁸⁶ Al respecto del modelo colonial francés, Márcio Souza (Óp. Cit.) señala que: “mientras los ingleses y holandeses se limitaron a fundar pequeñas colonias en el estuario del río Amazonas, Francia concibió un ambicioso proyecto de conquista del vasto territorio, que iba de la boca del Orinoco, al norte, hasta la isla del Marañón, al sudeste (...) En 1653 los franceses intentan la conquista de una parte de la Amazonia de forma más organizada. El cardenal Mazzarino concede el territorio de la Guayana a un grupo de doce nobles, fundado por Royville, cuyo objetivo era el establecimiento de colonos europeos y la conversión de los salvajes (...) Los nobles señores eran hombres de la Edad Media, perdidos en los cambios del Renacimiento y no se debe extrañar que hayan intentado repetir en la selva tropical el viejo sistema feudal ya en ruinas en Europa (p. 122).

¹⁸⁷ Cardoso y Faletto (1977), quienes propusieron en la década de los cincuenta el concepto de economía de enclave, explican cómo se desarrolló esta dinámica en América Latina y, particularmente en el Caribe: “Parece que el caso más general de formación de enclaves en las economías latinoamericanas expresa un proceso en el cual los sectores económicos controlados nacionalmente, por su incapacidad para reaccionar y competir en la producción de mercancías que exigían condiciones técnicas, sistemas de comercialización y capitales de gran importancia fueron paulatinamente desplazados. En un polo opuesto, sin embargo, se dieron situaciones en las cuales el proceso de formación de enclaves estuvo directamente en función de la expansión de las economías centrales; así ocurrió en países donde los grupos económicos locales sólo habían conseguido organizar una producción incorporada apenas marginalmente al mercado mundial, como fue el caso de las naciones continentales del Caribe” (p. 48).

base de los estados contemporáneos, ahora orientados a la explotación de sus recursos minerales.

Por tanto, la presencia de británicos y franceses en el territorio caribeño respondió a la ocupación y desarrollo de su proyecto colonial. Sin embargo, igual que en el caso brasileño y caribeño, esta región contaba con una relativamente escasa población nativa, por lo cual se reemplazó la mano de obra indígena por esclavos provenientes de África¹⁸⁸.

Desde sus inicios la región de las Guayanas ha estado más vinculada cultural, política y económicamente con las islas vecinas (Curazao, Aruba, etc.) que con la región continental y se ha caracterizado por una marcada relación de dependencia económica y política con las metrópolis que le dieron origen. Por tanto, en el caso de las Guayanas no podemos identificar una estructura cultural de dominio homogéneo, como se hizo para el bloque andino amazónico y luso portugués, pues este territorio se repartió entre tres potencias coloniales; además, su carácter aislado y periférico ha determinado, incluso hasta la actualidad, su condición marginal y dependiente de los centros económicos aun cuando logró su independencia política (al menos Guayana y Surinam).

En el caso de esta región se pueden distinguir elementos constitutivos comunes que la caracterizan, tales como su conexión con los núcleos de poder británico, francés y holandés, teniendo como principal eje articulador el esclavismo y el desarrollo de un modelo político que priorizó el carácter estratégico de este

¹⁸⁸ El tráfico británico de esclavos empezó en el siglo XVI cuando este imperio ya poseía varias colonias en el Caribe, por lo cual estas se convirtieron en un espacio fructífero para el comercio de esclavos. Para el siglo XVII, esta práctica ya contaba con el aval del rey de Inglaterra, el cual aprobó la creación de la Real Compañía de Aventureros de Comercio con África (1660), a cambio de que la mitad de las ganancias fueran entregadas a la Corona. Este lucrativo negocio creció y se diversificó hacia otros mercaderes conforme se extendía el colonialismo inglés, complementándose con el traslado de materias primas desde América hacia Europa en los mismos barcos, una práctica conocida como comercio triangular (conexión entre América, Europa y África), la cual fue la base de la acumulación del mundo capitalista. Sin embargo, esta actividad no fue exclusiva de los ingleses, pues los portugueses, franceses y holandeses también importaron un gran número de esclavos para emplearlos en las plantaciones desarrolladas en sus colonias. Por tanto, hasta el siglo XIX, cuando la venta de esclavos se tornó ilegal, se habían transportado a América millones de esclavos, principalmente provenientes de África, pero también de otras regiones como el sudeste asiático.

territorio, particularmente para contrarrestar la presencia española y portuguesa en un primer momento.

Es por ello que existió una relación intrínseca entre británicos y holandeses en el modelo colonizador de su respectiva parte de Guayana¹⁸⁹. Este espacio representó, hasta prácticamente el siglo XX, un territorio estratégico para la geopolítica mundial, principalmente durante el periodo marcado por el avance de las potencias coloniales. Como señala Wallerstein (2011, pp. 70-71), el dominio de los holandeses sobre el comercio atlántico (1621-1675) significó una gran contribución para el crecimiento de la economía-mundo europea así como para la configuración de los modelos de dominación y explotación colonial en América del Sur y el Caribe.

Esto se traduce en el carácter multicultural¹⁹⁰ que prevalece en la región de Guayana y Surinam, territorios que se convertirán en centros de inmigración de colonos de los más recónditos lugares del Imperio Británico.

¹⁸⁹ Reino Unido y Holanda destacan por la presencia hegemónica de una iglesia protestante. Por tanto, para británicos y holandeses el dominio y explotación del territorio estuvieron marcados por una ética distinta a la católica, la ética protestante. Ambos grupos pudieron mantener una lógica de intercambio comercial con una orientación de orden capitalista, a diferencia de las colonias españolas y portuguesas en donde primaron elementos de dominio relacionados con la expansión del cristianismo (sobre los modelos de colonización, ver más en Souza Óp. Cit.)

¹⁹⁰ En Guayana y Surinam la etnia mayoritaria es la indostaní, la cual llegó a la región en el siglo XIX. En Surinam representa el 37 % de la población mientras que en Guayana alcanza el 50%. Por otro lado, en Surinam un importante grupo migrante es de origen javanés, descendiente de población esclava procedente de la india oriental holandesa (isla de Java) la cual representa el 15% de la población. Otro 10% está formado por grupos afrodescendientes (cimarrones), introducidos al territorio por los piratas, y un 2% por población de origen chino. En el caso de la población afro guayanesa esta descende de esclavos llevados al país para trabajar en las plantaciones costeras; en la actualidad este grupo constituye entre el 36 y el 43% de la población. En Surinam y Guayana la etnia blanca constituye una minoría que ronda el 5% para el caso de Surinam y 2% para Guayana, cuyo ascendente es principalmente holandés, portugués y británico. Las poblaciones más marginadas y menos numerosas en ambos casos y también en la Guayana francesa son las amerindias, como ya se mencionó antes. A pesar de ser una minoría tan reducida la población amerindia es la más empobrecida y marginada de la región. Es importante destacar que todo este crisol cultural se ha acrecentado con oleadas de migrantes de diferentes lugares del Caribe y de países vecinos como Venezuela y Brasil. En este panorama multicultural existe una gran tensión étnico política entre la población de origen indo y la de origen afro, grupos que se disputan el poder del Estado mediante la constitución de partidos políticos uniraciales (Para mayor información sobre estadísticas demográficas en la región, consultar <https://www.indexmundi.com/es/Guayana/> y <https://www.ecured.cu/Guayana>).

Por otro lado, la Guayana francesa sirvió en un primer momento como punta de lanza para la penetración de los portugueses en la región amazónica. Con la consolidación del dominio de los portugueses en este territorio, que era disputado también por los franceses, se convirtió en un espacio con un rol estratégico en términos políticos, tornándose incluso en un territorio penitenciario y de exilio¹⁹¹.

Así, los elementos que destacan las particulares formas de dominación sobre la región de la Guayana parten de la supresión y expulsión de la población nativa a la región amazónica y la implantación de una economía esclavista, salvo en el caso de Francia en donde la esclavitud fue “formalmente abolida”¹⁹² en 1848 y se implantó un modelo que buscaba el repoblamiento de este espacio a través de la formación de una colonia penitenciaria. A la vez, en Surinam y Guayana británica se optó por la importación de migrantes mayormente de los propios dominios coloniales.

En este escenario, la historia común de este bloque multicultural de dominio (Holanda, Inglaterra y Francia) se amalgamó a través de dos elementos: su carácter estratégico en términos geopolíticos, el cual nos permite entender los tardíos

¹⁹¹ Si bien la Guayana Francesa funcionó como una colonia agrícola estuvo “sub aprovechada” hasta el gobierno de Napoleón Tercero. En 1852 se inicia el proyecto del legendario complejo penitenciario que permaneció vigente por 99 años, con las prisiones de Cayena, Saint-Laurent-du-Maroni, Isla de la Salvación, Isla del Diablo y Saint-Jean-du-Maroni. En casi un siglo de existencia estuvieron recluidas en la isla aproximadamente 80.000 personas y se estima que 70.000 perdieron la vida, convirtiendo a la Guayana Francesa en un campo de muerte. Quizá uno de los reclusos más destacados de este espacio fue Henri Charrière, autor de la célebre novela autobiográfica Papillón en donde se relata su experiencia en los complejos penitenciarios de la Guayana Francesa. Este hecho es el más representativo y por lo cual se conoce a la Guayana Francesa en el mundo. Su historia, cultura y desarrollo orbitaron en torno a su rol en el sistema penitenciario francés.

¹⁹² “En 1862, después de interminables debates en el Parlamento holandés, finalmente se aceptó una propuesta de compensación a los esclavistas y por fin, el 1 de julio de 1863, los cañones de la Fortaleza de Zeelandia en Paramaribo anunciaron el fin de la esclavitud. El hecho de que el nuevo orden pudiera establecerse sin violencia o graves trastornos sociales, se debió en gran parte a los incansables esfuerzos de la Hermandad Moravian para preparar a los esclavos y cristianizarlos. El gobernador Van Lansberge, el mismo cálido defensor de la abolición que había colaborado con el obispo Niewindt en Curazao, con gran satisfacción liberó a los esclavos en Surinam. Pronto, sin embargo, el regocijo dio paso al resentimiento cuando los antiguos esclavos descubrieron que todavía estaban obligados al mismo trabajo, por un salario y bajo la supervisión del Estado, en un sistema comparable al fracasado plan inglés de aprendizaje. A los libertos les pareció que su nuevo estatus no era más que esclavitud disfrazada. En muchas plantaciones, los hombres dejaron sus herramientas y se negaron a trabajar. Al mismo tiempo, los plantadores estaban descontentos con la baja eficiencia de la nueva mano de obra gratuita, así como con la baja compensación recibida. La caída de la producción tras la emancipación también provocó descontento entre los comerciantes” (Goslinga, 1979: 157).

procesos de independencia, y su rol en la economía mundial como enclaves estratégicos en el sistema de producción esclavista¹⁹³ en el cual apoyaron su proceso de expoliación mundial, como señala Eric Williams (2011):

Según Adam Smith, el descubrimiento de América y la ruta por el Cabo de Buena Esperanza hacia la India «son los dos acontecimientos más grandes y más importantes registrados en la historia de la humanidad». La importancia del descubrimiento de América radica, no tanto en los metales preciosos que proveía, sino en el nuevo e inagotable mercado que proporcionó a las mercancías europeas. Uno de sus principales efectos fue «impulsar el sistema mercantil hasta un grado de esplendor y de gloria que no hubiera podido alcanzar de ninguna otra manera». Esto dio como resultado un enorme incremento en el comercio mundial. Los siglos XVII y XVIII fueron los siglos del comercio, como el siglo XIX fue el siglo de la producción. Para Gran Bretaña ese comercio fue primordialmente el comercio triangular. En 1718 William Wood dijo que el tráfico de esclavos era «el manantial de donde fluían todos los otros». Unos pocos años más tarde, Postlethwayt describió el tráfico de esclavos como «el primer principio y fundamento de todo el resto, principal resorte de la máquina que pone todas las ruedas en movimiento» (p. 91).

En comparación con las formas comunes de dominación, es decir el modelo español y portugués, los holandeses y británicos no enarbolaron principios como la evangelización y el establecimiento de núcleos burocrático administrativos de apropiación territorial fuertemente apoyados por la iglesia que le dieron forma a los poblados y las ciudades que sirvieron a su vez de modelo de expansión.

¹⁹³ Sobre el sistema de producción esclavista, Eric Williams (2011) explica lo siguiente: “En el comercio triangular, Inglaterra, Francia y la América colonial, proveían las exportaciones y los barcos; África la mercancía humana; y América las plantaciones, las materias primas de las colonias. El barco de esclavos partía de la madre patria con un cargamento de artículos manufacturados. Estos eran permutados, con cierto margen de beneficio, en la costa de África, por los negros, que eran conducidos a las plantaciones, con otro nuevo margen de ganancia, a cambio de un cargamento de productos coloniales, que eran llevados de vuelta al país de origen. En la medida en que el volumen de comercio aumentaba, el comercio triangular venía complementado, pero nunca suplantado, por el comercio directo entre la madre patria y las Indias Occidentales, en él se intercambiaban directamente manufacturas del país por productos coloniales. El comercio triangular produjo, de este modo, un triple estímulo en la industria británica. Los negros eran comprados con manufacturas británicas; luego eran transportados a las plantaciones; allí producían azúcar, algodón, añil, melaza y otros productos tropicales, cuyos procesos de elaboración crearon nuevas industrias en Inglaterra; al mismo tiempo la manutención de los esclavos y sus propietarios en las plantaciones proveía otro mercado para la industria británica, la agricultura de Nueva Inglaterra y las pescaderías de las tierras recién descubiertas” (p. 92).

En este sentido, el colonialismo de las Guayanas se caracterizó por la ausencia de dos elementos presentes en el resto de Sudamérica, por un lado, un factor ideológico determinante para la cohesión/exclusión social y, por otro, la conformación de espacios definidos y nutridos por la inmigración de las metrópolis (Lisboa y Madrid).

Por su parte, los territorios ocupados por los holandeses, en América y Asia, constituyeron posesiones de cambio e intercambio que tuvieron un rol específico en la economía, por lo cual su condición de colonias pasó a segundo término en tanto que estos espacios en sí representaban un bien material que podía ser comercializado y traspasado. Es por ello que la institución fundante del proceso de colonización holandés recayó en las compañías de las Indias occidentales y orientales.

Al analizar el primer momento de la expansión holandesa, no solo a América sino en el mundo (Asia, África), encontramos que si bien existió un principio de apropiación territorial como base del proyecto de expansión colonial-capitalista, este no fue el eje articulador de su proyecto sino más bien la necesidad de posicionarse como una hegemonía comercial. Esto se derivó de su expansión en el mercado local y fundamentalmente de su necesidad de conseguir la sal que era indispensable para el curtido del pescado una vez que, en el siglo XVII, el proceso de salación del arenque permitió al empresariado holandés dar un salto cualitativo en Europa.

Para ese periodo, el comercio se encontraba enfocado en las especias y, derivado de esto, en 1602 se creó la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (en neerlandés: *Vereenigde Oostindische Compagnie*, VOC) y, en 1621, la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales (en neerlandés: *Geotroyeerde West-Indische Compagnie*, WIC) cuyo fin fue capitalizar los intereses expansionistas y comerciales de Holanda en Asia, África y América, siendo una entidad burocrática administrativa que respondió tanto al reino de Holanda como a sus socios particulares. Con ello se logró consolidar la posición de los grandes capitales holandeses, fundamentalmente en Asia.

En este sentido, la justificación ideológica que revistió la ocupación holandesa en este período de expansión colonial estuvo determinada y tuvo como única finalidad el comercio¹⁹⁴, en el cual centró la gran apuesta para la consolidación de su hegemonía mundial. Siguiendo a Immanuel Wallerstein (Óp. Cit.):

Lo que ocurrió fue simplemente que tras la fundación de la Compañía de las Indias Occidentales en 1621, los holandeses trataron de extenderse por el Atlántico durante los 25 años siguientes. Fundaron Nueva Ámsterdam, conquistaron el nordeste de Brasil, arrebatándoselo a los portugueses (españoles), y al segundo intento capturaron Elmina, en el África Occidental y después Luanda en Angola. Sin embargo, durante la primera guerra anglo holandesa (1652-1654), los portugueses (ahora libres nuevamente de los españoles) recuperaron Brasil y durante la segunda guerra anglo holandesa los holandeses perdieron Nueva Ámsterdam y algunos fuertes del África Occidental. ¿Qué se consiguió, pues, durante este breve periodo correspondiente a la hegemonía mundial de los holandeses? En primer lugar, estos tuvieron en jaque a los españoles en las Américas, proporcionando el [escudo naval] tras el cual los ingleses (más los escoceses) y los franceses pudieron construir sus colonias. En segundo lugar, se inició el cultivo del azúcar en las américas, primero en Brasil y luego, tras la expulsión de los holandeses, en Barbados, la primera gran colonia de los ingleses dedicada a la plantación en el Caribe. En tercer lugar, los holandeses llevaron a cabo el primer comercio de esclavos en serio para suministrar mano de obra a las plantaciones de azúcar; cuando perdieron las plantaciones, trataron de permanecer en este campo como traficantes de esclavos, pero hacia 1675 acabó la primacía holandesa, cediendo el paso a la recién fundada Royal African Company de los ingleses. La época atlántica de los holandeses supuso sin duda una gran contribución al crecimiento de la economía mundo europea (p. 71).

¹⁹⁴ Como lo explica Cornelis Goslinga (Óp. Cit.: “los holandeses fundaron la Compañía de las Indias Occidentales al igual que su empresa hermana en el este, WIC. Era una sociedad anónima organizada por comerciantes privados y accionistas particulares. Sin embargo, a diferencia de la otra empresa, WIC era un instrumento de guerra contra España. Durante algún tiempo este iba a ser su principal objetivo; el comercio y la colonización ocuparon el segundo lugar: una opción de prioridades que eventualmente conducirían a la caída de la Compañía en 1674. Con la fundación de WIC, la empresa privada se hizo cargo de algunas de las responsabilidades del Estado y libraron la guerra más allá de la línea de la simpatía, en otros continentes (...) Después de 1621, los asuntos holandeses en el Caribe estaban oficialmente bajo la supervisión de la WIC, además de las costas este y oeste de América, incluida la costa oeste de África y todos los asentamientos holandeses existentes en ambos continentes. La junta ejecutiva de la Compañía se llamaba Heren XIX o simplemente el XIX, y estaba integrada por ocho representantes de Amsterdam, cuatro de Zelanda, dos de cada uno de los otros tres distritos, y el último miembro, el número diecinueve, que representa al Alto y Poderoso Señor de los Estados Generales. El XIX pronto se convirtió en el organizador de una peligrosa serie de ataques al imperio colonial español en Occidente” (p. 21).

Por tanto, en las Guayanas no encontramos los elementos que constituyeron, en los casos andinoamazónico y lusoamazónico, las formas particulares de dominación que a la postre fueron retomadas por los Estados en los que se fragmentó la Amazonia y que implementaron peculiares formas de ocupación en sus regiones. En las Guayanas se mantuvo -si es que se establece un simil con los *ethos* de dominación antes mencionados- una forma burocrático-administrativa específica que se centraba en la constitución de puestos comerciales y productivos, fundamentalmente de economías de plantación¹⁹⁵ cuya base fue el modelo esclavista.

En tal sentido, la forma específica de dominación que a la larga se insertó en la “identidad nacional”, tiene más elementos en común con la región Caribe que con el resto de Sudamérica. Es por ello que los procesos de independencia resultan tan tardíos (guerras de independencia, levantamientos, etc.) y su condición de marginalidad derivada de su carácter colonial que pareciera perpetuarse incluso hasta bien entrado el siglo XX¹⁹⁶.

En la región de la Guayana, el *ethos* de dominación está marcado por un enfoque colonial centrado en el aprovechamiento económico que se desarrolló a raíz de la esclavitud y la configuración de la región como enclave productivo. Por

¹⁹⁵ “Las plantaciones trabajadas por esclavos hicieron crecer el volumen del comercio intercontinental, estimularon el desarrollo de todo un conjunto de industrias de transformación (desde el refinado del azúcar hasta las primeras fábricas de tejido de algodón) y convirtieron a algunos puertos atlánticos en prósperos centros comerciales. Así fue como el tráfico triangular que de Europa llevaba a África la quincalla (trapos, bisutería, hojalata y espejos) que luego era intercambiada por esclavos, que después eran vendidos en América y de cuyos brazos y piernas se extraían las materias primas de las primeras manufacturas europeas, hizo al capitalismo europeo, especialmente al capitalismo británico. Sin las riquezas de América y sin los esclavos y el comercio africanos, el crecimiento económico, político y militar de los Estados europeos hubiese quedado limitado, sin duda, a una escala menor; quizás definitivamente menor. Con ellos el primer capitalismo se hizo mundial y con toda razón, en Liverpool y en Bristol se decía que «no hay un solo ladrillo en la ciudad que no esté mezclado con la sangre de un esclavo» (Williams, Óp. Cit., pp. 21-22).

¹⁹⁶ Siguiendo a Frantz Fanon (2011), al analizar la dominación económica que se perpetúa con el colonialismo en la región de las Guayanas es importante considerar el carácter selectivo de la apropiación y explotación del territorio. Como lo señala el autor: “El dominio colonial ha privilegiado, como se sabe, a ciertas regiones. La economía de la colonia no está integrada a la totalidad de la nación. Siempre está dispuesta en relaciones de complemento con las diferentes metrópolis. El colonialismo no explota casi nunca la totalidad del país. Se contenta con algunos recursos naturales que extrae y exporta a las industrias metropolitanas, permitiendo así una relativa riqueza por sectores mientras el resto de la colonia continúa, si no lo ahonda, su subdesarrollo y miseria” (p. 145).

tanto, la posterior construcción de una “identidad nacional” en esta región, es relativamente tardía, posee un carácter de reivindicación de lo negro (afro-guyanés, según la auto-identificación de sus habitantes) y una presencia relativamente reducida de las identidades dominantes (holandesa, británica, etc.).

Así, en las Guayanas se desarrolló un modelo colonial que siguió el molde establecido en la región caribeña, no muy distante del colonialismo que se desarrolló en algunas partes del sureste asiático y África¹⁹⁷, con la salvedad de la conformación de la colonia penitenciaria y su posterior desarrollo como departamento de ultramar. En síntesis, como ya se señaló, la construcción de formas específicas de dominación en esta región, respondió más a un proyecto económico que político.

Del mismo modo, la ocupación del espacio amazónico de las Guayanas se empató con la necesidad de recursos de las metrópolis. A diferencia de los casos de la Amazonía hispanoparlante y portuguesa, los núcleos que controlaron directamente a este territorio colonial fueron los espacios desde donde surgió la demanda de estas nuevas materias primas (caucho y petróleo). Esto llevó directamente a la penetración de los recién creados Estados-nación en la región amazónica.

Por otro lado, en la región de las Guayanas el principal interés de las administraciones coloniales fue la producción agrícola enfocada en el café, el algodón y el azúcar. Posteriormente, ya bien entrado el siglo XX, la región destacó por su potencial minero, abriendo un periodo de incidencia directa sobre la población indígena, la cual se vio frontalmente afectada por la penetración de las iniciativas mineras y, en menor medida, por la producción de caucho, relativamente marginal.

¹⁹⁷ Durante el siglo XIX y XX los holandeses conquistaron y mantuvieron colonias en las islas de Sumatra, Java, Borneo, Timor y las Islas Célebes y Nueva Guinea, mientras que los franceses mantuvieron posesión de una gran parte del Asia suroriental con la formación de la colonia denominada Indochina francesa, formada por Annam, Tonkín, Cochinchina, el Reino de Camboya y Laos. Por su parte, el Imperio Británico estableció varios dominios a finales del siglo XIX y principios del XX, por ejemplo, Irlanda, Canadá, Pakistán, Ceilán Kenia, la Unión Sudafricana y la Mancomunidad de Australia; sin embargo, el caso más representativo de colonialismo en ese periodo fue la creación del Raj británico aplicada al subcontinente indio entre 1858 y 1947.

Sin embargo, para entender de manera puntual los ejes que afianzaron lo que aquí se señala como el colonialismo perpetuo de la región, es importante retomar algunos elementos de carácter constitutivo que hicieron posible la formación de este espacio que, dicho sea de paso, se mantuvo en una condición de subordinación colonial más allá de las independencias Guayana en 1966 y de Surinam en 1975 (en el caso de Guayana Francesa, este territorio se ratificó como departamento de ultramar de Francia en un referéndum realizado en 2010).

Así, las dinámicas por las cuales se estructuró la apropiación y control territorial de la Guayana derivaron en el establecimiento de lazos duraderos entre la región y sus metrópolis. Esto se evidencia en sus tardíos procesos independentistas, en los que su principal demanda no fue la emancipación total sino el abordaje de reconocimientos autonómicos. En este sentido, la dominación colonial se convirtió en una figura omnipresente.

En este escenario, el territorio que correspondió a la Guayana británica fue el resultado de un proyecto imperial que alcanzó su punto más importante con el afianzamiento de sus colonias en América en el siglo XVII y la formación del condado del Esequibo entre 1616 y 1621. Es importante destacar que en estos primeros momentos de ocupación de la región de la Guayana, el control de las colonias no era ni estable ni fijo, es decir, estos espacios constituían núcleos de disputa y a menudo cambiaban de dueño. En el caso de la Guayana británica y Surinam, el control del territorio constantemente cambiaba de posesión entre holandeses y británicos.

En este contexto, el desarrollo de los asentamientos de colonos blancos fue desde el principio hasta el final de la dominación europea uno de sus constantes dilemas, pues resultaba muy complicado que en estas colonias (al igual que en el Caribe), se establecieran de manera definitiva núcleos de población europea. Lo que, por otro lado, sí favoreció a la apropiación de estos espacios, fue el establecimiento y ampliación de los enclaves productivos (plantaciones) que se nutrieron de mano de obra esclava. De este modo la presencia afro es otro de los elementos que articulan la relación de las Guayanas con el Caribe, pues en número

e importancia cultural este grupo aporta más a la identidad regional que los sectores indígenas.

En la ex Guayana británica, por ejemplo, tuvo lugar en 1763 la rebelión de esclavos de Berbice, la cual constituye un hito histórico para el país. El 23 de Febrero en Magdalenenberg se conmemora como fiesta nacional pues marca el inicio del levantamiento en la plantación, gesta que se extendió por toda la región rápidamente, ampliando el control de los rebeldes a otras plantaciones.

A la cabeza de esta fugaz pero trascendente rebelión se encontraba Cuffy, quien en el momento de mayor esplendor del movimiento lideró a aproximadamente 2500 rebeldes. Sin embargo, la amalgama de los intereses coloniales, que bajo ningún escenario iba a permitir la formación de una rebelión generalizada contra el estatus quo esclavista, aunada a las disputas internas entre los líderes de la rebelión, decantó en su derrota en 1764. En consecuencia, el modelo de plantación esclavista perduró hasta mediados del siglo XIX, cuando fue abolido.

La región correspondiente a Guayana y Surinam quedó delimitada en términos administrativos entre 1814 y 1815 una vez que Holanda perdió el dominio de sus territorios frente al avance de la colonización británica¹⁹⁸. La disputa por el control colonial británico y holandés estuvo acompañada por los franceses, completando así la triada que se repartió el Caribe y se asentó en la región continental.

Durante el siglo XIX se estableció de manera definitiva el repartimiento colonial que determinó a esta región, proceso que estuvo acompañado por la distribución bajo los nuevos límites, de los pueblos nativos que habitaban en el interior de las Guayanas, ampliándose el crisol cultural con la llegada de la población afro fugada de las plantaciones (cimarrones). Los grupos indígenas de la ex

¹⁹⁸ El Tratado Anglo-holandés, suscrito en Londres en 1814, y el Congreso de Viena, desarrollado en 1815, formalizaron el traspaso de las colonias de Esequibo, Demerara y Berbice por parte de Holanda a Reino Unido, una vez que estos territorios ya habían sido ocupados por los británicos desde finales del siglo XVIII. De este modo para 1831, la Guayana británica ya quedó consolidada.

Guayana británica, además de ser los más numerosos, presentaron una mayor capacidad de articular procesos de rebeldía y resistencia.

Entonces, en la región de las Guayanas podemos encontrar población negra (traída de África), indígena y europea incorporada al territorio a partir de la segunda mitad del siglo XIX, además de una amplia cantidad de inmigrantes¹⁹⁹, particularmente de Asia, India, China, Indonesia, etc. Estos grupos forman parte del panorama multicultural que comprende a la región de Guayana y han sido determinantes en la configuración del proyecto nacional a partir del siglo XX, particularmente la población proveniente de la India.

Hay que tener en cuenta que buena parte de esta población de origen asiático, principalmente indostaní, fue traída al continente como parte de una política comercial colonial en su necesidad de reemplazar a los esclavos negros, una vez prohibida esta práctica. La migración de los indostaníes se realizó mediante la mediación de agencias de reclutamiento en cuya gestión primó el mecanismo del endeudamiento forzado con el fin de mantener una relación de trabajo semiesclavo. Sin embargo, esta política tuvo pobres resultados pues no logró reactivar la economía, principalmente agrícola que se desempeñaba anteriormente por la mano de obra esclava. Como señala Vilchez (2016):

En el Caribe anglófono, Jamaica, Trinidad y Tobago, Guyana, es determinante el contingente de migrantes indios, que llegaron durante el dominio británico, después de promulgada la abolición de la trata negrera y la esclavitud. En primer lugar eran hombres libres, utilizados como mano de obra barata, y tratados casi como esclavos -coolies- ellos suplieron a los negros esclavos en el duro trabajo de las plantaciones, actividad que se vio seriamente afectado, por la falta de trabajadores, lo que tendría una incidencia directa en las bajas de la producción. Estos inmigrantes, procedían en su mayoría de Calcuta y Madrás. Los indios, antes de llegar América, venían de una tradición de migrantes externos, muchos

¹⁹⁹ El despunte de la migración se produjo desde la década de los 40 del siglo XIX, después de la abolición de la esclavitud (1834 en Guayana y 1863 en Surinam), hasta las dos primeras décadas del siglo XX. En el caso de Guayana, la mayor cantidad de inmigrantes provino del este indio, quienes se dedicaron al cultivo de caña y arroz. A ellos se sumaron migrantes chinos quienes buscaron actividades laborales en las ciudades y portugueses, los cuales se dedicaron a la agricultura y a actividades comerciales. En Surinam la inmigración mayoritaria fue asiática, entre indopakistaníes, javaneses y chinos, quienes se dedicaron al comercio y ocuparon puestos de gobierno, relegando a la población negra a la agricultura y la minería.

se habían asentado en Malaca, Birmania y especialmente en Ceilán hoy Sirilanka. Las agencias coloniales de reclutamiento comenzaron a enviar trabajadores indios a sus colonias en el Caribe desde 1860, no fueron tiempos fáciles, pero supieron superar las adversidades y hoy ocupan puestos importantes en distintos ámbitos de la vida económica, social, y política de esas repúblicas. No sólo el Caribe anglófono fue receptor de esta mano de obra, también llegaron trabajadores indios o indostanes, como también se les reseña en algunos libros, para trabajar en la construcción del ferrocarril Colon-ciudad de Panamá, hoy son un grupo importante de comerciantes en la Zona libre de Colon. En Surinam, llegaron por acuerdos entre las autoridades británicas y holandesas y un caso muy poco o nada estudiado es un asentamiento de inmigrantes de origen indio en la zona minera del Callao, en Venezuela. A partir de 1920 llegaron a establecerse en el Valle del Cauca Colombia un grupo de Indostanos, sobre todo para trabajar en la venta de productos textiles y de quincallería, para los trabajadores de los Ingenios de la zona del Cauca, los pequeños poblados y de las ciudades intermedias (pp. 111-112).

Por otro lado, la construcción de los Estados nación en la región de la Guayana fue tardía pues coincidió más bien con la segunda oleada de independencias coloniales (la descolonización de Asia y África se produjo entre 1945 y 1970). Sus procesos de emancipación se consumaron más por un conceso que por un proyecto independentista, pues como se ha mencionado estos territorios pugnaron principalmente por la autonomía y no por la independencia total.

Bajo este contexto, la independencia dista mucho de ser una realidad para la región guyanesa pues el proyecto estatal de este núcleo colonial está condicionado por su rol en el mercado mundial como punto de enclave económico. Así, el desarrollo tecnológico del siglo XX, orientó los esfuerzos gubernamentales al aprovechamiento de los recursos minerales, particularmente en el caso de Guayana y Surinam²⁰⁰.

Así mismo, no es casual el nivel de injerencia política y económica que a lo largo del siglo XX ejercieron, y aún ejercen, Holanda sobre Surinam y Gran Bretaña

²⁰⁰ Según un informe de las Naciones Unidas (2016), en Surinam “se estima que se producen entre 20 y 40 toneladas de oro cada año, y al menos 20.000 de los trabajadores relacionados con la minería de oro están operando en el bosque. Cifras similares se pueden obtener en Guayana, con más de 12 toneladas de producción anual, y alrededor de 35.000 personas empleadas” (p.5). Del mismo modo, en Guayana Francesa, la fiebre que tuvo un impacto similar al del caucho en Sudamérica, fue la del oro, actividad extractiva que se mantiene hasta la actualidad de manera legal e ilegal.

sobre Guayana (esta incluso forma parte de la Commonwealth); no se diga el caso de la Guayana francesa, la cual aún permanece bajo el estatus colonial con la nomenclatura de departamento de ultramar (Montabo&Sanite, 2015). Estos elementos son de particular importancia en la relación que estos estados mantienen con sus poblaciones indígenas, como veremos más adelante. En el caso de Guayana han llegado incluso a desatar un conflicto de alcance internacional con Venezuela por la región del Esequibo.

En este escenario, el siglo XX representa para la región de las Guayanas un espacio de transición para tomar el control del gobierno, pasando de la “autonomía” a la independencia. Independencia, que no deja de estar acompañada de una fuerte dosis de neocolonialismo. Para el caso de Guayana, este proceso se concretó en 1966, mientras que para Surinam, se consigue en 1975, pero solo de manera formal pues inaugura un escenario de disputas por el control del gobierno, sumiendo al país en una inestabilidad política y social durante la década de los 80 del siglo XX.

Es importante destacar que las Guayanas volvieron a cobrar relevancia a partir de la década de los 40 con el desarrollo de la minería y la ampliación de la producción cauchera por la guerra. La minería representa aún en la actualidad, la principal actividad productiva²⁰¹, y es, junto con la extracción de petróleo en Guayana uno de los elementos que en hoy ponen en peligro a las poblaciones indígenas, dado que buena parte de los yacimientos mineros se encuentra en territorio que era tradicionalmente ocupado por estos pueblos. En este escenario, se expresa un neocolonialismo ejercido ahora sobre las poblaciones indígenas que,

²⁰¹ Según cifras del Banco Mundial, para el 2018, las rentas mineras representaban el 15,1% del Producto Interno Bruto (PIB) en el caso de Guayana y del 19,9% en el de Surinam. Estos porcentajes son mayores que el de otros países sudamericanos extractores de minerales como Chile (11,5%), Bolivia (4,1%) o Ecuador (0,2%) (En <https://datos.bancomundial.org>). Por tanto, en estos países la principal actividad económica es la extracción de oro y bauxita, dejando en segundo plano a otras actividades como la agricultura, la pesca, el comercio o la construcción. En Guayana, el oro genera alrededor del 64% de sus divisas mientras que en Surinam representa el 80% de sus ingresos; por tanto, la extracción de este producto ocupa un rol central en la economía de ambos países. Cabe señalar que en ambos casos esta actividad se concentra en la minería artesanal y de pequeña escala, por lo cual utiliza mercurio para su extracción, un metal altamente tóxico y contaminante (Diálogo Chino, septiembre de 2020).

dicho sea de paso, son minorías que en términos culturales, están muy lejos de formar parte de las narrativas nacionales.

4.2 Pueblos indígenas y Estados coloniales en las Guayanas

Como hemos visto, la amplísima extensión del territorio amazónico abraza prácticamente a toda Sudamérica, dándole forma a esta región y entretejiendo el relato histórico y cultural del continente americano. En la narrativa ecológica del mundo se asume a la Amazonia como un espacio “inexpugnable y de una inagotable riqueza natural” donde la intervención del ser humano tiene “poca o casi nula participación”. Sin embargo, este relato, no se sostiene cuando se analiza a profundidad el impacto antrópico positivo y la determinante presencia humana en la conformación y reproducción de las selvas tropicales que dan forma al territorio amazónico.

Once mil años de ocupación humana se pueden corroborar a través de los pocos pero trascendentes estudios sobre el pasado remoto de la Amazonía, mismos que han ido reescribiendo la historia de este nicho ecológico, el cual hasta hace poco parecía ajeno a la modulación de la experiencia humana. Con las revisiones arqueológicas contemporáneas nos es posible formular una nueva cartografía en donde la historia de los pueblos originarios permite reinterpretar el papel de los grupos que habitan en este territorio.

En este sentido, pocos espacios del entorno amazónico reflejan tan fielmente la estructuración de esta relación (ser humano-naturaleza) como la región correspondiente a las Guayanas²⁰². Es así que la presencia de grupos humanos en

²⁰² Si bien existe la necesidad de reconfigurar el papel de los pueblos originarios de la región amazónica, es importante destacar el carácter complejo de las relaciones ser humano-naturaleza que tienen lugar en dicho espacio, con el fin de evitar caer en reconceptualizaciones románticas sobre la historia y la contemporaneidad de los pueblos amazónicos. Por tanto, podemos retomar algunas reflexiones de Viveiros (2002) que contribuyen a dilucidar esta relación: “¿Cuáles son las implicaciones teóricas e ideológicas de esa nueva imagen de la Amazonía, que hace de ella una región originalmente populosa, con una ecología fuertemente marcada por la intervención humana, y de perfil sociopolítico complejo –obligándonos a concluir que el impacto de la invasión y la colonización europea fue todavía más destructivo que el tradicionalmente admitido? (...) La reevaluación “para arriba” del impacto de la conquista me parece perfectamente justa; pero la

la región nos aporta evidencia arqueológica e histórica que nos permite constatar el impacto antrópico armónico en un proceso de larga datación²⁰³.

Ahora bien, pocos grupos representan tan bien la adaptación al ambiente y su difusión como los caribes, grupo étnico que se extiende prácticamente por toda la región amazónica y que es un ejemplo de expansión armónica en el territorio. Es importante, en este sentido, iniciar el análisis sobre las poblaciones indígenas de la región de las Guayanas partiendo de los caribes. En primer lugar, porque son el grupo mayoritario y, en segundo, porque estos reflejan con fidelidad el carácter transfronterizo y nómada que estructura el modo de vida (ethos) de los pueblos originarios de la Amazonia, compartido con otros grandes grupos etnolingüísticos de la región²⁰⁴.

consecuente mayor victimización de las poblaciones indígenas puede ocasionar una visión degeneracionista de los grupos actuales, que les niega cualquier capacidad de autodeterminación histórica y, en el límite, puede desembocar en la absurda conclusión de que las sociedades contemporáneas, no siendo representativas de la plenitud original, son descartables, esto es, pueden ser asimiladas a la sociedad nacional sin mayores pérdidas para la humanidad. Sé que la proyección etnográfica tiene ciertamente sus peligros, ni se puede despreciar el riesgo inverso, el de una “perversión arqueológica”, sobre todo en un momento en que los pueblos nativos vienen utilizando su conexión histórica con el pasado para justificar su presencia en la escena política mundial, y así asegurar su futuro” (p. 295).

²⁰³ Los campos elevados constituyen un testimonio de la ancestral ocupación antrópica de una multiplicidad de ecosistemas. Sin embargo, en la región amazónica, estos son el reflejo progresivo del desarrollo de un proyecto de ocupación sostenido en el tiempo que, en la región de las Guayanas tuvo un importante papel para el desarrollo de las culturas precolombinas, pues si bien su presencia se distribuye en amplias regiones del continente, su desarrollo en las sabanas de la Guayana, así como en los llanos de Venezuela e incluso Mojos, en Bolivia, son elementos que atestiguan la compleja distribución geográfica y cultural de las sociedades amazónicas precolombinas. “En síntesis, los primeros campos elevados de la Guayana Francesa, construidos en esta región al mismo tiempo que los grandes montículos habitacionales, desde 300-650 DC., por poblaciones llamadas barranciodes. Sin embargo, fue durante el periodo siguiente, de 650 hasta la víspera de la conquista europea, hacia 1400 que la práctica de terraplanados agrícolas estuvo en auge. Estas comunidades, denominadas Arauquinoides, están ligadas a un foco cultural localizado en el Orinoco Medio, a algunos cientos de kilómetros más al oeste. Van ocupando progresivamente un territorio de cerca de 600 Km a lo largo de la estrecha planicie costera de Guayana, Surinam y de la Guayana Francesa” (Rostain & Jaimes, 2017: pp. 91).

²⁰⁴ Por ejemplo, los Arawak Warau (o Lokono, como se denominan hoy): “Antes de la llegada de los europeos, la región de la actual Guayana fue habitada por tribus arawak y caribes. Los arawak la denominaron Guayana, que significa “tierra de muchas aguas”, por tener terrenos húmedos y costas tupidas de manglares y pantanos. Los arawak fueron desalojados por los Caribes, quienes dominaron gran parte del territorio, y luego se desplazaron hacia las islas del mar Caribe de quienes tomaron su nombre. Tanto los arawak como los caribes eran pueblos nómadas, organizados en familias de 15 a 20 integrantes, que vivían de la caza y de la pesca. A la llegada de los europeos se calcula que había unos 500 mil habitantes” (CADPI, Óp. Cit., p. 2).

Los caribes constituyen un punto de quiebre en la narrativa sobre el indígena amazónico por su potencial expansionista y su nivel de resistencia y reproducción cultural. Se distribuyen desde Colombia y Venezuela, pasando por la región de Guayanas hasta la Amazonía peruana, así como por la región de las Antillas, espacio al cual incluso le dan nombre: Caribe. Su carácter nómada y transnacional y su capacidad adaptativa aportan elementos fundamentales para entender lo que en esta investigación hemos denominado *ethos amazónico*.

Las habilidades de los Caribe para la caza, la recolección y la pesca, entre otras, forman parte de la columna vertebral del modo de vida selvático, el cual tiene como principal premisa la supervivencia y la reproducción, más allá de la producción para la acumulación. A esto habría que sumarle su carácter transcultural²⁰⁵, imponiendo sus formas de vida y adaptándose, en ocasiones, a circunstancias en las cuales son minoría.

Los caribes son, por tanto, un ejemplo esencial y punto de partida para los pueblos de la región amazónica y, a la vez, el eje principal de la construcción de una noción de otredad impuesta por el *ethos* colonial de dominio, pues este grupo se ha tomado como punto de referencia de una categorización negativa de los grupos amazónicos debido a una de sus prácticas rituales de guerra: el canibalismo.

En torno a esta práctica se ha construido una categoría que traspasó la narrativa histórica de la conquista y se insertó incluso en la discusión científica, la de caníbal, colocándose como un elemento fundamental para el afianzamiento de la idea del “salvajismo intrínseco” de los pueblos amazónicos y justificando su

²⁰⁵ La transculturación es un concepto que expresa el proceso mediante el cual un pueblo o grupo social asume, total o parcialmente, las prácticas culturales de otro; expresando una noción más amplia que la de aculturación, usada por la antropología de principios del siglo XX. El concepto de transculturación “fue propuesto en 1940 por el antropólogo cubano Fernando Ortiz, como una noción más pertinente que la de aculturación (...) Ortiz rechazó el concepto de aculturación argumentando su carácter unidireccional: los individuos de la cultura dominada se adaptan, es decir se aculturán, incorporando elementos de la cultura dominante. En su visión, el concepto de transculturación era necesario para incorporar el carácter multidireccional de los contactos culturales (...) En los procesos de aculturación —aunque podría argumentarse que lo mismo ocurre en los procesos de transculturación— casi siempre hay una cultura que aparece como dominante y más fuerte. Los contactos culturales están tejidos invariablemente sobre relaciones de poder” (Pérez-Brignoli, 2017: 98).

proceso paulatino de exterminio. Esta noción a su vez invisibiliza los elementos que lo constituyeron como un exitoso grupo que se expandió desde las islas que llevan su nombre hasta el corazón de Sudamérica.

Es por ello que para ampliar la discusión sobre las especificidades de los pueblos indígenas de la región de la Guayana, esta investigación considera importante tomar como punto de inicio a este grupo que es el más representativo entre las poblaciones nativas que aún existen en el territorio y que, bajo las divisiones lingüísticas correspondientes, mantienen una presencia física y cultural que es determinante en Guayana, Guayana Francesa y Surinam.

Cabe señalar que los pueblos indígenas de la región de Guayana no solo representan una minoría en términos cuantitativos, sino que se ubican en la narrativa de “lo nacional” como la reminiscencia de un pasado arcaico que no encaja con los proyectos de “modernización y desarrollo” de Estados cuyo multiculturalismo es resultado de un proceso económico globalizado de larga datación.

En este sentido, los pueblos indígenas de las Guayanas constituyen un punto de enclave para la resistencia a este doble colonialismo al que se han visto históricamente sometidos, primero por los colonos europeos y después por el Estado mestizo y afro que administra el territorio y que, dicho sea de paso, ha realizado pocas y pobres concesiones al reconocimiento de la autonomía y de los territorios de estos pueblos.

Surinam, por ejemplo, en su último censo de 2012 contabiliza una población nativa de 20.344, la cual constituye apenas el 3.8% de los habitantes del país. Los grupos indígenas más numerosos de este país son los Kali'ña (caribes), Lokono (Arawaks), Trío (Tirio, Tareno) y Wayana. Y, los de menor número, son los Akurio, Apalai, Wai-wai, Okomoyana, Mawayana, Katuena/Tunayana, Pireuyana, Sikiyana, Alamayana, Maraso, Sirewu y Sakëta. Los grupos que habitan el norte (Kali'ña y Lokono, principalmente) son conocidos como los de “tierras bajas”, mientras los que viven al sur (Tríos y Wayana, entre otros) se les denomina de “tierras altas” (Mamo, 2020: 503).

Desde la independencia formal de Surinam de los Países Bajos en 1975, la situación de los derechos de los pueblos indígenas no solo que no ha mejorado, sino que por el contrario, ha profundizado las desigualdades estructurales de un Estado conducido por una minoría de origen mestizo que en estos años no ha considerado la inclusión plena de estos pueblos al proyecto nacional.

Surinam no reconoce el convenio 169 de la OIT, limitando con ello los plenos derechos de los pueblos indígenas a ejercicios como la autonomía y la autodeterminación, así como la plena propiedad de los territorios que ancestralmente les pertenecen. Por el contrario, el Estado surinamés ha defendido una posición negacionista de los derechos y las facultades políticas y administrativas de estos pueblos a autogobernarse.

En este sentido, los escenarios de disputa en los que se expresa la resistencia de los pueblos originarios de Surinam tienen como ejemplo los reclamos de los pueblos Kali'ña y Lokono por el reconocimiento de sus derechos de autodeterminación y propiedad plena del territorio que ocupan, en donde se encuentran importantes reservas mineras.

La situación de los Kali'ña y Lokono ha llegado a la Corte Internacional y propone el reconocimiento de los elementos antes mencionados. Sin embargo, los avances en materia legislativa para la protección de estos pueblos siguen siendo mínimos y esta situación los mantiene indefensos ante el avance de empresas transnacionales enfocadas en la explotación de sus recursos. Como lo señala el informe denominado Mundo Indígena 2020:

Aunque la redacción de nueva legislación para el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas y tribales pueda cumplir parte de la Sentencia Kali'ña y Lokono de la Corte Interamericana de Derechos Humanos contra el Estado de Surinam (2015), no se ha hecho ningún otro avance en este sentido. La Corte ordenó a Surinam, entre otros aspectos, reconocer legalmente la propiedad colectiva de los pueblos Kali'ña y Lokono de sus tierras y recursos tradicionales, así como también su estatus jurídico ante la ley en Surinam. Además, el veredicto confirmó los derechos de los Kali'ña y Lokono sobre las zonas protegidas que se crearon en sus territorios y ordenó un proceso de restitución o

compensación por esas tierras. La Corte decidió en términos similares en cuanto a títulos de terceros sobre tierras indígenas que se habían otorgado sin su consentimiento. El Estado de Surinam también está obligado a rehabilitar la zona afectada por actividades de minería de bauxita en la Reserva Natural Wane Kreek. Dada las reiteradas violaciones de Surinam de derechos de los pueblos indígenas y tribales (véase también el caso Saramaka y partes pertinentes del caso Moiwana), en este dictamen la Corte ordenó medidas similares para todos los pueblos indígenas y tribales de Surinam (Ibíd., p. 505).

Evidentemente, uno de los factores que empatan a los indígenas de Surinam con los del resto de la región amazónica es la avanzada extractivista sobre sus recursos, particularmente la minería, eje fundamental para el desarrollo de la tecnología contemporánea que encuentra en la bauxita (roca sedimentaria con alto contenido de aluminio), un importante elemento para el desarrollo de piezas de microcomponente.

En este escenario, los procesos de resistencia de los pueblos indígenas de Surinam han logrado articularse a través de colectivos como la Asociación de Líderes de Pueblos Indígenas (Vereniging van Inheemse Dorpshoofden en Suriname, VIDS) y la Organización de los Pueblos Indígenas de Suriname (OIS):^{esta última adscrita} a la COICA. Sus ejes de acción giran en torno al reconocimiento político y la pugna por la inclusión de los grupos nativos en el proyecto de Estado.

Como resultado de la presión ejercida por los pueblos indígenas, en 2019 se aprobó la “Hoja de Ruta para el reconocimiento legal de los derechos de los pueblos indígenas y tribales”, a través de un proceso que si bien contó con la participación de los pueblos nativos, fue conducido desde el Gobierno. La implementación de esta hoja de ruta fue encargada a un equipo de coordinación formado por funcionarios gubernamentales; el objetivo era garantizar la elaboración de una Ley sobre los Derechos Colectivos de los Pueblos Indígenas y Tribales de Surinam, así como una propuesta de revisión de la Constitución Nacional, sin embargo, hasta el momento el avance de esta tarea no ha sido significativo pues estos documentos aún se encuentran en borradores.

En tal sentido, la reorientación de la política formal, los ajustes y las políticas públicas para la atención a los pueblos indígenas no se ha hecho efectiva. En sí

misma, la Hoja de Ruta y su incumplimiento ha sido una forma dilatoria por la cual la Asamblea Nacional ha manipulado las demandas justas por la titulación de la tierra de los pueblos indígenas y ha mantenido la política de concesiones de sus territorios como una medida para alcanzar el “desarrollo”.

Para el Estado de Surinam, mantener los territorios tribales sin titulación conviene a los intereses económicos del sector privado. Un ejemplo de esto es el proyecto de ampliación del Aeropuerto Internacional Johan Adolf Pengel, el cual atravesará el territorio de las aldeas de Hollandse Kamp y Witsanti. Este proyecto contará con la participación de capital chino. Otro ejemplo lo constituyen las concesiones realizadas en 2015, también a empresarios chinos, de territorios habitados por grupos indígenas²⁰⁶.

En este escenario se distinguen dos actores, por un lado, el extractivismo de empresas chinas impulsando proyectos de “desarrollo nacional” como el aeropuerto o la ampliación de la infraestructura del país y, por otro lado, bajo la misma tónica, la presencia del Banco Mundial que busca aplicar una estrategia de “desarrollo” a través de un préstamo de 25 millones de dólares que está encaminado a favorecer al sector privado. Sin embargo, no hace falta recordar los criterios vinculantes del Banco Mundial al momento de otorgar esos préstamos, es decir, el nivel de compromiso e impacto ecológico que adquiere Surinam sobre este limitado recurso económico en detrimento de su entorno natural así como de los pueblos y comunidades que lo habitan.

El Estado de Surinam ha sido un importante mediador para que estos dos actores, China y el Banco Mundial, cumplan con su objetivo de impulsar la ampliación del frente extractivo. Por tanto, ante la complicidad del estado, la

²⁰⁶ Como lo señala el Informe del Mundo Indígena 2020, el Estado tiene carta abierta para disponer de territorio ocupado por grupos nativos: “Dos aldeas del distrito de Para, Matta y Cabendadorp, se quedaron perplejas y conmocionadas al descubrir que cientos de hectáreas de su tierra comunal habían sido vendidas a sendos individuos, un rico empresario y un inversor chino. En el caso de Matta, resultó que el título de propiedad de la tierra ya lo había entregado el Gobierno en 2015, poco tiempo antes de las elecciones de ese año, y fue vendido posteriormente por un banco al no poderse pagar una hipoteca sobre esa tierra. Dado que no existe legislación sobre los derechos a la tierra de los pueblos indígenas y tribales, todas las tierras a las que no se ha conferido un título de propiedad se consideran tierra de propiedad estatal y el Estado tiene el poder de venderla o asignarla mediante alquileres a largo plazo a individuos o empresas” (p. 505).

arremetida del capital trasnacional en esta región ha encontrado resistencia únicamente en liderazgos indígenas que intentan articular acciones desde organizaciones como la OIS y la VIDS, como se citó antes.

No obstante, la resistencia que puedan ejercer los movimientos indígenas de Surinam, no puede estar al margen del esfuerzo regional por contener la expansión de los frentes extractivos que encuentran en la región amazónica un importante reservorio de recursos²⁰⁷.

Quizá el elemento más importante a destacar en el caso de Surinam y del movimiento indígena de este país es la necesidad de superar una política colonial que es incapaz de reconocer la más mínima conquista a los pueblos originarios, elemento en común con los otros casos de la región de la Guayana. Es por ello que es indispensable que se avance en la legislación que permita garantizar el reconocimiento de los territorios indígenas, para a partir de ahí empezar a construir mecanismos que garanticen el respeto y la continuidad de sus formas de vida.

La lucha por el reconocimiento formal de los pueblos indígenas no es exclusiva de la región de Guayana, sin embargo, lo que particulariza a este territorio es el nivel de articulación de los pueblos indígenas al proyecto nacional, pues estas poblaciones tienden a encontrarse aún más aisladas que sus pares de las otras

²⁰⁷ Como lo señala World Wildlife Fund (Fondo Mundial para la Naturaleza): “Investigaciones recientes de WWF encontraron que 15 % del Bioma Amazónico está potencialmente cubierto de concesiones mineras y de contratos para la extracción de gas y petróleo, aunque esta cifra es mucho más alta, 30 %, si se tienen en cuenta las concesiones en solo las áreas protegidas. Ya se concedieron permisos a 800 solicitudes de minería y extracción de combustibles fósiles en áreas protegidas y están en estudio otras 6 800. El análisis de 439 áreas protegidas encontró que casi la mitad se traslapa parcial o completamente con concesiones mineras y 13 % con áreas contratadas para exploración de gas y petróleo. Además, hay más de 600 (37 %) territorios indígenas afectados por más de 400 contratos de minería y 100 de gas y petróleo. En su totalidad, se han aprobado 1 400 derechos de actividades extractivas en la Amazonía. Estos contratos traslapan y tienen impacto potencial en casi 24 millones de hectáreas. La gran mayoría está en Brasil y es posible que se amplíen a otros países. La mayoría de las solicitudes aprobadas son para exploración y muchas, probablemente la mayoría, no terminarán en extracción. Hasta ahora 329 sitios de minería son productivos, afectando 32 áreas protegidas y 35 territorios indígenas; mientras que hay 87 sitios produciendo gas y petróleo, afectando 12 áreas protegidas y 59 territorios indígenas. Eventos en los últimos años demuestran una tendencia a desconocer designaciones nacionales e internacionales de protección. De los 16 sitios Ramsar en el bioma o en la costa y dependientes del bioma, dos sitios en Brasil tienen, en conjunto, 28 concesiones mineras con 10 compañías, principalmente de oro. Adicionalmente, sitios Ramsar en Ecuador, Perú y Surinam tienen concesiones petroleras: en Ecuador y Perú cubren el 100 % de los sitios” (Charity, Dudley, Oliveira & Stolton: 2016: 52-53).

regiones. Esto se debe al carácter minoritario y marginal de las poblaciones indígenas de estos países (Guayana, Surinam y Guayana Francesa), lo cual, por otro lado, les asigna una posición relativamente favorable en relación a la presión exterior.

Sin embargo, los pueblos indígenas de la Guayana no están ajenos a esta nueva embestida extractiva que pone en riesgo su subsistencia, pues la expansión minera que viene operando en Surinam desde hace más de una década bajo la conducción de grandes multinacionales extranjeras como la IAMGOLD y Newmont Mining, pone en peligro el carácter fluvial de estas poblaciones²⁰⁸.

Como se ha mencionado, uno de los elementos que caracteriza a los pueblos nativos de la región guyanesa es su aislamiento así como la débil presencia del Estado, a pesar de la importancia que tiene la región amazónica en cada uno de estos países. Por ejemplo, en Guayana Francesa, cuya extensión es de 83.846 km², el 90% del territorio se encuentra ocupado por bosque tropical, y sin embargo, solo alrededor de 10 mil de sus habitantes son de origen indígena, es decir, entre el 3 y 4% del total de la población (2020).

Este pedazo de la Guayana es el menos poblado de los tres y pertenece a una categoría diferente en términos de su condición política pues se mantiene como un departamento de Ultramar de Francia. La mayoría de su población indígena se concentra en los márgenes del río Maroni y está compuesta principalmente por los pueblos Pahikweneh, Lokono y Téléuyu que viven a lo largo de las costas, entre

²⁰⁸ Como lo advierte el informe del Fondo Mundial para la Naturaleza de 2016: “El aumento en el precio del oro ha creado fiebre minera en la Amazonía. Se han identificado focos en Perú, Bolivia, Surinam, Guayana y Guayana Francesa, entre otros. La minería de oro es un negocio grande; Perú es el sexto productor más grande del mundo, mientras que en 2011 la minería en pequeña escala en Surinam empleó alrededor de 20 000 personas, generando US\$950 millones. La minería tiene dos impactos ambientales significativos: la deforestación directa y la destrucción de la estructura ribereña como resultado de la minería y la colonización asociada, además de la contaminación generada por la sedimentación en los ríos y la liberación de materiales tóxicos. Mientras que la pérdida de bosque es menor en extensión en comparación con la deforestación causada por otros usos de la tierra, como la agricultura o las áreas de pastoreo, es una fuerza regional importante y, por ejemplo, actualmente la causa más grande de pérdida del bosque en Guayana. El aumento en la sedimentación producida por la fragmentación de los márgenes de los ríos y el bosque adyacente con mangueras de agua de alta presión tiene impactos muy negativos aguas abajo en la vida acuática, incluyendo los peces” (Ibíd., p. 54).

Saint Laurent du Maroni y Saint Georges de l'Oyapock (San Jorge de Oyapoque), y los pueblos Wayampi y Teko que viven en Oyapock. Están también los pueblos Wayana, junto con algunos Teko y Apalaï, en el alto Maroni (Mamo, 2020: 443).

Otro elemento característico de la Guayana francesa es el mestizaje que se presentó entre pueblos indígenas y la población de origen afrodescendiente, el cual dio lugar a grupos cimarrones (bushinenges)²⁰⁹. Esta situación ha sido relevante en la construcción de la nacionalidad en este territorio pues la población indígena y afroindígena se ha enfrentado a la negación intencional al reconocimiento formal (legal) de estos grupos por el Estado francés, con lo cual permanece abierta una brecha legal para la mercantilización de sus territorios con un amplio potencial minero²¹⁰.

²⁰⁹ Con la abolición de la esclavitud en Francia y sus colonias en 1848 se garantizó la "libertad" de miles de esclavos que sirvieron a los intereses de Francia. Sin embargo, la historia de los pueblos cimarrones y su libertad antecede a la concedida formalmente por el gobierno francés. Estos pueblos que se asentaron en las selvas de Guayana son conocidos como bushinenges y se mezclaron con la población nativa, dando lugar a un nuevo mestizaje que hoy constituye un importante sector de la población de Guayana Francesa. La etimología de la palabra proviene de los holandeses *Boschnegers* o *Bosnegers* y los ingleses *Bush Negroes*. A los bushinenge también se les llama *Maawina Nengué* (los Negros de los Maroni) o *Liba Piking* (los niños del río). Son "ex esclavos cimarrones que huyeron de Surinam en el siglo XVIII y han alcanzado a formar entidades políticas relativamente autónomas dentro del bosque. Han conservado en gran medida sus usos y una forma de vida heredados del continente negro" (Delisle, 2000: 11). Ellos son Djuka, Saramaka, Matawaï, Kuinty, Paramaka y finalmente Boni o Aluku, es decir seis grupos étnicos constituidos en sociedades matrilineales. Estos grupos son diferenciados en tres niveles. Un primer nivel, el lingüístico, distingue estos grupos étnicos por estructuras de lenguaje que, si permiten que ciertos grupos se entiendan (Djuka, Paramaka y Aluku por un lado, Saramaka, Matawaï y Kuinty, por el otro), no tienen los mismos orígenes: inglés para el primero, portugués para el otro. Un segundo nivel geográfico divide a estos grupos étnicos en territorios definidos: el Saramaka, Matawai y Kuinty se establecen principalmente en Surinam, mientras que Djuka, Paramaka y los Aluku viven principalmente a lo largo de los ríos Maroni y Lawa en Guayana Francesa. Finalmente, un tercer nivel, histórico, marca la independencia institucional de cada uno en el tiempo cronológico. La historia de los Aluku es difícil de armar, especialmente cuando se trata de cuándo se formaron. Tristan Bellardie piensa que "se formaron alrededor de 1772, alrededor de un jefe, Boni" (Bellardie, 1994: 27) y luego que Jean Moomou cree que "según Wim Hoogbergen, los archivos señalan su existencia real en 1769, pero el núcleo inicial se remonta a 1712 como los otros grupos" (Pruneau, Dumond, Agoudouman & Bourdon, 2009, p. 44).

²¹⁰ Como lo advierte un informe del Grupo de Trabajo Internacional para Asuntos Indígenas (IWGIA) financiado por el gobierno de Dinamarca: "Francia ha ratificado la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas (UNDRIP) de 2007, pero no el Convenio N.º 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Solo reconoce las zonas de derechos de uso colectivo (ZDUC), las concesiones y las transferencias. Estas zonas cubren el 8% de la masa de tierra del país y no dan más que un simple derecho de uso sobre la tierra. Durante los disturbios sociales en la Guayana Francesa entre marzo y abril de 2017, el ministro de Ultramar firmó un memorando de entendimiento –el 2 de abril de 2017– con el pueblo indígena y Bushinenge en el que el Gobierno asumió 20 compromisos. Entre ellos figuraba la devolución de 400.000 hectáreas de

El ejemplo principal de este potencial lo constituye Montagne d'Or (Montaña de Oro), un yacimiento minero ubicado en un corredor no protegido de una Reserva Biológica Integral, en donde se estima que existen al menos 167 toneladas de oro. El proyecto inició exploraciones en 2014 bajo el control de las multinacionales Nordgold y Columbus Gold, de capital ruso y canadiense. Esta concesión desencadenó una movilización indígena en 2018 debido a su alto impacto ambiental y a las afectaciones secundarias que se advertían para su población, lo cual puso en evidencia, además, la necesidad de que exista una legislación que garantice y proteja los derechos de las poblaciones originarias (Lézy, 2000).

En este escenario la contaminación ambiental se ha convertido en uno de los elementos cruciales para la discusión del derecho a la propiedad de la tierra por parte de los pueblos indígenas de la Guayana francesa, lo cual pone en evidencia la postración política y burocrática del Estado francés en este territorio de ultramar en donde el envenenamiento por plomo forma parte de una de las principales problemáticas de salud de los pueblos indígenas, principalmente en los niños²¹¹. A esto, habría que sumarle que la expansión agrícola pone en riesgo los territorios y las formas de vida de estos pueblos, los cuales actualmente enfrentan una oleada de suicidios (Berger, 2019: 188).

Ante este devastador panorama, los grupos indígenas de la Guayana francesa pugnan por el reconocimiento diferenciado de sus derechos como pueblos originarios y la necesidad apremiante de revisar su situación dentro del marco legal francés y por ende de su particularidad como departamento de ultramar. La Guayana francesa está sujeta a la ley general de Francia y por tanto, no tiene

tierra a los pueblos amerindios y el compromiso de que el Consejo de Estado examinaría la constitucionalidad del Convenio N.º 169 de la OIT" (Mamo, Óp. Cit., p. 443).

²¹¹ Según un estudio del Sistema de Sanidad Pública de Francia desarrollado entre 2015 y 2017, "el 20% de los niños de Guayana padece una excesiva presencia de plomo en su sangre. Indica que hay altos niveles entre la población infantil, entre los habitantes de Trois-Sauts (Camopi), en la mandioca y sus productos derivados, y que existe exposición simultánea a plomo y metilmercurio entre los habitantes de Haut-Maroni y Haut-Oyapock. El estudio recuerda que las fuentes de sobreexposición son muchas (recipientes para alimentos y utensilios de cocina de cerámica artesanales, agua distribuida a través de tuberías de plomo, etc.) y que los efectos para la salud son neurológicos, hematológicos y renales. Entre niños, los efectos tóxicos aparecen incluso a niveles bajos de contaminación por plomo" (Berger, 2019: 187-188).

consideración sobre las particularidades de los modos de vida de esta región²¹². Francia, por otro lado, se ocupa en la actualidad de este territorio bajo un marco geopolítico estratégico en cuya prioridad se encuentran la extracción minera y el desarrollo y continuidad del Puerto espacial de Kourou de la Unión Europea.

Por tanto, los grupos indígenas, pese a representar alrededor del 4% de la población nacional, no constituyen, en términos cualitativos, un elemento a considerar a la hora de administrar esta colonia, situación que pese a la “independencia” obtenida por Surinam o Guayana, ha sido predominante en la región. Es decir, su marginalidad en términos culturales y políticos con la región sudamericana los ata fuertemente a las metrópolis que dictan a miles de kilómetros su política interna, como en el caso de la Guayana francesa.

Ante esta situación los pueblos nativos articulan acciones de resistencia y búsqueda de reconocimiento legal a través de la Federación de Organizaciones de Amerindios de Guayana (FOAG), la cual se encuentra adscrita a la COICA, pese a que en términos prácticos dicha Federación ha tenido mayor cercanía y coordinación con las comunidades Maroons (cimarrón) de Jamaica.

Otro ejemplo de la continuidad en la negación y el no reconocimiento pleno de derechos es el de Guyana, la cual tras obtener su independencia de Inglaterra el 26 de mayo de 1966 y poseer en términos cuantitativos una población indígena más amplia que en los otros casos (Guayana francesa y Surinam), ha mantenido históricamente constantes conflictos con la población nativa, en el marco de la disputa por el “aprovechamiento” de sus territorios. Como lo veremos en el próximo apartado, en la actualidad Guyana está en el centro del debate por su potencialidad económica en materia de explotación de hidrocarburos, principalmente el petróleo.

²¹² Es importante destacar que el 28 de febrero de 2017, por iniciativa de Francia, se creó el Gran Consejo Consuetudinario, como un órgano consultivo cuyo objetivo es representar y defender los derechos de las poblaciones amerindias y bushinenge de Guayana francesa. Sin embargo, “El 14 de enero de 2020, el presidente del Gran Consejo Consuetudinario de las Poblaciones Amerindias y Bushinenge, Sylvio Van Der Pilj, recordó al Congreso de Diputados saliente lo siguiente: El Gran Consejo Consuetudinario se encuentra bajo la autoridad del Estado francés y de la CTG. Es una herramienta que da a los pueblos indígenas una voz puramente consultiva. Sin embargo, debería ser un órgano de decisión en lo que respecta a cuestiones como la gestión de las tierras y los permisos de explotación minera” (Mamo, Op. Cit., p. 444).

En Guyana la población indígena constituye en la actualidad el 10.5%²¹³ del total de la población, es decir, un aproximado de 78.500 habitantes (Mamo, Óp. Cit., p. 431). Guyana, como muchas de las pequeñas ex colonias británicas, constituye un crisol multicultural en donde la inmigración ha tenido un rol preponderante. En este territorio de habla inglesa, las disputas por el control del Estado y entre el Estado y la minoría indígena, han sido una constante histórica. La presencia de indios orientales (40%) y afros (29%) conforma, junto con los mestizos (20%), la mayoría de la población, por tanto, el reconocimiento de derechos específicos de los pueblos originarios ha sido una causa postergada, al igual que en los otros dos casos.

En el territorio de la ex Guayana británica se pueden encontrar nueve naciones amerindias distribuidas entre la costa y el interior: Waraos, Arahucos, Caribes (Kariña), Wapichana, Pemones, Makushi, Waiwai, Patamona y Akawayo. Estos pueblos se ubican justamente en el centro del debate dado que ocupan territorios ricos en minerales y maderas, materias primas destinadas a la exportación.

En el caso de la Guayana británica la movilización indígena se puede documentar desde la década de los sesentas del siglo XX bajo la demanda del reconocimiento legal de sus territorios una vez que el Acuerdo de Independencia del Reino Unido (1965) incluyó un proceso de titulación de tierras. Esta situación derivó en la fragmentación de la propiedad comunal indígena y, pese a las constantes disputas entre los indígenas y el Estado, la Constitución no les reconoció derechos específicos.

Solo hasta el año 2009 se realizó un reconocimiento parcial de algunos títulos de propiedad sobre la tierra, sin embargo, la burocratización para reconocer dichos títulos de propiedad se complicó en los años subsecuentes, generando un proceso de hiperdemarcación que se encaminó a favorecer principalmente a los migrantes provenientes de la costa de Guyana y de China.

²¹³ El porcentaje actualizado a 2020 varía un punto y medio en relación al Censo de 2002 (9.1%).

Pese a que el gobierno guyanés creó un Ministerio de Asuntos de los Pueblos Indígenas y, en 2007, refrendó la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, Guyana es uno de los pocos países sudamericanos que no ha ratificado el convenio 169 de la OIT, un posicionamiento político similar al de Surinam.

De este modo, el cumplimiento efectivo de los derechos de la población indígena de Guyana ha sido históricamente un proceso de disputa con el Estado, así como con las transnacionales, principalmente mineras. Un ejemplo de este proceso se puede situar en la lucha de los pueblos Akawayo y Pemona para conseguir la conformación de un distrito de propiedad colectiva de la tierra y que pugnó por el reconocimiento en la Ley sobre las tierras del Estado de estos mecanismos de organización y reproducción de sus formas de vida. Sin embargo, esta disputa lleva décadas sin una solución²¹⁴.

En este escenario, los pueblos amazónicos e indígenas de la Guayana británica se han enfrentado ante el *modus operandi* de la Comisión de Geología y Minería de Guyana, organismo que se encarga de administrar las licitaciones sobre las concesiones de los territorios de ese país y es conocido por la forma fácil y casi expedita de otorgar concesiones mineras.

Por otro lado, los partidos y organizaciones políticas históricamente han demostrado desinterés por incorporar en su proyecto de gobierno a las poblaciones indígenas, a las cuales solo visibilizan discursivamente durante periodos electorales. Por tanto, los indígenas constituyen el grupo más vulnerable del Estado

²¹⁴ Como lo explica el informe del Mundo Indígena de 2019 (Óp. Cit.): “Desde hace mucho tiempo las aldeas de Paruima, Waramadong, Kamarang (Warawatta), Kako, Jawalla y Phillipai en Upper Mazaruni han solicitado títulos de propiedad colectivos como un solo distrito akawayo y pemón. Luego de más de dos décadas de evasivas del gobierno, en 1998 siete aldeas finalmente elevaron su caso ante el Tribunal Superior; sin embargo, desde entonces se han dado repetidas postergaciones, incluso en 2018. Otros grupos de aldeas amerindias también han solicitado títulos de propiedad colectivos y comunales individuales, ya que esto les permitiría realizar sus prácticas económicas tradicionales de agricultura rotativa seminómada que previene el agotamiento de la fertilidad de la tierra, así como también defender su territorio consuetudinario contra la imposición de licencias de minería de los costeos. No está claro por qué las siete aldeas no emplean otras vías para lograr que su caso avance, y por qué otras naciones amerindias, como por ejemplo la Wapichan en Rupununi del sur, no apoyan a las aldeas del Mazaruni dado que los mismos argumentos se aplican a la mayoría de las tierras amerindias tradicionales en Guayana” (pp. 194-195).

en todos los sentidos, pues se enfrentan a altas tasas de desempleo (40%) dada su precarización económica, su formación académica de pésima calidad, la ausencia de escuelas, la falta de vivienda digna, entre otros problemas estructurales que no han hecho más que acrecentar la brecha entre la compleja y disfuncional sociedad multicultural guyanesa en donde el control del Estado recae en los indo guyaneses y la población afro y mestiza, relegando a la población indígena de Guyana de cualquier proyecto de desarrollo nacional.

Habría que tener en cuenta que la pobreza y marginalidad son resultados directos de la conversión de las estructuras de organización de vida tradicionales de los pueblos originarios de esta región y que, en el proceso de integración de los pueblos indígenas al Estado guyanés, se enfrentan a una competencia altamente desigual. En este escenario los pueblos que conservan sus formas de vida tradicionales están siendo acosados constantemente por la expansión del Estado, por un lado, y por la presencia cada vez más constante de madereros y mineros ilegales que se adentran en su territorio, por otro. Así, su existencia está determinada intrínsecamente por sus procesos de resistencia y defensa del territorio.

De este modo, los programas sociales que se llevan a cabo en los territorios indígenas guyanesas presentan un enfoque de desarrollo microempresarial que no es ni empático ni afín con la idiosincrasia y las prácticas de reproducción cultural de las poblaciones nativas. Por ejemplo, en la actualidad opera en la región amazónica un proyecto de desarrollo impulsado por el gobierno de Noruega denominado *Amerindian Land Titling* (Titulación de Tierras Amerindias), orientado a implementar en los territorios indígenas proyectos de desarrollo sostenible con el fin generar nuevas estrategias para disminuir las emisiones de carbono y aportar a la conservación del medioambiente.

Este tipo de proyectos reflejan la contradicción entre la posición de occidente, con su horizonte de desarrollo en el marco del capitalismo verde, y la imperante necesidad de garantizar los medios legales de tenencia y reproducción de la tierra de los pueblos originarios, mismos que responden a un ethos incompatible con el

proyecto desarrollista de Estado, el cual mantiene un enfoque utilitarista del espacio y el territorio con todo lo que esto implica.

Bajo este contexto, Guayana británica presenta una historia de resistencia indígena que no puede compararse con los otros dos casos de estudio dado su dinamismo y sus procesos de lucha, ejemplo de ello fue la rebelión del Esequibo (Rupununi) que constituyó en sí un movimiento de tintes autonomistas en donde el factor étnico indígena se reivindicó en una disputa territorial que buscaba la separación del territorio y su adhesión a Venezuela. Este movimiento, encabezado por la lideresa indígena Valerie Hart²¹⁵, fue sofocado en pocos días dejando alrededor de 100 muertos. No obstante, se requirió de mediación internacional para finiquitarlo²¹⁶.

Por tanto, Guayana representa la exacerbación de las contradicciones entre los modos de vida occidentales capitalistas, reproducidos y maxificados por los inmigrantes provenientes de India, China, Malasia, etc., quienes reivindican un ethos colonial de dominio eminentemente centralista y fuertemente dependiente del capital frente a los pueblos indígenas, quienes a través de sus luchas y sus resistencias plantean la persistencia y ampliación de un modo de vida intrínseco al territorio que habitan (Amazonía).

En conclusión, las poblaciones indígenas de toda la región de Guayana, comparten en común un desfase importante en relación con los otros movimientos

²¹⁵ Valerie Hart es una lideresa indígena de la etnia wapishana que militó en el Partido Amerindio de Guayana. Luego de su participación en la Rebelión de Rupununi fue exiliada, primero a Venezuela, y posteriormente a Estados Unidos.

²¹⁶ El levantamiento del Rupununi inició el 1 de enero de 1969 como una revuelta armada protagonizada por los rancheros de la región, la cual contó con la adhesión de la Asociación de Indios Americanos de Guyana, quienes expresaron su deseo de separarse de Guyana, un Estado que desde su independencia desconoció los derechos a la tierra de los amerindios y de los ganaderos de Rupununi.

Por tanto, los grupos de rancheros y amerindios, liderados por Valerie Hart, presidenta de la Asociación de Productores de Rupununi, demandaron la creación de un Estado autónomo, en vista de la discriminación y exclusión social a la que fueron sometidos por un gobierno de marcada composición afroamericana. Para conseguirlo, los grupos insurrectos apelaron a la protección del gobierno venezolano, el cual también se encontraba en disputa por el territorio esequibo desde finales del siglo XIX. No obstante, ante la presión internacional, Venezuela evitó participar en el conflicto y se limitó a recibir en el estado de Bolívar a centenares de amerindios expulsados del Rupununi.

indígenas de la Amazonía hispana y brasileña en función de los alcances y articulaciones de su lucha, pues los Estados coloniales y semicoloniales de la región de Guayana ni siquiera han procedido a reconocer constitucionalmente las particularidades étnicas de los grupos indígenas y por tanto sus derechos concernientes al territorio.

Si bien los pueblos indígenas de la Amazonía guyanesa se empatan en problemáticas y enfrentan los mismos peligros que el resto de los movimientos indígenas de la Amazonía, aún tienen por delante una larga lucha para dotar a su población de un reconocimiento legal y una representación política similar a la de sus pares, por ejemplo de la Amazonía andina, en donde incluso se han conseguido grandes avances como el reconocimiento de Estados plurinacionales (Bolivia y Ecuador), gracias a la lucha articulada entre movimientos indígenas de la región andina y la amazónica, lo cual les permitió pasar de procesos de resistencia locales a la incidencia en el proyecto de Estado nacional.

4.3 Estado y desarrollo en la región de Guayana: la marginalidad cuantitativista de los pueblos indígenas

Con apenas 54 y 45 años de vida independiente, Guyana y Surinam enfrentan en la actualidad el reto de construir sus respectivos Estados en el marco de la autonomía política y económica, lo cual ha sido un elemento constantemente postergado, desde la obtención de sus independencias.

La integración de estos dos jóvenes Estados a la dinámica de desarrollo económico y social, así como a la construcción de espacios de participación política de la región sudamericana aparece por lo menos distante en el horizonte ya que ambos países, al igual que la Guayana francesa, se encuentran fuertemente ligados a los viejos lazos coloniales establecidos con las metrópolis que los administraban a miles de kilómetros.

La compleja situación política en medio de la cual se intenta estructurar un proyecto estatal en estos países plantea un escenario en el que Guayana, Surinam y Guayana francesa evidencian procesos socio políticos y culturales más cercanos a las islas del Caribe que a sus vecinos de la región sudamericana como Venezuela o Brasil, por ejemplo.

La región de Guayana es, por tanto, un escenario atípico para el continente americano, en el cual la ética de explotación y de apropiación de las potencias colonizadoras se centró en el capitalismo de enclave, insertando en los modos de ser y de hacer la política un ethos de dominación colonial que se reproduce en las formas de articular y construir al Estado.

En este escenario se afianza una política extractivista en la cual no cabe un proyecto nacional propio, ni el reconocimiento político y legal de otras etnias que puedan disputar la hegemonía del Estado.

Esta es la condición de dominación e invisibilidad bajo la cual los pueblos amazónicos de la región de la Guayana se enfrentan al embate de la expansión capitalista que ya ha alcanzado la región amazónica pues para el siglo XXI las posibilidades de desarrollo social y económico de este territorio se concentran en proyectos de explotación de petróleo de reservas recién descubiertas en el caso de Guayana, y a la ampliación de un frente extractivo minero en Surinam.

Guayana Francesa, por su parte, plantea un panorama similar al de Surinam y Guayana pero con la salvedad de su reconocimiento formal como colonia pese a que en 1946 se les adjudicara el título de Departamento de Ultramar con lo cual, en teoría, sus habitantes gozaban de los mismos derechos que los departamentos de la Francia continental.

Lo cierto es que este territorio incumbe a los intereses franceses en materia geopolítica y económica al igual que Martinica u otros espacios subordinados a esta potencia administrativa, la cual ejerce control burocrático sobre territorios que lejos de representar grandes riquezas u oportunidades económicas lo revisten más bien de una importancia simbólica e ideológica que de un recurso concreto.

Entonces, si bien Guayana Francesa ha sido incluida como parte de los territorios del continente americano que conforman regiones ecológicas que demandan medidas de protección²¹⁷, por otro lado se mantiene una política colonialista para la cual es bastante conveniente la negación de las particularidades de los pueblos indígenas cuyo reconocimiento implicaría aceptar la propiedad legal y legítima del territorio.

Sin embargo, como hemos visto antes, existen intereses creados en torno al desarrollo de proyectos mineros en sus regiones como es el caso de Montagne d'or (Montaña de oro), el cual constituiría el primero a gran escala en este territorio. Este proyecto ha revivido el debate en torno al derecho a decidir de los pueblos indígenas pues desde estas colectividades se han denunciado los daños ecológicos que la extracción de oro podría causar a su entorno, por ejemplo, con la contaminación de los ríos por cianuro.

Esta situación evidencia la persistencia de modos de dominación colonial en un territorio que no se encuentra en igualdad de condiciones con la Francia continental y cuyo proyecto de desarrollo ni siquiera está en manos de sus habitantes, generando una economía dependiente y marginal. De este modo, la población nativa enfrenta este doble reto, por un lado, romper con la sujeción colonial y, por otro, defender su territorio y sus formas tradicionales de vida, las cuales se ven amenazadas por la expansión de proyectos de tipo extractivista²¹⁸.

Por tanto, para el siglo XXI, el desarrollo económico de la región de la Guayana apunta hacia el interior de la región amazónica, tal como sucedió con la ampliación del proyecto capitalista en los países andinos y en Brasil, colocando para el caso de Guayana su carta principal en la minería y la extracción de madera. Otro

²¹⁷ Por ejemplo, Guayana Francesa forma parte del Escudo Guyanés, una ecorregión de 270 millones de hectáreas que alberga varios ecosistemas y especies y está formada por territorios de Brasil, Colombia, Guayana, Surinam, Venezuela y Guayana Francesa. Naciones Unidas mantiene ahí el proyecto Guiana Shield Facility (GSF), mediante el cual se ha destinado un presupuesto de diversos donantes a la conservación de los ecosistemas y formas de vida de la región (PNUD, 2016: 22).

²¹⁸ Montaña de Oro, un proyecto minero impulsado por capitales rusos y canadienses, se ubicará al Sur de Saint-Laurent-du-Maroni, un territorio en el que viven varios pueblos indígenas distribuidas a lo largo de la ribera del río Maroni, entre las que se encuentran los Kal'ina, Lokono, Saramaca, Djuka, Aluku y Pamaka.

de los recursos que promete transformar radicalmente a la región es el petróleo, pues se descubrió una importantísima reserva de este hidrocarburo en el litoral guyanés, la cual se estima que proporcionaría entre 700.000 y un millón barriles diarios.

Tomando como consideración la dimensión del territorio de Guayana, el inicio de la actividad petrolera implicaría una transformación radical en comparación con sus vecinos, particularmente Venezuela, que históricamente ha establecido un reclamo por esta región. El Fondo Monetario Internacional (FMI) estimó que, con la extracción de petróleo, en 2020 Guayana iba a presentar un crecimiento del 86% anual, 14 veces más rápido que la economía China (BBC, 2020). Sin embargo, estos planes, se aplazaron con el inicio de la pandemia mundial por COVID.

En este sentido, la región de la Guayana comparte con el resto de países de la panamazonía la preeminencia de un proyecto económico extractivista, aun después de su independencia, el cual configura al territorio amazónico como una fuente de recursos, aparentemente deshabitada. El ethos de dominación colonial determina las formas persistentes de ejercer una política de Estado con un marcado sesgo autoritario y vertical, el cual ahora es ejercido por los hijos de inmigrantes que se reparten el poder entre las etnias mayoritarias.

Bajo este contexto, desde el Estado (guyanés y surinamés) se aplica una política de negación hacia los pueblos indígenas que parte del criterio cuantitativo para establecer mecanismos legales y políticos que garanticen el despojo del territorio que ocupa la población indígena. Si bien es cierto, aquella constituye un grupo muy reducido en comparación con las etnias de otros países, no deja de formar parte del riquísimo panorama cultural y ecológico de la región, ni de desempeñarse como la principal garante de la continuidad de este territorio.

De este modo, una de las preguntas centrales para entender la situación legal de los pueblos indígenas de la región es ¿a quién conviene el abandono y el no reconocimiento de su población nativa?; inmediatamente aparecen en escena las grandes transnacionales y los representantes del capital extranjero, sobretodo China en su necesidad de valorizar su capital. Invertir y desarrollar son las

principales premisas que se ciernen sobre la región y que se amparan en esta paradoja cuantitativa de la que se han valido los gobiernos para postergar indefinidamente el reconocimiento legal de los nativos y, por ende, la titulación del territorio como lo hemos visto antes.

En concordancia con estos intereses, las élites políticas de los Estados de Guayana y Surinam ejercen el poder siguiendo los mandatos del colonialismo que por siglos determinaron el carácter marginal e inconexo de la región. Del mismo modo, la indefinición jurídica en la que se encuentran los pueblos nativos de la Guayana francesa les mantiene en un alto grado de vulnerabilidad ante el avance del frente extractivo (minería y extracción maderera) y la ampliación del frente agrícola, entre otros proyectos de desarrollo impuestos desde la metrópoli.

En el caso de Guayana y Surinam, los cuales pueden considerarse Estados jóvenes, la situación política y económica es similar pues si bien se encuentran en proceso de consolidación de su estructura burocrática y sus mecanismos de participación política, en materia económica y cultural están fuertemente vinculados con las metrópolis de las se emanciparon hace apenas unas décadas.

Bajo este contexto, el siglo XXI plantea para la región varios retos, el primero, es que como estados nación “independientes” estos países se enfrentan a la necesidad de superar el colonialismo que intrínsecamente forma parte de su economía y de su cultura política. Por otra parte, los pueblos indígenas se enfrentan, como pocos en la Amazonia, a la difícilísima premisa de continuar existiendo, pues en esta región existir se ha convertido en un sinónimo de resistir para la población amazónica.

El doble colonialismo que han enfrentado históricamente los pueblos indígenas de la región de Guayana cobra mayor fuerza en la actualidad pues estas colectividades se encuentran estructuralmente marginadas en todos los niveles de la vida social, constituyéndose en las más pobres y las que enfrentan el mayor

peligro de desaparecer, no solo por la avanzada del frente extractivo sino por su condición misma de exclusión²¹⁹.

En este escenario el trasfondo étnico que reviste la dominación en la región de las Guayanas es quizá el más complejo de la región amazónica. Como se dijo antes, los hijos de inmigrantes, particularmente de Asia, y los representantes de la población afrocaribeña son los que conducen las corrientes políticas que conforman el sistema de partidos de estos países.

En tal sentido, la cuestión racial tiene un papel predominante en el acceso al poder político de la región de Guayanas. Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en la constitución de los partidos políticos que han gobernado Guyana y Surinam a partir de sus independencias. En el caso de Guyana, la administración del gobierno ha recaído principalmente en dos partidos, el Congreso Nacional del Pueblo (PNC), dominado por los afro guyaneses, y el Partido Progresista del Pueblo (PPP), en donde prima la conducción de los indo-guyaneses. En 2020, Ifaan Ali, candidato del PPP, fue elegido como Presidente.

En Surinam, la dinámica partidista es similar. Su actual presidente, desde julio de 2020, es Chan Santokhi, representante del Partido de la Reforma Progresista (VHP en neerlandés), el cual se fundó en 1949 como instrumento electoral de la comunidad indosurinamesa. En su lucha por mantenerse en el poder, este partido ha enfrentado el desafío histórico de constituirse en un espacio de representación multicultural.

Entonces, si la política de la región se estructura en torno a un discurso étnico que visibiliza únicamente a la población afrodescendiente y a los inmigrantes de

²¹⁹ Según un informe de Naciones Unidas (2016), las zonas rurales de la Amazonía de Guayana alcanzan niveles de pobreza de hasta el 80% además de que en 2015 este país se clasificó entre los cinco primeros de América Latina y el Caribe en términos de tasas de mortalidad materna. Así mismo, el informe señala que en Surinam, la región amazónica muestra altos índices de embarazos adolescentes y mortalidad infantil (17% de todos los nacidos vivos). Por otro lado, según los informes de cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (2018) en Guayana Francesa, alrededor del 79% de los grupos indígenas vivía en condiciones precarias. No obstante, la ausencia de una legislación que otorgue un reconocimiento específico a estos pueblos dificulta la posibilidad de identificar índices de pobreza y marginación homogéneos, puesto que los Estados a los que pertenecen no se han interesado en levantar estas estadísticas.

Asia, cabría preguntarnos para quién gobiernan los representantes del Estado. En el medio y solo como objeto de las campañas electorales están los pueblos indígenas, los cuales no forman parte de las prioridades del aparato burocrático ni para los políticos de origen indostaní ni para los representantes del sector afro. Este es el complejo escenario político en el cual los pueblos indígenas de la región enfrentan el desafío de construir sus procesos de resistencia.

Estos elementos, que encadenan a los grupos indígenas de la región de Guayana a una doble negación, son claves para estructurar lo que aquí se denomina la paradoja cuantitativista, pues la política formal de los Estados nación los reduce discursivamente a una minoría de entre las minorías, excluyéndolos del relato nacional.

A eso habría que agregarle que los movimientos indígenas que han logrado articularse para exigir espacios de representación y participación política poseen un fuerte carácter local, dificultando la posibilidad de generar procesos de confluencia con otros movimientos de la región amazónica, un elemento que ha sido clave para los otros bloques de estudio. Un ejemplo de ello son la Organización de los pueblos Kalin'a y Lokono de Marowijne (KLIM), en Surinam, o la Asociación de Desarrollo de los Pueblos del Sur Central (SCPDA), en Guayana.

Aunque los pueblos indígenas de la región de Guayana poseen horizontes de lucha comunes con sus pares del resto de países amazónicos, por ejemplo la defensa del territorio y la supervivencia de sus manifestaciones culturales, estos no han conseguido articularse al frente supraregional que desde hace algunos años ha tenido presencia en las movilizaciones sociales en Sudamérica. El reconocimiento legal de los derechos de los pueblos indígenas en los otros bloques de análisis (andino y luso) es una conquista trascendental que les ha permitido construir organizaciones de carácter nacional desde las cuales actúan como fuerza articuladora de la movilización nacional (por ejemplo la CONAIE en Ecuador o la CIDOB en Bolivia).

En contrapartida, los movimientos amazónicos de la Guayana presentan un importante desfase en términos de articulación a las movilizaciones nacionales y al

reconocimiento legal por parte del Estado nacional. Por ello, la movilización indígena que ya de por sí es marginal, enfrenta un mayor aislamiento en la región amazónica de Guayana en comparación con los otros dos bloques analizados (luso Amazonía y Amazonía andina). Un trabajo de promoción de derechos, aunque bastante supeditado a los límites institucionales, lo realizan ONG como la Asociación de Derechos Humanos de Guyana (GHRA por sus siglas en inglés) o la Organización de Nativos Americanos de la Guayana Francesa (FOAG, por sus siglas en francés).

Como ya se señaló, el proceso social más destacado de la región fue el movimiento separatista ubicado en el sur de la Guayana esequiba, conocido como Insurrección de Rupununi o Rebelión del Esequibo, que exigió la creación de un gobierno provisional para este territorio marcadamente indígena (allí habitan las etnias Lokono, Makushi y Wapishana), muy distinto al de la costa en donde predominan los asiáticos y negros.

Ahora bien, para Guayana y Surinam el 2020 representa un año trascendental dado que en ambos países se acaban de posicionar nuevos gobiernos, los cuales enfrentan el reto de superar el aislamiento y convertir a la región en un núcleo importante para la inversión extranjera, principalmente China.

Como sucede en el resto de países de la región amazónica, los capitales chinos poseen particular interés en la región, tanto como fuente de materias primas como por su valor estratégico para abrir nuevas rutas comerciales. Guayana y Surinam forman parte la Iniciativa La Franja y La Ruta de China, un proyecto con el cual el gigante asiático pretende revivir la ruta de la seda. Para ello, se ha propuesto financiar, vía préstamos e inversiones directas, la construcción de infraestructura (carreteras, puertos y aeropuertos) para que estos países actúen principalmente como enlace entre Brasil y el Atlántico, todo lo cual tendría un especial impacto medioambiental en el territorio amazónico.

A este panorama hay que sumar la crisis que ha ocasionado la pandemia por la COVID 19, la misma que ha tenido un especial impacto en los territorios amazónicos, particularmente en Brasil en donde la cifra de muertos ha sido alta (alrededor de 7.600 hasta junio de 2020, según datos de la Organización del Tratado

de Cooperación Amazónica, OTCA). Teniendo en cuenta las condiciones de marginalidad, pobreza y ausencia de servicios básicos que afectan a los pueblos indígenas de la región de Guayana, este problema de salud sin duda contribuirá a acelerar la desaparición de las poblaciones nativas, las cuales además enfrentan la amenaza de la minería ilegal y la penetración del frente colonizador agroexportador.

Entonces, dado su particular estatus en el concierto de las naciones, la región amazónica de la Guayana enfrenta un mayor peligro que el de las otras amazonias, pues se encuentra inserta en una dinámica de exclusión condicionada por la articulación colonial de sus Estados-nación con los intereses de las potencias centrales que antes los administraban. La expoliación de sus recursos por parte del capital extranjero, sumada a la debilidad de los mecanismos de organización social y representación política, potencian la vulnerabilidad de este nicho ecológico y cultural, el cual se encuentra perdido en un vacío legal.

En este escenario, una de las principales premisas del movimiento indígena amazónico guyanés es generar los canales que permitan una mayor articulación regional para enfrentar las amenazas de la embestida extractivista y la marginación estatal, teniendo en cuenta que su articulación a la COICA reviste, en términos concretos, un carácter más simbólico que práctico, pues el movimiento indígena guyanés ha conseguido muy poca repercusión en el plano internacional en comparación con las organizaciones amazónicas de otros países.

En este sentido, los representantes del movimiento indígena de la región de Guayana como la Asociación de Pueblos Amerindios (Guayana), la Organización de los pueblos indígenas de Surinam (OIS), la Asociación de Líderes de Pueblos Indígenas de Suriname (VIDS) y Federación de Organizaciones Autóctonas de Guayana Francesa (FOAG), organizaciones que forman parte de la COICA (con excepción de la VIDS), se enfrentan al reto de articulase al resto de organizaciones de la región amazónica de una manera más efectiva con el fin de desarrollar una mayor capacidad de presión hacia sus Estados para alcanzar el reconocimiento legal de sus pueblos, así como el derecho a mantenerse en el territorio que ocupan ancestralmente.

El carácter fuertemente local de la movilización indígena, así como la división étnica presente en sus Estados son los dos elementos que caracterizan la condición de los pueblos nativos de la región de Guayana. El crisol multicultural de este territorio enmascara, como se dijo antes, una disputa de poder entre dos facciones de población inmigrante, una de origen asiático y otra de origen afro y mestizo, que se han repartido el poder en los escasos años de vida independiente de Surinam y Guyana.

Es importante resaltar que la población indígena, si bien es muy minoritaria, ocupa un amplio espectro territorial. En los tres casos, la extensión de bosque amazónico constituye entre el 60 y el 90% del total de la superficie de cada país. Ese es el territorio en donde viven los grupos indígenas mientras que los demás habitantes ocupan el espacio restante. Es decir que una ínfima porción de la población constituye, en términos de la retórica desarrollista, el escollo principal para el aprovechamiento de esa franja territorial.

Por tanto, la avanzada extractivista no ha encontrado gran resistencia, más allá de pequeños y focalizados núcleos de población indígena y adherentes, fundamentalmente de la iglesia católica²²⁰, que se oponen a macro proyectos como el de Montaña de Oro (Montagne d'or) en Guayana Francesa. La condición de abandono jurídico, burocrático, económico y social coloca a las poblaciones indígenas de las Guayanas como una de las de mayor riesgo de desaparición si se les compara incluso con otros grupos de la misma región.

En este escenario, la generación de proyectos de conservación del bosque amazónico se ha derivado más bien de organizaciones medioambientales de países desarrollados, las cuales enarbolan una perspectiva fuertemente ecologista y una retórica conservacionista, fundamentalmente del espacio ecológico, colocando en

²²⁰ En Surinam, por ejemplo, está presente desde 1842 la obra misionera de los Padres Redentoristas, los cuales en un principio estaban enfocados en los esclavos africanos de las plantaciones y actualmente constituyen el contacto con instancias de la iglesia católica como el Sínodo de los Obispos para la región Panamazónica dedicado a encontrar nuevos mecanismos de evangelización en la región y a difundir la defensa de su biodiversidad. En el caso de Guayana Francesa, los católicos se agrupan en la diócesis de Cayena desde 1651 y también participan del Sínodo. Lo mismo sucede con la Diócesis Católica de Guayana, liderada por Jesuitas desde 1856.

una categoría secundaria a las poblaciones nativas. Un ejemplo de ello es el acuerdo de cooperación suscrito entre Guayana y Noruega para la implementación de la Estrategia de Desarrollo Baja en Carbono de Guayana para reducir la deforestación y degradación de los bosques en cinco años (2010-2015), para lo cual Noruega destinó un presupuesto de 250 millones de dólares (UNDP, Óp. Cit., p. 23). Sin embargo, el avance de la actividad extractiva generó el incumplimiento de las metas establecidas en este acuerdo.

Ahora bien, a pesar de que Guayana y Surinam han mantenido históricamente un modelo productivo primario y extractivista, debido al carácter marginal y aislado de sus economías, hasta ahora la avanzada del frente extractivo no había sido tan macro, como se pretende con la llegada de su nuevo socio capitalista, China.

Actualmente cuando el capitalismo experimenta nuevos niveles de ampliación y reconfiguración, la región de la Guayana ha sido identificada como estratégica para la conexión de nuevas rutas comerciales entre América Latina y Asia, lo cual, si bien por un lado significa la entrada de una maquinaria económica con la capacidad de destruir a las poblaciones indígenas que quedan en este espacio, por otro, podría impulsar la articulación de nuevas formas de resistencia de los pueblos indígenas, en la medida en que la entrada del capitalismo a esta región, antes aislada, constituye un problema de supervivencia.

Bajo este contexto, el siglo XXI plantea para la región una apertura económica y un proyecto de integración regional sin precedentes, cuyas consecuencias sociales no han sido tomadas en cuenta, ni tampoco el gravísimo impacto ecológico que implican los macro proyectos de infraestructura y de transporte que estarán a cargo de empresas chinas²²¹.

²²¹ Como señala en una investigación de Forbes de 2019: “El gobierno guyanés está en espera de los resultados de un estudio del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) sobre dos proyectos que tiene en la mira desde hace años. El primero es la construcción de un puerto de aguas profundas y, el segundo, una carretera de aproximadamente 454 km que comunique Lethem, ciudad-frontera con Brasil, y Linden, la segunda población más grande del país. Esto se complementa con la posible recuperación de un proyecto de planta hidroeléctrica presupuestada en 840 millones de dólares (mdd) en las cascadas Amaila, que conectaría la red eléctrica guyanesa con la brasileña. Se trata

En el caso de la Guayana, su inscripción en la iniciativa china la Franja y la Ruta (BRI, por sus siglas en inglés) impactará, principalmente en la región de Rupununi, una de las más biodiversas de Sudamérica que además es el territorio donde habita la población indígena de Guayana. La iniciativa contempla construir una carretera hacia la ciudad fronteriza de Lethem (ubicada en la sabana esequibana de Rupununi) lo cual convertiría a este poblado en un centro de intercambio comercial así como en el principal punto de conexión con Brasil.

La ampliación de caminos y el desarrollo de grandes obras de infraestructura como hidroeléctricas y carreteras, contempladas en la iniciativa, implicará una inyección de recursos económicos sin precedentes en los que la “integración” económica se convierte en el eje de todas las políticas a futuro, colocando a este pequeño pero riquísimo país como un potencial espacio para la instalación de Zonas Especiales de Desarrollo Económico o ZEDES,

Como parte del proyecto de ampliación capitalista, la bonanza petrolera por venir trastocará de manera irreversible a esta pequeña pero importante región, pues con ella, experimentará las transformaciones que en su momento sufrieron la amazonia andina o brasileña con el caucho y, más adelante, con la extracción de petróleo.

Sin embargo, a diferencia de los otros bloques de estudio, los Estados de Guayana y Surinam no poseen las herramientas políticas y diplomáticas suficientes para hacer frente a los poderosos socios que tienen en frente, particularmente a China, el cual se presenta como un lobo con piel de oveja, pues su objetivo es comprometer a largo plazo la explotación de materias primas como el petróleo, así como desplazar a Estados Unidos como principal socio comercial de Latinoamérica, como ya se ha evidenciado en el resto de países sudamericanos.

En este sentido, si analizamos en prospectiva a la región de Guayana, la cual posee el 6% de total del territorio amazónico, el panorama es sin lugar a dudas

de tres piezas que forman un mismo engranaje, y en las que Beijing quiere un papel preponderante, asegura Evan Ellis, experto en las relaciones entre China y el Caribe del think tank Center for Strategic and International Studies (CSIS). Probablemente, China Harbour Engineering (CHE) construirá el puerto, afirma el especialista”.

desalentador. El fenómeno de la integración comercial y sus consecuencias sociales para la Amazonia abren un escenario cada vez más complejo para la posibilidades de resistencia de las organizaciones y grupos indígenas, así como sus adherentes ecologistas, religiosos y científicos en su afán de contener la arremetida capitalista que en los próximos años arrasará a esta región.

Por tanto, es importante retomar como elemento de análisis la cuestión de la paradoja cuantitativista la cual nos remite a un debate que va de lo pragmático a lo ético. Es decir, 6% Amazonía, en términos totales, no parece ser representativo en el conteo final de los daños que sufrirá la región, sin embargo, el impacto global que tendrá la pérdida de la biodiversidad del territorio amazónico que se extiende a lo largo de Guayana, Guayana Francesa y Surinam, así como la extinción de los pueblos indígenas que lo habitan, representaría un pérdida inconmensurable para la humanidad. Como lo hemos venido señalando en esta investigación, no hay Amazonía sin pueblos indígenas, pues aunque sean pocos, son la piedra angular de la reproducción ecológica del territorio.

Así mismo, en términos absolutos parecería poco importante para el mundo el 6% de territorio amazónico de las Guayanas, sin embargo, si lo ponemos en comparación con la escala espacial de algunos países de Europa, se iguala a ellos o los supera²²². Además, ese 6% se suma a otros tantos territorios deforestados haciendo cada vez más corta la brecha que nos separa de la frontera de la autosustentabilidad del bosque amazónico.

Por todo lo expuesto, la pregunta final de este apartado es ¿a quién conviene la integración comercial y por qué? La respuesta es evidente. En primer lugar conviene a los capitales foráneos chinos, estadounidenses y canadienses (minería), que se han sumado a la carrera por participar en los proyectos de infraestructura y desarrollo que se avecinan.

²²² El territorio amazónico de la región de Guayana tiene una extensión de alrededor de 378.000 km², el cual es más grande que países como Alemania (357.386 km²), Italia (301.338 km²), Inglaterra (130.395 km²) o Portugal (92.212 km²).

La disputa imperialista por mantener el control económico de la región se evidencia con la visita del Secretario de Estado de EE.UU., Mike Pompeo, a Guayana y Surinam como parte de la gira realizada en Sudamérica en septiembre de 2020 para recuperar el control de su país sobre los proyectos de inversión de la región. Del mismo modo, autoridades del Gobierno chino han visitado Surinam desde 2018 con el fin de establecer acuerdos para profundizar la cooperación en el marco de la iniciativa la Franja y la Ruta.

Esta nueva realidad comercial ha eclipsado proyectos de capitalismo verde y conservacionismo como el que financió Noruega en la región con el fin de aportar a la mitigación del cambio climático. Este tipo de proyectos, si bien no plantean una solución al deterioro medioambiental de la Amazonía al menos han contenido por algunos años problemas como el de la deforestación del bosque tropical.

Por último, la reciente pandemia de la COVID 19, que ha ocasionado un trágico impacto a nivel mundial, ha tenido un efecto inesperado en la región de la Guayana pues, a raíz de la propagación del virus, los proyectos de inversión contemplados para el 2020 han sido frenados, sin tener hasta el momento una fecha exacta para su reactivación. En términos concretos esto representa la posibilidad de articular mayores procesos de resistencia.

Como se ha mencionado, uno de los grandes retos del movimiento indígena guyanés es presionar por su autonomía y autodeterminación frente a un Estado que, en términos concretos, tiene en abandono a la región sin importar el origen u orientación del gobierno, pues el factor étnico, que no incluye a la población nativa, mantiene su papel preponderante en la narrativa estatal.

De este modo, la nueva promesa de grandes riquezas económicas que se abre desde hace algunos años en la Guayana, es otra vez objeto de disputa, solo que con protagonistas diferentes. Con el despliegue de los intereses chinos y norteamericanos en este territorio parece abrirse un nuevo capítulo de colonialismo económico en la región, a la vez que, para los pueblos indígenas, se presenta un escenario desalentador pues es evidente que ellos serán los grandes perdedores

de esta vorágine por venir, como históricamente lo han sido en cada uno de los periodos de la integración de la Guayana al moderno sistema capitalista mundial.

Conclusiones

Cuando esta investigación inició, se retomó como antecedente indispensable para comprender los procesos de ocupación y explotación espacial del continente americano la conformación de alianzas y tratados entre los viejos y poderosos reinos de la Europa del renacimiento que se establecieron para repartir el mundo hace 528 años. Esta apropiación nació con la premisa de dividir un territorio imaginario en dos bloques.

Hoy, más de cinco siglos después, asistimos nuevamente a un cambio de paradigma y, en la actualidad como entonces, estos pactos buscan la integración económica y el aprovechamiento de regiones enajenadas al capital y sobre todo a la idea de “desarrollo”. Como antes, dichos pactos de “integración” ponen en peligro la vida de innumerables pueblos nativos que ante la mirada de los capitales son aglutinados bajo categorías homogenizantes como la del aborígen o indígena.

Sin embargo, cada pueblo y cada lucha tienen un nombre y un por qué, es decir las luchas tampoco han sido homogéneas aunque se empaten en los ejes que las articulan (despojo, defensa del territorio, reproducción cultural, entre otras). En la actualidad estos pactos buscan establecer de manera “pacífica” y consensuada lo que pareciera un cambio de estafeta en el hegemón que está pasando de los Estados Unidos a otra potencia económica, China, la cual ha buscado generar en el interior de las zonas “improductivas” nuevos espacios de desarrollo económico mediante la suscripción de tratados comerciales con los países “soberanos”.

Proyectos como el IIRSA (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana), para la región amazónica, y otros que se desarrollan en el sur global ponen en peligro el equilibrio ecológico que depende directamente de los pueblos indígenas.

Hoy más que nunca las fronteras cobran fuerza en la narrativa del progreso, ahora encabezado por China, que reparte los territorios ya no entre Estados Nación o imperios, sino entre transnacionales y corporativos como la CRCC Tongguan Investment CO, Sinohydro, China Railway, el Consorcio GMC, entre otros,

orientados a lograr una nueva valorización del capital mediante obras de infraestructura y el desarrollo de la industria en los pocos espacios en los que la tradicional dinámica destructiva y altamente contaminante del capitalismo pueden tener aún lugar para operar de manera más o menos estable.

Quinientos años después del inicio de la expoliación del continente americano pareciera mantenerse la misma ética de despojo sobre los pueblos indígenas que está determinada por una retórica de progreso a la manera occidental; proyectos para la extracción de crudo en Ecuador, para el desarrollo minero en Venezuela y las Guayanas o para la expansión del frente agrícola en Brasil siguen transfiriendo a los pueblos indígenas, en estos casos de la Amazonía, los costos derivados de esta nueva embestida.

Es importante señalar que estos mecanismos de despojo se reproducen a lo largo de todas las zonas ecológicas que quedan aún por explotar en el continente, es decir, no son privativos de la región amazónica. Sin embargo, las condiciones de aislamiento de los pueblos indígenas que se encuentran en el camino del “progreso” los colocan en situaciones de franca vulnerabilidad.

Bajo este contexto se hace completamente lógica la premisa de buena parte de los movimientos y organizaciones indígenas de morir peleando. Este enfrentamiento si bien no plantea un panorama alentador para los indígenas, sí propone un escenario de disputa en donde la dignidad, la violencia y la resistencia convergen en el horizonte a corto, mediano y largo plazo.

En este escenario, esta investigación surge con el objetivo de establecer un análisis sobre los procesos de resistencia y ocupación del espacio que, como hemos visto, presentan históricamente paralelismos entre los periodos de apropiación y explotación del territorio. Dados los ritmos actuales que ha tomado el sistema capitalista, la pregunta que conduce a esta investigación cobra sentido en relación al papel de la región amazónica como una de las últimas fronteras de la expansión del sistema capitalista en su fase más antropofágica.

Así, podemos destacar a la par de los procesos ecológicos propios de este medio natural el factor antrópico (pueblos nativos) como fundamental para su reproducción y ampliación, en oposición a los ciclos extractivos que lo amenazan. Aquí, lo que se ha puesto de manifiesto es que, en este caso particular, como en otros del sur global en donde las poblaciones nativas forman parte medular de espacio ecológico, la separación ser humano-naturaleza se presenta de manera diferente pues no existe una relación dicótoma entre ambos.

Esta reflexión en torno a la armonía antrópica existente entre los espacios naturales y las poblaciones nativas obedece, a su vez, a los objetivos que guiaron esta investigación los cuales proponían analizar los procesos de explotación y ocupación del territorio así como identificar la respuesta que se genera desde su interior (Amazonía) a los procesos de ocupación y depredación del territorio.

En este sentido, la perspectiva que nos ofreció el ethos amazónico como eje articulador de la experiencia humana en la Amazonia nos permitió explicar los modos de ser que empatan a las nacionalidades, pueblos y colectividades amazónicas y, por tanto, cumplir con los objetivos con los cuales partió la investigación.

Así, mediante el trabajo bibliográfico y la sistematización de la experiencia de campo se consiguió comprobar la hipótesis inicial, la cual establecía que la Amazonia se constituye en una frontera del capitalismo en la medida en que sintetiza una relación simbiótica entre el territorio y los pueblos que la habitan, la cual es una expresión de siglos de adaptación, por lo que su ocupación definitiva no puede ser considerada una consecuencia más de avance del modelo capitalista sino un punto de inflexión no solo para la región latinoamericana sino para el mundo puesto que las dinámicas propias de la depredación capitalista no se empatan con los ritmos propios de reproducción del territorio, en donde sobrevive un ethos que no puede ser insertado en la línea temporal de la historia occidental sino que evoluciona de forma paralela.

En la actualidad la región amazónica representa, para el occidente desarrollado, un espacio de oportunidades y de ampliación de proyectos

estratégicos para su integración comercial, prometida a las naciones que la conforman. Obras de infraestructura como carreteras, puertos, servicios básicos, mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes nativos y colonos han sido históricamente parte de la retórica aún vigente de aventureros, empresarios y de los propios Estados nación sobre este espacio.

Sin embargo, tras cada incursión, cada proyecto, cada programa social y cada medida de integración (educación, salud, burocracia, etc.) lo que va quedando son cada vez menos grupos nativos, menos riqueza cultural y, por consiguiente, menos naturaleza y menos biodiversidad.

En este sentido, la relación indisoluble que el ser humano (el nativo amazónico) ha construido con su entorno pareciera mantenerlos indiscutiblemente ligados en su destino. Es decir, si el nativo amazónico desaparece se irá con él la selva, pero no en tanto idea idílica que se tiene sobre el territorio de paraíso o infierno, sino como espacio concreto y ecológicamente determinado por su diversidad y su riqueza.

Por tanto, entender a la Amazonía implica comprenderla a partir de cuatro ejes indispensables. Uno de ellos es el de lo político, que involucra a los gobiernos y la administración de los espacios, así como la creación de legislaciones específicas (parques naturales, Leyes de Consulta Previa, reconocimiento constitucional, etc.). Otro, el de lo económico, que se rige por intereses externos al entorno y a sus pueblos y que, en buena medida, se impone a la agenda política y desde la externalidad (primer mundo o centro) establece una relación de subordinación (periferia) para este espacio natural.

Es tercer lugar está el eje ecológico, que responde a una conceptualización externa, que establece en su construcción espacial la importancia de este espacio para la salud del ecosistema global. Esta dimensión está determinada por expertos y académicos que mantienen una posición eurocéntrica que suprapone elementos de carácter “científico” sobre el último eje, el cultural, el cual integra a la gran diversidad de pueblos indígenas que habitan este territorio y que se encuentran en segundo plano para posicionamientos ecologistas radicales del primer mundo que

centran su visión en elementos de carácter biológico, como si estos estuvieran escindidos de los pueblos que mantienen el equilibrio biótico de la selva.

En tal sentido, no se puede concebir al territorio amazónico sin su dimensión tanto política como económica y ecológica, así como en su condición de ámbito de reproducción cultural de los pueblos amazónicos. Entonces, cuando occidente reprocha hipócritamente la pobre reacción de los Gobiernos, particularmente de Brasil y Bolivia, para combatir los incendios que han devorado a la Amazonia los últimos años, debe cuestionar primero su propia demanda de materias primas, específicamente de minerales, para el desarrollo de aparatos tecnológicos (celulares, computadoras) que le dan sentido a su “modernidad”.

Esta situación no exime de responsabilidad bajo ningún contexto a la incapacidad de reacción del gobierno brasileño, como ya se vio, ni la complicidad del Estado boliviano con la ausencia de políticas para detener el avance de la frontera agrícola, particularmente en la zona cercana al Chaco, que corresponde a otra región ecológica.

Por tanto, los fenómenos de colonización del territorio amazónico que hemos venido revisando, así como sus consecuencias tanto a nivel ecológico como humano, deben ser comprendidos en una dimensión espacial y temporal más amplias, es decir, como parte del sistema mundial moderno colonial y capitalista, al cual le da sentido tanto como reservorio de recursos cuanto como construcción simbólica del otro no civilizado que complementa a la modernidad capitalista. Como señala Immanuel Wallerstein (2005):

El capitalismo no es la mera existencia de personas o compañías produciendo para la venta en el mercado con la intención de obtener una ganancia. Tales personas o compañías han existido por miles de años. Nos encontramos en un sistema capitalista solo cuando el sistema da prioridad a la *incesante* acumulación de capital. Frente al uso de tal definición, solo el sistema-mundo moderno ha sido un sistema capitalista (...) Si decimos que un sistema “da prioridad” a tal acumulación incesante, significa que existen mecanismos estructurales mediante los cuales quienes actúan con alguna otra motivación son, de alguna manera, castigados, y son eliminados eventualmente de la escena social, mientras que quienes actúan con la motivación apropiada son recompensados y, de tener éxito,

enriquecidos (...) Una economía-mundo y un sistema-capitalista van de la mano. Puesto que las economías-mundo carecen de un cemento unificador que es una estructura política o una cultura homogénea, lo que las mantiene es la eficacia en la división del trabajo (pp. 40 y 41).

Así, la Amazonía vuelve a ocupar un lugar central en la reproducción ecológica global, como lo fue en la era del caucho particularmente. Hoy, la región se convierte de nuevo en un núcleo indispensable tanto para los Estados nación que la componen como para los países más desarrollados que dependen de ella y de otras regiones del sur global²²³ para su indiscriminado “desarrollo” tecnológico.

Sin embargo, en la actualidad nos encontramos frente a un paradigma aún más desolador que el de la era del caucho pues los proyectos de integración comercial, que pretenden ampliarse a toda la región, ponen en riesgo de manera total y a futuro a este territorio. Esto ha desatado una serie de respuestas, organizadas o no, y muchas veces desesperadas por parte de los pueblos indígenas.

La tutela de esta nueva avanzada capitalista incluye no solo a los viejos colonizadores imperiales, que han acompañado el despojo desde la era del caucho, sino que, como lo hemos visto, durante los últimos veinte años se ha venido consolidando el rol protagónico de China que, en su disputa por la hegemonía global, pareciera estar dispuesta a superar incluso en lo más funesto a los viejos conductores del imperio. Como lo señala Carlos Porto Gonçalves (2018):

Esta nueva dinámica de materia y energía en el espacio-tiempo amazónico, que se inicia en los 60 y 70, se intensifica y complejiza en los años 90, por los intereses más directos del capital y sus políticas neoliberales (“regionalismo abierto”), cuya dinámica productiva se transferirá a Asia, sobre todo a China, con la sorprendente alianza del Partido Comunista Chino con los capitalistas de Wall Street y las grandes corporaciones transnacionales con

²²³ Esta es una definición propuesta por Boaventura de Sousa Santos (2009: 20) quien señala que “el Sur global no es un concepto geográfico, aun cuando la gran mayoría de estas poblaciones viven en países del hemisferio Sur. Es más bien una metáfora del sufrimiento humano causado por el capitalismo y el colonialismo a nivel global y de la resistencia para superarlo o minimizarlo. Es por eso un Sur anticapitalista, anticolonial y anti-imperialista. Es un Sur que existe también en el Norte global, en la forma de poblaciones excluidas, silenciadas y marginadas como son los inmigrantes sin papeles, los desempleados, las minorías étnicas o religiosas, las víctimas de sexismo, la homofobia y el racismo”.

sede en los países centrales. Desde el momento en que el sistema-mundo capitalista moderno-colonial comenzó, en 1492, presenciamos hoy, por primera vez, el paulatino desplazamiento del centro geográfico de la dinámica de la producción capitalista hacia Asia, sobretudo China, dejando en segundo plano al Atlántico Norte. Los efectos de este cambio para la Amazonía serán enormes, sobre todo para las etnias/pueblos/nacionalidades y demás grupos/clases sociales amazónicas en situación de subalternidad (p. 49).

Ahora bien, a partir del surgimiento del movimiento indígena amazónico, alrededor de las décadas de los 60 y 70 en los países del bloque hispano-parlante y en Brasil, los pueblos indígenas han logrado convertir su condición de nativos y su auto reconocimiento étnico en una herramienta discursiva, moral y legal para la defensa de sus territorios y sus derechos, fortaleciendo con ello un sentido étnico de identidad colectiva²²⁴ como eje articulador de su resistencia.

En el caso de la región de Guayanas, la conformación de movimientos organizados para la defensa del territorio y la cultura cobró fuerza a partir de la década de los 80 una vez que se consolidaron los estados independientes de Guayana (1966) y Surinam (1975) y, con ello, se procedió a la expansión de proyectos extractivos hacia las regiones ecológicas que habitan los pueblos indígenas.

Es importante destacar que tanto en Guayana como en Surinam la conformación del Estado nacional fue un proceso bastante tardío en comparación con los otros dos bloques de análisis, por lo cual la organización indígena se encuentra en desventaja ante sus pares de los otros países estudiados al no conseguir aún su reconocimiento legal como parte del Estado.

²²⁴ Estas experiencias las vemos reflejadas, por ejemplo, en la capacidad que tuvieron los movimientos indígenas, con un fuerte componente amazónico, de plasmar en las Constituciones de Ecuador (2008) y Bolivia (2009), la condición de Estado plurinacional de cada uno de estos países. Esto, después de décadas de movilizaciones enarbolando esta demanda. Otro ejemplo es la aprobación en 2011 de la Ley de Consulta Previa en Perú, como resultado principal de los violentos enfrentamientos en Bagua (2009). A esto podemos agregarle la ratificación del Convenio 169 OIT que han ido realizando en distintos años los países de bloque andino, gracias a la presión de las organizaciones sociales, así como la expedición de legislaciones de defensa del territorio como la Ley de Parques Nacionales Naturales de Colombia (2015) o la expulsión de sectas religiosas de la selva venezolana (2005), hecho que fue reconocido como el día de la resistencia indígena.

Por otro lado, el caso de los pueblos originarios de la Guayana francesa se torna aún más complicado al encontrarse en una intersección política y legal en la cual el Estado francés ha dado muy pocas concesiones, motivo por el cual en fechas recientes han cobrado fuerza los movimientos de reivindicación y respeto de la cultura indígena como es el caso de la resistencia al proyecto minero Montaña de Oro.

El movimiento indígena no es homogéneo en la región amazónica, pues a pesar de enfrentar amenazas similares, cada grupo evidencia distintos niveles y alcances de articulación. Sin embargo, en todos los casos, esta organización se ha gestado en función de la afirmación de su propia identidad en un contexto global de descolonización dado que estos pueblos y sus respectivos territorios se ven presionados bajo la constante del colonialismo interno y externo (Guayana francesa), y han sido capaces de desarrollar una respuesta propia que se ha mantenido ajena, en la medida en que le es posible, a movilizaciones que no incorporan el factor étnico en la construcción de sus movimientos (Sendero Luminoso, FARC, etc.).

Así, en el contexto global, el movimiento indígena en su conjunto, y amazónico en particular, desarrolla una identidad propia desde la cual se interpela tanto al Estado como al propio sistema, inaugurando a partir de la década de los 90 una fase de movilización indígena para la resistencia al capitalismo en su expresión neoliberal, cuya avanzada amenaza sus espacios vitales²²⁵.

²²⁵ Por ejemplo, el caso de la CONAIE en Ecuador que tuvo un rol protagónico en la historia de ese país a partir de la década de los noventa y que, además, impulsó a nivel de América Latina acciones de resistencia al cumplirse 500 años de colonización, el 12 de octubre de 1992, constituyendo una de las acciones que simbólicamente abrieron un ciclo de cuestionamientos a la hegemonía del sistema neoliberal. Respecto a la dimensión de la lucha de esta organización indígena, Franklin Ramírez (2011) señala que: “para inicios del siglo XXI, el movimiento indígena –y, en particular, la confederación de Nacionalidades indígenas del Ecuador (CONAIE) – se había colocado como el eje articulador del conjunto de organizaciones populares y fuerzas de izquierdas en el país. La tortuosa modernización neoliberal, encaminada en medio de un intenso faccionalismo entre los sectores dominantes, había ampliado la estructura de oportunidad para la consolidación del MIE [movimiento indígena ecuatoriano] y para la extensión de su programa político más allá de las reivindicaciones étnicas. Su activismo anti-neoliberal hizo de la agenda india una compleja amalgama de demandas

Esta respuesta articulada caracterizó principalmente a la región de los Andes y a la Amazonía brasileña. En el caso de las Guayanas este proceso es un poco más tardío, pues solo hasta fechas relativamente recientes la organización indígena ha fortalecido el componente de reivindicación étnica en el conjunto de demandas que persiguen y que básicamente estriban en la titulación de tierras y el reconocimiento jurídico por parte del Estado. Recordemos que ninguno de los Estados de la región de la Guayana ha suscrito hasta ahora el convenio 169 de la OIT, el cual establece internacionalmente el reconocimiento político y jurídico de los pueblos indígenas y nativos de los países que lo conforman.

Entonces, buena parte de la movilización indígena, en el contexto del neoliberalismo, abrazó el paradigma de la autonomía como demanda para la construcción de una herramienta legal brindada por el propio Estado nación y que más allá del diverso grado de reconocimiento de la etnicidad y de la autodeterminación de los pueblos no se ha reflejado de manera concreta por parte de los propios Estados nacionales ni ha evitado la penetración extractiva. Tampoco ha garantizado el respeto y la inclusión requerida por parte de los propios pueblos indígenas, más allá de, por ejemplo, el reconocimiento constitucional de la plurinacionalidad (Bolivia y Ecuador), de leyes concretas que se han demostrado poco prácticas (Ley de Consulta Previa en Perú) o bien de la “participación política” en el proyecto de Estado (República Bolivariana de Venezuela).

Así también la región enfrenta retrocesos como en el caso de Brasil con la política a favor de la agroindustria del presidente Jair Bolsonaro o el negacionismo de la problemática indígena que se aplica a la población de las Guayanas bajo una premisa cuantitativa.

En esta última región el carácter etno céntrico tiene una particular relevancia a la hora de conformar los gobiernos en donde afros y mestizos terminan reproduciendo el modelo colonial para con sus pares indígenas. En Surinam, por ejemplo, el actual presidente es Chan Santokhi, del Partido de la Reforma

identitarias, ciudadanas y clasistas. Ello facilitó cierta unidad de acción con viejas y nuevas organizaciones sociales y militantes de izquierdas” (p. 73).

Progresista (VHP), mientras que Guayana está presidida por Irfaan Ali, del Partido Progresista del Pueblo – Cívico. Ambos mandatarios son descendientes de los grupos migrantes mayoritarios de estos países (India y África, respectivamente) y forman parte de los partidos que han ocupado el gobierno en repetidas ocasiones desde la conformación de estos Estados.

En resumen, se puede establecer una lectura del movimiento indígena amazónico en dos vertientes para el caso de los Andes. Por un lado, el movimiento que ha buscado incorporarse y participar del Estado como en el caso ecuatoriano, venezolano y boliviano cuyos resultados son diferenciados, llegando incluso en el caso de Bolivia a quedar como un movimiento perseguido (CIDOB) por no alinearse a la estructura y a las políticas de Gobierno. Y por otro lado, el movimiento que se desarrolla en paralelo y que busca que el Estado se repliegue de sus territorios con todo y su prometida modernidad y desarrollo (Perú y Colombia).

En el caso de Brasil la movilización indígena ha enfrentado una violentísima respuesta que en los últimos años ha contado con el respaldo directo e indirecto del gobierno del ultraderechista Jair Bolsonaro, quien pareciera sintetizar en su proyecto de gobierno los intereses más retrógradas del sector más conservador de la agroindustria brasileña, llegando incluso a modificar la Ley para beneficiar a este sector económico en detrimento de pueblos de la Amazonia.

En este sentido, el escenario de la lucha indígena en Brasil tiene un cauce legal que parte del reconocimiento jurídico de la condición del indígena brasileño y tiene por otro lado una respuesta pragmática de defensa del territorio que muchas veces se sintetiza en combatir la violencia con violencia. Sin embargo esto no significa que los grupos indígenas en Brasil vayan ganando sino por el contrario en lo que va del siglo XXI se han registrado un elevadísimo número de asesinatos sobre los líderes indígenas de la amazonia brasileña²²⁶.

²²⁶ Según la Comisión Pastoral de la Tierra (CPT), 2019 fue el año que registró más asesinatos de líderes indígenas desde el 2016. En total fueron asesinados 10 indígenas, siete de ellos eran dirigentes; una de las causas más frecuentes de los asesinados tiene que ver con conflictos territoriales (Mongabay Latam, 2020).

En el caso de las Guayanas nos encontramos ante una situación similar en términos de negación de derechos pero con la especificidad de establecer de entrada un negacionismo contundente sobre la cuestión indígena. En este sentido, el principal problema que enfrentan los indígenas de la región es la titulación de tierras cuya propiedad legítima no ha alcanzado ningún nivel de reconocimiento. Por el contrario, al establecer los criterios cuantitativos para el no reconocimiento de derechos lo que se ha conseguido es replegar a las ya de por sí reducidas etnias indígenas aún más al interior del territorio privándolas con ello de una participación política, económica e incluso cultural en la constitución de los Estados y los gobiernos.

En la actualidad estos espacios de existencia-resistencia de los pueblos indígenas se ven amenazados por el establecimiento de nuevas rutas comerciales como la IIRSA o la iniciativa de la Franja y la Ruta y, para el caso de la Guayana ex británica, por el eminente boom por venir con el descubrimiento de importantes yacimientos de petróleo. En este sentido el joven movimiento indígena de la región se enfrenta por un lado al negacionismo de los gobiernos que hacen patente su exclusión al desconocer de manera directa sus derechos y por ende al despojo de sus territorios y, por otro lado, a la continuidad de una política colonial ahora ejercida por las mayorías mestizas, de ascendencia afro o india.

Bajo este esquema, el neoliberalismo ha significado tanto la apertura al mercado de espacios considerados reservas ecológicas, como un nuevo intento de incorporación de los pueblos indígenas a un modelo de nación que necesita institucionalizar el componente étnico para formar parte de estos nuevos proyectos plurinacionales, lo cual significa adaptarlo a las necesidades del Estado y su proyecto de desarrollo, desechando con ello formas de vida que lo obstaculizan (convivencia armónica con el entorno).

No es de extrañarnos que la mayor oposición que han encontrado los proyectos progresistas, sobre todo en el caso ecuatoriano y boliviano, se de en el sector amazónico, llegando incluso a convertirlos en auténticos enemigos del Gobierno, como ya se explicó para el caso boliviano y brasileño. En este contexto,

el movimiento indígena amazónico representa, en sí mismo, una expresión de mayor calado que el resto de los movimientos antiglobalización dado que es en su territorio en donde esta fase del capitalismo está poniendo en discusión el futuro del sistema mundial imperante.

El neoliberalismo y la globalización son elementos externos que han servido para potenciar y cohesionar la etnicidad, puntualmente amazónica, en la defensa de espacios comunes, de saberes y de formas de ver y reproducir al mundo, estableciendo una posición dicotómica, entre expansión (Estados nación y transnacionales) y conservación-reproducción, representada por los movimientos indígenas y más puntualmente por organizaciones amazónicas que no responden a una lógica progresiva de la historia y que establecen una relación distinta a la de occidente con el espacio que ocupan (dominación de la naturaleza)²²⁷.

En tal sentido, el movimiento indígena amazónico trasciende las discusiones tradicionales del ecologismo burgués y occidental. Los megaproyectos que incluso los denominados gobiernos progresistas han apoyado como vía para la construcción del desarrollo capitalista ponen en entredicho el discurso del

²²⁷ La concepción estructurada de la vida, el espacio, el tiempo y el trabajo corresponden, en el caso de los indígenas amazónicos, a un espectro distinto de la realidad, es decir, estos espacios son el resultado de una experiencia particular de proyección social del grupo en medio de un entorno natural al que se incorpora el habitante amazónico. Este sentido cobra mayor fuerza mientras más aislados permanezcan de Occidente estos pueblos. Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en el texto *Soy Sontone. Memorias de una Vida en Aislamiento (2018)* que refleja la experiencia de la vida en aislamiento: “nuestra casa principal o *jak tone* estaba en altura, construida en un lugar estratégico para evitar que lleguen nuestros enemigos. Ahí, era donde celebrábamos el *sine*. Recuerdo que la casa principal era como del tamaño de una cancha de fútbol, con techos y paredes de *jakba* o crizneja. La planta que utilizábamos para construirla se llama *uyba* o *chikeroba*. Era una palmera no muy alta y de hojas grandes que solo se encuentra en altura y de la que se cosechaban las hojas doblándolas, para seguir cosechando en el futuro. Las criznejas tejidas cubrían hasta el suelo. La casa tenía solo dos puertas a los lados, intercaladas entre hojas de bijao y palmera. La casa principal era el centro de cohesión de todos los integrantes de nuestro grupo. Nosotros no vivíamos en la orilla del río o de las quebradas, sino en al altura cerca a los cerros pelados. Este sitio era de difícil acceso y empinado, dificultoso para caminar. Era un lugar escogido para evitar el ingreso de los enemigos o *taka*, quienes atacaban generalmente en la noche. Tal es así que había un solo acceso para subir a la casa. Para ello teníamos una escalera larga, llamada *chipa*, hecha de palos duros y sogas resistentes de *támishi*. Otros parientes de nuestra casa hacían huecos para poner los pies en las peñas y poder llegar a la casa grande escalando. Por la tarde una vez que habíamos subido todas las familias que vivíamos en la casa principal, se retiraba la escalera hasta el día siguiente. Luego nadie más podía acceder. De esta forma vivíamos bien seguros. Era linda nuestra casa principal” (p. 28).

reconocimiento de la plurinacionalidad y la interculturalidad que varios Estados latinoamericanos han enarbolado como avances de su política social.

Un ejemplo de ello es la IIRSA que tiene como finalidad integrar a la región a un proyecto económico global y que, por otro lado, tiene como principal beneficiaria a China, potencia que estratégicamente está convirtiéndose en el nuevo centro de la economía global. Dicho proyecto tiene su contraparte en la región de la Guayana con la iniciativa comercial, también de origen chino, denominada La Franja y La Ruta, cuyo objetivo, como ya se vio, es abrir una nueva ruta de la seda para el intercambio comercial entre Asia y América, mediante la construcción de megaproyectos de infraestructura que atravesarían la selva de Guayana hasta llegar a Brasil.

Por tanto, existe todo un andamiaje geopolítico que incorpora al proyecto de desarrollo de los gobiernos, sean progresistas o neoliberales, en una dinámica extractiva tutelada actualmente por los intereses privados y estatales del gigante asiático. Esto en función de la transferencia de recursos económicos y el desarrollo de proyectos de infraestructura impulsados por este país en las naciones sudamericanas.

Visto desde una perspectiva global y sistémica, el rol que países como Ecuador, Bolivia, Venezuela o Brasil han pasado a jugar en la configuración de la nueva geopolítica mundial, al establecer nexos comerciales con China para “cortar la dependencia económica” con Estados Unidos, coloca a estas naciones y, particularmente a la Amazonía, como “fuente inagotable de recursos”, en el centro de una disputa de orden civilizatorio, pues posibilita que las potencias capitalistas remocan un sistema que de otra manera pareciera estar condenado a colapsar, en la medida en que sus propios territorios han agotado el espacio y los recursos necesarios para la reproducción ampliada que necesita este modelo para sobrevivir²²⁸.

²²⁸ “Desde una explicación pedagógica se entiende a la reproducción capitalista ampliada como “el proceso de renovación constante de toda la producción social capitalista en creciente volumen. Cuando la reproducción es ampliada parte de la plusvalía se capitaliza, es decir, se une al capital activo y se emplea para aumentar el volumen de la producción. Así tiene lugar una acumulación del

En este sentido, la integración propuesta por la interconexión de las regiones productivas y la reducción de los respectivos tiempos entre la manufactura de un producto y su llegada al mercado manifiesta una “necesidad” de índole comercial que está enfocada a la reasignación de recursos del gran capital a zonas que, como la región amazónica, ya no pueden permanecer al margen del proyecto económico imperante en el sistema mundial.

La IIRSA, por ejemplo, constituye un acuerdo entre doce países sudamericanos enfocado al desarrollo de proyectos de infraestructura (transporte, energía y telecomunicaciones) que tiene como finalidad la integración comercial entre los Estados de la región, pero en un nivel que se garantice la inserción efectiva de este espacio en los mercados globales, fortaleciendo principalmente su conexión con el bloque de Asia-Pacífico. En este proyecto el territorio amazónico mantiene un rol fundamental y tiene al Estado como su principal garante, como lo explica Porto-Gonçalves (Óp. Cit.):

capital. Parte de la plusvalía acumulada se destina a la adquisición de medios adicionales de producción, y otra parte, a la compra de fuerza de trabajo adicional. La producción en que la plusvalía acumulada se dedica a la adquisición de *c* y *v* (capitales constante y variable) suplementarios es determinada por la composición orgánica que se haya formado del capital. La realización del producto social también es un aspecto importantísimo de la reproducción capitalista ampliada” (Boríssov, Zhamin y Makárova, 1965). Siguiendo la progresión sobre el concepto de valor y las implicaciones que a este rodean, hay que tener en cuenta que como parte del ciclo del capitalismo, el capital en sí mismo necesita volver a valorizarse mediante su reinversión en el proceso productivo. Si esto no sucede o si el producto final de aquello (la mercancía) no llega a su objetivo último que es el consumo (su realización), el ciclo capitalista quedaría interrumpido. Es lo que sucede en los casos, por ejemplo, de países como China o Japón en donde la producción ha sido tan acelerada que ha rebasado la necesidad de su mercado. Centros comerciales y hasta ciudades desiertas, por innecesarias, son el paisaje de un momento histórico en que la acumulación ya no es posible como hace 50 años. Es por ello que para las grandes potencias, la solución ha sido deslocalizar su mercado, ampliando su proceso productivo hacia el planeta, principalmente hacia mercados periféricos en donde no existe aún una saturación de “modernidad” y “urbanidad”. Sin embargo, esto reviste a muchos pueblos de un profundo conflicto social y cultural, pues en el caso de la Amazonía, por ejemplo, no se puede aplicar en la lógica de la producción del trabajo y del valor de los bienes de uso producidos por los pueblos amazónicos, un esquema similar, por lo cual, la conceptualización occidental sobre trabajo, valor, mercancía, etc., tienen una significación distinta en grupos cuyo nivel de aislamiento es muy elevado o total. Sin embargo, esta disparidad entre la concepción del trabajo y el valor supone para los pueblos amazónicos de alta vulnerabilidad, un gran riesgo dada la incompreensión plena sobre los procesos en los que muchas veces estos grupos se ven insertos, terminando prácticamente esclavizados por lo garimpeiros o madereros o subyugados por las misiones religiosas, quienes también los explotan. En este contexto, la expansión económica hacia los territorios del sur global se convierte en un fenómeno indispensable para los intereses del capital.

En 2010, la Unión de Naciones Sudamericana (UNASUR) pasó a tomar el control del portafolio de proyectos del IIRSA, con el Consejo Sudamericano de Infraestructura y Planificación. Hay 544 proyectos con un monto de inversión estimado en 130.000 millones de dólares; de los 31 proyectos prioritarios, 14 se refieren directamente a la Amazonía. Todos son proyectos de energía, transportes y comunicaciones, como represas hidroeléctricas, carreteras, hidrovías, ferrocarriles, canales, puertos, aeropuertos y cables de comunicación. El financiamiento de los megaproyectos de infraestructura proviene principalmente de fuentes públicas, ya sea a través de bancos nacionales de desarrollo, ya sea a través de bancos multilaterales de los cuales los Estados son protagonistas. Estas financiaciones, por lo tanto, recaen en la deuda pública (p. 61).

Por tanto, y después de lo expuesto, cabría preguntarse ¿a quién realmente benefician proyectos como el de la IIRSA o la Franja y Ruta, dadas las particulares condiciones? Inmediatamente se hace evidente que los grandes beneficiarios de estos proyectos son las elites políticas nacionales (peruanas, colombianas, bolivianas, ecuatorianas, venezolanas, brasileñas, guyanesas), las cuales se llevan gran parte de los ingresos privatizando las ganancias y socializando la deuda²²⁹.

En este sentido se plantea, por un lado, en el ámbito de lo nacional, un discurso desarrollista, igual de hueco que en la época del caucho, pero con mayores implicaciones tanto ecológicas como sociales y culturales. El otro gran beneficiado es, sin duda, el conjunto de grandes transnacionales, puntualmente chinas, las cuales ven una gran oportunidad para la inversión de su excedente y el aprovechamiento de materias primas en esta región²³⁰.

Las consecuencias de la profundización de este modelo son particularmente cruentas y disruptivas del equilibrio ecológico global. En términos sociales la

²²⁹ Según información oficial de la IIRSA, la cartera de proyectos del Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento de UNASUR (COSIPLAN) asciende a 562 proyectos con una Inversión total estimada de USD 198.920.309.762 (En: www.iirsa.org).

²³⁰ El Plan CELAC 2015-2019 tiene como objetivo alcanzar USD 500 mil millones en comercio y USD 250 mil millones en inversión en stock en América Latina en un plazo de 10 años. Entre los ejes de inversión que China considera prioritarios para alcanzar el crecimiento están el comercio, la inversión y la cooperación financiera. En el caso de Ecuador y Venezuela, la “inversión” (préstamo) se ha realizado apuntando a un intercambio futuro por concesiones de explotación de petróleo. En el caso de Bolivia, el recurso al que se dirige el gigante asiático es el gas (Conelly, 2017). En el caso de Brasil, los intereses chinos están puestos en la exploración y explotación minera, y en la producción masiva de soja. Por otro lado, en la región de Guayana, las actividades extractivas prioritarias son la minería (oro y aluminio) y la explotación de los recién descubiertos yacimientos de petróleo.

deforestación implica la destrucción de los modos de vida y posibilidades de supervivencia en el tiempo de pueblos indígenas que hasta este momento particular de la historia habían permanecido al margen, pues a pesar de la experiencia del caucho, lograron reincorporarse a su dinámica propia con el fin de este ciclo productivo. Hoy ya no hablamos de ciclos sino de procesos de explotación generalizados y sistemáticos concentrados en el territorio amazónico. Al respecto Porto Gonçalves (Óp. Cit.) sostiene:

Ante la relevancia que la Amazonía tiene para el colapso ambiental causado por la dinámica de la civilización capitalista de matriz eurocéntrica, nuevos y viejos paradigmas y prácticas entran en contradicción, a saber: 1) el viejo paradigma de la “extracción destructiva” de saqueo, presa y devastación, de explotación minera, extracción maderera, avance de la ganadería y los monocultivos, 2) el paradigma ecológico del “bosque en pie” que, a su vez, pone en tensión, por un lado, la vertiente capitalista de la “economía verde” y sus “latifundios genéticos” (que une el capitalismo financiero y de industrias ligadas a la biotecnología y a la ingeniería genética que, a través de las grandes ONG internacionales, pasan a disputar espacios de los movimientos sociales) y, por otro lado, movimientos que luchan “por la vida, por la dignidad y por el territorio”, conforme a la consigna de las grandes marchas que, en 1990, partieron de la Amazonía boliviana y ecuatoriana hacia las capitales de los respectivos países, o a la consigna: “no hay defensa del bosque sin los pueblos del bosque” (pp. 62-63).

En este sentido, la movilización indígena en los territorios amazónicos y en los afectados por las mineras en las tierras altas, ha ido cobrando cada vez más intensidad y violencia, por ejemplo, los enfrentamientos de Bagua (Perú) en 2009 que condujeron a la muerte de 33 personas (entre policías y civiles) y que son el reflejo de la imposibilidad de negociación en contextos que implican la vida de los habitantes de las comunidades indígenas, el futuro de sus hijos y su cultura.

Otro ejemplo son las agresiones sistemáticas que ha sufrido la tribu Gamela en el Maraón (Brasil) por parte de rancheros, quienes han realizado varias incursiones en territorios indígenas, atacando a familias enteras con machetes y armas de fuego, como una estrategia para replegarlas, pues desde el punto de vista de los colonos constituyen un obstáculo para el aprovechamiento del territorio que ocupan. Según un reportaje del New York Times (2017), entre 2007 y 2017 se contabilizaron al menos 833 indígenas asesinados solo en esta región, la cual

constituye apenas un ejemplo de los enfrentamientos generados entre pueblos indígenas en resistencia con los dueños de agronegocios.

Por su parte, los gobiernos de corte progresista no estuvieron exentos de enfrentamientos con altísimos niveles de violencia como por ejemplo la represión a las protestas indígenas contra la carretera que pretende atravesar el TIPNIS en Bolivia en 2011, o los enfrentamientos entre el gobierno ecuatoriano y los pobladores de Río Blanco, en 2017, como respuesta al avance de los proyectos mineros en la provincia serrana del Azuay, la cual tuvo una amplia participación de pueblos Shuar.

Es importante señalar el caso particular de la región de Guayana, en donde el aislamiento y falta de integración de los pueblos indígenas al proyecto de Estado de alguna manera les ha permitido mantenerse al margen de enfrentamientos como los citados para los otros bloques de países estudiados. Lastimosamente, en el momento en que este aislamiento se rompa, con la integración plena de su territorio al mercado global, dichos pueblos se enfrentarían al mundo en una situación de mayor vulnerabilidad que la de sus pares en América Latina, pues no cuentan con ningún mecanismo legal que las ampare.

Esto es lo que puede ocurrir con la puesta en marcha de la ya citada iniciativa de la Franja y la Ruta, cuyo despliegue de infraestructura convertiría en una zona de integración comercial a Lethem, una localidad ubicada en la frontera entre Brasil y Guayana, y que forma parte de la sabana Rupununi. Hasta el momento Lethem se ha caracterizado por su aislamiento y desconexión de la capital de Guayana, así como por ser el hogar de al menos nueve tribus indígenas.

Bajo esta lógica, como se propone en esta investigación, el elemento que aglutina a buena parte de los mecanismos de resistencia de los pueblos amazónicos pasa directamente por el modo de ser y hacer del habitante de la selva, quien en sí mismo, en su existir, representa una frontera material que se tendría que transgredir para que la región ceda a esta nueva embestida integracionista.

Sin embargo y pese al éxito histórico que constantemente ha manifestado el occidente eurocéntrico e individualista, existe inherentemente en el habitante de la selva una resistencia a abandonar la asociación que este en sí presenta con el territorio para convertirse en ciudadano de su nación. Esta resistencia involucra varios niveles y estrategias que lo llevan a establecer una relación de manera particular entre el entorno, su vida y la valorización del espacio material en el que se desenvuelve²³¹.

De esta manera, el trabajo y la producción y reproducción ecológica trascienden sentidos de valor y lógicas de intercambio que incluso en su estructura se diferencian de otras dinámicas de reproducción del espacio ecológico de los pueblos indígenas. Por tanto, las respectivas organizaciones nacionales, confederaciones o movimientos se encuentran directamente entrelazados por la persistencia de la particularidad de lo que se puede considerar como el ser

²³¹ Los Yanomami, que habitan el territorio venezolano y brasileño, son un ejemplo casi ideal de lo que es el habitante silvícola. Nómadas por esencia, cultivan por breves periodos de tiempo pequeños huertos de plátano, ñame, batata y malanga; generalmente, los cultivos no tienen una duración mayor de tres años, motivo por el cual este grupo suele desplazarse constantemente a otros lugares en donde inicia nuevos cultivos. Recolectan, cazan y pescan (aves, monos, peces). En la actualidad se ayudan de los utensilios que provee la vida moderna como machetes, cuchillos, hachas, ollas, etc. El principio básico de su trabajo y el valor que estos asignan al mismo radica solo en el autoconsumo, manufacturando sus pertenencias (arcos, flechas, vestimentas, utensilios de casa y de trabajo). Conocen perfectamente la selva, al punto de distinguir desde temprana edad plantas venenosas, medicinales y otras que les sirven de alimento o como alucinógenos para ceremonias rituales. Su vida colectiva se estructura en función del parentesco, fortaleciendo sus alianzas con otros miembros de grupos yanomami o tribales, a través de las alianzas matrimoniales. Generalmente, los que llevan la labor de conducción del grupo son los miembros mayores. Los líderes establecen una posición jerárquica que les permite tener ciertos privilegios, sobretudo en la producción y reproducción de su espacio (cosecha, recolección, caza, pesca, etc.). Han sido víctimas de múltiples atropellos por el grado de aislamiento en el que se encuentran. Por ejemplo, en 1993 se produce la masacre de Haximu (Brasil), cerca de la frontera con Venezuela, realizada por parte de garimpeiros (minería informal) que cobró la vida de 16 yanomamis y fue reconocida de manera unánime por la Corte Suprema Federal de Brasil como genocidio. En la actualidad, el sarampión es un problema que ha afectado y diezmando a la población Yanomami en los límites de Brasil y Venezuela. Hay que tener claro que este pueblo y otros que están muy aislados carecen de defensas ante cualquier amenaza virológica o bacteriológica del mundo exterior. El caso de los Yanomami es particularmente importante por el grado de conocimiento de este pueblo silvícola en el mundo Occidental dadas sus condiciones muy particulares de vida y de relación con su ecosistema. Este pueblo constituye quizá uno de los casos más estudiados en occidente sobre la particular relación del habitante amazónico con su espacio, con el cual establecen una relación indisoluble entre las pueblos indígenas y sus territorios que, dicho sea de paso, se encuentran ampliamente amenazados por la incapacidad del Estado brasileño y venezolano de garantizarles condiciones mínimas de subsistencia ante la amenaza de agentes externos (misioneros, investigadores, garimpeiros, etc.). Ver más en Lizot, Jacques (2011).

intrínseco del amazónico, ligado este a un espacio geográfico que trasciende la conceptualización normada de frontera y de propiedad.

En este sentido, la conceptualización del espacio implica mirar el entorno y los componentes del mismo en una relación en la cual no existe una división de los elementos que contienen el espacio y el ser humano amazónico, pues propiedad y nomadismo parecen no empatarse muy bien en la región amazónica. Al respecto, Philippe Descola (1993) señala:

La naturaleza no existe en todas partes y para siempre; o, más exactamente que esta separación radical, establecida muy antiguamente por occidente, entre el mundo de la naturaleza y el mundo de los hombres no tiene gran significado para otros pueblos que confieren a las plantas y a los animales los atributos de la vida social, considerándolos como sujetos antes que como objetos, y que no pueden, en consecuencia, expulsarlos a una esfera autónoma, librada a las leyes de la matemática y la esclavización progresiva por la ciencia y la técnica. Decir que los indios están “cerca de la naturaleza” es una forma de contrasentido, ya que, al darles a los seres que la pueblan una dignidad igual a la suya, no adoptan respecto de ellos una conducta verdaderamente diferente de la que mantienen entre sí. Para estar cerca de la naturaleza hace falta que haya naturaleza, excepcional disposición para la cual solo los modernos se han sentido capaces y que vuelve sin duda más enigmática y menos amable nuestra cosmología comparada con la de todas las culturas que nos han precedido” (p. 391).

Esta lógica plantea una separación relativa de la dimensión ser humano y la naturaleza y propone, en muchos casos, sobre todo en donde pueblos indígenas se encuentran en mayor aislamiento con los núcleos “civilizados” (ciudades), entender a la región como un espacio de reproducción cíclica de la historia y la realidad.

Por tanto, las prácticas intrínsecas que empatan a prácticamente todas las etnias del territorio amazónico en sí mismas constituyen un espacio de resistencia que se afianza en los modos de vida y reproducción social que se desarrollan en una región ecológica específica (Amazonia), algo que aquí se ha denominado ethos amazónico y que responde intrínsecamente al modo de ser del silvícola, cuya gradiente más profunda puede encontrarse yendo cada vez más hacia el interior del territorio amazónico, pero que sin embargo también se encuentra presente en pueblos con un contacto relativamente reciente con occidente, como el caso de los

Nukak en Colombia, cuya apertura apenas ajusta 20 años, o bien los Yanomami en Venezuela, por citar algunos de los ejemplos más conocidos.

El planteamiento sobre la existencia de un ethos común amazónico, desarrollado a lo largo de este trabajo, propone un modo de ver y percibir el espacio ecológico de los pueblos que está ligado intrínsecamente a la conservación, expansión y reproducción del propio territorio amazónico. Es decir, esta propuesta reconoce la intervención humana en la modificación del espacio selvático, su particularización, pero sobre todo, su reproducción; esta última está ligada directamente al larguísimo periodo de coexistencia de estos pueblos en este complicadísimo entorno, el cual se ha podido constatar por la evidencia arqueológica.

Dicho conocimiento abreva de una experiencia reproducida cíclicamente de saberes que transforma a los habitantes de esta región en expertos en el espacio ecológico y en sus ciclos vitales. Este conocimiento, que a menudo es víctima de los intereses de occidente (biopiratería y exploración), es el resultado en muchos casos de un acumulado de larguísima datación (al menos 10.000 años).

Por tanto, el ethos amazónico en sí mismo constituye un acumulado de experiencias que en sus respectivas particularidades (distintas nacionalidades indígenas) representa el último frente de resistencia para la integración de la región amazónica al sistema mundial capitalista. En este marco, los grupos denominados no contactados constituyen un amplio reservorio de saberes y técnicas (ethos amazónico) que permiten la vida y la reproducción de las tribus al interior de la selva. No obstante, pese al reconocimiento legal de su existencia, este no los exime de los inminentes peligros que amenazan la supervivencia de estos pueblos²³².

²³² “Gran parte de las situaciones de riesgo a la vida e integridad de estos pueblos son generadas por el contacto, ya sea directo o indirecto. En opinión de la CIDH, los casos más emblemáticos, y a la vez prevenibles, se dan cuando el contacto es propiciado de manera directa y deliberada, como en el caso de las misiones religiosas que han buscado evangelizar a los pueblos en aislamiento. Tal es el caso de la Misión Nuevas Tribus (New Tribes Mission) y el Instituto Lingüístico de Verano (Summer Linguistic Institute), entre otros, que deliberadamente contactaron a pueblos en aislamiento en Bolivia, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú y Venezuela, por mencionar algunos países, en la segunda mitad del siglo XX principalmente. Entre otras cosas, se ha recibido información sobre integrantes de estas organizaciones que prohibían prácticas religiosas y culturales tradicionales de

Hay que entender claramente que lo que subyace en los modos particulares de vida y técnicas de coexistencia en la región amazónica por parte de los pueblos indígenas que la habitan, trasciende los límites del ecologismo occidental y, si superase el paradigma desarrollista de la política pública, debería ir más allá de visiones anacrónicas como la “conservación” o la “remediación” que han posibilitado la expansión de los diferentes frentes extractivos en los últimos 50 años, para constituirse en un modelo de reproducción del espacio amazónico. Es decir, se hace necesario un enfoque más integral que posibilite la protección, recuperación, reposición y saneamiento del espacio ecológico.

Sin embargo, la reprimarización de la economía latinoamericana está enfocada en la consolidación, en el mejor de los casos, de un modelo de capitalismo “verde” que busca la incorporación acrítica de todos los pueblos de la selva amazónica, lo cual los enfrenta al avance de mineros formales e informales, ganaderos, madereros, narcotraficantes, grupos guerrilleros, etc., convirtiendo esto no solo en un enfrentamiento desigual sino vergonzoso en el que históricamente y no sin pelear, los tractores se impondrán a las lanzas, y los barcos, avionetas y transportes de carga, usurparán el espacio de las canoas y los senderos, dejando bien marcadas las fronteras pues ahora, para esta faceta, quizá la última del capitalismo, será indispensable la delimitación concreta de fronteras estatales.

Bajo esta lógica, el ethos amazónico, como se entiende en este trabajo, constituye una forma articulada de leer la realidad y el mundo entre los pueblos que históricamente han habitado esta región y que, como se ha dicho en repetidas ocasiones, la han moldeado -en buena medida- de acuerdo a sus necesidades. Esta realidad, que no tiene que verse como idílica o prístina, enfrenta la particular

los pueblos que contactaban, tildándolas de demoníacas, y menoscabando el derecho de estos pueblos a su propia cultura (...) La Comisión observa que este tipo de incidentes de contacto representan una pérdida cultural irreparable [pues] la condición de aislamiento en que se encontraban antes del contacto se ha perdido para siempre. El contacto también se puede dar de manera indirecta, por ejemplo cuando personas que entran a los territorios por donde transitan pueblos en aislamiento dejan objetos que pueden ser encontrados por los indígenas. Dichos artículos pueden incluir herramientas, ropa, basura o comida, los cuales pueden significar un riesgo ya que pueden transmitir ciertas enfermedades infectocontagiosas (CIDH, 2013: 46-48). Esta situación se ha vuelto particularmente más complicada en la actualidad con la propagación de la pandemia de la COVID-19.

amenaza que a miles de kilómetros de distancia involucra el desplazamiento geográfico del orden mundial, siguiendo a Wallerstein, y la imposición de un nuevo proyecto de “integración”.

Sin embargo, uno de los elementos más característicos de la movilización indígena amazónica pasa por la afirmación de elementos comunes de resistencia de otros pueblos indígenas, que se hermanan con los movimientos de la selva en cosas concretas como la defensa de los recursos naturales. Esto ha ocurrido particularmente en el bloque denominado andino en donde los pueblos amazónicos han logrado coordinar la lucha con comunidades de la sierra, también afectadas por el despojo territorial y el avance del frente extractivo.

Esta es una característica de gran importancia al momento de pensar en la capacidad de resistencia indígena, lo que no es lo mismo que de triunfo de esta movilización pues en su lucha por la defensa del territorio y la territorialidad, los movimientos amazónicos tienden, como nos demuestra la CONACAMI (Confederación Nacional de Comunidades del Perú Afectadas por la Minería), a articularse con los movimientos de la sierra para constituir bloques de defensa de sus espacios de vida.

Esto se demostró también en la paralización nacional que experimentó Ecuador en Octubre de 2019 y que contó como principal protagonista al movimiento indígena de todas las regiones del país, el cual conjuntamente con sectores sindicales, de transportistas y de otros pueblos y nacionalidades como los afros y montubios mantuvo una resistencia férrea durante once días de movilización, hasta que el Gobierno derogó el Decreto 883 que desató el conflicto, el cual estuvo caracterizado por la violenta represión estatal.

Una de las principales figuras del paro fue Marlon Santi, dirigente del pueblo Kichwa Sarayaku, quien también se ha desempeñado como presidente de la CONAIE entre 2007 y 2010. Para Santi, la movilización de Octubre fue el escenario que permitió la rearticulación del movimiento indígena nacional, el cual ha experimentado varios periodos de redefinición en función del desarrollo de un

pensamiento propio. Como afirmó el dirigente en una entrevista realizada por FLACSO en diciembre de 2019:

Con el gobierno de Rafael Correa hubo una agenda para dividir al movimiento indígena, después tuvimos un espacio para parar y respirar que nos permitió reagruparnos porque existe un descontento de las bases sobre las medidas de los gobiernos. Hablamos de nuestra agenda en territorios y el fortalecimiento de las organizaciones. Hemos experimentado un cambio generacional y de conceptos, si bien el movimiento indígena nació [en Ecuador] como un brazo del socialismo y con el impulso de la teología de la liberación, luego se autonomiza y seguimos discutiendo quiénes somos; somos el pensamiento de la Pachamama, que no es socialismo ni izquierda porque en esas corrientes no existe la dinámica del respeto a la tierra y al ser humano. Tanto el socialismo como el capitalismo han visto a la naturaleza como bonanza, como algo que debe dar rentabilidad económica, pero en la concepción amazónica que ya está plasmada en conceptos técnicos y científicos, la Pachamama es un sujeto de derechos sin la cual no podemos continuar (<https://movimientosocialecuador.com>).

En este sentido, el movimiento indígena amazónico es producto y consecuencia de la avanzada del Estado y las corporaciones nacionales y extranjeras, dando respuesta, en la medida de sus posibilidades y capacidades, a esta injerencia. En tal sentido, el movimiento indígena amazónico no solo adopta una actitud contemplativa sobre su realidad local. Con el paso de los últimos 40 años ha progresado, como le hemos visto en esta investigación, en la necesidad de participar a través de sus movilizaciones y rebeldía en luchas de carácter más amplio a nivel nacional e internacional, así como incorporar su pensamiento crítico a las reflexiones sobre las problemáticas que afectan a la región para, a partir del desarrollo de un pensamiento propio, teorizar y proponer soluciones que se incorporen al pensamiento académico y programático de los movimientos sociales.

Sin embargo estas propuestas axiológicas de resistencia y planteamientos teóricos están en un proceso de incorporación en el que también cobran cada día más importancia sus teóricos y referentes políticos. En este sentido quizá la figura que a nivel amazónico más ha destacado en fechas recientes por su relevancia en todos los campos antes mencionados es Ailton Krenak quien desde la década de los 80 se ha convertido en un referente de la movilización indígena de Brasil, siendo

actor fundamental junto a otros dirigentes indígenas para la constituyente del 1988, momento en que se comienza a visibilizar a los pueblos indígenas en Brasil y se encamina la lucha legal por la demarcación de sus territorios.

En la actualidad Krenak ha cobrado aún más fuerza como referente teórico del pensamiento indígena amazónico pues sus aportes reflejan esta amalgama de posiciones teóricas y organizativas cuyos alcances analíticos son resultado de los diálogos con el pensamiento académico y especializado. En este sentido, sobre la crisis civilizatoria que vive la humanidad y su carácter global señala lo siguiente:

La conclusión o el entendimiento de que vivimos en una era que puede identificarse como Antropoceno debería hacer sonar una alarma en nuestras cabezas. Porque, si imprimimos en el planeta Tierra una marca tan pesada que incluso caracteriza una era, que puede permanecer incluso después de que ya no estemos, porque estamos agotando las fuentes de vida que nos permitieron prosperar y sentir que estábamos en casa, sentir, en algunas épocas, que teníamos una casa común que podía ser atendida por todos, es porque una vez más nos enfrentamos al dilema al que he aludido: excluimos de la vida, localmente, las formas de organización que no se integran en el mundo de las mercancías, poniendo en riesgo todas las demás formas de vida, al menos aquellas que nos animaron a pensar como posibles, en que había corresponsabilidad con los lugares donde vivimos y el respeto por el derecho a la vida de los seres, y no solo a esa abstracción que nos permitimos constituir como humanidad, que excluye a todas las otras y a todos los demás seres. Esta humanidad que no reconoce que el río que está en coma es también nuestro abuelo, que la montaña explorada en algún lugar de África o Sudamérica y transformada en mercadería en otros lugares es también el abuelo, la abuela, la madre, el hermano de alguna constelación de seres que quieren seguir compartiendo la vida en este hogar común que llamamos Tierra (Krenak, 2019: pp. 23-24).

El desarrollo de un pensamiento propio al interior de la resistencia indígena ha permitido evidenciar que el occidente capitalista ejerce un doble discurso que enarbola, por un lado, la colaboración económica para el “desarrollo” y, por otro, un conservacionismo y ecologismo eurocéntrico e hipócrita sobre las regiones protegidas.

En este sentido y con la incorporación de China como uno de los actores principales en la vorágine extractiva, los bloques aquí propuestos (andino amazónico, luso brasileño y anglo francófono) tienden a unificarse en un mismo eje

extractivo dirigido por China que trata constantemente, en su penetración y homogenización del espacio como zona productiva (núcleo de extracción), de establecer un solo ritmo y un solo tiempo, el tiempo de la modernidad capitalista, que tiende a romper con los modos de vida que se desarrollan coetáneamente en el mundo y, en este caso, en la Amazonia.

Por tanto, para la región el pasado es presente, el extractivismo es una realidad y su incorporación a las dinámicas extractivas es una prioridad tanto para las naciones que componen el territorio amazónico como para los intereses de los grupos comerciales transnacionales.

En definitiva, el futuro de la resistencia de los pueblos amazónicos muestra dos caras, una es la defensa del territorio amparada en la discusión legal propia de las organizaciones indígenas que cada vez cobran un carácter más transnacional (COICA) y la otra es la defensa a toda costa y bajo cualquier medio de los espacios de vida y reproducción social de los pueblos y la selva. De cualquier forma, para esta fase del capitalismo no es concebible la no participación.

En este escenario, en prospectiva se avizoran dos relatos para la Amazonia como unidad, uno que es -como lo hemos revisando- el de los megaproyectos de integración comercial, cuyo horizonte de desarrollo busca construirse sobre las mismas vías de apropiación y despojo que históricamente han caracterizado a la colonización del territorio Amazónico. En este proceso, China jugará un papel central.

Y, el otro relato, es el de los pueblos indígenas que pareciera se disponen a encarar sus últimas luchas. Las palabras de dirigentes como Marlos Santi o Ailton Krenak sintetizan buena parte del sentir y los retos que tienen por delante los pueblos para su subsistencia.

Entonces, asistimos al fin de un ciclo con el ocaso de los Estados Unidos al frente del proyecto capitalista de occidente, así como al traspaso de la estafeta en la conducción de las riendas de la política económica global hacia el lejano oriente, con China buscando materializar el capital acumulado en décadas en proyectos

cuya culminación o éxito comercial pasa a segundo término siempre y cuando pues el objetivo final es que se valorice el capital acumulado.

Por tanto, las regiones protegidas están en la órbita de este horizonte en el que se busca reemplazar las tierras rojas por el asfalto, el cual eventualmente será devorado por la selva, como lo hizo un siglo atrás con el caucho, pues hoy aún se pueden ver en las ciudades amazónicas como Manaos e Iquitos esos palacetes cada vez más perdidos entre la selva.

Así, en la medida en que los pueblos indígenas consigan reproducir los conocimientos técnicos que por milenios les han permitido coexistir en la selva siempre albergarán una esperanza para recuperarla. Este conocimiento acumulado técnicamente (ethos amazónico) es el resultado de milenios de ocupación y, como en el caso de otros pueblos originarios presentes a lo largo del mundo como los beduinos, los Inuit (esquimales) o los aborígenes de Australia, son los últimos resguardos de saberes milenarios que reflejan en su esencia una técnica humana para vivir en condiciones de extrema complejidad en entornos en los que la presencia del ser humano ha logrado armonizar con la naturaleza.

En este sentido, las esperanzas que pueda guardar nuestra especie, ante un posible sisma ecológico y social, en buena medida están depositadas en estos pueblos y se ubican más allá de las ciudades y núcleos urbanos, en donde se apuesta más a la resiliencia que a la reproducción ecológica y a la ampliación de los espacios vitales.

Es por ello que es indispensable establecer una reflexión crítica sobre el delicadísimo papel que va a jugar a futuro la Amazonia como una de las regiones cruciales en la narrativa no solo económica sino de nuestra especie y de la que es imposible separar a los pueblos indígenas quienes, como se ha dicho reiteradamente en esta investigación, le han dado forma y salud a la selva, incluso en fechas recientes cuando han logrado revertir los efectos de la reconversión de la tierra en pastizales o siringales, reforestando la selva y regresándola a un estado de equilibrio ecológico pero también humano.

En este sentido, el relato que debe contarse a futuro es el que haga viable la presencia humana en la Amazonia como parte de esta, es decir, el relato de las comunidades y grupos indígenas que la han habitado milenariamente a la par de las colectividades mestizas, afro mestizas y de pequeños y medianos productores cuya presencia no entra en contradicción con el equilibrio del territorio.

Por tanto, se convierte en un elemento indispensable para los especialistas, biólogos, antropólogos, historiadores, entre otros, ubicar en el centro de los relatos de sus investigaciones el factor ecológico y social que compete a la narrativa de la Amazonía, superando visiones eurocéntricas como el antropocentrismo, el conservacionismo o el desarrollismo. Es indispensable también incorporar la narrativa de los pueblos y comunidades indígenas como coautores de los avances técnicos derivados de la experimentación con plantas, animales, insectos, etc. y también en la comprensión filosófica de los espacios ecológicos y humanos que estos ocupan.

Bibliografía

- Adanaqué Velásquez, Raúl, Zapata Leonardo, Susan, Huapaya Garriazo, Jorge (2011). El Instituto Lingüístico de Verano a través de la correspondencia entre las familias Townsend y Valcárcel (1946-1988). Revista investigaciones sociales, Vol.15 N°27, pp.213-282 [2011], Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Aguirre, Baztán, Angel (1994). Estudios de Etnopsicología y etnopsiquiatría, Marcombo: Barcelona.
- Anderson, Benedict (1983[2016]). Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica.
- Alvino de Mesquita, Benjamín (2011). A dinâmica recente do crescimento do agronegócio na Amazônia e a disputa por territórios. En Sauer y Almeida (org.). *terras e Territórios na Amazônia: Demandas, Desafios e Perspetivas*. Brasília: Editora Universidade de Brasília.
- Aristóteles, 384 a.C.-322 a.C.; traducción, introducción y notas de E. Ignacio Granero (2015). El arte de la retórica - 2a ed. - Buenos Aires: Eudeba.
- Arnold, Denise Y. (2016). Más allá de "lo Andino": Repensando Tiwanaku desde las tierras bajas. Revista Textos Antropológicos versión impresa ISSN 1025-3181. Versión digital disponible en http://www.revistasbolivianas.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1025-31812016000100007&lng=es&nrm=iso (consultada el 15 de septiembre de 2019).
- Arocha, Jaime & Moreno Tovar, Lina del Mar (2006). Andinocentrismo, salvajismo y afroreparaciones. En Mosquera-Labbé, Claudia Patricia y Barcelos, Luiz Claudio (Editores). *Afro-reparaciones: Memorias de la Esclavitud y Justicia Reparativa para Negros, Afrocolombianos y Raizales*. Bogotá: Serie Editorial Estudios Afrocolombianos, CES, Universidad Nacional de Colombia, pp. 523-550.

- Arráiz, Lucca, Rafael (2013). Venezuela: 1498-1728. Conquista y Urbanización. Caracas: Editorial Alfa.
- Arroyo Klain, Manuel (2017). Las tierras antrópicas amazónicas: algo más que un puñado de tierra. En Rostain & Jaimes Betancourt editores. *La siete maravillas de la Amazonía precolombina*. Bolivia: Plural.
- Asimov, Isaac (1987). Enciclopedia biográfica de ciencia y tecnología. Vol II. Madrid: Alianza Editorial.
- Benites, Leopoldo (1945[1995]), Los Argonautas de la Selva. Los descubridores del Amazonas. Guayaquil: Clásicos Ariel.
- Berger, David, Ed. (2019). El Mundo Indígena 2019. Copenhague: Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas.
- Betancourt, Rómulo (1956[2013]). Venezuela. Política y Petróleo. Tomo II. Caracas: Editorial Alfa.
- Berno de Almeida, Alfredo Wagner (2011). A recuperação das agroindústrias: novo capítulo de guerra ecológica. En Sauer y Almeida (org.). *terras e Territórios na Amazônia: Demandas, Desafios e Perspetivas*. Brasília: Editora Universidade de Brasília.
- Bilsborrow & Oña (2012). Modos de vivir y sobrevivir. Un estudio transcultural de cinco etnias en la Amazonia ecuatoriana. Quito: Abya Yala.
- Bitterli Urs (1982), Los salvajes y los civilizados. El encuentro de Europa y ultramar, FCE: México.
- Bonfil, Guillermo y otros (1982). Declaración de San José sobre etnodesarrollo y etnocidio en América Latina. San José: Ediciones Flacso.
- Borísov, Zhamin y Makárova (1965). *Diccionario de Economía Política*. Rusia.
- Brading, David (1993). Orbe indiano: de la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867, Fondo de Cultura Económica, México.
- Bravo, Elizabeth (2005). Impactos de la explotación petrolera en América Latina. Revista Biodiversidad Nro. 43, enero de 2005.

- Campo, Lorena (2008). Diccionario básico de Antropología, Abya Yala: Quito.
- Clastres, Pierre (1978). La sociedad contra el Estado. Venezuela: Monte Ávila Editores.
- Cardoso, Fernando H., Falleto, Enzo (1977). Dependencia y desarrollo en América Latina. Buenos Aires: siglo XXI.
- Carrasquilla, Rafael María (1912), Conferencia sobre las misiones en Colombia, predicada en la catedral de Bogotá el 20 de octubre de 1912. En *Las misiones en Colombia*, 1912.
- Centro para la Autonomía y Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CADPI (2012). República de Guayana. Nota técnica de país sobre cuestiones de los pueblos indígenas. Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA).
- Charity, S., Dudley, N., Oliveira, D. y S. Stolton, editores (2016). Amazonía Viva - Informe 2016: Un enfoque regional para la conservación en la Amazonía. Brasilia y Quito: World Wildlife Fund (Fondo Mundial para la Naturaleza).
- Civrieux, Marc (1980). Los Cumanagoto y sus vecinos. En Coppens, Walter (Ed). *Los aborígenes de Venezuela Vol. 1 Etnología Antigua*. Caracas: Fundación La Salle, pp. 27-240.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2013). Pueblos indígenas en aislamiento voluntario y contacto inicial en las Américas: Recomendaciones para el pleno respeto a sus derechos humanos / [Preparado por la Relatoría sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos].
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2019). Situación de los Derechos Humanos de los Pueblos Indígenas y Tribales de la Panamazonía. OEA (versión digital disponible en www.cidh.org, consultado el 2 de junio de 2020).

- Connelly, Marisela. En la ponencia “*Relaciones de China con América Latina*”, presentada el 14 de febrero de 2017 en el marco del diplomado en Estudios sobre Asia de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Constitución de la República del Ecuador (2008). Quito: Asamblea Nacional Constituyente.
- Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (1999). Caracas: Asamblea Constituyente.
- Correa, Rubio, François (2014). Límites a la autonomía indígena en la Amazonia colombiana. Revista Colombiana de Sociología. Vol. 37 Nro. 2, Jul-Dic 2014. Bogotá, pp. 65-90.
- Cueva, Agustín (1977[1990]). El desarrollo del capitalismo en América Latina. Segunda edición aumentada. México: Siglo XXI Editores.
- De Figuereido Ribero, Nelson (2006). A questão geopolítica de Amazônia. Da soberanía difusa a soberanía restrita. Belén/Pará: EDUFPA.
- De Las Casas, Bartolomé (1875 [1951]), Historia de las Indias (3 tomos). México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Descola, Philippe (1993). Las Lanzas del Crepúsculo. Relatos Jíbaros de la Alta Amazonia. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ----- (1998). Las cosmologías de los indios de la Amazonia. España: Zainak 17, Cuadernos de Antropología-Etnografía, pp. 219-227.
- De Sousa Santos, Boaventura (2009). Una epistemología del Sur. La reinención del conocimiento y la emancipación social. México: CLACSO y Siglo XXI.
- Diégues Júnior, Manuel (1979). Etnias e Culturas No Brasil. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército Editora.
- Dixon & Alexandra Y. Aikhenvald (eds.) (1999), The Amazonian languages. Cambridge University Press, Cambridge.
- Domínguez, Camilo y Gómez, Augusto (1990). La economía extractiva en la Amazonía colombiana (1850-1930). Corporación Araracuara, Ed. Presencia. Bogotá.

- Dos Santos, Theotonio (1993): *Evolución histórica de Brasil. De la Colonia a la crisis de la nueva República.* Brasil: Editorial Vozes.
- Echeverría, Bolívar (1998). La modernidad de lo barroco, Ediciones Era, México D.F.
- ----- (2002). La clave barroca de la América Latina, exposición en el Latein-Amerika Institut de la Freie Universität Berlin, noviembre de 2002. Versión digital disponible en <http://www.bolivare.unam.mx/ensayos/> (consultada el 10 de noviembre de 2016).
- Escárzaga, Fabiola (2008). Agotamiento del ciclo multicultural en México y en América Latina. En Favela, Margarita (coord.). *Procesos de democratización en México: balance y desafíos más allá de la alternancia.* México: Universidad Nacional Autónoma de México y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, pp. 269-302.
- ----- (2014). Enfrentar indios contra indios, pueblos contra pueblos y pobres contra pobres, una peligrosa estrategia en los países andinos. En Escárzaga, Gutiérrez, Carrillo, Capece, & Nehe, coord. *Movimiento indígena en América Latina: resistencia y transformación social volumen III*, México: Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 451-482.
- ----- (2016). ¿Construcción del Estado plurinacional o reconstitución del Estado nación en Ecuador y Bolivia? En Carrillo, Escárzaga & Günther, coord. *Los gobiernos progresistas Latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos*, Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 63-92.
- Escobedo, Ronald (1997): Las comunidades indígenas y la economía colonial peruana. Bilbao: Universidad del País Vasco.

- Fajardo Montaña, Darío (2009). La amazonia colombiana en la nueva fase agrícola. En Territorios de la agricultura colombiana. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Fanon, Frantz (2011). Los condenados de la tierra. 3ra. Edición. México: FCE.
- Federici, Silvia (2004). Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria, Traficantes de sueños, Madrid.
- Frank, Zephyr, Mausacchio, Aldo (2017). Brasil en el comercio internacional de caucho, de 1870 a 1930. En Marichal, Topik & Frank, coord. De la plata a la cocaína. Cinco siglos de historia económica de América Latina, 1500-2000. Ciudad de México: Colegio de México, FCE.
- Gamarra, María del Pilar (2018). Amazonía Norte de Bolivia. Economía Gomera (1870-1940). Bases económicas de un poder regional. La Casa Suárez. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- García, Reyes, Miguel (2005). Estados Unidos, petróleo y geopolítica: las estrategias petroleras como un instrumento de reconfiguración geopolítica. Ciudad de México: Plaza y Valdés.
- Gassiot Horrens, José (1943). El Caucho y sus sucedáneos. Barcelona: Seix Barral.
- Gayoso da Costa (2011). Agronegócio e terras na Amazônia: conflitos sociais e desterritorialização após a chegada da soja na região do Baixo Amazonas no Pará. En Sauer y Almeida (org.). *Terras e Territórios na Amazônia: Demandas, Desafios e Perspetivas*. Brasília: Editora Universidade de Brasília.
- Germany, Alfredo (2016). Pueblos fuertes. Rasgos de historia shuar para los planteles interculturales de educación media. Quito: Abya Yala.
- Goslinga, Cornelis (1979). A short history of the netherlands antilles and Surinam, Boston: Martinus Nijhoff The Hague.
- Grandin, Greg (2009). Fordlandia: Auge y caída de la ciudad olvidada de Henry Ford en la selva. New York: Metropolitan Books.

- Gregor Barié, Cletus (2003). Pueblos indígenas y derechos constitucionales en América Latina: un panorama. México: Instituto Indigenista Interamericano. Ecuador: Abya Yala.
- Gutiérrez, F., Acosta, L., Salazar, C. (2004). Perfiles urbanos en la Amazonía Colombiana: un enfoque para el desarrollo sostenible. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas.
- Guillén, Arturo (2014). América Latina: neoliberalismo, políticas macroeconómicas y proyectos nacionales de desarrollo. Revista Análisis. Nro. 17. Enero-abril 2014.
- Harris, Marvin (1998). El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura. Madrid: Siglo XXI /España Editores.
- Harvey, David (2007). Breve historia del neoliberalismo. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional del Bolivia.
- Hemming, John (1990). Historia de América Latina. En Leslie Bethell (coord.), *América Latina colonial: la América Precolombina y la conquista*. Vol. 1, pp. 99-119.
- Hernández Palomo, José & Moreno Jeria, Rodrigo, coord. (2015). La misión y los Jesuitas en la América española, 1566-1767: cambios y permanencias. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-americanos.
- Hochschild, Adam (1998). El fantasma del rey Leopoldo: una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial, Boston: Mariner Books.
- Huertas Castillo Beatriz (2002). Los pueblos indígenas en aislamiento. Su lucha por la sobrevivencia y la libertad. Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas (IWGIA).
- Hurtado, Oswaldo (1977). El poder político en el Ecuador. Ariel: Barcelona.
- Jérôme Pruneau, Jacques Dumont, Nathalie Agoudouman et Frédéric Bourdon, Regard ethnographique sur les fonctions sociales de la pirogue à pagaie chez les Bushinengé de Guyane, Recherches et ressources en éducation et formation [En ligne], 3 | 2009, mis en ligne le 24 avril 2020. URL: <http://journals.openedition.org/rref/794>

- Juncal, Santiago (2018). El bloque BRICS: ¿instrumento para el desarrollo de los países emergentes? Revista de Economía Crítica, N°25, primer semestre 2018, ISSN 2013-5254, pp. 105-120.
- Kauffmann Doig, Federico (1996). Gestación y rostro de la civilización andina. “Lienzo 17”, Revista de la Universidad de Lima, agosto 1996.
- -----(2003). Los Chachapoya(s). Moradores Ancestrales de los Andes Amazónicos Peruanos. Lima: UAP Universidad Alas Peruanas.
- Knight, Alan y Drinot, Paulo (coord.) (2015). La gran depresión en América Latina. México: Fondo de Cultura Económica.
- Krenak, Ailton (2019). Idéias para Adiar o Fim do Mundo. São Paulo: Companhia das Letras.
- Kuczynski-Godard, Máxime H. (1944). La vida en la Amazonia Peruana: observaciones de un médico. Lima: UNMSM.
- Lafaye, Jacques (1970), Los conquistadores. Ciudad de México: Siglo XXI editores.
- Lagos, Ovidio (2005). Arana, rey del caucho. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Lee Van Cott, Donna (2002). Movimientos indígenas y transformación constitucional en los Andes. Venezuela en perspectiva comparativa. Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, vol. 8, n° 3 (sept.-dic.), pp. 41-60.
- Lemkin, Raphael (1944). El dominio del eje sobre la Europa ocupada. Washington: D.C.: Fundación Carnegie para la paz internacional.
- León, Juan Antonio (1995). El caucho, las violencias y la coca. En Tovar, Bernardo (Coord.). *Los pobladores de la selva*, tomo 1. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Lévi Strauss, Claude (1962) [2006], Pensamiento salvaje, Traducido por Francisco González Aramburo, Fondo de Cultura Económica, México D.F.

- Lézy, Emmanuel (2000). Guyane, Guyanes. Une géographie "savage" del l'Orénoque à l'Amazone. París: Belin.
- Lizot, Jacques (2011). Los Yanomami. En Coppens, Walter (Ed.). *Los Aborígenes de Venezuela. Volumen III. Monografía Nro. 35*. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales.
- Lopes Raimundo, Silvia (2004). Bandeirantismo e identidade nacional Representações geográficas no Museu Paulista. Terra Brasilis [Online], 6 - 2004 (versión digital disponible en <http://journals.openedition.org/terrabrasilis/375>).
- Ludescher, Monika (2000). Instituciones y prácticas coloniales en la Amazonía peruana: pasado y presente. INDIANA 17/18 (2000/2001), pp. 313-359. Versión digital disponible en https://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Indiana/Indiana_17_18/14ludescher.pdf (consultada el 20 de septiembre de 2019).
- Machado de Assis, Joaquim Maria (1881 [1982]). Memorias póstumas de Blas Cubas. La Habana Casa de las Américas.
- Maguidóvich L.P. (s.a.), Historia del descubrimiento y exploración de Latinoamérica. Moscú: Editorial Progreso.
- Máiz, Ramón (2004). El indigenismo político en América Latina. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*. Núm. 123, enero-marzo 2004, pp. 129-174.
- Makaran, Gaya (2012). Identidades confrontadas: conflictos identitarios en Bolivia. México: CIALC.
- Mamo, Dwayne, Ed. (2020). El Mundo Indígena 2020. Copenhague: Ministerio de Asuntos Exteriores.
- Mantilla Ruíz, Lucy (1992). Indígenas y colonos: la increíble y triste historia de la colonización amazónica. En Banco Central del Ecuador. *El Ecuador de la postguerra. Estudios en homenaje a Guillermo Pérez Chiriboga*. Quito: BCE.
- Martins Catharino, José (1995). Trabalho Índio em Terras da Vera ou Santa Cruz e do Brasil. Belén/Pará: Editora Universitaria.

- Mariátegui, José Carlos (1928[2002]). 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana. México: Era.
- Melgar Bao, Ricardo, Rubianes, Indacochea, Carlos (2015). Resistencia y movimiento indígena en el Perú (1990-2002): Los nuevos escenarios de los movimientos indígenas en el Perú, Pacarina del Sur, Año 6, núm. 22, enero-marzo 2015. En www.pacarinadelsur.com (consultada el 20 de enero de 2015).
- Molano Campuzano, Joaquín (1972). La Amazonía, mentira y esperanza. Bogotá: Universidad de Bogotá.
- Moncada, Alicia & Tillett, Aimé (2018). Las organizaciones indígenas y la lucha por la defensa de sus territorios en el Estado Amazonas. Observatorio de Ecología Política de Venezuela. No. 1 Revista Territorios Comunes. Versión digital disponible en http://www.ecopoliticavenezuela.org/2018/01/22/las-organizaciones-indigenas-y-la-lucha-por-la-defensa-de-sus-territorios-en-el-estado-amazonas/#_ftn1 (consultada el 30 de septiembre de 2019).
- Montabo, Bernard y Léon, Sanite (2015). Guyane. París: Orphie.
- Mora, Félix Rodrigo (2010), Los límites del ecologismo, ponencia presentada en las II Jornadas por una agroecología radical realizada en Madrid en febrero 2010. Versión digital disponible en <http://www.briega.org/node/1212> (consultada el 15 de noviembre de 2016).
- Mora Ferrer, José (1976), Diccionario de Filosofía- Buenos Aires: Sudamericana.
- Moreira, Constanza (2017). El largo ciclo del progresismo latinoamericano y su freno. Los cambios políticos en América Latina de la última década (2003-2015). Revista Brasileira de Ciências Sociais, vol. 32, núm. 93, febrero, 2017, pp. 1-28.
- Morel Salman, Jorge (2014). De una a muchas amazonías: los discursos sobre “la selva” (1963-2012). En Barrantes, Roxana & Glave, Manuel (eds.). *Amazonía peruana y desarrollo económico*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Morgan, Lewis H. 1987 [1887]. La sociedad primitiva, Editorial Edymon, Madrid.
- Nieto, Valentina y Palacio, Germán (ed.) (2007). Amazonía desde dentro. Aportes a la investigación de la Amazonia colombiana. Bogotá: Inami Mundo 2, Universidad Nacional de Colombia.
- Nweihed, K. G. (1992). Frontera y límite en su marco mundial. Una aproximación a la “fronterología”. Instituto de Altos Estudios de América Latina. Caracas: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.
- O’Gorman, Edmundo (1995) [1958]. La invención de América. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Parry, J. H. (1971), Europa y la expansión del mundo, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Pennano, Guido (1988). La economía del caucho. Iquitos: CETA.
- Perera, Miguel Ángel (2000). Oro y hambre: Guayana siglo XVI: antropología histórica y ecología cultural de un malentendido 1498-1597. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Pérez-Brignoli, Héctor (2017). Aculturación, transculturación, mestizaje: metáforas y espejos en la historiografía latinoamericana. Cuadernos de Literatura Vol. XXI Nro. 41, enero-junio 2017, Issn impreso 0122-8102 - Issn en línea 2346-1691, págs. 96-113.
- Philip, George (1989). Petróleo y Política en América Latina. Movimientos nacionalistas y compañías estatales. México: Fondo de Cultura Económica. 1ra. Edición en español.
- Pineda Camacho, Roberto (1988). Historia oral de una maloca sitiada en el Amazonas. Aspectos de la rebelión de Yarocamena contra la Casa Arana, en 1917. Anuario colombiano de historia social y de la cultura. Volumen 16-17.
- Pizarro, Ana (2009). Amazonía: el río tiene voces. Chile: FCE.
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter (2018). Amazonía: encrucijada civilizatoria. Tensiones territoriales en curso. La Paz: CIDES-UMSA.

- Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) (2003), Estado Actual de las Áreas Naturales Protegidas de América Latina y el Caribe. Lima: Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente – PNUMA y la Organización del Tratado de Cooperación Amazónica (OTCA) (2009). Informe Perspectivas del Medio Ambiente en la Amazonía Geo-Amazonía, Lima: PNUMA- OTCA.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2016). La Amazonia y la Agenda 2030. Panamá: PNUD.
- Puccinelli, Orlandi, Eni (2003). Terra à Vista. Discurso do Confronto: Velho e Novo Mundo. Camínas, SP: Editora de UNICAMP.
- Quijano, Aníbal (1988), Modernidad, identidad y utopía en América Latina, Sociedad y Política Ediciones, Lima.
- Ramírez, Franklin (2011). Fragmentación, reflujo y desconcierto. Movimientos sociales y cambio político en el Ecuador (2000-2010). En Rebon, Julián & Modonesi, Massimo. *Una década en movimiento: luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI*, 1era ed. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO; Prometeo Libros.
- Rastain, Stéphen & Jaimes Betancourt, Carla eds. (2017). Las Siete Maravillas de la Amazonía precolombina. La Paz: Plural editores.
- Rivas Toledo, Alex (2003). Sistema mundial y pueblos indígenas en la Amazonía. A propósito del ataque a los Tagaeri. Iconos, Revista de Ciencias Sociales, Núm. 17, septiembre-2003, pp. 21-30. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito, Ecuador.
- Riveiro Darcy (1922 [1999]), El pueblo brasileño: la formación y el sentido de Brasil, Fondo de Cultura Económica, México.
- Salama, Pierre (2017). Brasil y China: caminos de fortalezas y desconciertos. Revista Problemas del Desarrollo, 188 (48), enero-marzo 2017, pp. 9-18. (Versión digital disponible en <http://probdes.iiec.unam.mx>).

- San Román, Jesús Víctor (2015). Perfiles históricos de la Amazonía Peruana. Iquitos: Fundación M.J. Bustamante de la Fuente.
- Sánchez Sorondo, Gabriel (2009), Historia oculta de la conquista de América, Nowtilus, Madrid, 2009.
- Stanley J. y Bárbara H. Stein (1975). La herencia colonial de América Latina, 8ava edición. Siglo XXI: México.
- Stavenhagen, Rodolfo (2010). Las identidades indígenas en América Latina. Revista IIDH, Vol. 52. Versión digital disponible en Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM: www.biblio.juridicas.unam.mx, pp. 171-189.
- Senado de la Nación Argentina. Dirección General de Relaciones Internacionales (2015). Francia en Suramérica. El caso de Guayana Francesa. Cuadernos de Trabajo del Observatorio de Política Internacional. Buenos Aires: Senado de la Nación Argentina.
- Serafim Leite (1950). História da Companhia de Jesus no Brasil. Lisboa: Portugália.
- Serviá, María Jesús (2013). Independencia y creación de los nuevos estados. Los procesos de emancipación. En De Blas, Patricio (Dir.). *Iberoamérica 1812-2012. De las independencias a la globalización*. EDAF: Madrid.
- Serviá, Maria Jesus (2013). Iberoamérica 1812-2012. De las independencias a la globalización. Madrid: Edaf.
- Sixirei, Paredes, Carlos (1999). Bandeiras y bandeirantes en Brasil en la época de Felipe II. Minius VII. Pp. 39-52.
- Souza, Helena (2010). Política ambiental del gobierno de Lula: el caso de la Amazonía. Comentario Internacional. Revista del Centro Andino de Estudios Internacionales Nro. 10, II semestre 2010, Quito ISSN 1390-1532, pp. 137-147.
- Souza, Márcio (2015). Amazônia Indígena. Río de Janeiro-São Paulo: Editora Record.

- Stoll, David (1985). ¿Pescadores de hombres o fundadores de Imperio? El Instituto Lingüístico de Verano en América Latina. Lima: DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.
- Strauss, Levi (1964). trad. de Francisco González Aramburo. El pensamiento salvaje. México: FCE.
- ----- (2019). História da Amazônia. Do período pré-colombiano aos desafios do século XXI. Río de Janeiro-São Paulo: Editora Record.
- Sueyo Irangua, Antonio (2018). Soy Sontone. Memorias de una Vida en Aislamiento. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Svampa, Maristella (2012). Consenso de los Commodities, giro ecoterritorial y pensamiento crítico en América Latina. Osal Nro. 32, noviembre de 2012, pp. 15-38.
- ----- (2013). «Consenso de los Commodities» y lenguajes de valoración en América Latina. Revista NUSO N° 244 / marzo – abril 2013 (Versión digital disponible en <https://nuso.org/articulo/consenso-de-los-commodities-y-lenguajes-de-valoracion-en-america-latina/> consultada el 30 de septiembre de 2019).
- Tenenti, A., La Edad Moderna. Siglos XVI-XVII, Critica, Barcelona, 2000.
- Ticona, Esteban (2004). La Revolución Boliviana de 1952 y los Pueblos Indígenas. Temas Sociales N.25, La Paz, pp. 1-14.
- Torres-Londoño, Fernando (2012). Visiones jesuíticas del Amazonas en la Colonia: de la misión como dominio espiritual a la exploración de las riquezas del río vistas como tesoro. ACHSC, Vol. 39, Nro. 1, Enero-Junio 2012, Colombia, pp. 183-213.
- Tovar Zambrano, Bernardo, Coord. (1995). Los pobladores de la selva, Tomo 1. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, COLCULTURA & Universidad de la Amazonía.
- Trinca Fighera, Delfina (2006). La ocupación de la Amazonía vista desde Venezuela. Caracas: Instituto de Geografía y Conservación de

Recursos Naturales, Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales, Universidad de Los Andes.

- Ullán de la Rosa, Francisco Javier (2004). La era del caucho en el Amazonas (1870-1920): modelos de explotación y relaciones sociales de producción. Anales del Museo de América, pp.183-204.
- UNESCO (2003). Vitalidad y peligro de desaparición de las lenguas, Grupo especial de expertos sobre las lenguas en peligro convocado por la Unesco. París, 10–12 de marzo de 2003.
- Uribe, Tomás (2013). Caucho, explotación y guerra: configuración de las fronteras nacionales y expoliación indígena en Amazonía. Memoria, Vol. 17, N° 34, enero-julio de 2013, pp. 34-48.
- Vargas Martínez, Gustavo, Brasil en la cartografía prelusitana, ENAH, México.
- Viaña, Jorge, Estado plurinacional y nueva fase del proceso boliviano. En Thwaites, Mabel (Editora), *El Estado en América Latina: Continuidades y Rupturas*. Buenos Aires: Arcis-CLACSO, 2012.
- Vilchez, Haydeé (2016). Hacia una nueva diversidad: migraciones asiáticas en América Latina. Tiempo y Espacio N° 65. Enero-Junio 2016, pp. 99-119.
- Viveiros de Castro, Eduardo (2002). A Inconstância da Alma Selvagem. São Paulo: UBU Editora.
- Wallerstein, Immanuel (2005). Análisis de Sistemas Mundo. Una Introducción. México: siglo XXI.
- ----- (2011). El Moderno Sistema Mundial, Vol. II: el mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750, 2da. Ed. Aum., México: Siglo XXI.
- ----- (2011). El moderno sistema mundial, Vol. III: la segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850. 2da. Ed. Aum., México: Siglo XXI.
- Williams, Eric (2011). Capitalismo y esclavitud. Madrid: Traficantes de Sueños.

- Yory, Carlos Mario (2006). Ciudad, consumo y globalización, Pontificia Universidad Javeriana: Bogotá.
- Zavala Silvio (1972), La colonización española en América, Secretaría de Educación Pública, México.

Páginas web consultadas:

- Agencia Iberoamericana para la difusión de la ciencia y la tecnología, <http://www.dicyt.com/>.
- Avispa Mídia, Brasil: Indígenas Munduruku dicen estar listos para resistir a la guerra de despojo, 2 octubre, 2019 (versión digital disponible en <https://avispa.org/brasil-indigenas-munduruku-dicen-estar-listos-para-resistir-a-la-guerra-de-despojo/>).
- Banco Mundial: <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MINR.RT.ZS>
- BBC Mundo. El país sudamericano que va a crecer 14 veces más rápido que China en 2020 (y qué impacto tendrá sobre Venezuela). Por Luis Fajardo, 14 de enero de 2020. En <https://www.bbc.com/mundo/noticias-51057532>
- Consejo Suramericano de Infraestructura y Planeamiento de UNASUR. En: www.iirsa.org
- Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Amazonía Brasileña (COIAB): www.coiab.gov.br
- Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA): <https://coica.org.ec/coiab/>
- Covid-19 EC. En <https://www.coronavirusecuador.com/datos-provinciales/>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (**DANE**). Población indígena de Colombia. Resultados del Censo Nacional de

Población y Vivienda 2018. Versión digital disponible en <file:///C:/Users/User/Downloads/presentacion-grupos-etnicos-2019.pdf> (consultada el 30 de julio de 2019).

- Diálogo Chino. La fiebre del oro amenaza al país más verde del mundo. Por Bram Ebus & Wilfred Leeuwin, 14 de septiembre de 2020. En <https://dialogochino.net/>
- Diario El Tiempo, 'El indio es cada vez más ser humano como nosotros': Jair Bolsonaro, sección Internacional, 24 de enero de 2020 (versión digital disponible en <https://www.eltiempo.com/mundo/latinoamerica/jair-bolsonaro-dice-que-los-indios-son-cada-vez-mas-ser-humano-455204>)
- Diario La Jornada, Llega el coronavirus a las tribus del Amazonas en Brasil, 17 de mayo de 2020, Sección Mundo, (versión digital disponible en <https://www.jornada.com.mx/ultimas/mundo/2020/05/17/llega-el-coronavirus-a-las-tribus-del-amazonas-en-brasil-2350.html>)
- DW, Cronología del paro en Ecuador, y lo que vino después. 28 de noviembre de 2019. En <https://www.dw.com/es/cronolog%C3%ADa-del-paro-en-ecuador-y-lo-que-vino-despu%C3%A9s/a-51456988> (consultada el 21 de enero de 2021).
- Ecured: www.ecured.cu/Guayana
- El Comercio de Perú, 2 de mayo de 2017. “Las regiones más dañadas por minería ilegal e informal”, En <http://elcomercio.pe/peru/regiones-danadas-mineria-ilegal-e-informal-fotos-417965>.
- El Universal, “Brasil confirma circulación de otra variante del coronavirus, ahora en el Amazonas”, 12 de enero 202. En <https://www.eluniversal.com.mx/mundo/brasil-confirma-circulacion-de-otra-variante-del-coronavirus-ahora-en-el-amazonas> (consultada el 18 de enero de 2021).
- Forbes Centroamérica. China ya también está con un pie en Guayana. Por Anna Portella, 2 de mayo de 2019. En <https://www.forbes.com.mx/china-ya-tambien-esta-con-un-pie-en-Guayana/>

- Fundación Nacional del Indio (FUNAI): www.funai.gov.br
- Instituto Socioambiental (2006), Guaraní Mbya, Brasil. Versión digital: https://pib.socioambiental.org/es/Povo:Guarani_Mbya (consultada el 22 de junio de 2020).
- INEC (2010), Las cifras del pueblo indígena, una mirada desde el Censo de Población y Vivienda 2010. Versión digital disponible en: <https://www.ecuadorencifras.gob.ec/censo-de-poblacion-y-vivienda/>, consultada el 30 de julio de 2019.
- INEI (2018), La autoidentificación étnica: población indígena y afroperuana. Censos Nacionales 2017. Versión digital disponible en: https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1642/, (consultada el 30 de julio de 2019).
- INE (2013). Principales resultados del Censo Nacional de población y vivienda 2012 (CNPV 2012) Estado plurinacional de Bolivia. Versión digital disponible en <https://ibce.org.bo/images/publicaciones/Resultados-Censo-2012.pdf>, consultada el 30 de julio de 2019.
- Indexmundi: www.indexmundi.com/es/Guayana/
- Instituto **Brasileño** de Geografía y Estadística (IBGE): www.ibge.gov.br
- Instituto Nacional de Estadística. República Bolivariana de Venezuela. Censo Nacional de Población y Vivienda 2011. <http://www.ine.gov.ve/documentos/Demografia/CensodePoblacionyVivienda/pdf/ResultadosBasicos.pdf>, consultada el 30 de julio de 2019.
- López, Milton (2016). Derrames de petróleo: Cinco comunidades de la Amazonía peruana exigen una adecuada remediación ambiental. Mongabay Latam. En: <https://es.mongabay.com/2016/09/derrames-petroleo-cinco-comunidades-la-amazonia-peruana-exigen-una-adecuada-remediacion-ambiental/> (visitada el 2 de octubre de 2017).
- Ministerio de Salud de Perú. En https://covid19.minsa.gob.pe/sala_situacional.asp

- Ministerio de Salud y Deportes de Bolivia. En <https://boliviasegura.gob.bo/>
- Mongabay, En Incendios en Brasil vinculados científicamente a la deforestación de 2019, 16 de septiembre de 2019. En: <https://es.mongabay.com/2019/09/incendios-en-brasil-vinculados-deforestacion-2019> (consultada el 10 de noviembre de 2020).
- Mongabay-Latam, 6 de enero de 2020. Brasil: los asesinatos de líderes indígenas en la Amazonía alcanzan su nivel más alto en dos décadas. En <https://es.mongabay.com/2020/01/brasil-asesinatos-de-lideres-indigenas-en-la-amazonia/#:~:text=El%207%20de%20diciembre%2C%20fueron,Neucy%20Vieira%20y%20Nico%20Alfredo> (consulta el 20 de enero de 2020).
- Movimientos Sociales del Ecuador. Flacso Ecuador. En: <https://movimientosocialecuador.com/2019/12/16/paro-indigena-de-octubre-marlon-santi-y-miriam-cisneros/> (visitado el 28 de enero de 2021).
- New York Times, 30 de mayo de 2017. Los ataques contra los indígenas de Brasil. En <https://www.nytimes.com/es/2017/05/30/espanol/america-latina/los-ataques-contra-los-indigenas-de-brasil.html> (consultado el 20 de enero de 2021).
- Observatorio Wataniba-Orpia. Covid-19 en la amazonia venezolana. Boletín Número 10, 26 de septiembre de 2020 En: <https://www.amazoniasocioambiental.org/es/radar/boletinnumero10/> (consultado el 10 de enero de 2021).
- Organización Nacional de Pueblos Indígenas de Colombia (ONIC), Pueblo Nokak Maku. En: <https://www.onic.org.co/debug/1128-nukak-maku?fbclid=IwAR3yx7N2hSr9wGFvuFREuMpnuyZKgJADyjjkqf2GMTMOWwa0F-T3Og75TQ>
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO): <http://www.fao.org/home/es/>.
- Proyecto Terra, <http://proyecto-terra.com/blog/>

- Real Academia Española (RAE), <http://www.rae.es/>
- Radio Francia Internacional Natalia Olivares, Incendios en la Amazonía boliviana: 'No hay palabras', dice representante indígena, Noticias de América, <http://www.rfi.fr/es/americas/20190919-incendios-en-la-amazonia-boliviana-no-hay-palabras-dice-representante-indigena>
- Sistema Nacional de Información Cultural: <http://www.sinic.gov.cowww.iirsa.org>
- Survival International (2000). Los Desheredados. Indígenas de Brasil. Versión digital disponible en www.survival-international.org (consultado el 2 de junio de 2020).